

Alexandre Dumas

La guerra de las mujeres

Edición de Mauro Armiño



Siruela

ALEXANDRE
DUMAS

La guerra
de las mujeres



Ediciones Siruela

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Nanon de Lartigues](#)

[I](#)

[II La conferencia](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII Chantilly](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[Madame de Condé](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[La vizcondesa de Cambes](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII El subterráneo](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)
[XIII](#)
[XIV](#)
[XV](#)
[XVI](#)
[XVII](#)
[XVIII](#)
[XIX](#)
[XX](#)
[XXI](#)
[XXII](#)

[La abadía de Pessac](#)

[I](#)
[II](#)
[III](#)
[IV](#)
[V](#)
[VI](#)

[La abadesa de Sainte-Radegonde de Pessac](#)

[Epílogo](#)

[El hermano y la hermana](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Nanon de Lartigues](#)

[I](#)

[II La conferencia](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII Chantilly](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[Madame de Condé](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[La vizcondesa de Cambes](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII El subterráneo](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[La abadía de Pessac](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)
[IV](#)
[V](#)
[VI](#)

[La abadesa de Sainte-Radegonde de Pessac](#)

[Epílogo](#)

[El hermano y la hermana](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

ALEXANDRE DUMAS

LA GUERRA DE LAS MUJERES

Traducción del francés de
Mauro Armiño

Libros del Tiempo Ediciones Siruela

Prólogo

Pocas novelas históricas contienen tanta realidad y tanta ficción a un tiempo como las de Alexandre Dumas, desde la trilogía que arranca en *Los tres mosqueteros* hasta esta *Guerra de las mujeres* con la que aquélla se relaciona por el fondo histórico que la envuelve. La técnica narrativa de Dumas se sostiene sobre hilos históricos, a los que acomoda la novelación de unas aventuras que siempre tienen la rapidez y el suspense exigidos por el medio en que se acercaban al público: los faldones de los periódicos ofrecían los capítulos de manera continua en unos casos, intermitente en otros, como ocurrió en el de *La guerra de las mujeres*: sus capítulos aparecieron tan entrecortados que el director del periódico que los publicaba en folletón terminó llevando ante los tribunales a Dumas por incumplimiento de contrato, harto de anunciar una y otra vez las promesas del autor de entregar la continuación en plazos nunca cumplidos.

La cantidad de información histórica sobre la que Dumas teje los hilos de sus tramas supera con creces la que en la actualidad ofrece la mayoría de las ficciones del género; y, paradójicamente, su nivel de ficción resulta también superior, porque Dumas trabaja libremente sobre un cuadro real del que toma nombres, hechos y papeles; pero, en cuanto cumple con las condiciones mínimas que le exige el marco, se mueve libremente para inventar novelescamente los puntos muertos que la historia siempre deja en su acotación de hechos y personajes; por más que sepamos de su existencia, la documentación memorialística puede decir a lo sumo que Canolles, uno de los protagonistas de *La guerra de las mujeres*, defendió la fortaleza de la isla Saint-Georges enfrentándose a las tropas realistas con tal o cual número de soldados y oponiendo su habilidad a tal o cual estratagema exterior; pero esos datos no revelan lo que ocurre detrás de las puertas o dentro del protagonista, que puede llevar, al mismo tiempo que la defensa de su fortaleza, una intriga sentimental de la que no hablan quienes escribieron sus recuerdos de los cruciales momentos de la historia de Francia en que Dumas sitúa la trama: un año crucial entre tantos otros cruciales que escoltan en Francia la época de sus guerras de religión, antes y durante la minoría de edad del que luego sería el rey francés por excelencia, Luis XIV; Francia se hallaba empeñada además en otro frente: en la lucha por la supremacía europea que disputa a España una española, la reina madre Ana de Austria, esposa de Luis XIII y regente en nombre de su hijo de los destinos de su país de adopción.

Dumas fecha con toda precisión el momento de la acción narrativa: mayo de 1650, poco más o menos. Una novela anterior, *Veinte años después* –parte de la trilogía que arranca con *Los tres mosqueteros*–, también se movía en las luchas civiles de la Fronda, para concluir nueve meses antes con el regreso triunfal del rey

niño (doce años) a París. Por encima del cuadro sobrevuelan ahora los mismos personajes claves del momento: Ana de Austria y Mazarino protegiendo la transmisión de la corona, por un lado; por otro, los máximos representantes de la aristocracia francesa, Condé y Conti, cuya sangre borbona les permite aspirar al trono, su cuñado Bouillon, el duque de La Rochefoucauld... Si ése es el pomposo marco de caoba regia, el cuadro contiene en su interior una pintura más detallada; Dumas aplica su lupa de precisión a una comarca concreta y a un episodio que, desde luego, no es el más significativo de la Fronda de los nobles contra el rey; se centra en la fronda bordelesa. Burdeos, tan alejado del foco solar de París, miraba con esa misma distancia la implantación desde hacía un siglo de una monarquía distante y resolvía sus diferencias políticas y sus luchas de poder dentro de un marco local, con un Parlamento que se dedicaba a ordenar la vida cotidiana dentro de una adscripción reticente a Francia.

Dumas y su constante colaborador, Auguste Maquet –que también participó en la escritura de esta novela–, ya habían abordado el episodio de la rebelión y arresto de los príncipes borbones Condé y Conti: el capítulo xxii de un texto de vulgarización titulado *Louis XIV et sa cour* (*Luis XIV y su corte*), y firmado por ambos, narra la acogida que Burdeos dio a los partidarios de los Condé, acogiendo además a la esposa del primero, Madame la princesa, y a su hijo, el duque d'Enghien, futuro rey si la Fronda conseguía desalojar del poder a Ana de Austria y a Mazarino; la nobleza descontenta con Luis XIII y la regencia de su viuda apostó fuerte, y en su bando figuraron nobles provincianos, pero también primeros personajes del reino, como Turenne o el duque de La Rochefoucauld, además de la familia Condé, que sólo agachaba la cabeza ante el rey. La lupa aumenta y saca a primera página el hecho capital que va a servir a Dumas para enhebrar el desenlace: una pequeña fortaleza llamada Vayres, que en realidad era una bicoca situada a dos leguas de Burdeos; asediada por las tropas realistas mandadas por el mariscal de La Meilleraye, se rindió tras una capitulación pactada que prometía sana y salva la vida a los defensores; pese al acuerdo y al honor que la época debía hacer a sus pactos, su gobernador, un tal Jean Richon, fue ahorcado; no era gentilhomme y terminó colgando de manera infame de una soga, con olvido de todas las promesas que se le habían hecho. Para el hijo del conde de Brienne, que se curaba de una sífilis en la pequeña población de Libourne, el ahorcamiento de Richon fue un espectáculo que lo «distrajo» en su enfermedad, pues tuvo «el placer –dice–, de ver ejecutar al rebelde desde sus ventanas»^{*}.

No carece de importancia el detalle del ahorcamiento de Richon, a quien en la novela se presenta como noble y que, por lo tanto, gozaba del privilegio de no morir en la horca; los bordeleses ven en ese detalle que las tropas realistas están dispuestas a todo y rompen cualquier pacto; cuando en sus manos caiga el gobernador de la fortaleza-isla Saint-Georges le aplicarán igual suerte; ese gobernador es nuestro protagonista, el enamorado de *La guerra de las mujeres*, que ha rendido la plaza movido por el amor y tras comprender que no había otra alternativa: arrestado bajo palabra de honor, se mueve libremente por Burdeos, asiste a fiestas y ceremonias... pero, cuando llega la noticia del infame fin de

Richon, su suerte está echada: lo eligen como víctima propiciatoria para demostrar a las tropas realistas que tampoco ellos están dispuestos a pararse en barras; ese detalle, la horca para un noble, será el meollo del último episodio de su vida.

La ficción acompaña a la historia: tras la ejecución de Canolles, Burdeos fue asediada; pero un pacto terminó resolviendo las tablas en que estaban las fuerzas de sitiados y sitiadores; pacto significaba perdón y olvido: es cierto que Condé, Conti y Bouillon, cuñado de ambos, recuperaban sus bienes y territorios – auténticos estados dentro del Estado –, pero el perdón equivalía a un sometimiento que ponía fin en Francia a las rebeliones de la nobleza: de la mano de Mazarino, Luis XIV podía iniciar un reinado absoluto y concentrar sus mejores generales y tropas en combatir el poder español en Europa.

Éste es el marco de los protagonistas históricos; la tarea de Dumas consistía en inventar una trama, encajarla en ese marco, evitar cualquier contradicción entre el envoltorio y el contenido. Aun así, para los detalles recurrió a las memorias de uno de los personajes de la novela, que también lo era histórico: Pierre Lenet, que en *La guerra de las mujeres* aparece en el papel que ejerció en la realidad, el de consejero de Madame la princesa, esposa de Condé y cabecilla de la rebelión bordelesa. No salió ileso de la Fronda; este hombre de Condé, que entre otras misiones le encargó negociar un tratado con España, tuvo que exiliarse entre 1653 y 1661. Sus *Mémoires de Monsieur L***, conseiller d'État, contenant l'Histoire des Guerres civiles des années 1649 et suivantes, principalement celles de Guyenne et autres provinces*, publicadas en 1729 y reeditadas en 1826, son las que le proporcionan el meollo más novelesco: desde la fuga de Chantilly de la princesa madre y de la esposa y el hijo de Condé –el pequeño duque d'Enghien, que hacía su primera monta a caballo– ante las narices del enviado de la corte para controlar sus movimientos, hasta la manipulación del debate que, como venganza por la muerte de Richon, había de condenar a Canolles a sufrir su misma suerte, lo que Dumas hace es unir umbilicalmente a través de Canolles ambas situaciones y convertir a éste en representante del cardenal y de la reina en Chantilly para vigilar y mantener en ese palacio, sin posibilidad de fuga, a las dos mujeres, cabecillas de la rebelión tras el arresto del cabeza de la familia, Condé; Canolles será engañado por el amor y permitirá la fuga de las dos mujeres como resultado de una estratagema ideada por Lenet, según cuenta éste en sus *Memorias*: el joven Canolles no conoce los rostros de la madre ni de la esposa de Condé, a las que no resultó difícil escapar a París mientras dos mujeres de su confianza y el compañero de juegos del duque d'Enghien los suplantaban y dejaban en ridículo al enviado de Mazarino.

En esta comedia de sustituciones arranca el meollo de la trama; a Dumas no le cuesta mucho escribir Canolles en vez de du Vouldy, el personaje realmente burlado, ni aprovechar esa escena burlesca para enhebrar una historia romántica: le basta con convertir a la doncella real que sustituyó a Madame la princesa en Mme. de Combes, que lo ha conocido vestida de hombre y ahora, ya enamorada, se burla por necesidades de la causa rebelde del enviado realista. Las órdenes que du Vouldy había recibido no fueron sólo vigilarlas, sino llevarlas escoltadas a la

provincia de Berri, con lo cual Mazarino no sólo se apoderaba de sus personas, sino que se convertía en dueño de la importante plaza fortificada de Chantilly y tenía libre acceso hacia Montrod, otra plaza fuerte estratégica, enclavada en los límites de seis provincias.

El personaje ridiculizado por la estratagema propuesta por Lenet se recuperará de esa caída deshonrosa defendiendo bravamente la fortaleza de la que ha sido nombrado gobernador; el deshonor de sus enemigos al incumplir su palabra de garantizarle la vida, lo absolverá de todo; y Dumas le permite además interpretar en el desenlace el papel de un entusiasta d'Artagnan. Al lado de Canolles unas veces, otras frente a él, el autor ha plantado un personaje novelesco que en determinadas escenas tiene más de criado de comedia de teatro clásico que sirve de *pendant* al héroe que de carácter positivo o heroico: Cauvignac. Encarna un poco el misterio, otro la malandanza, en cierta medida el personaje sin rey ni ley, un caballero de capa y espada, mercenario y malvado si la ocasión se presta, pero generoso y, al final, redimido por un arranque de valentía y sentimiento; no pudiendo terminar como un estandarte del honor y la honra, Dumas vuelve a la comedia para prestarle unas circunstancias donde tienen cabida sus cualidades de vividor capaz de superar todo infortunio, y al que además ayuda la fortuna.

Aunque sean estas dos figuras masculinas las que, aparentemente, dominan la acción, la trama no depende de ellas: respondiendo perfectamente al título, Dumas deja los hilos en manos de dos mujeres; las presenta al lector envueltas en circunstancias diferentes y opuestas que las marcan desde el primer momento, cuando ambas, casi a unos metros de distancia, inician la novela: una, Mme. de Combes, disfrazada de hombre; la otra, Nanon de Lartigues, que no utiliza máscara alguna, aunque se percibe desde el inicio que vive en el filo de la navaja. Dumas emplea trazos de misterio y de amor para mostrar la delicadeza con que el sentimiento entra en el corazón de Mme. de Combes; y en la paleta de Nanon dispone los colores oscuros, caracterizándola desde el principio como ambiciosa y aventurera. Como en el caso de Canolles, este personaje femenino es novelescamente histórico: el novelista saca el nombre de Nanon de Lartigues de las *Memorias* de Lenet y la pinta con alguno de sus trazos, pero matizándola más, porque no trata de oponer a la heroína enamorada una encarnación de la maldad sino una rival en el terreno amoroso; Lenet no deja de describirla como una mujer aventurera que se había apoderado de la voluntad del viejo duque d'Épernon, con quien vivió hasta la muerte de este gobernador de la Guyena en 1661; esa relación le sirvió para ser presentada en la corte y materializar su ambición de poder y dinero; según Lenet, no era más que una simple burguesa ni siquiera excesivamente hermosa, de inteligencia escasa, que se había ganado el odio de toda la Guyena «porque, además del escándalo de ver semejante comercio y una dependencia tan vergonzosa mientras él estaba separado de su mujer la duquesa, ella había aumentado su fortuna», que se calculaba en dos millones de libras. Dumas difumina ese afán de poder y la pone en el amor a la altura de Mme. de Combes, con quien rivaliza por Canolles; hasta el punto de que al joven galán le cuesta demasiado desprenderse del imán de la aventurera.

Como en varios otros, ese romántico trasnochado que fue Dumas muestra en el desenlace más melancolía que entusiasmo, negando así una adscripción sumaria a ese movimiento al que llegó algo tarde y, sobre todo, al que aportó una visión encastrada en la historia, porque la historia era el fundamento básico de su narración, como si quisiera popularizar la historia de Francia pero de una forma amena, capaz de interesar y enseñar al mismo tiempo. Esta segunda parte, la didáctica, ha terminado por servir nada más que de marco a una narrativa donde el suspense y la rapidez con que el autor lleva la trama lo han convertido en el novelista francés más leído de la historia en todo el mundo. Y esta leyenda de mosqueteras belicosas y estrategias políticas que es *La guerra de las mujeres* conforma, por derecho propio, una de las piezas más delicadas que sustentan el prestigio narrativo de Alexandre Dumas.

Mauro Armiño

LA GUERRA DE LAS MUJERES

Nanon de Lartigues

I

A cierta distancia de Libourne, la alegre ciudad que se mira en las rápidas aguas del Dordoña, entre Fronsac y Saint-Michella-Rivière, se alzaba en otro tiempo un bonito pueblo de paredes encaladas y tejados rojos semihundidos bajo los sicomoros, los tilos y las hayas. El camino de Libourne a Saint-André-de-Cubzac pasaba por en medio de sus casas simétricamente alineadas y formaba la única vista que poseían. Detrás de una de esas hileras de casas, a unos cien pasos poco más o menos, serpenteaba el río cuya anchura y fuerza empiezan a anunciar desde ese punto la cercanía del mar.

Pero la guerra civil pasó por allí: y primero derribó los árboles, luego despobló las casas que, expuestas a todos sus caprichosos furores y sin poder huir como los habitantes, fueron desmoronándose poco a poco sobre la hierba, protestando a su manera contra la barbarie de las guerras intestinas; pero poco a poco la tierra, que parece haber sido creada para servir de tumba a lo que sea, cubrió el cadáver de esas casas tan alegres y tan felices. La hierba creció al fin sobre ese suelo ficticio, y hoy el viajero que sigue la solitaria ruta está lejos de sospechar, al ver pacer sobre los desiguales montículos uno de esos grandes rebaños como los que se encuentran a cada paso en el Sur, que pastor y corderos hollan el cementerio donde duerme un pueblo.

Pero en la época de que hablamos, es decir, hacia el mes de mayo del año 1650, el pueblo en cuestión se extendía a ambos lados de la ruta, alimentándola como una gran arteria, con una abundancia de vegetación y de vida de las más alegres; al forastero que lo hubiera cruzado entonces le habrían gustado aquellos aldeanos ocupados en enganchar y desenganchar los caballos de su arado, aquellos barqueros que lanzaban al río sus redes en las que se agitaba el pescado blanco y rosa del Dordoña, y aquellos herreros que golpeaban rudamente sobre el yunque, y bajo cuyo martillo brotaba un haz divergente de chispas que iluminaba la fragua a cada golpe que daban.

Pero lo que más le hubiera encantado, sobre todo si la ruta le hubiera dado ese apetito proverbial de quienes suelen frecuentar los caminos reales, habría sido, a quinientos pasos de ese pueblo, una casa baja y alargada, formada únicamente por una planta baja y un primer piso, que exhalaba por su chimenea ciertos vapores y por sus ventanas ciertos olores que indicaban, mejor todavía que una figura de becerro dorado pintado sobre una placa de latón rojo, que crujía suspendida de una varilla de hierro empotrada en la cornisa del primer piso, que por fin había llegado a una de esas casas hospitalarias cuyos habitantes se encargan de reparar, a cambio de cierta retribución, las fuerzas de los viajeros.

¿Por qué, se me dirá, estaba situada la posada del Becerro de Oro a quinientos pasos del pueblo, en lugar de haberse alineado de forma natural en medio de las

risueñas casas agrupadas a ambos lados del camino?

En primer lugar, porque, por más perdido que estuviera en ese rinconcito de tierra, el posadero era, en materia de cocina, un artista de primer orden. Y, si se hubiera asentado en el centro o en los extremos de una de las dos largas hileras de casas que formaban el pueblo, corría el riesgo de verse confundido con alguno de esos figoneros a los que tendría que admitir como colegas, pero a los que no podía decidirse a mirar como a iguales suyos: todo lo contrario, aislándose, atraía sobre él las miradas de los entendidos, que, en cuanto habían probado una sola vez su cocina, se decían unos a otros: «Cuando vayáis de Libourne a Saint-André-de-Cubzac, o de Saint-André-de-Cubzac a Libourne, no dejéis de deteneros a desayunar, almorzar o cenar en la posada del Becerro de Oro, a quinientos pasos del pueblecito de Matifou¹».

Y los entendidos se detenían, salían contentos, enviaban a otros entendidos, de modo que el inteligente posadero iba haciendo poco a poco su fortuna, lo cual no le impedía, cosa rara, seguir manteniendo su casa a la misma altura gastronómica; lo cual prueba, como ya hemos dicho, que maese Biscarros era un verdadero artista.

Pero uno de esos hermosos atardeceres del mes de mayo, cuando la naturaleza ya ha despertado en el Sur y empieza a despertar en el Norte, unas humaredas más espesas y unos olores más suaves todavía que de costumbre escapaban de las chimeneas y de las ventanas de la posada del Becerro de Oro, mientras en el umbral de la casa maese Biscarros en persona, vestido de blanco, según la costumbre de los sacrificadores de todos los tiempos y todos los países, desplumaba con sus augustas manos unas perdices y unas codornices destinadas a alguna de aquellas exquisitas comidas que tan bien sabía disponer y que solía cuidar en sus menores detalles, siempre como consecuencia del amor que sentía por su arte.

Caía, así pues, el día y las aguas del Dordoña, que, en una de esas tortuosas desviaciones de que está sembrado su curso, se alejaban de la ruta, poco más o menos a un cuarto de legua para ir a pasar al pie de la pequeña fortaleza de Vayres, empezaban a blanquear bajo los negros follajes. Un no sé qué de tranquilo y melancólico se difundía por el campo con la brisa del atardecer; volvían con sus caballos desuncidos los labradores, los pescadores con sus redes chorreantes; se apagaban los ruidos del pueblo, y, cuando resonó el último martillazo poniendo fin a la laboriosa jornada, el primer canto del ruiseñor empezó a dejarse oír en un macizo vecino.

Con las primeras notas que escaparon de la garganta del músico emplumado, también maese Biscarros se puso a cantar, sin duda para acompañarlo; esa rivalidad armónica y la atención que el posadero ponía en su obra le impidieron ver a una pequeña tropa formada por seis jinetes surgiendo por el extremo del pueblo de Matifou y avanzando hacia su posada.

Pero una interjección que salió de una ventana del primer piso y el movimiento rápido y ruidoso con que esa ventana se cerró hicieron levantar la nariz al digno posadero; vio entonces avanzar directamente hacia él al jinete que marchaba al

frente de la tropa.

Directamente no es la palabra justa, y nos apresuramos a corregirnos porque aquel hombre se detenía cada veinte pasos lanzando a derecha e izquierda unas miradas escrutadoras, escudriñando en un abrir y cerrar de ojos senderos, árboles y matorrales; sosteniendo con una mano un mosquetón sobre su rodilla, tan dispuesto al ataque como a la defensa, de vez en cuando hacía señas a sus compañeros, que imitaban en todo sus movimientos, de ponerse en marcha. Se aventuraba entonces a dar de nuevo algunos pasos, y de nuevo se repetía la misma maniobra.

Biscarros siguió con la vista al jinete, cuya singular marcha le preocupaba de modo tan extraordinario que durante todo ese tiempo se le olvidó arrancar del cuerpo del ave la pulgarada de plumas que sostenía entre el pulgar y el índice.

–Es un señor que busca mi casa –dijo Biscarros–. Este digno gentilhombre es sin duda miope; sin embargo mi Becerro de Oro está recién pintado y la muestra sobresale de sobra. Vamos a dejarnos ver.

Y maese Biscarros fue a plantarse en medio del camino, donde siguió desplumando el ave con gestos llenos de amplitud y majestad.

El movimiento produjo el fruto que esperaba el posadero; en cuanto el jinete lo hubo visto, picó derecho hacia él, y saludándolo con cortesía dijo:

–Perdón, maese Biscarros, ¿no habéis visto por aquí una tropa de gente de guerra, que son amigos míos y deben de estar buscándome? Gente de guerra es mucho decir, gente de espada es la palabra justa, ¡en fin, gente armada! ¡Sí, gente armada, eso traduce mejor mi idea! ¿No habréis visto una pequeña tropa de gente armada?

Era imposible halagar más a Biscarros, que, llamado por su nombre, saludó también afablemente; no se había dado cuenta de que, de una sola ojeada lanzada por el forastero a su posada, éste había leído el nombre y la profesión en la muestra lo mismo que acababa de leer la identidad en el rostro del propietario.

–En materia de gente armada, señor –respondió tras haber reflexionado un momento–, sólo he visto a un gentilhombre y a su escudero, que han parado en mi casa hace poco más o menos una hora.

–¡Ah, ah! –hizo el forastero acariciándose el mentón de un rostro casi imberbe, y sin embargo ya impregnado de virilidad–. ¡Ah, ah!, o sea que en vuestra posada hay un gentilhombre y su escudero. ¿Y los dos armados, decís?

–¡Dios mío!, sí, señor. ¿Queréis que mande decir a ese gentilhombre que deseáis hablarle?

–Pero ¿es decoroso? –replicó el forastero–. Molestar así a un desconocido quizá sea tratarlo con demasiada familiaridad, sobre todo si ese desconocido es un caballero de calidad. No, no, maese Biscarros; bastará con que me lo describáis, o, mejor aún, con que me lo mostréis sin que él me vea.

–Mostrároslo es difícil, señor, dado que parece esconderse, pues ha cerrado su ventana en el momento en que vos y vuestros acompañantes habéis aparecido en el camino; por lo tanto es más fácil describíroslo: es un jovencito rubio y delicado, de apenas dieciséis años, y que parece tener sólo la fuerza justa para llevar una

pequeña espada de salón colgada de su tahalí.

La frente del forastero se frunció bajo la sombra de un recuerdo.

–Muy bien –dijo–, sé a quién os referís: un joven señor rubio y afeminado, montado en un caballo árabe y seguido por un viejo escudero, tieso como la sota de picas. No es a él a quien busco.

–¡Ah!, no es a él a quien el señor busca –dijo Biscarros.

–No.

–Bueno, mientras espera a quien el señor busca, y que no puede dejar de pasar por aquí porque sólo hay este camino, el señor podría entrar en mi casa y refrescarse, él y sus compañeros.

–No, gracias. Sólo me queda daros las gracias y preguntaros qué hora puede ser.

–Están sonando las seis en el reloj del pueblo, señor. ¿No oís el ronco sonido de la campana?

–Sí. ¿Podéis hacerme un último servicio, señor Biscarros?

–Con mucho gusto.

–Decidme, por favor, cómo podría conseguir una barca y un barquero.

–¿Para cruzar el río?

–No, para pasear por el río.

–Nada más fácil: el pescador que me suministra mi pescado... ¿Os gusta el pescado, señor? –preguntó Biscarros a modo de paréntesis y volviendo a su idea de hacer que el forastero cenara en su casa.

–Es una carne mediocre –respondió el viajero–; sin embargo, cuando está convenientemente sazonado no le hago ascos.

–Yo siempre tengo un pescado excelente, señor.

–Os felicito por ello, maese Biscarros, pero volvamos a quien os lo suministra.

–De acuerdo. Pues a esta hora, probablemente ha terminado su jornada y está cenando. Desde aquí podéis ver su barca amarrada a aquellos tres sauces, allá abajo, junto a aquel olmo. Seguro que lo encontraréis a la mesa.

–Gracias, maese Biscarros, gracias –dijo el forastero, y, haciendo a sus acompañantes seña de seguirle, picó enseguida espuelas hacia los árboles y llamó en la cabaña indicada.

Abrió la mujer del pescador.

Como le había dicho maese Biscarros, el pescador estaba a la mesa.

–Coge tus remos –dijo el jinete– y sígueme, hay un escudo a ganar.

El pescador se levantó con una precipitación que daba cuenta de la escasa liberalidad que ponía en sus tratos el posadero del Becerro de Oro.

–¿Es para bajar a Vayres? –preguntó.

–Es sólo para llevarme hasta el centro del río y permanecer allí conmigo unos minutos.

El pescador abrió de par en par los ojos al oír aquel extraño capricho; pero como había un escudo a ganar, y como veinte pasos detrás del jinete que había llamado a su puerta vio perfilarse las siluetas de sus acompañantes, no puso dificultad alguna, pensando que la falta de su buena voluntad provocaría el empleo de la fuerza, y que en el conflicto perdería la recompensa ofrecida.

Se apresuró a decir al forastero que estaban a sus órdenes él, su barca y sus remos.

La pequeña tropa se encaminó entonces inmediatamente hacia el río y, mientras el forastero avanzaba hasta la orilla del agua, se detuvo en lo alto del talud, disponiéndose, por temor sin duda a verse sorprendida, de modo que pudiera ver por todos los lados. Desde donde se había situado podía dominar al mismo tiempo el llano que se extendía a su espalda y proteger el embarque que se realizaba a sus pies.

Entonces el forastero, un hombre fuerte y rubio, pálido y nervioso, aunque enteco, y de una fisonomía inteligente, aunque un cerco marrón negruzco rodeaba sus ojos azules y una expresión de cinismo vulgar vagaba por sus labios, el forastero, decimos, examinó sus pistolas con cuidado, se puso el mosquetón en bandolera, metió una larga espada en su vaina y clavó su atenta mirada en la orilla opuesta, vasta pradera cortada por un sendero que partía de la ribera del río e iba a parar en línea recta hasta el burgo de Ison, cuyo bruñido campanario y blanco humo se distinguían en el vapor dorado del atardecer.

En el otro lado, a la derecha, y a medio cuarto de legua aproximadamente, se alzaba la pequeña fortaleza de Vayres.

–¡Bien! –dijo el forastero, que empezaba a impacientarse, dirigiéndose a sus compañeros como centinela–. ¿Viene, y por fin lo veis asomar a derecha o a izquierda, delante o detrás?

–Creo distinguir un grupo negro en el camino de Ison –dijo uno de los hombres–, pero aún no estoy bien seguro porque el sol me deslumbra. ¡Esperad! Sí, sí, son ellos: uno, dos, tres, cuatro, cinco hombres, dirigidos por un sombrero bordado y capa azul. Es el mensajero que esperamos, que se habrá hecho escoltar por mayor seguridad.

–Está en su derecho –respondió flemático el forastero–. Venid a por mi caballo, Ferguzon.

El hombre al que había dirigido esa orden en un tono a medias amistoso y a medias imperativo, se apresuró a obedecer y descendió el talud. Mientras, el forastero ponía pie en tierra y, en el momento en que el otro llegaba, le echó la brida al brazo y se aprestó a subir a la barca.

–Escuchad –dijo Ferguzon poniéndole la mano en el brazo–: nada de valentía inútil, Cauvignac. Si veis el menor movimiento sospechoso de parte de vuestro hombre, empezad por alojarle una bala en la cabeza; ya veis que el astuto compadre trae toda una tropa.

–Sí, pero menos fuerte que la nuestra. Por eso, dada la superioridad de valor que tenemos, además de la del número, no hay nada que temer. ¡Ah, ah!, sus cabezas empiezan a verse.

–¡Sí! ¿Y qué van a hacer? –dijo Ferguzon–. No podrán conseguir una barca. ¡Ah!, sí, ahí aparece una como por encanto.

–Es la de mi primo, el barquero de Ison –dijo el pescador, a quien los preparativos parecían interesar vivamente y que, sin embargo, temblaba ante la idea de que se produjera un combate naval a bordo de su chalupa y la de su primo.

–¡Bueno!, el de la capa azul está embarcando –dijo Ferguzon–. Solo, respetando las estrictas condiciones del trato.

–Entonces no le hagamos esperar –replicó el forastero.

Y saltando a su vez a la barca, ordenó con un gesto al pescador colocarse en su puesto.

–Prestad atención, Roland –continuó Ferguzon repitiendo sus prudentes recomendaciones–: el río es ancho, no se os ocurra avanzar hacia la otra orilla para recibir una descarga de mosquetes que no podríamos devolver. A ser posible, manteneos a este otro lado de la línea de demarcación.

Aquel a quien Ferguzon había llamado unas veces Roland y otras Cauvignac, y que respondía a esos dos nombres sin duda porque uno era su nombre de pila y el otro su apellido de familia o su nombre de guerra, hizo una señal con la cabeza.

–No temáis nada, estaba pensándolo ahora mismo: es propio de quienes no tienen nada que arriesgar cometer imprudencias; pero el asunto es demasiado ventajoso para que me exponga tontamente a perder su fruto. Por lo tanto, si en esta ocasión alguien comete una imprudencia, no seré yo. ¡En marcha, barquero!

El pescador soltó su amarra, hundió su largo bichero en las hierbas y la barca empezó a alejarse de la orilla al mismo tiempo que de la ribera opuesta partía la chalupa del barquero de Ison.

En medio del agua había una pequeña estacada de tres piezas rematadas por una bandera blanca, que servía para indicar a los largos barcos de transporte que descenden el Dordoña un banco de rocas de acceso peligroso. En las aguas bajas podía verse incluso, negra y lisa por encima del curso del río, la punta de aquellas rocas; pero en aquel momento el Dordoña tenía crecido su curso, y la banderola y un ligero borboteo del agua eran los únicos signos que indicaban la presencia del escollo.

Sin duda ambos barqueros comprendieron que allí podía tener lugar el encuentro de los parlamentarios; en consecuencia, dirigieron los esquifes hacia aquel lado. Fue el barquero de Ison el primero que abordó y el que, tras recibir la orden de su pasajero, amarró su barca a uno de los anillos de la estacada.

En ese momento, el pescador que había salido de la orilla opuesta se volvió hacia su viajero para recibir sus órdenes, y no quedó poco sorprendido al no encontrar en su barca más que un hombre enmascarado y envuelto en su capa.

El miedo que nunca lo había dejado aumentó entonces, y sólo balbuciendo pidió sus órdenes al extraño personaje.

–Amarra la canoa a esa madera –dijo Cauvignac extendiendo la mano hacia uno de los postes–, lo más cerca posible de la canoa del caballero.

Y su mano indicadora pasó del poste designado al gentilhombre llevado por el barquero de Ison.

El barquero obedeció, y las dos bordas de las barcas unidas por la corriente permitieron a los dos plenipotenciarios abrir la conferencia siguiente.

II

La conferencia

–¿Cómo? ¿Venís enmascarado, señor? –dijo con una sorpresa a la que se mezclaba el despecho el recién llegado, hombre grueso de entre cincuenta y cinco y cincuenta y ocho años, de mirada severa y fija como la de un ave de presa, de bigote y entradas entrecanos, y que, si no se había puesto máscara, al menos había ocultado todo lo posible su pelo y su cara bajo un amplio sombrero galonado, y su cuerpo y sus ropas bajo una capa azul de largos pliegues.

Mirando más de cerca al personaje que acababa de dirigirle la palabra, Cauvignac no pudo dejar de revelar su sorpresa con un movimiento involuntario.

–¡Bien!, caballero, ¿qué os pasa? –preguntó el gentilhombre.

–Nada, caballero, he estado a punto de perder el equilibrio. Pero me hacéis el honor de dirigirme la palabra, creo: ¿qué me decíais, por favor?

–Os preguntaba por qué llevabais máscara.

–La pregunta es directa –dijo el joven–, y responderé a ella con la misma franqueza: me he enmascarado para ocultaros mi cara.

–¿La conozco acaso?

–No lo creo, pero, habiéndola visto una vez, más tarde podríais reconocerla; cosa que, en mi opinión al menos, es totalmente inútil.

–Me parece que sois igual de franco por lo menos que yo.

–Sí, cuando mi franqueza no puede perjudicarme.

–Y esa franqueza, ¿va hasta revelaros los secretos de los demás?

–¿Por qué no, cuando esa revelación puede producirme algo?

–Es singular lo que decís.

–¡Vaya!, se hace lo que se puede, señor. He sido sucesivamente abogado, médico, soldado y partisano, ya veis que no fallaré por falta de profesión.

–¿Y ahora qué sois?

–Soy vuestro servidor –dijo el joven inclinándose con un respeto afectado.

–¿Tenéis la carta en cuestión?

–¿Tenéis vos el documento con la firma en blanco solicitada?

–Aquí está.

–¿Queréis que hagamos el intercambio?

–Un momento, señor –dijo el forastero de la capa azul–. Vuestra conversación me agrada y no querría perderme tan pronto su encanto.

–¿Cómo, señor? Está totalmente a vuestro servicio, lo mismo que yo –respondió Cauvignac–. Charlemos pues, si os resulta agradable.

–¿Queréis que pase a vuestra barca, o preferís pasar vos a la mía para que, en la barca que quede libre, mantengamos a nuestros barqueros alejados de nosotros?

–Inútil, señor. Sin duda habláis alguna lengua extranjera.

–Hablo el español.

–También yo: hablemos pues en español, si esa lengua os conviene.

–¡De maravilla! ¿Qué razón –prosiguió el gentilhombre, adoptando desde ese momento el idioma pactado– os ha llevado a descubrir al duque d'Épernon² la infidelidad de la dama en cuestión?

–He querido prestar un servicio a ese digno caballero y ganarme su favor.

–¿Odiáis entonces a Mlle. de Lartigues?

–¿Yo? Todo lo contrario. He de confesar que le debo algunos favores, y me molestaría mucho que le ocurriese una desgracia.

–Entonces, ¿es al señor barón de Canolles a quien tenéis por enemigo?

–No le he visto nunca, sólo le conozco por su reputación, y, debo decirlo, tiene la de galante caballero y gentilhombre valiente.

–¿Queréis decir que no os impulsa ningún motivo de odio?

–¡Qué va! Si odiase al señor barón de Canolles, le rogaría que se saltara la tapa de los sesos o se cortase la garganta conmigo, y es un hombre demasiado galante como para rechazar un envite de esa clase.

–¿Tengo entonces que remitirme a lo que habéis dicho?

–Es lo mejor que podéis hacer, creo yo.

–¡Bien! Entonces, ¿tenéis esa carta que prueba la infidelidad de Mlle. de Lartigues?

–¡Aquí está! No es un reproche, pero os la enseño por segunda vez.

El viejo gentilhombre lanzó de lejos una mirada llena de tristeza al fino papel que dejaba transparentarse las letras.

El joven desplegó lentamente la carta.

–Reconocéis la letra, ¿verdad?

–Sí.

–Entonces dadme el documento con la firma en blanco y tendréis la carta.

–¡Ahora mismo! ¿Me permitís una pregunta?

–Hacedla, señor –y el joven volvió a plegar tranquilamente la carta, que se guardó en el bolsillo.

–¿Cómo habéis conseguido ese billete?

–Accedo a decíroslo.

–Os escucho.

–No ignoráis que el gobierno un tanto derrochador del duque d'Épernon le ha causado grandes aprietos en Guyena.

–No, sigamos adelante.

–Tampoco ignoráis que el gobierno espantosamente avaricioso del señor de Mazarino³ le ha causado aprietos muy grandes en la capital.

–¿Qué tienen que ver en todo esto el señor de Mazarino y el señor d'Épernon?

–Aguardad: de estos dos gobiernos opuestos ha salido un estado de cosas que se parece mucho a una guerra general, en la que cada cual toma partido. El señor de

Mazarino guerrea en este momento por la reina; vos guerreáis por el rey; el señor coadjutor⁴ guerrea por el señor de Beaufort⁵; el señor de Beaufort guerrea por Mme. de Montbazon⁶; el señor de La Rochefoucauld⁷ guerrea por Mme. de Longueville⁸; el señor duque d'Orléans⁹ guerrea por Mlle. Saugeon¹⁰; el Parlamento guerrea por el pueblo; y, por último, han encarcelado al señor de Condé¹¹, que guerreaba por Francia. Ahora bien, a mí, que no ganaría gran cosa guerreando por la reina, por el rey, por el señor coadjutor, por el señor de Beaufort, por Mme. de Montbazon, por Mme. de Longueville, por Mlle. Saugeon, por el pueblo o por Francia, se me ocurrió la idea de no adoptar ningún partido, sino seguir aquel hacia el que me sienta arrastrado en cada momento. En mi caso, se trata de un asunto de oportunidad. ¿Qué os parece la idea?

–Es ingeniosa.

–En consecuencia, he reunido un ejército. Allá podéis verlo formado, en la orilla del Dordoña.

–¡Diablo, cinco hombres!

–Uno más de los que vos mismo tenéis, por lo tanto haríais mal en despreciarlos.

–Muy mal vestidos –continuó el viejo gentilhomme, que estaba de mal humor y, por lo tanto, a punto de desdeñarlos.

–Cierto que se parecen un poco a los compañeros de Falstaff¹² –replicó su interlocutor–. No hagáis caso, Falstaff es un gentilhomme inglés conocido mío; pero esta noche se vestirán con ropas nuevas, y si mañana os los encontráis, veréis que realmente se trata de unos muchachos muy apuestos.

–Volvamos a vos, no tengo nada que ver con vuestros hombres.

–¡Bien!, así pues, haciendo la guerra por mi cuenta, nos encontramos al recaudador del distrito, que iba de pueblo en pueblo engordando la bolsa de Su Majestad. Mientras le quedó un solo impuesto que recoger, lo escoltamos fielmente; confieso que, viendo aquel talego creciente, sentí ganas de hacerme del partido del rey. Pero los acontecimientos se embrollaron de una forma atroz: un impulso de mal humor contra el señor de Mazarino y las quejas que oíamos por todas partes contra el señor duque d'Épernon, nos hicieron volver a ser nosotros mismos. Pensamos que había cosas buenas, y muchas, en la causa de los príncipes, y palabra que la abrazamos con ardor: el recaudador concluía su gira en aquella casita aislada que veis allá, perdida entre los álamos y los sicomoros.

–¡La de Nanon! –murmuró el gentilhomme–. Sí, la veo.

–Lo acechamos a la salida, le seguimos como veníamos haciendo desde hace cinco días, pasamos con él el Dordoña, un poco más abajo de Saint-Michel, y, cuando estuvimos en mitad del río, le hice saber nuestra conversión política invitándolo, con toda la cortesía de que somos capaces, a entregarnos el dinero que llevaba. Creedme, señor, ¡se negó! Entonces mis compañeros lo registraron, y como gritaba de una forma escandalosa, mi lugarteniente, muchacho lleno de recursos, ese que veis allí, de capa roja y sujetando mi caballo, pensó que el agua, interceptando las corrientes de aire, interrumpía, por esa razón, la continuidad del sonido; es un axioma de física que comprendí en mi calidad de médico, y al que aplaudí. El que había emitido la propuesta inclinó la cabeza del recalcitrante hacia

el río, y la mantuvo un pie bajo el agua, no más. En efecto, el recaudador dejó de gritar, o, mejor dicho, ya no se le oyó gritar. Entonces pudimos coger todo el dinero que llevaba en nombre de los príncipes y la correspondencia que le habían encargado. Di el dinero a mis soldados, que, como muy sensatamente habéis observado, necesitaban equiparse, y yo me quedé con los documentos, éste entre otros; al parecer, el bueno del recaudador servía de Mercurio galante a Mlle. de Lartigues.

–Sí –murmuró el viejo gentilhomme–, si no me equivoco era un hombre de Nanon. ¿Y qué ha sido de ese miserable?

–¡Ah!, ¡ahora veréis si hicimos bien metiendo a ese miserable, como lo llamáis, en el agua! Porque, de no ser por esa precaución, hubiera amotinado a la tierra entera. Figuraos que cuando lo retiramos del río, aunque apenas hubiera estado en él un cuarto de hora, se había muerto de rabia.

–¿Y sin duda volvisteis a hundirlo en él?

–Exacto.

–Pero si habéis ahogado al mensajero...

–Yo no he dicho que lo hayamos ahogado.

–No discutamos sobre las palabras, si el mensajero está muerto...

–En cuanto a eso, sí, ¡bien muerto está!

–El señor de Canolles no habrá sido avisado, y por consiguiente no acudirá a la cita.

–¡Eh!, un momento, yo hago la guerra a las potencias, pero no a los particulares. El señor de Canolles ha recibido un duplicado de la carta que lo citaba; pero, pensando que el manuscrito autógrafo tenía algún valor, lo he conservado.

–¿Qué pensará al no reconocer la letra?

–Que la persona que lo invita a verla ha empleado, para mayor precaución, la ayuda de una mano ajena.

El forastero miró a Cauvignac con cierta admiración, causada por tanto impudor unido a tanta presencia de ánimo.

Quiso ver si no había medio de intimidar al audaz jugador.

–¿Pero no pensáis nunca en el gobierno, en las investigaciones?

–¡Las investigaciones! –replicó el joven riendo–. Ah, sí, como si el señor d'Épernon no tuviera otra cosa que hacer más que investigar. ¿No os he dicho, además, que lo que había hecho era para ganarme su favor? Sería desde luego muy ingrato si no me lo concediese.

–Lo que no acabo de comprender –dijo entonces el viejo gentilhomme con ironía–, es cómo a vos, que por propia voluntad habéis abrazado el partido de los príncipes, se os ha ocurrido la extraña idea de querer servir a M. d'Épernon.

–Pues es la cosa más simple del mundo: el examen de los papeles cogidos al recaudador me ha convencido de la pureza de las intenciones del rey. Su Majestad queda totalmente justificado a mis ojos, y el señor duque d'Épernon tiene mil razones contra sus administrados. Ahí está la buena causa; y por eso he tomado partido por la buena causa.

–¡Vaya un bandido, al que haré colgar si alguna vez cae entre mis manos! –

masculló el viejo gentilhombre, estirando los pelos erizados de su bigote.

–¿Qué decís?... –preguntó Cauvignac, guiñando los ojos bajo su máscara.

–Nada. Ahora, una pregunta: ¿qué haréis con el papel firmado en blanco que exigís?

–¡Que el diablo me lleve si he pensado en ello! He pedido un papel firmado en blanco porque es la cosa más cómoda, más portátil y más elástica. Es probable que lo reserve para alguna circunstancia extrema; es posible que lo desperdicie para el primer capricho que se me pase por la cabeza. Quizá yo mismo os lo presente antes del fin de semana, quizá vuelva a vuestras manos dentro de tres o cuatro meses con una docena de endosadores, como un billete lanzado en el comercio. Pero, en cualquier caso, estad tranquilo, no abusaré de él para hacer cosas que nos hagan, a vos y a mí, ruborizarnos. Después de todo, uno es gentilhombre.

–¿Vos gentilhombre?

–Sí, señor, y de los mejores.

«Entonces le haré sufrir el suplicio de la rueda –murmuró el desconocido–. Para eso va a servirle su papel firmado en blanco.»

–¿Estáis decidido a darme ese papel? –preguntó Cauvignac.

–Tengo que hacerlo –respondió el viejo gentilhombre.

–Yo no os fuerzo, entendámonos: es un intercambio el que os propongo. Guardaos vuestro papel y yo guardaré el mío.

–¿La carta?

–¿El papel firmado?

Y tendió la carta con una mano mientras con la otra armaba una pistola.

–Dejad descansar vuestra pistola –dijo el forastero abriendo su capa–, porque también yo tengo pistolas, y totalmente armadas. Juguemos limpio los dos: aquí tenéis vuestro papel firmado.

El intercambio de documentos se hizo entonces lealmente, y cada una de las partes examinó en silencio, con toda tranquilidad y atención, el que acababa de serle entregado.

–Ahora, señor –dijo Cauvignac–, ¿qué camino tomáis?

–Tengo que pasar a la orilla derecha del río.

–Y yo a la orilla izquierda –respondió Cauvignac.

–¿Cómo hacemos? Mis hombres están en el lado al que vais, y los vuestros en el lado al que voy yo.

–Pues nada más fácil; enviadme a mis hombres en vuestra barca, y yo os enviaré los vuestros en la mía.

–Tenéis una mente rápida e inventiva.

–Nací para ser general de ejército.

–Lo sois.

–¡Ah!, es cierto –dijo el joven–, lo había olvidado.

El forastero hizo seña al barquero de soltar las amarras de la barca y llevarlo a la orilla opuesta de la que había partido, y en dirección a un bosquecillo que se prolongaba hasta el camino.

Entonces el joven, que tal vez esperaba alguna traición, se incorporó a medias

para seguirle con la vista, la mano siempre apoyada en el gatillo de su pistola, dispuesto a disparar al menor movimiento sospechoso del forastero; pero éste ni siquiera se dignó reparar en la desconfianza de que era objeto y, dando la espalda al joven con una indiferencia real o afectada, empezó a leer la carta y no tardó en quedar totalmente absorto en aquella lectura.

–Recordad bien el momento –dijo Cauvignac–: esta noche, a las ocho.

El forastero no respondió, ni tampoco dio siquiera la impresión de haber oído.

«¡Ah! –dijo Cauvignac en voz baja y hablando para sí mismo mientras acariciaba la culata de su pistola–. Cuando se piensa que si yo quisiera podría abrir la sucesión del gobierno de la Guyena y detener la guerra civil; pero, muerto el duque d'Épernon, ¿de qué me serviría su firma en blanco? Y concluida la guerra civil, ¿de qué viviré? En verdad, ¡hay momentos en que creo que voy a volverme loco! ¡Viva el duque d'Épernon y la guerra civil!»

–Vamos, barquero, a tus remos, y ganemos la otra orilla. No hay que hacer esperar a su escolta a este digno señor.

Un momento después, Cauvignac saltaba a la orilla izquierda del Dordoña, justo en el momento en que el viejo gentilhomme le enviaba a Ferguzon y a sus cinco bandidos con el barquero de Ison. No quiso ser menos puntual con él y ordenó de nuevo a su barquero acoger en su barca y llevar a la orilla derecha a los cuatro hombres del desconocido: las barcas se cruzaron en mitad del río y se saludaron cortésmente; luego cada una llegó al punto donde la esperaban. Entonces el viejo gentilhomme se adentró con su escolta en el monte bajo que se extendía desde las orillas del río hasta el camino real; y Cauvignac, al frente de su tropa, tomó el sendero que conducía a Ison.

III

Media hora después de la escena que acabamos de contar, la ventana de la posada de maese Biscarros que se había cerrado tan bruscamente volvió a abrirse con precaución, y en el alféizar de esa ventana, tras haber mirado atentamente a derecha e izquierda, se acodó un joven de dieciséis a dieciocho años, vestido de negro con mangas de jamón en la muñeca, según la moda de entonces; una camisa de fina batista bordada salía orgullosamente de su jubón y volvía a caer en ondas sobre sus calzas recargadas de cintas. Su pequeña mano, elegante y rolliza, verdadera mano de raza, arrugaba impaciente sus guantes de cabritilla de bordadas costuras: un sombrero de fieltro de color gris perla, doblándose en su extremo bajo la curva de una magnífica pluma azul, cubría sus cabellos largos y tornasolados con reflejos dorados que enmarcaban maravillosamente un rostro ovalado de tez blanca, labios rosados y cejas negras. Pero hay que decirlo: todo este gracioso conjunto, que debía hacer del joven uno de los jinetes más encantadores que se pudieran ver, estaba algo ensombrecido en ese momento por un aire de mal humor que procedía sin duda de una espera inútil, porque el joven interrogaba con sus dilatados ojos la ruta ya sumida a lo lejos en la bruma del anochecer.

Golpeaba impaciente su mano izquierda con los guantes. Al ruido que hacía, el posadero, que acababa de desplumar sus perdices, levantó la cabeza y, quitándose su bonete, dijo:

–¿A qué hora cenaréis, mi señor gentilhombre? Porque sólo esperamos vuestras órdenes para servirlos.

–Sabéis bien que no ceno solo y que espero compañía –dijo éste–. Cuando la veáis llegar, podréis preparar la comida.

–¡Ah!, señor –respondió maese Biscarros–, no es por criticar a vuestro amigo, es desde luego muy libre de venir o no venir; pero es una malísima costumbre hacerse esperar.

–No suele sin embargo hacerlo, y me sorprende el retraso.

–Yo hago más que sorprenderme, señor, me aflijo por ello: el asado se quemará.

–Retiradlo del espetón.

–Entonces se quedará frío.

–Poned otro al fuego.

–No terminará de asarse.

–En tal caso, amigo mío, haced lo que queráis –dijo el joven que, pese a su malhumor, no pudo por menos de sonreír ante la desesperación del posadero–. Encomiendo el asunto a vuestra suprema sabiduría.

–No hay sabiduría, ni siquiera la del rey Salomón –respondió el posadero–, que pueda volver comestible una cena recalentada.

Y con este axioma que veinte años más tarde Boileau¹³ debía poner en verso, maese Biscarros entró en su posada sacudiendo dolorosamente la cabeza.

El joven, entonces, como para engañar a su impaciencia, volvió a entrar en el cuarto, hizo sonar durante un instante sus botas sobre el resonante piso y luego, al ruido lejano de algunos pasos de caballos que creía haber oído, regresó vivamente a la ventana.

–Por fin –exclamó–, ¡ahí está! ¡Alabado sea Dios!

En efecto, más allá del macizo donde cantaba el ruiseñor a cuyos melodiosos acentos el joven, debido sin duda a su gran preocupación, no había prestado atención alguna, vio aparecer la cabeza de un jinete; mas, para gran asombro suyo, fue inútil su espera de ver desembocar al jinete en el camino; el recién llegado torció a la derecha y entró en el macizo donde su sombrero no tardó en perderse, prueba segura de que el jinete se había apeado. Un instante después el observador distinguió, a través de las ramas apartadas con precaución, una casaca gris y el relámpago de uno de los últimos rayos del sol poniente reflejado en el cañón de un mosquete.

El joven permaneció pensativo en su ventana; evidentemente, el jinete oculto en el macizo no era el compañero que esperaba, y la expresión de impaciencia que crispaba su rostro móvil dejó paso a otra de curiosidad.

No tardó en aparecer un segundo sombrero por el recodo del camino; el joven se echó hacia atrás para no ser visto.

La misma casaca gris, la misma maniobra del caballo, el mismo mosquetón brillante; el segundo en llegar dirigió al que primero había llegado algunas palabras que nuestro observador no pudo oír debido a la distancia; y, tras los informes que sin duda dio a su compañero, se internó en el monte bajo paralelo al macizo, se apeó a su vez del caballo, se agazapó detrás de una peña y aguardó.

Desde el punto elevado en que estaba, el joven veía el sombrero por encima de la peña. Al lado del sombrero brillaba un punto luminoso: era el extremo del cañón del mosquete.

Un sentimiento de vago terror pasó por el espíritu del gentilhomme que contemplaba aquella escena eclipsándose más cada vez.

«¡Oh, oh! –se preguntó–, ¿soy yo y los mil luises que llevo encima lo que quieren? No, pues suponiendo que llegue Richon¹⁴ y yo pueda ponerme en camino esta noche, voy a Libourne y no a Saint-André-de-Cubzac; por lo tanto no paso al lado de donde esos granujas están emboscados. Si mi buen Pompée estuviera aquí, lo consultaría. Pero si no me equivoco, ¡sí, a fe, llegan dos hombres más! ¡Ésta sí que es buena!, tiene toda la pinta de una emboscada.»

Y el joven volvió a dar un paso atrás.

En efecto, en ese instante dos jinetes más aparecían en el mismo punto culminante del camino; pero, esta vez, sólo uno de ellos iba vestido con la casaca gris. El otro, montado sobre un potente caballo negro y envuelto en una gran capa, llevaba un sombrero galonado adornado con una pluma blanca, y bajo aquella capa que el viento del atardecer levantaba se veía relucir un rico bordado serpenteando sobre un jubón de color nacarado.

Se hubiera dicho que el día se prolongaba para iluminar aquella escena, pues los últimos rayos del sol, desprendiéndose de uno de esos bancos de nubes negras que a veces se extienden de forma tan pintoresca en el horizonte, iluminaron de pronto mil rubíes en los cristales de una preciosa casa situada a un centenar de pasos del río, y que de no ser por eso el joven no hubiera visto, perdida como estaba entre las ramas de un espeso monte alto. Aquel refuerzo de luz permitió ver en primer lugar que las miradas de los espías se volvían alternativamente hacia la entrada del pueblo y hacia la casita de cristales centelleantes; después, que los casacas grises parecían tener el mayor respeto por la pluma blanca, a la que sólo se dirigían con el sombrero en las manos; luego, tras haberse abierto las ventanas iluminadas, una mujer salió por fin al balcón, se asomó un instante como si por su parte esperase a alguien, y no tardó en retroceder, temiendo sin duda ser vista.

En el momento en que ella retrocedía, el sol se ponía detrás de la montaña, y, a medida que descendía, la planta baja de la casa parecía hundirse en la sombra, mientras la luz, abandonando poco a poco las ventanas, subía hasta el techo de pizarras y desaparecía finalmente tras haberse entretenido, en el último instante, en un haz de flechas de oro que giraba como una veleta.

Para cualquier inteligencia todo aquello suponía un número suficiente de indicios, y por esos indicios podían establecerse, si no certezas, al menos probabilidades.

Era probable que aquellos hombres vigilasen la aislada casita en cuyo balcón había aparecido durante un instante una mujer; seguía siendo probable que aquella mujer y aquellos hombres esperasen a la misma persona, pero con intenciones muy distintas; también era probable que la persona esperada tuviese que venir por el pueblo y por lo tanto pasar por delante de la posada situada a mitad de camino entre el pueblo y el macizo de árboles, de la misma manera que el macizo de árboles estaba situado a medio camino entre la posada y la casa; era probable, por último, que el jinete de la pluma blanca fuera el jefe de los jinetes de casacas grises, y que, por el ardor que desplegaba levantándose sobre sus estribos para ver más lejos, aquel jefe estuviera celoso y acechara desde luego por cuenta propia.

En el momento en que el joven concluía en su cabeza esta serie de razonamientos que se encadenaban entre sí, se abrió la puerta de su cuarto dando paso a maese Biscarros.

—Mi querido posadero —dijo el joven sin dar tiempo al que entraba tan oportunamente en su cuarto a exponerle el motivo de su visita, motivo que por lo demás adivinaba—, venid aquí y decidme, si no hay indiscreción en mi pregunta, a quién pertenece esa casita que se ve allá como un punto blanco en medio de los álamos y los sicomoros.

El posadero siguió con la vista la dirección del dedo indicador, y rascándose la frente dijo con una sonrisa que trataba de volver burlona:

—A fe que unas veces a unos y otras a otros. A vos, si tenéis algún motivo para buscar la soledad, sea que deseéis ocultaros vos mismo, sea que simplemente deseéis ocultar a alguien.

El joven se sonrojó.

–Pero hoy –preguntó–, ¿quién vive en esa casa?

–Una joven dama que se hace pasar por viuda, y a quien la sombra de su primer marido, y tal vez incluso la del segundo, vuelve a visitar de vez en cuando. Sólo hay una observación que hacer: probablemente las dos sombras se entienden entre sí y nunca vuelven al mismo tiempo.

–¿Y desde cuándo vive la bella viuda en esa casa aislada, tan cómoda para las apariciones? –preguntó sonriente el joven.

–Desde hace dos meses más o menos. Por otro lado, vive muy apartada y no creo que nadie pueda vanagloriarse de haberla visto en esos dos meses; porque sale poco, y cuando sale lo hace velada. Una pequeña camarera, a fe que muy encantadora, viene todas las mañanas a encargarme la comida del día. Se la llevan: recibe los platos en el vestíbulo, paga generosamente y acto seguido cierra la puerta en las narices del mozo. Esta noche, por ejemplo, hay festín: para ella preparaba las codornices y los perdigones que me habéis visto desplumar.

–¿Y a quién da de cenar?

–Seguro que a una de las dos sombras de que os he hablado.

–¿Habéis visto alguna vez esas dos sombras?

–Sí, pero sólo pasar, de noche, cuando el sol ya se había puesto, o al amanecer antes de salir el sol.

–Estoy tan seguro como vos, mi querido señor Biscarros, de que las habéis visto; porque en cuanto abrí la boca se ve que sois observador. Y decidme, ¿habéis reparado en algo particular en el porte de esas dos sombras?

–Una es la de un hombre de sesenta a sesenta y cinco años, y me parece ser la del primer marido, pues viene como sombra segura de la anterioridad de sus derechos. La otra es de un joven de veintiséis a veintiocho años, que, debo decirlo, es más tímida y tiene toda la apariencia de un alma en pena. Por eso juraría que es la del segundo marido.

–¿Y para qué hora habéis recibido la orden de servir hoy la cena?

–Para las ocho.

–Son las siete y media –dijo el joven sacando del bolsillo de su chaleco un precioso reloj que ya había consultado en dos ocasiones–. No tenéis tiempo que perder.

–Estará preparada, no os preocupéis; sólo he subido para hablaros de la vuestra y deciros que acababa de empezarla de nuevo por completo. Ya que vuestro compañero ha hecho tanto para retrasarse, tratad que de no llegue antes de una hora.

–Escuchad, mi querido posadero –dijo el joven, con la actitud de un hombre para quien el grave asunto de una cena servida a su hora es algo secundario–, no os atormentéis por nuestra cena, ni siquiera cuando la persona que espero llegue, porque tenemos que hablar. Si la cena no está lista, hablaremos antes; y si, por el contrario, lo está, hablaremos después.

–En verdad, señor –dijo el posadero–, sois un gentilhombre muy complaciente, y, dado que os ponéis en mis manos, quedaréis contento, estad tranquilo.

Y maese Biscarros hizo una profunda reverencia a la que el joven respondió con un ligero gesto de cabeza, y salió.

«Ahora lo comprendo todo –se dijo el joven volviendo curioso a su puesto en la ventana–. La dama espera a alguien que debe venir de Libourne, y los hombres del bosquecillo se proponen abordar al visitante antes de que éste haya tenido tiempo de llamar a la puerta.»

Al mismo tiempo, y como para justificar las previsiones de nuestro sagaz observador, se dejó oír a su izquierda el paso de un caballo. Raudos como el relámpago, los ojos del joven sondearon el bosquecillo para espiar la actitud de los emboscados. Aunque la noche empezaba a confundir los objetos, le pareció que unos apartaban las ramas mientras los otros se levantaban para mirar por encima de la peña, preparándose éstos y aquéllos para un movimiento que tenía todas las apariencias de una agresión. Al mismo tiempo, un ruido seco, como el de un mosquete cuando lo arman, vino a percutir tres veces en su oído y a hacer estremecerse su corazón. Entonces se volvió rápidamente hacia el lado de Libourne para tratar de divisar a la persona amenazada por aquel ruido asesino, y vio aparecer, nariz al viento, aspecto vencedor, el brazo en la cadera y montado en un caballo perfectamente enjaezado y lanzado al trote, a un bello joven cuya capa corta, forrada de raso blanco, dejaba graciosamente al descubierto el hombro derecho. De lejos, la figura parecía llena de elegancia, de suave poesía y de gozoso orgullo. De cerca era un rostro de finos rasgos, tez animada, mirada ardiente, boca entreabierto por la costumbre de sonreír, bigote negro y delicado y dientes finos y blancos. Un triunfal molinete de vara de acebo, un ligero silbido parecido al de los petimetres de la época y que el señor Gaston d'Orléans había puesto de moda, terminaba de hacer del recién llegado un caballero perfecto según las leyes del buen tono en vigor en la corte de Francia, que empezaba a marcar la pauta de todas las cortes de Europa.

A cincuenta pasos detrás de él, y montando un caballo que regulaba su paso por el del caballo del amo, lo seguía pavoneándose un lacayo muy pretencioso que parecía ocupar entre los criados un rango no menos distinguido que su señor entre los gentilhombres.

El bello adolescente que seguía a la ventana de la posada, demasiado joven aún, sin duda, para asistir fríamente a una escena del tipo de la que se le prometía, no pudo dejar de estremecerse pensando que aquellos dos tipos incomparables que avanzaban tan llenos de despreocupación y de seguridad, iban a ser pasados por las armas, según todas las probabilidades, al llegar a la emboscada que los aguardaba. En él pareció librarse un rápido combate entre la timidez de su edad y el amor a su prójimo. Finalmente fue el sentimiento generoso el que prevaleció, y como el jinete iba a pasar ante la puerta de la posada sin mirar siquiera hacia su lado, cediendo a un impulso súbito, a una resolución irresistible, el joven se asomó y gritó interpelando al bello viajero:

–¡Eh, caballero!, deteneos, os lo ruego; tengo algo importante que deciros.

Al oír aquella voz y estas palabras el jinete alzó la cabeza y, viendo al joven en la ventana, detuvo su caballo con un movimiento de mano que hubiera honrado al

mejor escudero.

–No detengáis vuestro caballo, señor –prosiguió el joven–, y acercaos a mí sin afectación y como si me conocieseis.

El viajero vaciló un instante, pero, al ver por el aspecto de quien le hablaba que tenía enfrente a un gentilhombre de buen porte y bello rostro, se quitó el sombrero y avanzó sonriendo.

–Aquí me tenéis a vuestras órdenes, caballero –le dijo–. ¿Qué puedo hacer por vos?

–Avanzad más todavía, caballero –continuó el desconocido de la ventana–, porque lo que tengo que deciros no puede decirse en voz alta. Poneos el sombrero, porque es preciso que crean que nos conocemos desde hace mucho, y que es a mí a quien venís a ver a esta posada.

–Pero, caballero –dijo el viajero–, no comprendo.

–Enseguida comprenderéis... mientras, cubríos... Bien, seguid avanzando, ¡más cerca, más cerca! Tendedme la mano: ¡así! ¡Encantado de veros! Ahora, no vayáis más allá de esta posada ¡o estáis perdido!

–¿Qué ocurre? En verdad que me asustáis –dijo sonriendo el viajero.

–Ocurre que os dirigís a aquella casita donde brilla esa luz, ¿verdad? –el jinete hizo un movimiento–. Pues en la ruta hacia esa casa, allí, en el recodo del camino, en ese bosquecillo sombrío, os esperan cuatro hombres emboscados.

–¡Ah! –exclamó el jinete mirando fijamente al jovencito pálido–. ¡Ah! ¿De veras? ¿Estáis seguro?

–Los he visto llegar unos tras otros, apearse de sus caballos, esconderse, unos detrás de los árboles y otros detrás de las peñas. Y cuando hace un momento habéis salido del pueblo, les he oído armar sus mosquetes.

–¡Bueno! –dijo el jinete, que empezaba a asustarse a su vez.

–Sí, caballero, es tal como os digo –continuó el joven de sombrero gris–. Y si hubiera más luz, tal vez podríais verlos y reconocerlos.

–¡Oh! –dijo el viajero–, no necesito reconocerlos, y sé de sobra quiénes son esos hombres. Pero a vos, caballero, ¿quién os ha dicho que iba a esa casa, y que era a mí a quien acechaban de esta forma?

–Lo he adivinado.

–Sois un Edipo encantador¹⁵, gracias. ¡Ah!, quieren tirotearme... ¿Y cuántos son para esa bella tarea?

–Cuatro, y uno de ellos parece el jefe.

–Ese jefe es más viejo que los otros, ¿verdad?

–Sí, al menos por lo que desde aquí he podido juzgar.

–¿Encorvado?

–Cargado de hombros, pluma blanca, jubón bordado, capa oscura; pocos gestos, pero imperativos.

–Exacto, ¡el duque d'Épernon!

–¡El duque d'Épernon! –exclamó el gentilhombre.

–¡Ah, bien!, parece que os cuento mis asuntos –dijo riendo el viajero–. Nunca se los cuento a nadie, pero ¿qué importa? Me habéis prestado un favor tan grande que

con vos no me andaré por las ramas. ¿Y cómo iban vestidos sus acompañantes?

–Con casacas grises.

–Precisamente son sus portaestandartes.

–Que hoy llevan, en vez de estandartes, mosquetes.

–En mi honor, y por eso quedo obligado. ¿Sabéis lo que deberíais hacer ahora, gentilhombre?

–No, mas decidme vuestra opinión y si lo que debo hacer puede servirlos, estoy dispuesto de antemano.

–¿Tenéis armas?

–Sí... llevo mi espada.

–¿Y vuestro lacayo?

–Lo tengo, pero no está aquí: le he mandado al encuentro de alguien a quien espero.

–Pues bien, creo que deberíais echarme una mano.

–¿Para qué?

–Para atacar a esos miserables y hacerles pedir merced a ellos y a su jefe.

–¿Estáis loco, caballero? –exclamó el joven en un tono que demostraba que por nada del mundo estaba dispuesto a semejante aventura.

–Os pido perdón –dijo el viajero–. Olvidaba que el asunto no os afecta.

Luego, volviéndose hacia su lacayo, que al ver a su amo detenerse había hecho otro tanto manteniendo la distancia:

–Castorin –dijo–, venid aquí.

Y al mismo tiempo llevó la mano a los arzones de su silla, como para asegurarse de que sus pistolas estaban en perfectas condiciones.

–¡Ah, caballero! –exclamó el joven gentilhombre extendiendo el brazo como para detenerlo–. Caballero, en nombre del cielo, ¡no arriesguéis vuestra vida en semejante aventura! Mejor será que entréis en la posada para no provocar sospechas en quien os espera; pensad que se trata del honor de una mujer.

–Tenéis razón –dijo el jinete, aunque en esta circunstancia no se tratase precisamente del honor, sino de la fortuna–. Castorin, amigo mío –continuó dirigiéndose a su lacayo que lo había alcanzado–, por el momento no seguiremos adelante.

–¡Cómo! –exclamó Castorin, casi tan contrariado como su amo–. ¿Qué decís, señor?

–Digo que Mlle. Francinette se verá privada esta noche de la dicha de veros, dado que la pasaremos en la posada del Becerro de Oro. Entrad, pues, encargadme la cena y haced que me preparen una cama.

Y como el jinete se dio cuenta sin duda de que el señor Castorin se disponía a replicar, acompañó estas últimas palabras con un gesto de cabeza que no admitía una discusión más larga.

Por eso Castorin desapareció bajo el portalón, con la cabeza gacha y sin osar aventurar una sola palabra.

El viajero siguió a Castorin un instante con la vista; luego, tras haber reflexionado, pareció tomar una resolución, echó pie a tierra, entró por el portalón

detrás de su lacayo, a cuyo brazo arrojó la brida de su caballo, y en dos saltos llegó al cuarto del joven gentilhomme, quien, viendo de pronto abrirse su puerta, dejó escapar un gesto de sorpresa con mezcla de temor que el recién llegado no pudo ver debido a la oscuridad.

–Admito que os debo la vida –dijo el viajero, acercándose alegremente al joven y estrechando cordialmente una mano que no le tendían.

–Exageráis, señor, el servicio que os he prestado –dijo el joven dando un paso atrás.

–No, nada de modestia: es como os digo. Conozco al duque, es atrozmente brutal. En cuanto a vos, sois un modelo de perspicacia, un fénix de caridad cristiana. Pero, decidme, vos que sois tan amable, tan compasivo, ¿habéis llevado vuestra amabilidad hasta el punto de prevenir a la casa?

–¿A qué casa?

–¡A la casa adonde yo iba, pardiez! A la casa donde me esperan.

–No –dijo el joven–, no se me ha ocurrido, lo confieso, y aunque lo hubiera pensado no tenía medios para hacerlo. Estoy aquí desde hace dos horas apenas, y no conozco a nadie en esa casa.

–¡Diablos! –dijo el viajero con un gesto de inquietud–. ¡Pobre Nanon!, con tal de que no le pase nada.

–¡Nanon! ¡Nanon de Lartigues! –exclamó el joven, estupefacto.

–¡Claro! Pero parecéis brujo –dijo el viajero–. Veis a unos hombres emboscarse en un camino y adivináis a quién persiguen; os digo un nombre de pila y adivináis su apellido. Deprisa, explicádmelo, o si no os denuncio y hago que el Parlamento de Burdeos os condene a la hoguera.

–¡Ah!, esta vez admitiréis que no hay que ser muy astuto para haberos descubierto –replicó el joven–. Una vez que nombrasteis al duque d'Épernon como vuestro rival, era evidente que si decíais el nombre de una Nanon, debía tratarse de Nanon de Lartigues, tan bella, tan rica, tan inteligente, según dicen, que ha hechizado al duque y que gobierna en su gobierno, lo que hace que en toda la Guyena ella sea casi tan odiada como él... ¿Y vos ibais a casa de esa mujer? –continuó el joven en tono de reproche.

–¡A fe que sí!, lo confieso. Y puesto que la he nombrado, no me vuelvo atrás. Además, Nanon es desconocida y calumniada. Nanon es una joven encantadora, fiel cumplidora de sus promesas mientras le agrada cumplirlas, y muy leal al que ama mientras ama. Yo debía cenar esta noche con ella, pero el duque ha descubierto el pastel. ¿Queréis que mañana os presente? ¡Qué diablos! ¡El duque tendrá que volverse a Agen a una hora o a otra!

–Gracias –dijo el joven gentilhomme en tono seco–. Sólo conozco a Mlle. de Lartigues de nombre y no deseo conocerla de otra forma.

–¡Pardiez que hacéis mal! Nanon es una joven a la que conviene conocer de todas las formas.

El ceño del joven se frunció.

–¡Ah!, perdón –continuó el viajero, sorprendido–. Yo creía que a vuestra edad...

–Mi edad es, desde luego, aquella en que suelen aceptarse propuestas de ese tipo

–continuó el joven dándose cuenta del mal efecto que causaba su rigorismo–, y la aceptaría con gusto si no estuviera aquí de paso y obligado a proseguir mi camino esta noche.

–¡Pardiez!, no os iréis al menos sin que yo sepa quién es el gentil caballero que me ha salvado la vida de forma tan galante.

El joven pareció vacilar; luego, tras un instante:

–Soy el vizconde de Cambes¹⁶.

–¡Ah, ah! –dijo su interlocutor–, he oído hablar de una encantadora vizcondesa de Cambes, que tiene buen número de tierras alrededor de Burdeos y que es amiga de la señora princesa.

–Es pariente mía –dijo vivamente el joven.

–A fe que os presento mis cumplidos, vizconde, porque hablan de ella como de una mujer incomparable; espero que si la ocasión me favorece en ese punto me presentéis a ella. Yo soy el barón de Canolles, capitán en Navailles¹⁷, y por el momento gozo de un permiso que el señor duque d'Épernon ha tenido a bien concederme por recomendación de Mlle. de Lartigues.

–¡Barón de Canolles! –exclamó a su vez el vizconde mirando a su interlocutor con toda la curiosidad que en él despertaba ese apellido, famoso en las aventuras galantes de la época.

–¿Me conocéis? –dijo Canolles.

–Sólo de fama –respondió el vizconde.

–De mala fama, ¿verdad? ¿Qué queréis? Cada cual sigue su temperamento, y a mí me gusta la vida agitada.

–Sois perfectamente libre, señor, de vivir como os convenga –respondió el vizconde–. Pero permitidme, sin embargo, una reflexión.

–¿Cuál?

–Que ahí hay una mujer horriblemente comprometida por vuestra culpa y sobre la que el duque va a vengar su fracaso con vos.

–¡Diablos! ¿Eso creéis?

–Desde luego, pese a ser una mujer... ligera..., Mlle. de Lartigues no deja de ser una mujer, y comprometida por vos; a vos toca velar por su seguridad.

–A fe que tenéis razón, mi joven Néstor¹⁸, y con el encanto de vuestra conversación se me olvidaban mis deberes de gentilhomme. Habremos sido traicionados, y el duque al parecer lo sabe todo. Bastaría con que Nanon estuviera advertida para que yo confiara en su habilidad para que pidiera mi perdón al duque. Veamos, veamos, ¿sabéis guerrear, joven?

–Todavía no –respondió el vizconde riendo–. Pero creo que lo aprenderé donde voy.

–Pues aquí tenéis una primera lección. Sabéis que, en buena lid, cuando la fuerza es inútil, hay que emplear la astucia. Ayudadme a obrar con astucia.

–No pido otra cosa, pero ¿de qué manera?

–La posada tiene dos puertas.

–Sobre eso no sé nada.

–Yo sí: una que da al camino real, y otra que da al campo. Yo salgo por la que da

al campo, describo un semicírculo y voy a llamar a la casa de Nanon, que también tiene una puerta trasera.

–Sí, ¡para que os sorprendan en esa casa! –exclamó el vizconde–. ¡Vaya estrategia que estáis hecho!

–¿Me sorprenderán? –continuó Canolles.

–Desde luego. El duque, harto de esperar y al no veros salir de aquí, se dirigirá a la casa.

–Sí, pero yo no haré más que entrar y salir.

–Una vez que entréis... no volveréis a salir.

–Decididamente, joven –dijo Canolles–, sois mago.

–Seréis sorprendido, y quizá asesinado ante sus ojos.

–¡Bah! –dijo Canolles–, hay armarios.

–¡Oh! –exclamó el vizconde.

Este *¡oh!* fue pronunciado de tal modo, con una entonación tan elocuente, contenía tantos reproches velados, tanta vergüenza púdica, tanta suave delicadeza que Canolles se detuvo en seco y, a pesar de la oscuridad, clavó su penetrante mirada en el joven acodado en el alféizar de la ventana.

El vizconde sintió todo el peso de aquella mirada y adoptó un aire festivo:

–De hecho, estáis en lo cierto, barón; id, pero ocultaos bien para que no os sorprendan.

–¡No, no!, estoy equivocado –dijo Canolles–, y sois vos el que tiene razón. Pero ¿cómo avisarla?

–Me parece que una carta...

–¿Quién la llevará?

–Creía haberos visto un lacayo. En semejante circunstancia un lacayo sólo corre el riesgo de unos cuantos palos, mientras que un gentilhombre arriesga su vida.

–No sé en qué estoy pensando –dijo Canolles–, y Castorin hará el recado de maravilla, sobre todo porque sospecho que el muy granuja tiene alguna amistad en la casa.

–Ya veis que todo puede arreglarse –dijo el vizconde.

–Sí. ¿Tenéis tinta, papel y plumas?

–No –dijo el vizconde–, pero abajo sí lo hay.

–Perdón –dijo Canolles–, pero en verdad no sé qué me pasa esta noche, que no hago más que una tontería tras otra. ¡No importa! Gracias por vuestros buenos consejos, vizconde, y voy a seguirlos ahora mismo.

Y Canolles, sin apartar la vista del joven al que desde hacía unos instantes ya examinaba con singular tenacidad, ganó la puerta y bajó la escalera, mientras el vizconde, inquieto y casi turbado, murmuraba: «¡Cómo me mira! ¿Me habrá reconocido?».

Mientras tanto, Canolles había descendido y, tras haber mirado un instante como hombre profundamente afligido las codornices, las perdices y las golosinas que maese Biscarros amontonaba personalmente en la canasta colocada sobre la cabeza de su pinche de cocina, y que otro y no él iba tal vez a comer, aunque desde luego aquéllas le estuvieran destinadas, preguntó por el cuarto que había debido

prepararle maese Castorin, se hizo llevar a él tinta, plumas y papel y escribió a Nanon la siguiente carta:

Querida Dama,

Si la naturaleza dotó a vuestros bellos ojos de la facultad de ver durante la noche, a cien pasos de vuestra puerta podéis distinguir, entre un grupo de árboles, al señor duque d'Épernon, que me espera para hacerme fusilar y luego comprometeros de una forma horrible. Mas no me inquieta perder la vida sino haceros perder vuestro reposo. Quedad pues en paz por ese lado. En cuanto a mí, voy a hacer uso de la libertad del permiso que me hicisteis firmar el otro día a fin de que aprovechase mi libertad para venir a veros. ¿Adónde voy? No lo sé, e ignoro incluso si voy a alguna parte. Sea como fuere, acordaos de vuestro fugitivo cuando haya pasado la tormenta. En el Becerro de Oro se os dirá la ruta que he tomado. Espero que me agradezcáis el sacrificio que me impongo. Pero vuestros intereses me son más queridos que mi placer. Digo mi placer porque me habría gustado vapulear al señor d'Épernon y a sus esbirros bajo su disfraz. Así pues, querida dama, creedme vuestro muy servicial y sobre todo muy fiel.

Canolles firmó este billete en el ardor de la fanfarronada gascona, cuyo efecto sobre la gascona Nanon conocía. Luego, llamando a su lacayo, le dijo:

–Venid acá, maese Castorin, y confesadme ingenuamente dónde habéis estado con Mlle. Francinette.

–Pero señor –respondió Castorin muy asombrado por la pregunta–, no sé si debo...

–Tranquilizaos, maese fatuo, no tengo ninguna intención sobre ella y no tenéis vos el honor de ser mi rival. Lo que os pido es una simple información.

–¡Ah!, en ese caso, señor, es distinto, y Mlle. Francinette ha tenido la inteligencia de apreciar mis cualidades.

–O sea que estáis en la gloria, ¿no es cierto, señor bribón? Muy bien... Entonces coged esta nota; volved por el prado.

–Sé el camino, señor –dijo Castorin con aire de suficiencia.

–Es justo. E id a llamar a la puerta de atrás. Seguro que también conocéis esa puerta.

–Perfectamente.

–Mejor entonces. Tomad pues ese camino, id a llamar a esa puerta y entregad esta carta a Mlle. Francinette.

–En este caso, señor –dijo Castorin encantado–, puedo...

–Podéis partir ahora mismo, tenéis diez minutos para ir y volver. Esta carta ha de ser entregada al instante a Mlle. Nanon de Lartigues.

–Pero señor –dijo Castorin, que se olía alguna desgracia–, ¿si no me abren la puerta?

–Seréis un idiota, porque debéis de tener algún modo especial de llamar, gracias al cual nunca se deja fuera a un hombre galante; de no ser así, soy un gentilhombre digno de lástima por tener a mi servicio a un bellaco como vos.

–Lo tengo, señor –dijo Castorin con su aire más conquistador–, primero dos golpes a intervalos iguales, luego un tercero...

–No os pregunto la forma en que llamáis: poco importa con tal de que os abran. Id pues, y, si os sorprenden, comeos el papel, porque si no os cortaré las orejas a

vuestro regreso, si es que todavía las tenéis.

Castorin partió como el relámpago. Pero al llegar al pie de la escalera se detuvo y, con desprecio de toda regla, metió la nota en la parte superior de su bota y luego, saliendo por la puerta del patio y dando un largo rodeo, atravesando la espesura como un zorro, franqueando los fosos como un lebrele, fue a llamar a la oculta puerta de la forma especial que había tratado de explicar a su amo, y cuya eficacia era tal que la puerta se abrió en ese mismo instante.

Diez minutos después Castorin estaba de vuelta sin contratiempo alguno y anunciaba a su amo que la nota había sido entregada en las bellas manos de Mlle. Nanon.

Canolles había empleado esos diez minutos en abrir su maletín de grupa, en preparar su bata y en mandar que dispusieran su mesa. Escuchó con visible satisfacción el informe del señor Castorin, fue a dar una vuelta por la cocina, dando en voz alta sus órdenes para la noche y bostezando desmesuradamente como hombre que espera impaciente el momento de acostarse. La maniobra tenía por objetivo, si el duque d'Épernon ordenaba acecharle, informar que la intención del barón nunca había sido dejar atrás la posada adonde había ido, sencillo e inofensivo viajero, a pedir una cena y una cama. El plan tuvo, en efecto, el resultado que el barón se prometía: una especie de aldeano que bebía en el rincón más oscuro de la sala llamó al mozo, pagó su cuenta, se levantó y salió sin afectación mientras canturreaba una letrilla. Canolles lo siguió hasta la puerta y lo vio dirigirse hacia la arboleda. Diez minutos después oyó el paso de varios caballos alejándose: habían levantado la emboscada.

Volvió a entrar el barón y, con el espíritu totalmente libre por lo que se refería a Nanon, sólo pensó en pasar la velada de la forma más divertida posible. Ordenó por lo tanto a Castorin que preparase cartas y dados y, cumplida esa tarea, que fuese a preguntar al vizconde de Cambes si se dignaba hacerle el honor de recibirlo.

Obedeció Castorin, y en el umbral de la habitación encontró a un viejo escudero de pelo blanco que, manteniendo la puerta apenas entreabierta, respondió a su cumplido en un tono muy huraño:

–Imposible por el momento, el señor vizconde está ocupado.

–Muy bien –dijo Canolles–, esperaré.

Y como oía un gran ruido procedente de la cocina, para matar el tiempo se fue a ver qué pasaba en aquella importante zona de la casa.

Era el pobre marmitón que volvía más muerto que vivo. En el recodo del camino había sido detenido por cuatro hombres que lo habían interrogado sobre el objetivo de su paseo nocturno y que, al saber que iba a llevar de cenar a la dama de la casa aislada, lo habían despojado de su gorro, de su chaqueta blanca y de su delantal; el más joven de los cuatro hombres se había puesto entonces las insignias de su posesión, había equilibrado la cesta sobre la cabeza, y había seguido, sustituyendo al aprendiz de cocinero, el camino hacia la pequeña casa. Diez minutos después había regresado y había hablado en voz baja con el que parecía el jefe de la tropa. Entonces habían devuelto al marmitón su chaqueta, su

gorro y su delantal, le habían puesto de nuevo la cesta sobre la cabeza y le habían dado un puntapié en el trasero para dirigirlo hacia el camino que debía seguir. Era lo único que pedía el pobre diablo. Había salido corriendo y había ido a caer medio muerto de terror en el umbral de la puerta donde acababan de recogerlo.

Para todo el mundo, salvo para Canolles, la aventura resultaba ininteligible; pero como el marmitón no tenía motivo alguno para explicarla, dejó que posadero, mozos, criadas, cocinero y marmitón se perdieran en conjeturas sobre el suceso y, mientras éstos divagaban a cada cual mejor, subió a la habitación del vizconde y, presumiendo que la primera petición que le había dirigido a través del señor Castorin lo dispensaba de una segunda gestión del mismo tipo, abrió sin cumplidos la puerta y entró.

En el centro del aposento había dispuesta una mesa iluminada y con dos cubiertos, que sólo esperaba, para estar completa, los platos que debían adornarla.

Canolles vio aquellos dos cubiertos que fueron para él un feliz augurio.

Pero el vizconde, al verlo, se levantó con un movimiento tan brusco que le fue fácil adivinar que la visita había sorprendido al joven, y que no era para él, como al principio se había hecho la ilusión, para quien estaba destinado el segundo cubierto.

Esta duda fue confirmada por las primeras palabras que le dirigió el vizconde.

–¿Puedo saber, señor barón –le preguntó éste avanzando ceremoniosamente hacia él–, a qué nueva circunstancia debo el honor de vuestra visita?

–Pues a una circunstancia completamente natural –respondió Canolles algo sorprendido–. He sentido hambre. He pensado que también vos debíais de sentirla. Vos estáis sólo, yo estoy solo, y quería tener el honor de proponeros que cenaseis conmigo.

El vizconde miró a Canolles con visible desconfianza y pareció tener algún apuro para responderle.

–¡Por mi honor! –dijo Canolles riendo–, se diría que os doy miedo... ¿No sois caballero de Malta¹⁹? ¿Os destinan a la Iglesia, o vuestra respetable familia os habría educado en el horror a los Canolles? Vamos, pardiez, no os echaré a perder por una hora que pasemos juntos cada uno a un lado de una mesa.

–Imposible bajar con vos, barón.

–Entonces no bajéis a mi cuarto. Y ya que he subido yo al vuestro...

–Más imposible todavía, señor. Espero a alguien.

Esta vez Canolles se vio desarmado.

–¡Ah!, ¿esperáis a alguien? –dijo.

–Sí.

–A fe –dijo Canolles tras un instante de silencio–, que habría preferido casi tanto que me hubierais dejado seguir mi camino, a riesgo de lo que pudiera ocurrirme, a estropear de esta forma, con esa repulsión que me manifestáis, el servicio que me habéis prestado y que, en mi opinión, no os había agradecido bastante.

El joven se sonrojó y se acercó a Canolles.

–Perdón, señor –dijo con voz trémula–, comprendo toda mi descortesía. Por eso, si no se tratara de asuntos serios, asuntos de familia que tenemos que hablar con

la persona que espero, sería para mí un honor y un placer al mismo tiempo admitiros como tercero, aunque...

–¡Acabad! –dijo Canolles–. Por más que digáis, he decidido que no voy a enfadarme con vos.

–Aunque –continuó el joven– nuestro conocimiento sea uno de esos efectos imprevistos del azar, uno de esos encuentros fortuitos, una de esas relaciones efímeras...

–¿Y por qué ha de ser así? –preguntó Canolles–. Al contrario, así es como se hacen las amistades largas y sinceras: basta adjudicar como mérito a la Providencia lo que vos atribuís al azar.

–La Providencia, señor –replicó el vizconde riendo–, quiere que yo parta dentro de dos horas, y que, según toda probabilidad, siga un camino totalmente opuesto al vuestro. No sabéis cuánto lamento no poder aceptar, como yo desearía, esa amistad que me ofrecéis tan cordialmente y que aprecio en lo que vale.

–A fe que sois decididamente singular –dijo Canolles–; vuestro impulso de generosidad me había dado al principio una idea totalmente distinta de vuestro carácter. Pero, en fin, hágase lo que deseáis: no tengo derecho desde luego a ser exigente, pues yo soy quien os queda obligado, y vos quien habéis hecho por mí mucho más de lo que tenía derecho a esperar de un desconocido. Así pues, me vuelvo a cenar solo; pero en verdad, vizconde, que me cuesta: el monólogo no figura entre mis hábitos.

Y, en efecto, a pesar de lo que había dicho Canolles y la resolución de retirarse que anunciaban sus palabras, no se retiraba. Algo lo tenía clavado en su sitio sin que se diera cuenta: se sentía invenciblemente atraído por el vizconde. Mas éste, cogiendo una antorcha, se acercó a Canolles y, con una sonrisa encantadora, le dijo tendiéndole la mano:

–Señor, sea como fuere, y por corta que haya sido nuestra charla, creed que estoy encantado de haberos podido servir para algo.

Canolles sólo vio el cumplido: cogió la mano que el vizconde le presentaba y que, en lugar de responder a su viril y amistosa presión, se estiró tibia y temblorosa. Luego, comprendiendo que, por más envuelta que estuviera en una frase agradable, la despedida que el joven le daba no dejaba de ser una despedida, se retiró muy contrariado y, sobre todo, muy pensativo.

En la puerta encontró la sonrisa desdentada del viejo criado, que cogió la antorcha de manos del vizconde, acompañó ceremoniosamente a Canolles hasta su aposento y volvió a subir acto seguido hacia su amo, que lo esperaba en lo alto de la escalera.

–¿Qué hace? –preguntó el vizconde en voz baja.

–Creo que se ha decidido a cenar solo –respondió Pompée.

–Entonces no volverá a subir.

–Por lo menos eso espero.

–Pedid los caballos, Pompée, siempre será tiempo ganado. Pero –añadió el vizconde prestando oído–, ¿qué es ese ruido?

–Se diría la voz del señor Richon.

–Y la del señor de Canolles.

–Me parece que discuten.

–Al contrario, se reconocen: escuchad...

–Con tal de que Richon no hable.

–¡Oh!, no hay nada que temer, es un hombre muy circunspecto.

–¡Chist!...

Los dos hombres se callaron, y entonces se oyó la voz de Canolles:

–¡Dos cubiertos!, maese Biscarros –gritaba el barón–, ¡dos cubiertos! El señor Richon cena conmigo.

–No, por favor –respondió Richon–: imposible.

–Pero ¿queréis entonces que cene solo como ese joven gentilhombre?

–¿Qué gentilhombre?

–El que está arriba.

–¿Cómo lo llamáis?

–Vizconde de Cambes.

–¿Conocéis entonces al vizconde?

–¡Pardiez!, me ha salvado la vida.

–¿Él?

–Sí, él.

–¿Cómo ha sido?

–Cenad conmigo y os lo contaré mientras cenamos.

–No puedo: ceno con él.

–Sí, espera a alguien.

–A mí, y como llego con retraso, me permitiréis que os deje, ¿verdad, barón?

–¡No, diablo! ¡No lo permito! –exclamó Canolles–. Se me ha metido en la cabeza cenar acompañado, y cenaréis conmigo o yo cenaré con vos. Maese Biscarros, dos cubiertos.

Pero mientras Canolles se volvía para ver si se ejecutaba su orden, Richon había enfilado la escalera y subía rápidamente los peldaños. Al llegar al último escalón, su mano encontró una manita que lo atrajo a la habitación del vizconde de Cambes, cuya puerta se cerró a su espalda y cuyos dos cerrojos vinieron a corroborar, para mayor seguridad, el cierre.

«En verdad –murmuró Canolles buscando inútilmente con la vista al desaparecido Richon y sentándose a su solitaria mesa–, en verdad no sé qué hay contra mí en este maldito pueblo: unos me siguen corriendo para matarme, otros huyen de mí como si tuviera la peste. ¡Rediós!, mi apetito se apaga, siento que me pongo triste, esta noche soy capaz de emborracharme como un lansquenete.»

–¡Hola! Castorin, venid que os vapulee.

«¡Bueno!, pero se encierran ahí arriba como si conspirasen. ¡Qué burro soy! Claro que conspiran: eso me lo aclara todo. Y ahora, ¿para quién conspiran? ¿Es para el coadjutor? ¿Es para los príncipes? ¿Es para el Parlamento? ¿Es para el rey? ¿Para la reina? ¿Es para el señor de Mazarino? A fe que pueden conspirar contra quien quieran, a mí me da lo mismo, y me ha vuelto el apetito.»

–Castorin, que sirvan la cena y dadme de beber; os perdono.

Y Canolles emprendió filosóficamente la primera cena que había sido preparada para el vizconde de Cambes y que, por falta de provisiones nuevas, maese Biscarros se había visto obligado a servirle recalentada.

IV

Mientras el barón de Canolles buscaba inútilmente alguien con quien cenar y, cansado de sus infructuosas búsquedas, terminaba por decidirse a cenar solo, veamos lo que ocurría con Nanon.

Pese a lo que hayan dicho y escrito sus enemigos –y en el número de sus enemigos hay que contar a la mayoría de los historiadores que se han ocupado de ella–, Nanon era en esa época una deliciosa criatura de veinticinco a veintiséis años; pequeña de estatura, morena de piel, pero con porte ágil y gracioso, vivos y lozanos colores y ojos de un negro profundo cuya límpida córnea se irisaba, como la de los gatos, con todos los brillos y todos los reflejos. Alegre en la superficie y risueña en apariencia, estaba muy lejos de dejarse llevar por todos esos caprichos y todas esas futilidades que bordan con enloquecidos arabescos la sedosa y dorada trama que suele componer la vida de una petimetra. Al contrario, las más graves reflexiones, maduradas y largamente sopesadas en su traviesa cabeza, adquirirían un aspecto a un tiempo lleno de seducción y lucidez que su voz vibrante y fuertemente impregnada de acento gascón traducía. Bajo aquella máscara rosada de rasgos finos y risueños, detrás de aquella mirada llena de voluptuosas promesas y chispeante de vivos ardores, nadie hubiera adivinado la perseverancia infatigable, la tenacidad invisible y la profundidad de miras del hombre de Estado. Y ésas eran sin embargo las cualidades o los defectos de Nanon, según queramos examinarlos por la cara o el envés de la medalla: ése era el espíritu calculador, ése era el ambicioso corazón a los que un cuerpo lleno de elegancia servía de envoltura.

Nanon era de Agen. El señor duque d'Épernon²⁰, hijo de aquel inseparable amigo de Enrique IV²¹ que lo acompañaba en su carroza cuando el cuchillo de Ravailac²² lo hirió, y sobre el que planearon sospechas que llegaron hasta María de Médicis²³, el señor duque d'Épernon, nombrado gobernador de la Guyena, donde su altanería, sus insolencias y sus exacciones lo habían convertido en objeto de execración general, había distinguido a esta pequeña burguesa, hija de un simple abogado. La había cortejado, había triunfado con gran esfuerzo y tras una defensa sostenida con la habilidad del gran estratega que quiere hacer sentir a su vencedor todo el precio de su victoria. Pero como rescate de su reputación desde entonces perdida, Nanon había privado al duque de su poder y su libertad. Al cabo de seis meses de relaciones con el gobernador de la Guyena, era ella quien en realidad gobernaba esa hermosa provincia, devolviendo con usura a cuantos en el pasado la habían perjudicado o humillado los agravios y ofensas que de ellos había recibido. Reina por casualidad, se volvió tirana por cálculo, presintiendo con su sublime inteligencia que debía suplir mediante el abuso la brevedad probable del reinado.

En consecuencia se apoderó de todo: tesoro, influencia, honores. Se enriqueció, concedió los cargos, recibió las visitas de Mazarino y de los primeros señores de la corte. Combinando con admirable astucia los diversos elementos de que disponía, se creó una amalgama útil para su crédito, provechosa para su fortuna. Cada favor que Nanon hacía iba marcado con su precio. Un grado en el ejército, un cargo en la magistratura tenían su tarifa: Nanon hacía conceder ese grado o ese empleo, pero había que pagárselos en dinero al contado, o con un rico y regio regalo, de modo que, desprendiéndose de un fragmento de poder en beneficio de alguien, recuperaba ese fragmento bajo otra especie, otorgando autoridad pero reteniendo el dinero, que es su nervio.

Esto explica la duración de su reinado, porque en su odio los hombres vacilan en derrocar a un enemigo al que le quede un consuelo. Lo que la venganza quiere es una ruina total, una postración completa. Los pueblos expulsan con pesar a un tirano que se lleve su oro y que se marche riendo. ¡Nanon de Lartigues poseía millones!

Por eso vivía con una especie de seguridad sobre un volcán que sacudía violentamente y sin tregua cuanto la rodeaba. Había sentido subir el odio popular como una marea, acrecentarse y batir con sus olas el poder del señor d'Épernon que, expulsado de Burdeos un día de cólera, se había llevado consigo a Nanon como la barquilla sigue a la galera. Nanon se doblegó bajo la tormenta, sin perjuicio de volver a levantarse cuando la tormenta hubiera pasado; había tomado al señor de Mazarino por modelo y, humilde alumna, practicaba de lejos la política del astuto y sutil italiano. El cardenal se fijó en aquella mujer que crecía y se enriquecía aplicando los mismos medios que lo habían convertido en un primer ministro dueño de cincuenta millones. Sintió admiración por la pequeña gascona, e hizo más: la dejó hacer. Quizá más tarde sepamos las razones.

Pese a todo esto, y aunque algunos que se decían bien informados pretendiesen que mantenía correspondencia directa con el señor de Mazarino, se hablaba poco de las intrigas políticas de la bella Nanon. El propio Canolles, que apuesto, joven y rico, no comprendía la necesidad de ser intrigante, no sabía a qué atenerse exactamente sobre este punto. En cuanto a sus intrigas amorosas, sea que Nanon, preocupada en cosas más serias, las hubiera aplazado, sea que la comidilla del amor del señor d'Épernon por ella hubiera absorbido la comidilla de otros amores secundarios, ni sus propios enemigos se habían mostrado pródigos en revelar escándalos, y Canolles podía con cierto derecho creer, en su amor propio personal y nacional, que Nanon era invencible antes de su llegada. Sea que Canolles hubiera recibido el primer impulso amoroso de aquel corazón sólo accesible hasta entonces a la ambición, sea que la prudencia hubiera aconsejado a sus predecesores una discreción absoluta, Nanon debía de ser como amante una mujer encantadora; pero Nanon, ofendida, debía de ser una enemiga terrible.

Nanon y Canolles se habían conocido del modo más natural. Canolles, lugarteniente en el regimiento de Navailles, había querido ascender a capitán; para ello hubo de escribir al señor d'Épernon, coronel-general de infantería. Fue Nanon quien leyó la carta, y respondió como solía, pensando en un negocio a tratar y

dando a Canolles una cita de negocios. Canolles eligió entre las joyas de su familia una magnífica sortija que podía valer quinientas pistolas²⁴ –un precio siempre menos caro que comprar una compañía– y se dirigió a la cita. Pero en esta ocasión el vencedor Canolles, precedido de su pomposo cortejo de aventuras galantes, derrotó los cálculos y la fiscalidad de Mlle. de Lartigues. Era la primera vez que veía a Nanon, era la primera vez que Nanon lo veía a él: eran jóvenes, hermosos e inteligentes ambos. La entrevista transcurrió entre cumplidos recíprocos; del asunto a tratar no se dijo una sola palabra, y sin embargo el asunto quedó resuelto. Al día siguiente Canolles recibió su despacho de capitán y, cuando la preciosa sortija pasó de su dedo al de Nanon, ya no fue como el precio de la ambición satisfecha, sino como la prenda del amor feliz.

V

Para explicar la residencia de Nanon cerca del pueblo de Matifou bastará la historia. Como hemos dicho, el duque d'Épernon se había hecho odiar en Guyena. Nanon, a quien había hecho el honor de convertir en su genio malo, se había ganado le execración general. La revuelta los expulsó de Burdeos y los empujó hasta Agen. Pero en Agen la revuelta empezó de nuevo. Un día volcaron en un puente la dorada carroza en la que Nanon iba a reunirse con el duque. No se sabe cómo, pero Nanon se encontró en el río²⁵ y fue Canolles quien la sacó de él. Una noche el fuego incendió la casa de Nanon en la ciudad, y fue Canolles quien penetró hasta su dormitorio y quien la salvó del fuego. Nanon pensó que a los habitantes de Agen podría salirles bien una tercera intentona. Aunque Canolles se alejaba lo menos posible de su lado, habría sido un milagro que siempre estuviese allí en el momento oportuno para librarla del peligro. Aprovechó, pues, un viaje del duque, que iniciaba una gira por las tierras de su gobernación, y, con una escolta de doscientos hombres a la que el regimiento de Navailles había proporcionado su escote, salió de la ciudad al mismo tiempo que Canolles, burlándose desde la portezuela de su carroza del populacho, que hubiera querido destrozar el carruaje, pero que no se atrevía.

Entonces el duque y Nanon eligieron, o mejor dicho, Canolles eligió en secreto para ellos la pequeña casa de campo donde Nanon viviría mientras encontraban una casa en Libourne. Canolles consiguió un permiso so pretexto de ir a concluir en su casa ciertos asuntos familiares, pero en realidad para tener derecho a dejar su regimiento, que había vuelto a Agen, y no alejarse demasiado de Matifou, donde su presencia tutelar era más urgente que nunca. En efecto, los acontecimientos empezaban a adquirir una gravedad alarmante. Los príncipes de Condé, de Conti²⁶ y de Longueville²⁷, detenidos el 17 de enero anterior y encerrados en Vincennes, ofrecían a los cuatro o cinco partidos que dividían a Francia en esa época un excelente pretexto de guerra civil. La impopularidad del duque d'Épernon, a quien se sabía en la corte, seguía creciendo, aunque razonablemente pudiera esperarse que no fuera a crecer más. Se volvía inminente una catástrofe deseada por todos los partidos, que, en la extraña situación en que Francia se encontraba, no sabían dónde estaban ellos mismos. Como las aves que ven llegar la tormenta, Nanon desapareció del horizonte y regresó a su nido en medio de la espesura para esperar allí, oscura e ignorada, el acontecimiento.

Fingió ser una viuda en busca de retiro. Como se recordará, así la había designado maese Biscarros.

Así pues, el señor d'Épernon había ido a visitar a la encantadora reclusa, anunciándole que partía para una gira de ocho días; y nada más irse éste, Nanon

había enviado por medio del recaudador, protegido suyo, una breve nota a Canolles, quien, gracias a su permiso, estaba en los alrededores. Sólo que, como hemos dicho, esa breve nota original había desaparecido de las manos del mensajero y se había convertido en una copia de invitación bajo la pluma de Cauvignac. Y a esa invitación se dirigía el despreocupado gentilhomme cuando el vizconde de Cambes lo había detenido a cuatrocientos pasos de su meta.

El resto ya lo sabemos.

Nanon esperaba a Canolles como espera una mujer que ama, es decir, sacando diez veces por minuto el reloj del bolsillo, acercándose a cada instante a la ventana, espiando cada ruido, interrogando con la mirada el sol rojo y espléndido que se escondía tras la montaña para dejar paso a las primeras sombras de la noche. De pronto llamaron en la puerta principal, y lanzó a Francinette hacia esa puerta. Pero no era más que el supuesto marmitón, que traía la cena a la que faltaba el invitado. Nanon hundió su vista en la antecámara y vio al falso mensajero de maese Biscarros, que por su parte insinuaba su mirada en el dormitorio donde se había preparado una mesita con dos cubiertos. Nanon recomendó a Francinette que mantuviera calientes las viandas, cerró melancólicamente la puerta y volvió a su ventana, que le mostraba, tanto como ella podía verla en medio de las primeras tinieblas, la ruta desierta.

Un segundo golpe, un golpe dado de una forma peculiar, resonó en la puertecita trasera, y Nanon exclamó: «¡Ahí está!». Pero, por temor a que tampoco esta vez fuera él, permaneció inmóvil y de pie en medio del pasillo. Un instante después se abrió la puerta y en el umbral apareció consternada, muda y con la nota en la mano Mlle. Francinette. La joven vio el papel, dio un salto hacia la camarera, se lo arrancó de la mano, lo abrió rápidamente y lo leyó angustiada.

Tras la lectura, Nanon quedó como fulminada por el rayo: amaba mucho a Canolles, pero en ella la ambición era un sentimiento casi igual al amor, y al perder al duque d'Épernon perdía no sólo toda su fortuna venidera, sino también, quizá, su fortuna pasada. Sin embargo, como era una mujer de cabeza, empezó por apagar la vela que hubiera reflejado su sombra, y corrió a la ventana. Justo a tiempo: cuatro hombres se acercaban a la casa, de la que ya sólo estaban a una veintena de pasos. El hombre de la capa iba el primero, y en el hombre de la capa Nanon reconoció, sin duda ninguna, al duque. En ese momento entraba Mlle. Francinette con una vela en la mano. Nanon lanzó una ojeada de desesperación sobre la mesa, sobre los dos cubiertos, sobre los dos sillones, sobre los dos almohadones bordados que exhibían su insolente blancura sobre el fondo carmesí de las cortinas de damasco; y por último, sobre su apetecible *négligé* de noche que tan bien armonizaba con todos aquellos preparativos. «¡Estoy perdida!», pensó.

Pero casi en ese mismo instante aquella inteligencia sutil recuperó su hábito de pensar y una sonrisa pasó por sus labios. Más rauda que el relámpago, cogió el vaso de sencillo cristal destinado a Canolles y lo lanzó al jardín, sacó de un estuche el cubilete de oro con las armas del duque, colocó junto al plato su cubierto de plata sobredorada; luego, fría de terror, pero con una sonrisa compuesta apresuradamente, se precipitó por los escalones y llegó ante la puerta en el

momento en que acababa de sonar un golpe grave y solemne.

Francinette quiso abrir, pero Nanon la agarró del brazo, la empujó a un lado y con esa mirada rápida que, en las mujeres sorprendidas, completa tan bien el pensamiento, dijo:

–Estoy esperando al señor duque, y no al señor de Canolles. Servid la mesa.

Luego ella misma describió los cerrojos y, echándose al cuello del hombre de pluma blanca que preparaba un gesto de los más feroces, Nanon exclamó:

–¡Ay!, mi sueño no me ha engañado. Venid, mi querido duque, estáis servido, y vamos a cenar.

D'Épernon se quedó estupefacto; pero como una caricia de una mujer bonita siempre se recibe con placer, se dejó abrazar. Sin embargo, recordando al punto la abrumadora prueba que poseía, dijo:

–Un momento, mademoiselle, expliquémonos, por favor.

Y haciendo con la mano una señal a sus acólitos, que se apartaron respetuosamente aunque sin alejarse no obstante del todo, entró solo y con paso grave y envarado en la casa.

–¿Qué os ocurre, mi querido duque? –le dijo Nanon con una alegría tan bien fingida que se la habría podido creer natural–. ¿Olvidasteis algo la última vez que vinisteis aquí, que miráis con tanto cuidado a todas partes?

–Sí –dijo el duque–, olvidé deciros que no soy ningún estúpido, ni un geronte como el señor Cyrano de Bergerac pone en sus comedias²⁸ y, como olvidé decíroslo, vuelvo en persona para demostrároslo.

–No os comprendo, mi señor –dijo Nanon en el tono más tranquilo y sincero–. Explicaos, os lo suplico.

Los ojos del duque se detuvieron en los dos sillones, pasaron a los dos cubiertos, de los dos cubiertos a los dos almohadones. Allí se detuvieron más tiempo, y el rubor de la cólera afloró a la cara del duque.

Nanon había previsto todo aquello y esperaba el resultado del examen con una sonrisa que mostraba sus dientes blancos como perlas. Pero aquella sonrisa se parecía mucho a una crispación, y aquellos dientes tan blancos hubieran castañeteado si la angustia no los hubiera apretado unos contra otros.

El duque volvió su mirada irritada hacia ella.

–Siempre espero la voluntad de Vuestra Señoría –dijo Nanette con una graciosa reverencia.

–La voluntad de Mi Señoría –dijo él– es que me expliquéis la razón de esta cena.

–Porque, ya os lo he dicho, he tenido un sueño anunciándome que, aunque me hubierais dejado ayer, volveríais hoy. Y mis sueños no me engañan nunca. Por eso he mandado preparar esta cena para vos.

El duque hizo una mueca, que quiso hacer pasar por una sonrisa irónica.

–¿Y estos dos almohadones? –dijo.

–¿Tendrá mi señor la intención de volver a dormir a Libourne? Entonces mi sueño me habría mentido, porque me anunciaba que mi señor se quedaría.

El duque hizo una segunda mueca, más significativa aún que la primera.

–¿Y ese delicioso *négligé*, señora? ¿Y esos exquisitos perfumes?

–Uno de los que suelo ponerme cuando espero a mi señor. Estos perfumes vienen en saquitos de piel de España²⁹ que pongo en mis armarios y que a menudo monseñor me dice que prefiere a todos los demás olores, dado que es el olor preferido de la reina.

–Entonces, ¿me esperabais? –continuó el duque con una risita llena de ironía.

–¡Claro, mi señor! –dijo Nanon frunciendo también el ceño–. Creo, Dios me perdone, que tenéis ganas de mirar en los armarios. ¿Estaréis celoso acaso?

Y Nanon se echó a reír.

El duque adoptó un aire majestuoso.

–¿Yo celoso? ¡Oh, nunca! A Dios gracias, no tengo esa ridiculez. Viejo y rico, sé naturalmente que estoy hecho para ser engañado. Pero a los que me engañan, quiero probarles al menos que no soy su víctima.

–¿Y cómo se lo probaréis? –dijo Nanon–. Siento curiosidad por saberlo.

–¡No será difícil! Bastará con enseñarles este papel –el duque sacó un billete de su bolsillo–. Yo no tengo sueños –dijo–; a mi edad ya no se sueña ni siquiera despierto. Pero recibo cartas. Leed ésta, es interesante.

Temblando, Nanon cogió el billete que el duque le tendía, y se estremeció al ver la letra; pero aquel temblor fue imperceptible, y leyó:

Monseñor el duque d'Épernon ha sido advertido de que esta noche, un hombre que desde hace seis meses tiene familiaridades con Mlle. Nanon de Lartigues irá a su casa, y se quedará en ella a cenar y a dormir.

Como no se quiere dejar a monseñor el duque d'Épernon ninguna incertidumbre, se le advierte que ese rival afortunado se llama señor barón de Canolles.

Nanon se puso pálida: el golpe le daba en pleno corazón.

–¡Ah, Roland, Roland! –murmuró–, y yo que creía que me había librado de ti.

–¿Estoy informado? –dijo el duque triunfante.

–Pero muy mal –respondió Nanon–, y si vuestra policía política no es mejor que vuestra policía amorosa, os compadezco.

–¿Vos me compadeceís?

–Sí, porque ese señor de Canolles a quien hacéis el gratuito honor de creerlo vuestro rival, no está aquí; si queréis, podéis esperar y ver si viene.

–Ha venido ya.

–¡Él! –exclamó Nanon–, ¡no es cierto!

Esta vez había un acento de profunda verdad en la exclamación de la acusada.

–Quiero decir que ha venido a cuatrocientos pasos de aquí y que, por suerte para él, se ha detenido en la posada del Becerro de Oro.

Nanon comprendió que el duque estaba mucho menos avanzado de lo que ella había creído al principio; se encogió de hombros; luego, otra idea que sin duda le había sugerido aquella carta, a la que daba vueltas y más vueltas en sus manos, empezaba a germinar en su cabeza.

–¿Es posible –dijo– que un hombre de genio, uno de los políticos más hábiles del reino, se deje embaucar por cartas anónimas?

–Pero, en fin, por más anónima que os parezca, ¿cómo explicáis esa carta?

–¡Oh!, no es difícil la explicación: se trata de la continuación de una broma de nuestros amigos de Agen. El señor de Canolles os pidió, para resolver unos asuntos familiares, un permiso que vos le concedisteis; alguien ha sabido que venía por aquí, y sobre su viaje han montado esa ridícula acusación.

Nanon se dio cuenta de que la fisonomía del duque, en lugar de alegrarse, se volvía más ceñuda.

–Sería buena esa explicación –replicó él– si la famosa carta que atribuíis a vuestros amigos no tuviera cierta posdata que, en vuestra turbación, habéis olvidado leer.

Un escalofrío mortal recorrió de arriba abajo el cuerpo de la joven; se daba cuenta de que, si el azar no acudía en su ayuda, no podría seguir sosteniendo la lucha mucho tiempo.

–¡Una posdata! –repitió.

–Sí, leed –dijo el duque–, tenéis la carta en vuestras manos.

Nanon trató de sonreír; pero sintió que sus rasgos contraídos dejarían de prestarse a su demostración de calma. Se limitó pues a leer, con el acento más firme que pudo adoptar.

Tengo en mis manos la carta de Mlle. de Lartigues al señor de Canolles, en la que queda fijada para esta noche la cita que os anuncio. Entregaré esta carta a cambio de un salvoconducto que el señor duque hará entregar por un solo hombre, en barca, en las aguas del Dordoña, frente al pueblo Saint-Michel-la-Rivière, a las seis de la tarde.

–¿Y habéis cometido la imprudencia...? –dijo Nanon.

–Vuestra letra es tan valiosa para mí, querida dama, que no me ha parecido que pagaba demasiado caro una carta vuestra.

–¡Exponer un secreto como éste a la indiscreción de un confidente! ¡Ay, señor duque!...

–Este tipo de confidencias, señora, se reciben en persona, y así he recibido ésta. El hombre que ha ido al Dordoña era yo.

–¿Entonces tenéis mi carta?

–Aquí está.

Mediante un rápido esfuerzo de memoria Nanon trató de recordar el contenido de la carta. Pero le resultó imposible, su cerebro empezaba a turbarse.

Por lo tanto hubo de coger su propia carta y releerla; apenas contenía tres líneas: Nanon las abarcó con una mirada ávida y reconoció con indecible alegría que aquella carta no la comprometía del todo.

–Leed en voz alta –dijo el duque–. Me pasa lo mismo que a vos, he olvidado el contenido.

Nanon recobró la sonrisa que había buscado inútilmente segundos antes, y, prestándose a la invitación del duque, leyó:

Cenaré a las ocho. ¿Estáis libre? Yo lo estoy. En este caso, sed puntual, mi querido Canolles, y no temáis nada por nuestro secreto.

–¡Me parece que está claro! –exclamó el duque, pálido de rabia.

«Esto me absuelve», pensó Nanon.

–¡Ah, ah! –continuó el duque–, ¡o sea que compartís un secreto con el señor de Canolles!

VI

Nanon comprendió que una vacilación de un segundo la perdía. Además, había tenido tiempo de madurar en su cerebro el plan que le había inspirado la carta anónima.

–Bien, sí –dijo mirando fijamente al duque–, comparto un secreto con ese gentilhomme.

–¡Y encima confesáis! –exclamó el duque d’Épernon.

–Tengo que hacerlo, ya que no se os puede ocultar nada.

–¡Oh! –vociferó el duque.

–Sí, esperaba al señor de Canolles –continuó tranquilamente Nanon.

–¿Lo esperabais?

–Lo esperaba.

–¿Osáis admitirlo?

–En voz alta. Ahora, ¿sabéis quién es el señor de Canolles?

–Un fatuo al que castigaré cruelmente por su impudor.

–Es un noble y valiente gentilhomme a quien seguiréis otorgando vuestras bondades.

–¡Juro por Dios que no lo haré! ¡Faltaría más!

–Nada de juramentos, señor duque, al menos antes de que yo haya hablado –respondió Nanon con una sonrisa.

–Hablad pues, pero hablad deprisa...

–Vos que sondeáis los repliegues más profundos del corazón –continuó Nanon–, ¿no habéis observado todas mis preferencias por el señor de Canolles, mis instancias sobre él ante vos, ese despacho de capitán que le he conseguido, esa asignación de fondos para un viaje a Bretaña con el señor de La Meilleraye³⁰, ese permiso reciente, en una palabra, mi constante dedicación para complacerle?

–Señora, señora –dijo el duque–, estáis traspasando los límites.

–¡Por Dios!, mi señor duque, esperad hasta el final.

–¿Qué necesidad tengo de esperar, y qué os queda por decirme?

–Que siento por el señor de Canolles el más tierno interés.

–¡Bien que lo sé, pardiez!

–Que estoy dedicada a él en cuerpo y alma.

–Señora, abusáis...

–Que lo serviré hasta la muerte, y todo esto porque...

–Porque es vuestro amante, no es difícil de adivinar.

–Porque –continuó Nanon aferrando con un movimiento dramático el brazo del tembloroso duque–, ¡porque es mi hermano!

El brazo del duque d’Épernon cayó a lo largo de su muslo.

–¡Vuestro hermano! –dijo.

Nanon hizo una señal de cabeza acompañada por una sonrisa de triunfo.

Luego, al cabo de un instante, el duque exclamó:

–Eso requiere explicación.

–Y voy a dároslo –dijo Nanon–. ¿Cuándo murió mi padre?

–Pues hace ocho meses poco más o menos –dijo el duque calculándolo.

–¿Cuándo firmasteis el despacho de capitán para el señor de Canolles?

–Pues... por esa misma época –continuó el duque.

–Quince días después –dijo Nanon.

–Quince días después, puede ser.

–Me resulta muy triste –continuó Nanon–, porque revela la vergüenza de otra mujer, divulgar ese secreto, que es nuestro secreto, ¿oís? Pero vuestros extraños celos me impulsan a ello, vuestros crueles modales me obligan. Os imito, señor duque, carezco de generosidad.

–¡Seguid, seguid! –exclamó el duque, que ya empezaba a dejarse atrapar por las imaginaciones que forjaba la bella gascona.

–Bien, mi padre era un abogado que había conseguido cierta celebridad. Hace veintiocho años mi padre aún era joven, y siempre había sido guapo. Amaba, desde antes de su matrimonio, a la madre del señor de Canolles, cuya mano le habían negado porque ella era noble y él plebeyo. El amor se encargó de reparar, como ocurre tantas veces, el error de la naturaleza, y durante un viaje del señor de Canolles... ¿Comprendéis ahora?

–Sí, pero ¿cómo habéis sentido tan tarde ese afecto por el señor de Canolles?

–Porque sólo cuando murió mi padre tuve noticias del vínculo que nos unía; el secreto estaba consignado en una carta que el propio barón me entregó llamándome hermana suya.

–¿Y dónde está esa carta? –preguntó el duque.

–¿Olvidáis el incendio que devoró todo en mi casa? ¡Mis joyas más valiosas y mis documentos más secretos!...

–Es cierto –dijo el duque.

–Veinte veces he querido contaros esta historia, totalmente segura de que haríais cuanto estuviera en vuestro poder por aquel a quien llamo en voz baja hermano... pero él siempre me ha frenado, siempre me ha suplicado que tenga miramientos con la reputación de su madre, que aún vive. He respetado sus escrúpulos, porque los comprendía.

–¡Ah! –dijo el duque casi enternecido–. ¡Pobre Canolles!

–Y sin embargo –continuó Nanon–, era su fortuna lo que él rechazaba.

–Es propio de un alma delicada –replicó el duque–, y ese escrúpulo lo honra.

–Yo hice más: juré no revelar nunca ese misterio a nadie, fuera quien fuese; pero vuestras sospechas han hecho desbordarse la copa. ¡Ay de mí! ¡He olvidado mi juramento!... ¡Ay de mí!, he traicionado el secreto de mi hermano...

Y Nanon rompió a llorar.

El duque se precipitó a sus plantas y besó sus preciosas manos, que ella dejaba colgar con abatimiento, mientras sus ojos, levantados al cielo, parecían pedir perdón a Dios por su perjurio.

–Decís: «¡Ay de mí!» –exclamó el duque–; decid mejor: «¡Suerte para todos!». Quiero que ese querido Canolles repare el tiempo perdido... No lo conozco, pero quiero conocerlo. ¡Vos me lo presentaréis y lo querré como a un hijo!

–Decid mejor como a un hermano –replicó sonriendo Nanon; luego, pasando a otra idea–: ¡Monstruos de delatores! –exclamó arrugando la carta que fingió arrojar al fuego, pero que guardó cuidadosamente en su bolsillo para vengarse más tarde del autor.

–Pero, ahora que lo pienso –dijo el duque–, ¿por qué no viene ese muchacho? ¿Por qué esperar para verle? Ahora mismo mando que vayan a buscarlo al Becerro de Oro.

–¡Ah, sí! –dijo Nanon–, ¡para que sepa que no puedo ocultaros nada, y que os lo he dicho todo faltando a mi juramento!

–Seré discreto.

–¿Debo, señor duque, querellarme de vos? –replicó Nanon con esa sonrisa que los demonios toman prestada a los ángeles.

–¿Por qué, querida?

–Porque antes erais más aficionado a nuestros encuentros a solas que ahora. Cenemos, y mañana por la mañana ya habrá tiempo de enviar en busca de Canolles.

«De aquí a mañana –se decía Nanon–, tendré tiempo de avisarlo.»

–De acuerdo –dijo el duque–, sentémonos a la mesa.

Y movido por un resto de duda añadió muy bajo: «De aquí a mañana no la dejaré un momento, y será bruja o no encontrará el modo de informarle».

–¿Así que podré pedir favores a mi amigo para mi hermano? –dijo Nanon pasando su brazo por el hombro del duque.

–Todo cuanto queráis –replicó d'Épernon–... ¿dinero?

–¡Oh, dinero! –respondió Nanon–, no lo necesita; ha sido él quien me ha regalado esta magnífica sortija que ya habéis visto y que le viene de su madre.

–¿Un ascenso entonces? –dijo el duque.

–¡Sí, un ascenso! Lo haremos coronel, ¿verdad?

–¡Pardiez! ¡Coronel! ¡Qué rápido vais, amiga mía! –dijo el duque–. Para eso, antes tendrá que haber prestado algún servicio a la causa de Su Majestad.

–Está dispuesto a hacer cuanto se le indique.

–¡Oh! –dijo el duque mirando con el rabillo del ojo a Nanon–. Tengo cierta misión de confianza para la corte...

–¡Una misión para la corte! –exclamó Nanon.

–Sí –contestó el viejo cortesano–, pero eso os separaría.

Nanon vio que había que acabar con aquel resto de desconfianza.

–No temáis por eso, mi querido duque. ¡Qué importa la separación, siempre que le resulte provechosa! De cerca, le serviré mal –porque vos sentís celos–, pero de lejos extenderéis vuestra poderosa mano sobre él. Mandadlo al exilio, desterradlo, si es por su bien, y no os preocupéis de mí. Con tal de que me quede el amor de mi querido duque, ¿no es más de lo que necesito para ser feliz?

–Bien, está decidido –replicó el duque–, mañana por la mañana mandaré a

buscarlo y le daré instrucciones. Y ahora, como habéis dicho –continuó el duque lanzando una mirada muy ablandada sobre los dos sillones, los dos cubiertos y los dos almohadones–, y ahora, cenemos, querida.

Y ambos se sentaron a la mesa, con la sonrisa pintada en el rostro, hasta el punto de que, por más habituada que estuviera en su calidad de doncella de confianza a los modales del duque y al temperamento de su ama, la propia Francinette creyó que su ama estaba perfectamente tranquila y el duque completamente tranquilizado.

VII

El jinete al que Canolles había saludado con el nombre de Richon había subido al primer piso de la posada del Becerro de Oro y cenaba en compañía del vizconde.

Era a él a quien esperaba con impaciencia el vizconde cuando el azar lo había convertido en testigo de los hostiles preparativos del señor d'Épernon, y le había puesto en condiciones de devolver al barón de Canolles el señalado favor que hemos dicho.

Había salido de París hacía ocho días, y de Burdeos aquella misma jornada; traía, por lo tanto, noticias recientes sobre los asuntos algo embrollados que, de París a Burdeos, se urdían en ese momento en inquietantes tramas. A medida que hablaba tanto del encarcelamiento de los príncipes, que era el asunto del día, como del Parlamento de Burdeos, que era el poder del lugar, como del señor de Mazarino, el rey del momento, el joven observaba en silencio su figura varonil y tostada, su mirada penetrante y llena de seguridad, sus dientes blancos y agudos que aparecían bajo su largo bigote negro, signos diversos que hacían de Richon el tipo del verdadero oficial de fortuna.

–Así que Madame la princesa está ahora en Chantilly –dijo el vizconde al cabo de un instante.

Como es sabido, así se llamaba a las dos duquesas de Condé³¹; sólo a la duquesa madre de Condé³² se le añadía el título de viuda.

–Sí –respondió Richon–, ahí es donde os espera lo antes posible.

–¿Y en qué situación se encuentra?

–Pues en un auténtico exilio: la vigilan, igual que a su suegra, con el mayor cuidado, dado que en la corte sospechan que desconfían de las investigaciones del Parlamento y que maquinan algo más eficaz en favor de los príncipes. Por desgracia, como siempre, el dinero... A propósito de dinero, ¿habéis cobrado el que se os debía? Es una pregunta que me han recomendado mucho haceros.

–Pues a duras penas he recogido –dijo el vizconde– una veintena de mil libras que tengo ahí en oro: nada más.

–¡Nada más! Pardiez, vizconde, cómo sois; se nota que sois millonario. ¡Hablar con tal desprecio de semejante suma en un momento como éste! ¡Veinte mil francos!... Seremos menos ricos que el señor de Mazarino, pero más ricos que el rey.

–¿Creéis entonces, Richon, que esta humilde ofrenda será aceptada por Madame la princesa?

–Con gratitud: le lleváis dinero suficiente para pagar un ejército.

–¿Creéis que lo necesitaremos?

–¿Qué? ¿Un ejército? Por supuesto, y ya estamos ocupándonos de reunir uno. El

señor de La Rochefoucauld ha enrolado a cuatrocientos gentilhombres so pretexto de hacerles asistir a las exequias de su padre. El señor duque de Bouillon³³ va a partir con un número parecido, si no mayor, para la Guyena. El señor de Turenne³⁴ promete hacer una incursión sobre París a fin de sorprender Vincennes y liberar a los príncipes mediante un golpe de mano: todo su ejército del Norte tendrá treinta mil hombres que ha apartado del deber de servir al rey. Las cosas van a buen ritmo –continuó Richon–, tranquilizaos; no sé si haremos una gran tarea, pero a buen seguro que haremos gran ruido...

–¿Y no habéis encontrado al duque d'Épernon? –interrumpió el joven, cuyos ojos chispeaban de alegría al oír esa enumeración de fuerzas que le prometían el triunfo del partido al que estaba unido.

–¿El duque d'Épernon? –preguntó el oficial de fortuna abriendo los ojos–. ¿Y dónde queréis que lo haya encontrado? No vengo de Agen, sino de Burdeos.

–Podríais haberlo encontrado a unos cuantos pasos de aquí –replicó sonriendo el vizconde.

–¡Ah!, ya sé, ¿no vive en los alrededores la bella Nanon de Lartigues?

–A dos tiros de mosquete de esta posada.

–¡Bien!, eso me explica la presencia del barón de Canolles en la posada del Becerro de Oro.

–¿Lo conocéis?

–¿A quién? ¿Al barón?... Sí... Hasta podría decir que soy amigo suyo si el señor de Canolles no fuera de excelente alcurnia mientras que yo no soy más que un pobre plebeyo.

–Los plebeyos como vos, Richon, valen tanto como príncipes en la situación en que estamos. Sabéis, por otro lado, que yo salvé a vuestro amigo el señor barón de Canolles de una paliza, y quizá de algo peor.

–Sí, me dijo dos palabras sobre esto, pero no le presté demasiada atención; tenía prisa por subir con vos. ¿Estáis seguro de no haber sido reconocido por él?

–Se reconoce mal a los que nunca se ha visto.

–Tal vez habríais debido decir «adivinado».

–En efecto –replicó el vizconde–, me miraba mucho.

Richon sonrió.

–Estoy seguro –dijo–, no se encuentra uno todos los días a gentilhombres de vuestra hechura.

–Es un caballero que me parece alegre –dijo el vizconde tras un instante de silencio.

–Alegre y bueno, de un temperamento encantador y gran corazón. El gascón, como sabéis, nunca es mediocre: o es excelente, o no vale nada. Éste es de buena ley. Tanto en el amor como en la guerra es a un tiempo un petimetre y un valiente capitán. Me molesta que esté contra nosotros. En verdad, dado que el azar os ha puesto en relación con él, habríais debido aprovechar la circunstancia para ganarlo para nuestra causa.

Un rubor fugaz pasó como un meteoro por las mejillas pálidas del vizconde.

–¡Oh, Dios mío! –respondió Richon con esa filosofía melancólica que a veces

encontramos en hombres de temple vigoroso–, nosotros que manejamos con nuestras imprudentes manos la llama de la guerra civil como haríamos con un cirio de iglesia, ¿somos tan serios y tan razonables? ¿Es un hombre muy serio el señor coadjutor que, con una palabra, calma y subleva París? ¿Es un hombre muy serio el señor de Beaufort, que tanta influencia ejerce en la capital que lo llaman el «Rey de los Mercados»? ¿Es muy seria una mujer como Mme. de Chevreuse³⁵, que quita y pone ministros a su voluntad? ¿Es una mujer muy seria Mme. de Longueville, que sin embargo ha reinado tres veces en el Ayuntamiento? Por último, ¿es una mujer muy seria Madame la princesa de Condé, que todavía ayer sólo se ocupaba de vestidos, joyas y diamantes? En fin, ¿es un jefe de partido muy serio el señor duque d'Enghien³⁶, que todavía juega a ser un polichinela en manos de las mujeres, y que quizá se ponga su primer par de calzas para perturbar a toda Francia? Y hasta yo mismo, si permitís incluir mi nombre tras tantos ilustres nombres, ¿soy un personaje muy serio, yo, hijo de un molinero de Angulema, yo, antiguo servidor del señor de La Rochefoucauld, yo, a quien un día mi amo, en lugar de un cepillo o una capa, dio una espada que valientemente me ceñí al costado, improvisándome como hombre de guerra? Y sin embargo, aquí tenéis al hijo del molinero de Angulema, al antiguo ayuda de cámara del señor de La Rochefoucauld convertido en capitán. Aquí lo tenéis reclutando una compañía, reuniendo cuatrocientos o quinientos hombres con cuya vida va a jugar su partida, como si Dios le hubiera dado ese derecho; aquí lo tenéis en el camino de las grandezas, será coronel, gobernador de plaza, ¿quién sabe? Y tal vez llegue a tener durante diez minutos, una hora, un día incluso, el destino del reino entre mis manos. Ya lo veis, esto se parece mucho a un sueño, y sin embargo lo tomaré por una realidad hasta el día en que alguna gran catástrofe me despierte...

–Y ese día –replicó el vizconde–, ¡ay de los que os despierten!, Richon, porque seréis un héroe...

–Un héroe o un traidor, según seamos los más fuertes o los más débiles. Con el otro cardenal, me lo habría pensado dos veces, porque me hubiera jugado la cabeza.

–Vamos, Richon, no tratéis de hacerme creer que consideraciones de ese tipo frenan a un hombre como vos, ¡a quien se cita como uno de los soldados más valientes del ejército!

–Sí, desde luego –dijo Richon con un intraducible movimiento de hombros–, fui valiente cuando el rey Luis XIII³⁷, con su pálida cara, su banda azul y sus ojos brillantes como escarbunclos, gritaba con su voz estridente y mascándose el bigote: «El rey os ve: ¡adelante, caballeros!». Pero cuando, no detrás de mí sino enfrente de mí, tenga que buscar sobre el pecho del hijo esa banda azul que todavía veo sobre el pecho del padre y deba gritar a mis soldados: «¡Fuego contra el rey de Francia!», ese día –continuó Richon sacudiendo la cabeza–, ese día, vizconde, tengo miedo de tener miedo y disparar hacia otro lado...

–¿Sobre qué hierba habéis caminado hoy, que así ponéis las cosas en lo peor, querido Richon? –preguntó el joven–. La guerra civil es una cosa triste, lo sé, pero a veces necesaria.

–Sí, como la peste, como la fiebre amarilla, como la fiebre negra, como la fiebre de todos los colores. Por ejemplo, ¿os parece necesario, señor vizconde, que yo, que esta noche he estrechado encantado la mano de ese valiente Canolles, vaya mañana a clavarle mi espada en el vientre porque sirvo a Madame la princesa de Condé, que se burla de mí, y él al señor de Mazarino, de quien se burla? Y sin embargo así será.

El vizconde hizo una mueca de horror.

–A menos que me equivoque –continuó Richon–, y que no sea él quien me agujeree el pecho de alguna forma. ¡Ah, no comprendéis la guerra! No veis más que un mar de intrigas, y os hundís en él como en vuestro elemento natural; y mirad, se lo decía el otro día a Su Alteza, que lo reconoció: «Vivís en una esfera desde la que los fuegos de artillería que nos matan os parecen simples fuegos artificiales».

–En verdad, Richon, que me dais miedo –dijo el vizconde–, y si no estuviera seguro de teneros a mi lado para protegerme, no me atrevería a ponerme en camino. Pero con vuestra escolta –añadió el joven tendiendo su pequeña mano a su partidario–, no temo nada.

–¿Mi escolta? –dijo Richon–. ¡Ah, sí!, es justo, y me hacéis pensar; tendréis que prescindir de mi escolta, señor vizconde, el plan ya no es ése.

–Pero ¿no debéis volver conmigo a Chantilly?

–Sí debía volver, pero sólo en caso de que no fuera necesario aquí; pero, como os decía, mi importancia ha crecido tanto que he recibido de Madame la princesa la orden terminante de no dejar los alrededores del fuerte, sobre el que parece que tienen planes.

El vizconde lanzó una exclamación de espanto.

–¡Partir así, sin vos! –exclamó–. Partir con ese digno Pompée, que es cien veces más cobarde todavía que yo, cruzar media Francia así, solo o casi... ¡Oh, no, no partiré, lo juro! Moriría de miedo antes de haber llegado.

–¡Oh, señor vizconde! –replicó Richon soltando una carcajada–, ¿ya no pensáis acaso en la espada que os cuelga en el costado?...

–Reíos, me parece perfecto, pero no partiré. Madame la princesa me ha prometido que me acompañaréis, y con esa condición me comprometí.

–Sea como queráis, vizconde –dijo Richon con fingida gravedad–. No obstante, cuentan con vos en Chantilly; y tened cuidado, a los príncipes se les agota enseguida la paciencia, sobre todo cuando esperan dinero.

–Y para colmo de desgracias –dijo el vizconde–, tengo que partir de noche...

–Mejor –dijo Richon riendo–, así no se verá que tenéis miedo, y encontraréis a otros más cobardes todavía que vos, a los que pondréis en fuga.

–¿Eso creéis? –dijo el vizconde nada tranquilo a pesar de aquella promesa.

–Además –dijo Richon–, hay una manera de conciliar todo. Tenéis miedo por el dinero, ¿no es eso? Bueno, dejadme a mí el dinero, yo lo enviaré con tres o cuatro hombres seguros. Pero, hacedme caso, el medio más seguro de que llegue es llevarlo vos mismo.

–Tenéis razón, iré, Richon; y como hay que ser valiente, me quedo con el dinero. Por lo que me decís, creo que Su Alteza tiene todavía más necesidad del dinero que

yo; tal vez no sea bien recibido si llego sin dinero.

–Os he dicho al entrar que parecíais un héroe. Además, hay soldados del rey por todas partes, y aún no estamos en guerra; sin embargo, no os fiéis demasiado, y ordenad a Pompée que cargue sus pistolas.

–¿Decís eso para tranquilizarme?

–Desde luego, quien conoce el peligro no se deja sorprender. Partid pues –continuó Richon levantándose–, hará una buena noche y antes de que amanezca podréis estar en Montlieu³⁸.

–¿Y no espiará nuestra partida el barón?

–En este momento hace lo que nosotros acabamos de hacer, es decir, está cenando, y a poco que su cena sea tan buena como la nuestra, es demasiado buen invitado para abandonar la mesa sin un poderoso motivo. Además, yo bajaré a entretenerlo.

–Presentadle entonces mis excusas por mi descortesía con él. No quiero, si un día me encuentra en disposición menos generosa de la que tiene hoy, que me busque pelea. ¡Sí que debe ser vuestro barón un verdadero refinado³⁹!

–Habéis dicho la palabra justa, y sería capaz de seguiros al fin del mundo sólo para cruzar la espada con vos. Pero estad tranquilo, le presentaré vuestros respetos.

–Sí, esperad únicamente a que me haya ido.

–Pardiez, no dejaré de hacerlo.

–Y para Su Alteza, ¿no tenéis ningún encargo?

–Claro que sí: me recordáis lo más importante.

–¿Le habéis escrito?

–No, sólo hay que transmitirle dos palabras.

–¿Cuáles?

–*Burdeos – Sí.*

–¿Sabrá lo que eso quiere decir?

–Perfectamente, y con estas dos palabras podrá ponerse en marcha con toda seguridad. Le diréis que yo respondo de todo.

–Vamos, Pompée –dijo el vizconde al viejo servidor que, en ese momento, asomaba la cabeza por la abertura de la puerta que acababa de entreabrir–. Vamos, amigo mío, hay que partir.

–¡Oh, oh, partir! –dijo Pompée–. ¿Está pensándolo el señor vizconde? Va a estallar una tormenta espantosa.

–¿Qué decís, Pompée? –respondió Richon–. No hay ni una nube en el cielo.

–Pero durante la noche podemos equivocarnos de camino.

–Sería difícil, basta con seguir el camino real. Además, hay un claro de luna magnífico.

–¡Claro de luna! ¡Claro de luna! –murmuró Pompée–. Como podéis comprender, no lo digo por mí, señor Richon.

–Sin duda –dijo Richon–... ¡un soldado veterano!

–Cuando peleábamos contra los españoles y fui herido en la batalla de Corbie⁴⁰... –continuó Pompée pavoneándose.

–Ya no se tiene miedo a nada, ¿verdad? Bueno, eso viene muy bien, porque el señor vizconde no está del todo tranquilo, os lo advierto.

–¡Oh, oh! –dijo Pompée palideciendo–, ¿tenéis miedo?

–Contigo no, mi valiente Pompée –dijo el joven–. Te conozco, y sé que te dejarías matar antes de que llegasen hasta mí.

–Desde luego, desde luego –replicó Pompée–. Pero si tuvierais demasiado miedo, habría que esperar a mañana.

–Imposible, mi buen Pompée. Lleva este oro en la grupa de tu caballo, me reúno contigo dentro de un momento.

–Es una cantidad muy fuerte para exponerse de noche –dijo Pompée sopesando el talego.

–No hay peligro... por lo menos eso dice Richon. Veamos: ¿están las pistolas en las fundas, la espada en la vaina y el mosquetón en su gancho?

–Olvidáis –respondió el viejo escudero irguiéndose– que cuando uno ha sido soldado toda su vida, no se deja coger en falta. Sí, señor vizconde, está cada cosa en su sitio.

–¡Ved –dijo Richon– si se puede tener miedo con un compañero así! ¡Buen viaje, pues, vizconde!

–Gracias por el deseo, pero la ruta es larga –respondió el vizconde con un resto de angustia que no lograba disipar el aire marcial de Pompée.

–¡Bah! –dijo Richon–, toda ruta tiene un comienzo y un fin. Mis respetos a Madame la princesa: decidle que estoy con ella y con el señor de La Rochefoucauld hasta la muerte. Y no olvidéis las dos palabras en cuestión: *Burdeos* – Sí. Yo voy en busca del señor de Canolles.

–Decidme, Richon –dijo el vizconde reteniendo a éste por el brazo en el momento en que ponía el pie sobre el primer peldaño de la escalera–, si ese tal Canolles es tan valiente capitán y tan buen gentilhombre como decís, ¿por qué no intentáis ganarle para nuestro partido? Podría unirse a nosotros bien en Chantilly, bien durante el viaje; como ya le conozco un poco, yo lo presentaría.

Richon miró al vizconde con una sonrisa tan singular que éste, que sin duda leyó en los rasgos del partidario lo que pasaba por su mente, se apresuró a decirle:

–Aunque mejor será, Richon, que olvidéis lo que he dicho, y que hagáis lo que creáis que debéis hacer. Adiós.

Y, tendiéndole la mano, se metió rápidamente en su cuarto, fuera por temor a que Richon viera el súbito rubor que había cubierto su rostro, fuera por temor a ser oído por Canolles, cuyas ruidosas carcajadas llegaban hasta el primer piso.

Dejó, pues, al partidario bajar la escalera, seguido por Pompée, que llevaba el equipaje con aparente descuido para no permitir que nadie sospechara lo que podía contener. Y después de dejar pasar varios minutos, se palpó para ver si no había olvidado nada, apagó las velas, bajó a su vez con precaución, aventuró una tímida ojeada a través de la luminosa rendija de una puerta de la planta baja; luego, envolviéndose en una espesa capa que le tendía Pompée, puso su pie en la mano del escudero, saltó con agilidad sobre su caballo, reprendió durante un instante con una sonrisa la lentitud del viejo soldado y desapareció en la sombra.

En el momento en que Richon había entrado en la habitación de Canolles, a quien debía entretener mientras el pequeño vizconde hacía sus preparativos, un hurra de alegría lanzado por el barón, medio derribado en su silla, demostró que éste no sentía ningún rencor.

Sobre la mesa, en medio de dos cuerpos diáfanos que habían sido botellas llenas, se alzaba, rechoncho y orgulloso de su redondez, un frasco forrado de cañas por cuyos intersticios la viva luz de cuatro velas hacía saltar chispas de topacios y rubíes: era una frasca de esos viejos vinos de Collioure, cuya melosa especia gusta de saborear un paladar ya enardecido. Hermosos higos secos, almendras, galletas, quesos picantes, uvas confitadas revelaban el interesado cálculo del posadero, cuya sabia exactitud demostraban dos botellas vacías y una tercera medio llena. En efecto, era seguro que quien tocase aquel postre provocador haría necesariamente, por más sobrio que fuese, una abundante consumición de líquido.

Además, Canolles no se las daba de anacoreta. Quizá también, en su calidad de hugonote (Canolles era de familia protestante, y profesaba mal que bien la religión de sus padres), quizá, decimos, en su calidad de hugonote no creía en la canonización de esos piadosos solitarios que se habían ganado el cielo bebiendo agua y comiendo raíces. Por muy triste, o incluso por muy enamorado que estuviese, Canolles nunca era insensible al aroma de una buena comida y a la vista de aquellas botellas de forma singular, y a los tapones rojos, amarillos o verdes que aprisionan, bajo un corcho fiel, lo más puro de la sangre gascona, champañesa o borgoñona. En estas circunstancias, Canolles había cedido, como de costumbre, a los encantos de la vista; de la vista había pasado al olfato, del olfato al gusto, y como de los cinco sentidos con que le había dotado esa buena madre que se llama señora Naturaleza tres estaban completamente satisfechos, los otros dos se lo tomaban con paciencia y esperaban su turno con una resignación llena de beatitud.

Fue en este momento cuando Richon entró y encontró a Canolles balanceándose en su silla.

—¡Ah, vaya! —exclamó éste—, llegáis a punto, mi querido Richon. Necesitaba encontrar alguien a quien hacer el elogio de maese Biscarros, e iba a verme reducido a ponderar sus méritos a este bellaco de Castorin, que sólo sabe beber y al que nunca he podido enseñar a comer. Venid, mirad ese anaquel, querido amigo, y poned los ojos sobre esta mesa a la que os invito a sentaros. ¿No es un verdadero artista, un hombre que quiero recomendar a mi amigo el duque d'Épernon, el posadero del Becerro de Oro? Escuchad el detalle del menú y juzgad, vos, Richon, que sabéis apreciar la comida: sopa de cangrejos, entremeses de ostras marinadas, de anchoas, de pajarillos y de capón con aceitunas regado todo con una botella de médoc cuyo cadáver podéis ver; un perdigón trufado, guisantes al caramelo, jalea de cerezas silvestres, rociadas con una botella de chambertin que aquí yace; además, este postre y esa botella de collioure que trata de defenderse, y que aquí morirá como las otras, sobre todo si somos dos contra ella. ¡Diablos!, estoy de muy buen humor, y Biscarros es un gran posadero. Sentaos ahí, Richon. Habéis cenado, pero da igual; también yo he cenado, pero qué importa, volveremos a empezar.

—Gracias, barón —dijo riendo Richon—, ya no tengo hambre.

–Lo admito, no se puede tener más hambre, pero siempre hay que tener sed: probad ese collioure.

Richon tendió su vaso.

–Así que habéis cenado –continuó Canolles– con ese pequeño bellaco de vizconde. ¡Ah, perdón! Richon... No, no, me equivoco... todo lo contrario, un muchacho encantador, al que debo el placer de saborear la vida por su lado bueno –en lugar de entregar el alma por tres o cuatro agujeros que pensaba hacerle a mi piel ese valiente duque d'Épernon–. Estoy agradecido a ese guapo vizconde, a ese Ganímedes⁴¹ arrebatador. ¡Ah, Richon!, creo que sois lo que dicen de vos, el fiel servidor del señor de Condé.

–Vamos, barón –exclamó Richon echándose a reír–. No sigáis con esas ideas o me haréis morir de risa.

–¡Morir de risa! ¿Vos? Vamos, hombre, no, muy querido. *Igné tantum perituri, Quia estis, Landeriri*⁴². Conocéis la endecha, ¿verdad? Es un villancico de vuestro patrón, hecho en el río alemán *Rhenus*, un día que tranquilizaba a uno de sus compañeros que temía morir ahogado. ¡Diablo de Richon, vamos! No importa, vuestro pequeño gentilhomme me horroriza; ¡interesarse así por el primer caballero guapo que pasa!

Y Canolles se echó hacia atrás en su silla estallando en carcajadas y rizándose el bigote con un paroxismo de hilaridad que Richon no pudo evitar compartir.

–Así –dijo Canolles–, así, en serio mi querido Richon; conspiráis, ¿verdad?

Richon siguió riéndose, pero con una risa menos franca.

–¿Sabéis que tenía muchas ganas de haceros detener, a vos y a vuestro pequeño gentilhomme? ¡Pardiez! Hubiera sido divertido y, sobre todo, fácil. Tenía bajo mi mando a los portaestandartes de mi compadre d'Épernon. ¡Ah!, Richon en el cuerpo de guardia, ¡y también el pequeño gentilhomme! *Landeriri*!

En este momento se oyó el galope de dos caballos que se alejaban.

–¡Oh! –dijo Canolles escuchando–, ¿qué es eso, Richon? ¿Lo sabéis?

–Creo que lo sospecho.

–Decídmelo entonces.

–El pequeño gentilhomme que se va.

–¡Y sin decirme adiós! –exclamó Canolles–. Decididamente es un patán.

–No, mi querido barón; es un hombre que tiene prisa, nada más.

Canolles frunció el ceño.

–¡Qué modales tan raros! –dijo–. ¿Y han educado a ese muchacho? Richon, amigo mío, os aviso que os perjudica. ¡Uno no se comporta así entre gentilhombres! ¡Pardiez! Si lo tuviera aquí, le zurraría la badana. ¡Que el diablo se lleve a su buen padre, que sin duda por tacañería no le puso preceptor!

–No os molestéis, barón –dijo Richon riendo–. El vizconde no está tan mal educado como creéis, porque al irse me ha encargado que os presente todas sus disculpas y me ha recomendado haceros mil halagos.

–¡Bueno, bueno! –dijo Canolles–. Agua bendita de corte, que hace de una gran impertinencia una pequeña descortesía: eso es todo. ¡Pardiez!, estoy de un humor feroz; ¡buscadme pelea, Richon! ¿No queréis? Esperad... ¡Diablos! Richon, amigo

mío, ¡me parecéis muy feo!

Richon se echó a reír.

–Con ese humor, barón –dijo–, seríais capaz de hacerme ganar cien pistolas esta noche, si jugásemos. Como sabéis, el juego favorece las grandes penas.

Richon conocía a Canolles y sabía lo que hacía al abrir aquella espita al mal humor del barón.

–¡Ah, pardiez! ¡El juego! –exclamó–. ¡Sí, el juego! Tenéis razón, amigo mío; ésa es una palabra que me reconcilia con vos. Richon, os encuentro muy agradable; Richon, sois bello como Adonis⁴³, y perdono al señor de Cambes. ¡Castorin, cartas!

Acudió Castorin, acompañado por Biscarros: los dos montaron una mesa y ambos compañeros se pusieron a jugar. Castorin, que desde hacía diez años soñaba en una martingala al treinta y cuarenta⁴⁴, y Biscarros, que acechaba el dinero con ojos codiciosos, permanecieron de pie a cada lado de la mesa mirándolos. En menos de una hora, a pesar de la predicción que había hecho a Canolles, Richon ganó a su adversario ochenta pistolas. Entonces Canolles, que no llevaba más dinero encima, ordenó a Castorin que fuera a buscar más a su equipaje.

–Es inútil –dijo Richon, que había oído la orden–. No tengo tiempo de daros la revancha.

–¡Cómo! ¿No tenéis tiempo? –dijo Canolles.

–No. Son las once –dijo Richon–, vos sois militar y por consiguiente sabéis el rigor del servicio.

–Entonces, ¿no os iréis antes de ganarme todo mi dinero? –continuó Canolles, mitad riendo, mitad enfadado.

–¿Acaso me reprocháis haberos hecho una visita? –preguntó Richon.

–¡Dios no lo quiera! Pero veamos: no tengo ninguna gana de dormir y voy a aburrirme horriblemente. ¿Y si os propusiera acompañaros, Richon?

–Rechazaría ese honor, barón. Asuntos del género del que estoy encargado se tratan sin testigos.

–¡Muy bien! Vais... ¿hacia qué lado?

–Iba a pedirlos que no me hicierais esa pregunta.

–¿Y hacia qué lado ha ido el vizconde?

–Debo responderos que no lo sé.

Canolles miró a Richon para tener la seguridad de que en aquellas respuestas desatentas no entraba para nada la burla; pero la mirada tan sutil y la sonrisa tan franca del gobernador de Vayres desarmaron, si no su impaciencia, al menos su curiosidad.

–Vamos –dijo Canolles–. Esta noche estáis envuelto en misterios, mi querido Richon; pero ¡libertad completa! También a mí me habría molestado mucho que me siguieran hace tres horas; aunque, a fin de cuentas, quien me hubiera seguido habría quedado tan decepcionado como yo. Así pues, ¡un último vaso de este collioure y buen viaje!

Canolles llenó entonces los vasos, y Richon, tras haber brindado y bebido a la salud del barón, salió, sin que a éste se le pasara por la cabeza intentar saber por

qué camino se alejaba. Pero, una vez solo en medio de las velas semiconsumidas, de las botellas vacías, de las cartas dispersas, el barón sintió una de esas tristezas que sólo se comprenden bien cuando se sienten, porque su alegría de toda la velada había tenido un desencanto sobre el que había tratado de aturdirse, sin haberlo conseguido del todo.

Se arrastró, pues, hacia su habitación, lanzando a través de los cristales del corredor una mirada llena de pena y de cólera en dirección a la casita aislada, una de cuyas ventanas, iluminada por un reflejo rojizo y cruzada de vez en cuando por sombras, indicaba de sobra que Mlle. de Lartigues pasaba una velada no menos solitaria que la suya.

En el primer peldaño de la escalera, la punta de su bota tropezó con algo; se agachó y recogió uno de los pequeños guantes gris perla del vizconde, que éste había dejado caer en su precipitación por salir de la posada de maese Biscarros y que sin duda no había considerado bastante valioso como para perder su tiempo en buscarlo.

Pensara lo que pensase Canolles en un momento de misantropía muy disculpable en un amante despechado, en la casa solitaria no había mayor satisfacción que en la posada del Becerro de Oro.

Nanon, inquieta y agitada toda la noche, dando vueltas en su cabeza a mil planes para avisar a Canolles, había puesto en movimiento todo el ingenio y las trapacerías de una cabeza de mujer bien organizada para salir de la precaria situación en que se encontraba. Sólo se trataba de escamotear un minuto al duque para hablar con Francinette, o dos minutos para escribir una línea a Canolles en un trozo de papel.

Pero se hubiera dicho que el duque, sospechando todo lo que pasaba en su interior y leyendo la inquietud de su mente a través de la máscara jovial con que había cubierto su cara, se había jurado a sí mismo no dejarle esa libertad de un instante que, sin embargo, tanto necesitaba.

Nanon tuvo jaqueca; el señor d'Épernon no quiso permitir que se levantase para coger su frasco de sales, y fue a buscarlo él mismo.

Nanon se pinchó con un alfiler, que de repente hizo brotar un rubí en la punta de su nacarado dedo, y quiso ir a buscar en su neceser un poco de ese famoso tafetán rosa⁴⁵ que empezaba a apreciarse en esa época. El señor d'Épernon, incansable en su complacencia, se levantó, recortó el trocito de tafetán rosa con una maña desesperante y volvió a cerrar el neceser con doble vuelta de llave.

Nanon fingió entonces dormir profundamente; casi al punto el duque empezó a roncar. Nanon abrió entonces los ojos y, a la luz de la lamparilla colocada encima de la mesilla de noche en su envoltura de alabastro, trató de sacar las tablillas mismas del duque de su casaca, que estaba junto a la cama y al alcance de su mano; pero en el momento en que ya tenía el lápiz y acababa de romper una hoja de papel, el duque abrió los ojos.

–¿Qué hacéis, amor mío? –dijo.

–Buscaba si había un calendario en vuestras tablillas –respondió Nanon.

–¿Para qué? –preguntó el duque.

–Para ver en qué época cae vuestro santo.

–Me llamo Luis⁴⁶, y mi santo cae el 25 de agosto como sabéis; tenéis mucho tiempo todavía para prepararos, querida.

Y le quitó las tablillas de las manos para volver a meterlas en su casaca.

En esta última maniobra Nanon había ganado algo por lo menos: un lápiz y papel. Guardó uno y otro bajo su cabezal y volvió con habilidad la lamparilla, esperando poder escribir a oscuras; pero el duque llamó inmediatamente a Francinette, pidiendo luz a gritos y pretendiendo que no podía dormir sin ver. Cuando Francinette acudió, a Nanon sólo le había dado tiempo a escribir la mitad de su frase, y el duque, por miedo a un accidente parecido al que acababa de ocurrir, ordenó a Francinette poner dos velas sobre la chimenea. Fue entonces cuando Nanon declaró que no podía dormir con luz, y cuando, febril de impaciencia, se volvió hacia la pared, esperando el día con una ansiedad fácil de comprender.

Ese día tan temido terminó por brillar en la cima de los álamos e hizo palidecer la luz de las dos velas. El señor duque d'Épernon, que se jactaba de seguir los hábitos de la vida militar, se levantó con el primer rayo que se filtró por las celosías, se vistió solo para no dejar un solo instante a su pequeña Nanon, se puso un batín y llamó para saber si había alguna novedad.

Francinette respondió a su pregunta llevándole un paquete de despachos que Courtauvaux, su piquero favorito, había traído durante la noche.

El duque empezó a abrirlos y a leerlos con un ojo; el otro ojo, al que trataba de dar la expresión más amorosa posible, lo tenía puesto en Nanon.

De haber podido, Nanon lo hubiera hecho trizas.

–¿Sabéis –le dijo el duque tras haber leído una parte de sus despachos– lo que deberíais hacer, amiga mía?

–No, mi señor –respondió Nanon–; pero si queréis darme alguna orden, será obedecida.

–Enviad en busca de vuestro hermano –dijo el duque–. Precisamente acabo de recibir de Burdeos una carta que contiene los informes que yo deseaba, y podría partir ahora mismo, de modo que a su vuelta tendría un pretexto para darle el mando que deseáis.

La cara del duque expresaba la más sincera benevolencia.

«¡Vamos! –se dijo para sus adentros Nanon–, ¡ánimo! Tengo suerte, porque Canolles leerá en mis ojos o comprenderá a medias palabras.»

Luego, en voz alta, respondió:

–Enviad vos mismo a buscarle, mi querido duque.

Porque temía que si ella quería encargarse de la comisión, el conde no la dejaría hacerlo.

D'Épernon llamó a Francinette y la envió a la posada del Becerro de Oro sin más instrucción que estas palabras:

–Decid al señor barón de Canolles que Mlle. de Lartigues lo espera a desayunar.

Nanon lanzó una mirada a Francinette; pero por elocuente que fuera esa mirada, Francinette no podía leer en ella: «Decid al señor barón de Canolles que soy su

hermana».

Francinette partió, comprendiendo que había gato encerrado, y que aquella anguila bien podía ser una enorme serpiente.

Mientras tanto, Nanon se levantó y se colocó tras el duque a fin de poder invitar a Canolles con la primera mirada a estar en guardia, y se dedicó a maquinar una frase artificiosa con cuya ayuda, tras las primeras palabras, el barón debía estar al tanto de todo lo que tenía que saber para no dar notas discordantes en el trío de familia que iban a ejecutar.

Con el rabillo del ojo veía todo el camino, hasta el recodo en que la víspera se había escondido el señor d'Épernon con sus esbirros.

–¡Ah! –dijo de repente el duque–, ahí vuelve Francinette.

Y clavó sus ojos en los de Nanon, que se vio obligada a apartar la vista del camino para responder a las miradas del duque.

El corazón de Nanon latía hasta romperle el pecho; sólo había podido ver a Francinette, y hubiera sido a Canolles a quien habría querido ver, para buscar en su fisonomía alguna línea tranquilizadora.

Subieron los escalones; el duque preparó una sonrisa a un tiempo noble y amistosa. Nanon rechazó el carmín que subía a sus mejillas y se animó al combate.

Francinette llamó ligeramente en la puerta.

–Entrad –dijo el duque.

Nanon afiló la famosa frase con que debía saludar a Canolles.

Se abrió la puerta: Francinette estaba sola. Con ojos ávidos Nanon interrogó a la antecámara: en la antecámara no había nadie.

–Señora –dijo Francinette con el imperturbable aplomo de una doncella de comedia–, el señor barón de Canolles ya no está en el hotel del Becerro de Oro.

El duque abrió los ojos con expresión de asombro.

Nanon echó la cabeza hacia atrás y respiró.

–¡Cómo! –dijo el duque–, ¿el señor barón de Canolles ya no está en el Becerro de Oro?

–Seguro que os equivocáis, Francinette –añadió Nanon.

–Señora –dijo Francinette–, repito lo que el señor Biscarros me ha dicho en persona.

«Ese querido Canolles lo habrá adivinado todo –murmuró muy bajo Nanon–. Tan inteligente y tan hábil como valiente y apuesto.»

–Id a buscar ahora mismo a maese Biscarros –dijo el duque con su cara de los malos días.

–¡Oh!, presumo que habrá sabido que estabais aquí y habrá tenido miedo a molestaros –dijo precipitadamente Nanon–. ¡Es tan tímido ese pobre Canolles!

–¿Tímido él? –dijo el duque–. No es ésa sin embargo la reputación que tiene, según creo.

–No, señora –dijo Francinette–, el señor barón se ha ido de verdad.

–Pero, señora –dijo d'Épernon–, ¿cómo es que el barón tiene miedo de mí, si Francinette sólo tenía el encargo de invitarle de vuestra parte? ¿Le habéis dicho entonces que yo estaba aquí, Francinette? Responded.

–No he podido decírselo, señor duque, porque no estaba.

A pesar de esta respuesta de Francinette, que llegaba con toda la celeridad de la franqueza y la verdad, el duque pareció recuperar toda su desconfianza. Nanon, feliz, ya no encontraba fuerzas para decir nada.

–¿Tengo entonces que ir a llamar a maese Biscarros? –preguntó Francinette.

–Más que antes –dijo el duque con su grave voz–. O mejor... sí, esperad. Quedaos aquí, vuestra ama podría necesitaros, voy a enviar a Courtauvaux.

Francinette desapareció. Cinco minutos después Courtauvaux rascaba en la puerta.

–Id a decir al posadero del Becerro de Oro –dijo el duque– que venga a hablar conmigo, y que me traiga el menú de un desayuno. Dadle estos diez lises para que la comida sea buena. Id.

Courtauvaux recibió el dinero en el faldón de su uniforme y salió inmediatamente para cumplir las órdenes de su amo.

Era un criado de buena casa, capaz de dar cien vueltas en su oficio a todos los Crispines y a todos los Mascarillas⁴⁷ de la época. Fue en busca de Biscarros y le dijo:

–He convencido al señor para que os encargue un buen desayuno. Me ha dado ocho lises: me quedo naturalmente con dos por la comisión, ahí tenéis seis para vos; id enseguida.

Biscarros, temblando de alegría, se anudó a la cintura un delantal blanco, metió en el bolso los seis lises y estrechando la mano a Courtauvaux se lanzó tras las huellas del piquero, que lo llevó corriendo hasta la casita.

VIII

Esta vez Nanon no temblaba, la seguridad de Francinette la había tranquilizado por completo; sentía incluso el más vivo deseo de hablar con Biscarros, que fue introducido nada más llegar.

Entró Biscarros, con el delantal galantemente remangado a la cintura y el gorro en la mano.

–Tuvisteis ayer en vuestra casa a un joven gentilhombre –dijo Nanon–, el señor barón de Canolles, ¿verdad?

–¿Qué ha sido de él? –preguntó el duque.

Biscarros, bastante inquieto porque el piquero y los seis luises le hacían presentir al gran personaje debajo del batín, respondió al principio de forma evasiva.

–Se ha ido, señor.

–Se ha ido –dijo el duque–. ¿De verdad que se ha ido?

–De verdad.

–¿Adónde ha ido? –preguntó a su vez Nanon.

–Eso no puedo decíroslo, porque en verdad lo ignoro, señora.

–¿Sabéis al menos qué ruta ha cogido?

–La ruta de París.

–¿Y a qué hora ha tomado esa ruta? –preguntó el duque.

–Hacia la medianoche.

–¿Y sin decir nada? –preguntó tímidamente Nanon.

–Sin decir nada. Sólo dejó una carta recomendando entregársela a Mlle. Francinette.

–¿Y por qué no habéis entregado esa carta, imbécil? –dijo el duque–. ¿Ése es el respeto que tenéis por la recomendación de un gentilhombre?

–¡La he entregado, señor, la he entregado!

–¡Francinette! –gritó el duque.

Francinette, que estaba a la escucha, no dio más que un salto desde la antecámara al dormitorio.

–¿Por qué no habéis entregado a vuestra ama la carta que el señor de Canolles había dejado para ella? –preguntó el duque.

–Pero, mi señor... –murmuró la camarera muy asustada.

«¡Mi señor! –pensó Biscarros enloquecido y acurrucándose en el rincón más alejado del cuarto–. ¡Mi señor!, es algún príncipe disfrazado.»

–Yo no se la he pedido –se apresuró a decir Nanon muy pálida.

–Dádmela –dijo el duque extendiendo la mano.

La pobre Francinette alargó lentamente la carta volviendo hacia su ama una mirada que quería decir: «Ya veis que no es culpa mía; es el imbécil de Biscarros»

quien lo ha echado todo a perder».

Un doble relámpago brilló en la pupila de Nanon y fue a apuñalar a Biscarros en su rincón. El desdichado sudaba a mares y hubiera dado los seis luises que tenía en el bolsillo por estar delante de sus hornos, con el mango de una cacerola en la mano.

Mientras tanto, el duque había cogido la carta, la había abierto y leía. Durante la lectura, Nanon, de pie, más pálida y más fría que una estatua, sólo se sentía vivir en el corazón.

–¿Qué significa este grimorio? –dijo el duque.

Nanon comprendió por estas pocas palabras que la carta no la comprometía.

–Leed en voz alta y tal vez pueda explicároslo –dijo.

–«Querida Nanon» –leyó el duque.

Y tras estas palabras se volvió hacia la joven que, recuperándose cada vez más, soportó su mirada con admirable audacia.

–«Querida Nanon –continuó el duque–, he aprovechado el permiso que os debo y para distraerme voy a galopar un tiempo por la ruta de París. Hasta luego; os encomiendo mi fortuna.»

–¡Ah!, pero ¡este Canolles está loco!

–¡Loco! ¿Y eso por qué? –preguntó Nanon.

–¿Se pone uno en camino así, a medianoche, sin ningún motivo? –preguntó el duque.

«Sí, es cierto», dijo Nanon hablando consigo misma.

–¡Vamos! Explicadme esta partida.

–¡Dios mío! –dijo Nanon con una sonrisa encantadora–, nada más fácil, mi señor.

«¡También ella lo llama mi “señor”! –murmuró Biscarros–. Decididamente es un príncipe.»

–¡Cómo!, ¿no adivináis de qué se trata?

–No, para nada.

–¡Bien! Canolles tiene veintisiete años; es joven, guapo, despreocupado. ¿Qué locura creéis que prefiere? El amor. Bien, habrá visto pasar por la posada de maese Biscarros a alguna guapa viajera y la habrá seguido.

–¡Enamorado! ¿Eso creéis? –exclamó el duque, sonriendo ante la idea tan natural de que si Canolles estaba enamorado de una viajera cualquiera, no estaba enamorado de Nanon.

–¡Claro que enamorado! ¿No es así, maese Biscarros? –dijo Nanon encantada al ver que el duque adoptaba su idea–. Veamos, responded con toda franqueza: ¿es cierto que lo he adivinado?

Biscarros pensó que había llegado el momento de recuperar el favor de la mujer afirmando sus palabras y, haciendo aflorar a sus labios una sonrisa de cuatro pulgadas de tamaño, dijo:

–En efecto, la señora bien podría tener razón.

Nanon dio un paso hacia el posadero y dijo temblando a pesar suyo:

–¿No es cierto?

–Eso creo, señora –respondió Biscarros con aire sutil.

–¿Lo pensáis?

–Sí, esperad... En efecto, acabáis de abrirme los ojos.

–¡Ah!, contádnoslo, maese Biscarros –continuó Nanon empezando a dejarse llevar por las primeras sospechas de los celos–. Veamos, decid, ¿qué viajeros se han detenido en vuestra casa esta noche?

–No han venido viajeros –dijo Biscarros. Nanon respiró–. Sólo que –continuó el posadero sin sospechar que cada una de sus palabras hacía saltar el corazón de Nanon–, un pequeño gentilhomme rubio, muy guapo, regordete, que no comía, que no bebía y que tenía miedo a ponerse en camino de noche... Un gentilhomme que tenía miedo –continuó Biscarros haciendo con la cabeza un leve gesto lleno de fineza–, comprendéis, ¿verdad?

–¡Ja, ja, ja! –echó a reírse con una hilaridad magnífica el duque mordiendo claramente el anzuelo.

Nanon respondió a esa risa con una especie de chirrido.

–Continuad –dijo–, ¿es divertido! ¿Y sin duda el pequeño gentilhomme esperaba al señor de Canolles?

–No, no. Esperaba a cenar a un gran señor con bigotes, que ha tratado con cierta dureza al señor de Canolles cuando ha querido cenar con él. Pero el bravo gentilhomme no se arredró por tan poca cosa... Es un compañero emprendedor, según parece... Y, palabra que, después de la partida del gran señor, que ha torcido a la derecha, ha corrido tras del pequeño que había torcido a la izquierda.

Y con esta conclusión rabelesiana, Biscarros, viendo la cara radiante del duque, creyó que podía permitirse desentonar con una gama de carcajadas tan formidables que temblaron los cristales.

El duque, totalmente tranquilizado, hubiera puesto en un aprieto a Biscarros si no hubiera sido gentilhomme. En cuanto a Nanon, pálida y con una sonrisa convulsa helada sobre sus labios, escuchaba cada palabra que salía de la boca del posadero con esa fe devoradora que empuja a los celosos a beber a grandes tragos, y hasta las heces, el veneno que los mata.

–Pero ¿qué os hace pensar –dijo– que ese pequeño gentilhomme sea una mujer, que el señor de Canolles esté enamorado de esa mujer y que no corre por el camino real por aburrimiento y por capricho?

–¿Qué me hace pensarlo? –respondió Biscarros, que intentaba insinuar esa convicción en la mente de sus oyentes–. Esperad, voy a decíroslo...

–Sí, decídnoslo, mi querido amigo –añadió el duque–. De veras, sois muy divertido...

–Mi señor es demasiado bueno –dijo Biscarros–. Lo siguiente –el duque era todo oídos; Nanon escuchó apretando los puños–. Yo no sospechaba nada, y había tomado buenamente al pequeño caballero rubio por un hombre cuando encontré al señor de Canolles en mitad de la escalera, con su vela en la mano izquierda y en la derecha un pequeño guante que examinaba y olía apasionadamente...

–¡Oh, oh, oh! –decía el duque, que empezaba a desternillarse de risa a medida que dejaba de temer por sí mismo.

–¡Un guante! –repitió Nanon tratando de recordar si no había dejado esa prenda

en posesión de su caballero-. ¿Un guante de este tipo?

Y mostró al posadero uno de sus guantes.

-No -dijo Biscarros-. Un guante de hombre...

-¿Un guante de hombre?... ¡Mirar y oler apasionadamente un guante de hombre el señor de Canolles!... ¡Estáis loco!

-No, porque era un guante del pequeño gentilhomme, del guapo caballero rubio que no bebía, que no comía y que tenía miedo a la noche... un guante muy pequeño donde la mano de la señora apenas hubiera entrado, aunque la señora tenga, desde luego, una mano muy bonita...

Nanon lanzó un gritito sordo, como si la hubiera herido un dardo invisible.

-Espero -dijo haciendo un violento esfuerzo- que estéis suficientemente informado, mi señor, y que sabéis todo lo que deseabais saber.

Y con los labios temblorosos, los dientes apretados, los ojos fijos, indicaba la puerta con el dedo a Biscarros, quien, observando en el rostro de la joven aquellos signos de cólera, ya no comprendía nada y permanecía boquiabierto y con los ojos como platos.

«Si la ausencia de este gentilhomme -pensó- es una desgracia tan grande, su regreso sería una gran felicidad. Ilusionemos a este noble señor con una dulce esperanza, para que tenga buen apetito.»

Y con este razonamiento, Biscarros adoptó su aire más gracioso y, adelantando su pierna derecha con un movimiento lleno de gracia, dijo:

-Después de todo, el caballero se ha ido, y puede volver de un momento a otro.

El duque sonrió ante esta insinuación.

-Es cierto -dijo-, ¿por qué no había de volver? Quizá ya ha vuelto incluso... Id a ver, señor Biscarros, y traedme la respuesta.

-Pero ¿y el desayuno? -dijo vivamente Nanon-. Me muero de hambre...

-Es justo -dijo el duque-, y Courtauvau se encargará. Venid aquí, Courtauvau: id hasta la posada de maese Biscarros y ved si el señor barón de Canolles está de regreso... Si no, preguntad, informaos, buscad por los alrededores... Quiero desayunar con ese gentilhomme. Id.

Courtauvau salió. Y Biscarros, que observaba el embarazoso silencio de los dos personajes, puso cara de emitir una nueva ocurrencia.

-¿No veis que la señora os hace señas para que os retiréis? -dijo Francinette.

-¡Un momento, un momento! -exclamó el duque-. ¡Qué diablos! Ahora sois vos la que perdéis la cabeza, mi querida Nanon... ¿Y el menú?... Yo estoy como vos: me muero de hambre... Tomad, maese Biscarros, añadid estos seis lises a los otros: es para pagar la agradable historia que acabáis de contarnos.

Luego ordenó al historiador que dejara paso al cocinero; y, apresurémonos a decirlo, maese Biscarros no brilló menos en el segundo empleo que en el primero.

Mientras tanto, Nanon había reflexionado y abarcado de una ojeada toda la situación en que la ponía la suposición de maese Biscarros. En primer lugar, ¿era muy exacta aquella suposición? Y luego, si a fin de cuentas lo fuese, ¿se podía perdonar a Canolles? En efecto, ¡qué decepción tan cruel para un valiente gentilhomme como él aquella cita fallida, y qué afrenta aquel espionaje del duque

d'Épernon, y aquella necesidad impuesta a él, a Canolles, de asistir por así decir al triunfo de su rival! Nanon estaba tan enamorada que, atribuyendo aquella fuga a un paroxismo de celos, no sólo disculpó sino que compadeció incluso a Canolles, aplaudiéndose casi por ser lo bastante amada para haber provocado de su parte aquella pequeña venganza. Pero también, ante todo, había que cortar el mal de raíz; había que detener el avance de aquel amor apenas naciente.

Una reflexión terrible pasó en este punto por la mente de Nanon y pensó en fulminar a la pobre mujer. ¿Y si aquel encuentro de Canolles y del pequeño gentilhomme era una cita? Pero no, estaba loca, porque el pequeño gentilhomme esperaba a un señor con bigotes, porque había tratado con dureza a Canolles, porque el propio Canolles quizá sólo había reconocido el sexo del desconocido por aquel pequeño guante encontrado por azar.

¡No importa! Había que contrarrestar a Canolles. Entonces, armándose de toda su energía, volvió al duque, que acababa de despedir a Biscarros cargado de cumplidos y recomendaciones.

–¡Qué pena, mi señor –dijo ella–, que el aturdimiento de Canolles le prive de un honor como el que ibais a hacerle! Presente, su futuro estaba asegurado; ausente, quizá pierda todo su futuro.

–Pero si le encontramos... –dijo el duque.

–¡Oh, no hay peligro! –dijo Nanon–. Si se trata de una mujer, no habrá vuelto.

–¿Qué queréis que haga yo, amor mío? –respondió el duque–. La juventud es la edad del placer: es joven y se divierte.

–Pero yo –dijo Nanon–, que soy más razonable que él, opino que podía turbarse un poco esa alegría intempestiva.

–¡Ah, hermana gruñona! –exclamó el duque.

–Quizá me odie en el momento –continuó Nanon–, pero seguro que más tarde me lo agradecerá.

–Bien, veamos, ¿tenéis algún plan? Si lo tenéis, yo no pido otra cosa que adoptarlo.

–Sin duda.

–Decid entonces.

–¿No queréis enviarlo a la reina para llevar una noticia urgente?

–Sí, pero si no ha vuelto...

–Mandad que vayan tras él, y dado que va por la ruta de París siempre será camino adelantado.

–¡Pardiez que tenéis razón!

–Encargadme a mí esa tarea, y Canolles tendrá la orden esta misma noche o mañana a más tardar. Os respondo de ello.

–Pero ¿a quién enviaréis?

–¿Necesitáis a Courtauvaux?

–¿Yo?... para nada.

–Dejádmelo entonces, y le envío con mis instrucciones.

–¡Oh, qué buena cabeza de diplomático! Llegaréis lejos, Nanon.

–Quedarme eternamente educándome con tan buen maestro –dijo Nanon– es

todo lo que ambiciono –y pasó su brazo por el cuello del viejo duque, que temblaba de alegría–. ¡Qué deliciosa broma podemos gastar a nuestro Celadón⁴⁸! –dijo.

–Será delicioso contarla, querida.

–En verdad, yo misma querría correr tras él para ver la cara que pone al mensajero.

–Por desgracia, o mejor, por suerte, eso es imposible, y estáis obligada a quedaros a mi lado.

–Sí, pero no perdamos tiempo. Veamos, duque, escribid vuestra orden, y poned a Courtauvauux a mi disposición.

El duque cogió una pluma y escribió en un trozo de papel estas dos únicas palabras:

Burdeos – No.

Y firmó.

Luego, en la dirección de este lacónico despacho, escribió estas señas:

«A SU MAJESTAD LA REINA ANA DE AUSTRIA, regente de Francia⁴⁹».

Nanon, por su parte, escribió dos líneas que unió al papel tras habérselas mostrado al duque.

Éstas eran las dos líneas:

Mi querido barón, como veis, el despacho adjunto es para Su Majestad la reina. Por vuestra vida, ¡llevadlo al instante, se trata de la salvación del reino!

Vuestra buena hermana,

NANON

Estaba terminando Nanon esta nota cuando al pie de la escalera se oyó un ruido de pasos apresurados, y Courtauvauux, subiendo precipitadamente, abrió la puerta con el rostro radiante del hombre que trae una noticia que sabe esperada con impaciencia.

–Aquí está el señor de Canolles, a quien he encontrado a cien pasos de aquí –dijo el piquero.

El duque lanzó una exclamación de benévola sorpresa. Nanon palideció y se lanzó hacia la puerta murmurando: «¡Está escrito que no lo evitaré!».

En este momento un nuevo personaje apareció en la puerta, vestido con un magnífico traje, con el sombrero en la mano y sonriendo de la forma más graciosa.

IX

Un rayo caído a los pies de Nanon no le hubiera sorprendido más, desde luego, que aquella inesperada aparición, y probablemente no le hubiera arrancado una exclamación más dolorosa que la que escapó a pesar suyo de su boca.

–¡Él! –exclamó.

–Sí, yo, hermanita –respondió una voz muy amable–. Pero, perdón –continuó el propietario de aquella voz al ver al señor duque d'Épernon–, ¡perdón! ¿Acaso os importuno?

Y saludó con una reverencia hasta el suelo al gobernador de la Guyena, que lo acogía con un gesto benévolo.

«¡Cauvignac!», murmuró Nanon, pero tan bajo que ese nombre fue pronunciado más con el corazón que con los labios.

–Sed bienvenido, señor de Canolles –dijo el duque con la mejor cara del mundo–. Vuestra hermana y yo no hemos hecho otra cosa que hablar de vos desde anoche, y desde anoche deseamos veros.

–¡Ah!, ¿deseáis verme? ¿De verdad? –dijo Cauvignac volviendo hacia Nanon una mirada en la que apuntaba una indefinible expresión de ironía y de duda.

–Sí –dijo Nanon–, el señor duque ha tenido la bondad de desear que le fuerais presentado.

–Sólo el temor a ser importuno, mi señor –dijo Cauvignac inclinándose ante el duque–, me ha impedido reclamar antes ese honor.

–En efecto, barón –dijo el duque–, he admirado vuestra delicadeza; pero por ella os haré un reproche.

–¡A mí, mi señor, un reproche por mi delicadeza! ¡Ah, ah!

–Sí, porque si vuestra buena hermana no se hubiera ocupado de vuestros asuntos...

–¡Ah! –dijo Cauvignac lanzando una mirada de elocuente reproche a Nanon–. ¡Ah!, mi buena hermana se ha ocupado de los asuntos... del señor...

–Su hermano –dijo vivamente Nanon–. ¿Qué hay más natural?

–Y hoy mismo incluso, ¿a qué debo el placer de veros?

–Sí –dijo Cauvignac–, ¿a qué debéis el placer de verme, mi señor?

–Bueno, al azar, al simple azar que hace que hayáis vuelto.

«¡Ah! –dijo Cauvignac para sus adentros–, al parecer me había ido.»

–¡Sí, os habíais ido, mal hermano! Y sin otro aviso que estas dos líneas que no han hecho más que aumentar mi inquietud.

–¿Qué queréis, mi querida Nanon? A los enamorados hay que perdonarles algunas cosas –dijo el duque sonriendo.

«¡Oh, oh!, esto se complica –se dijo Cauvignac–. Al parecer estoy enamorado.»

–Vamos –dijo Nanon–, confesad que lo estáis.

–No lo negaré –replicó Cauvignac con una sonrisa de triunfo y tratando de extraer de todos los ojos alguna brizna de verdad con cuya ayuda poder confeccionar una buena y sólida mentira.

–Sí, sí –dijo el duque–, pero desayunemos si os place. Y desayunando, barón, nos contaréis vuestros amores. Francinette, un cubierto para el señor de Canolles. Espero, capitán, que no hayáis desayunado.

–No, mi señor, y confieso incluso que el aire fresco de la mañana me ha abierto prodigiosamente el apetito.

–Decid mejor el de la noche, mal sujeto –dijo el duque–. Porque corréis por los caminos desde ayer.

«¡A fe que esta vez –se dijo muy bajo Cauvignac– el cuñado ha acertado!»

–De acuerdo, lo confieso, el aire de la noche...

–Bueno –dijo el duque dando el brazo a Nanon y pasando al comedor seguido por Cauvignac–, espero que haya suficiente comida con que hacer frente a vuestro apetito, por buena que sea vuestra constitución.

Biscarros se había superado: los platos no eran muchos, pero sí exquisitos y succulentos. El vino amarillo de la Guyena y el tinto de la Borgoña caían de la botella como perlas de oro y cascadas de rubíes.

Cauvignac devoraba.

–¡Este muchacho se las apaña muy bien! –dijo el duque–. Y vos, Nanon, ¿no coméis?

–Mi señor, ya no tengo hambre.

–¡Esta querida hermana! –exclamó Cauvignac–. Cuando pienso que ha sido el placer de verme lo que le ha quitado el apetito. De veras, odio que me quiera tanto.

–¿Esta ala de ganga, Nanon? –dijo el duque.

–Para mi hermano, mi señor, para mi hermano –dijo la joven, que veía el plato de Cauvignac vaciarse con espantosa rapidez, y que temía las bromas una vez que desaparecieran los víveres.

Cauvignac tendió el plato con una sonrisa de las más agradecidas. El duque depositó el ala en su plato, y Cauvignac su plato delante de él.

–Bueno, parece que hacéis muchas cosas, Canolles –dijo el duque con una familiaridad que pareció de muy buen augurio a Cauvignac–. Y, por supuesto, no hablo de amor.

–Hablad de amor, mi señor, hablad de amor. No os recatéis –dijo el joven cuya lengua empezaban a desatar el médoc y el chambertin, combinados en dosis sucesivas e iguales, y que además, al contrario de aquellos cuyo nombre se toma, no temía ser importunado por su Sosias⁵⁰.

–¡Oh, mi señor, entiende muy bien la broma! –dijo Nanon.

–¿Podemos hablar entonces del pequeño gentilhomme? –preguntó el duque.

–Sí –dijo Nanon–, de ese pequeño gentilhomme con el que os encontrasteis anoche.

–¡Ah, sí!, lo encontré en mi camino –dijo Cauvignac.

–Y luego en la posada de maese Biscarros –añadió el duque.

–Y luego en la posada de maese Biscarros –repitió Cauvignac–. A fe que es cierto.

–¿O sea que os visteis realmente con él? –preguntó Nanon.

–¿Con el pequeño gentilhomme?

–Sí.

–¿Cómo era? ¡Vamos, decídmelo francamente!

–A fe que era un hombrecito encantador –replicó Cauvignac–: rubio, esbelto, elegante, viajando con una especie de escudero.

–¡El mismo! –dijo Nanon apretando los labios.

–¿Y estáis enamorado?

–¿De quién?

–Del hombrecito rubio, esbelto y elegante.

–¡Oh, mi señor! –dijo Cauvignac, dispuesto a romper el hielo–. ¿Qué queréis decir?

–¿Seguís teniendo el pequeño guante gris perla sobre vuestro corazón? –continuó el duque con una sonrisa socarrona.

–¿El pequeño guante gris perla?

–Sí, el que olíais y besabais con tanta pasión anoche.

Cauvignac estaba perdido.

–El que por fin os hizo sospechar que había una trampa, la me-ta-mor-fosis –continuó el duque subrayando cada sílaba.

Gracias a esta palabra Cauvignac lo comprendió todo.

–¡Ah! –exclamó–, entonces, ¿el gentilhomme era una mujer? Bien, ¡palabra de honor que lo había sospechado!

«Más que sospechado», murmuró Nanon.

–Dadme de beber, hermana –dijo Cauvignac–. No sé quién ha vaciado la botella que está en mi lado, pero ya no tiene nada dentro.

–Vamos, vamos –dijo el duque–, hay remedio, ya que su amor no le impide ni beber ni comer; y los asuntos del rey no se resentirán por ello.

–¡Resentirse los asuntos del rey! –exclamó Cauvignac–. ¡Nunca! ¡Los asuntos del rey ante todo! ¡Los asuntos del rey son sagrados! ¡A la salud de Su Majestad, mi señor!

–¿Se puede contar con vuestra lealtad?

–¿Sobre mi lealtad al rey?

–Sí.

–Ya lo creo que se puede contar. ¡Me haría despedazar por él!... en algunos momentos.

–Es muy sencillo –dijo Nanon temiendo que en su entusiasmo por el médoc y el chambertin Cauvignac olvidase el personaje cuyo papel interpretaba para encarnar su propia individualidad–. Es muy sencillo, ¿no sois capitán al servicio de Su Majestad, gracias a las bondades del señor duque?

–¡Y nunca lo olvidaré! –dijo Cauvignac con una emoción lacrimosa y llevándose la mano sobre el corazón.

–Haremos más, barón, haremos más en el futuro –dijo el duque.

–¡Gracias, mi señor, gracias!

–Y ya hemos empezado.

–¿De veras?

–Sí. Sois demasiado tímido, mi joven amigo –prosiguió el duque d'Épernon–. Cuando necesitéis protección, debéis recurrir a mí; ahora que ya es inútil andarse con rodeos, ahora que ya no tenéis necesidad de ocultaros, ahora que sé que sois el hermano de Nanon...

–Mi señor –exclamó Cauvignac–, ¡desde ahora me dirigiré directamente a vos!

–¿Me lo prometéis?

–Os lo prometo.

–Haréis bien. Mientras tanto, vuestra hermana va a explicaros de qué se trata: tiene una carta que confiaros de mi parte. Quizá vuestra fortuna dependa del mensaje que os confío por recomendación suya. Haced caso de los consejos de vuestra hermana, joven, hacedle caso; tiene una buena cabeza, una inteligencia notable y un corazón generoso. Amad a vuestra hermana, barón, y tendréis mi favor.

–Mi señor –exclamó Cauvignac con apasionamiento–, mi hermana sabe cuánto la quiero, y que no deseo nada tanto como verla feliz, poderosa... y rica...

–Ese apasionamiento me agrada –dijo el duque–. Quedaos pues con Nanon mientras yo voy a ocuparme de cierto granuja. Pero, a propósito, barón –continuó el duque–, ¿podríais darme algún informe sobre ese bandido?

–Encantado –dijo Cauvignac–. Pero antes debo saber de qué bandido habláis, mi señor; hay muchos y de toda especie en los tiempos que corren.

–Tenéis razón, pero el que yo digo es uno de los más impúdicos que he conocido.

–¿De veras? –dijo Cauvignac.

–Imaginaos que ese miserable, a cambio de la carta que vuestra hermana os escribió ayer, y que consiguió con infame violencia, me ha sacado un papel firmado en blanco.

–¡Un papel firmado en blanco! ¿De verdad? Pero ¿qué interés teníais –preguntó con aire ingenuo Cauvignac– en poseer esa carta de una hermana a su hermano?

–¿Olvidáis que ignoraba ese parentesco?

–¡Ah!, es cierto.

–¿Y que cometí la tontería?... Me perdonáis, ¿verdad Nanon? –continuó el duque tendiendo la mano a la joven–... ¿Y que cometí la tontería de estar celoso de vos?

–¿De veras? ¡Celoso de mí! ¡Ah, mi señor, qué equivocado estabais!

–Quería preguntaros si teníais alguna sospecha sobre ese sujeto que ha interpretado a mi lado el papel de delator.

–No, ninguna... Pero como sabéis, mi señor, esas acciones no quedan impunes, y un día sabréis quién la ha cometido.

–Sí, claro, un día lo sabré –dijo el duque–, y he tomado mis precauciones; pero preferiría saberlo enseguida.

–¡Ah! –replicó Cauvignac escuchando con interés–, ¡ah!, ¿habéis tomado vuestras precauciones, mi señor?

–Sí, sí; y ese granuja –continuó el duque– tendrá mucha suerte si su firma en blanco no lo lleva a la horca.

–¡Oh! –dijo Cauvignac–. ¿Y cómo reconoceréis esa firma en blanco de las demás

órdenes que escribáis, mi señor?

–A esa firma le hice una marca.

–¿Una marca?

–Sí, invisible para todos pero que yo reconoceré con la ayuda de un procedimiento químico.

–¡Vaya, vaya, vaya! –dijo Cauvignac–, es muy ingenioso lo que habéis hecho, mi señor; pero hay que tener cuidado de que no sospeche la trampa.

–¡Oh, no hay peligro! ¿Quién queréis que se lo diga?

–¡Ah!, es cierto –contestó Cauvignac–. No será Nanon ni seré yo.

–Ni yo –dijo el duque.

–¡Ni vos! Tenéis razón, mi señor, un día no podréis dejar de saber quién es ese hombre, y entonces...

–Y entonces, como habré cumplido mi palabra con él, puesto que a cambio de la firma en blanco le habré dado lo que deseaba, lo haré colgar.

–¡Amén! –dijo Cauvignac.

–Y ahora –continuó el duque–, como no podéis darme ninguna información sobre ese granuja...

–No, de verdad, mi señor, no puedo.

–Pues bien, como os decía, os dejo con vuestra hermana. Nanon –continuó el duque–, dad a este muchacho instrucciones precisas, ¡y, sobre todo, que no pierda tiempo!

–Estad tranquilo, mi señor.

–Es cosa vuestra.

Y el duque hizo con la mano un gracioso saludo a Nanon, un gesto amistoso a su hermano y bajó la escalera prometiendo que probablemente estaría de vuelta durante la jornada.

Nanon acompañó al duque hasta el descansillo.

«¡Peste! –dijo Cauvignac–, el digno señor ha hecho bien en prevenirme. Vamos, vamos, que no es tan necio como parece. Pero ¿qué haré con la firma en blanco? ¡Maldita sea! Lo que se hace con un pagaré: lo negociaré.»

–Ahora, caballero –dijo Nanon volviendo a entrar y cerrando la puerta–, ahora, como acaba de decir el señor duque d'Épernon, es cosa nuestra.

–Sí, querida hermanita –respondió Cauvignac–, es cosa nuestra; porque yo sólo he venido para hablar con vos. Pero para hablar bien, hay que estar sentados. Sentaos, pues, por favor.

Y Cauvignac, acercándose una silla, hizo con la mano a Nanon señal de que aquella silla estaba destinada para ella.

Nanon se sentó con un fruncimiento de ceño que no anunciaba nada bueno.

–En primer lugar –dijo Nanon–, ¿por qué no estáis donde deberíais estar?

–¡Ah, querida hermanita!, eso no es nada galante. Si estuviera donde debería estar, no estaría aquí, y por consiguiente no tendríais el placer de verme.

–¿No habíais deseado entrar en religión?

–No, yo no. Decid mejor que ciertas personas interesadas en mí, y particularmente vos, tuvieron el deseo de hacerme entrar en religión; pero

personalmente nunca he tenido una vocación demasiado intensa por la Iglesia.

–Sin embargo vuestra educación fue totalmente religiosa.

–Sí, hermana, y creo haberla aprovechado santamente.

–Nada de sacrilegios, caballero, ¡y no bromeemos con las cosas santas!

–No bromeo, querida hermanita; cuento, eso es todo. Escuchad: vos me enviasteis a los Hermanos Mínimos de Angulema para estudiar allí.

–¿Y qué pasó?

–Pues que estudié. Conozco el griego como Homero, el latín como Cicerón y teología como Juan Huss⁵¹. Por eso, como ya no tenía nada que aprender con esos dignos hermanos, pasé de su convento, siempre según vuestras intenciones, a los carmelitas de Rouen para profesar.

–Olvidáis decir que yo había prometido pasaros una renta anual de cien pistolas y que cumplí mi promesa. Para un carmelita, cien pistolas eran, creo yo, más que suficientes.

–No lo niego, querida hermana, pero, so pretexto de que todavía no era carmelita, ha sido el convento quien ha cobrado siempre esa renta.

–Aunque así fuera, ¿no hicisteis al consagraros a la Iglesia voto de pobreza?

–Hermana, si hice voto de pobreza, os juro que nadie ha cumplido con mayor rigor ese voto: nadie ha sido más pobre que yo.

–Pero ¿cómo salisteis del convento?

–¡Ah!, pues como Adán salió del paraíso terrenal: ha sido la ciencia la que me ha perdido, hermana mía: era demasiado sabio.

–¿Cómo que erais demasiado sabio?

–Sí. Imaginad que entre los carmelitas, que desde luego poseen una reputación muy diferente a la de ser Pico de la Mirandola, Erasmo y Descartes⁵², yo pasaba, por supuesto, por un prodigio de ciencia. De ello resultó que cuando el señor duque de Longueville fue a Rouen para solicitar de la ciudad que se pusiera de parte del Parlamento⁵³, me enviaron al señor de Longueville para arengarle, cosa que hice en términos tan elegantes y tan selectos que el señor de Longueville se mostró no sólo muy satisfecho de mi facundia, sino que también me preguntó si quería ser su secretario. Fue justo cuando estaba a punto de pronunciar mis votos.

–Sí, lo recuerdo, e incluso que, con el pretexto de despediros del mundo, me pedisteis cien pistolas que os hice entregar en propia mano.

–Y ésas son las únicas que he cobrado, ¡palabra de gentilhombre!

–Pero debíais renunciar al mundo.

–Y ésa era mi intención; pero no la intención de la Providencia, que probablemente tenía puestas sus miras en mí y dispuso de otro modo a través del órgano del señor de Longueville: no quiso que fuese monje. Me conformé pues a la voluntad de esa buena Providencia y, debo decirlo, no me arrepiento.

–Entonces, ¿ya no estáis en religión?

–No, al menos por el momento, querida hermana. Deciros que no entraré un día..., a tanto no me atrevo, porque ¿qué hombre puede decir la víspera lo que hará al día siguiente? ¿No acaba de fundar el señor de Rancé⁵⁴ la orden de la Trapa⁵⁵? Quizá haga como el señor de Rancé e invente alguna orden nueva. Pero por el

momento he probado la guerra, ya veis, y durante un tiempo eso me ha vuelto profano e impuro; en la primera ocasión que tenga, me purificaré.

–¡Vos hombre de guerra! –dijo Nanon encogiéndose de hombros.

–¿Por qué no? ¡Maldita sea! No os diré que soy un Dunois⁵⁶, un Duguesclin, un Bayardo⁵⁷, un caballero sin miedo y sin tacha. No, mi orgullo no llega a decir que no tenga algunos leves reproches que hacerme, y no preguntaré, como el ilustre condotiero Sforza⁵⁸, qué es el miedo. Soy hombre, y como dice Plauto: *Homo sum, et nihil humani a me alienum puto*⁵⁹, lo que quiere decir: «Soy hombre, y nada de lo humano me es ajeno». Tengo, pues, miedo, como un hombre puede tener miedo; lo cual no me impide ser valiente llegado el caso. Manejo bastante gentilmente la espada y la pistola, incluso cuando me veo forzado a ello. Pero mi verdadera inclinación, mi vocación decidida, es la diplomacia. O mucho me equivoco, mi querida Nanon, o me convertiré en un gran político. La política es una carrera hermosa; ved al señor de Mazarino, si no lo cuelgan llegará lejos. Pues bien, yo soy como el señor de Mazarino: también uno de mis miedos, el mayor incluso, es terminar colgado. Por suerte, vos, querida Nanon, estáis ahí, y eso me da una gran confianza.

–¿Así que sois hombre de guerra?

–Y hombre de corazón llegado el caso. ¡Ah!, mi etapa con el señor duque de Longueville me resultó muy provechosa.

–¿Y qué aprendisteis a su lado?

–Lo que se aprende de los príncipes: a guerrear, a intrigar, a traicionar.

–¿Y adónde os ha llevado eso?

–A la más alta posición.

–Que habéis perdido, ¿no?

–¡Maldita sea! Lo que sí es cierto es que el señor de Condé ha perdido la suya. Uno no es dueño de los acontecimientos. Querida hermana, aquí donde me veis, ¡he gobernado París!

–¿Vos?

–¡Sí, yo!

–¿Cuánto tiempo?

–Una hora y tres cuartos, reloj en mano.

–¿Gobernasteis París?

–Como emperador.

–¿Cómo fue?

–De una forma muy simple. Como sabéis, el señor coadjutor, el señor de Gondi, el abate de Gondi...

–¡Muy bien!

– ... era amo absoluto de la ciudad. Pues bien, en ese momento yo estaba con el señor duque d'Elbeuf⁶⁰. Es un príncipe lorenés, y no hay nada malo en estar con el señor d'Elbeuf. Aunque, por el momento, el señor d'Elbeuf era el enemigo del coadjutor. Organicé una revuelta en favor del señor d'Elbeuf en la que atrapé...

–¿A quién? ¿Al coadjutor?

–No, no habría sabido qué hacer con él y me habría visto en un apuro. Atrapé a

su amante, Mlle. de Chevreuse⁶¹.

–¡Eso es horrible! –exclamó Nanon.

–¿No es horrible que un cura tenga una amante? Es lo que me dije. De ahí mi intención de raptarla y llevarla tan lejos que no pudiera volver a verla. Le hice llegar mi intención; pero ese diablo de hombre tiene razones a las que no puede uno resistirse: me ofreció mil pistolas.

–¡Pobre mujer! ¡Verse regateada de esa forma!

–¡Cómo!, al contrario, debió de quedar encantada, ¡porque eso le demostró cuánto la amaba el señor de Gondi! Sólo los hombres de Iglesia tienen tanta dedicación por su amante. En mi opinión se debe a que les prohíben tenerlas.

–Entonces, ¿sois rico?

–¡Yo! –dijo Cauvignac.

–Claro, con esos bandidajes.

–¡Ni me habléis de ellos! Ya veis, Nanon, ¡he tenido mala suerte! La azafata de Mlle. de Chevreuse, a la que nadie había pensado comprarme, y que por lo tanto se había quedado a mi lado, me robó ese dinero.

–Espero que por lo menos os quede la amistad de aquellos a los que servíais ofendiendo al coadjutor.

–¡Ay!, Nanon, cómo se ve que no conocéis a los príncipes. El señor d’Elbeuf hizo las paces con el coadjutor, y en el pacto que entre ellos hicieron yo fui sacrificado. Me vi obligado a entrar a sueldo del señor de Mazarino; pero el señor de Mazarino es un cobarde, de manera que, como no me proporcionaba la recompensa por mi servicio, acepté la oferta que se me hizo de organizar una nueva revuelta en honor del consejero Broussel⁶², y que tenía por objetivo matar al señor canceller Séguier⁶³. Pero mis hombres, ¡los muy inútiles!, sólo lo mataron a medias. Y fue durante esa trifulca cuando corrí el mayor peligro que nunca me haya amenazado. El señor de La Meilleraye disparó la pistola contra mí casi a quemarropa. Por suerte me agaché: la bala pasó por encima de mi cabeza y el ilustre mariscal sólo mató a una vieja.

–¡Qué sarta de horrores! –exclamó Nanon.

–Qué va, querida hermana; son las necesidades de la guerra civil.

–Ahora comprendo que un hombre capaz de cosas así haya osado hacer lo que ayer hicisteis.

–¿Qué hice? –preguntó Cauvignac con el aire más inocente del mundo–. ¿A qué osé?

–¡Osasteis engañar a un personaje tan importante como el señor d’Épernon! Pero lo que no comprendo, lo que nunca se me hubiera pasado por la cabeza, lo confieso, es que un hermano colmado por mis bondades haya concebido fríamente el plan de perder a su hermana.

–¡Perder a mi hermana!... ¡Yo! –dijo Cauvignac.

–¡Sí, vos! –replicó Nanon–. No necesito oír el relato que acabáis de hacerme, y que me demuestra que sois capaz de cualquier cosa, para reconocer la letra de este billete. ¡Mirad! ¿Negaréis que esta carta anónima la habéis escrito vos?...

Y Nanon, indignada, puso ante los ojos de su hermano la carta de delación que la

noche anterior le había entregado el duque.

Cauvignac la leyó sin desconcertarse.

–Bueno –dijo–, ¿qué tenéis contra esta carta? ¿Está acaso mal escrita? Lo lamentaría por vos, porque eso demostraría que no entendéis de literatura.

–No se trata de su redacción, caballero, se trata del hecho mismo. ¿Sois o no sois vos quien ha escrito esa carta?

–He sido yo, sin ninguna duda. Si hubiera querido negarlo, habría falsificado mi letra. Pero era inútil: nunca he tenido la intención de ocultarme a vuestros ojos; deseaba incluso que reconocieseis que la letra era la mía.

–¡Oh! –dijo Nanon con un gesto de horror–, ¡encima lo confesáis!

–Es un resto de humildad, querida hermana. Sí, tengo que decíroslo, me impulsaba una especie de venganza...

–¡De venganza!

–Sí, muy natural...

–¡Venganza contra mí, desgraciado! Pero pensad lo que decís... ¿Qué daño os he hecho para que se os ocurra la idea de vengaros de mí?

–¿Qué me habéis hecho? Ah, Nanon, poneos en mi lugar... Dejo París porque tenía demasiados enemigos: es la desgracia de todos los políticos... Vuelvo a vos... os imploro... ¿Os acordáis? Habíais recibido tres cartas... No podéis decir que no reconocisteis mi letra... Era exactamente la misma que la del billete anónimo, y además las cartas iban firmadas... Os escribo tres cartas para pedir os cien miserables pistolas... ¡Cien pistolas! ¡A vos, que tenéis millones! Era una miseria... Y cien pistolas, como sabéis, es mi cantidad... Pues bien, mi hermana me rechaza... Me presento ante mi hermana, ¡y mi hermana ordena echarme a la calle!... Como es lógico, me informo... Quizá está en apuros, me digo; es el momento de demostrarle que sus bondades no han caído en tierra ingrata... Quizá, incluso, no es libre... En este caso es digna de perdón... Ya lo veis, mi corazón buscaba excusas, ¡y es entonces cuando me entero de que mi hermana es libre, feliz, rica, riquísima! Y que un tal barón de Canolles, un extraño, usurpa mis privilegios y se hace proteger en mi lugar... Entonces los celos me enloquecen...

–Decid mejor la codicia... Me habéis vendido al señor d'Épernon como vendisteis a Mlle. de Chevreuse al coadjutor... ¿Qué os importaba, os pregunto, que yo tuviese relaciones con el señor barón de Canolles?

–¿A mí? Nada, y ni siquiera se me habría ocurrido preocuparme si vos hubierais seguido teniendo relaciones conmigo.

–¿Sabéis que si yo le dijese una sola palabra al señor duque d'Épernon, si le hiciera una confesión sin rodeos, estaríais perdido?

–Desde luego.

–Vos mismo acabáis de oír, y de su propia boca, qué suerte destina a quien le ha robado esa firma en blanco.

–¡No me habléis de eso! Me he estremecido hasta la médula de los huesos y he necesitado todo el control que tengo sobre mí para no traicionarme.

–¿Y no tembláis, vos, que sin embargo confesáis que no conocéis el miedo?

–No, porque esa confesión sin rodeos demostraría que el señor de Canolles no es

vuestro hermano; porque entonces las palabras de vuestra carta asumen, por estar dirigidas a un extraño, una molesta significación. Y más vale, creedme, haber hecho una confesión con rodeos como la que acabáis de hacer, ingrata –no me atrevo a decir ciega, os conozco demasiado para eso–. Pero pensad cuántas ventajas previstas por mí resultan de ese pequeño escándalo preparado por mis cuidados. En primer lugar, estabais en un aprieto y temblabais ante la idea de ver llegar al señor de Canolles, que, como no estaba prevenido, se habría enredado en vuestra novelita de familia. Mi presencia, en cambio, ha salvado todo. Vuestro hermano ya no es un misterio. El señor d'Épernon lo ha adoptado, y debo confesar que con galantería. Ahora el hermano ya no necesita esconderse: es de la casa. De ahí, correspondencia, citas exteriores e incluso interiores; siempre, por supuesto, que el hermano de cabello y ojos negros no lleve la inconveniencia hasta ir a mirar de frente al señor duque d'Épernon. Una capa se parece mucho a otra capa, ¡qué diablos! Y cuando el señor d'Épernon vea una capa salir de vuestros aposentos, ¿quién le dirá si es o no es una capa de hermano? Ya estáis libre como el viento. Sólo que, para servidores, me he rebautizado: me llamo Canolles, es una lata. Deberíais agradecerme el sacrificio.

Nanon, petrificada, no sabía qué razones oponer a aquel flujo de palabras redundantes, fruto de una increíble falta de pudor. Por eso Cauvignac, aprovechando aquella victoria conseguida al asalto, prosiguió:

–E incluso, querida hermana, ya que tras una ausencia tan larga nos hemos reunido, ya que tras tantos contratiempos habéis recuperado a un verdadero hermano, confesad que en adelante vais a dormir a pierna suelta gracias al escudo que el amor colocará ante vos. Vais a vivir tan tranquila como si toda la Guyena os adorase, cosa que no es cierta, como sabéis; pero habrá de pasar por cierta allí donde queramos. En efecto, yo me instalo en vuestros umbrales; el señor d'Épernon me nombra coronel; en lugar de seis hombres, tengo dos mil. Con esos dos mil hombres renuevo los doce trabajos de Hércules; me nombran duque y par; Mme. d'Épernon muere, el señor d'Épernon se casa con vos...

–Antes, dos cosas –dijo Nanon con voz breve.

–¿Cuáles, querida hermana? Hablad, os escucho.

–En primer lugar, devolveréis esa firma en blanco al duque, en caso contrario seréis ahorcado. Habéis oído la sentencia de sus propios labios. Luego, saldréis de aquí ahora mismo, porque si no estoy perdida, cosa que no parece importaros; pero salís perdiendo conmigo, razón que, como espero, os haga tomar en consideración que yo me pierda.

–Dos respuestas, querida dama: esa firma en blanco es de mi propiedad, y no podéis impedirme que me haga colgar si ése es mi capricho.

–¡Eso a mí no me importa!

–¡Gracias! Pero estad tranquila, no ocurrirá nada. Acabo de manifestaros mi repugnancia por ese tipo de muerte. Por lo tanto, me guardo la firma en blanco, a menos que tengáis la veleidad de comprármela, en cuyo caso podríamos hacer un trato.

–No la necesito. Soy yo quien da firmas en blanco.

-¡Afortunada Nanon!
 -Entonces, ¿os la quedáis?
 -Sí.
 -¿A riesgo de lo que puede ocurriros por ella?
 -No temáis nada, la tengo bien colocada. En cuanto a retirarme, no cometeré ese error, estando aquí gracias al duque. Es más: en vuestro deseo de libraros de mí, olvidáis una cosa.
 -¿Cuál?
 -Ese importante encargo del que me ha hablado el duque y que debe hacer mi fortuna.
 Nanon palideció.
 -¡Desgraciado! -dijo ella-, sabéis de sobra que ese encargo no está destinado a vos. Sabéis de sobra que abusar de esa posición sería un crimen, y un crimen que un día u otro acarrearía su castigo.
 -Por eso no quiero abusar. Desearía usar, sólo eso.
 -Además, el señor de Canolles es designado en el encargo.
 -Bueno, ¿no me llamo yo barón de Canolles?
 -Sí, pero allí conocen no sólo su nombre, sino también su cara. El señor de Canolles ha estado varias veces en la corte.
 -Enhorabuena, esa razón sí tiene su peso. Es la primera que me dais; por eso, como veis, me rindo ante ella.
 -Además, allí encontraríais a vuestros enemigos políticos -dijo Nanon-, y quizá vuestra cara, aunque bajo otro aspecto, no sea menos conocida que la del señor de Canolles.
 -¡Oh!, eso no importaría si, como ha dicho el duque, la misión tiene por objetivo prestar un gran servicio a Francia. El mensaje hará pasar al mensajero. Un servicio de esa importancia implica gracia, y la amnistía del pasado es siempre la condición primera de las conversiones políticas. Por eso, creedme, querida hermana, no sois vos quien puede imponerme condiciones, sino yo quien puede proponeros las mías.
 -Veamos cuáles son.
 -En primer lugar, como os decía hace un momento, la primera de todo tratado, es decir, amnistía general.
 -¿Eso es todo?
 -Mas el saldo de nuestras cuentas.
 -Entonces parece que os debo algo.
 -Me debéis las cien pistolas que os pedí, y que inhumanamente me negasteis.
 -Aquí tenéis doscientas.
 -En buena hora; ahora sí que os reconozco, Nanon.
 -Pero con una condición.
 -¿Cuál?
 -Que reparéis el mal que habéis hecho.
 -Es justo. ¿Qué tengo que hacer?
 -Vais a montar a caballo y recorrer la ruta de París hasta que hayáis encontrado

al señor de Canolles.

–¿Pierdo entonces su nombre?

–Se lo devolvéis.

–¿Y qué debo decirle?

–Debéis entregarle esta orden, y aseguráros de que ha partido al instante para ejecutarla.

–¿Nada más?

–Nada más.

–¿Es necesario que sepa él quién soy?

–Al contrario, es de absoluta importancia que lo ignore.

–¡Ay, Nanon!, ¿os avergonzáis de vuestro hermano?

Nanon no respondió, estaba pensando.

–Pero –dijo al cabo de un momento–, ¿cómo estaré segura de que haréis fielmente mi encargo? Si hubiera algo sagrado para vos, os pediría un juramento.

–Haced algo mejor.

–¿Qué?

–Prometedme otras cien pistolas una vez cumplida la misión.

Nanon se encogió de hombros.

–De acuerdo –dijo.

–Bueno, no os pido que lo juréis, a mí vuestra palabra me basta. Quedamos en cien pistolas para la persona que os entregue de mi parte el recibo del señor de Canolles.

–Sí, pero habláis de un tercero: ¿pensáis acaso en no volver vos mismo?

–¿Quién sabe? Un asunto me llama personalmente a los alrededores de París.

Nanon dejó escapar un gesto de involuntaria alegría.

–¡Ah!, ¡qué poco amable! –dijo Cauvignac riendo–. Pero no importa, querida hermana, sin rencor.

–Sin rencor; pero a caballo.

–A caballo ahora mismo; sólo el tiempo de echar el último trago.

Cauvignac vertió en su vaso el resto de la botella de chambertin, saludó a su hermana con un gesto lleno de deferencia y, saltando al caballo, desapareció en un instante en medio de una nube de polvo.

X

La luna empezaba a levantarse cuando el vizconde, seguido por el fiel Pompée, salió de la posada de maese Biscarros y se lanzó hacia la ruta de París.

Aproximadamente un cuarto de hora después de que el vizconde estuviera entregado a sus reflexiones, y durante el que hizo poco más o menos legua y media, se volvió hacia el escudero que brincaba gravemente en su silla, tres pasos detrás de su amo.

–Pompée –preguntó el joven–, ¿tenéis por casualidad mi guante de la mano derecha?

–No que yo sepa, señor –dijo Pompée.

–¿Qué hacéis entonces en vuestra maleta?

–Miro si está bien atada y aprieto las correas por miedo a que haga ruido. El sonido del oro es fatal, señor, y atrae malos encuentros, sobre todo de noche.

–Bien hecho, Pompée –prosiguió el vizconde–, y me gusta veros así, cuidadoso y prudente.

–Son cualidades muy naturales en un viejo soldado, señor vizconde, y que se compaginan admirablemente con el valor. Sin embargo, como el valor no es temeridad, confieso que lamento que el señor Richon no haya podido acompañarnos, porque veinte mil libras son de difícil guarda, sobre todo en tiempos tan tormentosos como los nuestros.

–Lo que decís está muy puesto en razón, Pompée –respondió el vizconde–, y coincido en todo con vuestro parecer.

–Me atrevería a decir –continuó Pompée, enardecido en su miedo por la aprobación del vizconde– que es imprudente aventurarse como lo hacemos. Detengámonos un momento, quiero inspeccionar mi mosquetón.

–¿Y bien, Pompée?

–El rodete está en buen estado, y quien quisiera detenernos pasaría un mal rato. ¡Oh, oh!, ¿qué veo allá?

–¿Dónde?

–Delante de nosotros, a cien pasos más o menos, a nuestra derecha... Mirad, en aquella dirección.

–Veo una cosa blanca.

–¡Oh, oh! –dijo Pompée–, blanca. Quizá sea algún corraje. Palabra que tengo ganas de llegar a ese seto de la izquierda. En términos de guerra, eso se llama parapetarse: parapetémonos, señor vizconde.

–Si son corrajes, Pompée, los llevan soldados del rey, y los soldados del rey no saltan viajeros.

–Desengañaos, señor vizconde, desengañaos: al contrario, no se oye hablar más que de trotacalles que se amparan en el uniforme de Su Majestad para cometer mil

villanías a cual más condenable, y últimamente en Burdeos han ajusticiado a dos soldados de caballería ligera que... Creo que reconozco el uniforme de los caballo-ligeros, señor.

–El uniforme de los caballo-ligeros es azul, Pompée, y lo que vemos es blanco.

–Sí, pero a menudo se ponen encima del uniforme una blusa; es lo que hicieron esos miserables recientemente ajusticiados en Burdeos. Éstos gesticulan mucho, por lo que me parece; amenazan: es su táctica; ¿veis, señor vizconde? Se emboscan así en el camino, y de lejos, con la carabina en las manos, obligan al viajero a echarles la bolsa.

–Pero, mi buen Pompée –dijo el vizconde que, aunque muy asustado, conservaba su presencia de ánimo–, si amenazan de lejos con su carabina, podéis hacer otro tanto con la vuestra.

–Sí, pero ellos a mí no me ven –dijo Pompée–. Mi demostración sería por lo tanto inútil.

–Si no os ven, no pueden amenazaros, creo yo –dijo el vizconde.

–No entendéis absolutamente nada de la guerra –replicó el escudero de mal humor–. Aquí va a pasarme lo mismo que me pasó en Corbie.

–Esperemos que no, Pompée, porque si no recuerdo mal fue en Corbie donde os hirieron.

–Sí, y una herida terrible. Yo estaba con el señor de Cambes, un temerario. Hacíamos una patrulla nocturna para reconocer el lugar donde se daría la batalla. Vemos unos correajes. Le conmino a no dar muestras de valentía inútil: él se obceca y camina derecho hacia los correajes. Yo vuelvo la espalda de despecho, y en ese momento, una maldita bala... ¡Seamos prudentes, vizconde!

–Seamos prudentes, Pompée, no pido otra cosa. Sin embargo, a mí me parece que están inmóviles.

–Olfatean a su presa. Aguardemos.

Por suerte para ellos, los viajeros no aguardaron mucho tiempo. Al cabo de un instante, la luna se liberó de una nube negra cuyos flecos argentaba e iluminó espléndidamente, a unos cincuenta pasos de los dos compañeros, dos o tres camisas secándose detrás de un seto, con las mangas extendidas.

Eran los correajes que le habían recordado a Pompée su fatal patrulla de Corbie.

El vizconde lanzó una carcajada y espoleó a su caballo; Pompée le siguió gritando:

–¡Mira que no haber seguido mi primera inspiración! Iba a enviar una bala hacia ese lado, y habría parecido un don Quijote. ¡Ya veis, vizconde, para qué sirven la prudencia y la experiencia de la guerra!

Tras las grandes emociones siempre llega un tiempo de reposo. Pasadas las camisas, los viajeros hicieron dos leguas bastante tranquilos; el tiempo era magnífico, la sombra caía amplia y negra como el ébano desde la cima de un bosque que rodeaba uno de los lados del camino.

–Decididamente no me gusta el claro de luna –dijo Pompée–. Cuando a uno lo ven de lejos, corre el riesgo de que lo pillen desprevenido. Siempre he oído decir a la gente de guerra que, de dos hombres que se buscan, la luna sólo favorece a uno.

Estamos en plena luz, señor vizconde, es imprudente.

–Bien, pasemos a la sombra, Pompée.

–Sí, pero si hubiera hombres emboscados en la linde de este bosque, iríamos a echarnos literalmente en la boca del lobo... En el campo, uno nunca debe acercarse a un bosque que antes no haya reconocido.

–Por desgracia –replicó el vizconde–, no tenemos exploradores. ¿No se llama así a los que reconocen los bosques, mi buen Pompée?

–Cierto, cierto –murmuró el escudero–. Diablo de Richon, ¿por qué no ha venido? Lo habríamos enviado en vanguardia, mientras nosotros habríamos formado el cuerpo de ejército.

–Bueno, Pompée, ¿qué decidimos? ¿Nos quedamos en el claro de luna? ¿Pasamos a la sombra?

–Pasemos a la sombra, señor vizconde, me parece que es lo más prudente.

–Pasemos pues a la sombra.

–Tenéis miedo, ¿verdad, señor vizconde?

–No, mi querido Pompée, os lo juro.

–Haríais mal, porque aquí estoy yo vigilando. Si estuviera sólo, ¿me comprendéis?, no me inquietaría casi nada. Un viejo soldado no teme ni a Dios ni al Diablo. Pero vos sois un compañero tan difícil de guardar como el tesoro que llevo a la grupa, y esa doble responsabilidad me asusta. ¡Ah, ah!, ¿qué es esa sombra negra que allí veo? Esta vez camina.

–Totalmente cierto –dijo el vizconde.

–Ya veis lo que es estar en la oscuridad: nosotros vemos al enemigo y él no nos ve. ¿No os parece que ese desdichado lleva un mosquetón?

–Sí, pero ese hombre está solo, Pompée, y nosotros somos dos.

–Señor vizconde, los que caminan solos son más de temer, porque la soledad indica caracteres decididos. El famoso barón des Adrets⁶⁴ siempre iba solo. ¡Eh, mirad!, creo que nos apunta. ¡Va a disparar, agachaos!

–No, Pompée, no hace más que cambiar de hombro el mosquete.

–No importa, agachémonos, es la costumbre; soportemos el fuego con la nariz sobre el arzón.

–Pero si estáis viendo que no dispara, Pompée.

–¿No dispara? –dijo el escudero incorporándose–. Bueno, tendrá miedo y nuestro aspecto decidido lo habrá intimidado. ¡Ah, tiene miedo! Dejadme que le hable primero, y luego hablaréis vos ahuecando vuestra voz.

La sombra seguía avanzando.

–¡Hola!, amigo, ¿quién sois? –gritó Pompée.

La sombra se detuvo con un movimiento de terror muy visible.

–Gritad ahora vos –dijo Pompée.

–Inútil –dijo el vizconde–; el pobre diablo ya tiene suficiente miedo.

–¡Ah!, tiene miedo –dijo Pompée, empuñando la carabina.

–¡Gracia, señor! –dijo el hombre cayendo de rodillas–, ¡gracia!, soy un pobre feriante que desde hace ocho días no he vendido un solo pañuelo de bolsillo y no tengo un céntimo encima.

Lo que Pompée había tomado por un mosquete era la vara con la que el pobre diablo medía sus mercancías.

–Sabed, amigo mío –dijo majestuosamente Pompée–, que no somos ladrones, sino gentes de guerra que viajamos de noche porque no tememos nada; seguid por tanto tranquilamente vuestro camino, sois libre.

–Tomad, amigo mío –añadió la voz más dulce del vizconde–, aquí tenéis media pistola por el miedo que os hemos hecho pasar, ¡y que Dios os guíe!

Y el vizconde dio con su blanca manita media pistola al pobre diablo, que se alejó agradeciendo al cielo el feliz encuentro que había tenido.

–Habéis hecho mal, señor vizconde, habéis hecho muy mal –dijo Pompée veinte pasos más allá.

–¿Mal? ¿Mal? ¿Por qué?

–Por haber dado media pistola a ese hombre. De noche nunca hay que confesar que uno tiene dinero. Ved, el primer grito de ese cobarde ¿no ha sido que no llevaba un céntimo encima?

–Cierto –dijo el vizconde sonriendo–, pero era un cobarde, como vos decís; mientras que nosotros, como habéis dicho, somos hombres de guerra que no tememos a nada.

–Entre temer y desconfiar, señor vizconde, hay tanta distancia como del miedo a la prudencia. Y, lo repito, no es prudente hacer ver a un desconocido que uno encuentra en un camino real que se tiene oro.

–Pero ¿cuando ese desconocido está solo y desarmado?

–Puede pertenecer a una banda armada; quizá no sea más que un espía enviado por delante para reconocer el terreno... Puede volver con una tropa de gente, y ¿qué queréis que hagan dos hombres solos, por valientes que sean, frente a una tropa?

En esta ocasión el vizconde reconoció la verdad del reproche que le hacía Pompée, o, mejor dicho, para abreviar la reprimenda fingió admitir la desaprobación, y así llegaron a orillas del pequeño río Saye, cerca de Saint-Genès.

No había puente, había que pasar el vado⁶⁵.

Pompée explicó entonces al vizconde una culta teoría del paso de los ríos; pero como una teoría no es un puente, fue preciso, una vez hecha la teoría, pasar el vado.

Por suerte el río no era profundo, y el nuevo incidente fue una nueva prueba para el vizconde de que, vistas de lejos, y sobre todo de noche, las cosas son mucho más espantosas que vistas de cerca.

El vizconde empezaba, pues, a tranquilizarse realmente, y ya era poco más o menos la una y estaba a punto de amanecer cuando, llegados a la mitad del bosque que rodea Marsas, los dos viajeros se detuvieron en seco; en efecto, acababan de oír a lo lejos, a sus espaldas, pero con toda claridad, el galope de varios caballos.

Al mismo tiempo, sus propios caballos alzaron la cabeza, y uno de ellos relinchó.

–Esta vez –dijo Pompée con voz sofocada agarrando la brida del caballo de su compañero–, esta vez, señor vizconde, espero que mostréis un poco de docilidad y dejéis el asunto en manos de la experiencia de un viejo soldado. Oigo una tropa de

gente a caballo: nos persiguen. ¡Eh, mirad!, es la banda de vuestro falso feriante... Ya os lo había dicho yo, ¡imprudente que sois! ¡Vamos, nada de falso valor, salvemos la vida y el dinero! A menudo la huida es la forma de vencer: Horacio fingió huir⁶⁶.

–¡Huyamos pues, Pompée! –dijo el vizconde temblando.

Pompée picó a los dos: su montura, un excelente ruano, saltó bajo la espuela con un celo que inflamó el ardor del caballo del vizconde, y los dos hicieron zumbir a porfía, como un trueno sobre el pavimento, del que brotaban chispas, los cadenciosos golpes de sus bocados.

La carrera duró media hora poco más o menos; pero, en vez de ganar terreno, a los dos fugitivos les parecía que sus enemigos se acercaban.

De pronto una voz se alzó desde el seno de las tinieblas, voz que, con el silbido producido por el viento que hendían los dos jinetes, parecía la lúgubre amenaza de los espíritus de la noche.

Aquella voz puso de punta los pelos grises de la cabeza de Pompée.

–Gritan «¡Deteneos!» –murmuró–, gritan «¡Deteneos!».

–¿Hemos de detenernos entonces? –preguntó el vizconde.

–Todo lo contrario –exclamó Pompée–, aumentemos la velocidad a ser posible. ¡Adelante! ¡Adelante!

–Sí, sí, ¡adelante! ¡Adelante! –exclamaba el vizconde, tan asustado esta vez como su defensor.

–Nos acortan el terreno –decía Pompée–, ¿los oís?

–Ay, sí...

–Son más de treinta... Siguen llamándonos... ¡Estamos perdidos!

–Reventemos los caballos... si es preciso –dijo el vizconde más muerto que vivo.

–¡Vizconde, vizconde! –gritaba la voz–, ¡deteneos!... ¡deteneos!... ¡Detente, viejo Pompée!

–Es alguien que nos conoce, alguien que sabe que llevamos dinero a Madame la princesa, es alguien que sabe que conspiramos: ¡nos desollarán vivos!

–¡Deteneos! ¡Deteneos! –seguía diciendo la voz.

–Gritan que nos detengamos –dijo Pompée–; hay gente más adelante, ¡estamos rodeados!

–¿Y si nos echáramos a un lado, hacia ese campo, y dejáramos pasar a nuestros perseguidores?

–Buena idea –dijo Pompée–; vamos.

Los dos jinetes hicieron sentir al mismo tiempo la brida y la rodilla a sus monturas, que torcieron a la izquierda: el caballo del vizconde, bien dirigido, saltó la cuneta; pero el caballo más pesado de Pompée golpeó demasiado en el borde, la tierra se desmoronó bajo sus patas y cayó arrastrando a su amo en la caída. El pobre escudero lanzó un grito de profunda desesperación.

El vizconde, que ya había hecho cincuenta pasos en el campo, oyó aquella llamada de angustia, y, aunque también iba muy asustado, volvió grupas hacia su compañero.

–¡Merced! –gritaba Pompée–. ¡Rescate! Me rindo; pertenezco a la casa de

Cambes.

Sólo una enorme carcajada respondió a esta lamentable apelación; y el vizconde, que llegó en ese momento, vio a Pompée abrazando el estribo del vencedor, que, con voz estrangulada por la risa, trataba de tranquilizarle.

–¡Señor barón de Canolles! –exclamó el vizconde.

–¡Sí, diablos! Venga, vizconde, no está bien hacer correr de esta manera a la gente que os busca.

–¡Señor barón de Canolles! –repitió Pompée dudando todavía de su fortuna–, ¡el señor barón de Canolles y el señor Castorin!

–Pues sí, señor Pompée –dijo Castorin irguiéndose en sus estribos para ver por encima del hombro de su amo que se echaba, riendo, sobre el arzón de su silla–. ¿Qué hacéis en esa cuneta?

–Ya lo veis –dijo Pompée–. Mi caballo se ha caído en el momento en que, cuando os tomaba por enemigos, me parapetaba para defenderme con toda energía. Señor vizconde –continuó Pompée levantándose y sacudiéndose–, es el señor de Canolles.

–¡Cómo, señor! ¿Vos aquí? –murmuró el vizconde con una especie de alegría que afloró, a pesar suyo, en su entonación.

–A fe que sí, yo mismo –respondió Canolles contemplando al vizconde con una tenacidad que explica el hallazgo del guante–. Me aburría a muerte en esa posada. Richon me había dejado solo después de haberme ganado mi dinero. Supe que habíais partido por la ruta de París y, por suerte, tenía que venir hacia este lado. Me puse entonces en camino para alcanzaros, pero no sospechaba que, para conseguirlo, tendría que hacer arder el pavimento. ¡Mala peste, gentilhombre! ¡Qué buen jinete sois!

El vizconde sonrió balbuciendo algunas palabras.

–Castorin –prosiguió Canolles–, ayudad al señor Pompée a montar de nuevo en su silla. Ya veis que, a pesar de su habilidad, no lo consigue.

Castorin se apeó y echó una mano a Pompée, que terminó por reconquistar sus arzones.

–Y ahora –dijo el vizconde–, pongámonos de nuevo en camino, si os place.

–Un instante –dijo Pompée bastante apurado–, un instante, señor vizconde, me parece que me falta algo.

–Ya lo creo –dijo el vizconde–; os falta la maleta.

–¡Ay, Dios mío! –dijo Pompée fingiendo profunda extrañeza.

–¡Desgraciado! –exclamó el vizconde–, ¿habéis perdido acaso?...

–No puede estar lejos, señor –respondió Pompée.

–¿No es esto? –preguntó Castorin recogiendo el objeto y levantándolo a duras penas.

–¡El mismo! –dijo el vizconde.

–¡El mismo! –exclamó Pompée.

–No ha sido culpa suya –dijo Canolles, queriendo hacer un amigo del viejo escudero–; en la caída, las correas se habrán roto y se habrá soltado la maleta.

–Las correas no están rotas, señor, sino cortadas –dijo Castorin–: ¡mirad!

–¡Oh, oh!, señor Pompée –dijo Canolles–, ¿qué quiere decir esto?

–Eso quiere decir –replicó severamente el vizconde–, que en el temor a ser perseguido por ladrones, el señor Pompée habrá cortado hábilmente la maleta para no tener la responsabilidad de ser el tesorero. ¿Cómo se llama esa estratagema en términos de guerra, señor Pompée?

Pompée quiso cargar la culpa sobre su cuchillo de caza, que había sacado imprudentemente; pero como no pudo dar una explicación satisfactoria, quedó mancillado a ojos del vizconde por esa sospecha de haber querido sacrificar su maleta a su seguridad.

Canolles quiso arreglar las cosas.

–¡Bueno, bueno! –dijo–, está claro... pero atad de nuevo la maleta. Id, Castorin, ayudad al señor Pompée. Hacíais bien, maese Pompée, en temer a los ladrones: la bolsa pesa lo suyo y sería una buena presa.

–No bromeéis, señor –dijo Pompée estremeciéndose–: toda broma nocturna es equívoca.

–Tenéis razón, Pompée, siempre tenéis razón; por eso –continuó Canolles–, quiero serviros de escolta a vos y al vizconde; este refuerzo de dos hombres no os resultará inútil.

–¡No, desde luego! –exclamó Pompée–. El número es la seguridad.

–Y vos, vizconde, ¿qué pensáis de mi propuesta? –dijo Canolles, que veía al vizconde acoger el gracioso ofrecimiento que le hacía con menos entusiasmo que su escudero.

–Yo –dijo el vizconde–, reconozco en ella vuestra amabilidad habitual, y os lo agradezco muy sinceramente; pero no seguimos el mismo camino, y temería molestaros.

–¡Cómo! –dijo Canolles desconcertado y viendo que de nuevo iba a empezar la discusión de la posada en el camino real–. ¿Cómo? ¿No seguimos el mismo camino? ¿No vais a...?

–A Chantilly –se apresuró a decir Pompée, que temblaba ante la idea de seguir viaje sin más compañero que el vizconde.

En cuanto a éste, hizo un notorio gesto de impaciencia y, de haber sido de día, se hubiera podido ver el encarnado de la rabia subir a sus mejillas.

–¡Eh!, pero... –exclamó Canolles sin dar la impresión de haber observado la furibunda mirada con que el vizconde fulminaba al pobre Pompée–, ¡eh!, pero si Chantilly es precisamente mi camino. Voy a París, o, mejor dicho –añadió riendo–, mirad, vizconde, no tengo nada que hacer y no sé adónde voy. ¿Que vais vos a París? Pues a París voy yo. ¿Que vais a Lyon? Pues a Lyon voy yo. ¿Que vais a Marsella? Hace mucho tiempo que tengo el deseo de ver la Provenza, y voy a Marsella. ¿Que vais a Stenay, donde están los ejércitos de Su Majestad? Pues vayamos a Stenay⁶⁷. Aunque nací en el Sur, siempre he tenido predilección por el Norte.

–Señor –replicó el vizconde con cierta firmeza, que sin duda debía a la irritación en que lo había puesto Pompée–, ¿debo decíroslo? Viajo solo, por asuntos personales de la mayor importancia, por razones completamente serias, y,

perdonadme, pero si insistís, me obligaréis con gran dolor de mi parte a deciros que no os entrometáis en mis asuntos.

Aquello era más que suficiente para que el recuerdo del pequeño guante que Canolles guardaba oculto en su pecho, entre su casaca y su camisa, hiciera estallar al joven, vivo e impetuoso como un gascón. Pero se contuvo.

–Señor –contestó con mucha seriedad–, nunca he oído decir que el camino real perteneciese de manera más particular a una persona que a otra. Por eso se llama, si no me equivoco, «camino del rey», prueba de que todos los súbditos de Su Majestad tienen el mismo derecho a utilizarlo. Estoy, pues, en el camino real sin intención de molestaros; estoy en él, incluso, para prestaros un favor, puesto que sois joven, débil y carecéis de gran defensa. No creía parecer un salteador de caminos. Pero, ya que os declaráis así, daré marcha atrás. Perdonadme que haya sido inoportuno, señor. Tengo el honor de presentaros mis respetos. ¡Buen viaje!

Y Canolles, tras apartar levemente a su caballo, pasó, después de haber saludado al vizconde, al otro lado de la ruta, hasta donde Castorin le siguió en la práctica... y Pompée en la intención.

Canolles interpretó esta escena con tanta cortesía llena de gracia, con un gesto tan seductor, cubriendo con su amplio sombrero una frente tan pura, sombreada por un pelo tan sedoso y tan negro, que el vizconde quedó impresionado menos todavía por su actitud que por su altivo gesto; pero ya se había alejado, como hemos dicho, y Castorin lo seguía, erguido y firme sobre sus estribos. Pompée, que se había quedado en el otro lado del camino, lanzaba suspiros capaces de partir los guijarros de la ruta; entonces, el vizconde, que había hecho numerosas reflexiones, apresuró por su parte el paso de su caballo y uniéndose a Canolles, que fingía no ver ni oír, le dijo estas tres palabras con voz apenas inteligible:

–¡Señor de Canolles!

Canolles se estremeció y se volvió: un escalofrío de placer corrió por sus venas, pensó que todas las músicas de las esferas celestiales se reunían para ofrecerle un concierto divino.

–¡Vizconde! –dijo a su vez.

–Escuchad, caballero –respondió aquél con una voz dulce y aterciopelada–, temo, en verdad, ser descortés con un gentilhomme de vuestro mérito. Perdonadme mi timidez: fui criado por parientes llenos de miedos nacidos de su cariño hacia mí; os lo repito, perdonadme, nunca he tenido la intención de ofenderos, y en prueba de nuestra sincera reconciliación, permitidme caminar a vuestro lado.

–¡Por supuesto! –exclamó Canolles–, y cien y mil veces. Yo no guardo rencor, vizconde, y la prueba...

Le tendió su mano, en la que cayó, o mejor se deslizó, una mano fina, ligera y fugaz, como la deliciosa pata de un pájaro.

El resto de la noche transcurrió en locos soliloquios de parte del barón. El vizconde escuchaba siempre y reía a veces.

Los dos criados iban detrás, Pompée explicando a Castorin cómo se había perdido la batalla de Corbie cuando podría haber sido perfectamente ganada, si no hubieran descuidado convocarle al consejo celebrado por la mañana.

–Pero –dijo el vizconde a Canolles cuando aparecieron las primeras luces del alba–, ¿cómo habéis terminado vuestro asunto con el señor duque d'Épernon?

–No ha sido difícil –respondió Canolles–. Por lo que me dijisteis, vizconde, era él quien tenía que vérselas conmigo, y no yo con él: o se habrá cansado de esperarme y se habrá retirado, o se habrá obcecado y todavía está esperándome.

–Pero ¿Mlle. de Lartigues? –añadió el vizconde con un leve titubeo.

–Mademoiselle de Lartigues, vizconde, no puede estar al mismo tiempo en su casa con el señor d'Épernon y en el Becerro de Oro conmigo. No hay que pedir lo imposible a las mujeres.

–Eso no es una respuesta, barón. Os pregunto cómo, enamorado como estáis de Mlle. de Lartigues, habéis podido separaros de ella.

Canolles miró al vizconde con unos ojos ya demasiado clarividentes, porque era de día y en el rostro del joven ya no había más sombra que la de su sombrero.

Entonces le entraron unas ganas locas de responder como pensaba. Pero Pompée, Castorin y el aire grave del vizconde lo contuvieron; además, lo frenó una duda: «Y si me equivoco, si a pesar de este pequeño guante y esa pequeña mano es un hombre... en verdad –se dijo–, ¡sería como para morirme de vergüenza por mi metedura de pata!».

Se tranquilizó y contestó a la pregunta del vizconde con una de esas sonrisas que responden a todo.

Se detuvieron en Barbezieux para desayunar y dar un respiro a los caballos. Esta vez Canolles desayunó con el vizconde, y durante el desayuno admiró aquella mano cuya envoltura perfumada de almizcle le había provocado una emoción tan viva. Además, en el momento de sentarse a la mesa, el vizconde se vio obligado a quitarse el sombrero y a dejar al descubierto unos cabellos tan lisos, tan hermosos e implantados tan orgullosamente en una piel tan fina que cualquiera, menos un hombre enamorado y por consiguiente ya ciego, se hubiera visto liberado de su incertidumbre; pero Canolles tenía demasiado miedo a despertarse para no prolongar la duración del sueño. Encontraba alguna cosa deliciosa en aquel incógnito del vizconde, que le permitía una multitud de pequeñas familiaridades que un reconocimiento entero o una confesión completa le habrían prohibido. No dijo, por tanto, ni una palabra que pudiera hacer sospechar al vizconde que su incógnito había sido descubierto.

Tras el desayuno volvieron a ponerse en marcha, y caminaron hasta la hora de comer. De vez en cuando, un cansancio que empezaba a no poder disimular teñía de nácar el rostro del vizconde, o provocaba en todo su cuerpo pequeños escalofríos por cuya causa le preguntaba amistosamente Canolles. Entonces el señor de Cambes sonreía y parecía no soportarlo, proponiendo incluso doblar el paso; Canolles se negaba diciendo que quedaba mucho camino por hacer y que, por consiguiente, era esencial cuidar a los caballos.

Después de comer, el vizconde tuvo alguna dificultad para levantarse. Canolles se lanzó en su ayuda.

–Necesitáis descansar, mi joven amigo –le dijo–; una ruta continuada de esta forma os mataría a la tercera etapa. No cabalgaremos esta noche, al contrario,

dormiremos. Quiero que durmáis bien, y la mejor habitación de la posada será para vos, ¡lo juro por mi vida!

El vizconde miró a Pompée con un aire tan asustado que Canolles no pudo reprimir sus ganas de reírse.

–Cuando se emprende, como nosotros hacemos, un largo viaje –dijo Pompée–, cada uno debería tener su tienda.

–O una tienda para dos –dijo Canolles con el tono más natural del mundo–: eso bastaría.

Un escalofrío recorrió todo el cuerpo del vizconde.

El golpe había hecho efecto, y Canolles se dio cuenta; con el rabillo del ojo vio que el vizconde hacía una seña a Pompée. Pompée se acercó a su amo; éste le dijo algo en voz baja y no tardó Pompée en adelantarse con un pretexto cualquiera y desaparecer.

Hora y media después de esa avanzadilla, de la que Canolles no pidió siquiera explicación, los viajeros, entrando en un pueblo grande, vieron al escudero en el umbral de una hostería de buena apariencia.

–¡Ah, ah! –dijo–, ¿es aquí donde pasaremos la noche, vizconde?

–Sí, si os parece bien, barón.

–¡Claro que sí! Quiero todo lo que vos queráis. Os lo he dicho, viajo por placer, mientras que vos, como me habéis dicho, viajáis por vuestros asuntos. ¡Sólo temo que no estéis demasiado bien en esa casucha!

–¡Oh! –dijo el vizconde–, una noche pasa pronto.

Se detuvieron, y, más rápido que Canolles, Pompée se lanzó a sostener el estribo de su amo; además Canolles había pensado que tal solicitud sería ridícula de parte de un hombre hacia otro hombre.

–Deprisa, mi habitación –dijo el vizconde–. En verdad que tenéis razón, señor de Canolles –continuó volviéndose hacia su compañero–, estoy realmente cansadísimo.

–Aquí la tenéis, señor –dijo la hostelera mostrando una sala bastante grande en la planta baja y que daba al patio, pero cuyas ventanas estaban enrejadas, mientras encima reinaban los desvanes de la casa.

–Y la mía –exclamó Canolles–, ¿dónde está?

Y lanzaba miradas codiciosas sobre una puerta contigua a la habitación del vizconde, cuyo delgado tabique era muralla demasiado frágil para una curiosidad tan aguda como la suya.

–¿La vuestra? –dijo la hostelera–; venid por aquí, caballero, yo os guiaré.

Y, en efecto, sin parecer notar el aire desabrido de Canolles, lo llevó al extremo de un corredor exterior todo lleno de puertas y separado de la habitación del vizconde por la anchura de todo el patio.

El vizconde había seguido la maniobra desde el umbral de su cuarto.

«Ahora –se dijo Canolles– estoy completamente seguro; pero he obrado como un idiota. Vamos, vamos, poner mala cara me perdería sin remedio; finjamos nuestro aire más gracioso.»

Y volviendo a la especie de balcón que, como hemos dicho, formaba el corredor

exterior, gritó:

–¡Buenas noches!, querido vizconde. Dormid bien, lo necesitáis de verdad; ¿queréis que os despierte mañana? ¿No? Bueno, seréis vos quien me despierte a vuestra hora. Buenas noches.

–Buenas noches, barón –dijo el vizconde.

–A propósito –continuó Canolles–, ¿no os falta de nada? ¿Queréis que os preste a Castorin para desatar vuestras agujetas?

–Gracias, tengo a Pompée que duerme en la habitación contigua.

–Buena precaución; yo haré lo mismo con Castorin. Medida de prudencia, ¿verdad, Pompée? En una posada nunca son demasiadas las precauciones... Buenas noches, vizconde.

El vizconde respondió con el mismo deseo, y la puerta se cerró.

«Está bien, está bien, vizconde –murmuró Canolles–; mañana seré yo quien me encargue del alojamiento y tendré mi revancha. ¡Bien! –continuó–, hasta ha hecho unas dobles cortinas; extiende un paño delante para interceptar hasta su sombra. ¡Mala peste!, vaya muchacho tan pudibundo es el pequeño gentilhombre; pero da igual. Hasta mañana.»

Y Canolles entró en su cuarto rezongando, se desnudó de muy malhumor, se acostó muy huraño, y soñó que Nanon encontraba en su bolsillo el guante gris perla del vizconde.

XI

Al día siguiente, Canolles mostró un humor todavía más risueño que la víspera; por su parte, el vizconde de Cambes también se dejaba llevar a una alegría más sincera. Hasta Pompée retozaba contando sus campañas a Castorin. Toda la mañana transcurrió en amabilidades por ambas partes.

Durante el desayuno, Canolles se excusó por tener que dejar al vizconde, pero, según dijo, tenía que escribir una larga carta a uno de sus amigos que vivía en los alrededores, advirtiéndole además que tendría que hacer una visita a otro cuya casa debía estar situada a tres o cuatro leguas de Poitiers, casi a la orilla del camino real. Canolles preguntó por aquel amigo, cuyo nombre dijo al posadero, y éste le contestó que poco antes del pueblo de Jaulnay⁶⁸ encontraría su casa, y que la reconocería por dos torrecillas.

Entonces, como Castorin debía abandonar el grupo para llevar la carta, y como el propio Canolles debía hacer una avanzadilla por su parte, pidió de antemano al vizconde que designase el lugar donde dormirían. El vizconde miró un pequeño mapa que Pompée llevaba en un estuche, y propuso el pueblo de Jaulnay. Canolles no hizo objeción alguna, e incluso llevó la perfidia hasta decir en voz alta:

—Pompée, si os envían igual que ayer como sargento de aprovisionamiento, reservad mi cuarto, a ser posible, cerca de vuestro amo, para que estemos en condiciones de charlar un poco.

El taimado escudero hizo un guiño al vizconde y sonrió, totalmente decidido a no hacer nada de lo que le decía Canolles. En cuanto a Castorin, que había recibido sus instrucciones por adelantado, fue a recoger la carta y recibió la orden de reunirse con ellos en Jaulnay.

En cuanto a equivocarse de posada, no había peligro. En Jaulnay sólo había una, la posada del Gran Charles Martel.

Se pusieron en marcha. A quinientos pasos de Poitiers, donde habían comido, Castorin tomó un camino transversal a la derecha. Todavía caminaron cerca de dos horas. Por fin Canolles reconoció, por las indicaciones recibidas, la casa de su amigo: se la señaló al vizconde, se despidió de él, renovó a Pompée la invitación a ocuparse de su alojamiento y tomó una desviación a la izquierda.

El vizconde estaba totalmente tranquilo; la escena de la víspera había transcurrido sin problemas y había visto pasar la jornada sin la más ligera alusión: no temía, por tanto, de parte de Canolles el menor obstáculo a su voluntad; y, desde el momento en que el barón seguía siendo para él un simple compañero de viaje bondadoso, alegre e ingenioso, no pedía nada mejor que terminar el viaje en su compañía. Por eso, bien porque el vizconde juzgase inútil la precaución, bien porque no quisiera separarse de su escudero y quedarse solo en el camino real, Pompée no fue enviado por delante.

Llegaron al pueblo de noche: llovía a torrentes. Quiso el destino que hubiese una habitación caliente; el vizconde, con prisa por cambiarse de ropas, la reservó y encargó a Pompée ocuparse del alojamiento de Canolles.

–Ya está hecho –dijo el egoísta Pompée que ardía en deseos de acostarse–: la posadera ha prometido hacerlo.

–Está bien. ¿Mi neceser?

–Aquí está.

–¿Mis frascos?

–Aquí los tenéis.

–Gracias... ¿Dónde dormís, Pompée?

–Al final del corredor.

–¿Y si tengo que llamaros?

–Aquí hay una campanilla: vendrá la posadera.

–De acuerdo. La puerta cierra bien, ¿verdad?

–El señor puede verlo.

–¡No hay cerrojos!

–No, pero hay una cerradura.

–Bueno, me encerraré por dentro. ¿Hay alguna otra entrada?

–No, que yo sepa.

Y Pompée cogió la vela y dio la vuelta a la habitación.

–Mirad si las contraventanas son sólidas.

–Están puestos los ganchos.

–Bien. Podéis marcharos, Pompée.

Salió Pompée, y el vizconde dio una vuelta de llave en la cerradura.

Una hora después, Castorin, que había sido el primero en llegar a la posada y que se alojaba cerca de Pompée sin que éste lo supiera, salió de su cuarto de puntillas y fue a abrir la puerta a Canolles.

Con el corazón palpitante, Canolles se deslizó por la posada y, dejando a Castorin el cuidado de cerrar de nuevo la puerta, se hizo indicar la habitación del vizconde y subió.

El vizconde estaba a punto de meterse en la cama cuando oyó pasos en el corredor.

Como ya se ha podido observar, el vizconde era muy temeroso; por eso aquellos pasos le hicieron estremecerse y prestó atentamente oído.

Aquellos pasos se detuvieron delante de su puerta.

Un segundo después llamaron.

–¿Quién va ahí? –preguntó una voz tan asustada que Canolles no habría reconocido su timbre si en diversos momentos no hubiera tenido ocasión de estudiar las variaciones de aquella voz.

–¡Yo! –dijo Canolles.

–¿Cómo? ¿Vos? –dijo la voz pasando del terror al espanto.

–Sí. Figuraos, vizconde, que ya no hay plaza en vuestra posada, ni una sola cama libre... Vuestro imbécil Pompée no ha pensado en mí... No hay otra posada en todo el pueblo... y como vuestra habitación es una habitación con dos camas...

El vizconde miró aterrado las dos camas gemelas, una al lado de la otra en la alcoba, y separadas únicamente por una mesa.

–¿Y bien? ¿Lo comprendéis? –continuó Canolles–. Acabo de reclamar una. Abridme pues de prisa, porque me muero de frío...

Se oyó entonces un gran trajín en la habitación, un rumor de vestidos y unos pasos precipitados.

–Sí, sí, barón –dijo la voz cada vez más asustada del vizconde–: sí, ya voy, ya voy...

–Estoy esperando... Pero, por favor, querido amigo, daos prisa si no queréis encontrarme congelado.

–Perdón, pero es que estaba durmiendo, como veis...

–¡Vaya!, me había parecido ver luz.

–No, os equivocáis.

Y la luz fue apagada al instante: Canolles no volvió a quejarse.

–Ya voy... No encuentro la puerta –continuó el vizconde.

–Eso me parece –dijo Canolles–. Oigo vuestra voz en la otra punta del cuarto... Por aquí...

–¡Ah!, es que estoy buscando la campanilla para llamar a Pompée.

–Pompée está en la otra punta del corredor y no os oirá... He tratado de despertarlo para sacarle algo, pero, ¡bah!, imposible... Duerme como un sordo.

–Entonces llamaré a la posadera...

–¡Bah! La posadera ha cedido su cama a un viajero y ha ido a acostarse al desván... Nadie vendría, querido amigo... Además, ¿para qué llamar a la gente? No necesito a nadie.

–Pero yo...

–Vos, vos abridme la puerta; os doy las gracias, busco a tientas mi cama, me acuesto y nada más. Abrid, por favor.

–Pero, en fin –dijo el vizconde desesperado–, habría que encontrar otras habitaciones, aunque no tuvieran cama... Es imposible que no haya otras habitaciones. Llamemos, busquemos...

–Pero, querido vizconde, acaban de dar las diez y media... Vais a despertar a todo el mundo... creerán que hay fuego... no podremos dormir en toda la noche, y sería una lástima porque me muero de sueño.

Esta última afirmación pareció tranquilizar algo al vizconde. Unos pequeños pasos se acercaron a la puerta, y la puerta se abrió.

Canolles entró y volvió a cerrar la puerta tras él. Después de abrir, el vizconde se había alejado precipitadamente.

El barón se encontró entonces en una habitación casi oscura, porque los últimos carbones del hogar, que iba apagándose, sólo arrojaban una luz insuficiente. La atmósfera era tibia y la perfumaban todos esos olores que denuncian el más excesivo rebuscamiento de aseo.

–¡Ah, gracias, vizconde! –dijo Canolles–, porque, de veras, se está mejor aquí que en el corredor.

–¿Tenéis ganas de dormir, barón? –dijo el vizconde.

–Sí, claro que sí... Vos que conocéis la habitación indicadme mi cama, o dejadme encender la vela.

–¡No, no, es inútil! –dijo vivamente el vizconde–. Vuestra cama está aquí, a la izquierda.

Como la izquierda del vizconde era la derecha del barón, el barón fue a la derecha, encontró una ventana, junto a esa ventana una mesita, y sobre esa mesita la campanilla que el vizconde enloquecido tanto había buscado. Por si acaso, se guardó la campanilla en el bolsillo.

–Pero ¿qué decís? –exclamó–. Vamos, vizconde, ¿estamos jugando a la gallina ciega?... ¡Por lo menos debíais advertir el peligro! Pero ¿qué diablos buscáis así en la sombra?

–La campanilla para llamar a Pompée.

–Pero ¿qué diablos queréis de Pompée?

–Quiero... quiero que prepare una cama junto a la mía...

–¿Para quién?

–¡Para él!

–Para él..., pero ¿qué decís, vizconde?... ¡Lacayos en nuestra habitación! ¡Vamos!, tenéis costumbres de niñita miedosa. ¡Largo!... Somos muchachos lo bastante grandes como para defendernos nosotros mismos. No, dadme la mano y guiadme hacia mi cama que no puedo encontrar... o... encendamos la vela.

–¡No, no, no! –exclamó el vizconde.

–Ya que no queréis darme la mano –dijo Canolles–, deberíais pasarme un cabo de hilo por lo menos, porque estoy en un verdadero laberinto⁶⁹.

Y avanzó, con los brazos abiertos, hacia el lado donde había oído la voz; pero cerca de él vio deslizarse una especie de sombra y sintió pasar un perfume. Cerró los brazos; pero como el Orfeo de Virgilio⁷⁰, sólo había abrazado el aire.

–¡Allí, allí! –dijo el vizconde en la otra esquina de la habitación–. Estáis junto a vuestra cama, barón.

–¿Cuál de las dos es la mía?

–¡Da igual!: yo no me acostaré.

–¡Cómo! ¿No os acostaréis? –dijo Canolles volviéndose ante esta frase imprudente–. ¿Y qué haréis entonces?

–Pasaré la noche en una silla.

–¡Vamos, vamos! –dijo Canolles–, no toleraré semejante chiquillada; ¡venid, vizconde, venid!

Y Canolles, guiado por un último rayo de luz que brotó de la chimenea y murió, vio al vizconde acurrucado en un rincón, entre la ventana y la cómoda, envuelto en su capa.

Aquel rayo sólo fue un relámpago, pero bastó para guiar al barón y para hacer comprender al vizconde que estaba perdido. Canolles avanzó derecho hacia él con los brazos abiertos, y aunque la habitación hubiera vuelto a la oscuridad, el pobre gentilhomme comprendió que esta vez no escaparía de su perseguidor.

–¡Barón, barón! –balbució el vizconde–, no sigáis avanzando, os lo suplico. Barón, no os mováis de donde estáis... ni un paso más, si sois gentilhomme.

Canolles se detuvo: el vizconde estaba tan cerca de él que oía latir su corazón y sentía el tibio vapor de su aliento jadeante. Al mismo tiempo, un perfume delicioso, embriagador, compuesto por todas las emanaciones que escapan de la juventud y la belleza, perfume mil veces más dulce que el de las flores, pareció envolverlo para privarlo de toda posibilidad de obedecer al vizconde, aunque quisiese.

Sin embargo, permaneció un instante donde estaba, con las manos extendidas hacia aquellas manos que lo rechazaban de antemano, y sintiendo que sólo tenía que hacer un movimiento para tocar aquel cuerpo encantador cuya agilidad tanto había admirado desde hacía dos días.

–¡Gracia, gracia! –murmuró el vizconde con una voz en la que un comienzo de voluptuosidad se mezclaba al terror–. ¡Gracia!

Y la voz expiró en sus labios, y Canolles sintió aquel cuerpo encantador resbalar por el entablado y caer de rodillas.

Su pecho se dilató; en aquella voz que imploraba había un acento que le hizo comprender que su adversario ya estaba a medias vencido.

Dio un paso más, extendió las manos y encontró las dos manos unidas y suplicantes del joven que, esta vez, como ya no tenía siquiera fuerzas para lanzar un grito, dejó escapar un suspiro casi doloroso.

De pronto se dejó oír bajo la ventana el galope de un caballo y unos golpes precipitados resonaron en la puerta de la posada: los golpes fueron seguidos de gritos y rumores. Llamaban y gritaban alternativamente.

–¡Señor barón de Canolles! –gritaba una voz.

«¡Oh, gracias, Dios mío! Estoy salvado», murmuró el vizconde.

–¡Peste de animal! –dijo Canolles–, ¿no podía venir por la mañana?

–¡Señor barón de Canolles! –gritaba la voz–. ¡Señor barón de Canolles! Tengo que hablar con él ahora mismo.

–Veamos, ¿qué pasa? –preguntó el barón retrocediendo un paso.

–Señor, señor –dijo Castorin en la puerta–, preguntan por vos... os buscan.

–¿Quién me busca, bribón?

–Un correo.

–¿De parte de quién?

–De parte del señor duque d'Épernon.

–¿Qué quiere de mí?

–Servicio del rey.

Ante esta palabra mágica a la que había que obedecer, Canolles, aunque echando pestes, abrió la puerta y bajó la escalera.

Se oía roncar a Pompée.

El correo había entrado y esperaba en una sala baja. Canolles fue en su busca y leyó, palideciendo, la carta de Nanon; porque, como el lector habrá adivinado, el correo era Courtauvaux, el mismo que, saliendo dos horas después que Canolles, no había logrado, por más diligencia que puso, alcanzarlo hasta la segunda etapa.

Algunas preguntas hechas a Courtauvaux no dejaron en Canolles duda alguna sobre la necesidad de la diligencia que debía hacer. Releyó por segunda vez la carta, y la fórmula: *Vuestra buena hermana Nanon* le hizo comprender lo que había

ocurrido, es decir, que Mlle. de Lartigues había salido del apuro haciéndolo pasar por hermano suyo.

Canolles había oído hablar varias veces a la propia Nanon, en términos poco halagüeños, de aquel hermano cuyo puesto había usurpado. Lo cual no añadió mucho al mal humor que puso en obedecer al mensaje del duque.

–Está bien –dijo a Courtauvaux, sin abrirle crédito en la posada y sin vaciarle su bolsa en las manos, cosa que no habría dejado de hacer en cualquier otra ocasión–, está bien: decid a vuestro amo que me habéis alcanzado y que he obedecido al instante.

–Y a Mlle. de Lartigues, ¿no le diré nada?

–Sí, le diréis que su hermano aprecia el sentimiento que la ha hecho actuar, y que le está muy agradecido. ¡Castorin, ensillad los caballos!

Y sin decir nada más al mensajero, atónito ante aquella ruda acogida, Canolles volvió a subir al cuarto del vizconde, a quien encontró pálido, temblando y vestido. Dos velas ardían sobre la chimenea.

Canolles echó una mirada de profundo pesar a la alcoba, y sobre todo a las dos camas gemelas, una de las cuales denunciaba una ligera y breve presión. El joven siguió aquella mirada con un sentimiento de pudor que devolvió el color a su cara.

–Podéis estar contento, vizconde –dijo Canolles–, os habéis librado de mí por el resto del viaje. Parto de posta al servicio del rey.

–¿Y cuándo será eso? –preguntó el vizconde con voz todavía poco segura.

–Ahora mismo; voy a Nantes, donde, al parecer, está la corte⁷¹.

–Adiós, caballero –pudo apenas responder el joven, que se dejó caer en una silla sin atreverse a levantar los ojos hacia su compañero.

Canolles avanzó un paso hacia él.

–No volveré a veros sin duda –dijo con voz emocionada.

–¿Quién sabe? –respondió el vizconde tratando de sonreír.

–Prometed una cosa a un hombre que guardará eternamente vuestro recuerdo –dijo Canolles poniendo la mano sobre su corazón, y esto con una armonía de voz y de gesto que no dejaba ninguna duda sobre su sinceridad.

–¿Cuál?

–Que pensaréis en él alguna vez.

–Os lo prometo.

–Sin... cólera.

–Sí.

–¿Una prueba que apoye esa promesa? –dijo Canolles.

El vizconde le tendió la mano.

Canolles tomó aquella mano toda temblorosa sin otra intención que estrecharla entre las suyas; pero, por un movimiento más fuerte que su voluntad, la apretó ardientemente contra sus labios, y se precipitó fuera de la habitación murmurando: «¡Ah, Nanon! ¡Nanon! ¿Podréis compensarme alguna vez por lo que me hacéis perder?». »

XII

Chantilly

Si ahora seguimos a las princesas de la casa de Condé hasta ese exilio de Chantilly, del que Richon ha hecho al vizconde una descripción bastante espantosa, vamos a ver lo siguiente:

Bajo estas hermosas alamedas de castaños, salpicadas por una nieve de flores, sobre esos cuadros de césped que se extienden hasta los estanques azules, se agita sin cesar un enjambre de paseantes que ríen, charlan o cantan. Aquí y allá, en medio de las altas hierbas, algunas figuras de lectores aparecen perdidas entre oleadas de verdor, donde sólo se ve con claridad la página blanca que devora y que pertenece, bien a la *Cleopatra* del señor de La Calprenède⁷², bien a *La Astrea*, del señor d'Urfé⁷³, bien al *Gran Ciro* de Mlle. de Scudéry⁷⁴; en el fondo de glorietas de madreselvas y clemátides se oyen acordes de laúdes y cantos de voces invisibles. Por la gran alameda que lleva al castillo pasa de vez en cuando, con la rapidez del relámpago, un jinete que corre llevando una orden.

Mientras, en la terraza, tres mujeres vestidas de raso, y seguidas a distancia por unos escuderos mudos y respetuosos, pasean gravemente con gestos llenos de ceremonia y majestad. En el medio, una dama de noble porte a pesar de sus cincuenta y siete años habla magistralmente sobre los asuntos de Estado; a su derecha, una joven muy tiesa en unas ropas ajustadas y oscuras, escucha frunciendo el ceño la docta teoría de su vecina; a su izquierda, por último, otra vieja, la más rígida y la más envarada de las tres, por ser de condición menos ilustre, habla, escucha y medita, todo a la vez.

La dama del centro es Madame la princesa viuda, madre del vencedor de Rocroi, de Nördlingen y de Lens⁷⁵, a quien se empieza a llamar, desde que es perseguido y esa persecución lo ha llevado a Vincennes, el Gran Condé, nombre que la posteridad ha conservado. Esa dama, en cuyos rastros pueden reconocerse aún los restos de aquella hermosura que la convirtió en uno de los últimos y quizá más locos amores de Enrique IV, acaba de ser herida a un tiempo en su amor de madre y en su orgullo de princesa por un *fachino italiano* al que llamaban Mazarini cuando era criado del cardenal Bentivoglio⁷⁶, y al que ahora llaman Su Eminencia el cardenal Mazarino desde que es el amante de Ana de Austria y primer ministro del reino de Francia.

Ha sido él quien ha osado encarcelar a Condé y exiliar a Chantilly a la madre y a la esposa del noble prisionero.

La dama de la derecha es Claire-Clémence de Maillé, a quien, por una costumbre aristocrática de la época, hay que llamar Madame la princesa a secas, para significar que la mujer del jefe de la familia de los Condé es la primera princesa de sangre, la princesa por excelencia: siempre ha sido altanera, pero desde que es

perseguida su altanería ha aumentado y se ha vuelto orgullosa.

En efecto, condenada a desempeñar un papel secundario mientras el príncipe estaba libre, la prisión de su marido la ha elevado al estado de heroína; se ha vuelto más digna de compasión que una viuda, y su hijo, el duque d'Enghien, que va a cumplir siete años, ofrece más interés que un simple huérfano. Todos los ojos están puestos en ella, y de no ser por el temor al ridículo, se vestiría de luto. Desde el destierro impuesto por Ana de Austria a estas dos afligidas damas, sus gritos penetrantes se han trocado en sordas amenazas: de oprimidas que están, van a convertirse en rebeldes. Madame la princesa, Temístocles⁷⁷ con tocas de monja, tiene su Milcíades⁷⁸ con faldas, y los laureles de Mme. de Longueville, reina de París por un instante, la impiden dormir.

La dueña de la izquierda es la marquesa de Tourville⁷⁹, que no se atreve a escribir novelas pero que se dedica a la política: no ha hecho la guerra personalmente como el valiente Pompée, y como él tampoco ha recibido una bala en la batalla de Corbie; pero su marido, que era un capitán bastante estimado, fue herido en La Rochelle y muerto en Friburgo. Y resulta que, heredera de su fortuna patrimonial, ha creído heredar al mismo tiempo su genio militar. Desde que ha venido a reunirse con las princesas en Chantilly, ya ha hecho tres planes de campaña que han causado sucesivamente la admiración de las mujeres del séquito, y que han sido, no abandonados, pero sí puestos al día para el momento en que, una vez fuera de su vaina, hablen las espadas. No se atreve a ponerse el uniforme de su marido, aunque a veces le entren muchas ganas de hacerlo; pero tiene su espada colgada en su cuarto, encima del cabezal de su lecho, y de tiempo en tiempo, cuando está sola, la saca de su vaina con un aire muy marcial.

A pesar de su aire de fiesta, Chantilly podría no ser en el fondo más que un cuartel muy grande, y si se buscara bien se encontrarían pólvora en las bodegas y bayonetas en las enramadas.

En su lúgubre paseo, las tres damas dirigen la mirada desde cada torre hacia la puerta principal del castillo, y parecen acechar la llegada de algún mensajero importante. Varias veces Madame la princesa viuda ha dicho, sacudiendo la cabeza y suspirando:

–Fracasaremos, hija mía; seremos humilladas.

–Hay que pagar con poco mucha gloria –dijo Mme. de Tourville sin perder nada de su actitud esquinada–. ¡Y no hay victoria sin combate!

–Si fracasamos, si somos vencidas –dijo la joven princesa–, nos vengaremos.

–Señora –dijo la princesa viuda–, si fracasamos será Dios quien haya vencido al príncipe. ¿Queráis vengaros de Dios?

La joven princesa se inclinó ante la magnífica humildad de su suegra, y estos tres personajes, saludándose así y dándose incienso mutuo, no dejaban de parecerse a un obispo asistido por dos diáconos que toman a Dios por pretexto de los homenajes que se rinden a cada uno.

–Ni el señor de Turenne ni el señor de La Rochefoucauld, ni el señor de Bouillon –murmuró la viuda–: ¡todo falla al mismo tiempo!

–¡Ni dinero! –respondió Mme. de Tourville.

–¿Y con quién contar –prosiguió Madame la princesa– si la misma Claire nos olvida?

–¿Quién os dice, hija mía, que Mme. de Cambes os olvida?

–No vuelve.

–Quizá se lo impidan; los caminos están vigilados por el ejército del señor de Saint-Aignan⁸⁰, lo sabéis.

–Al menos, podría escribir.

–¿Cómo queréis que confíe al papel una respuesta tan importante? La adhesión de toda una ciudad como Burdeos al partido de los señores príncipes... No, no es eso lo que más me inquieta.

–Además –añadió Mme. de Tourville–, uno de los tres planes que he tenido el honor de entregar a Vuestra Alteza tenía por objetivo infalible una levantamiento de la Guyena.

–Sí, sí, y ya volveremos sobre él si llega el caso –respondió Madame la princesa–; pero me sumo a la opinión de mi señora madre, y empiezo a creer que Claire ha sufrido una desgracia; de otro modo, ya estaría aquí. Quizá sus aparceros no han cumplido su palabra: los plebeyos siempre aprovechan la ocasión para no pagar cuando pueden disculparse. ¡Quién sabe también qué habrán hecho o dejado de hacer las gentes de Guyena a pesar de sus promesas! ¡Gascones!...

–¡Charlatanes! –dijo Mme. de Tourville–, valientes uno a uno, cierto, pero malos soldados como tropas; buenos para gritar: «¡Viva el señor príncipe!», cuando tienen miedo al español, nada más.

–Sin embargo, detestaban al señor d'Épernon –dijo la princesa viuda–, porque lo colgaron en efígie en Agen y prometieron colgarlo en persona en Burdeos si alguna vez volvía.

–Volverá, y será él quien los cuelgue a ellos –dijo Madame la princesa con despecho.

–Y todo esto –añadió Mme. de Tourville– es culpa del señor Lenet. Del señor Pierre Lenet⁸¹ –repitió con afectación–, de ese porfiado consejero que os empeñáis en conservar y que sólo sirve para oponerse a todos nuestros proyectos. Si no hubiera rechazado mi segundo plan, el que tenía por objetivo, como recordáis, tomar por sorpresa el castillo de Vayres, la isla Saint-Georges y el fuerte de Blaye, ahora tendríamos sitiada Burdeos, y Burdeos tendría que capitular.

–Prefiero, salvo opinión de Sus Altezas, que se ofrezca voluntariamente –dijo detrás de Mme. de Tourville una voz cuyo respetuoso acento no estaba exento sin embargo de un tinte de ironía–. Ciudad que capitula cede a la fuerza y no se compromete a nada; ciudad que se ofrece, se compromete, está obligada a seguir hasta el final la suerte de aquellos a quienes se ha ofrecido.

Las tres damas se volvieron y vieron a Pierre Lenet, consejero de Monsieur el príncipe, quien, mientras ellas paseaban hacia aquella puerta del castillo a la que constantemente volvían sus miradas, había salido por una puertecita que daba a la misma altura de la terraza y se había acercado por detrás.

Lo que Mme. de Tourville había dicho era verdad en parte. Pierre Lenet, consejero de Monsieur el príncipe, hombre frío, sabio y grave, tenía la misión del

prisionero de vigilar amigos y enemigos, y, es preciso decirlo, le costaba más impedir a los amigos de Monsieur el príncipe que comprometieran su causa que combatir las malas intenciones de sus enemigos. Pero, hábil y retorcido como un abogado, habituado a los enredos y las argucias de palacio, solía tener éxito, bien mediante alguna afortunada contramina, bien mediante alguna inquebrantable inercia. Era, además, en el mismo Chantilly donde libraba sus batallas más expertas. El amor propio de Mme. de Tourville, la impaciencia de Madame la princesa, la rigidez aristocrática de la viuda podían compararse con la astucia de Mazarino, el orgullo de Ana de Austria y las indecisiones del parlamento.

Lenet, encargado de la correspondencia por los príncipes, se había impuesto la ley de informar de las noticias a las princesas sólo en el momento oportuno, y era él quien se convertía en juez de esa oportunidad, pues, como la diplomacia femenina no siempre utiliza el misterio, principio primero de la diplomacia masculina, gran número de los planes de Lenet habían sido entregados por sus amigos a sus enemigos.

Las dos princesas, que a pesar de la oposición que encontraban en él no dejaban de reconocer la fidelidad, y sobre todo la utilidad de Pierre Lenet, acogieron al consejero con un gesto amistoso; en los labios de la viuda se dibujó incluso una leve sonrisa.

–¡Bien!, mi querido Lenet, ¿lo habéis oído? –dijo ella–: Madame de Tourville se compadecía o, mejor dicho, nos compadecía. Todo va de mal en peor. ¡Ah!, nuestros asuntos, mi querido Lenet, ¡nuestros asuntos!

–Señora –dijo Lenet–, estoy lejos de ver las cosas tan negras como las ve Vuestra Alteza. Espero mucho del tiempo y de las vueltas de la fortuna. Ya conocéis el refrán: «A quien sabe esperar, todo le llega».

–El tiempo, las vueltas de la fortuna, todo eso, señor Lenet, es filosofía, ¡y no política! –exclamó Madame la princesa.

Lenet sonrió.

–La filosofía es útil en todo, señora, y especialmente en política. Enseña a no enorgullecerse en el éxito y a no perder la paciencia en los reveses.

–¡No importa! –dijo Mme. de Tourville–, preferiría un buen correo a todas vuestras máximas. ¿No es cierto, Madame la princesa?

–Sí, lo confieso –respondió Mme. de Condé.

–Vuestra Alteza quedará satisfecha entonces, porque hoy recibirá tres –replicó Lenet con la misma sangre fría.

–¡Cómo! ¿Tres?

–Sí, señora. Al primero lo han visto en la ruta de Burdeos, el segundo viene de Stenay, el tercero llega de La Rochefoucauld.

Las dos princesas lanzaron una exclamación de gozosa alegría. Madame de Tourville se mordió los labios.

–Me parece, mi querido señor Pierre –dijo haciendo melindres para disimular su despecho y envolver en una hoja dorada la amargura de la frase que acababa de lanzar–, me parece que un hábil necromántico como vos debería seguir en tan hermoso camino y decirnos, después de habernos anunciado los correos, el

contenido de los despachos.

–Mi ciencia, señora, no llega tan lejos como creéis –dijo modestamente–, se limita a ser una servidora fiel. Yo anuncio, no adivino.

En ese mismo instante, como si en efecto Lenet estuviera servido por un demonio familiar, divisaron a dos jinetes que franqueaban la reja del castillo y avanzaban al galope de sus monturas. Enseguida un enjambre de curiosos, dejando los parterres y el prado, se acercó a las rampas para informarse de las noticias.

Los dos jinetes pusieron pie en tierra. Uno de ellos, entregando al otro que parecía ser su lacayo la brida de su caballo empapado de sudor, corrió más que caminó hacia las princesas que salían a su encuentro y a las que vio en un extremo de la galería mientras él entraba por el otro.

–¡Claire! –exclamó Madame la princesa.

–Sí, Vuestra Alteza: aceptad mis muy humildes respetos, señora.

Y poniendo una rodilla en tierra, la joven trató de coger la mano de Madame la princesa para besarla respetuosamente.

–¡A mis brazos!, querida vizcondesa, ¡a mis brazos! –exclamó Mme. de Condé levantándola.

Y tras haberse dejado abrazar, con todas las muestras posibles de respeto, por Madame la princesa, el jinete se volvió hacia la princesa viuda, a la que hizo una profunda reverencia.

–Deprisa, hablad, querida Claire –dijo ésta.

–Sí, habla –añadió Mme. de Condé–. ¿Has visto a Richon?

–Así es, Vuestra Alteza, y me ha dado un recado para vos.

–¿Bueno o malo?

–Yo misma lo ignoro; son dos palabras.

–¿Cuáles? Deprisa, me muero de impaciencia.

Y en el rostro de las dos princesas se pintó la más viva ansiedad.

–*Burdeos* – Sí –dijo Claire, inquieta por el efecto que iban a producir aquellas dos palabras.

Pero no tardó en tranquilizarse, porque las princesas respondieron a esas dos palabras con un grito de triunfo que hizo acudir a Lenet desde el otro extremo de la galería.

–¡Lenet! ¡Lenet! ¡Venid, venid! –exclamó Madame la princesa–, ¿no sabéis la noticia que nos trae la buena de Claire?

–Sí, la sé, señora –dijo Lenet sonriendo–, la sé; por eso yo no me apresuraba.

–¿Cómo? ¿La sabéis?

–*Burdeos* – Sí, ¿no es eso? –dijo Lenet.

–Realmente, mi querido Pierre, ¡sois brujo! –dijo Madame la princesa viuda.

–Pero, si lo sabíais, Lenet –dijo en tono de reproche Madame la princesa viuda–, ¿por qué, viendo nuestra inquietud, no nos habéis tranquilizado con esas dos palabras?

–Porque quería dejar a la señora vizcondesa de Cambes la recompensa de sus fatigas –respondió Lenet inclinándose ante Claire, muy emocionada–, y también porque temía la explosión de alegría de Vuestras Altezas en la terraza y a la vista

de todos.

–¡Tenéis razón, siempre tenéis razón, Pierre, mi buen Pierre! –dijo Madame la princesa–. ¡Callémonos!

–Y es a ese buen Richon a quien se lo debemos –dijo Madame la princesa viuda–. Decid, compadre Lenet, ¿estáis satisfecho de él? ¿No es cierto que ha maniobrado a la perfección?

Compadre era la palabra cariñosa de la princesa viuda, que la había recibido del rey Enrique IV, que la empleaba a menudo.

–Richon es un hombre inteligente y activo, señora –dijo Lenet–, y Vuestra Alteza debe creer que si no hubiera estado seguro de ello como de mí mismo, no lo habría recomendado.

–¿Qué haremos por él? –dijo Madame la princesa.

–Habrá que darle algún puesto importante –dijo la viuda.

–¡Qué puesto importante!... Vuestra Alteza no se da cuenta –dijo con acritud Mme. de Tourville– de que el señor Richon no es gentilhombre.

–Ni yo tampoco, señora, lo soy –respondió Lenet–; lo cual no impide que Monsieur el príncipe tenga, supongo yo, alguna confianza en mí. Por supuesto, admiro y respeto a la nobleza de Francia; pero hay circunstancias en que me atrevería a decir que un gran corazón vale más que un viejo blasón.

–¿Y por qué no ha venido en persona ese buen Richon a anunciarme esa maravillosa noticia? –dijo Madame la princesa.

–Se ha quedado en Guyena para reunir cierto número de hombres. Me ha dicho que ya podía contar con casi trescientos soldados; sólo que, por falta de tiempo, dice que estarán mal preparados para resistir la campaña, y preferiría que se obtuviese para él el mando de una plaza como Vayres o la isla Saint-Georges. Allí, según él, estaría seguro de ser perfectamente útil a Sus Altezas.

–Pero ¿cómo obtenerlo? –preguntó la princesa–. En este momento, estamos mal en la corte como para recomendar a nadie, y a quien recomendáramos se convertiría en sospechoso al instante.

–Quizá, señora –dijo la vizcondesa–, habría un modo que el señor Richon me ha sugerido personalmente.

–¿Cuál?

–El señor d'Épernon está, al parecer –continuó la vizcondesa ruborizándose–, perdidamente enamorado de cierta damisela.

–¡Ah!, sí, la bella Nanon –dijo con desdén Madame la princesa–: lo sabemos.

–Pues bien, parece que el duque d'Épernon no tiene nada que negar a esa mujer, y que esa mujer concede todo lo que le pagan. ¿No se le podría pagar un despacho para el señor Richon?

–Sería un dinero bien invertido –dijo Lenet.

–Sí, pero la caja está vacía, lo sabéis de sobra, señor consejero –dijo Mme. de Tourville.

Lenet se volvió hacia Mme. de Cambes sonriendo.

–Ha llegado el momento, señora –le dijo–, de demostrar a Sus Altezas que habéis pensado en todo.

–¿Qué queréis decir, Lenet?

–Quiero decir, señora, que soy lo bastante afortunada para ofreceros una pequeña suma que he sacado con gran esfuerzo de mis aparceros; la ofrenda es muy modesta, pero no he podido conseguir más. ¡Veinte mil libras! –continuó la condesa bajando los ojos y titubeando, avergonzada como estaba de ofrecer una suma tan pequeña a las dos primeras damas del reino después de la reina.

–¡Veinte mil libras! –exclamaron las dos princesas.

–¡Pero si es una fortuna en tiempos como éstos! –añadió la princesa viuda.

–¡Esta querida Claire! –exclamó Madame la princesa–. ¿Cómo se lo agradeceremos?

–Vuestra Alteza ya lo pensará más tarde.

–¿Y dónde está esa suma? –preguntó Mme. de Tourville.

–En la habitación de Su Alteza, donde mi escudero Pompée ha recibido orden de llevarla.

–Lenet –dijo Madame la princesa–, recordad que debemos esa suma a Mme. de Cambes.

–Ya está incluida en nuestro debe –dijo Lenet sacando sus tablillas y enseñándoselo–; con fecha de hoy, veinte mil libras de la vizcondesa, en una columna cuyo total habría asustado un poco a las princesas si se hubieran molestado en sumarla.

–Pero ¿cómo os las habéis arreglado para pasar, querida? –dijo Madame la princesa–. Porque aquí nos dicen que el señor de Saint-Aignan vigila la ruta y registra hombres y cosas, ni más ni menos que un funcionario de gabelas.

–Gracias a la habilidad de Pompée, señora, hemos evitado ese peligro –dijo la vizcondesa–, dando un rodeo enorme que nos ha retrasado día y medio pero ha asegurado nuestro viaje. De no ser por ese incidente, habría llegado a presencia de Vuestra Alteza anteayer.

–Tranquilizaos, señora –dijo Lenet–, aún no se ha perdido tiempo; basta con que empleemos bien la jornada de hoy y la de mañana. Hoy, como Vuestras Altezas recuerdan, esperamos tres correos: uno ha llegado ya, faltan los otros dos.

–¿Y puede saberse el nombre de esos otros dos, señor? –preguntó Mme. de Tourville, siempre con la esperanza de coger en falta al consejero, al que hacía una guerra que, no por no haber sido declarada, era menos real.

–El primero, si mis previsiones no me engañan –respondió Lenet–, será Gourville⁸²; viene de parte del duque de La Rochefoucauld.

–De parte del príncipe de Marcillac, querréis decir –replicó Mme. de Tourville.

–El señor príncipe de Marcillac es ahora duque de La Rochefoucauld, señora.

–¿Ha muerto entonces su padre?

–Hace ocho días.

–¿Y dónde ha ocurrido?

–En Verteuil⁸³.

–¿Y el segundo? –preguntó Madame la princesa.

–El segundo es Blanchefort, capitán de los guardias de Monsieur el príncipe. Llega de Stenay, y viene de parte del señor de Turenne.

–En este caso –dijo Mme. de Tourville–, creo que para evitar toda pérdida de tiempo podríamos remitirnos al primer plan que hice, en el caso probable de la adhesión de Burdeos y de la alianza de los señores de Turenne y de Marcillac.

Lenet sonrió como de costumbre.

–Perdonadme, señora –dijo en el tono más cortés–, pero los planes decididos por Monsieur el príncipe están en este momento en vías de ejecución y prometen un éxito total.

–Los planes decididos por Monsieur el príncipe –dijo en tono agrio Mme. de Tourville–, que está en el torreón de Vincennes ¡y que no comunica a nadie!

–Éstas son las órdenes de Su Alteza, escritas de su puño y letra y fechadas ayer –dijo Lenet sacando de su bolsillo una carta del príncipe de Condé–, que he recibido esta mañana. Estamos en correspondencia.

El papel casi fue arrancado de las manos del consejero por las dos princesas, que devoraron con lágrimas de alegría todo su contenido.

–¡Ah!, creo que en los bolsillos de Lenet cabe todo el reino de Francia –dijo riendo la señora princesa viuda.

–Todavía no, todavía no –respondió el consejero–; pero, con la ayuda de Dios, conseguiré agrandarlos lo suficiente para ello. Ahora –continuó señalando intencionadamente a la vizcondesa–, ahora, la señora vizcondesa debe tener necesidad de reposo, porque esa larga ruta...

La vizcondesa comprendió el deseo que Lenet tenía de quedarse a solas con las dos princesas, y, tras una sonrisa de la viuda que la confirmó en esa idea, hizo un respetuoso saludo y se alejó.

Madame de Tourville se quedaba y se prometía una amplia cosecha de misteriosos informes; pero, a una señal imperceptible de Madame la princesa viuda a su nuera, las dos princesas, espontáneamente, y con una reverencia augusta y hecha con todas las normas de la etiqueta, anunciaron a Mme. de Tourville que el término de la sesión política a la que estaba llamada a participar había llegado. La dama de las teorías comprendió perfectamente la invitación, hizo a ambas damas una reverencia más grave y más ceremoniosa todavía que las suyas, y se retiró poniendo a Dios por testigo de la ingratitud de los príncipes.

Las dos princesas pasaron a su gabinete, y Pierre Lenet las siguió.

–Ahora –dijo Lenet tras haberse asegurado de que la puerta estaba bien cerrada–, si Vuestras Altezas quieren recibir a Gourville, ha llegado ya y está cambiándose de ropa, porque no se atreve a presentarse ante vos en su traje de viaje.

–¿Y qué noticia trae?

–La noticia de que el señor de La Rochefoucauld estará aquí esta noche o mañana con quinientos gentilhombres.

–¡Quinientos gentilhombres! –exclamó la princesa–: ¡eso es un verdadero ejército!

–Que hará difícil nuestro paso. Habría preferido cinco o seis servidores a todo ese aparato: nos ocultaríamos más fácilmente al señor de Saint-Aignan. Ahora será casi imposible llegar al Sur sin vernos inquietados.

–Mejor si nos inquietan –exclamó la princesa–, porque si nos inquietan, lucharemos y venceremos: el espíritu del señor de Condé caminará con nosotros.

Lenet miró a la princesa viuda como para recibir también su opinión; pero Charlotte de Montmorency, educada en las guerras civiles de Luis XIII, que había visto tantas altas cabezas agacharse para entrar en prisión, o rodar sobre los cadalsos por haber querido permanecer enhiestas, pasó tristemente la mano por su frente cargada de penosos recuerdos.

–Sí –dijo–, nos vemos forzados a eso: a ocultarnos o a combatir. ¡Cosa horrible! Vivíamos tranquilos, con un poco de gloria que Dios había enviado a nuestra casa; sólo tratábamos de permanecer en el rango en que nacimos, al menos espero que ninguno de nosotros haya tenido otra intención, y resulta que los azares del tiempo nos empujan a luchar contra nuestro amo...

–¡Señora! –dijo impetuosamente la joven princesa–, veo con menos pena que Vuestra Majestad la necesidad a que estamos obligados. Mi esposo y mi hermano sufren un indigno cautiverio: ese esposo y ese hermano son vuestros hijos. Además, vuestra hija está proscrita. Creo que eso excusa cualquier empresa que podamos intentar.

–Sí –dijo la princesa viuda con una tristeza llena de resignación–. Sí, lo soporto con más paciencia que vos, señora, y, además, también creo que nuestro destino ha llegado a ser el de proscritos o prisioneros. Nada más convertirme en esposa del padre de vuestro marido, hube de dejar Francia, perseguida por el amor del rey Enrique IV. Y nada más volver, tuvimos que entrar en Vincennes, perseguidos por el odio del cardenal de Richelieu⁸⁴. Mi hijo, hoy en prisión, vino al mundo en prisión, y al cabo de treinta y dos años ha podido ver de nuevo la habitación donde nació. ¡Ay!, vuestro suegro, Monsieur el príncipe, tenía razón en sus sombrías profecías cuando le anunciaron la victoria de la batalla de Rocroi, cuando lo llevaron a la sala tapizada con las banderas cogidas a los españoles: «Dios sabe la alegría que esta acción de mi hijo me da –dijo volviéndose hacia mí–; pero recordad, señora, que cuanta más gloria consiga nuestra casa, más desgracias le ocurrirán. Si no me armase de Francia, que es un blasón demasiado bello para abandonarlo, querría tomar por escudo de armas un halcón al que sus cascabeles denuncian y ayudan a recuperar, con esta divisa: *Fama nocet* ⁸⁵». Hemos hecho demasiado ruido, hija mía, y eso es lo que nos perjudica. ¿No sois de mi opinión, Lenet?

–Señora –replicó Lenet, afligido por los recuerdos que acababa de evocar la princesa–, Vuestra Alteza tiene razón, pero hemos avanzado demasiado para retroceder ahora. Es más: en circunstancias como las que estamos, se trata de tomar una resolución rápida, no debemos ocultarnos nuestra situación. Sólo somos libres en apariencia, la reina tiene los ojos puestos en nosotros, y el señor de Saint-Aignan nos bloquea. ¡Pues bien!, se trata de salir de Chantilly a pesar de la vigilancia de la reina y del bloqueo del señor de Saint-Aignan.

–¡Salgamos de Chantilly, pero salgamos con la cabeza alta! –exclamó Madame la princesa.

–Comparto esa opinión –dijo la princesa viuda–: los Condé no son españoles y no

traicionan. No son italianos y no engañan... Lo que hacen, lo hacen a plena luz y con la frente alta.

–Señora –dijo Lenet con el acento de la convicción–, Dios es testigo de que seré el primero en ejecutar la orden de Vuestra Alteza, sea la que sea; pero para salir de Chantilly como queréis hacer, hay que librar batalla... Sin duda, no tenéis la intención de ser mujeres el día del combate, después de haber sido hombres en el consejo... Marcharéis al frente de vuestros partidarios y seréis vos quienes lanzaréis a vuestros soldados el grito de guerra... Pero olvidáis que, al lado de vuestras preciosas existencias, empieza a brotar una existencia no menos preciosa: la del señor duque d’Enghien, vuestro hijo y nieto... ¿Correréis el riesgo de sepultar en la misma tumba el presente y el futuro de vuestra casa?... ¿Creéis que no servirá el padre de rehén a Mazarino durante empresas temerarias que se ejecuten en nombre del hijo? ¿No conocéis ya los secretos del torreón de Vincennes, tan lúgubramente ahondados por el gran prior de Vendôme⁸⁶, por el mariscal d’Ornano⁸⁷ y por Puylaurens⁸⁸? ¿Habéis olvidado esa cámara fatal que, a decir de Mme. de Rambouillet⁸⁹, vale su peso en arsénico?... No, señoras mías –continuó Lenet uniendo las manos–, no: oiréis el aviso de vuestro viejo servidor: saldréis de Chantilly como conviene a mujeres perseguidas... Recordad que vuestra arma más segura es la debilidad... Un hijo al que privan de su padre, una mujer a la que privan de su marido, una madre a la que privan de su hijo escapan como pueden de la trampa en que se los retenía... Para actuar y hablar en voz alta, esperad a que ya no haya miedo a que les dicten las condiciones de vuestro rescate... Nuestro plan está concertado con Gourville... Estamos seguros de una buena escolta, con la que evitaremos las afrentas del camino... porque hoy día veinte partidos diferentes controlan el campo y viven indistintamente del amigo y del enemigo... Consentid, todo está preparado.

–¡Partir a escondidas! ¡Partir como malhechores! –exclamó la joven princesa–. ¡Oh!, ¿qué dirá Monsieur el príncipe cuando sepa que su madre, su mujer y su hijo han sufrido semejante vergüenza?

–No sé lo que dirá, pero si triunfáis os deberá su libertad; si fracasáis, no comprometéis vuestros recursos –y sobre todo vuestra posición– como haríais en una batalla.

La princesa viuda reflexionó un instante y con una cara llena de afectuosa melancolía, dijo:

–Querido señor Lenet, convencí a mi hija, porque yo estoy obligada a permanecer aquí. He luchado hasta ahora, pero al fin sucumbo. El dolor que me consume y que en vano trato de ocultar para no desanimar a los que me rodean, va a clavarme en un lecho de dolor, que quizá sea mi lecho de muerte; pero vos lo habéis dicho: hay que salvar, ante todo, la fortuna de los Condé. Mi hija y mi nieto dejarán Chantilly, y espero que sean prudentes para seguir vuestros consejos; digo más: vuestras órdenes. Ordenad, Lenet, ¡vuestras órdenes serán cumplidas!

–¡Palidecéis, señora! –exclamó Lenet sosteniendo a la princesa viuda, a la que ya había cogido en sus brazos la princesa, alarmada por esa palidez.

–Sí –dijo la viuda cada vez más debilitada–: sí, las buenas noticias de hoy me han

hecho más daño que las angustias de los últimos días. Siento que me devora la fiebre; pero no demos muestra de nada; en un momento como éste podría perjudicarnos.

–Señora –dijo Lenet en voz baja–, la indisposición de Vuestra Alteza sería un favor del cielo si vuestra persona no sufriese. Guardad cama, difundir el rumor de esa enfermedad. Vos, señora –continuó, dirigiéndose a la joven princesa–, mandad llamar a vuestro médico Bourdelot⁹⁰, y, como vamos a tener necesidad de requisar las cuadras y los carruajes, anunciad por todas partes que vuestra intención es perseguir a un gamo en el parque. De esta forma, a nadie le sorprenderá ver hombres, armas y caballos en movimiento.

–Encargaos vos, Lenet. Pero ¿cómo un hombre tan previsor como vos no se ha dado cuenta de que podrán extrañarse de esa rara partida de caza en el momento mismo en que mi señora madre cae enferma?

–También eso está previsto, señora. ¿No cumple pasado mañana el señor duque d’Enghien siete años, y debe salir de las manos de las mujeres?

–Sí.

–Pues bien, digamos que esa partida de caza se da por la puesta de las primeras calzas del joven príncipe, que Su Alteza ha insistido de tal modo para que su enfermedad no eche a perder esta solemnidad que habéis tenido que ceder a sus instancias.

–¡Excelente idea! –exclamó con una sonrisa gozosa la viuda, muy orgullosa de esa primera proclamación de la virilidad de su nieto–. Sí, el pretexto es bueno; en verdad, Lenet, que sois un consejero digno y bueno.

–Pero para seguir la caza, ¿el señor duque d’Enghien irá en carroza? –preguntó la princesa.

–No, señora, a caballo. ¡Oh, no se asuste vuestro corazón maternal! He ideado una silla pequeña que Vialart, su escudero, aplicará delante del arzón de la suya; de esta forma, el señor duque d’Enghien será visto y por la noche podremos partir con toda seguridad. Porque suponed que haya que ganar a pie; a caballo el señor duque d’Enghien pasará por todas partes; en carroza se verá detenido por el primer obstáculo.

–Entonces, ¿sois de la opinión de partir?

–Pasado mañana por la noche, si Vuestra Alteza no tiene ningún motivo para retrasar su partida.

–¡Oh, no!, todo lo contrario, alejémonos de nuestra prisión cuanto antes, Lenet.

–Y una vez que salgamos de Chantilly, ¿qué haréis? –preguntó la princesa viuda.

–Atravesaremos el ejército del señor de Saint-Aignan, a quien hemos encontrado un medio de vendar los ojos. Nos reunimos con el señor de La Rochefoucauld y su escolta, y llegamos a Burdeos, donde nos esperan. Una vez en la segunda ciudad del reino, en la capital del Sur, podemos negociar o guerrear, según convenga a Vuestras Altezas; no obstante, tendré el honor de recordaros, señora, que incluso en Burdeos no tenemos posibilidad de resistir mucho tiempo, a no ser que contemos a nuestro alrededor con algunas plazas que obliguen a las tropas reales a entretenerse. Sobre todo, dos de esas plazas son de primera importancia: Vayres,

que domina la Dordoña y permite que lleguen las subsistencias a la ciudad, y la isla Saint-Georges⁹¹, que hasta los propios bordeleses consideran la llave de su ciudad. Pero ya pensaremos en eso más tarde; por ahora no pensemos más que en salir de aquí.

–No hay nada más fácil, creo yo –dijo Madame la princesa–. Aquí estamos solos y somos los amos, digáis lo que digáis, Lenet.

–No contéis con nada, señora, antes de estar en Burdeos. Con el espíritu diabólico del señor de Mazarino no hay nada fácil, y, si he esperado a estar solos para exponer mi plan a Vuestras Altezas, ha sido para satisfacer mi conciencia, os lo juro; porque en este mismo momento temo por la seguridad del proyecto que ha concebido por sí sola mi cabeza y que sólo vuestros oídos acaban de recibir. El señor de Mazarino no se entera de las noticias, las adivina.

–¡Oh!, lo desafío a desbaratar éste –dijo la princesa–; pero ayudemos a mi señora madre a volver a sus aposentos. Desde hoy propagaré el rumor de nuestra partida de caza de pasado mañana. Encargaos de las invitaciones, Lenet.

–Confiad en mí, señora.

La princesa viuda volvió a sus aposentos y se metió en la cama. Se llamó a Bourdelot, médico de la casa de Condé y preceptor del señor duque d'Enghien: la noticia de aquella inesperada indisposición se difundió enseguida por Chantilly, y en media hora los bosquecillos, las galerías y los parterres quedaron desiertos porque los huéspedes de las dos princesas se amontonaban en la antecámara de la señora princesa viuda.

Lenet pasó toda la jornada escribiendo, y esa misma noche más de cincuenta invitaciones eran llevadas en todas direcciones por los numerosos servidores de esa real casa.

XIII

La de dos días más tarde, momento en que iban a cumplirse los planes de maese Pierre Lenet, fue una de las jornadas más sombrías de esa primavera a la que tradicionalmente se califica como la más bella estación del año, que casi siempre es, en Francia sobre todo, la más desagradable.

La lluvia caía fina y tupida en los arriates de Chantilly, rayando una niebla gris que difuminaba los macizos del jardín y los oquedales del parque. En los grandes patios, ordenados alrededor de sus postes de espera, cincuenta caballos perfectamente ensillados aguardaban con las orejas caídas, la mirada triste y rascando impacientes la tierra con las patas; jaurías de perros unidos entre sí y reunidos en grupos de doce esperaban con ruidosos jadeos mezclados con largos bostezos, tratando, mediante un esfuerzo conjunto, de arrastrar al criado que secaba las orejas empapadas de lluvia de sus favoritos.

Aquí y allá vagaban, con las manos a la espalda y la trompa en bandolera, los piqueros en uniforme de gamuza. Algunos oficiales, endurecidos en las intemperies por los bivacs de Rocroi o de Lens, desafiaban el agua del cielo, y endulzaban el aburrimiento de la espera hablando por grupos en las terrazas o en las escalinatas exteriores.

Cada cual sabía que era día de ceremonia y había adoptado su aire más solemne para ver al señor duque d'Enghien, vestido con sus primeras calzas, correr su primer gamo. Todo oficial al servicio del príncipe, todo cliente de la ilustre casa, invitado por la circular de Lenet, había cumplido lo que consideraba un deber acudiendo a Chantilly. Las inquietudes que había provocado al principio la salud de Madame la princesa viuda habían sido disipadas por un boletín favorable de Bourdelot: tras una sangría, la princesa había tomado esa misma mañana el emético, panacea universal de aquella época.

A las diez, todos los invitados personales de Mme. de Condé habían llegado: cada uno había sido introducido presentando su invitación, y quienes por azar la habían olvidado, reconocidos por Lenet, habían sido introducidos tras un signo de éste al ujier. Estos invitados que, unidos a los servidores de la casa, podían formar una tropa de ochenta o noventa personas, en su mayoría se habían reunido alrededor del magnífico caballo blanco que, con una especie de orgullo, llevaba delante de su gran silla a la francesa una sillita de terciopelo con respaldo, destinada al señor duque d'Enghien, en la que debía sentarse cuando su escudero Vialart hubiera ocupado su sitio en la silla principal⁹².

Sin embargo, aún no se hablaba de prepararse para salir de caza: parecían esperar más invitados.

Hacia las diez y media, tres gentilhombres, seguidos por seis criados, todos ellos armados hasta los dientes y con alforjas tan hinchadas que se hubiera dicho que

iban a dar la vuelta a Europa, entraron en el castillo y, al ver en el patio postes que parecían preparados a ese efecto, quisieron atar en ellos sus cabalgaduras.

De inmediato, un hombre vestido de azul y con tahalí de plata se acercó, alabarda en mano, a los recién llegados, cuyo carruaje empapado de lluvia y cuyas botas manchadas de barro denunciaban a viajeros de largo recorrido.

–¿De dónde venís, caballeros? –dijo aquella especie de ujier cruzando la alabarda.

–Del norte –respondió uno de los caballeros.

–¿Y adónde vais?

–Al entierro.

–¿Podéis probarlo?

–Ved nuestro crespón.

En efecto, cada uno de los tres llevaba un crespón en su espada.

–Disculpadme, caballeros –dijo entonces el ujier–, el castillo está a vuestra disposición. Hay una mesa preparada, estancias calientes y lacayos que esperan vuestras órdenes; en cuanto a vuestros criados, serán atendidos en la antecocina.

Los gentilhombres, verdaderos campesinos hambrientos y curiosos, saludaron, pusieron pie en tierra, dejaron la brida de sus caballos en manos de sus lacayos y, tras hacerse indicar el camino del comedor, se dirigieron hacia ese lado. Un chambelán los esperaba en la puerta y les sirvió de guía.

Mientras, después de recogerlos de manos de los lacayos forasteros, los de la casa se habían hecho cargo de los caballos, que, llevados a las cuadras, almohazados, cepillados y restregados, fueron guiados hasta un comedero de avena y un pesebre provisto de paja.

En cuanto los tres gentilhombres se sentaron a la mesa, otros seis jinetes, seguidos por seis lacayos armados y equipados igual que los que ya hemos descrito, entraron como ellos, y como ellos, al ver los postes, quisieron atar sus monturas a los anillos. Pero el hombre de la alabarda, que había recibido rígidas consignas, se acercó a ellos, y repitiendo sus preguntas, dijo:

–¿De dónde venís?

–De Picardía. Somos oficiales en la Turenne.

–¿Adónde vais?

–Al entierro.

–¿Podéis probarlo?

–Ved nuestro crespón.

Y, como los primeros, mostraron el crespón que colgaba de la empuñadura de su estoque.

Se hicieron las mismas cortesías a estos últimos, que fueron a ocupar sus sitios a la mesa; los mismos cuidados se dieron a sus criados, que fueron a ocupar sus sitios en la cuadra.

Tras ellos se presentaron cuatro más, y se repitió la misma escena.

Desde las diez hasta el mediodía, de dos en dos, de cuatro en cuatro, de cinco en cinco, solos o en partida, suntuosos o miserables, pero todos bien montados, bien armados, bien equipados, llegaron cien jinetes a los que el alabardero interrogó de

la misma manera, y que respondieron diciendo de dónde venían, añadiendo adónde iban y mostrando el crespón.

Cuando todos terminaron de comer y de presentarse, mientras sus criados se refrescaban y descansaban sus caballos, Lenet entró en la sala donde se hallaban reunidos y les dijo:

–Caballeros, Madame la princesa os agradece por mi boca el honor que le habéis hecho de pasar por su casa cuando vais a reuniros con el señor duque de La Rochefoucauld, que os espera para celebrar las exequias de su señor padre... Considerad esta morada como vuestra, y participad en la diversión de una montería organizada para esta tarde por el señor duque d’Enghien, que hoy se pondrá su primer par de calzas.

Un murmullo de aprobación y de halagüeños agradecimientos acogió esta primera parte del discurso de Lenet, que, como hábil orador, había interrumpido su arenga convencido de un efecto seguro.

–Después de la caza –continuó– podréis cenar en la mesa de Madame la princesa, que desea daros las gracias personalmente; luego, podréis seguir vuestro camino con toda libertad.

Algunos gentilhombres prestaron una atención particular al enunciado de este programa que parecía atentar en cierto modo contra su libre albedrío; pero, prevenidos sin duda por el señor duque de La Rochefoucauld, se esperaban algo parecido, porque nadie reclamó. Unos se fueron a inspeccionar sus cabalgaduras, otros recurrieron a su equipaje para arreglarse y presentarse dignamente ante las princesas; otros, en fin, siguieron sentados a la mesa, hablando de los asuntos del tiempo, que parecían tener cierta cohesión con los acontecimientos de la jornada.

Muchos paseaban debajo del gran balcón en el que, una vez acabado su aseo, debía comparecer el señor duque d’Enghien, confiado por última vez al cuidado de las mujeres. El joven príncipe, en el fondo de sus aposentos con sus ayas y sus nodrizas, ignoraba su importancia. Pero, lleno ya de orgullo aristocrático, contemplaba con mirada impaciente el rico y sin embargo severo traje con que iba a ser revestido por primera vez; era un traje de terciopelo negro, bordado de plata mate, que daba a su atuendo el sombrío aspecto del luto –su madre quería pasar ante todo por viuda, e incluso había pensado en insertar, en cierta arenga, estas palabras: *Pobre príncipe huérfano*.

Pero no era el príncipe el que miraba con mayor codicia aquellas ropas espléndidas, insignias de su virilidad tan esperada. A dos pasos de él otro niño, apenas unos meses mayor que él, de mejillas rosadas, cabellos rubios, resplandeciente de salud, fuerza y petulancia, devoraba con los ojos el fasto que rodeaba a su afortunado compañero; y varias veces, sin poder resistir la curiosidad, había osado acercarse a la silla sobre la que estaban preparadas las hermosas ropas y había manoseado a escondidas la tela y acariciado los bordados, mientras el pequeño príncipe miraba hacia otro lado. Pero en una ocasión el duque d’Enghien volvió los ojos a tiempo y Pierrot retiró su mano demasiado tarde:

–¡Ten cuidado! –exclamó el pequeño príncipe con acritud–, ten cuidado, Pierrot, vas a estropear mis calzas: ¿no ves que es terciopelo bordado?... Y se aja en cuanto

se toca... Te prohíbo que toques mis calzas.

Pierrot escondió la mano culpable detrás de la espalda, haciendo con los hombros ese movimiento de mal humor tan frecuente en los niños de toda condición.

–No os enfadéis, Luis –dijo Madame la princesa a su hijo, cuyo rostro desfiguraba una mueca bastante fea–. Si Pierrot vuelve a tocar vuestras ropas, lo haremos azotar.

Pierrot cambió su mohín displicente por una mueca amenazadora y dijo:

–Monseñor es príncipe, pero yo soy jardinero... y si monseñor quiere impedirme tocar sus ropas, yo le impediré jugar con mis pintadas... ¡Ah!... soy más fuerte que monseñor... y él lo sabe de sobra...

Nada más pronunciar estas imprudentes palabras, la nodriza del príncipe, madre de Pierrot, cogió por la muñeca al independiente chiquillo y le dijo:

–Pierrot, olvidáis que monseñor es vuestro amo, el amo de todo lo que hay en el castillo y alrededor del castillo, y que por lo tanto vuestras pintadas son suyas.

–¡Vaya! –dijo Pierrot–, yo creía que era mi hermano...

–Vuestro hermano de leche, sí.

–Entonces, si es mi hermano, debemos compartirlo todo; y si mis pintadas son suyas, sus ropas son mías.

La nodriza iba a replicar con una demostración sobre la diferencia existente entre un hermano uterino y un hermano de leche, pero el joven príncipe, que quería que Pierrot asistiese a su triunfo completo, porque era la admiración y la envidia de Pierrot lo que deseaba excitar, no le dejó tiempo.

–No tengas miedo, Pierrot –dijo–, no estoy enfadado contigo, y dentro de un rato me verás sobre mi bonito caballo blanco y sobre mi preciosa silla... Dirigiré la cacería ¡y seré yo quien mate el gamo!

–¡Ah!, sí –respondió el irreverente Pierrot con el más impertinente signo de ironía–, ¡mucho vais a durar a caballo!... El otro día quisisteis montar en mi burro, ¡y mi burro os tiró al suelo!

–Sí... pero hoy –replicó el joven príncipe con toda la majestad que pudo llamar en su ayuda y encontrar en sus recuerdos–, hoy represento a mi papá, no me caeré... Además, Vialart me sujetará en sus brazos.

–Vamos, vamos –dijo Madame la princesa para cortar en seco la discusión de Pierrot y del señor duque d’Enghien–, vamos, ¡que vistan al príncipe! Acaba de sonar la una y todos nuestros gentilhombres esperan impacientes. Lenet, haced sonar la partida.

XIV

En ese mismo instante, el sonido del cuerno resonó en los patios y penetró hasta el fondo de los aposentos. Entonces cada cual corrió a su caballo fresco y reposado gracias a los cuidados que se les había prestado, y montó; el montero con sus sabuesos y los piqueros con sus jaurías de perros fueron los primeros en partir. Luego los gentilhombres se colocaron en fila, y el duque d'Enghien, montado en su caballo blanco, sostenido por su escudero Vialart, apareció rodeado por damas de honor, escuderos y gentilhombres, y seguido por su madre, de resplandeciente atuendo y montada en un caballo negro como el jade. A su lado, en un caballo que manejaba con gracia encantadora, estaba la vizcondesa de Cambes, adorable bajo sus ropas de mujer, que por fin había recuperado para gran alegría suya.

En cuanto a Mme. de Tourville, era inútil buscarla desde la víspera: había desaparecido; como Aquiles, se había retirado a su tienda⁹³.

La brillante cabalgata fue acogida con aclamaciones unánimes. Señalaban, alzándose sobre los estribos, a Madame la princesa y al señor duque d'Enghien, desconocidos para la mayoría de aquellos gentilhombres que nunca habían ido a la corte y eran ajenos a todas aquellas pompas reales. El niño saludaba con una sonrisa deliciosa, y Madame la princesa con dulce majestad: eran la esposa y el hijo de aquel a quien sus propios enemigos llamaban el Primer capitán de Europa. Este Primer capitán de Europa era seguido, perseguido y encarcelado por los mismos a los que había salvado del enemigo en Lens y defendido de los rebeldes en Saint-Germain⁹⁴. Aquello bastaba para excitar el entusiasmo. Por eso el entusiasmo llegó a su colmo.

Madame la princesa saboreó a grandes bocanadas aquellas pruebas de su popularidad; luego, tras unas palabras que dijo al oído de Lenet, dio la señal de partida, y pronto pasaron los arriates del parque, cuyas puertas estaban guardadas por soldados del regimiento de Condé. Detrás de los cazadores se cerraron las verjas, y como si esa precaución fuera todavía insuficiente para que algún falso hermano se uniese a la fiesta, los soldados se quedaron de centinelas detrás de las rejas, y en cada una de ellas permanecía de pie un ujier, vestido como el del patio y armado con una alabarda como él, con orden de abrir únicamente a quienes pudieran responder a las tres preguntas que constituían el santo y seña.

Un instante después de cerrarse las verjas, el sonido del cuerno y los furiosos ladridos de los perros anunciaron que habían soltado al gamo.

Mientras tanto, en el otro lado del parque, frente al muro del recinto construido por el condestable Anne de Montmorency⁹⁵, y en el recodo de la ruta, seis jinetes que prestaban atención al sonido de las trompas y a los ladridos de los perros se habían detenido acariciando a sus jadeantes caballos, y parecían celebrar consejo.

Viendo sus ropas totalmente nuevas, los brillantes arneses de sus monturas, las lustrosas capas que caían galantemente de sus hombros sobre la grupa de sus caballos, el lujo de las armas que unas aberturas artísticamente dispuestas dejaban ver, podía extrañar el aislamiento de estos gentilhombres, tan bellos y tan pimpantes en el momento en que toda la nobleza de los alrededores estaba reunida en el castillo de Chantilly.

Estos gentilhombres tan brillantes eran eclipsados, sin embargo, por el lujo de su jefe, o de quien parecía ser su jefe: plumas en el sombrero, tahalí dorado, finas botas con espuelas de oro, larga espada con empuñadura cincelada con calados, tal era, con el acompañamiento de una espléndida capa azul cielo a la española, el equipamiento de este jinete.

–¡Pardiez! –dijo al cabo de un instante de profundas reflexiones durante el que los seis jinetes se habían mirado con aire harto embarazoso–, ¿por dónde se entra en un parque, por la puerta o por la verja? Presentémonos en la primera verja o en la primera puerta, y entraremos. No es a jinetes de nuestro aspecto a quienes se deja fuera, cuando entran hombres vestidos como los que nos hemos cruzado desde esta mañana.

–Os repito, Cauvignac –respondió uno de los cinco jinetes a los que se dirigían las palabras de su jefe–, que esa gente mal vestida, y que, a pesar de sus ropas y su apariencia de patanes, está en este momento en el parque, nos aventajaba en una cosa: sabían la contraseña. Y como nosotros no la tenemos, no entraremos.

–¿Eso creéis, Ferguzon? –dijo con cierta deferencia hacia la opinión de su lugarteniente el que había hablado primero, y al que nuestros lectores reconocen como el aventurero que han encontrado en las primeras páginas de esta historia.

–¿Que si lo creo? Estoy totalmente seguro. ¿O pensáis que esta gente caza por cazar? ¡Tararí! Conspiran, es evidente.

–Ferguzon tiene razón –dijo un tercero–, conspiran y nosotros no entraremos.

–Sin embargo, agrada participar en la caza del gamo cuando uno la encuentra en su camino.

–Sobre todo cuando uno está harto de la caza del hombre, ¿no es así, Barrabás? –continuó Cauvignac–. Bien, que no se diga que pasa delante de nuestras narices. Tenemos cuanto hace falta para figurar dignamente en esa fiesta; estamos relucientes como escudos nuevos. Si el señor duque d’Enghien necesita soldados, ¿dónde los encontrará más apuestos? Si necesita conspiradores, ¿dónde los encontrará más elegantes? El menos suntuoso de nosotros tiene la apariencia de un capitán.

–Y vos, Cauvignac –dijo Barrabás–, en caso necesario pasaríais por duque o par.

Ferguzon no decía nada, reflexionaba.

–Por desgracia –continuó riendo Cauvignac–, Ferguzon no es de la opinión de cazar hoy.

–¡Peste! –dijo Ferguzon–, no soy tan remilgado: la caza es un placer de gentilhombre que me va de todos modos. Por eso no la desprecio para mí ni la disuado en los demás. Sólo digo que la entrada de este parque donde se caza está protegida por puertas y verjas.

–Atended –exclamó Cauvignac–, las trompas anuncian que han avistado al gamo.
–Eso no quiere decir que no cacemos –continuó Ferguzon.
–¿Y cómo quieres que cacemos, cabeza de burro, si no podemos entrar?
–Yo no digo que no podamos entrar –replicó Ferguzon.
–¿Y cómo quieres que entremos si las puertas y las verjas, abiertas para los otros, están cerradas según tú para nosotros?
–¿Por qué no hacer en ese murete, y sólo para nosotros, una brecha por la que pasaríamos con nuestros caballos, tras la cual no encontraríamos desde luego a nadie que nos exija reparación?
–¡Hurra! –exclamó Cauvignac agitando con alegría su sombrero–. ¡Reparación completa! ¡Ferguzon, entre nosotros tú eres el hombre de recursos! Y cuando hayamos derribado al rey de Francia de su trono para poner a Monsieur el príncipe, pido para ti el puesto del *signor* Mazarino Mazarini. ¡A la obra, compañeros, a la obra!
Tras estas palabras, Cauvignac saltó de su montura, ayudado por sus compañeros, uno solo de los cuales bastó para tener los caballos de todos, y se puso a demoler las piedras ya socavadas del muro del recinto.
En un abrir y cerrar de ojos los cinco trabajadores practicaron una brecha de tres o cuatro pies de ancho. Entonces volvieron a montar en sus caballos y, guiados por Cauvignac, se lanzaron hacia la brecha.
–Ahora –les dijo éste dirigiéndose hacia la parte donde oía el sonido de las trompas–, ahora sed corteses y de buen gusto, y os invito a cenar en casa del señor duque d’Enghien.

XV

Hemos dicho que nuestros seis gentilhombres de nuevo cuño iban bien montados; sus caballos además tenían, sobre aquellos jinetes llegados por la mañana, la ventaja de estar frescos. Por eso no tardaron en alcanzar al grueso de la cacería y colocarse entre los cazadores sin discusión alguna. La mayoría de los invitados procedían de diferentes provincias y no se conocían entre sí; por lo tanto, una vez en el parque los intrusos podían pasar por invitados.

Todo habría ido, pues, de maravilla si se hubieran mantenido en su fila, e incluso si se hubieran limitado a adelantar a los otros y a mezclarse con los piqueros y los oficiales de montería. Pero no fue así. Al cabo de un instante, Cauvignac pareció convencido de que la cacería se daba en su honor; arrancó un cuerno de las manos de un perrero que no se atrevió a negárselo, se lanzó a la cabeza de los monteros, se cruzó con el capitán de las monterías en todos los sentidos, cortó a través de bosques y montes bajos haciendo sonar a troche y moche la trompa, confundiendo el avistamiento con el lanzamiento, el sonido del cuerno con la emboscada, aplastando a los perros y derribando a los criados, saludando con coquetería a las damas cuando pasaba ante ellas, lanzando juramentos, chillando, animándose a sí mismo cuando los había perdido de vista y llegando hasta el gamo en el momento en que el animal, después de haber atravesado el gran estanque, estaba acorralado.

–¡Alalí! ¡Alalí! –gritó Cauvignac–, ¡el gamo es nuestro! ¡Pardiez!, ya lo tenemos.

–Cauvignac –decía Ferguzon, que le seguía a un cuerpo de caballo–, Cauvignac, conseguiréis que nos echen. ¡En nombre de Dios, moderaos!

Pero Cauvignac no oía nada, y, viendo que el animal se enfrentaba a los perros, echó pie a tierra y sacó la espada gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

–¡Alalí! ¡Alalí!

Y sus compañeros, excepto el prudente Ferguzon, animados por su ejemplo, se preparaban a abalanzarse sobre su presa cuando el capitán de la montería, apartando a Cauvignac con su cuchillo, dijo:

–Más despacio, señor, es la señora princesa quien dirige la cacería. Por lo tanto a ella corresponde cortar la garganta del gamo o conceder ese honor a quien bien le parezca.

Esta ruda advertencia devolvió el sentido a Cauvignac; y cuando retrocedía con bastante poca gracia, se vio rodeado de pronto por la muchedumbre de los cazadores, a quienes los cinco minutos de alto de Cauvignac habían bastado para alcanzar y formar un gran círculo alrededor del animal, acorralado al pie de una encina y rodeado por todos los perros reunidos y ensañados con él.

En ese mismo momento, por una larga alameda se vio acudir a la princesa precediendo al señor duque d'Enghien, a los gentilhombres y a las damas que

habían considerado un honor no abandonarla. Venía muy animada, y era fácil de comprender que preludiaba una guerra verdadera con aquel simulacro de guerra.

Al llegar al centro del círculo se detuvo, echó una mirada principesca a su alrededor y vio a Cauvignac y a sus compañeros devorados por las miradas inquietas y suspicaces de los piqueros y los oficiales de cacería.

El capitán se acercó a ella, cuchillo en mano; el príncipe solía servirse de su cuchillo, cuya hoja era del más fino acero y la empuñadura de plata sobredorada.

–¿Conoce Vuestra Alteza a este gentilhomme? –dijo en voz baja y señalando a Cauvignac con el rabillo del ojo.

–No –respondió ella–, pero si ha entrado, sin duda alguien lo conoce.

–No lo conoce nadie, Alteza, y todos a los que he interrogado lo ven hoy por primera vez.

–Pero ¿ha podido franquear las verjas sin tener la contraseña?

–No, desde luego –prosiguió el capitán–; sin embargo me atreveré a dar a Vuestra Alteza el consejo de que desconfíe.

–Ante todo hay que saber quién es –dijo la princesa.

–Lo sabremos ahora mismo, señora –respondió con su habitual sonrisa Lenet, que había acompañado a la princesa–. He enviado a un normando, un picardo y un bretón que van a interrogarlo; mas, por el momento, que Vuestra Alteza no parezca que le presta atención, o se nos escapará.

–Tenéis razón, Lenet; volvamos a nuestra cacería.

–Cauvignac –dijo Ferguzon–, creo que se habla de nosotros en las alturas. No haríamos mal en eclipsarnos.

–¿Eso crees? –dijo Cauvignac–. ¡Ah, tanto peor, a fe mía! Quiero ver el alalí, y que pase lo que tenga que pasar.

–Es un buen espectáculo, lo sé –dijo Ferguzon–; pero podríamos pagar nuestros sitios más caros que en el Hôtel de Bourgogne⁹⁶.

–Señora –dijo el capitán de montería presentando el cuchillo a la princesa–, ¿a quién quiere conceder Vuestra Alteza el honor de matar al animal?

–Me lo reservo para mí, caballero –dijo la princesa–: una mujer de mi rango debe acostumbrarse a tocar el hierro y a ver correr la sangre.

–Namur –dijo el capitán de montería al arcabucero–, preparaos.

El arcabucero salió de las filas, se acercó, arcabuz en mano, hasta situarse a veinte pasos del animal. La maniobra tenía por objeto matar al gamo con una bala si el gamo, desesperado, como a veces ocurre, en lugar de esperar a la princesa se abalanzaba contra ella.

La princesa se apeó del caballo, cogió el cuchillo, y con los ojos fijos, las mejillas ardiendo y los labios medio levantados, avanzó hacia el animal que, casi sepultado por entero bajo los perros, parecía cubierto por una abigarrada alfombra de mil colores. El animal, sin duda, no creyó que la muerte se le acercaba bajo los rasgos de aquella hermosa princesa, a cuya mano había ido a comer más de diez veces; por eso, caído sobre las rodillas como estaba, trataba de hacer un movimiento dejando caer de sus ojos esa gruesa lágrima que acompaña la agonía del ciervo, del gamo y del corzo. Pero no tuvo tiempo: la hoja del cuchillo sobre la que se reflejaba

un rayo de sol desapareció por completo en su garganta; la sangre saltó hasta el rostro de la princesa. El gamo alzó la cabeza, bramó dolorosamente y, lanzando una última mirada de reproche sobre su bella ama, cayó muerto.

En el mismo instante todas las trompetas lanzaron el toque de muerte, y resonaron mil gritos: «¡Viva la princesa!», mientras el joven príncipe, agitándose en su silla, batía jubilosamente las manos.

La princesa retiró el cuchillo de la garganta del animal, volvió los ojos con una mirada de Amazona a su alrededor, devolvió el arma ensangrentada al capitán de montería y subió de nuevo a su caballo.

Entonces Lenet se acercó a ella.

–¿Quiere la princesa que le diga –dijo con su habitual sonrisa– en quién estaba pensando cuando cortaba la garganta del pobre animal?

–Sí, Lenet, decidlo, me complaceréis.

–Estaba pensando en el señor de Mazarino, y habría querido que él estuviera en el lugar del gamo.

–Sí –exclamó la princesa–, bien pensado, y lo hubiera degollado sin piedad, os lo juro; Lenet, ¡sois un brujo! –luego, volviéndose hacia el resto de la compañía–: Ahora que la cacería ha terminado, caballeros –dijo–, tened a bien seguirme. Es demasiado tarde para atrapar otro gamo, y además la cena nos espera.

Cauvignac respondió a esa invitación con un gesto de lo más gentil.

–¿Qué hacéis, capitán? –preguntó Ferguzon.

–¡Acepto, pardiez! ¿No ves que la princesa acaba de invitarnos a cenar, como yo os había prometido?

–Cauvignac, creedme si queréis –dijo el teniente–, pero en vuestro lugar, yo volvería a la brecha.

–Ferguzon, amigo mío, vuestra perspicacia natural os falla. ¿No habéis observado las órdenes que ha dado ese caballero vestido de negro, y que tiene un falso aire de zorro cuando ríe, y de tejón cuando no ríe? Ferguzon, la brecha está guardada, e ir hacia la brecha equivale a decir que queremos irnos por donde hemos entrado.

–Pero ahora, ¿qué va a ser de nosotros?

–¡No te preocupes!... Yo respondo de todo.

Y tras esta seguridad, los seis aventureros volvieron a su fila en medio de los gentilhombres y se encaminaron con ellos hacia el castillo.

Cauvignac no se había equivocado: no les perdían de vista. Lenet caminaba por el lateral. A su derecha tenía al capitán de montería, a su izquierda, al intendente de la casa de Condé.

–¿Estáis seguros de que nadie conoce a esos jinetes? –decía éste.

–Nadie. Ya hemos interrogado a más de cincuenta gentilhombres, y siempre la misma respuesta: totalmente desconocidos para todo el mundo.

El normando, el picardo y el bretón volvieron a reunirse con Lenet sin poder decir más. Pero el normando había descubierto una brecha en el parque, y, como hombre inteligente, había dado orden de vigilarla.

–Entonces –dijo Lenet–, vamos a recurrir al medio más eficaz. No es preciso que

un puñado de espías nos haga despedir para nada a cien valientes gentilhombres... Cuidaos, señor intendente, de que nadie pueda salir del patio ni de la galería donde van a entrar los jinetes... Y vos, señor capitán, una vez cerrada la puerta de la galería, disponed un piquete de doce hombres con las armas cargadas, en caso de que ocurra algo... Ahora, marchaos: yo no los pierdo de vista.

Por lo demás, a Lenet no le costaba gran esfuerzo cumplir la tarea que se había impuesto a sí mismo. Cauvignac y sus compañeros no manifestaron ningún deseo de huir. Cauvignac caminaba en la primera fila, rizándose galantemente el bigote; lo seguía Ferguzon, tranquilizado por su promesa, pues conocía demasiado bien a su jefe para no estar seguro de que no se habría metido en aquella madriguera si la madriguera no tenía una segunda salida. En cuanto a Barrabás y sus otros tres compañeros, seguían al lugarteniente y al capitán sin pensar en otra cosa que en la excelente cena que los esperaba: eran, en suma, hombres muy materiales, que abandonaban con total despreocupación la parte intelectual de las relaciones sociales a sus dos jefes: su confianza en ellos era plena, total.

Todo ocurrió como había previsto el consejero y se ejecutó según su orden. Madame la princesa se sentó en el gran salón de recepción, bajo un dosel que le servía de trono: a su lado tenía a su hijo, vestido como hemos dicho.

Todo el mundo se miraba: les habían prometido una cena y era evidente que alguien iba a hacer un discurso.

En efecto, la princesa se levantó y tomó la palabra. Su arenga⁹⁷ fue convincente. Esta vez, Clémence de Maillé-Brezé no tuvo medida alguna y arremetió contra Mazarino. Los asistentes, por su parte, electrizados por el recuerdo de la afrenta hecha a toda la nobleza de Francia en la persona de los príncipes, y tal vez todavía más por la esperanza de las buenas condiciones que obtendrían en la corte en caso de éxito, interrumpieron dos o tres veces las palabras de Madame la princesa, jurando a gritos que servirían fielmente la causa de la ilustre casa de Condé, y la ayudarían a salir de la humillación a que Mazarino quería reducirla.

–Así pues, caballeros –exclamó la princesa para terminar su arenga–, es el concurso de vuestra bravura, es la ofrenda de vuestra abnegación lo que pide a vuestros corazones el huérfano que aquí veis... Vosotros sois nuestros amigos... Al menos, os habéis presentado como tales... ¿Qué podéis hacer por nosotros?

Entonces, tras un silencio de un instante, silencio lleno de solemnidad, dio comienzo la escena más grande y más conmovedora a un tiempo que se pueda ver.

Uno de los gentilhombres se inclinó saludando respetuosamente a la princesa.

–Me llamo Gérard de Montalent –dijo–. Traigo conmigo cuatro gentilhombres amigos míos. Entre todos nosotros tenemos cinco buenas espadas y dos mil pistolas que ponemos al servicio del señor príncipe... ésta es nuestra credencial, firmada por el señor duque de La Rocheaufoucauld.

Fue el turno entonces de la princesa: saludó, tomó la credencial de manos del donante, la entregó a Lenet e indicó con un gesto a los gentilhombres que pasaran a su derecha.

Apenas se situaron éstos en el lugar indicado cuando otro gentilhombre se levantó.

–Me llamo Claude Raoul de Sessac, conde de Clermont –dijo–. Vengo con seis gentilhombres amigos míos. Cada uno de nosotros tiene mil pistolas que, como favor, deseamos incorporar al tesoro de Vuestra Alteza... Venimos armados y equipados, y una simple soldada diaria nos bastará... Aquí tenéis nuestra credencial firmada por el señor duque de Bouillon.

–Pasad a mi derecha, caballeros –dijo la princesa cogiendo la carta del señor de Bouillon, de la que tomó conocimiento igual que de la primera, y que como la primera pasó a Lenet–, y podéis estar seguros de mi gratitud.

Los gentilhombres obedecieron.

–Me llamo Louis Ferdinand de Lorges, conde de Duras⁹⁸ –dijo entonces un tercer gentilhombre–. Llego sin amigos ni dinero, rico y fuerte con solo mi espada que consiguió abrirse paso entre las filas del enemigo porque estuve sitiado en Bellegarde. Aquí tenéis mi credencial, firmada por el señor vizconde de Turenne.

–Venid, venid, caballero –dijo la princesa cogiendo con una mano la credencial y dándole la otra a besar–. Venid, y poneos a mi lado, os hago uno de mis brigadieres.

Todos los gentilhombres imitaron el ejemplo: cada uno de ellos venía con una credencial, bien del señor de La Rochefoucauld, bien del señor de Bouillon, bien del señor de Turenne: entregaban la carta y pasaban a la derecha de la princesa. Cuando el lado derecho estuvo lleno, la princesa hizo que los gentilhombres pasaran al lado izquierdo.

De este modo, el fondo de la sala iba vaciándose poco a poco, y no tardaron en quedarse solos Cauvignac y sus esbirros formando un grupo solitario hacia el que cada cual, murmurando desconfiado, volvía una mirada de cólera y de amenaza.

Lenet lanzó una ojeada hacia la puerta. La puerta estaba bien cerrada. Sabía que detrás de aquella puerta estaba el capitán con doce hombres bien armados. Entonces, volviendo la vista hacia los desconocidos, preguntó:

–Y vosotros, caballeros, ¿quiénes sois? ¿Nos haréis el honor de nombraros y mostrarnos vuestras credenciales?

El principio de la escena, cuya salida, con la inteligencia que se le conocía, le inquietaba mucho, había puesto una sombra de inquietud en la cara de Ferguzon, y esa inquietud se había ido comunicando lentamente a sus compañeros que, como Lenet, miraban hacia el lado de la puerta; pero su jefe, majestuosamente envuelto en su capa, había permanecido impasible; avanzando dos pasos y saludando a la princesa tras la invitación de Lenet con gracia pretenciosa, dijo:

–Señora, me llamo Roland de Cauvignac, y traigo para el servicio de Vuestra Alteza estos cinco gentilhombres que pertenecen a las primeras familias de Guyena, pero que desean mantener su incógnito.

–Pero, sin duda, no habéis venido a Chantilly sin ser recomendados por alguien, caballero –dijo Madame la princesa conmovida por el espantoso tumulto que resultaría del arresto de aquellos seis hombres sospechosos–. ¿Dónde está vuestra credencial?

Cauvignac se inclinó como hombre que admitía lo apropiado de la demanda, metió la mano en su jubón, y sacó un papel plegado en cuatro que pasó a Lenet con

el saludo más profundo.

Lenet abrió, leyó, y la expresión más jovial vino a desarrugar sus rasgos, contraídos por una aprensión muy natural.

Mientras Lenet leía, Cauvignac paseaba sobre todos los presentes una mirada triunfadora.

–Señora –dijo en voz baja inclinándose al oído de la princesa–, mirad qué suerte: ¡una carta en blanco del señor d’Épernon!

–Caballero –dijo la princesa con su sonrisa más graciosa–, ¡gracias!, ¡tres veces gracias por mi esposo! ¡Por mí! ¡Por mi hijo!

La sorpresa había hecho enmudecer a todos los espectadores.

–Señor –dijo Lenet–, esta pieza es demasiado preciosa para que tengáis la intención de entregárnosla sin condiciones. Esta noche, después de la cena, hablaremos si os place, y me diréis en qué podemos servirlos.

Y Lenet se guardó en el bolsillo la carta blanca que Cauvignac tuvo la delicadeza de no pedirle.

–¡Bien! –dijo Cauvignac a sus compañeros–, ¿no os dije que os invitaba a cenar con el señor duque d’Enghien?

–Y ahora, a la mesa –dijo la princesa.

Tras estas palabras, los dobles batientes de la puerta lateral se abrieron y se vio una magnífica cena servida en la gran galería del castillo.

La cena fue de las más ruidosas; la salud del príncipe, propuesta más de diez veces, siempre fue vitoreada por los comensales de rodillas, espada en mano y con unas imprecaciones contra Mazarino capaces de derribar murallas.

Cada cual hizo honor a la buena comida de Chantilly. El propio Ferguzon, el prudente Ferguzon, se dejó llevar por el cebo de los vinos de Borgoña con los que entablaba conocimiento por primera vez. Ferguzon era gascón y hasta entonces sólo había podido apreciar los vinos de su tierra, que le parecían excelentes, pero que en esa época, de creer al duque de Saint-Simon⁹⁹, aún no tenían gran fama.

No ocurría lo mismo con Cauvignac. Cauvignac, sin dejar de apreciar en su justo valor los caldos de Moulin-à-Vent, de Nuits y de Chambertin, sólo los consumía de manera razonable. No había olvidado la sonrisa retorcida de Lenet, y pensaba que necesitaba de toda su razón para hacer con el taimado consejero un trato del que no tuviera que arrepentirse; por eso avivó la admiración de Ferguzon, de Barrabás y de sus tres restantes compañeros que, ignorando las causas de aquella templanza, fueron lo bastante simples para creer que su jefe se examinaba retrospectivamente.

Hacia el final de la comida, y como los brindis empezaban a hacerse más frecuentes, la princesa desapareció llevándose al señor duque d’Enghien y dejando plena libertad a sus comensales de prolongar el festín en la noche tanto como quisieran. Por lo demás, todo había transcurrido según sus deseos, e hizo un relato circunstanciado de la escena del salón y de la comida de la galería sin omitir más que una cosa: la frase que Lenet le había dicho al oído cuando se levantaba de la mesa: «Que Vuestra Alteza no olvide que partimos a las diez».

Iban a ser las nueve; la princesa comenzó sus preparativos.

Durante este tiempo, Lenet y Cauvignac intercambiaron una mirada. Lenet se levantó. Cauvignac hizo otro tanto; Lenet salió por una puertecita situada en el ángulo de la galería, Cauvignac comprendió la maniobra y le siguió.

Lenet condujo a Cauvignac a su gabinete: el aventurero caminaba detrás de él, con aire descuidado y confiado. Pero sin embargo su mano, mientras caminaba, jugaba con el mango de un largo puñal que llevaba en la cintura, y su mirada, ardiente y rápida, registraba las puertas entreabiertas y los tapices flotantes.

No era precisamente una traición lo que temía, pero siempre tenía por principio estar en condiciones de enfrentarse a la traición.

Después de entrar en el gabinete a medias iluminado por una lámpara, pero de cuya soledad le aseguró una sola ojeada, Lenet indicó con la mano un asiento a Cauvignac. Cauvignac se sentó a un lado de la mesa donde ardía la lámpara, y Lenet al otro.

–Caballero –dijo Lenet para captar desde el principio la confianza del gentilhombre–, antes de nada, aquí tenéis vuestra carta blanca, que os devuelvo. Es vuestra desde luego, ¿no es cierto?

–Es, caballero –respondió Cauvignac–, de quien la posee; como podéis ver, no lleva escrito otro nombre que el del señor duque d'Épernon.

–Cuando pregunto si es vuestra, pregunto si la poseéis con el consentimiento del señor duque d'Épernon.

–La he recibido de su propia mano, caballero.

–O sea, ¿que no ha sido sustraída ni conseguida mediante violencia? No digo por vos, sino por algún otro de quien la habríais recibido; quizá sólo la tengáis de segunda mano.

–Os repito que me ha sido entregada por el duque, de buen grado y a título de cambio por un papel que le entregué.

–¿Habéis contraído con el señor duque d'Épernon la obligación de hacer con esta carta blanca alguna cosa?

–No he contraído ningún compromiso con el señor duque d'Épernon.

–¿Quien la posea puede por tanto utilizarla con total seguridad?

–Puede hacerlo.

–¿Por qué entonces no la utilizáis vos mismo?

–Porque guardando esta carta blanca sólo puede suceder una cosa, mientras que si os la cedo puedo sacar dos.

–¿Y cuáles son esas dos cosas?

–En primer lugar, dinero.

–Apenas si lo tenemos.

–Seré razonable.

–¿Y la segunda?

–Un grado en el ejército de Sus Majestades los príncipes.

–Sus Majestades los príncipes no tienen ejército.

–Van a tener uno.

–¿No preferiríais un despacho para reclutar una compañía?

–Iba a proponeros ese acuerdo.

- ¿Sigue quedando en pie el dinero?
- Sí, queda el dinero.
- ¿Qué cantidad deseáis?
- Diez mil libras. Os he dicho que sería razonable.
- ¡Diez mil libras!
- Sí. Necesito algunos adelantos para armar y equipar a mis hombres.
- En efecto, no es demasiado.
- ¿Aceptáis entonces?
- Trato hecho.

Lenet sacó un despacho ya firmado, lo rellenó con los nombres que le indicó el joven, puso el sello de la princesa y lo entregó al titular; luego, abriendo una especie de caja con un mecanismo secreto donde se guardaba el tesoro del ejército rebelde, sacó diez mil libras en oro, que alineó en pilas de veinte lises cada una.

Cauvignac contó escrupulosamente una tras otra; luego, con la última, indicó con un gesto de cabeza a Lenet que la carta blanca era suya.

Lenet la cogió y la guardó en la caja, pensando sin duda que un documento tan precioso nunca podía guardarse con demasiado cuidado.

En el momento en que Lenet guardaba en el bolso de su jubón la llave de la caja, un criado muy asustado llegó para decirle que se le requería para un asunto de importancia.

En consecuencia, Lenet y Cauvignac salieron del gabinete: Lenet para seguir al criado, Cauvignac para regresar a la sala del festín.

Mientras tanto, la princesa hacía sus preparativos de marcha, que consistían en cambiar su vestido de ceremonia por un traje de amazona, bueno a un tiempo para el coche y para el caballo; en seleccionar sus papeles para quemar los inútiles y llevar consigo los preciosos; y, por último, en reunir sus diamantes, que había mandado desmontar para que ocupasen menos sitio y poder sacarles más fácilmente partido en una ocasión apremiante.

En cuanto al señor duque d'Enghien, debía partir con el traje con el que había corrido tras la caza, dado que aún no había habido tiempo de hacerle cazar. Su escudero Vialat debía estar constantemente junto a la portezuela del vehículo, montado sobre el caballo blanco, que era un puro corcel de sangre, para tomarlo en su sillita y llevárselo al galope si era necesario. No habían temido que se durmiese, y habían hecho venir a Pierrot para que jugara con él; pero la precaución era inútil; el orgullo de verse vestido de hombre lo mantenía despierto.

Los coches, enganchados a escondidas y como para acompañar a París a la señora vizcondesa de Cambes, habían sido llevados hasta una oscura alameda de castaños, donde era imposible verlos y donde aguardaban con las portezuelas abiertas y los cocheros en el pescante, a sólo veinte pasos de la verja principal. Únicamente esperaban la señal, que debía ser una fanfarria de cuernos. La princesa, con los ojos fijos en el reloj de péndulo que marcaba las diez menos cinco, ya se levantaba y se dirigía hacia el señor duque d'Enghien para cogerle de la mano cuando, de pronto, la puerta se abrió precipitadamente y Lenet se abatió más que entró en la habitación.

La princesa, al ver su cara pálida y su mirada turbada, palideció y se turbó a su vez:

–¡Oh, Dios mío! –le dijo avanzando hacia él–, ¿qué os pasa, qué ocurre?

–Ocurre –dijo Lenet con una voz sofocada por la emoción– que acaba de llegar un gentilhombre y solicita hablaros de parte del rey.

–¡Gran Dios! –exclamó la princesa–, ¿estamos perdidos! ¿Qué hacer, mi querido Lenet?

–Una sola cosa.

–¿Cuál?

–Desvestir enseguida al señor duque d’Enghien y revestir a Pierrot con sus ropas.

–¡Pero yo no quiero que me quiten mi ropa para dársela a Pierrot! –exclamó el joven príncipe dispuesto a deshacerse en lágrimas ante esa idea, mientras Pierrot, en el colmo de la alegría, temía haber oído mal.

–Es preciso, monseñor –dijo Lenet con ese poderoso acento que se encuentra en las ocasiones graves y que es capaz de impresionar incluso a un niño–, o ahora mismo os llevarán, a vos y a vuestra mamá, al mismo calabozo donde está vuestro padre el príncipe.

El duque d’Enghien se calló, mientras Pierrot, por el contrario, incapaz de dominar sus sentimientos, se dejaba arrastrar por una indecible explosión de alegría y de orgullo; se llevaron a los dos a una sala baja, contigua a la capilla, donde debía realizarse la metamorfosis.

–Por suerte –dijo Lenet–, la reina viuda está aquí, de no ser por eso habríamos luchado por Mazarino.

–Y ¿por qué?

–Porque el mensajero ha tenido que empezar visitando a la reina viuda en este momento y está en su antecámara.

–Pero ese mensajero del rey, ¿sólo es un vigilante, un espía que la corte nos envía?

–Vuestra Alteza lo ha dicho.

–Entonces su consigna es tenernos vigilados.

–Sí, pero ¿qué os importa si no os vigila a vos?

–No os comprendo, Lenet.

Lenet sonrió.

–Ya me comprendo yo, señora, respondo de todo. Que Pierrot se vista de príncipe y el príncipe de jardinero, yo me encargo de aleccionar a Pierrot.

–¡Oh, Dios mío! ¡Dejad que mi hijo se vaya solo!

–Vuestro hijo, señora, se marchará con su madre.

–Imposible.

–¿Por qué? Si han encontrado un falso duque d’Enghien, también encontrarán una falsa princesa de Condé.

–¡Ah, ahora sí, ahora comprendo todo de maravilla, mi buen Lenet, mi querido Lenet! Pero ¿quién hará mi papel? –añadió la princesa con cierta inquietud.

–No os preocupéis, señora –respondió el imperturbable consejero–, la princesa de Condé que quiero utilizar y que destino a ser vigilada por el espía del señor de

Mazarino, acaba de desnudarse a toda prisa; en este mismo momento, está metiéndose en vuestra cama.

La escena de la que Lenet acababa de dar cuenta a la princesa había ocurrido así:

Mientras los gentilhombres seguían bebiendo en la sala del festín, brindando por los príncipes y maldiciendo a Mazarino, mientras Lenet trataba en su gabinete con Cauvignac el intercambio de la carta blanca, mientras, finalmente, la princesa hacía sus últimos preparativos de partida, un jinete se había presentado en la verja principal del castillo, seguido por su lacayo, y había llamado.

El ujier había abierto, pero, detrás del ujier, el recién venido había encontrado al alabardero que ya conocemos.

–¿De dónde venís?– preguntó éste.

–De Mantes –respondió el jinete.

Hasta ahí todo iba bien.

–¿Adónde vais? –continuó el alabardero.

–A ver a la señora princesa viuda de Condé, luego a ver a la señora princesa y por último a ver al señor duque d’Enghien.

–¡Aquí no se entra! –dijo el alabardero cruzando su alabarda.

–¡Orden del rey! –respondió el jinete sacando un papel de su bolsillo.

Tras estas temibles palabras, la alabarda había sido recogida, el centinela había llamado, un oficial de la casa había acudido y el mensajero de Su Majestad, tras haber entregado su credencial, había sido introducido de inmediato en los aposentos.

Por suerte Chantilly era grande, y los aposentos de la señora duquesa viuda estaban lejos de la galería donde transcurrían las últimas escenas del ruidoso festín cuya primera parte hemos esbozado.

Si el mensajero hubiera solicitado ver primero a la princesa y a su hijo, todo el plan se habría venido abajo realmente. Pero la etiqueta exigía que saludase primero a la princesa madre. El primer ayuda de cámara le hizo pasar a un amplio gabinete contiguo al dormitorio de Su Alteza.

–Excusadme, señor –le dijo–, pero Su Alteza se sintió súbitamente indispuesta anteayer y acaban de sangrarla, hace menos de dos horas, por tercera vez. Voy a anunciarle vuestra llegada, y en un minuto tendré el honor de introducirlos.

El gentilhombre hizo un gesto de cabeza a modo de asentimiento y se quedó solo, sin darse cuenta de que, por el agujero de las cerraduras, tres cabezas curiosas acechaban su actitud y trataban de reconocerlo.

Eran, en primer lugar, Pierre Lenet, luego Vialart, el escudero del príncipe, y por último La Roussière¹⁰⁰, el capitán de cacerías. En caso de que uno u otro reconociera al gentilhombre, entraba y, so pretexto de hacerle compañía, lo abordaba para entretenerlo y ganar tiempo.

Pero ninguno de ellos había podido reconocer al que tanto interés tenían en ganar para su causa. Era un apuesto joven con uniforme de infantería. Con una indolencia que fácilmente hubiera podido traducirse por aversión a la misión que se le había encargado, miró los retratos de familia y el mobiliario del gabinete, deteniéndose sobre todo ante el retrato de la princesa viuda en cuyo aposento iba

a ser introducido y que había sido pintada en el momento más hermoso de su juventud y belleza.

Fiel a su promesa, el ayuda de cámara vino a buscar, al cabo de unos minutos apenas, al jinete para guiarle hasta la princesa viuda.

Charlotte de Montmorency se había incorporado: su médico, Bourdelot, acababa de dejar su cabecera; se cruzó con el oficial en el umbral y le hizo un saludo muy ceremonioso que el oficial le devolvió de igual manera.

Cuando la princesa oyó los pasos del visitante y las palabras que intercambiaba con el médico, hizo un rápido signo hacia la *ruelle*, y entonces el tapiz de pesados flecos que envolvía la cama, excepto por el lado que la princesa había abierto para recibir su visita, se agitó de manera imperceptible durante dos o tres segundos.

En efecto, en la *ruelle* de la princesa viuda estaban la joven princesa de Condé, que había entrado por una puerta secreta practicada en el revestimiento de madera, y Lenet, impaciente por saber, desde el principio de la entrevista, qué podía traer hasta Chantilly al mensajero del rey para ver a las princesas.

El oficial dio tres pasos en la habitación y se inclinó con un respeto que no era sólo el que la etiqueta ordenaba.

La princesa viuda había dilatado sus grandes ojos negros con el aire soberbio de una reina que va a enfurecerse: su silencio estaba cargado de tormenta. Su mano, de una blancura mate que la triple sangría volvía aún más blanca, hizo una seña al mensajero para que entregase el despacho del que era portador.

El capitán estiró su mano hacia la mano de la princesa y depositó respetuosamente en ella la carta de Ana de Austria. Luego esperó a que la princesa hubiera leído las cuatro líneas que contenía.

–Muy bien –murmuró la princesa viuda cerrando aquel papel con una sangre fría excesiva para no ser afectada–. Comprendo la intención de la reina por mucho que la envuelva en palabras amables: soy vuestra prisionera.

–¡Señora!... –dijo el oficial, azorado.

–Prisionera fácil de vigilar, caballero –continuó Mme. de Condé–, porque no estoy en condiciones de huir muy lejos; como habéis podido ver al entrar, tengo un severo guardián: mi médico, el señor Bourdelot.

Mientras decía estas palabras, la princesa miró más fijamente al mensajero, cuya fisonomía le pareció lo bastante agradable para que disminuyese algo la amarga acogida debida al portador de semejante conminación.

–Sabía que el señor de Mazarino era capaz de muchas violencias indignas –continuó–, pero aún no lo creía tan miedoso como para temer a una vieja mujer enferma, a una pobre viuda y a un niño, porque presumo que la orden de la que sois portador concierne también a mi hija la princesa y a mi nieto el duque.

–Señora –dijo el joven–, me desesperaría que Vuestra Alteza me juzgase por la misión que tengo la desgracia de verme obligado a cumplir. He llegado a Mantes con un mensaje para la reina. El *post-scriptum* del mensaje recomendaba el mensajero a Su Majestad: la reina tuvo entonces la bondad de decirme que me quedase a su lado, porque, según toda probabilidad, tendría necesidad de mis servicios. Dos días después, la reina me envió aquí; pero aun aceptando, era mi

deber, la misión, cualquiera que fuese, de la que Su Majestad se dignaba encargarme, me atreveré a decir que no la he solicitado y que incluso la habría rechazado, si los reyes fueran personas que pudieran tolerar una negativa.

Y, tras decir estas palabras, el oficial se inclinó por segunda vez tan respetuosamente como la primera.

–Auguro algo bueno de vuestra explicación, y espero, desde que me la habéis dado, poder ser una enferma que descansa. Sin embargo, sin falsa vergüenza, decidme ahora mismo, caballero, la verdad. ¿Seré vigilada hasta en mis aposentos, como hacen con mi pobre hijo en Vincennes? ¿Tendré derecho a escribir, y se vigilarán o no se vigilarán mis cartas? Si, contra toda apariencia, esta enfermedad me permite levantarme alguna vez, ¿se limitarán mis paseos?

–Señora –respondió el oficial–, la consigna que la reina me ha hecho el honor de darme en persona es ésta: «Id a asegurar a mi prima de Condé –me ha dicho Su Majestad–, que haré por los príncipes todo lo que la seguridad del Estado me permita. Le ruego, por medio de esta carta, recibir a uno de mis oficiales que pueda servir de intermediario entre ella y yo para los mensajes que quiera dirigirme. Este oficial –ha añadido la reina– seréis vos». Ésas han sido las palabras mismas de Su Majestad –continuó el joven, siempre con las mismas demostraciones de respeto.

La princesa había escuchado el relato con la atención que se pone en sorprender en una nota diplomática los sentidos que a menudo derivan de una palabra colocada con tal o cual condición, o de una coma puesta en tal o cual lugar.

Luego, tras meditar un instante, y viendo sin duda en aquel mensaje todo lo que había temido ver desde el principio, es decir, un espionaje descarado, la princesa se mordió los labios y dijo:

–Os alojaréis en Chantilly, caballero, de acuerdo con los deseos de la reina; indicaréis además el aposento que os resulte más agradable y más cómodo para cumplir vuestra tarea, y ese aposento será vuestro.

–Señora –respondió el gentilhomme frunciendo ligeramente el ceño–, he tenido el honor de explicar a Vuestra Alteza muchas cosas que no figuraban en las instrucciones. Entre la cólera de Vuestra Alteza y la voluntad de la reina, me encuentro peligrosamente situado, yo, un pobre oficial y sobre todo un mal cortesano; no obstante, creo que Vuestra Alteza podría dar muestras de generosidad absteniéndose de mortificar a un hombre que no es otra cosa que un instrumento pasivo. Es molesto para mí, señora, tener que hacer lo que hago. Pero si la reina me lo ha ordenado, sólo me toca obedecer religiosamente sus órdenes. Yo no hubiera solicitado la misión, me habría sentido feliz si se la hubieran dado a otro: me parece que ya es decir bastante...

Y el oficial alzó la cabeza con un rubor que provocó un rubor igual en la altiva frente de la princesa.

–Caballero –replicó ésta–, sea el que fuere el rango social en que estamos colocados, debemos, como habéis dicho, obediencia a Su Majestad. Seguiré, pues, el ejemplo que me dais y obedeceré como vos; pero, no obstante, debéis comprender cuán duro es no poder recibir a un digno gentilhomme como vos sin libertad para hacerle como una quiere los honores de su casa. A partir de este

momento, aquí vos sois el amo. Ordenad.

El oficial saludó profundamente a la princesa y replicó:

–Señora, Dios no quiere que yo olvide la distancia que me separa de Vuestra Alteza y el respeto que debo a vuestra casa. Vuestra Alteza seguirá dando órdenes en su casa y yo seré el primero de sus servidores.

Y, tras estas palabras, el joven gentilhomme se retiró sin apuro, sin servilismo, sin altivez, dejando a la princesa viuda sacudida por una cólera tanto más intensa cuanto que no podía culpar de nada a un mensajero tan discreto y respetuoso.

También Mazarino fue esa noche el centro de la conversación que, desde el fondo de aquella *ruelle*, hubiera fulminado al ministro si las maldiciones tuvieran el poder de matar como los proyectiles.

El gentilhomme volvió a encontrar en la antecámara al lacayo que lo había anunciado.

–Ahora, caballero –dijo éste acercándose al mensajero–, la señora princesa de Condé, a la que habéis pedido audiencia de parte de la reina, consiente en recibirlos: tened a bien seguirme.

El oficial comprendió aquel rodeo que servía para salvar el orgullo de las princesas, y pareció tan agradecido al favor que se le hacía como si ese favor no viniera impuesto por una orden superior. Atravesando, pues, los aposentos tras los pasos del ayuda de cámara, llegó a la puerta del dormitorio de la princesa.

Llegado allí, el ayuda de cámara se volvió.

–La señora princesa –dijo– se ha metido en la cama al volver de la cacería, y como está fatigada os recibirá acostada. ¿A quién debo anunciar a Su Alteza?

–Anunciad al señor barón de Canolles de parte de Su Majestad la reina regente –respondió el gentilhomme.

Al anunciarse este nombre, que la pretendida princesa oyó desde su cama, ésta hizo un gesto de sorpresa que, de haber sido visto, hubiera comprometido singularmente su identidad; y echando precipitadamente con la mano derecha sus cofias sobre los ojos mientras con la izquierda llevaba hasta su barbilla la suntuosa colcha de su cama, dijo con voz alterada:

–Hacedlo pasar.

El oficial entró.

Madame de Condé

I

Introdujeron a Canolles en una amplia sala forrada de una tapicería oscura y sólo iluminada por una lámpara de noche colocada sobre una consola entre las dos ventanas; a pesar de la escasa luz que difundía podía distinguirse, encima de la lámpara, un gran cuadro que representaba a una mujer pintada de pie y con un niño cogido de la mano. En las cornisas de los cuatro rincones resplandecían las tres flores de lis de oro¹⁰¹ a las que bastaba quitarles la banda en forma de corazón para hacer las tres flores de lis de Francia. Por último, en el hueco de una amplia alcoba donde apenas penetraba la débil y temblorosa luz se distinguía, bajo las pesadas cortinas de una cama, a la mujer en la que tan singular efecto había producido el nombre del barón de Canolles.

El gentilhombre empezó de nuevo las formalidades acostumbradas, es decir, dio los tres pasos de rigor hacia la cama, saludó, dio tres pasos más; luego, cuando las dos doncellas, que sin duda habían ayudado a Mme. de Condé a meterse en la cama, se retiraron, el ayuda de cámara cerró la puerta y Canolles se encontró solo con la princesa.

No correspondía a Canolles iniciar la conversación, por lo que esperó a que le dirigieran la palabra; pero como, por su parte, la princesa parecía querer guardar un obstinado silencio, el joven oficial consideró preferible dejar a un lado las conveniencias a permanecer más tiempo en una posición tan embarazosa. Sin embargo, no se le ocultaba que la tormenta aún contenida en aquel desdeñoso silencio iba a estallar sin duda con las primeras palabras que lo rompieran, y que iba a tener que sufrir una segunda cólera de parte de una princesa más temible aún que la primera, dado que era más joven y más interesante.

Pero el exceso mismo de la afrenta que se le había hecho envalentonó al joven gentilhombre e, inclinándose una tercera vez, según la circunstancia, es decir, con un saludo envarado y acompasado, presagio del mal humor que se gestaba en su cerebro de gascón, dijo:

–Señora, he tenido el honor de pedir, de parte de Su Majestad la reina reinante, una audiencia a Vuestra Alteza; Vuestra Alteza se ha dignado concedérmela. Ahora, ¿queréis colmarme de bondades dándome a conocer con una palabra, con un signo, que habéis tenido a bien daros cuenta de mi presencia y que estáis dispuesta a oírme?

Un movimiento en las cortinas y bajo las mantas advirtió a Canolles que iban a responderle.

En efecto, se dejó oír una voz, casi sofocada en el colmo de la emoción.

–Hablad, señor –dijo aquella voz–, os escucho.

Canolles adoptó el tono oratorio y empezó:

–Su Majestad la reina –dijo– me envía a vos, señora, para asegurar a Vuestra

Alteza el deseo que tiene de continuar con vos sus buenas relaciones de amistad.

En el pasillo entre la pared y la cama se produjo un movimiento visible, y la princesa, interrumpiendo al orador, dijo con voz entrecortada:

–Caballero, no volváis a hablar de la amistad que existe entre Su Majestad la reina y la casa de Condé; hay pruebas de lo contrario en las mazmorras del torreón de Vincennes.

«Vamos –pensó Canolles–, parece que se han pasado la consigna y que todos repetirán lo mismo.»

Mientras, un nuevo movimiento que el mensajero no percibió debido al embarazo de la situación, se operaba en la *ruelle* de la cama. La princesa continuó:

–Al grano, caballero, ¿qué queréis?

–Yo no quiero nada, señora –dijo Canolles irguiéndose–. Es Su Majestad la reina quien quiere que yo venga a este castillo, que haga compañía, por indigno que yo sea de este honor, a Vuestra Alteza, y que contribuya con todo mi poder a restablecer la buena armonía entre los dos príncipes de la sangre real, desunidos sin motivo en un tiempo tan doloroso.

–¡Sin motivo! –exclamó la princesa–. ¿Pretendéis que nuestra ruptura carece de motivo?

–Perdón, señora –continuó Canolles–. Yo no pretendo nada, no soy juez, sólo soy el intérprete.

–Y mientras esa buena armonía se restablece, la reina me hace espiar, so pretexto...

–Entonces, ¿soy un espía? –dijo Canolles irritado–. ¡Por fin ha aparecido la palabra! Agradezco a Vuestra Alteza su sinceridad.

Y, en la desesperación que empezaba a dominarlo, Canolles hizo uno de esos bellos movimientos que con tanta avidez buscan los pintores para sus cuadros inanimados y los actores para sus cuadros vivientes.

–O sea que ya está decidido, ¡soy un espía! –continuó Canolles–. Pues bien, señora, tened a bien tratarme como se trata a esos miserables; olvidad que soy el enviado de una reina, que esa reina responde de todos mis actos, que no soy más que un átomo que obedece a su soplo. Hacedme expulsar por vuestros lacayos, hacedme matar por vuestros gentilhombres, poned frente a mí a personas a las que pueda responder con el bastón o la espada; pero, por favor, ¡no insultéis con tanta crueldad a un oficial que cumple al mismo tiempo su deber de soldado y de súbdito, vos, señora, a quien tan alto han puesto la cuna, el mérito y la desgracia!

Estas palabras que habían escapado de su corazón, dolorosas como un gemido, estridentes como un reproche, debían producir y produjeron su efecto. Al oírlas, la princesa se incorporó apoyándose en su codo, con los ojos brillantes y la mano temblorosa, y, haciendo un gesto lleno de angustia al mensajero, dijo:

–Dios no quiera que mi intención sea insultar a un gentilhombre tan valiente como vos. No, señor de Canolles, no, no sospecho de vuestra lealtad; olvidad mis palabras, son hirientes, lo admito, y no era mi pretensión heriros. No, no, sois un noble caballero, señor barón, y os rindo plena y total justicia.

Y como para pronunciar estas palabras, arrastrada sin duda por el generoso

impulso que se las arrancaba del corazón, la princesa había salido a pesar suyo de la sombra del dosel formado por las espesas cortinas, como se había podido ver su blanca frente bajo sus cofias, sus rubios cabellos desplegados en trenzas, sus labios de un rojo ardiente, sus ojos húmedos dulces, Canolles temblaba, porque acababa de pasar ante sus ojos una especie de visión, porque creyó respirar de nuevo un perfume cuyo sólo recuerdo lo embriagaba. Le pareció que una de esas puertas de oro por las que pasan los bellos sueños se abría para devolverlo al enjambre volador de los pensamientos risueños y de las alegrías del amor. Su mirada cayó más firme y más clara sobre la cama de la princesa, y en el breve espacio de un segundo, mientras el destello rápido de un relámpago iluminaba todo el pasado, reconoció en la princesa acostada delante de él al vizconde de Cambes.

Por lo demás, al cabo de unos instantes su agitación era tal que la falsa princesa pudo cargarla en la cuenta del molesto reproche que tanto la había hecho sufrir y, como el movimiento que había hecho sólo había tenido, como hemos dicho, la duración de un instante, como había tenido el cuidado de volver casi al instante bajo la penumbra, de velar de nuevo sus ojos, de ocultar en el mismo momento su mano blanca y afilada que podía traicionar su incógnito, trató, no sin emoción, pero cuando menos sin inquietud, de reanudar la conversación donde la había dejado.

–¿Qué decíais, caballero? –dijo la joven.

Pero Canolles estaba deslumbrado, fascinado; las visiones pasaban una y otra vez ante sus ojos, sus ideas se arremolinaban, perdía la memoria, el sentido; iba a perder el respeto y a lanzar una interrogación. Un solo instinto, quizá el que Dios pone en el corazón de los que aman, que las mujeres llaman timidez y que sólo es avaricia, aconsejó a Canolles seguir disimulando y esperar, no perder su sueño, no comprometer, con una palabra imprudente y escapada demasiado deprisa, la felicidad de toda su vida.

No volvió a añadir un gesto ni una palabra a lo que quería decir o hacer estrictamente. ¿Qué sería de él, gran Dios, si aquella gran princesa lo reconocía de golpe, si iba a sentir horror por él, en su castillo de Chantilly, como había sentido desconfianza en la posada de maese Biscarros; si iba a volver sobre la acusación ya abandonada, y si iba a creer que él quería, gracias a un título oficial, gracias a una orden real, seguir con las persecuciones, perdonables hacia el vizconde o la vizcondesa de Cambes, pero insolentes y casi criminales tratándose de una princesa de sangre?

«Pero ¿es posible que una princesa de este nombre y este rango haya viajado sola, así, con un único criado?», pensó de pronto.

Y como siempre ocurre en ocasiones semejantes, cuando el espíritu vacilante y confuso trata de apoyarse en algo, Canolles miró enamorado a su alrededor, y sus ojos se detuvieron en el retrato de aquella mujer que cogía a su hijo de la mano.

Al verlo, una súbita iluminación cruzó por su mente, y, a pesar suyo, dio un paso para acercarse al cuadro.

Por su parte, la falsa princesa no pudo retener un leve grito, y, cuando se volvió

al oírlo, Canolles vio que el rostro ya velado ahora estaba totalmente oculto.

«¡Oh, oh! –se dijo Canolles para sí–, ¿qué quiere decir esto? O es la princesa a la que he encontrado en el camino de Burdeos, o soy víctima de un ardid, y no es ella la que está en la cama. En cualquier caso, ya veremos.»

–Señora –dijo de pronto–, no sé qué pensar ahora de vuestro silencio, y he reconocido...

–¿Qué habéis reconocido? –exclamó vivamente la dama del lecho.

–He reconocido –continuó Canolles– que había tenido la desgracia de inspiraros la misma opinión que ya he inspirado a la señora princesa viuda.

–¡Ah! –no pudo evitar decir la voz con un suspiro de alivio.

La frase de Canolles quizá no era muy lógica, y estaba fuera de lugar en la conversación; pero el golpe estaba dado. Canolles había observado el movimiento de angustia que lo había interrumpido, y el movimiento de alegría que había acogido sus últimas palabras.

–Sin embargo –continuó el oficial–, no me veo menos obligado a decir a Vuestra Alteza, por desagradable que le resulte, que debo permanecer en el castillo y acompañar a Vuestra Alteza a todos los sitios donde le plazca ir.

–Así pues –exclamó la princesa–, ¿ni siquiera en mi dormitorio podré estar sola? ¡Oh, caballero, esto es más que una indignidad!

–Ya he dicho a Vuestra Alteza que ésas eran mis instrucciones, pero puede tranquilizarse Vuestra Alteza –añadió Canolles clavando una penetrante mirada en la dama del lecho y sopesando cada palabra–, vos debéis conocer mejor que nadie que sé obedecer los ruegos de una mujer.

–¿Yo? –exclamó la princesa con un acento en el que aún había más apuro que asombro–. En verdad, caballero, no sé lo que queréis decir: ignoro a qué circunstancias aludís.

–Señora –continuó el oficial inclinándose–, creía que el ayuda de cámara que me ha introducido había dicho mi nombre a Vuestra Alteza. Soy el barón de Canolles.

–¿Y eso qué me importa, caballero? –dijo la princesa con una voz bastante firme.

–Pensaba que, como ya he tenido el honor de ser agradable a Vuestra Alteza...

–¿A mí? ¿Y cómo ha sido, si no os importa decírmelo? –continuó la voz con una alteración que recordaba a Canolles cierto tono muy irritado, pero muy temeroso al mismo tiempo, que había permanecido en su memoria.

Canolles pensó que había ido bastante lejos, además estaba casi decidido.

–No cumpliendo al pie de la letra mis instrucciones –continuó en tono del más profundo respeto.

La princesa pareció tranquilizada.

–Caballero –dijo–, no quiero que incurráis por mí en falta; cumplid vuestras instrucciones, sean las que fueren.

–Señora –continuó Canolles–, por suerte aún ignoro cómo se persigue a una mujer, con mayor razón cómo se ofende a una princesa. Tengo pues el honor de repetir a Vuestra Alteza lo que ya he dicho a Madame la princesa viuda, que era su muy humilde servidor... Tened a bien darme vuestra palabra de que no saldréis del castillo sin mi compañía, y os libero de mi presencia, que, como bien puedo

suponer, debe de ser odiosa a Vuestra Alteza.

–Pero en tal caso, caballero –dijo vivamente la princesa–, no cumpliríais vuestras órdenes...

–Haré lo que mi conciencia me dice que debo hacer.

–Señor de Canolles –dijo la voz–, os juro que no saldré de Chantilly sin avisaros.

–En tal caso, señora –dijo Canolles inclinándose hasta el suelo–, perdonadme por haber sido la causa involuntaria de vuestra cólera de un instante. Vuestra Alteza sólo volverá a verme cuando me haga llamar.

–Os lo agradezco, barón –dijo la voz con una expresión de alegría que pareció tener su eco en el pasillo de la cama–. Podéis marcharos, os lo agradezco; mañana tendré el placer de volver a veros.

Esta vez el barón reconoció, sin posibilidad de equivocarse, la voz, los ojos y la sonrisa indeciblemente voluptuosa de la deliciosa criatura que, por así decir, se le había deslizado entre las manos, durante aquella velada en que el caballero desconocido había ido a llevarle la orden del duque d'Épernon. Eran esas imperceptibles emanaciones que perfuman el aire que respira la mujer amada, era ese tibio vapor que es un cuerpo cuyos contornos cree abarcar el alma enamorada; supremo esfuerzo de la imaginación, esa caprichosa hada que se nutre de idealidad, como la materia de lo positivo.

Una última ojeada sobre el retrato, por mal iluminado que estuviese, mostró al barón, cuyos ojos, además, empezaban a acostumbrarse a aquella semioscuridad, la nariz aguileña de los Maillé, los cabellos negros y los ojos hundidos de la princesa; mientras que, ante él, la mujer que acababa de representar el primer acto del difícil papel que había emprendido tenía los ojos a flor de piel, la nariz recta de aletas dilatadas, la boca hundida en la comisura por el hábito de sonreír, y esas mejillas redondeadas que alejan toda idea de meditaciones laboriosas.

Canolles sabía cuanto quería saber; saludó, pues, con el mismo respeto que si hubiera creído tener enfrente a la princesa y se retiró a su aposento.

II

Canolles aún no tenía una decisión tomada; por eso, empezó a caminar rápidamente de un lado a otro de su aposento, como suelen hacer las personas indecisas, sin darse cuenta de que Castorin, que esperaba su regreso, se había levantado al verlo y lo seguía, llevando en las manos un batín totalmente extendido tras el que se ocultaba.

Castorin topó con un mueble, Canolles se volvió.

–Pero ¿qué hacéis ahí con ese batín? –le dijo.

–Espero a que el señor se quite el traje.

–No sé cuándo me quitaré mi traje. Dejad ese batín en un sillón, y esperad.

–¡Cómo! ¿El señor no se quita su uniforme? –preguntó Castorin, que, criado caprichoso por temperamento, esa noche parecía más arisco que de costumbre–. ¿Piensa el señor en no irse a dormir enseguida?

–Sí.

–¿Y cuándo piensa entonces acostarse el señor?

–¿Qué os importa?

–Me importa mucho, porque estoy muy cansado.

–¡Ah, vaya! –dijo Canolles deteniéndose y mirando a la cara a Castorin–, ¿estáis muy cansado?

Y el gentilhombre leyó con toda claridad en el rostro de su lacayo esa expresión impertinente de los criados que se mueren de ganas de que los pongan en la calle.

–¡Muy cansado! –dijo Castorin.

Canolles se encogió de hombros.

–Salid –le dijo–, quedaos en la antecámara. Cuando os necesite, ya os llamaré.

–Advierto al señor que, si tarda mucho, ya no me encontrará en la antecámara.

–¿Y dónde estaréis, si puede saberse?

–En mi cama. Creo que, después de haber hecho doscientas leguas, ya es hora de acostarse.

–Señor Castorin –dijo Canolles–, sois un patán.

–Si el señor cree que un patán no es digno de ser su lacayo, al señor le basta decir una sola palabra, y le liberaré de mi servicio –respondió Castorin adoptando su aire más majestuoso.

Canolles no tenía demasiada paciencia en ese momento, y si Castorin hubiera tenido la facultad de vislumbrar sólo la sombra de la tormenta que crecía en el espíritu de su amo, es evidente que, por muchas ganas que tuviera de estar libre, habría esperado a otro momento para hacerle la proposición que acababa de aventurarle. Por eso el gentilhombre se fue derecho hacia su lacayo y cogiéndolo por uno de los botones de la casaca entre el pulgar y el índice, movimiento que luego ha sido familiar en un hombre mayor de lo que nunca fue el pobre

Canolles¹⁰², le dijo:

–Repetid eso.

–Repito –respondió Castorin con la misma imprudencia– que si el señor no está satisfecho conmigo, liberaré al señor de mis servicios.

Canolles soltó a Castorin y fue a coger su bastón muy serio. Castorin comprendió de qué se trataba.

–Señor –exclamó–, tened cuidado con lo que vais a hacer. Ya no soy un simple lacayo; estoy al servicio de Madame la princesa.

–¡Ah, ah! –exclamó Canolles bajando el bastón ya levantado–. ¡Ah!, estáis al servicio de Madame la princesa.

–Sí, señor, desde hace un cuarto de hora –dijo Castorin irguiéndose.

–¿Y quién os ha contratado para ese servicio?

–El señor Pompée, su intendente.

–¡El señor Pompée!

–Sí.

–¿Y por qué no me lo has dicho enseguida? –exclamó Canolles–. Sí, sí, haces bien dejando mi servicio, mi querido Castorin, y aquí tienes dos pistolas para indemnizarte por los bastonazos que he estado a punto de darte.

–¡Oh! –exclamó Castorin sin atreverse a coger el dinero–, ¿qué quiere decir eso? ¿Se burla el señor de mí?

–No... al contrario, hazte lacayo de Madame la princesa, amigo mío. Pero ¿cuándo debía empezar tu servicio?

–Desde el momento en que el señor me haya devuelto mi libertad.

–Bien, te devuelvo tu libertad a partir de mañana por la mañana.

–¿Y de aquí a mañana por la mañana?

–De aquí a mañana por la mañana sigues siendo mi lacayo, y debes obedecerme.

–Encantado. ¿Qué ordena el señor? –dijo Castorin decidiéndose a coger las dos pistolas.

–Dado que tienes ganas de dormir, ordeno que te desnudes y que te metas en tu cama.

–¿Cómo? ¿Qué quiere decir el señor? No comprendo...

–No tienes necesidad de comprender, sino de obedecer, nada más. Desnúdate, yo te ayudo.

–¿Cómo? ¿El señor quiere ayudarme?

–Claro; ya que vas a hacer el papel del caballero de Canolles, es preciso que yo haga el de Castorin.

Y sin esperar el permiso de su lacayo, el barón le quitó la casaca, que se puso, el sombrero, que también se puso sobre la cabeza, y, encerrándolo con doble vuelta de llave antes de que se hubiera recuperado de su sorpresa, descendió rápidamente la escalera.

Canolles empezaba a ver por fin claro en todo aquel misterio, aunque una parte de los sucesos seguía estando envuelta para él en una nube. Desde hacía tres horas le había parecido que nada de lo que había visto, nada de lo que había oído era perfectamente natural. En Chantilly, la actitud de todos era envarada: le parecía

que todas las personas que encontraba interpretaban un papel, y, sin embargo, los detalles se fundaban en una armonía general que indicaba al vigilante enviado de la reina que, sin no quería ser víctima de alguna gran mistificación, debía redoblar la vigilancia.

La reunión de Pompée con el vizconde de Cambes aclaraba muchas dudas.

Las que todavía le quedaban a Canolles acabaron de disiparse cuando, nada más salir del patio, vio a pesar de la profunda oscuridad de la noche a cuatro hombres que avanzaban y se disponían a entrar por la misma puerta que él acababa de franquear; estos cuatro hombres eran guiados por el mismo ayuda de cámara que lo había introducido a él en los aposentos de las princesas. Otro hombre envuelto en una capa los seguía.

En el umbral, la pequeña tropa se detuvo esperando las órdenes del hombre de la capa.

–Vos sabéis dónde se aloja –dijo éste con voz imperiosa dirigiéndose al ayuda de cámara–; lo conocéis, porque lo habéis guiado. Vigíladlo de manera que no pueda salir; apostad vuestros hombres en la escalera, en el corredor, donde queráis, poco importa, con tal de que, sin que sospeche nada, sea vigilado él en vez de ser él quien vigile a Sus Altezas.

Canolles se hizo más impalpable que un fantasma en el rincón donde la noche arrojaba su sombra más espesa; desde allí, sin que nadie se diera cuenta, vio desaparecer bajo la bóveda a los cinco guardianes que le daban, mientras el hombre de la capa, tras asegurarse de que ejecutaban la orden dada, tomaba el camino por el que había venido.

«Esto todavía no indica nada muy preciso –se dijo Canolles siguiéndolo con la vista–, porque el despecho puede obligarlos a pagarme con la misma moneda. Ahora, ¡con tal de que a ese diablo de Castorin no se le ocurra gritar, llamar, hacer alguna tontería!... He hecho mal en no amordazarlo. Por desgracia, ahora es demasiado tarde. Vamos, empecemos la ronda.»

Y tras haber lanzado a su alrededor una mirada inquisitiva, Canolles cruzó el patio y llegó al ala del edificio tras la que estaban situadas las cuadras.

Toda la vida del castillo parecía haberse refugiado en aquella parte del edificio. Se oía piafar a los caballos y correr a gente presurosa. El guadarnés resonaba con el choque de los frenos y los arneses. Se sacaban carrozas fuera de los cobertizos, y voces ahogadas por el miedo, que sin embargo podían captarse prestando oído atento, se llamaban y respondían.

Canolles permaneció un instante a la escucha. No cabía duda, se preparaban para una partida.

Cruzó todo el espacio comprendido entre un ala y otra del edificio, pasó bajo una bóveda y llegó hasta la fachada del castillo.

Allí se detuvo.

En efecto, las ventanas de la planta baja brillaban con una luz demasiado viva para no adivinar que en el interior había una gran cantidad de candelabros encendidos, y que esos candelabros iban y venían, trazando grandes sombras y amplias rayas luminosas sobre la hierba del jardín. Canolles comprendió que allí

donde estaba el centro de la actividad estaba también el foco de la empresa.

Canolles dudó al principio en sorprender el secreto que trataban de ocultarle. Pero no tardó en pensar que su título de enviado de la reina y la responsabilidad que le imponía esa tarea disculpaban muchas cosas, incluso ante las conciencias más escrupulosas.

Avanzando entonces con precaución pegado a la muralla, cuya base estaba tanto más oscura cuanto más resplandecían las ventanas, situadas a seis o siete pies del suelo¹⁰³, se subió a un mojón, del mojón pasó a un saliente de la muralla, se sujetó con una mano a una anilla, con la otra al resalto del ventanal y por una esquina de cristal lanzó la mirada más aguda y más atenta que jamás haya penetrado en el santuario de una conspiración.

Y esto es lo que vio:

Junto a una mujer de pie, que prendía el último alfiler destinado a fijar en su cabeza su sombrero de viaje, varias criadas terminaban de vestir a un niño en traje de caza; el niño daba la espalda a Canolles, que sólo pudo distinguir su blanca cabellera. Pero la dama, iluminada en pleno rostro por el resplandor de dos candelabros de seis brazos que sostenían a cada lado del tocador varios criados de pie semejantes a cariátides, ofreció a Canolles el original exacto del retrato que antes había vislumbrado en la penumbra del aposento de la princesa; era su rostro alargado, la boca severa, la nariz de curvas imperiosas de la mujer cuya viviente imagen reconocía entonces Canolles. Todo en ella anunciaba dominio: su gesto audaz, su mirada resplandeciente, sus bruscos movimientos de cabeza. Todo en los asistentes denotaba obediencia a sus saludos, su precipitación para traer el objeto pedido, su presteza para responder a la voz de su soberana o para interrogar su mirada.

Varios oficiales de la casa, entre los que Canolles reconoció al ayuda de cámara, acumulaban en maletas, cofres y baúles, en unos, joyeros, en otros, plata, en otros, ese arsenal de las mujeres que son los vestidos. Mientras, el pequeño príncipe correteaba entre los solícitos servidores; pero, por una singular fatalidad, Canolles no consiguió ver su rostro.

«Me lo sospechaba –murmuró–; me engañan, y esos criados hacen los preparativos de la partida. Sí, pero con un solo gesto puedo cambiar esa escena de engaño en una escena de duelo, me basta con correr por la terraza y silbar tres veces en este silbato de plata, y dentro de cinco minutos, al son agrio que emita, doscientos hombres habrán penetrado en este castillo, detenido a las princesas, maniatado a todos estos oficiales que se ríen de manera hipócrita. Sí –continuó Canolles, que esta vez hablaba con el corazón y no con los labios–, sí, pero ella, ella que duerme o finge dormir en aquel otro lado, me odiará, y esta vez con un odio bien merecido. Es más, me despreciará diciendo que he hecho hasta el final mi oficio de espía; y sin embargo, si ella obedece a la princesa, ¿por qué no iba a obedecer yo a la reina?»

En este momento, como si el azar hubiera querido combatir ese paso atrás en su resolución, se abrió una puerta del aposento en que se vestía Madame la princesa, y dos personajes, un hombre de cincuenta años y una mujer de veinte, entraron

muy gozosos y solícitos. Al verlos, el corazón de Canolles se trasladó por entero a sus ojos. Acababa de reconocer el hermoso pelo, los labios frescos, la mirada inteligente del vizconde de Cambes que, todavía sonriendo, fue a besar respetuosamente la mano de Clémence de Maillé, princesa de Condé. Pero esta vez el vizconde llevaba puesta la ropa de su verdadero sexo y encarnaba a la condesa más encantadora de la tierra.

Canolles hubiera dado diez años de su vida por oír su conversación; pero era inútil pegar la cabeza a los cristales, a su oído sólo llegaba un zumbido ininteligible. Vio a la princesa hacer un gesto de despedida a la joven y besarla en la frente recomendándole algo que hizo reír a todos los presentes; luego, esta última volvió a los aposentos de ceremonia con algunos suboficiales que se endosaron uniformes de oficiales superiores; vio incluso al digno Pompée, henchido de orgullo en un uniforme naranja bordado de plata, inclinándose con nobleza y cargando el peso, como don Japhet de Armenia¹⁰⁴, sobre la empuñadura de una enorme espada, acompañando a su ama que levantaba graciosamente su largo vestido de raso. Luego, a la izquierda, por una puerta opuesta empezó a desfilarse sin ruido la escolta de la princesa, que caminaba en primer lugar con el paso, no de una fugitiva, sino de una reina; luego venían el escudero Vialart, llevando en sus brazos al pequeño duque d'Enghien envuelto en una capa, Lenet, con un cofre cincelado y fajos de papel, y por último el capitán, cerrando la marcha que abrían dos oficiales que avanzaban con la espada desnuda.

Toda esta gente salió por un corredor secreto; Canolles saltó enseguida al pie de su observatorio y corrió a la bóveda, cuyas luces habían sido apagadas durante este tiempo. Entonces vio pasar todo el cortejo dirigiéndose silenciosamente a las cuadras: iban a marcharse.

En ese momento, a la mente de Canolles acudió la idea de los deberes impuestos por la misión que la reina le había encargado. Aquella mujer que iba a salir suponía la guerra civil totalmente armada a la que dejaba escapar y que otra vez se disponía a roer las entrañas de Francia. Sin duda era vergonzoso para él, un hombre, hacer de espía y guardián de una mujer, pero también era una mujer aquella señora de Longueville que había incendiado las cuatro esquinas de París.

Canolles se lanzó hacia la terraza que dominaba el parque y acercó a sus labios el silbato de plata.

Todos sus preparativos estaban a punto: Madame de Condé no saldría de Chantilly, o, si salía, no había dado cien pasos sin ser rodeada, ella y su escolta, por una fuerza triple. De este modo, Canolles cumplía su misión sin correr el menor peligro; de este modo, de un solo golpe destruía la fortuna y el futuro de la casa de Condé; y con ese mismo golpe, cimentaba sobre sus ruinas su fortuna y fundaba su futuro como habían hecho antaño los Vitry y los Luynes¹⁰⁵, y recientemente los Guitaut¹⁰⁶ y los Miossens¹⁰⁷, en circunstancias quizá menos importantes para la salud de la realeza.

Pero Canolles levantó los ojos hacia el aposento donde, bajo las cortinas de terciopelo rojo, brillaba dulce y melancólica la luz de la lámpara de noche que ardía en el dormitorio de la falsa princesa, y creyó ver la sombra querida dibujarse

sobre los grandes estores blancos.

Entonces todas las resoluciones del razonamiento y todos los cálculos del egoísmo desaparecieron con aquel rayo de dulce luz, como con los primeros resplandores del día desaparecen todos los sueños y todos los fantasmas de la noche.

«El señor de Mazarino –se dijo con un impulso apasionado– es bastante rico para perder a todos estos príncipes y todas estas princesas que se le escapan, pero yo no soy bastante rico para perder el tesoro que desde ahora me pertenece y que guardaré celosamente como un dragón. Ahora está sola, en mi poder, depende de mí; puedo entrar en su aposento a cualquier hora del día y de la noche. No huirá sin decírmelo, porque he recibido su sagrada palabra. ¡Qué me importa a mí que engañen a la reina y que el señor de Mazarino se enfurezca! Se me ha ordenado guardar a Madame la princesa de Condé, y la guardo. Bastaba con darme su descripción o lanzar tras ella a un espía más hábil que yo.»

Y Canolles volvió a guardarse el silbato en el bolsillo, oyó el rechinar de los cerrojos, zumbó el trueno lejano de las carrozas en el puente del parque y desvanecerse el ruido decreciente de una cabalgada; luego, cuando todo hubo desaparecido, visión y rumores, sin pensar que acababa de jugarse la vida por el amor de una mujer, es decir, por la sombra de la felicidad, se deslizó hasta el segundo patio desierto y subió con precaución su escalera, sumida, como la bóveda, en la oscuridad más profunda.

Pero por más precaución que adoptase Canolles, no pudo impedir que, al llegar al corredor, chocase con un personaje que parecía escuchar a la puerta, y que lanzó un grito de terror sordo.

–¿Quién sois? ¿Quién sois? –preguntó el personaje con una voz asustada.

–¡Pardiez! –dijo Canolles–, y ¿quién sois vos que os deslizáis como un espía por esta escalera?

–Soy Pompée.

–¿El intendente de Madame la princesa?

–¡Sí!, ¡sí!, el intendente de Madame la princesa.

–¡Ah!, eso me viene de maravilla –dijo el gentilhombre–; y yo soy Castorin.

–Castorin... ¿el criado del señor barón de Canolles?

–El mismo.

–¡Ah!, mi querido Castorin –dijo Pompée–, apuesto a que os he dado un gran susto.

–¿A mí?

–¡Sí, maldita sea!, cuando uno no ha sido soldado... ¿Puedo hacer algo por vos, querido amigo? –continuó Pompée adoptando aires de importancia.

–Sí.

–Decid, entonces.

–¿Podéis anunciar ahora mismo a Madame la princesa que mi amo desea hablar con ella?

–¿A esta hora?

–Precisamente a esta hora.

–¡Imposible!

–¿Eso creéis?

–Estoy seguro.

–Entonces, ¿no recibirá a mi amo?

–No.

–¡Orden del rey!, señor Pompée. Id a decirle eso.

–¡Orden del rey! –exclamó Pompée–. Ahora mismo voy.

Y Pompée descendió impetuosamente, movido a un tiempo por el respeto y el miedo, esos dos lebreles capaces de hacer correr a una tortuga a su paso.

Canolles siguió su camino, entró en su aposento, encontró a maese Castorin que roncaba magistralmente echado en un gran sillón, recuperó sus ropas de oficial y esperó el acontecimiento que él mismo acababa de prepararse.

«A fe que si no hago bien los asuntos del señor de Mazarino, creo que tampoco hago demasiado mal los míos.»

Canolles esperó inútilmente el regreso de Pompée; pero al cabo de diez minutos, viendo que no venía, ni nadie en su lugar, decidió presentarse solo.

En consecuencia, despertó al señor Castorin, cuya bilis había aplacado una hora de sueño, le ordenó estar preparado para cualquier acontecimiento en un tono que no admitía réplica, y tomó el camino de los aposentos de la princesa.

En la puerta, el barón encontró a un lacayo de muy mal humor porque la campanilla acababa de llamarle en el momento en que su turno acababa y cuando creía, como maese Castorin, que por fin iba a iniciar un sueño reparador tras aquella fatigosa jornada.

–¿Qué queréis, señor? –preguntó el criado al ver a Canolles.

–Quiero presentar mis respetos a la señora princesa de Condé.

–¿A esta hora, caballero?

–¡Sí, a esta hora!

–Pero me parece que es muy tarde.

–¿Cómo habéis dicho eso, bribón?

–Pero caballero... –balbució el lacayo.

–Ahora no pido, ordeno –dijo Canolles en un tono de suprema altura.

–Vos ordenáis... Aquí sólo manda la señora princesa.

–El rey manda en todas partes... ¡Orden del rey!

El lacayo tembló y bajó la cabeza.

–Perdón, caballero –dijo temblando de pies a cabeza–, pero yo no soy más que un pobre servidor. Por eso no puedo asumir la responsabilidad de abriros la puerta de la señora princesa, permitidme que vaya a despertar a un chambelán.

–¿Los chambelanes tienen la costumbre de acostarse a las once en el castillo de Chantilly?

–Se cazarán durante toda la jornada –balbució el lacayo.

«Es justo –murmuró Canolles–. Se necesita tiempo para vestirse de chambelán.»

Luego, en voz alta, dijo:

–De acuerdo, hacedlo: esperaré.

El lacayo se marchó corriendo a llevar la alarma al castillo, donde ya Pompée,

asustado por su mal encuentro, acababa de sembrar un espanto indecible.

Cuando se quedó solo, Canolles prestó oído atento y abrió los ojos.

Oyó entonces correr en los salones y pasillos; al resplandor de unas luces moribundas vio a gente armada con mosquetones situarse en los rincones de las escaleras. Sintió por último, en todas partes, un murmullo amenazador sustituyendo al silencio de estupefacción que, un instante antes, reinaba en todo el castillo.

Canolles llevó su mano al silbato y se acercó a una ventana; a través de sus cristales distinguía, destacándose como una masa sombría y nubosa, la copa de los grandes árboles al pie de los cuales había mandado emboscarse a los doscientos hombres que había traído consigo.

«No –pensó–, eso nos llevaría directamente a la batalla; y eso no me interesa. Más vale esperar: lo peor que puede ocurrirme mientras espero es ser asesinado, mientras que adelantándome puedo perderla...»

Nada más hacerse esta reflexión, Canolles vio abrirse una puerta, y un nuevo personaje apareció.

–La señora princesa no está visible –dijo éste con una precipitación que no le permitió saludar al gentilhomme–. Está acostada y ha prohibido dejar que penetre quien sea en su cuarto.

–¿Quién sois vos? –dijo Canolles mirando con desprecio al extraño personaje–. ¿Y quién os ha permitido la insolencia de hablar a un gentilhomme con el sombrero en la cabeza?

Y con la punta de su bastón Canolles hizo saltar el sombrero de su interlocutor.

–¡Caballero! –exclamó éste dando orgullosamente un paso atrás.

–Os he preguntado quién erais –prosiguió Canolles.

–Soy... –respondió el otro–, soy, como podéis ver por mi uniforme, el capitán de los guardias de Su Alteza.

Canolles sonrió.

Sí, había tenido tiempo de apreciar con la mirada al hombre y había reconocido que tenía que vérselas con algún sumiller de tripa tan ancha como sus botellas, con algún floreciente Vatel¹⁰⁸, aprisionado en una casaca de oficial que la falta de tiempo, o el excesivo abdomen, no habían permitido terminar de abrochar.

–Muy bien, señor capitán de los guardias –dijo Canolles–, recoged vuestro sombrero y responded.

El capitán cumplió la primera parte de la orden de Canolles como hombre que ha estudiado esa bella máxima de la disciplina militar: para saber mandar, hay que saber obedecer.

–¡Capitán de los guardias! –prosiguió Canolles–. Diablo, bonito puesto.

–Pues sí, caballero, bastante bonito; ¿y ahora? –dijo el individuo irguiéndose.

–No os pavoneéis tanto, señor capitán –dijo Canolles–, o se os romperá vuestra última agujeta y vuestras calzas se os caerán sobre los talones, y no sería demasiado bonito.

–Pero, en fin caballero, y vos ¿quién sois? –preguntó, a su vez, el pretendido capitán.

–Caballero, imitaré el ejemplo de educación que me habéis dado y responderé a vuestra pregunta como vos habéis respondido a la mía. Soy capitán en Navailles, y he venido en nombre del rey como embajador revestido de un carácter pacífico o violento, y revestiré uno u otro de esos dos caracteres según se obedezcan o no se obedezcan las órdenes de Su Majestad.

–¡Violento, caballero! –exclamó el falso capitán–. ¿Un carácter violento?...

–Muy violento, os lo advierto.

–¿Incluso en el caso de que Su Alteza?...

–¿Por qué no? Su Alteza no es más que la primera súbdita de Su Majestad.

–Caballero, no utilicéis la fuerza; tengo cincuenta hombres armados dispuestos a vengar el honor de Su Alteza.

Canolles no quiso decirle que sus cincuenta hombres eran otros tantos lacayos y matones, dignos de servir bajo semejante jefe, y que, por lo que se refería al honor de su princesa, a esa hora el honor corría con ella por la ruta de Burdeos.

Se limitó a responder con esa sangre fría más intimidadora que una amenaza, y que es habitual en la gente valiente y acostumbrada a los peligros.

–Si tenéis cincuenta hombres armados, señor capitán, yo tengo doscientos soldados que son la vanguardia de un ejército real. ¿Pensáis rebelaros abiertamente contra Su Majestad?

–No, caballero, no –respondió vivamente el hombre gordo, muy humillado–. ¡Dios me libre! Pero os ruego que deis fe de que sólo cedo a la fuerza.

–Es lo menos que os debo en calidad de compañero.

–Bueno, os guiaré hasta los aposentos de Madame la princesa viuda, que aún no está dormida.

Canolles no tuvo necesidad de pensar para darse cuenta del espantoso peligro que le ofrecía la trampa; pero se libró bruscamente de ella con la ayuda de su omnipotencia.

–No tengo orden de ver a Madame la princesa viuda, sino a Su Alteza, Madame la princesa joven.

El capitán de los guardias volvió a bajar una vez más la cabeza, imprimió un movimiento de retroceso a sus gruesas piernas, arrastró su larga espada por el parqué y volvió a pasar majestuosamente el umbral de la puerta entre dos centinelas que temblaban durante esa escena, y a quienes el anuncio de la llegada de doscientos hombres había estado a punto de aconsejar al abandono de su misión, poco dispuestos como estaban a convertirse en mártires de fidelidad en el saqueo del castillo de Chantilly.

Diez minutos después, el capitán, seguido por dos guardias, volvía con innumerables ceremonias a recoger a Canolles para guiarle hasta los aposentos de la princesa, en cuya habitación fue introducido sin tener que sufrir nuevas demoras.

Canolles reconoció el piso, los muebles, la cama, y hasta el perfume d'Épernon en aquella habitación que se había revelado a él. Pero buscó en vano dos cosas: el retrato de la verdadera princesa, que había observado durante su primera visita, y que había arrojado en su pensamiento la primera luz de aquella estratagema con la

que querían engañarle, y la figura de la falsa princesa, por la que acababa de hacer un sacrificio tan grande. Habían quitado el retrato; y, debido a una precaución algo tardía, y sin duda como secuela de esa misma precaución, el rostro de la persona que guardaba cama estaba vuelto hacia el pasillo entre la cama y la pared con una impertinencia muy principesca.

Dos mujeres permanecían a su lado, en el pasillo de la cama.

El gentilhomme hubiera perdonado encantado aquella falta de miramientos; pero como temía que alguna nueva sustitución permitiese a Mme. de Cambes huir como había huido la princesa, sus cabellos se erizaron de espanto y quiso asegurarse enseguida de la identidad del personaje que ocupaba la cama, apelando en su ayuda al supremo poder que revestía su misión.

–Señora –dijo inclinándose profundamente–, pido perdón a Vuestra Alteza por presentarme así ante ella, y sobre todo después de haberle dado mi palabra de que esperaría sus órdenes; pero acabo de oír un gran alboroto en el castillo, y...

La persona acostada se estremeció, pero sin responder. Canolles buscó algún signo que le hubiera permitido reconocer que la persona que buscaba era la que tenía ante sus ojos; pero, en medio del mar de encajes y de la blanda espesura de edredones y cortinas, le resultó imposible reconocer otra cosa que la forma de una persona acostada.

–Y –continuó Canolles– debo asegurarme por mí mismo de que esa cama sigue encerrando a la misma persona con la que he tenido el honor de hablar hace media hora.

Esta vez no fue simple estremecimiento, sino un verdadero movimiento de terror. Ese movimiento no escapó a Canolles, que se asustó.

«Si me ha engañado –pensó–, si a pesar de la palabra solemnemente dada ha huido, salgo del castillo, monto a caballo, me pongo al frente de mis doscientos hombres, y doy alcance a mis fugitivos aunque tenga que prender fuego a treinta pueblos para alumbrar mi camino.»

Canolles esperó un instante todavía, pero la persona acostada no respondió ni se volvió; era evidente que deseaba ganar tiempo.

–Señora –dijo por fin Canolles con una impaciencia que ya no tenía el valor de disimular–, ruego a Vuestra Alteza que recuerde que soy el enviado del rey, y que en nombre del rey exijo el honor de ver su rostro.

–¡Eso es una inquisición intolerable! –dijo entonces una voz temblorosa que hizo estremecerse de alegría al joven oficial, porque acababa de reconocer el timbre que ninguna otra voz podía imitar–. Si es el rey, como decís, caballero, quien os fuerza a comportaros así, es que el rey, que no es ningún niño, aún no conoce los deberes de un gentilhomme. Forzar a una mujer a mostrar su rostro es hacerle el mismo insulto que si le arrancaran la máscara.

–Señora, hay una expresión ante la que se inclinan las mujeres cuando viene de los reyes, y los reyes cuando esa frase viene del destino: es preciso.

–Puesto que es preciso –dijo la joven–, puesto que estoy sola e indefensa contra la orden del rey y la exigencia de su mensajero, obedezco, señor: miradme.

Un brusco movimiento apartó entonces la muralla de almohadas, mantas y

encajes que protegía a la bella sitiada y, a través de la improvisada brecha, roja más de pudor que de indignación, apareció la blanda cabeza y el delicioso rostro que la voz había denunciado de antemano. Con la mirada rauda del hombre habituado a darse cuenta de situaciones si no semejantes, al menos equivalentes, Canolles se aseguró de que no era la cólera la que mantenía bajados aquellos ojos velados por unas pestañas de terciopelo ni la que hacía temblar aquella blanca mano que sujetaba, sobre un cuello de nácar, las oleadas de una cabellera fugitiva y la batista de las sábanas perfumadas.

La falsa princesa permaneció un instante en aquella pose que habría querido volver amenazadora, y que sólo era irritada, mientras Canolles la miraba, respirando deliciosamente y conteniendo con sus dos manos los latidos de su corazón, que brincaba de alegría.

–¡Bien!, caballero –dijo tras unos segundos la bella perseguida–, ¿no es bastante grande ya la humillación? ¿Me habéis examinado a vuestro gusto? ¿No es completo vuestro triunfo? Pues bien, sed entonces un vencedor generoso y retiraos.

–Querría hacerlo, señora, pero debo seguir las instrucciones hasta el final. Hasta ahora sólo he cumplido el lado de la misión que concierne a Vuestra Alteza; pero no basta con que os haya visto, ahora es preciso que vea al señor duque d’Enghien.

A estas palabras, pronunciadas en el tono de un hombre que sabe que tiene el derecho a exigirlo y que quiere ser obedecido, les sucedió un silencio terrible. La falsa princesa se levantó, apoyada en su mano, y clavó sobre Canolles una de esas miradas extrañas que parecían pertenecerle sólo a ella, por las muchas cosas que contenían a la vez. Aquella quería decir: «¿Me habéis reconocido? ¿Sabéis quién soy realmente? Si lo sabéis, disculpadme, perdonadme, ¡vos sois el más fuerte, compadeceos de mí!».

Canolles comprendió todo lo que aquella mirada decía, pero se endureció contra su seductora elocuencia, y respondió a aquella mirada con la voz, diciendo:

–Imposible, señora; la orden es concreta.

–Hágase todo entonces como deseáis, caballero, si no tenéis condescendencia alguna ni con la posición ni con el rango. Id, estas damas os llevarán junto a mi hijo el príncipe.

–Estas damas –replicó Canolles–, ¿no podrían, en lugar de llevarme junto a vuestro hijo, traeros a vuestro hijo aquí, señora? Me parece que sería mucho mejor.

–¿Y por qué, caballero? –preguntó la falsa princesa, evidentemente más inquieta ante esta nueva petición que ante cualquiera de las anteriores.

–Porque, mientras tanto, informaré a Vuestra Alteza de una parte de mi misión que sólo puede ser comunicada a ella.

–¿Sólo a mí?

–Sólo a vos –respondió Canolles con una reverencia más profunda que cualquiera de las que hasta entonces había hecho.

Esta vez, la mirada de la princesa, que había pasado sucesivamente de la dignidad a la súplica, y de la súplica a la inquietud, se detuvo sobre Canolles con la fijeza del terror.

–¿Qué hay en ese encuentro a solas que pueda asustaros tanto, señora? –dijo Canolles–. ¿No sois vos princesa y no soy yo gentilhombre?

–Sí, tenéis razón, caballero, y hago mal en temer nada. Sí, aunque tenga el placer de veros por primera vez, la fama de vuestra cortesía y de vuestra lealtad ha llegado a mis oídos. Id a buscar, señoras, al duque d’Enghien, y volved con él.

Las dos mujeres abandonaron el pasillo de la cama, avanzaron hacia la puerta, se volvieron todavía una vez más para saber si la orden seguía siendo positiva y, a una señal que confirmaba las palabras de su ama, o al menos de la que ocupaba su sitio, salieron del aposento.

Canolles las siguió con la mirada hasta que cerraron la puerta. Luego volvió hacia la falsa princesa sus ojos chispeantes de alegría.

–Veamos –dijo ésta incorporándose y cruzando las manos–, veamos, señor de Canolles, ¿por qué me perseguís así?

Y, al decir esto, miraba al joven oficial, no con esa mirada altiva de princesa que había ensayado y no le había salido bien, sino por el contrario con una expresión tan conmovedora y tan significativa que todos los deliciosos detalles de su primer encuentro, todos los episodios embriagadores del camino real, y todos los recuerdos de aquel amor naciente terminaron surgiendo en tropel, envolviendo como vapores perfumados el corazón del barón.

–Señora –dijo dando un paso hacia el lecho–, es a Mme. de Condé a la que persigo en nombre del rey, y no a vos, que no sois Madame la princesa.

La persona a quien estas palabras iban dirigidas lanzó un grito, se puso muy pálida y apoyó una de sus manos sobre su corazón.

–¿Qué queréis decir, señor? ¿Y quién pensáis que soy? –exclamó.

–Explicaros ese punto –respondió Canolles– me pondría en un aprieto, porque juraría que casi sois el más encantador vizconde si no fuerais la más adorable vizcondesa.

–Caballero –dijo la falsa princesa esperando engañar a Canolles recordándole su dignidad–, caballero, de todo lo que me decís sólo comprendo una cosa, ¡que me faltáis al respeto, que me insultáis!

–Señora –dijo Canolles–, no se falta al respeto a Dios porque se le adore, ni se insulta a los ángeles porque uno se postre de rodillas ante ellos.

Y a estas palabras, Canolles se inclinó como para arrodillarse.

–Caballero –dijo vivamente la vizcondesa deteniendo a Canolles–, caballero, la princesa de Condé no puede tolerar...

–La princesa de Condé, señora –replicó éste–, corre a esta hora montada en un buen caballo al lado de su escudero el señor Vialart, con su consejero el señor Lenet, con sus gentilhombres, sus capitanes, en fin, con toda su casa por la ruta de Burdeos, no tiene nada que ver con lo que en este momento pasa entre el barón de Canolles y el vizconde o la vizcondesa de Cambes.

–Pero ¿qué decís, caballero? ¿Estáis loco?

–No, señora, digo sólo lo que he visto, cuento sólo lo que he oído.

–Entonces si habéis visto, si habéis oído lo que decís, vuestra misión ha acabado.

–¿Eso creéis, señora? ¿Tengo, pues, que volver a París y contar a la reina que,

para no desagradar a una mujer que amaba –no digo el nombre de nadie, señora, o sea que no arméis de cólera vuestros ojos–, he violado sus órdenes, he permitido la fuga de su enemiga, cerrado los ojos sobre lo que veía, traicionado, en fin, sí, traicionado la causa de mi rey?

La vizcondesa pareció emocionada y miró al barón con una compasión teñida de ternura.

–¿No tenéis la mejor excusa de todas –dijo ella–, la imposibilidad? ¿Podéis vos solo detener la imponente escolta de Madame la princesa? ¿Os habían ordenado luchar solo contra cincuenta gentilhombres?

–No estaba solo, señora –dijo Canolles sacudiendo la cabeza–. Tenía, todavía tengo allí, en el bosque, a quinientos pasos de nosotros, doscientos soldados que puedo reunir y llamar con un solo soplo de silbato; por lo tanto me resultaba fácil detener a Madame la princesa, era ella la que no hubiera podido resistir. Además, aunque mi escolta fuera más débil que la suya en vez de ser cuatro veces más fuerte, siempre podía luchar, siempre podía hacerme matar luchando. Me habría resultado tan fácil –continuó el joven inclinándose cada vez más– como dulce sería para mí tocar esa mano si me atreviese.

En efecto, aquella mano sobre la que el barón fijaba unos ojos ardientes, aquella mano fina, regordeta y blanca, aquella mano inteligente había caído fuera del lecho y palpitaba con cada palabra del joven. La vizcondesa, cegada por esa electricidad del amor cuyos efectos ya había sentido en la pequeña posada de Jaulnay, no pudo recordar que debía retirar aquella mano que había proporcionado a Canolles tan feliz punto de comparación; lo olvidó, y el joven, dejándose caer de rodillas, apoyó con una timidez voluptuosa su boca sobre la mano que, al contacto de sus labios, fue retirada como si la hubiera quemado un hierro candente.

–Gracias, señor de Canolles –dijo la joven–, gracias desde el fondo del corazón por lo que habéis hecho por mí; creed que no lo olvidaré nunca. Pero doblad el favor que me hacéis apreciando mi posición y retirándoos. ¿No hemos de dejarnos, ahora que vuestra tarea ha concluido?

Aquel *hemos*, pronunciado con una entonación tan dulce que parecía contener un matiz de pena, hizo vibrar hasta el dolor las fibras más secretas del corazón de Canolles. En efecto, en el fondo de las grandes alegrías, casi siempre existe un sentimiento de dolor.

–Obedeceré, señora –contestó–, pero quiero haceros observar, no para no obedecer, sino para ahorraros acaso a vos misma un remordimiento, que al obedeceros estoy perdido. En cuanto confiese mi falta y no parezca haber sido víctima de vuestra estratagema, me convierto en víctima de mi complacencia... Seré declarado traidor, encarcelado... tal vez pasado por las armas; y es muy simple, porque he cometido una traición.

Claire lanzó un grito y fue ella misma la que cogió la mano de Canolles, que dejó caer enseguida con una confusión deliciosa.

–¿Qué *vamos* a hacer entonces?

El corazón del joven se dilató; aquel bienaventurado *vamos* se volvía definitivamente la fórmula favorita de Mme. de Cambes.

–¡Perderos vos! Vos, tan bueno, tan generoso –continuó ella–. ¿Perderos vos? ¿Por mi culpa? ¡Oh, eso nunca! ¿A qué precio puedo salvaros? ¡Hablad! ¡Hablad!

–Tendríais que permitirme, señora, interpretar mi papel hasta el final. Y, como os he dicho, yo tendría que parecer que he sido vuestra víctima, y rendir cuentas al señor de Mazarino de lo que veo, no de lo que sé.

–Sí, pero si se supiera que habéis hecho todo esto por mí, si se supiera que ya nos hemos reunido, que ya me habéis visto, seré yo quien esté perdida: ¡pensadlo!

–Señora –dijo Canolles con una melancolía perfectamente interpretada–, no creo, por vuestro aire tan frío, por vuestra dignidad que tan poco os cuesta guardar en mi presencia, que dejaseis escapar un secreto que, por otra parte, en vuestro corazón al menos no existe.

Claire guardó silencio, pero una mirada fugitiva, una imperceptible sonrisa que se le escapó a pesar suyo a la bella prisionera, respondieron a Canolles de tal forma que lo hicieron el más afortunado de los hombres.

–¿Me quedará entonces? –dijo con una sonrisa indecible.

–¡Es preciso! –respondió la vizcondesa.

–En tal caso, voy a escribir al señor de Mazarino.

–Sí, id.

–¿Cómo?

–Os digo que vayáis a escribirle.

–No, tengo que escribirle aquí, en vuestra habitación; es preciso que feche mi carta al pie de vuestro lecho.

–Eso no es adecuado.

–Aquí tenéis mis instrucciones, señora, leed vos misma.

El señor barón de Canolles vigilará a la vista a Madame la princesa y al señor duque d'Enghien, su hijo.

–A la vista –dijo Canolles.

–A la vista, sí, así es.

Claire comprendió entonces todo el partido que un hombre enamorado como era Canolles podía sacar de tales instrucciones; pero también comprendió el servicio que ella rendía a la princesa prolongando el error de la corte a su respecto.

–Escribid pues –dijo como mujer resignada.

Canolles la interrogó con la mirada y también con la mirada ella le indicó un secreter que contenía cuanto se precisaba para escribir. El joven abrió el secreter, sacó una hoja de papel, una pluma y tinta, los colocó sobre una mesa, arrastró la mesa lo más cerca posible de la cama, pidió, como si Claire siguiera siendo Madame la princesa, permiso para sentarse –permiso que le fue concedido– y escribió al señor de Mazarino el siguiente despacho:

Monseñor,

He llegado al castillo de Chantilly a las nueve de la noche; como veis, he hecho todo con diligencia pues tuve el honor de despedirme de Vuestra Eminencia a las seis y media.

He encontrado a las dos princesas en la cama: a la princesa viuda enferma de bastante gravedad, a Madame la princesa cansada por una gran cacería que había organizado en la jornada.

Según las instrucciones de Vuestra Eminencia, me he presentado en los aposentos de Sus Altezas, que al instante han despedido a todos sus invitados, y en este momento, guardo a la vista a Madame la princesa y a su hijo.

–Y a su hijo –repitió Canolles volviéndose hacia la condesa–. ¡Diablos!, tengo la impresión de que miento, y sin embargo quisiera no mentir.

–Tranquilizaos –replicó Claire riendo–; si aún no habéis visto a mi hijo, vais a verle.

–Y a su hijo –continuó Canolles riendo.

Y volvió a su carta donde la había dejado:

Desde la habitación misma de Madame la princesa, y sentado a la cabecera de su lecho, tengo el honor de escribir esta carta a Vuestra Eminencia.

La firmó, y tras haber pedido a Claire respetuosamente permiso, tiró del cordón de una campanilla; entró un ayuda de cámara.

–Llamad a mi lacayo –dijo Canolles–, y cuando esté en la antecámara, avisadme.

Cinco minutos después avisaban al barón que el señor Castorin estaba en su puesto.

–Tomad –le dijo Canolles–, id a llevar este billete al oficial que manda mis doscientos hombres; decidle que lo envíe a París por un mensajero urgente.

–Pero, señor barón –respondió Castorin, a quien un recado como aquél, dado en mitad de la noche, parecía de los más desagradables que cumplir–, creía haberos dicho que el señor Pompée me había contratado al servicio de Madame la princesa.

–Entonces, os transmito esta orden en nombre de Madame la princesa. Vuestra Alteza –dijo Canolles volviéndose–, ¿queréis confirmar mis palabras? Ya sabéis la importancia de que esta carta sea entregada cuanto antes.

–Id –dijo la falsa princesa con un tono y un gesto llenos de majestad.

Castorin se inclinó hasta el suelo y partió.

–Ahora –dijo Claire tendiendo hacia Canolles dos manitas unidas y suplicantes–, vais a retiraros, ¿verdad?

–Perdón –replicó Canolles–; pero ¿vuestro hijo, señora?

–Es justo –respondió Claire sonriendo–; ahora vais a verlo.

En efecto, nada más decir Mme. de Cambes estas palabras, arañaron a su puerta, según la costumbre de entonces. Fue el cardenal de Richelieu quien, sin duda debido a su amor por los gatos, había puesto de moda esa manera de llamar. Durante su largo período de favorito, se había arañado a la puerta del señor de Richelieu, luego a la del señor de Chavigny¹⁰⁹, que tenía pleno derecho a esa sucesión, aunque sólo fuera a título de heredero natural; luego, por último, a la del señor de Mazarino. Por lo tanto era lógico que se arañase a la puerta de Madame la

princesa.

–Alguien viene –dijo Mme. de Cambes.

–Está bien. Entonces recupero mi carácter oficial.

Y Canolles alejó la mesa, sacó la silla, cogió su sombrero y permaneció respetuosamente de pie a cuatro pasos de la cama de la princesa.

–Adelante –dijo la vizcondesa.

Al punto entró en el aposento el más ceremonioso cortejo que se pueda ver.

Eran las mujeres, los oficiales, los chambelanes, todo el servicio ordinario de la princesa.

–Señora –dijo el primer ayuda de cámara–, han despertado a monseñor el duque d’Enghien.

Una mirada de Canolles a Mme. de Cambes le dijo con tanta claridad como habría podido hacerlo la voz: «¿No era esto lo que habíamos convenido?».

Aquella mirada, que llevaba en sí misma todas las súplicas de un corazón angustiado, fue comprendida de maravilla, sin duda por gratitud hacia todo lo que Canolles había hecho; y también quizás un poco por ejercer esa malicia eternamente oculta en lo más profundo incluso de los mejores corazones femeninos, ella dijo:

–Traed aquí al señor duque d’Enghien. El caballero verá a mi hijo en mi presencia.

Se apresuraron a obedecer y un instante después el joven príncipe fue introducido en el aposento.

Hemos dicho que, siguiendo en los menores detalles los últimos preparativos de la partida de Madame la princesa, el barón había visto al joven príncipe jugando y correteando, pero sin distinguir su cara; Canolles se había fijado únicamente en su traje, que era un simple traje de caza. Pensó, pues, que no le habían hecho ponerse en su honor el espléndido traje bajo el que se presentaba a sus ojos. La idea que ya había tenido de que el príncipe había partido con su madre se convirtió entonces en casi una certeza. Examinó durante un tiempo en silencio al heredero del ilustre príncipe de Condé, y, sin que menguase el respeto impreso en toda su persona, una imperceptible sonrisa irónica afloró a sus labios.

–Me siento muy feliz –dijo inclinándose– de tener el honor de presentar mis homenajes a monseñor el duque d’Enghien.

Madame de Cambes, en quien el niño clavaba sus grandes ojos vivos, le hizo seña de que saludase con la cabeza; y como le pareció que Canolles seguía todos los detalles de la escena con un aire demasiado burlón, dijo con una maldad calculada que hizo estremecerse a Canolles, quien ya adivinaba en el movimiento de los labios de la vizcondesa que iba a ser víctima de alguna traición femenina:

–Hijo mío, el oficial que está ante vos es el señor de Canolles, enviado por Su Majestad. Dad vuestra mano a besar al señor de Canolles.

A esta orden, Pierrot, convenientemente preparado por Lenet, quien, como había prometido a Madame la princesa, se había encargado de aleccionarlo, alargó una mano que no había tenido tiempo ni manera de cambiar en mano de gentilhombre, y Canolles se vio obligado a imprimir, en medio de las risas sofocadas de los

presentes, un beso en aquella mano que un hombre menos experto en esa materia de lo que era Canolles hubiera reconocido fácilmente que no pertenecía a la aristocracia.

–¡Ah!, señora de Cambes –murmuró Canolles–, ¡me pagaréis este beso!

Y se inclinó respetuosamente ante Pierrot para agradecerle el honor que le había hecho.

Luego, comprendiendo que, tras esta prueba, la última del programa, le resultaba imposible permanecer más tiempo en la habitación de una mujer, dijo volviéndose hacia la cama:

–Señora, mi misión de esta tarde se ha cumplido, y sólo me queda pedirlos permiso para retirarme.

–Podéis marcharos, caballero –dijo Claire–, como veis, aquí estamos muy tranquilos. Por lo tanto, podéis dormir sin ninguna inquietud.

–Sólo me queda solicitar de vos, señora, un alto favor.

–¿Cuál? –preguntó Mme. de Cambes preocupada, pues por el tono de voz del barón comprendía que se disponía a tomarse la revancha.

–Que es concederme la misma gracia que acabo de recibir de vuestro hijo el príncipe.

Esta vez la vizcondesa se vio pillada... No había medio de negar a un oficial del rey el ceremonioso favor que reclamaba de aquella manera delante de todos. Madame de Cambes alargó pues su temblorosa mano hacia Canolles.

Éste avanzó hacia el lecho como si lo hiciera hacia el trono de una reina, cogió con la punta de los dedos la mano que le tendían, puso una rodilla en tierra y apoyó en aquella piel fina, blanca y estremecida un largo beso que todos atribuyeron al respeto, y que sólo para la vizcondesa fue un ardiente beso de amor.

–Me habéis prometido, me habéis jurado incluso –dijo a media voz Canolles, levantándose– que no dejaréis el castillo sin avisarme. Cuento con vuestra promesa y con vuestro juramento.

–Contad con ellos, caballero –dijo Mme. de Cambes dejándose caer sobre su almohadón, casi a punto de desmayarse.

Canolles, a quien la expresión de aquella voz había hecho estremecerse, trató de buscar en los ojos de la bella prisionera la confirmación de la esperanza que le había dado su acento.

Pero los bellos ojos de la vizcondesa se habían cerrado herméticamente.

Canolles pensó que los cofres cerrados son los que contienen los tesoros más valiosos, y se retiró con el paraíso en el corazón.

Decir cómo pasó esa noche para nuestro gentilhomme, decir cómo su vigilia y el tiempo que pasó durmiendo no fueron más que un largo sueño durante el que por su mente cruzaron una y otra vez todos los detalles de la quimérica aventura que ponía en su posesión el tesoro más precioso que un avaro haya podido nunca incubar bajo las alas de su corazón, decir los proyectos que hizo para someter el futuro a los cálculos de su amor y a los caprichos de su fantasía, decir las razones que se dio a sí mismo para convencerse de que actuaba bien, sería cosa imposible, porque la locura es algo fatigoso para cualquier mente que no sea la de un loco.

Canolles se había dormido tarde, si es que se puede llamar dormir al febril delirio que sucedió a la vigilia; y sin embargo, apenas alumbró la luz del día la copa de los álamos y aún no había descendido hasta la superficie de las bellas aguas donde duermen las ninfeas de anchas hojas cuyas flores sólo se abren al sol, cuando ya Canolles saltaba de su cama y, vistiéndose de prisa, bajaba al jardín. Su primera inspección fue para el ala que habitaba la princesa, su primera mirada fue para la ventana de su aposento. Sea que la prisionera aún no se hubiera dormido, sea que ya se hubiera despertado, una luz demasiado fuerte para ser la de una lámparilla de noche enrojecía las cortinas de damasco, herméticamente cerradas. Canolles se detuvo al verlo y sin duda en ese momento entraron en su mente buen número de conjeturas insensatas; deteniendo su paseo y ganando el zócalo de una estatua que oportunamente lo ocultaba, inició, a solas con su quimera, ese eterno diálogo de los corazones enamorados que encuentran el objeto amado en todas las poéticas emanaciones de la naturaleza.

El barón estaba en su observatorio desde hacía más o menos media hora, y miraba con una indecible felicidad aquellas cortinas ante las que cualquier otro hubiera pasado indiferente, cuando vio abrirse una ventana de la galería, y casi al punto encuadrar esa ventana la honesta figura de maese Pompée. Cuanto tenía relación con la vizcondesa inspiraba un poderoso interés a Canolles; apartó pues su vista de aquellas cortinas tan atractivas y creyó ver que Pompée trataba de establecer con él una correspondencia de signos. Al principio Canolles dudó de que aquellos signos estuvieran dirigidos a él, y miró a su alrededor; pero Pompée, que observó la duda en que estaba el barón, acompañó aquellos signos con un silbido de llamada que hubiera parecido bastante poco apropiado de parte de un escudero al embajador de Su Majestad el rey de Francia, si aquel silbido no hubiera tenido por excusa una especie de punto blanco casi imperceptible a cualquier otra mirada que no fuera la de un enamorado, que reconoció inmediatamente en aquel punto blanco un papel enrollado. «¡Un billete! –pensó Canolles–. Ella me escribe, ¿qué significa esto?»

Y se acercó, todo tembloroso, aunque su primer impulso fue el de una gran alegría –y es que en las grandes alegrías de los enamorados hay cierta parte de aprehensión que de hecho quizá sea su mayor encanto: estar convencido de su felicidad equivale a dejar de ser feliz.

A medida que Canolles se acercaba, Pompée se arriesgaba cada vez más a mostrar el papel; por último Pompée tendió el brazo, y Canolles tendió su sombrero. Aquellos dos hombres se entendían de maravilla, como se ve: el primero dejó caer el billete, y el segundo lo recogió con mucha habilidad; luego, se metió bajo una enramada para leerlo a gusto; Pompée, que sin duda temía un constipado, cerró inmediatamente la ventana.

Pero no se lee así como así el primer billete de la mujer amada, sobre todo cuando ese inesperado billete no tiene ningún motivo para venir a turbaros, salvo el de atentar contra vuestra felicidad. Porque, ¿tenía algo que decir la condesa si no se había alterado nada en la especie de programa concertado entre ellos la víspera? Por lo tanto, aquel billete no podía contener más que alguna noticia fatal.

Canolles estaba tan convencido que no acercó siquiera el papel a sus labios, como suele hacer un amante en parecida circunstancia. Todo lo contrario, le dio vueltas y más vueltas con un terror creciente. Sin embargo, como había que abrirlo en un momento u otro, reunió todo su valor, rompió el sello y leyó:

Caballero, permanecer más tiempo en la situación en que estamos, espero que penséis igual que yo, es algo totalmente imposible. Debéis tolerar el hecho de pasar a ojos de todas las gentes de la casa por un vigilante desagradable; por otro lado puedo temer, si os aconsejo mejor de lo que haría Madame la princesa en mi lugar, que se adivine que representamos una doble comedia cuyo desenlace sería la pérdida segura de mi reputación.

Canolles se secó la frente; sus presentimientos no lo habían engañado. Con el día, gran cazador de fantasmas, todos sus sueños dorados desaparecían. Sacudió la cabeza, lanzó un suspiro y continuó:

Fingid que descubris la estratagema que hemos utilizado; para llegar a ese descubrimiento hay un medio muy sencillo que yo misma os proporcionaré si prometéis cumplir mi ruego. Ya lo veis, no os oculto lo mucho que dependo de vos. Si cumplís mi ruego, os pasaré un retrato mío con mi nombre y mis armas bajo el dibujo del rostro. Diréis que habéis encontrado ese retrato en una de vuestras rondas nocturnas, y que, gracias a él, habéis reconocido que yo no soy Madame la princesa.

¿Tengo necesidad de deciros que, como recuerdo de la gratitud que os guardaré en el fondo del corazón si partís esta misma mañana, os autorizo, suponiendo que le deis algún valor, a guardar esa miniatura?

Dejadnos pues, sin volver a verme a ser posible, y llevaos toda mi gratitud, mientras que, por mi parte, llevaré vuestro recuerdo como el de uno de los gentilhombres más nobles y leales que he conocido en toda mi vida.

Canolles releyó el billete y se quedó petrificado. Sea el que fuere el favor que contenga una carta de despedida, por más miel con que se envuelva una negativa o un adiós, adiós, negativa y despedida no por ello dejan de ser una cruel decepción para el corazón. Era sin duda algo dulce aquel retrato; pero la causa por la que se le ofrecía lo privaba de una gran parte de su valor.

Además, ¿de qué sirve el retrato cuando el original está allí, cuando uno lo tiene en su poder y puede no soltarlo?

Sí, pero Canolles, que no había retrocedido ante la cólera de la reina ni de Mazarino, temblaba ante un fruncimiento de ceño de Mme. de Cambes.

¡Cómo lo había engañado aquella mujer, primero en la ruta, después en Chantilly ocupando el sitio de Madame la princesa, dándole luego la víspera una esperanza que al día siguiente le quitaba! Pero de todas estas decepciones, aquélla era la más cruel. En la ruta, ella no lo conocía y se libraba de un compañero incómodo, nada más. Al encarnar el papel de Mme. de Condé, obedecía a una orden impuesta, cumplía con un papel prescrito por su soberana, no podía obrar de otro modo; pero aquella vez, cuando ya lo conocía, después de haber dado la impresión de apreciar su afecto, después de haber pronunciado dos veces aquel *nos* que había ido a vibrar hasta el fondo del corazón del hombre, volver sobre sus pasos,

desaprobar su bondad, renegar de su agradecimiento, escribir por último una carta como aquélla, era a ojos de Canolles más que crueldad, casi era burla.

Un doloroso despecho se apoderó de él y lo dominó, sin darse cuenta de que detrás de aquellas cortinas, donde toda luz se había apagado como si el día la hubiera vuelto inútil, una espectadora bien oculta tras el damasco, bien tapada por el panel, miraba la pantomima de su desesperación y quizá la saboreaba.

«Sí, sí –pensó, acompañando su idea con gestos análogos al sentimiento que le preocupaba–, sí, es un despido en toda regla y en debida forma, un gran acontecimiento coronado por un desenlace vulgar, una poética esperanza trocada en brutal decepción. Pero no aceptaré así como así el ridículo que me espera. Prefiero su odio a este pretendido agradecimiento que me promete. ¡Ah, sí, fiarme ahora de su promesa!... Sería lo mismo que confiar en la constancia del viento la calma del mar. ¡Ah!, señora, señora –continuó Canolles volviéndose hacia la ventana–, es la segunda vez que escapáis de mí; pero os lo juro, como encuentre una ocasión parecida, no escaparéis la tercera.»

Y Canolles subió a su aposento con la intención de vestirse y entrar, aunque fuese a la fuerza, en el cuarto de la vizcondesa. Pero al poner el pie en su cuarto, al mirar el reloj de péndulo, Canolles vio que apenas eran las siete.

Nadie se había levantado aún en el castillo. Canolles se dejó caer en un sillón cerrando los ojos para refrescar sus ideas y expulsar, a ser posible, los fantasmas que bailaban a su alrededor; sólo los abría para consultar cada cinco minutos el reloj.

Dieron las ocho, el castillo empezó a despertarse llenándose poco a poco de movimiento y ruido. Canolles esperó todavía media hora con un dolor infinito; finalmente no pudo aguantar más, bajó y, abordando a Pompée, que aspiraba con orgullo el aire en el patio central, rodeado de lacayos a los que contaba sus campañas de Picardía en tiempos del difunto rey, le dijo como si lo viese al pobre por primera vez:

–¿Sois el intendente de Su Alteza?

–Sí, caballero –replicó Pompée sorprendido.

–Avisad por favor a Su Alteza de que deseo tener el honor de presentarle mis respetos.

–Pero, señor, Su Alteza...

–... ya se ha levantado.

–Pero...

–Id.

–Creía que la marcha del señor...

–Mi marcha dependerá de la entrevista que voy a tener con Su Alteza.

–Lo digo porque no tengo orden de mi ama.

–Y yo lo digo –dijo Canolles– porque tengo orden del rey.

Y, tras estas palabras, Canolles golpeó majestuosamente en el bolso de su casaca, gesto que adoptó como el más satisfactorio de todos los que había podido utilizar desde la víspera.

Pero mientras daba este golpe de Estado, nuestro negociador sentía que le

abandonaba el valor. Desde la víspera su importancia había disminuido mucho; hacía casi doce horas que Madame la princesa se había ido; sin duda había avanzado toda la noche y ahora debía de estar a veinte o veinticinco leguas de Chantilly. Por más prisa que Canolles tratase de dar a sus hombres, ya no había medio de alcanzarla; y en caso de alcanzarla, después de partir con un centenar de gentilhombres, ¿quién le aseguraba que la escolta de la fugitiva no ascendía en ese momento a trescientos o cuatrocientos partidarios? A Canolles, como había dicho la víspera, seguía quedándole el recurso de hacerse matar; pero ¿tenía derecho a hacer matar con él a los hombres que lo acompañaban y a hacerles sufrir la sangrienta pena de sus caprichos amorosos? Si la víspera se había equivocado sobre sus sentimientos respecto a Mme. de Cambes, si su turbación no era más que una comedia, Mme. de Cambes podía burlarse abiertamente de él; en ese momento habría soportado la burla de los lacayos, el abucheo de los soldados escondidos en el bosque, la caída en desgracia ante Mazarino, la cólera de la reina, y, por encima de todo esto, la ruina de su amor naciente, porque nunca mujer alguna ha amado a quien ha intentado, aunque sólo sea por un instante, ridiculizar.

Cuando daba vueltas y más vueltas a todos estos pensamientos en su mente, Pompée volvió, con las orejas gachas, a decirle que Madame la princesa lo esperaba.

En esta ocasión se había desterrado toda ceremonia: la vizcondesa lo esperaba en un saloncito contiguo a su cuarto, vestida y de pie. Huellas de insomnio que inútilmente se habían tratado de borrar estaban impresas en su delicioso rostro; un leve tinte negruzco, sobre todo, rodeando sus ojos, indicaba que aquellos ojos no se habían cerrado o apenas lo habían hecho.

–Lo sabéis, caballero –le dijo sin darle tiempo a ser el primero en hablar–, me rindo a vuestro deseo, pero con la esperanza, lo confieso, de que esta entrevista sea la última, y de que a vuestra vez vos os rendiréis al mío.

–Perdón, señora –dijo Canolles–, pero, después de nuestra entrevista de anoche, había esperado menos rigor en vuestras exigencias y contaba con que, a cambio de lo que yo había hecho por vos, y sólo por vos, porque no conocía a Mme. de Condé, oíd bien, os dignaríais soportarme más tiempo en Chantilly.

–Sí, caballero, lo confieso –dijo la vizcondesa–, en el primer momento... el desconcierto inseparable de la posición en que me encontraba... la grandeza del sacrificio que me hacíais... el interés de Madame la princesa, que quería que yo ganase tiempo, pudieron arrancar de mi boca algunas palabras que no concordaban con mi pensamiento; pero he reflexionado durante esta larga noche: una estancia más larga, vuestra o mía, en este castillo se vuelve imposible.

–¡Imposible, señora! –dijo Canolles–. ¿Olvidáis que, para quien habla en nombre del rey, todo es posible?

–Señor de Canolles, espero que ante todo seáis un gentilhombre, y que no abusaréis de la posición en que me ha colocado mi devoción por Su Alteza.

–Señora –respondió Canolles–, ante todo, estoy loco; ¡Dios mío, qué bien lo habéis visto!, pues sólo un loco puede hacer lo que he hecho. Pues bien, apiadaos de mi locura, señora, no me despidáis, ¡os lo suplico!

–Seré entonces yo quien os abandone la plaza, caballero. Seré yo quien, a pesar vuestro, os haga cumplir vuestro deber. Veremos si me detenéis por la fuerza, si nos exponéis a los dos al escándalo. No, no, caballero –continuó la vizcondesa con un acento que Canolles oía vibrar por primera vez–. No, terminaréis pensando que no podéis quedaros eternamente en Chantilly, os acordaréis de que os esperan en otra parte.

Esta frase, que brilló como un relámpago ante los ojos de Canolles, le recordó la escena de la posada de Biscarros, el descubrimiento que Mme. de Cambes había hecho de la relación del joven con Nanon, y entonces todo quedó claro.

Aquel insomnio no lo producían las ansiedades del presente, sino que lo habían causado los recuerdos del pasado. Aquella resolución matinal, que la impulsaba a evitar a Canolles, no era el resultado de la reflexión, era la expresión de los celos.

Hubo entonces, entre aquellas dos personas que permanecían de pie y cara a cara, un silencio de un instante; pero, durante ese silencio, cada uno escuchaba la palabra de su propio pensamiento que hablaba en su pecho con los latidos de su corazón.

«¡Celos! –decía Canolles–, ¡celos! Oh, ahora lo comprendo todo. ¡Sí, sí, quiere estar segura de que la amo bastante para sacrificarle todo nuestro amor! ¡Es una prueba!»

Por su lado, Mme. de Cambes se decía:

«Para el señor de Canolles soy una distracción. Sin duda me ha encontrado en su camino en el momento en que se veía obligado a dejar la Guyena, me ha seguido como el viajero sigue a un fuego fatuo; pero su corazón se ha quedado en aquella casita rodeada de árboles adonde se dirigía la noche que lo conocí. Por lo tanto es imposible que conserve a mi lado a un hombre que ama a otra, y del que, si lo veo más tiempo, tal vez me enamore. ¡Oh!, ¡sería no sólo traicionar mi honor, sino traicionar también los intereses de Madame la princesa ser tan cobarde como para amar al agente de sus perseguidores!»

Por eso, respondiendo a su propio pensamiento, exclamó de golpe:

–¡No, no, tenéis que partir, caballero; partid, o seré yo quien se marche!

–Olvidáis, señora –dijo Canolles–, que tengo vuestra palabra de no partir sin antes haberme advertido de vuestra partida.

–¡Bien!, caballero, os advierto que dejo Chantilly ahora mismo.

–¿Y creéis que lo permitiré? –dijo Canolles.

–¡Cómo! –exclamó la vizcondesa–, ¿me retendríais por la fuerza?

–Señora, no sé lo que haré, pero lo que sé es que me resulta imposible dejaros.

–Entonces, ¿soy vuestra prisionera?

–Sois una mujer a la que ya he perdido dos veces, y a la que no quiero perder una tercera.

–¿Violencia entonces?

–Sí, señora, violencia –respondió Canolles–, si ése es el único medio de guardaros.

–¡Oh! –exclamó Mme. de Cambes–, ¡vaya una felicidad guardar a una mujer que gime, que clama por su libertad, que no os ama, que os detesta!

Canolles se estremeció y trató de dilucidar rápidamente qué había en aquella frase y qué en el pensamiento de la mujer.

Comprendió que había llegado el momento de jugarse el todo por el todo.

–Señora –dijo–, las palabras que acabáis de pronunciar con un acento tan verdadero que no hay que engañarse sobre su significado han resuelto todas mis inquietudes. ¡Vos gimiendo, vos esclava! ¡Retener yo a una mujer que no me ama, que me detesta! No, señora, no: estad tranquila, no será así. Había creído, por la dicha que sentía al veros, que soportabais mi presencia; había esperado, tras haber perdido consideración, tranquilidad de conciencia, porvenir y tal vez honor, que me compensaríais de este sacrificio mediante el don de algunas horas que, sin duda, no volveré a encontrar nunca. Todo esto era posible si me hubierais amado... incluso si yo os hubiera sido indiferente; porque sois buena, hubierais hecho por piedad lo que otra habría hecho por amor. Pero ya no tengo que vérmelas con la indiferencia, sino con el odio; a partir de ahora es distinto; tenéis razón. Perdonadme únicamente, señora, por no haber comprendido que se podía ser odiado cuando se amaba locamente. De vos depende que sigáis siendo reina, dueña y libre en este castillo como en todas partes; a mí me toca retirarme, y me retiro. Dentro de diez minutos habréis reconquistado toda la libertad. Adiós, señora, adiós para siempre.

Y Canolles, con un desorden que, de fingido que era al principio, se había vuelto real y doloroso al final de la escena, saludó a Mme. de Cambes, giró sobre sí mismo buscando la puerta que no encontraba, y repitiendo la palabra «¡Adiós! ¡Adiós!» con un acento tan profundamente sentido que, después de salir del corazón, volvía al corazón. Los verdaderos negocios tienen su voz, igual que las tempestades.

Madame de Cambes no se esperaba aquella obediencia de parte de Canolles; había acumulado fuerzas para un combate, no para una victoria, y, a su vez, se sintió desquiciada por tanta resignación mezclada a tanto amor. Y cuando el joven ya había dado dos pasos hacia la puerta extendiendo los brazos al azar y con una especie de sollozo, sintió de pronto una mano que se posaba en su hombro con la presión más significativa: no lo tocaban sólo, lo detenían.

Se volvió.

Ella seguía allí, de pie ante él. Su brazo, graciosamente extendido, aún tocaba su hombro, y la expresión de dignidad, impresa un momento antes en su rostro, se había fundido en una deliciosa sonrisa.

–Bueno, caballero –dijo ella–, ¡vaya una forma de obedecer a la reina! ¿Os irías, traidor, cuando tenéis orden de quedaros aquí?

Canolles lanzó un grito, cayó de rodillas y apoyó su frente encendida en las dos manos que ella le tendía.

–¡Oh, muero de alegría! –exclamó.

–¡Ay!, no os alegréis aún –dijo la vizcondesa–; porque si os detengo es para que no nos despidamos así, para que no os llevéis de mí la idea de que soy una ingrata, para que me devolváis voluntariamente la palabra que os he dado, para que al menos veáis en mí a una amiga, ya que los partidos opuestos que seguimos me impiden ser nunca otra cosa para vos.

–¡Dios mío! –dijo Canolles–, me había equivocado una vez más: ¡vos no me amáis!

–No hablemos de nuestros sentimientos, barón, sino del peligro que corremos los dos quedándonos aquí. Partid o dejadme partir: es necesario.

–¿Qué me decís, señora?

–La verdad. Dejadme aquí, volved a París. Decid a Mazarino, decid a la reina lo que os ha pasado. Os ayudaré en cuanto esté en mi mano, pero partid, partid.

–Pero ¿tengo que repetíroslo? –exclamó Canolles–. ¡Dejaros es morir!

–No, no, no moriréis, porque conservaréis la esperanza de que volveremos a encontrarnos en tiempos más felices.

–El azar me ha lanzado en vuestro camino, señora, o, mejor dicho, os ha puesto a vos en el mío ya dos veces. El azar se cansará, y si os dejo no volveré a encontraros.

–Bueno, seré yo quien os busque.

–Señora, pedidme que muera por vos... la muerte es un instante de dolor, nada más. Pero no me pidáis que vuelva a dejaros. Sólo ante esa idea mi corazón se rompe. ¿No pensáis que apenas os he visto, que apenas os he hablado?

–Bien, si os permito quedaros aquí hoy, si durante todo el día podéis verme y hablarme, ¿quedaréis satisfecho?

–No prometo nada.

–Yo tampoco entonces. Si había contraído con vos un compromiso, era el de avisaros en el momento en que me iría. Pues bien, parto dentro de una hora.

–Entonces, ¿hay que hacer cuanto queráis? ¿Hay que obedeceros en todo punto? ¿Hay que mostrar abnegación de mí mismo para seguir ciegamente vuestra voluntad? Pues bien, si se precisa todo esto, quedad satisfecha: ante vos ya no tenéis más que a un esclavo presto a obedeceros. Ordenad, señora, ordenad.

Claire tendió su mano al barón, y con su voz más dulce y más cariñosa dijo:

–Un nuevo tratado a cambio de mi palabra. Si no os abandono desde este momento hasta las nueve de la noche, ¿os iréis a las nueve?

–Os lo juro.

–Venid pues: el cielo está azul y nos promete una jornada adorable; hay rocío sobre el césped, perfumes en el aire, bálsamo en los bosques. ¡Hola, Pompée!

El digno intendente, que sin duda había recibido la orden de estar junto a la puerta, entró al instante.

–Mis caballos de paseo –dijo Mme. de Cambes con su aire de princesa–. Esta mañana voy a los estanques y vuelvo por la granja, donde almorzaré... Vos, señor barón, me acompañaréis –continuó–; entra en las atribuciones de vuestro cargo, ya que habéis recibido de Su Majestad la reina la orden de no perderme de vista.

Una nube de alegría asfixiante cegaba al joven y lo envolvía como esos vapores que antaño se llevaban a los dioses al cielo; se dejó guiar, sin oposición y casi sin voluntad: estaba jadeante, embriagado, enloquecido. Al poco rato, en medio de un bosque encantador, bajo alamedas misteriosas cuyas ramas caían flotando sobre su frente desnuda, abrió de nuevo los ojos a las cosas materiales: estaba de pie, mudo, el corazón encogido por una alegría casi tan punzante como el dolor, caminando cogido de la mano de Mme. de Cambes, tan pálida, tan muda y, sin

duda, tan feliz como él.

Pompée marchaba detrás, lo bastante cerca para ver todo, lo bastante lejos para no oír nada.

III

El final de esa embriagadora jornada llegó como siempre llega el fin de un sueño; las horas habían pasado como segundos para el feliz gentilhombre, y sin embargo tenía la impresión de acumular en esa sola jornada recuerdos suficientes para tres existencias ordinarias. Cada una de las alamedas de aquel parque había sido enriquecida con una palabra, con un recuerdo de la vizcondesa; una mirada, un gesto, un dedo puesto sobre los labios, todo tenía su significado... Al montar en la barca, ella le había estrechado la mano; al remontar el río, ella se había apoyado en su brazo; al caminar a lo largo de la tapia del parque, ella se había sentido cansada y se había sentado. Y en cada uno de esos deslumbramientos que habían pasado como relámpagos ante los ojos del joven, el paisaje, iluminado con un resplandor fantástico, había quedado fijado en su recuerdo, no sólo en su conjunto, sino también en sus menores detalles.

Canolles no debía dejar a la vizcondesa durante el día; durante el desayuno, ella le invitó a comer, y durante la comida, a cenar.

En medio de todo el brillo que la falsa princesa hubo de desplegar para recibir al enviado del rey, Canolles distinguió las dulces atenciones de la mujer enamorada. Olvidó los criados, la etiqueta, el mundo; olvidó incluso la promesa que había hecho de retirarse, y se creyó instalado para una bienaventurada eternidad en aquel paraíso terrestre, en el que él sería Adán y Mme. de Cambes, Eva.

Pero cuando llegó la noche, cuando también la cena acabó como habían acabado todos los demás actos de la jornada, es decir, en medio de una alegría inefable, cuando a los postres una dama de honor se llevó al señor Pierrot, siempre disfrazado de duque d'Enghien, y que había aprovechado la circunstancia para comer como hubieran hecho juntos cuatro príncipes de sangre, cuando el carillón del reloj de péndulo empezó a sonar, y, al levantar los ojos, Mme. de Cambes se aseguró de que iba a resonar diez veces, dijo con un suspiro:

–Ha llegado la hora.

–¿Qué hora? –preguntó Canolles tratando de sonreír e intentando frenar una gran desgracia con una broma.

–La hora de cumplir la palabra que me habéis dado.

–Señora –replicó Canolles con tristeza–, ¿no olvidáis nada entonces?

–Quizá me hubiera olvidado como vos –dijo Mme. de Cambes–, pero esto me devuelve la memoria.

Y sacó de su bolsillo una carta que había recibido en el momento de sentarse a la mesa.

–¿De quién es esa carta? –preguntó Canolles.

–De Madame la princesa, que me llama a su lado.

–¡Por lo menos es un pretexto! Os doy las gracias por haber tenido esos

miramientos conmigo.

–No os engañéis, señor de Canolles –respondió la vizcondesa con una tristeza que no se tomaba la molestia de ocultar–. Si no hubiera recibido esta carta, a la hora convenida os habría recordado, como acabo de hacerlo, vuestra partida. ¿Creéis que los criados que nos rodean pueden seguir mucho más tiempo sin darse cuenta de nuestro entendimiento? Admitid que nuestras relaciones no son las de una princesa perseguida con su perseguidor. Pero ahora, si esta separación os resulta tan cruel como pretendéis, dejadme deciros, señor barón, que sólo de vos depende que no nos separemos.

–¡Hablad!, ¡hablad! –exclamó Canolles.

–¿No adivináis?...

–Claro que sí, señora; sí, adivino, y perfectamente. ¿Queréis decirme que siga con vos a Madame la princesa?

–Es ella misma quien me lo dice en esta carta –dijo vivamente Mme. de Cambes.

–Gracias porque esa idea no venga de vos, gracias otra vez por el apuro con que habéis abordado la proposición. No es que mi conciencia se subleve ante la idea de servir a tal o cual bando; no, yo no tengo convicciones; además, ¿quién las tiene en esta guerra dejando aparte a los interesados? Cuando la espada salga de su vaina, ¿qué me importa que el golpe venga de aquí o de allá? No conozco la corte, no conozco a los príncipes; independiente por mi fortuna, sin ambiciones, no espero nada de unos ni de otros. Soy un oficial, eso es todo.

–Entonces, ¿consentiríais en seguirme?

–No.

–Pero ¿por qué, si las cosas son como me decís?

–Porque me estimaríais menos.

–¿Es el único obstáculo que os detiene?

–Os lo juro.

–Entonces no temáis nada.

–Ni siquiera vos creéis lo que decís en este momento –continuó Canolles levantando el dedo y sonriendo–. Un tráfuga es siempre un traidor: la primera palabra es más dulce, pero ambas son equivalentes.

–Pues sí, tenéis razón –dijo Mme. de Cambes–, y no insistiré más. Si os hubierais encontrado en una situación normal, habría tratado de ganaros para la causa de los príncipes; pero enviado del rey, encargado de una misión de confianza por Su Majestad la reina regente y por el primer ministro, honrado con la benevolencia del señor duque d'Épernon, que, a pesar de las sospechas que al principio tuvisteis, os protege según me han asegurado de una forma muy particular... –Canolles se ruborizó–. Seré muy discreta, pero escuchadme, barón: no nos despedimos para siempre, estad seguro, volveremos a vernos, mis presentimientos me lo dicen.

–¿Y dónde? –preguntó Canolles.

–No lo sé; pero desde luego que nos veremos.

Canolles movió tristemente la cabeza.

–No cuento con ello, señora –dijo–; entre nosotros está la guerra, y eso es demasiado cuando al mismo tiempo no hay amor.

–Y esta jornada –preguntó con una entonación seductora la vizcondesa–, ¿os parece nada?

–Es la única en que estoy seguro de haber vivido desde que estoy en el mundo.

–Entonces, como veis, sois ingrato.

–Concededme una segunda jornada como ésta.

–No puedo, tengo que partir esta noche.

–No os la pido para mañana, ni para pasado mañana; os la pido para un día, en el futuro. Tomaos el tiempo que queráis, elegid el lugar que os guste, pero que yo viva con una certeza; sufriría demasiado si sólo tuviera una esperanza.

–¿Dónde iréis ahora, cuando me dejéis?

–A París, a dar cuenta de mi misión.

–¿Y luego?

–A la Bastilla, quizá.

–Pero ¿suponiendo que no os encierren en ella?

–Vuelvo a Libourne, donde debe de estar mi regimiento.

–Y yo a Burdeos, donde estará Madame la princesa. ¿Conocéis algún pueblo muy aislado que esté en la ruta de Burdeos y Libourne?

–Conozco uno cuyo recuerdo me resulta casi tan querido como Chantilly.

–¿Jaulnay? –dijo sonriendo la princesa.

–Jaulnay –repitió Canolles.

–Pues bien, se necesitan cuatro días para ir a Jaulnay; estamos a martes; el domingo me detendré allí toda la jornada.

–Gracias, gracias –exclamó Canolles oprimiendo sobre sus labios una mano que Mme. de Cambes no tuvo el valor de retirar.

Luego, al cabo de un instante, dijo:

–Y ahora queda por interpretar nuestra pequeña comedia.

–¡Ah, sí!, es cierto, señora, la comedia que debe cubrirme de ridículo a ojos de toda Francia. Pero no tengo nada que decir: soy yo quien lo ha querido así, soy yo quien ha preparado, no el papel que represento en ella, sino el desenlace que la corona –Mme. de Cambes bajó los ojos–. Ahora decidme lo que me queda por hacer –dijo impasiblemente Canolles–: espero vuestras órdenes, estoy dispuesto a todo.

Claire estaba tan emocionada que Canolles podía ver levantarse el terciopelo de su vestido bajo las desiguales y precipitadas palpitaciones de su seno.

–Hacéis por mí un sacrificio enorme, lo sé; pero, en nombre del cielo, ¡creedme!, os guardo por ello eterna gratitud. ¡Sí!, por mí vais a incurrir en la desgracia de la corte; sí, vais a ser severamente juzgado. Caballero, os lo ruego, despreciad todo eso si sentís algún placer pensando que me habéis hecho feliz.

–Lo intentaré, señora.

–Creedme, barón –continuó Mme. de Cambes–, ese frío dolor por el que os veo dominado es un remordimiento horrible para mí. Otras os recompensarían mejor de lo que quizá yo hago; pero, caballero, una recompensa que se diese con tanta facilidad no pagaría dignamente vuestro sacrificio.

Y diciendo estas palabras Claire bajó los ojos con un suspiro de púdico

sufrimiento.

–¿Es cuanto teníais que decirme? –preguntó Canolles.

–Tomad –dijo la vizcondesa sacando de su pecho un retrato que tendió a Canolles–, tomad, coged este retrato, y en cada dolor que os valga este desdichado asunto, miradlo, decíos que sufrís por la mujer de esa imagen, y que cada uno de vuestros sufrimientos es pagado en dolores.

–¿Y nada más?

–En estima.

–¿Y nada más?

–En simpatía.

–Señora, ¡una palabra más! –exclamó Canolles–. ¿Qué os cuesta decirla para hacerme completamente feliz?

Claire hizo un movimiento rápido hacia el joven tendiéndole la mano, y abrió la boca para añadir:

–En amor.

Pero al mismo tiempo que la boca se abrieron las puertas, y entre ellas apareció el pretendido capitán de los guardias acompañado por Pompée.

–En Jaulnay acabaré –dijo la vizcondesa.

–¿Vuestra frase o vuestro pensamiento?

–Las dos cosas: la una siempre expresa la otra.

–Señora –dijo el capitán de los guardias–, los caballos de Vuestra Excelencia están enganchados.

–Haceos el sorprendido –dijo muy bajo Claire a Canolles.

El gentilhombre puso una sonrisa de compasión que se dirigía a sí mismo.

–¿Adónde va entonces Vuestra Alteza? –preguntó.

–Me voy.

–Pero ¿olvida Vuestra Alteza que tengo orden de Su Majestad de no apartarme un instante de vos?

–Caballero, vuestra misión ha terminado.

–¿Qué quiere decir eso?

–Que yo no soy Su Alteza la princesa de Condé, sino sólo la vizcondesa de Cambes, su primera dama de honor. Madame la princesa partió anoche, yo voy a reunirme con ella.

Canolles permaneció inmóvil; era evidente que le repugnaba seguir interpretando aquella comedia ante una corte de lacayos.

Para animar a Canolles, Mme. de Cambes le envolvió entonces con su dulce mirada. Esta mirada le devolvió algún valor.

–Entonces se ha engañado al rey –dijo–. Y el señor duque d’Enghien, ¿dónde está?

–He dado orden a Pierrot de volver a sus arriates –dijo una voz grave en la entrada del aposento.

Aquella voz era la de la princesa viuda, que estaba de pie en la puerta, sostenida por dos damas de compañía.

–Volved a París, a Mantes, a Saint-Germain. Volved a la corte: vuestra misión

aquí ha concluido. Diréis al rey que los perseguidos han recurrido a la astucia, lo cual anula el empleo de la fuerza. Sin embargo, sois libre de quedaros en Chantilly para vigilarme a mí, que no he dejado ni dejaré el castillo, porque no tengo esa intención. Permitidme, señor barón, que me despida.

Canolles, rojo de vergüenza, apenas encontró fuerzas para inclinarse mirando a la vizcondesa, y murmurando en tono de reproche:

–¡Oh, señora, señora!

La vizcondesa comprendió aquella mirada y oyó aquellas palabras.

–Que Vuestra Alteza me permita –dijo dirigiéndose a la princesa viuda– interpretar durante un segundo el papel de Madame la princesa. Quiero agradecer al señor barón de Canolles, en nombre de las ilustres huéspedes que han abandonado esta casa, el respeto que me ha testimoniado y la delicadeza que ha puesto en el cumplimiento de una misión tan difícil; me atrevo a creer, señora, que Vuestra Alteza comparte esta opinión, y espero en consecuencia que unirá su agradecimiento al mío.

La princesa viuda, conmovida por estas palabras tan firmes, y a quien su profunda sagacidad quizá revelaba una de las caras de aquel nuevo secreto injertado en el antiguo, dijo entonces con una voz que no estaba exenta de cierta emoción las siguientes palabras:

–Por todo lo que habéis hecho contra nosotros, caballero, olvido; por todo lo que habéis hecho por mi casa, agradecimiento.

Canolles puso una rodilla en tierra ante la princesa, que le dio a besar aquella mano que tantas veces había besado Enrique IV.

Aquello era el complemento de la escena, la despedida irremisible; a Canolles no le quedaba otra cosa que irse, como iba a hacer Mme. de Cambes. Así pues, se retiró a su aposento y se apresuró a escribir a Mazarino el informe más desesperante que pudo encontrar. Aquel informe debía ahorrarle las malas caras del primer impulso de sorpresa; luego, cruzando las filas de los servidores del castillo con cierto temor a ser insultado por ellos, penetró hasta el patio donde le tenían preparado su caballo.

En el momento en que iba a poner el pie en el estribo, una voz imperiosa dejó oír estas palabras.

–Honrad al enviado de Su Majestad el rey nuestro amo.

Aquellas palabras hicieron inclinarse todas las frentes ante Canolles, quien, tras haberse inclinado ante la ventana donde se encontraba Madame la princesa, espoleó su caballo y desapareció con la cabeza alta.

Castorin, desencantado del hermoso sueño que Pompée, en su falso papel de intendente, le había obligado a interpretar, siguió a su amo con la cabeza baja.

IV

Es hora de volver a uno de los personajes más importantes de esta historia, que, montado en un buen caballo, sigue el camino real de París a Burdeos, rodeado por cinco compañeros cuyos ojos se abrían de par en par al menor choque de un saco lleno de escudos de oro que el lugarteniente Ferguzon lleva colgando del arzón de su silla.

–No importa, no importa –decía uno de los hombres–, diez mil libras es un buen botín.

–Es decir –respondió Ferguzon–, que sería un botín magnífico si este botín no debiera nada a nadie, pero este botín debe una compañía a Madame la princesa. *Nimium satis est*, como dice la Antigüedad, que puede traducirse así: «Sólo lo excesivo es suficiente». Pero, mi querido Barrabás, nosotros no tenemos ese famoso *suficiente* que corresponda a *excesivo*.

–¡Qué caro cuesta parecer hombre honrado! –dijo Cauvignac–. Toda la recaudación del recaudador real se ha convertido en arneses, casacas y bordados. Estamos flamantes como señores, llevamos el lujo hasta tener bolsas; aunque lo cierto es que no contienen nada. ¡Oh apariencia!

–Hablad por nosotros, capitán, y no por vos –replicó Barrabás–, tenéis una bolsa y diez mil libras dentro.

–Amigo –dijo Cauvignac–, ¿no has oído o has entendido mal lo que acaba de decir Ferguzon sobre nuestras obligaciones hacia Madame la princesa? No soy de los que se comprometen a una cosa y hacen otra. El señor Lenet me ha dado diez mil libras para reclutar una compañía, y la reclutaré o me llevará el diablo. Y me deberá cuarenta mil libras más el día que esa compañía esté reclutada. Y si entonces no paga esas cuarenta mil libras, veremos...

–¡Con diez mil libras! –exclamaron a coro cuatro voces irónicas, porque Ferguzon, lleno de confianza en los recursos del jefe, parecía ser el único de toda aquella tropa convencido de que Cauvignac alcanzaría el resultado prometido–. ¿Reclutaréis una compañía con diez mil libras?

–Sí –dijo Cauvignac–, cuando haya que añadir algo.

–¿Y quién añadirá algo? –preguntó una voz.

–Desde luego, yo no –dijo Ferguzon.

–¿Y quién entonces? –preguntó Barrabás.

–¡Diablos!, el primero que llegue. Mirad, precisamente estoy viendo un hombre allá, en el camino. Ahora veréis...

–Comprendo –dijo Ferguzon.

–¿Eso es todo? –preguntó Cauvignac.

–Y me quedo admirado.

–Sí –dijo uno de los jinetes acercándose a Cauvignac–, sí, comprendo que tengáis

que cumplir con vuestros compromisos, capitán; sin embargo, podríamos perder por ser demasiado honestos. Hoy somos necesarios; pero si mañana se recluta la compañía, nombrarán oficiales de confianza y nos despedirán, a nosotros, que nos habremos tomado el esfuerzo de formarla.

–Sois un necio, así de simple, mi querido Carrotel, no es la primera vez que os lo digo –continuó Cauvignac–. El lamentable razonamiento que acabáis de hacer os priva del grado para el que os destinaba en esta compañía, porque es evidente que seremos los seis oficiales de ese núcleo de ejército. Os hubiera nombrado subteniente desde el principio, Carrotel; sólo seréis sargento. Gracias a la simpleza que acabáis de oír, Barrabás, sois vos, que no habéis dicho nada, quien ocupará ese puesto hasta que, una vez que ahorquen a Ferguzon, paséis a lugarteniente por derecho de antigüedad. Pero no perdamos de vista a mi primer soldado, al que veo allá abajo.

–¿Tenéis alguna idea de lo que es ese hombre, capitán? –preguntó Ferguzon.

–Ninguna.

–Debe de ser un hombre de ciudad, lleva capa negra.

–¿Estás seguro?

–Mirad, el viento se lo lleva, ¿veis?

–Si tiene una capa negra, es un ciudadano rico; tanto mejor, lo reclutamos para el servicio de los señores príncipes, es importante que la compañía esté bien compuesta. Si fuera para ese infame de Mazarino, valdría cualquier cosa; pero para los príncipes, ¡diablos! Ferguzon, se me ha ocurrido que mi compañía me honrará, como dice Falstaff.

Toda la tropa picó espuelas para alcanzar al burgués que iba apaciblemente por el centro del adoquinado.

Cuando el digno hombre, que iba montado en una buena mula, vio a los flamantes jinetes que galopaban, se echó respetuosamente a un lado del camino y saludó a Cauvignac.

–Es educado –dijo éste–, y eso ya está bien; pero no conoce el saludo militar, habrá que enseñárselo.

Cauvignac le devolvió el saludo, y luego, colocándose a su lado, le preguntó:

–Señor, ¿queréis decirnos si amáis al rey?

–¡Pues claro! –respondió el hombre.

–¡Es admirable! –dijo Cauvignac haciendo girar unos ojos encantados–. ¿Y a la reina?

–¡Por la reina siento la mayor veneración!

–¡Excelente! ¿Y al señor de Mazarino?

–El señor de Mazarino es un gran hombre, señor, lo admiro.

–Perfecto. Entonces –continuó Cauvignac–, ¿hemos tenido la suerte de encontrar a un buen servidor de Su Majestad?

–Para mí es un honor, caballero.

–¿Y estáis dispuesto a demostrar vuestro afecto?

–En toda ocasión.

–¡Qué bien viene esto! Sólo el camino real puede ofrecer estos encuentros.

–¿Qué queréis decir? –preguntó el burgués, empezando a mirar a Cauvignac con cierta inquietud.

–Quiero decir, señor, que tenéis que seguirnos.

El paisano dio en su silla un brinco de sorpresa y espanto.

–¡Seguiros! ¿Y adónde, caballero?

–Pues no lo sé muy bien: a donde vamos.

–Caballero, ¡yo sólo viajo en compañía de gente que conozco!

–Es muy justo y propio de un hombre prudente; por eso voy a deciros quiénes somos.

El burgués hizo un gesto indicando que ya creía haberlo adivinado. Cauvignac prosiguió, sin parecer darse cuenta de ese gesto.

–Soy Roland de Cauvignac, capitán de una compañía ausente, cierto, pero dignamente representada por Louis-Gabriel Ferguzon, mi lugarteniente; por Georges-Guillaume Barrabás, mi subteniente; por Zéphirin Carrotel, mi sargento, y por estos dos caballeros, uno de los cuales es mi furriel y el otro mi sargento mayor. Ahora ya nos conocéis, señor –continuó Cauvignac con el aire más risueño–, y me atrevo a esperar que no sentís antipatía hacia nosotros.

–Pero, caballero, ya serví a Su Majestad en la guardia urbana, pago regularmente mis impuestos, tasas, cargas, etc. –respondió el paisano.

–No os comprometo al servicio de Su Majestad –continuó Cauvignac– sino al de los señores príncipes, cuyo indigno representante veis ante vos.

–¡Al servicio de los príncipes enemigos del rey! –exclamó el paisano cada vez más sorprendido–. Entonces, ¿a qué viene que me preguntéis si amaba a Su Majestad?

–Porque si no hubierais amado al rey, señor, si hubierais acusado a la reina, si hubierais echado pestes del señor de Mazarino, me habría guardado mucho de apartaros de vuestras ocupaciones; entonces seríais tan sagrado para mí como un hermano.

–Pero, en fin, caballero, yo no soy un esclavo, no soy un siervo.

–No, señor, sois soldado, es decir, perfectamente libre de convertirlos en capitán como yo, o en mariscal de Francia como el señor de Turenne.

–Caballero, he pleiteado mucho en mi vida.

–Entonces tanto peor, señor, es una mala costumbre la de los procesos. Yo nunca he tenido ninguno, quizá porque estudié para ser procurador.

–Pero litigando aprendí las leyes del reino.

–Eso lleva mucho tiempo. Sabéis, señor, que desde las *Pandectas* de Justiniano¹¹⁰ hasta la sentencia del Parlamento que declara, a propósito de la muerte del mariscal d'Ancre, que nunca un extranjero podrá ser ministro de Francia, hay dieciocho mil setecientas setenta y dos leyes, sin contar las ordenanzas; pero en fin, hay organismos privilegiados que tienen una memoria sorprendente: Pico de la Mirandola hablaba doce lenguas a los dieciocho años. ¿Y qué fruto habéis sacado del conocimiento de esas leyes, señor?

–El fruto de saber que no se recluta en el camino real sin autorización.

–Yo tengo una, señor, aquí la tenéis.

-¿De Madame la princesa?
 -De Su Alteza misma.
 Y Cauvignac se levantó respetuosamente el sombrero.
 -¡Pero entonces hay dos reyes en Francia! -exclamó el paisano.
 -Sí, señor, por eso me honro en pedirlos la preferencia por el mío, y por eso considero un deber enrolos a mi servicio.
 -Apelaré al Parlamento, caballero.
 -En efecto, es un tercer rey, y probablemente también tendréis ocasión de servirle. Nuestra política es amplia. ¡En marcha, señor!
 -Pero eso es imposible, caballero, me esperan por negocios.
 -¿Dónde?
 -En Orléans.
 -¿Y quién?
 -Mi abogado.
 -¿Para qué?
 -Por asuntos de dinero.
 -¡El primer asunto es el servicio del Estado, señor!
 -¿No se puede prescindir de mí?
 -Contábamos con vos, y, de veras, ¡os echaríamos en falta! Sin embargo, si como decís os dirigís a Orléans por asuntos de dinero...
 -Sí, caballero, por asuntos de dinero.
 -¿De cuánto dinero?
 -De cuatro mil libras.
 -¿Que vais a recibir?
 -No, que voy a pagar.
 -¿A vuestro procurador?
 -Exactamente, caballero.
 -¿Por un proceso ganado?
 -Por un proceso perdido.
 -Eso merece consideración... ¡Cuatro mil libras!
 -¡Cuatro mil libras!
 -Ésa es precisamente la suma que desembolsaréis en caso de que los señores príncipes consientan en sustituir vuestros servicios por los de un mercenario.
 -¡Eso sí que no!; yo conseguiré un sustituto por cien escudos...
 -¡Un sustituto de vuestra misma apariencia, un sustituto que monta en mula con los pies por fuera como vos, un sustituto que sepa dieciocho mil setecientas setenta y dos leyes! Vamos, señor, para un hombre corriente, desde luego que cien escudos bastarían; pero si nos contentamos con hombres corrientes, no merece la pena hacer la competencia al rey. Necesitamos hombres de vuestro mérito, de vuestro rango, de vuestra talla. ¡Qué diablos! No os valoráis lo suficiente, ¡yo creo que bien valéis cuatro mil libras!
 -Ya veo adónde se quiere llegar -exclamó el paisano-; esto es un robo a mano armada.
 -Señor, nos insultáis -dijo Cauvignac-, y os desollaríamos vivo para reparar este

insulto si no nos importase conservar una buena reputación en los ejércitos de los señores príncipes. No, señor, dadnos vuestras cuatro mil libras, pero no vayáis a creer que se trata de una extorsión: es necesario.

–¿Quién pagará entonces a mi procurador?

–Nosotros.

–¿Vos?

–Nosotros.

–Pero ¿me daréis un recibo?

–En toda regla.

–¿Firmado por él?

–Firmado por él.

–Entonces es distinto.

–Ya lo veis. Así que aceptáis.

–Es necesario, dado que no puedo hacer otra cosa.

–Ahora dadnos la dirección del procurador y alguna información imprescindible.

–Os he dicho que era una condena resultante de un proceso perdido.

–¿Contra quién?

–Contra un tal Biscarros, demandante como heredero de su mujer, que era de Orléans.

–¡Atención! –dijo Ferguzon.

Cauvignac hizo con el rabillo del ojo una seña que quería decir «no temas nada, estoy al acecho».

–Biscarros –repitió Cauvignac–, ¿no es un posadero de los alrededores de Libourne?

–Exacto. Vive entre esa ciudad y Saint-André-de-Cubzac.

–¿En el hostel del Becerro de Oro?

–Exacto. ¿Lo conocéis?

–Algo.

–¡El muy miserable! Hacer que me condenen a devolver una suma...

–¿Que no le debíais?

–Sí... pero esperaba no pagársela nunca.

–Lo comprendo, es muy duro.

–Por eso, os doy mi palabra de que preferiría ver ese dinero en vuestras manos que en las suyas.

–Entonces creo que quedaréis satisfecho.

–Pero ¿mi recibo?

–Venid con nosotros, lo tendréis en debida forma.

–¿Cómo os las arreglaréis?

–Eso es cosa mía.

Siguieron avanzando hacia Orléans, donde llegaron dos horas después. El burgués guió a los reclutadores a la posada más cercana a la casa de su procurador. Era un lugar muy peligroso y horrible, llamado La Paloma del Arca.

–Ahora –dijo el paisano–, ¿qué hacemos? Me gustaría no desprenderme de mis cuatro mil libras si no es contra mi recibo.

–No os preocupéis. ¿Conocéis la letra de vuestro procurador?

–Perfectamente.

–Cuando os llevemos el recibo, ¿no pondréis ninguna dificultad en entregarnos vuestro dinero?

–¡Ninguna! Pero sin dinero mi procurador no dará ningún recibo; lo conozco.

–Yo adelantaré la suma –dijo Cauvignac.

Y en ese mismo instante, sacando de su bolso cuatro mil libras, dos mil en lises y el resto en medias pistolas, alineó los montones ante los ojos asombrados del paisano.

–Ahora –dijo–, ¿cómo se llama vuestro procurador?

–Maese Rabodin.

–Pues bien, tomad una pluma y escribid.

El paisano obedeció.

Maese Rabodin, os envío las cuatro mil libras por daños e intereses a que he sido condenado a pagar a maese Biscarros, de quien sospecho que querrá hacer un uso culpable de ese dinero. Con la obligación de entregar al portador vuestro recibo en debida forma...

–¿Y ahora? –preguntó el paisano.

–Ahora, poned la fecha y firmad.

El paisano fechó y firmó el documento.

–Ahora –le dijo Cauvignac a Ferguzon–, coge esta carta, este dinero, disfrazate de molinero y vete a casa del procurador.

–¿Y qué haré en casa del procurador?

–Le entregarás esta suma y recogerás el recibo.

–¿Nada más?

–Nada más.

–No comprendo.

–Mejor, así harás mejor el encargo.

Ferguzon tenía gran confianza en su capitán; por eso, se dirigió hacia la puerta sin replicar.

–Haz que nos suban vino, y del mejor –dijo Cauvignac–, el señor debe de tener sed.

Ferguzon saludó en señal de obediencia y salió. Media hora después volvió y encontró a Cauvignac sentado a la mesa con el paisano, ambos haciendo honor a ese famoso vino de Orléans que alegraba tanto el paladar gascón de Enrique IV.

–¿Y bien? –preguntó Cauvignac.

–Pues aquí tenéis el recibo.

–¿Está bien?

Y Cauvignac pasó el trozo de papel timbrado al paisano.

–Esto es.

–¿Está en regla el recibo?

–Perfectamente.

–¿No ponéis ninguna dificultad en darme vuestro dinero a cambio de este recibo?

–Ninguna.

–Dádmelo entonces.

El paisano contó las cuatro mil libras; Cauvignac se las metió en el bolso, donde sustituyeron a las cuatro mil libras ausentes.

–Y ahora ¿estoy en libertad? –dijo el paisano.

–Dios mío, sí, a menos que os empeñéis en servir.

–No personalmente, pero...

–Pero ¿qué? Veamos –dijo Cauvignac–, tengo el presentimiento de que no nos despediremos sin hacer un segundo negocio.

–Es posible –dijo el paisano totalmente tranquilo por la posesión de su recibo–; pero tengo un sobrino...

–¡Ah, ah!

–Un muchacho difícil y alborotador.

–¿Y del que querríais libraros?

–No precisamente, pero creo que sería un soldado excelente.

–Enviádmelo, lo convertiré en héroe.

–¿Lo reclutaréis entonces?

–Lo haré encantado.

–También tengo un ahijado, un muchacho de mérito que quiere entrar en religión, por el que estoy obligado a pagar una pensión carísima.

–De modo que preferís que coja el mosquete, ¿verdad? Enviadme a vuestro ahijado junto con el sobrino, eso os costará quinientas libras por los dos.

–¡Quinientas libras! No comprendo.

–Claro que sí, se paga al entrar.

–Entonces, ¿por qué queréis hacerme pagar por no entrar?

–Por razones particulares. Vuestro sobrino y vuestro ahijado pagarán doscientas cincuenta libras cada uno, y nunca volveréis a oír hablar del asunto.

–¡Diablos! Es muy seductor lo que me decís; ¿y estarán bien?

–Una vez que hayan probado el servicio bajo mis órdenes, no cambiarían su posición por la del emperador de la China. Preguntad a estos caballeros cómo los alimento. Responded, Barrabás, responded, Carrotel.

–Cierto –dijo Barrabás–, vivimos como señores.

–¿Y cómo van vestidos? Mirad...

Carrotel hizo una pirueta sobre sí mismo para demostrar en todas sus facetas su espléndido atavío.

–La verdad es que no hay nada que decir sobre el atuendo –dijo el paisano.

–Entonces, enviadme a vuestros dos muchachos.

–Lo haré encantado. ¿Os detendréis mucho tiempo aquí?

–No, nos vamos mañana por la mañana; pero para esperarlos sólo iremos al paso. Dadnos las quinientas libras, y es cosa hecha.

–Sólo tengo doscientas cincuenta.

–Les daréis las otras doscientas cincuenta, os servirá incluso de pretexto para

enviármelos; porque sin eso, si no tuvierais un pretexto, sospecharían algo, ¿comprendéis?

–Pero –dijo el paisano–, quizá me respondan que basta con uno para el recado.

–Les diréis que los caminos no son seguros, y daréis a cada uno veinticinco libras, será un adelanto sobre su soldada.

El paisano abrió unos ojos maravillados.

–En verdad –dijo– que los militares no se detienen ante ninguna dificultad.

Y después de haber entregado las doscientas cincuenta libras a Cauvignac, se retiró encantado de haber encontrado la ocasión de colocar, por quinientas libras, a un sobrino y a un ahijado que le costaban más de doscientas pistolas¹¹¹ al año.

V

–Bueno, maese Barrabás –dijo Cauvignac–, ¿tenéis en vuestra valija algún traje algo menos elegante del que lleváis y que os da cierto aire de empleado de impuestos y gabelas?

–Tengo el de recaudador, ya sabéis, que tenemos...

–Bien, muy bien. Y seguro que también tenéis su comisión.

–El lugarteniente Ferguzon me había dicho que no lo extraviase y lo he conservado con mucho cuidado.

–El lugarteniente Ferguzon es el hombre más previsor que conozco. Vestíos de recaudador, y tomad esta comisión.

Barrabás salió y volvió diez minutos más tarde completamente transformado.

Encontró a Cauvignac totalmente vestido de negro, y tratando de parecerse a un hombre de justicia.

Ambos se dirigieron hacia la casa del procurador. Maese Rabodin vivía en la tercera planta, al fondo de un piso formado por una antecámara, un estudio y un gabinete; seguramente había más habitaciones, pero como no estaban abiertas a los clientes no hablaremos de ellas.

Cauvignac cruzó la antecámara, dejó a Barrabás en el estudio, lanzó de pasada una mirada inquisitiva sobre los dos pasantes que fingían garrapatear mientras jugaban a la rayuela, y pasó al *sanctus sanctorum*¹¹².

Maese Rabodin estaba sentado delante de una mesa tan cargada de dosieres que el respetable procurador parecía realmente hundido bajo las ejecutorias, los expedientes y los procesos. Era un hombre alto, enjuto y amarillento, que llevaba un traje negro pegado a sus miembros como la piel de una anguila está pegada a su cuerpo. Al oír los pasos de Cauvignac alzó su largo torso encorvado y levantó la cabeza, que entonces sobrepasó la muralla que lo rodeaba.

Por un instante Cauvignac creyó haber encontrado al basilisco, animal que los sabios modernos consideran fabuloso¹¹³, tanto brillaban los ojillos del procurador con el oscuro resplandor de la avaricia y la codicia.

–Señor –dijo Cauvignac–, os pido perdón por presentarme en vuestra casa sin haber sido anunciado; pero –añadió poniendo su sonrisa más encantadora–, es un privilegio de mi cargo.

–Un privilegio de vuestro cargo –dijo maese Rabodin–, ¿y cuál es vuestro cargo, por favor?

–Soy alguacil de Su Majestad, señor.

–¡Alguacil de Su Majestad!

–Tengo ese honor.

–Caballero, no comprendo.

–Ahora vais a comprender. Conocéis al señor Biscarros, ¿verdad?

–Claro que lo conozco: es mi cliente.

–¿Qué pensáis de él?

–¿Qué pienso?

–Sí.

–Pues pienso... pienso... pienso que es un hombre muy valiente.

–Bien, señor, os equivocáis.

–¿Cómo? ¿Que me equivoco?

–Vuestro valiente hombre es un rebelde.

–¿Cómo? ¿Un rebelde?

–Sí, señor, un rebelde que aprovechaba la situación retirada de su posada para convertirla en un foco de conspiración.

–¿De verdad?

–Que se había comprometido a envenenar al rey, a la reina y al señor de Mazarino si por azar se detenían en su posada.

–¿De verdad?

–Y al que acabo de detener y llevar a la prisión de Libourne, bajo la acusación de crimen de lesa majestad.

–Caballero, me encendéis de cólera –dijo maese Rabodin echándose hacia atrás en su sillón.

–Hay más, señor –continuó el falso exento–, y es que vos estáis comprometido en este asunto.

–¿Yo, caballero? –exclamó el procurador pasando del amarillo naranja al verde manzana–. ¿Yo comprometido? ¿Y cómo?

–Tenéis en vuestro poder una suma que ese infame Biscarros destinaba al pago de un ejército de rebeldes.

–Es cierto, caballero, que he recibido para él...

–Una suma de cuatro mil libras. Se le ha aplicado la tortura de los borceguíes¹¹⁴, y en la octava cuña el muy cobarde ha confesado que esa cantidad debía encontrarse en vuestra casa.

–Está aquí, caballero, pero sólo desde hace un momento.

–Tanto peor, señor, tanto peor.

–¿Por qué tanto peor?

–Porque voy a verme obligado a asegurarme de vuestra persona.

–¿De mi persona?

–Claro: el acta de acusación os designa como cómplice.

El procurador pasó del verde manzana al verde botella.

–¡Ah!, si no hubierais recibido esa cantidad –continuó Cauvignac–, sería distinto; pero confesáis haberla recibido; es una pieza de convicción, ya me comprendéis.

–Caballero, si consiento en devolverla, si os la entrego ahora mismo, si declaro que no tengo ninguna relación con el miserable Biscarros, si reniego de él...

–No por eso dejarían de planear sobre vos graves sospechas. Sin embargo, debo deciros que la entrega inmediata del dinero...

–Caballero, ¡ahora mismo! –exclamó maese Rabodin–. El dinero está todavía ahí,

en la bolsa donde me lo han traído. Me he limitado a comprobar la cantidad.

–¿Y es exacta?

–Contad vos mismo, caballero, contad vos mismo.

–No, eso no, señor, porque no tengo poder para tocar el dinero de Su Majestad, pero conmigo viene el recaudador de Libourne, que me ha sido adjuntado para cobrar las distintas cantidades que el desgraciado Biscarros diseminaba así para reunir las luego en caso necesario.

–Sí, me insistió mucho en que, cuando cobrase las cuatro mil libras, se las hiciera llegar sin demora.

–¡Ya lo veis! Seguro que ya sabe que Madame la princesa ha huido de Chantilly y se dirige hacia Burdeos, y reunía todos sus recursos para convertirse en jefe de partido.

–¡Qué miserable!

–Y vos, ¿no sospechabais nada?

–Nada de nada, señor.

–¿Nadie os había avisado?

–Nadie.

–¿Qué decís entonces a esto? –preguntó Cauvignac extendiendo el dedo hacia la carta del burgués, que había permanecido desplegada sobre la mesa de maese Rabodin, en medio de una multitud de papeles–. ¿Qué decís a esto, cuando vos mismo me proporcionáis la prueba de lo contrario?

–¡Cómo! ¡La prueba!

–¡Diablos! Leed.

Rabodin leyó con voz trémula:

Maese Rabodin, os envío las cuatro mil libras por daños e intereses a que he sido condenado a pagar a maese Biscarros, de quien sospecho que querrá hacer un uso culpable de ese dinero.

–¡«Un uso culpable»! –repitió Cauvignac–; como veis, la horrible reputación de vuestro cliente ha llegado hasta ese punto.

–Señor, estoy aterrado –dijo el procurador.

–No puedo ocultaros, señor –dijo Cauvignac–, que mis órdenes son severas.

–Señor, os juro que soy inocente.

–¡Pardiez! Biscarros decía lo mismo hasta que lo sometieron a tortura; hasta que en la quinta cuña cambió de lenguaje.

–Os repito, señor, que estoy dispuesto a entregaros el dinero; ahí lo tenéis, cogedlo, me quema las manos.

–Hagamos las cosas en regla –dijo Cauvignac–, ya os he dicho que no me corresponde cobrar los dineros del rey –y entonces, avanzando hacia la puerta–: Venid aquí, señor recaudador –dijo–, a cada cual su oficio.

Barrabás avanzó.

–El señor lo confiesa todo –continuó Cauvignac.

–¿Cómo? ¿Que lo confieso todo? –exclamó el procurador.

-Sí, confesáis que manteníais correspondencia con Biscarros.
 -Señor, sólo he recibido dos cartas suyas, y nunca le he escrito más que una.
 -El señor confiesa que era poseedor de fondos que pertenecían al acusado.
 -Aquí están, señor; nunca he recibido para él más que estas cuatro mil libras, y estoy dispuesto a devolvéroselas.
 -Señor recaudador -dijo Cauvignac-, presentad vuestro título, coged este dinero y dad un recibo en nombre de Su Majestad.
 Barrabás tendió su despacho al procurador, que lo rechazó con la mano, sin querer hacerle el agravio de leerlo.
 -Ahora -dijo Cauvignac mientras, por temor a errores, Barrabás contaba el dinero-, ahora tenéis que seguirme.
 -¿Seguiros?
 -Claro; ¿no os he dicho que erais sospechoso?
 -Pero, señor, os juro que Su Majestad no tiene servidor más fiel que yo.
 -No basta con afirmarlo, se necesitan pruebas.
 -Las tengo, señor, y puedo darlas.
 -¿Qué pruebas?
 -Toda mi vida pasada.
 -No es suficiente; se necesitaría una garantía para el futuro.
 -Indicadme qué puedo hacer y lo haré.
 -Hay un medio irrefutable para probar vuestra adhesión.
 -¿Cuál?
 -En este momento se encuentra en el mismo Orléans un capitán amigo mío que recluta una compañía para el rey.
 -¿Y qué?
 -La prueba sería que os unieseis a esa compañía.
 -¿Yo, señor? ¿Un procurador?...
 -El rey necesita muchos procuradores, señor, porque sus asuntos están muy embrollados.
 -Lo haré con mucho gusto, señor, pero en mi despacho.
 -El despacho lo dejaréis en manos de vuestros pasantes.
 -¡Imposible! ¿Qué pasaría con las firmas?
 -Perdón, señores, si me meto en la conversación -dijo Barrabás.
 -¡Por supuesto! -dijo el procurador-. Hablad, señor, hablad.
 -Me parece que, si en lugar de este señor, que sería un soldado muy malo...
 -Sí, señor, tenéis razón, muy malo -dijo el procurador.
 -Si el señor ofreciese a vuestro amigo, o mejor al rey...
 -¿Cómo, señor? ¿Qué puedo ofrecer al rey?
 -Sus dos pasantes.
 -Pues claro -exclamó el procurador-, claro, y con el mayor placer; que vuestro amigo se lleve a los dos, se los doy; son dos muchachos encantadores.
 -Uno me ha parecido un niño.
 -Tiene quince años, señor, ¡quince años!, y serviría muy bien de tambor. Venid aquí, Fricotin.

Cauvignac hizo una seña para indicar que deseaba que se dejase al señor Fricotin donde estaba.

–¿El otro? –continuó.

–Dieciocho años, señor: cinco pies y seis pulgadas¹¹⁵, aspirante a ser pertiguero en Saint-Sauveur, y por lo tanto ya conoce el manejo de la alabarda. Venid aquí, Chalumeau.

–Pero me da la impresión de que bizquea horribilmente –dijo Cauvignac haciendo una segunda seña semejante a la primera.

–Mejor, señor; lo pondréis de centinela, y como bizquea hacia fuera, verá a derecha e izquierda, mientras que los otros sólo ven lo que hay delante.

–Es una ventaja, ya lo sé. Pero como comprenderéis, el rey está muy enfadado; cuando se pleitea a golpe de cañón sale más caro que a golpe de palabra, el rey no puede hacerse cargo del equipo de esos dos mozancones; bastante con que se encargue de su instrucción y su soldada.

–Señor –dijo maese Rabodin–, si eso no basta para demostrar mi adhesión al rey... ¡bien!, haré un sacrificio.

Cauvignac y Barrabás se miraron.

–¿Qué pensáis, señor recaudador? –preguntó Cauvignac.

–Pienso que el señor parece de buena fe –respondió Barrabás.

–Y que, por lo tanto, hay que tener miramientos con él. Dad al señor un recibo de quinientas libras.

–¡Quinientas libras!

–Un recibo razonado para el equipamiento de dos jóvenes soldados, que en su afecto maese Rabodin ofrece a Su Majestad.

–Pero, señor, tras este sacrificio ¿podré estar tranquilo por lo menos?

–Estoy seguro.

–¿No volverá nadie a molestarme?

–Eso espero.

–¿Y si, contra toda justicia, se me persiguiese?

–Podrías recurrir a mi testimonio. Pero ¿consentirán vuestros dos pasantes?

–Estarán encantados.

–¿Estáis seguro?

–Sí. Pero no habría que decirles...

–... el honor que se les reserva, ¿no es eso?

–Sería más prudente.

–¿Cómo hacer, entonces?

–Es muy sencillo, los envío a vuestro amigo. ¿Cómo se llama vuestro amigo?

–El capitán Cauvignac.

–Los envío a vuestro amigo el capitán Cauvignac con cualquier pretexto; sería mejor que todo se hiciese fuera de Orléans, para que no haya escándalo.

–Sí, para que a los orleaneses no les entren ganas de azotarlos con vergas como mandó hacer Camilo a aquel maestro de escuela de la Antigüedad...¹¹⁶

–Se los envío entonces fuera de la ciudad.

–En el camino real de Orléans a Tours, por ejemplo.

–En la primera posada.

–Sí, encuentran al capitán Cauvignac a la mesa; éste les ofrece un vaso de vino, ellos aceptan, les propone brindar a la salud del rey, beben entusiasmados, y ya se han convertido en soldados.

–Perfectamente; ahora podéis llamarlos.

Se llamó a los dos jóvenes. Fricotin era un pequeñajo de apenas cuatro pies¹¹⁷, vivo, espabilado y rechoncho; Chalumeau era un gran imbécil de cinco pies y seis pulgadas, delgado como un espárrago y rojo como una zanahoria.

–Señores –dijo Cauvignac–, maese Rabodin, vuestro procurador, os encarga una misión de confianza: ir mañana por la mañana a buscar en la primera posada que hay en el camino de Orléans a Tours un fajo de documentos relativos a un proceso que el capitán Cauvignac tiene contra el señor de La Rochefoucauld. Maese Rabodin dará a cada uno veinticinco libras de gratificación por esa tarea.

Fricotin, muchacho crédulo, dio un salto de tres pies. Chalumeau, que era de carácter desconfiado, miró al mismo tiempo a Cauvignac y al procurador con una expresión de duda que le hacía bizquear tres veces más que de costumbre.

–Pero un momento, un momento –dijo vivamente maese Rabodin–, yo no me he comprometido a esas cincuenta libras.

–De esa suma, maese Rabodin se resarcirá –continuó el falso alguacil– con los honorarios del proceso entre el capitán Cauvignac y el duque de La Rochefoucauld.

Maese Rabodin bajó la cabeza; estaba pillado, había que pasar por aquella puerta o por la de la cárcel.

–Bueno –dijo el procurador–, consiento, pero espero que me deis el oportuno recibo.

–Tomad –dijo el recaudador–, como veis, ya había adivinado vuestro deseo.

Y le entregó un papel en el que estaban escritas estas líneas:

Recibo de maese Rabodin, fidelísimo súbdito de Su Majestad, a título de ofrenda voluntaria, una suma de quinientas libras para ayudarlo en su guerra contra los señores príncipes.

–Si queréis –dijo Barrabás–, pondré a los dos pasantes en el recibo.

–No, no –dijo vivamente el procurador–, así está muy bien.

–A propósito –dijo Cauvignac a maese Rabodin–, recomendad a Fricotin que coja su tambor y a Chalumeau que vaya provisto de su alabarda, siempre serán dos cosas menos que comprar.

–Pero ¿con qué pretexto queréis que les haga esa recomendación?

–¡Pardiez!, con el pretexto de entretenerse durante el camino.

Tras esto, el falso exento y el falso recaudador se retiraron, dejando a maese Rabodin aturdido ante el peligro que había corrido y feliz por haber salido del paso por tan poco precio.

VI

Al día siguiente las cosas ocurrieron como Cauvignac había previsto: el sobrino y el ahijado fueron los primeros en llegar montados en el mismo caballo; luego Fricotin y Chalumeau, el uno con su tambor y el otro con su alabarda. En el momento en que se les explicó que tenían el honor de ser reclutados al servicio de los príncipes, pusieron algunas pequeñas dificultades; pero todas se resolvieron ante las amenazas de Cauvignac, las promesas de Ferguzon y la lógica de Barrabás.

El caballo del sobrino y del ahijado se destinó al transporte de equipajes, y como Cauvignac tenía orden de reclutar una compañía de infantería, los dos recién reclutados no tuvieron nada que alegar.

Se pusieron en camino. La marcha de Cauvignac se parecía a un triunfo. El ingenioso partisano había encontrado la manera de llevar a la guerra a los más obstinados partidarios de la paz. A unos los hacía abrazar la causa del rey, a otros la de los príncipes. Algunos creían servir al Parlamento, otros al rey de Inglaterra, que hablaba de una incursión en Escocia para reconquistar sus Estados¹¹⁸. Al principio hubo cierta disparidad en los colores, alguna discordancia en las reclamaciones, que el teniente Ferguzon, a pesar de su poder de persuasión, tras un gran esfuerzo había conseguido someter al diapasón de la obediencia pasiva. Mientras, con la ayuda de un misterio continuo, y necesario, decía Cauvignac, para el éxito de la operación, soldados y oficiales avanzaban sin saber lo que iban a hacer. Cuatro días después de haber dejado Chantilly, Cauvignac había reunido veinticinco hombres: ya era, como se ve, una patrulla bastante buena. Muchos ríos que hacen gran ruido al dar en la mar tienen orígenes menos imponentes.

Cauvignac buscaba un centro: llegó a una pequeña población situada entre Châtellerault y Poitiers, y creyó haber encontrado lo que buscaba. Era el pueblo de Jaulnay; Cauvignac lo reconoció por haber ido a él, una noche, a llevar una orden a Canolles¹¹⁹, y estableció su cuartel general en la posada donde recordaba haber cenado bastante bien aquella noche. Además, no había donde elegir; como ya dijimos, esa posada era la única.

Así situado, a caballo, en la principal ruta de París a Burdeos, Cauvignac tenía a su espalda las tropas del señor de La Rochefoucauld, que asediaba Saumur¹²⁰, y delante las del rey, que se concentraban en Guyena. Tendiendo de este modo la mano a cada uno de ellos, guardándose de enarbolar un color cualquiera antes del momento oportuno, trataba de formar un núcleo de un centenar de hombres para sacar un partido ventajoso; el reclutamiento iba a buen tren, y Cauvignac casi había cumplido la mitad de su tarea.

Y un día que Cauvignac, tras haber pasado toda la mañana a la caza del hombre, se encontraba como de costumbre al acecho en la puerta de la posada hablando

con su lugarteniente y su subteniente, vio asomar, por el extremo de la calle, a una joven dama a caballo, seguida de un escudero, a caballo como ella, y de dos mulos cargados de equipaje.

La facilidad con que la bella amazona manejaba su caballo, la apariencia envarada y orgullosa del escudero que la acompañaba, trajeron un recuerdo a la cabeza de Cauvignac. Colocó su mano sobre el brazo de Ferguzon, que, de mal humor ese día, rumiaba su tristeza, y le dijo señalándole a la viajera:

–Que me muera si no tenemos ahí al quincuagésimo soldado del regimiento de Cauvignac.

–¿Quién? ¿Esa dama?

–La misma.

–¡Por favor, no!, ya tenemos un sobrino que debía ser abogado, un ahijado que debía ser hombre de iglesia, dos pasantes de procurador, dos drogueros, un médico, tres panaderos y dos guardianes de pavos; tenemos suficientes soldados malos, creo yo, para que le añadamos una mujer; porque un día u otro tendremos que luchar.

–Sí, pero nuestro tesoro sólo asciende a veinticinco mil libras (como se ve, el tesoro, igual que la tropa, había hecho bola de nieve), y si pudiéramos llegar a una cifra redonda, a treinta mil libras por ejemplo, creo que no lo habríamos hecho mal.

–¡Ah!, si miras las cosas desde ese punto de vista, no tengo nada que decir y tienes toda mi aprobación.

–¡Silencio! Ahora verás.

Cauvignac se acercó a la joven dama que, detenida ante una de las ventanas de la posada, preguntaba a la posadera, que le respondía sobre las habitaciones.

–Servidor, mi gentilhombre –dijo con aire fino y llevándose caballeramente la mano al sombrero.

–¡Mi gentilhombre! ¿Es a mí? –dijo la dama con una sonrisa.

–Vos mismo, apuesto vizconde.

La dama se ruborizó.

–No sé lo que queréis decir, caballero –respondió.

–¡Claro que sí!, y prueba de ello es que ya tenéis medio pie de rojo en las mejillas.

–A buen seguro que os equivocáis, caballero.

–No, no, todo lo contrario, sé muy bien lo que me digo.

–Basta de bromas, caballero.

–No bromeo, caballero, y si queréis que os lo demuestre puedo hacerlo. Tuve el honor de encontraros, hace tres semanas, con el traje de vuestro sexo, una tarde, a orillas del Dordoña, seguido por vuestro fiel escudero, el señor Pompée. ¿Seguís teniendo al señor Pompée? ¡Claro que sí: ahí está el querido señor Pompée! ¿Diréis también que no lo conozco?

El escudero y la dama se miraban atónitos.

–Sí, sí –continuó Cauvignac–, ya veo que os asombra, mi apuesto vizconde; pero atreveos a decir que no os encontré, como sabéis, en la ruta de Saint-André-de-Cubzac, a un cuarto de hora de la posada de maese Biscarros.

–Yo no niego ese encuentro, caballero.

–¡Ya lo veis!

–Pero ese día yo iba disfrazada.

–No, no, hoy sí que vais disfrazado. Por otra parte, como se habían difundido las señas del vizconde de Cambes por toda Guyena, comprendo que os pareciera más prudente, para desviar las sospechas, adoptar momentáneamente aquel traje que, por lo demás, hay que rendiros justicia, mi señor gentilhombre, os sienta de maravilla.

–Caballero –dijo la vizcondesa con una turbación que trataba inútilmente de ocultar–, si no incluyerais en vuestra conversación algunas palabras sensatas, en verdad que os creería loco.

–No os haré el mismo cumplido, y me parece muy razonable disfrazarse cuando se conspira.

La joven clavó en Cauvignac una mirada cada vez más inquieta.

–En efecto, caballero –dijo–, creo haberos visto en alguna parte, pero ya no recuerdo dónde.

–La primera vez, como os he dicho, fue a orillas del Dordoña.

–¿Y la segunda?

–La segunda, en Chantilly.

–¿El día de la cacería?

–Exactamente.

–Entonces, caballero, no tengo nada que temer, y sois uno de los nuestros.

–¿Por qué?

–Porque estabais en casa de Madame la princesa.

–Permitidme deciros que ésa no es una razón.

–Me parece sin embargo...

–Había mucha gente para estar seguro de que todos los que estaban allí eran amigos.

–Cuidado, caballero, porque me daríais una extraña idea de vos.

–¡Oh!, tomad la que queráis, no soy susceptible.

–Pero, en fin, ¿qué deseáis?

–Haceros, si no os parece mal, los honores de esta posada.

–Os lo agradezco, caballero, y no os necesito. Espero a una persona.

–Está bien, apeaos, mientras esperamos a esa persona, y hablaremos.

–¿Qué hay que hacer? –preguntó Pompée.

–Apearse, pedir una habitación y encargar la cena –dijo Cauvignac.

–Pero, caballero –replicó la vizcondesa–, creo que soy yo quien debe dar las órdenes.

–Depende, vizconde, dado que yo mando en Jaulnay y tengo cincuenta hombres a mi disposición. Pompée, haced lo que he dicho.

Pompée agachó la cabeza y entró en la posada.

–Pero, caballero, ¿me detenéis entonces? –preguntó la joven.

–Quizá.

–¿Cómo que quizá?

–Sí, dependerá de la conversación que vamos a mantener. Pero tomaos la molestia de apearos, vizconde... Así, muy bien. Ahora aceptad mi brazo: los criados de la posada llevarán vuestro caballo a la cuadra.

–Obedezco, señor, porque, vos lo habéis dicho, sois el más fuerte; no tengo medio alguno de resistir, pero os advierto una cosa, que la persona que espero va a venir, y que esa persona es un oficial del rey.

–Estupendo, vizconde, me haréis el honor de presentarme a él, y estaré encantado de conocerle.

La vizcondesa comprendió que no había resistencia que oponer y avanzó la primera haciendo seña a su extraño interlocutor que era libre de seguirla.

Cauvignac la acompañó hasta la puerta de la habitación que Pompée había ordenado preparar, e iba a franquear el umbral detrás de ella cuando Ferguzon, subiendo rápidamente la escalera, se le acercó para decirle al oído:

–Capitán, un coche de tres caballos, un joven enmascarado en el coche, dos lacayos en las portezuelas.

–¡Bien! –dijo Cauvignac–. Probablemente sea el gentilhombre esperado.

–¡Ah!, ¿esperamos a un gentilhombre?

–Sí, y voy a adelantarme a recibirlo. Tú quédate en este pasillo, no pierdas de vista la puerta: deja entrar a todo el mundo, pero que no salga nadie.

–Con eso basta, capitán.

Una silla de viaje venía, en efecto, a detenerse en la puerta de la posada, llevada por cuatro hombres de la compañía de Cauvignac que la habían encontrado a un cuarto de legua de la villa y que, desde ese momento, la habían escoltado.

Un joven gentilhombre vestido de terciopelo azul, envuelto en una gran capa forrada, estaba más acostado que sentado en el fondo de la silla. Desde el momento en que los cuatro hombres habían rodeado su carroza, les había hecho un buen número de preguntas; pero, viendo que, por apremiantes que fueran sus preguntas, no obtenían ninguna respuesta, parecía haberse resignado a esperar, y sólo de vez en cuando alzaba la cabeza para ver si se acercaba algún jefe al que poder pedir explicación de la singular conducta que sus gentes habían tenido hacia él.

Por otra parte, era imposible apreciar con exactitud la impresión producida en el joven viajero por este acontecimiento, dado que una de esas máscaras de raso negro que se llaman *loup*, y que estaban muy de moda en esa época, le ocultaba la mitad de la cara. Además, lo que la máscara dejaba ver, es decir, lo alto de la frente y la parte baja de la cara, anunciaba juventud, belleza e ingenio; los dientes eran pequeños y blancos, y, a través de la máscara, brillaban los ojos.

Dos altos lacayos, pálidos y temblorosos, aunque llevasen el mosquetón sobre su rodilla, permanecían a cada lado del coche y parecían clavados sobre sus caballos junto a las dos portezuelas; el cuadro hubiera podido pasar por una escena de bandidos deteniendo a viajeros, salvo por el pleno día, la posada, la figura risueña de Cauvignac y el aplomo de los pretendidos ladrones.

Al ver a Cauvignac, que, como hemos dicho, avisado por Ferguzon, aparecía en la puerta, el joven detenido lanzó un gritito de sorpresa y se llevó vivamente la mano

a la cara como para asegurarse de que su máscara seguía allí. Esa seguridad pareció tranquilizarle.

Por rápido que hubiera sido este movimiento, no se le había escapado a Cauvignac. Miró al viajero como hombre habituado a deletrear las descripciones, incluso en los rasgos más disimulados, luego, a pesar suyo, le hizo estremecerse un asombro casi igual al que había manifestado el caballero vestido de azul. Sin embargo se recobró enseguida, y llevando el sombrero en la mano con una gracia muy particular, dijo:

–Bella dama, sed bienvenida.

Los ojos del viajero brillaron de asombro a través de las aberturas de su máscara.

–¿Adónde vais así? –continuó Cauvignac.

–¿Adónde voy? Vos debéis saberlo mejor que yo, pues ya no soy libre de continuar mi viaje. Voy a donde me llevéis.

–Permitidme haceros observar –continuó Cauvignac cada vez con mayor cortesía–, que eso no es responder, bella dama. Vuestro arresto sólo es momentáneo. Cuando hayamos hablado un instante de nuestros pequeños asuntos mutuos, a corazón y cara descubiertos, proseguiréis vuestro camino sin impedimento alguno.

–Perdón –replicó el joven viajero–, pero antes de seguir adelante corrijamos primero un error. Parece que me tomáis por mujer, cuando veis con toda evidencia por mis ropas que soy un hombre.

–Ya conocéis el proverbio latino: *Ne nimium crede colori*: «El sabio no juzga por las apariencias»¹²¹. Tengo la pretensión de ser un sabio, de donde resulta que, bajo ese traje mendaz, he reconocido...

–¿Qué? –preguntó el viajero con impaciencia.

–Ya os lo he dicho: ¡a una mujer!

–Si soy una mujer, ¿por qué me detenéis entonces?

–¡Diablos! Porque en los tiempos que vivimos las mujeres son más peligrosas que los hombres; por eso nuestra guerra también podría llamarse, hablando en propiedad, la Guerra de las Mujeres. La reina y Mme. de Condé son las dos potencias beligerantes. Han tomado por tenientes generales a Mlle. de Chevreuse, a Mme. de Montbazon, a Mme. de Longueville... y a vos. Mademoiselle de Chevreuse es el general del señor coadjutor; Mme. de Montbazon es el general del señor de Beaufort; Mme. de Longueville es el general del señor de La Rochefoucauld, y vos... vos tenéis toda la apariencia de ser el general del señor duque d'Épernon.

–Estáis loco, caballero –dijo el joven viajero encogiéndose de hombros.

–No os creeré, bella dama, como tampoco he creído a un apuesto joven que hace un rato me hacía el mismo cumplido.

–¿Acaso le dijisteis a ella que era un hombre?

–Eso mismo. Yo, que había reconocido a mi pequeño gentilhomme por haberlo visto cierta noche de principios de mayo merodeando alrededor de la posada de maese Biscarros, no me he dejado engañar por sus faldas, sus tocas y su vocecita

aflautada; como tampoco me engaña vuestro jubón azul, vuestro sombrero de fieltro gris y vuestras botas con encajes. Y le he dicho: «Mi joven amigo, tomad el nombre que queráis, el traje que queráis, la voz que queráis, no por eso dejaréis de ser el vizconde de Cambes».

–¡El vizconde de Cambes! –exclamó el joven viajero.

–¡Ah!, el nombre os sorprende al parecer. ¿También lo conocéis?

–Un joven muy joven, casi un niño.

–Diecisiete o dieciocho años, a lo sumo.

–¿Muy rubio?

–Muy rubio.

–¿De grandes ojos azules?

–Muy grandes y muy azules.

–¿Está aquí?

–Está ahí.

–Y decís que está...

–Disfrazado de mujer, el muy malvado, como vos, también malvada, de hombre.

–¿Y qué viene a hacer aquí? –exclamó el joven jinete con una vehemencia y una turbación que se hacían cada vez más visibles a medida que, en cambio, Cauvignac se volvía más sobrio de gestos y más avaro de palabras.

–Pues –respondió Cauvignac, sopesando cada una de sus palabras– pretende que tiene una cita con un amigo suyo.

–¿Un amigo suyo?

–Sí.

–¿Un gentilhombre?

–Probablemente.

–¿Barón?

–Quizá.

–Y que se llama...

La frente de Cauvignac se frunció bajo un pensamiento laborioso que, por primera vez, se presentaba a su mente, y que al entrar provocaba una revolución visible en su cerebro.

–¡Oh, oh! –murmuró–, sería una buena pesca.

–¿Y que se llama?... –repitió el joven viajero.

–Aguardad –continuó Cauvignac–, aguardad... el apellido termina en *olles*.

–¡El señor de Canolles! –exclamó el joven viajero cuyos labios cubrió una mortal palidez, cosa que hacía contrastar, de una forma siniestra, su máscara negra con la blancura de su piel.

–Eso es: el señor de Canolles –continuó Cauvignac siguiendo en las partes visibles de la cara y en todo el cuerpo del joven la revolución que en él se operaba–. El señor de Canolles, habéis acertado. ¡También conocéis al señor de Canolles! Pero bueno, ¿conocéis acaso a todo el mundo?

–Basta de bromas –balbució el joven cuyos miembros temblaban y que parecía a punto de desmayarse–. ¿Dónde está esa dama?

–En aquella habitación; mirad, la tercera ventana a partir de ésa, la de las

cortinas amarillas.

–¡Quiero verla! –exclamó el joven viajero.

–¡Oh!, ¿me habré equivocado? –dijo Cauvignac–. ¿No seréis vos ese señor de Canolles al que espera? ¿O será el señor de Canolles el apuesto jinete que llega al trote, seguido por un lacayo que me parece un maestro fatuo?

El joven viajero se lanzó hacia el espejo delantero del coche con tanta precipitación que lo rompió con la frente.

–¡Es él! ¡Es él! –exclamó sin darse cuenta siquiera de que varias gotas de sangre salían de una ligera herida–. ¡Oh, desdichada! ¡Él viene, acude a su encuentro, estoy perdida!...

–¡Ya veis como sois una mujer!

–Se habían citado –continuó el joven retorciéndose los brazos–. ¡Me vengaré!

Cauvignac quiso intentar una nueva broma; pero el joven le hizo un gesto imperioso con la mano, mientras con la otra se arrancaba la máscara; y entonces se vio el pálido rostro de Nanon mostrarse totalmente armado de amenazas a las miradas tranquilas de Cauvignac.

VII

–Buenos días, hermanita –dijo Cauvignac a Nanon, tendiendo la mano a la joven con la flema más imperturbable.

–¡Buenos días! Me habéis reconocido, ¿verdad?

–En el mismo momento en que os he visto. No era suficiente ocultar vuestro rostro, habríais tenido que velar también esa deliciosa y pequeña marca y esos dientes de perlas. Cuando queráis disfrazaros, poneos al menos una máscara entera, coqueta; pero no tenéis cuidado... *et figit ad salices*¹²²...

–Basta –dijo imperiosamente Nanon–, hablemos en serio.

–No pido otra cosa; sólo hablando en serio se hacen buenos negocios.

–¿Decís entonces que la vizcondesa de Cambes está aquí?

–En persona.

–¿Y que el señor de Canolles entra en la posada en este momento?

–Todavía no; se apea del caballo y deja la brida en las manos de su lacayo. ¡Ah!, también ha sido visto por este lado. Mirad, la ventana de cortinas amarillas se abre, y la vizcondesa asoma por ella la cabeza. ¡Ah!, y lanza un grito de alegría. El señor de Canolles avanza hacia la casa; escondeos, hermanita, o todo estará perdido.

Nanon se echó hacia atrás, agarrando con un gesto convulso la mano de Cauvignac, que la miraba con un aire de paternal compasión.

–¡Y yo que iba a reunirme con él en París! –exclamó Nanon–. ¡Yo, que arriesgaba todo por volver a verle!

–¡Ah!, sacrificios, hermanita, y por un ingrato otra vez. De veras, podéis colocar mejor vuestros beneficios.

–¿Qué van a decir ahora que se han reunido? ¿Qué van a hacer?

–Lo cierto es, querida Nanon, que me ponéis en un gran aprieto al hacerme una pregunta como ésa –dijo Cauvignac–. Van a... ¡pardiez!, van a amarse mucho, supongo.

–¡Oh, eso sí que no! –exclamó Nanon mordiendo con rabia sus uñas pulidas como el marfil.

–Pues yo, en cambio, creo que sí –respondió Cauvignac–. Ferguzon, que tenía orden de no dejar salir a nadie, no había recibido la de impedir que entrasen. En este mismo momento, según todas las probabilidades, la vizcondesa y el barón de Canolles intercambian toda clase de melindres a cual más delicioso. ¡Maldita sea!, mi querida Nanon, habéis llegado demasiado tarde.

–¿Eso creéis? –replicó la joven con una indefinible expresión de profunda ironía y de fineza odiosa–. ¡Eso creéis! ¡Pues bien, subid a mi lado, pobre diplomático!

Cauvignac obedeció.

–Eso, Bertrand –continuó Nanon dirigiéndose a uno de los portamosquetones–, decid al cochero que dé la vuelta sin que se haga notar demasiado y vaya a situarse

en esa arboleda que hemos dejado a la derecha, al entrar al pueblo –luego, volviéndose hacia Cauvignac–: ¿No será mal sitio para hablar? –dijo.

–No, desde luego; pero permitidme que a mi vez tome mis precauciones.

–Tomadlas.

Cauvignac hizo seña de seguirle a cuatro de sus hombres que remoloneaban alrededor de la posada, zumbando y calentándose como abejorros al sol.

–Hacéis bien en llevaros a esos hombres –dijo Nanon–, y si me hacéis caso, mejor que llevéis seis que cuatro, podremos darles tarea.

–¡Bueno! –dijo Cauvignac–. Tarea, eso es lo que a mí me falta.

–Entonces quedaréis satisfecho –respondió la joven.

Y la silla, girando sobre sí misma, se llevó a Nanon, colorada por el ardor de su pensamiento, y a Cauvignac, tranquilo y frío en apariencia, pero no por eso dejando de prepararse a conceder una profunda atención a las propuestas que le preparaba su hermana.

Mientras tanto, Canolles, atraído por el grito de alegría que había lanzado al verle Mme. de Cambes, se había lanzado al interior de la posada y había llegado al aposento de la vizcondesa sin prestar atención a Ferguzon, a quien había encontrado de pie en el corredor, pero que, al no haber recibido consigna alguna sobre Canolles, no tuvo ningún problema para dejarle entrar.

–¡Ah, caballero! –exclamó Mme. de Cambes al verlo–, llegad enseguida, porque os espero con mucha impaciencia.

–Esas palabras me harían el hombre más feliz del mundo, señora, si vuestra palidez y vuestra turbación no me dijeran con toda claridad que no es sólo a mí a quien esperáis.

–Sí, caballero, tenéis razón –prosiguió Claire con su encantadora sonrisa–, y quiero deberos un favor más.

–¿Cuál?

–El de sacarme de no sé qué peligro que me amenaza.

–¡Un peligro!

–Sí. Aguardad... –Claire fue a la puerta y pasó el cerrojo–. He sido reconocida –dijo volviendo.

–¿Y por quién?

–Por un hombre cuyo nombre no sé, pero cuya cara y cuya voz no me son desconocidos. Me parece haber oído su voz la tarde en que, en esta misma habitación, recibisteis la orden de partir al instante para Mantes; me parece que reconocí su cara en la cacería de Chantilly el día en que ocupé el puesto de Mme. de Condé.

–¿Y por quién tenéis a ese hombre?

–Por un agente del señor duque d'Épernon; por lo tanto, por un enemigo.

–¡Diablos! –dijo Canolles–, ¿y decís que os ha reconocido?

–Estoy segura; me ha llamado por mi nombre diciéndome únicamente que yo era un hombre. Por todos los alrededores hay oficiales del partido realista; es de todos conocida mi adhesión al partido de los príncipes, quizá pensaban inquietarme; pero con vos aquí, ya no temo nada. También vos sois oficial, y del mismo partido

que ellos, me serviréis de salvaguarda.

–¡Ah! –dijo Canolles–, mucho me temo que no puedo ofreceros más defensa ni protección que la de mi espada.

–¿Por qué?

–A partir de este momento, señora, he dejado el servicio del rey.

–¿Es cierto lo que decís? –exclamó Claire, en el colmo de la alegría.

–Me prometí enviar mi dimisión desde el lugar donde os encontrase. Como os he encontrado aquí, mi dimisión será datada en Jaulnay.

–¡Oh, libre, libre! ¡Sois libre! Podéis abrazar el partido de la justicia, de la lealtad; podéis servir a la causa de los señores príncipes, es decir, la de toda la nobleza. ¡Ya sabía yo que erais un gentilhombre demasiado digno para no terminar haciéndolo!

Y Claire tendió a Canolles una mano que él besó emocionado.

–¿Y cómo ha sido? ¿Cómo ha ocurrido? Contádmelo con todos sus detalles.

–No será largo. Escribí por adelantado al señor de Mazarino para informarle de lo que había ocurrido. Al llegar a Mantes, recibí la orden de presentarme a él; él me llamó «pobre sesera», yo le llamé «pobre cerebro», él se rió, y yo me enfadé; él me levantó la voz, yo le mandé a paseo. Volví a mi hotel. Esperé a que tuviera a bien mandar encerrarme en la Bastilla; él esperó a que una buena reflexión me hiciera salir de Mantes. Al cabo de veinticuatro horas se me presentó esa buena reflexión. Y también os la debo a vos, porque medité en lo que me habíais prometido, y pensé que podríais esperarme, aunque sólo fuera un segundo. Entonces, respirando el aire libre, liberado de cualquier responsabilidad y de cualquier deber, sin partido, sin compromiso y casi sin preferencias, recordé una sola cosa, recordé que os amaba, señora, y que ahora podía decíroslo en voz alta y con audacia.

–¡Así que habéis perdido vuestro grado por mí, que habéis caído en desgracia por mí, que os habéis arruinado por mí! Querido señor de Canolles, ¿cómo pagaré nunca vuestros favores, cómo os demostraré mi agradecimiento?

Y con una sonrisa y una lágrima que le devolvían cien veces más de lo que él había perdido, Mme. de Cambes hizo caer a Canolles a sus pies.

–¡Ay, señora! –le dijo–, al contrario, en este momento, me siento rico y feliz porque voy a seguiros, porque ya no os abandonaré, porque voy a ser feliz con vuestra vista y rico con vuestro amor.

–¿Nada os detiene entonces?

–No.

–¿Me pertenecéis por entero y, conservando vuestro corazón, puedo ofrecer vuestro brazo a Madame la princesa?

–Podéis.

–¿Ya habéis enviado vuestra dimisión?

–Todavía no; antes quería volver a veros. Pero, como os he dicho, ahora que os he vuelto a ver, voy a escribirla ahora mismo. Me reservaba la dicha de tener que obedeceros.

–¡Escribid entonces! ¡Escribid ante todo! Si no escribís, seréis considerado un tráfuga; es preciso incluso que, antes de dar un paso decisivo, esperéis a que esa dimisión sea aceptada.

–Mi querido diplomático, no temáis, me la concederán, y además de buena gana; mi torpeza de Chantilly no les permite tener demasiados remordimientos. ¿No me han dicho –añadió Canolles–, que yo era una «pobre sesera»?

–Sí, pero nosotros os resarciremos de la opinión que tienen de vos, no os preocupéis. Lo que habéis hecho en Chantilly tendrá más éxito en Burdeos que en París, creedme. Pero escribid, barón, ¡escribid enseguida para que podamos partir! Porque os confieso, barón, que seguir en esta posada no me tranquiliza en absoluto.

–Habláis del futuro, ¿y os asustan tanto los recuerdos? –dijo Canolles paseando los ojos con amor en torno suyo y fijándolos en la pequeña alcoba de dos camas que ya había atraído más de una vez su mirada.

–No, hablo del presente, y ya no sois ningún motivo de terror para mí. Hoy no sois vos a quien temo.

–¿A quién teméis, entonces? ¿Qué tenéis que temer?

–¡Dios mío!, ¿quién sabe?

En ese momento, como para justificar los temores de la vizcondesa, en la puerta sonaron tres golpes dados con una gravedad solemne.

Canolles y la vizcondesa se callaron, mirándose inquietos e interrogándose uno a otro.

–¡En nombre del rey! –dijo una voz–, ¡abrid!

Y de repente la frágil puerta voló en pedazos. Canolles quería saltar sobre su espada; pero un hombre ya se había interpuesto entre su espada y él.

–¿Qué quiere decir esto? –preguntó el barón.

–Sois el señor barón de Canolles, ¿verdad?

–Desde luego.

–¿Capitán del regimiento de Navailles?

–Sí.

–¿Enviado en misión por el señor duque d'Épernon?

Canolles hizo un gesto con la cabeza.

–En tal caso, en nombre del rey y de Su Majestad la reina regente, os detengo.

–¿Dónde está vuestra orden?

–Aquí la tenéis.

–Pero, caballero –dijo Canolles devolviendo el papel tras haberle lanzado una rápida ojeada–, creo que os conozco.

–¡Pardiez que si me conocéis! ¿No es en este mismo pueblo en el que hoy os detengo adonde os traje, de parte del señor duque d'Épernon, el encargo de partir para la corte? Vuestra fortuna estaba en ese encargo, mi señor gentilhombre; habéis fallado, peor para vos.

Claire palideció y cayó desconsolada sobre una silla; también ella había reconocido al indiscreto interrogador.

–El señor de Mazarino se venga –murmuró Canolles.

–Vamos, caballero, partamos –dijo Cauvignac.

Claire ya no se movía. Canolles, indeciso, parecía a punto de volverse loco. Su desgracia era tan grande, tan pesada, tan inesperada que se doblegaba bajo su

peso; inclinó la cabeza y se resignó.

Además, en esa época, las palabras: *¡En nombre del rey!*, aún tenían su magia y nadie intentaba resistirse a ellas.

–¿Adónde me lleváis, señor? –dijo–. ¿También os está prohibido darme ese consuelo de saber adónde voy?

–No, caballero, voy a decíroslo: os llevamos a la fortaleza de la isla Saint-Georges.

–Adiós, señora –dijo Canolles inclinándose con respeto ante Mme. de Cambes–, adiós.

«Vamos, vamos –se dijo Cauvignac para sus adentros–, las cosas están menos avanzadas de lo que había creído. Se lo diré a Nanon, le gustará.»

Luego, llegándose al umbral de la puerta, exclamó:

–¡Cuatro hombres para escoltar al capitán! ¡Y cuatro hombres por delante!

–Y a mí –exclamó Mme. de Cambes extendiendo los brazos hacia el prisionero–, y a mí, ¿adónde me llevan? Porque si el barón es culpable, yo lo soy más que él.

–Vos, señora –respondió Cauvignac–, podéis retiraros, estáis libre.

Y salió llevándose al barón.

Madame de Cambes se levantó reanimada por un rayo de esperanza y preparó todo para la partida, a fin de no dejar que esas buenas disposiciones dieran paso a órdenes contrarias. «Libre –dijo–, por lo tanto podré velar por él; partamos.»

Y, lanzándose hacia la ventana, distinguió la cabalgada que se llevaba a Canolles, intercambió con él un último adiós con la mano y, llamando a Pompée, quien, con la esperanza de una parada de dos o tres días, ya se había instalado en la mejor habitación que había podido encontrar, le dio la orden de prepararlo todo para la partida.

VIII

El camino se le hizo a Canolles más triste aún de lo que había esperado. En efecto, al caballo que da al prisionero mejor vigilado incluso un falso aire de libertad le había sucedido el carruaje, una mala diligencia de cuero cuya forma y tumbos se han conservado en Touraine. Además, Canolles tenía las rodillas enredadas con las de un hombre de nariz aguileña, cuya mano reposaba con una especie de amor propio en la culata de una pistola de hierro. A veces, de noche, porque dormía de día, esperaba burlar la vigilancia del nuevo argos; pero al lado de la nariz aguileña brillaban dos grandes ojos de búho, redondos, llameantes y muy idóneos para las observaciones nocturnas, de manera que, sea el que fuere el lado hacia el que se volviese, Canolles siempre veía aquellos dos ojos redondos brillar en la dirección de su mirada.

Mientras dormía, uno de sus dos ojos dormía también, pero sólo uno; la naturaleza había dado a aquel hombre la facultad de mantener despierto un ojo mientras dormía.

Canolles pasó dos días con sus dos noches en fúnebres reflexiones, porque la fortaleza de la isla Saint-Georges, fortaleza sin embargo bastante inocente, tomaba a ojos del prisionero proporciones espantosas a medida que el temor y el remordimiento invadían más profundamente su corazón.

El remordimiento, porque comprendía que su misión junto a Madame la princesa era una misión de confianza que había sacrificado a sus amores, y que el resultado de la falta cometida en esa ocasión era terrible. En Chantilly, la señora de Condé no era más que una mujer que huía. En Burdeos, la señora de Condé era una princesa rebelde.

El temor, porque por tradición conocía las sombrías venganzas de una Ana de Austria encolerizada.

Otro remordimiento más sordo, pero quizá más desgarrador que el primero: había en el mundo una mujer joven, bella, inteligente, una mujer que había utilizado su influencia sólo para empujarlo hacia delante, que había utilizado su crédito sólo para protegerle. Una mujer que, por amor a él, había arriesgado veinte veces su posición, su porvenir, su fortuna... pues bien, a esa mujer, no sólo la más encantadora de las amadas, sino también la más abnegada de las amigas, la había abandonado brutalmente, sin excusa ni razón, en el mismo instante en que ella pensaba en él; y, en lugar de vengarse, lo había perseguido con nuevos favores, y su nombre, en lugar de presentarse a él con el acento del reproche, había resonado en su oído con la cariñosa dulzura de un favor casi regio. Ciertamente que ese favor había llegado en mal momento, en un momento en el que Canolles hubiera preferido desde luego una desgracia, pero ¿era eso culpa de Nanon? Nanon sólo había visto en esa misión ante Su Majestad un aumento de fortuna y consideración para el

hombre en el que sin cesar pensaba.

Por eso, todos los que han amado a dos mujeres a la vez –y pido perdón a mis lectoras: este fenómeno incomprensible para ellas, que nunca tienen más que un amor, es común entre nosotros, los hombres–, por eso, digo, todos los que han amado a dos mujeres a la vez comprenderán que, a medida que Canolles se sumía en sus reflexiones, Nanon recuperaba en su cabeza su influencia, que él creía perdida. Las angulosas asperezas del carácter, que hieren en el roce de la intimidad, provocan pasajeros despechos y se borran con la distancia, mientras que ciertos recuerdos más dulces recobran en cambio su intensidad con la soledad. En fin, es triste decirlo, pero en el aislamiento el amor etéreo que sólo prometía favores se volatiliza, mientras que, en cambio, el amor material vuelve a presentarse a la memoria armado de sus goces terrenales, que valen lo que cuestan. Bella y enamorada, bondadosa y engañada: eso es lo que Nanon parecía ahora a Canolles.

Eso es lo que Canolles admitía en su fuero interno con ingenuidad, y no con la mala voluntad de esos acusados a los que hay que forzar a una confesión general. ¿Qué le había hecho Nanon para que la abandonase? ¿Qué le había hecho la señora de Cambes para que la siguiese? ¿Qué era lo que el pequeño jinete de la posada del Becerro de Oro tenía de deseable y de tan magníficamente seductor? ¿Por qué Mme. de Cambes prevalecía de una forma tan triunfal sobre Nanon? ¿Priman los cabellos rubios lo bastante sobre los cabellos negros para que uno se vuelva perjuro e ingrato con su amada, traidor y desleal con su rey, con el solo objetivo de cambiar aquellas trenzas negras por aquellas trenzas rubias? Y, sin embargo, ¡oh miseria del organismo humano!, Canolles se hacía todos estos razonamientos llenos de sentido, como puede verse, pero no estaba convencido.

El corazón está lleno de misterios parecidos que hacen la dicha de los amantes y la desesperación de los filósofos.

Lo cual no impedía a Canolles odiarse a sí mismo y reprenderse con energía.

«Voy a ser castigado –decía para sus adentros pensando que el castigo borra la falta–. Voy a ser castigado, ¡mejor así!, allá me encontraré con algún buen capitán muy brusco, muy insolente, muy brutal, que desde lo alto de su dignidad de carcelero jefe me leerá una orden del señor de Mazarino, me señalará con el dedo el agujero de un calabozo y me enviará a pudrirme a quince pies bajo tierra, con las ratas y los sapos, cuando habría podido vivir a plena luz y florecer al sol, en brazos de una mujer que me amaba, que he amado, y palabra que quizá sigo amando.

»Maldito vizconde. ¿Por qué servías de envoltorio a una vizcondesa tan encantadora?

»Sí, pero ¿hay en el mundo una vizcondesa que valga lo que ésta va a costarme? Pues no es sólo el gobernador y la mazmorra a quince pies bajo tierra. Si me creen traidor, no dejarán las cosas aclaradas a medias; me buscarán las cosquillas sobre esa estancia en Chantilly que nunca expiaría lo bastante, lo admito, si hubiera sido más fructífera para mí, pero que sólo me ha proporcionado, en total, tres besos en la boca. ¡Idiota de mí, que, teniendo la fuerza y pudiendo abusar de ella, ni siquiera la he usado! ¡Pobre sesera!, como dice el señor de Mazarino, ¡que ha traicionado y

no se ha hecho pagar su traición! Ahora, ¿quién me la pagará?»

Y Canolles se encogía de hombros, respondiendo despectivamente con el gesto a la pregunta que él mismo se hacía.

El hombre de ojos redondos que, por clarividente que fuese, no podía comprender nada de aquella pantomima, lo miraba con asombro.

«Si me interrogan –continuó Canolles–, no responderé. Porque, ¿qué tendría que responder? ¿Que no amaba al señor de Mazarino? Entonces no había que servirle. ¿Que amaba a Mme. de Cambes? ¡Vaya una razón para dar a una reina y a un primer ministro! O sea, que no responderé. Pero los jueces son personajes muy susceptibles; cuando preguntan, quieren que se les responda. Hay rincones horribles en las prisiones de provincias; me romperán estas pequeñas rodillas de las que tan orgulloso estaba, y me mandarán totalmente desmembrado a mis ratas y a mis sapos. Me quedaré zambo para toda la vida como el señor príncipe de Conti, cosa muy fea, suponiendo incluso que la clemencia de Su Majestad me cubra con su ala, lo cual se guardará mucho de hacer.»

Además de aquel gobernador, estaban aquellas ratas, aquellos sapos, aquellos rincones, ciertos cadalsos donde se decapita a los rebeldes, algunos patíbulos en los que se cuelga a los traidores, algunas plazas de armas donde se fusila a los desertores. Pero esto, para un buen muchacho como Canolles, no suponía nada, y es comprensible, en comparación con las rodillas zambas.

Decidió, pues, tener el corazón limpio e interrogar a su compañero de ruta sobre el tema.

Los ojos redondos, la nariz de águila y el aire enfurruñado del personaje no animaban demasiado al prisionero para que se atreviera a dialogar. Sin embargo, como, por impasible que sea una figura, es imposible que no haya momentos en que se anime algo, Canolles aprovechó un segundo en el que una mueca, parecida a una sonrisa, pasaba por la cara del alguacil subalterno que tan bien lo vigilaba.

–Señor –dijo.

–Señor –respondió el alguacil.

–Perdonadme si os saco de vuestras reflexiones.

–No necesita excusarse, caballero; yo no reflexiono nunca.

–¡Ah, diablo!, tenéis entonces un organismo afortunado, caballero.

–Por eso no me quejo.

–No es lo que me ocurre a mí, pues tengo muchas ganas de quejarme.

–¿De qué, caballero?

–De que me raptan así, en el momento en que menos lo esperaba, para llevarme no sé dónde.

–Lo sabéis, caballero, porque os lo han dicho.

–Es cierto. Vamos a la isla Saint-Georges, ¿no es así, caballero?

–Exacto.

–¿Creéis que estaré mucho tiempo?

–Lo ignoro, caballero, pero, por la manera en que me habéis sido recomendado, creo que sí.

–¡Ah, ah! ¿Y es muy fea la isla Saint-Georges?

–¿No conocéis la fortaleza?

–Por dentro no, nunca he entrado.

–Caballero, no es nada bonita; y dejando a un lado los aposentos del gobernador, que acaban de renovar y resultan, al parecer, muy agradables, el resto del edificio es una morada bastante triste.

–Bien. ¿Pensáis que me interrogarán?

–Suele ser la costumbre.

–¿Y si no respondo?

–¿Si no respondéis?

–Sí.

–¡Diablo!, en ese caso, como sabéis, se aplica la tortura.

–¿Ordinaria?

–Ordinaria o extraordinaria, según la acusación. ¿De qué se os acusa, caballero?

–Pero –dijo Canolles–, temo que se me acuse de crimen de Estado.

–¡Ah!, en tal caso, gozáis de la tortura extraordinaria... ¡Diez barreños!

–¡Cómo! ¿Diez barreños?

–Sí.

–¿Qué decís?

–Digo que tendréis los diez barreños.

–¿Está de moda el agua en la isla Saint-Georges?

–Diablos, caballero, como podéis comprender, a orillas del Garona...

–Es justo, la tienen a mano. ¿Y cuántos cubos son diez barreños?

–Tres cubos, tres cubos y medio.

–Entonces me hincharé.

–Un poco. Pero si tenéis la precaución de haceros amigo del carcelero...

–¿Qué pasa entonces?

–Tendréis un buen trato.

–Y, decidme, ¿en qué consiste el favor que el carcelero puede hacerme?

–Puede haceros beber aceite.

–¿Entonces el aceite es un específico?

–¡Y soberano, caballero!

–¿Eso creéis?

–Hablo por experiencia, he bebido...

–¿Vos habéis bebido?

–Perdón, quería decir que he visto. La costumbre de hablar con gascones hace que a veces pronuncie las *bes* igual que las *uves*¹²³, y viceversa.

–Decíais entonces –dijo Canolles sin poder evitar una sonrisa a pesar de lo grave de la conversación–, decíais que habíais visto...

–Sí, caballero: he visto a un hombre beberse los diez barreños con toda facilidad gracias al aceite que había preparado adecuadamente las vías. Ciertamente que se hinchó, como es lo habitual; pero con un buen fuego le hicieron deshincharse sin demasiadas averías. Ahí radica lo esencial de la segunda parte de la operación. Recordad bien estas dos palabras: calentar sin quemar.

–Comprendo –dijo Canolles–, ¿el señor era verdugo tal vez?

-No, caballero -replicó su interlocutor con una modestia impregnada de cortesía.

-¿Ayudante entonces?

-No, caballero; sólo un curioso, un aficionado.

-¡Ah, ah!, ¿y el señor se llama?

-Barrabás.

-Hermoso nombre, viejo nombre, citado favorablemente en las Escrituras¹²⁴.

-En la Pasión, caballero.

-Eso es lo que quería decir, pero por costumbre he utilizado la otra locución.

-El caballero prefiere las Escrituras. El caballero entonces es hugonote.

-Sí, pero hugonote muy ignorante. ¿Podéis creer que apenas si sé tres mil versos de los salmos?

-Cierto, es muy poco.

-Retenía mejor la música... Se ha ahorcado y quemado mucho en mi familia.

-Espero que no aguarde el mismo destino al caballero.

-No, hoy somos mucho más tolerantes; sólo me sumergirán en agua.

Barrabás se echó a reír.

El corazón de Canolles se estremeció de alegría, se había ganado a su guardián. De hecho, si este carcelero momentáneo se convertía en permanente, tenía todas las probabilidades de conseguir aceite; por eso decidió reanudar la conversación donde la había dejado.

-Señor Barrabás -dijo-, ¿estamos destinados a separarnos pronto o me haréis el honor de seguir en vuestra compañía?

-Caballero, cuando lleguemos a la isla Saint-Georges, tendré el vivo dolor de dejaros; debo volver a mi regimiento.

-Muy bien. ¿O sea que formáis parte de una compañía de arqueros?

-No, caballero, de soldados.

-¿Reclutada por el ministro?

-No, caballero, por el capitán Cauvignac, el mismo que ha tenido el honor de deteneros.

-¿Y servís al rey?

-Creo que sí, caballero.

-¡Pero qué diablos decís! ¿No estáis seguro?

-En este mundo no se está seguro de nada.

-Entonces, si tenéis dudas, deberíais decidiros a hacer una cosa.

-¿Cuál?

-Dejarme ir.

-Imposible, señor.

-Os pagaré honorablemente vuestra complacencia.

-¿Con qué?

-Con dinero, ¡pardiez!

-No lo tenéis, caballero.

-¿Cómo que no lo tengo?

-No.

Canolles se registró enseguida.

–Cierto, mi bolsa ha desaparecido –dijo–. ¿Quién me ha quitado mi bolsa?

–Yo, caballero –respondió Barrabás saludando respetuosamente.

–¿Y por qué?

–Para que el señor no pueda corromperme.

Canolles miró atónito al digno subalterno con admiración. Y como le pareció que el argumento no admitía réplica, no replicó absolutamente nada.

De donde resultó que, tras volver a guardar silencio los viajeros, el viaje recobró, hacia su final, el cariz melancólico que había tenido en su comienzo.

IX

Empezaba a amanecer cuando la diligencia llegó a la población más cercana a la isla a la que se dirigía. Al sentir que el vehículo se paraba, Canolles pasó la cabeza por la pequeña barbacana, postigo destinado a proporcionar aire a la gente libre, y muy adecuado para impedir que llegase a los prisioneros.

Un bonito pueblo, compuesto por un centenar de casas agrupadas alrededor de una iglesia, en la pendiente de una colina y dominado por un castillo, se perfilaba sumido en el aire límpido del amanecer y dorado por los rayos del sol que hacían huir delante de ellos copos de vapores parecidos a gasas flotantes.

En ese momento la diligencia subía una cuesta, y el cochero, que se había bajado del pescante, caminaba junto al vehículo.

–Amigo mío –le preguntó Canolles–, ¿sois de esta región?

–Sí, caballero, soy de Libourne.

–En tal caso debéis de conocer este pueblo. ¿Qué es aquella casa blanca? ¿Y aquellas encantadoras chozas?

–Caballero –respondió el campesino–, ese castillo es el señorío de Cambes, y el pueblo forma una de sus dependencias.

Canolles se estremeció y pasó en un instante del púrpura más oscuro a una palidez casi lívida.

–Caballero –dijo Barrabás, a cuyos redondos ojos no se les escapaba nada–, ¿os habéis dado por casualidad con ese portillo?

–No..., gracias –luego, siguió preguntando al campesino–: ¿Y a quién pertenece esa propiedad?

–A la vizcondesa de Cambes.

–¿No es una joven viuda?

–Muy bella y muy rica.

–Y por lo tanto muy buscada.

–Desde luego: bella dote, bella mujer; así no faltan pretendientes.

–¿Buena reputación?

–Sí, pero fanática de los señores príncipes.

–Sí, creo haberlo oído decir.

–¡Un demonio, caballero, un verdadero demonio!

«¡Un ángel! –murmuró Canolles, que cada vez que se acordaba de Claire lo hacía con transportes de adoración–. ¡Un ángel!» Y añadió en voz alta:

–¿Viene aquí algunas veces?

–Muy pocas, caballero, pero ha pasado aquí mucho tiempo. Su marido la había dejado en esa tierra, y todo el tiempo que estuvo fue la bendición de la comarca. Ahora está junto a los señores príncipes, según dicen.

El vehículo, después de haber subido, empezaba a bajar la cuesta: el conductor

hizo con la mano un gesto para solicitar el permiso de volver a su pescante. Canolles, que temía provocar sospechas si seguía con su interrogatorio, volvió a meter la cabeza en la diligencia, y el pesado vehículo se puso al trote corto, su mayor velocidad.

Al cabo de un cuarto de hora, durante el que, siempre bajo la mirada de Barrabás, Canolles había permanecido sumido en las más sombrías reflexiones, la diligencia se detuvo.

–¿Nos paramos aquí para almorzar? –preguntó Canolles.

–Nos paramos del todo, caballero. Hemos llegado. Ésta es la isla Saint-Georges. Sólo tenemos que atravesar el río.

«Es cierto –murmuró Canolles–; ¡tan cerca y tan lejos!»

–Caballero, vienen a por vos –dijo Barrabás–. Tenéis que apearos.

El segundo guardián de Canolles, que permanecía en el pescante, junto al cochero, echó pie a tierra y abrió con su llave la portezuela cerrada.

Canolles dirigió sus ojos desde el pequeño castillo blanco que no había perdido de vista a la fortaleza que iba a convertirse en su morada. Lo primero que vio al otro lado de un brazo de río bastante rápido fue una barca, y junto a la barca un puesto con ocho hombres y un sargento.

Detrás del puesto se alzaban las edificaciones de la ciudadela.

«¡Bueno! –se dijo Canolles–, me esperaban, han tomado precauciones.»

–¿Son mis nuevos guardias? –preguntó en voz alta a Barrabás.

–Quisiera responder pertinentemente al señor –dijo Barrabás–, pero en realidad no lo sé.

En este momento, tras haber dado una señal que fue repetida por el centinela que montaba guardia en la puerta del fuerte, los ocho soldados y el sargento subieron a la barca, atravesaron el Garona, y desembarcaron en el mismo momento en que Canolles dejaba el estribo.

Al ver a un oficial, el sargento se acercó a él y saludó militarmente.

–¿Es el señor barón de Canolles, capitán del regimiento de Navailles, a quien tengo el honor de hablar? –preguntó el sargento.

–El mismo –respondió Canolles, sorprendido por la cortesía de aquel hombre.

El sargento se volvió entonces hacia sus hombres, ordenó una parada militar y con la punta de su pica señaló a Canolles el barco. Canolles se situó entre sus dos guardias; los ocho soldados y el sargento descendieron tras él y el barco se alejó de la orilla, mientras Canolles lanzaba una última mirada hacia Cambes, que iba a desaparecer tras un recodo de tierra.

Casi toda la isla estaba cubierta de escarpas, contraescarpas, glacis y bastiones; un pequeño fuerte en bastante buen estado dominaba el conjunto de todas esas construcciones. Se penetraba en ellas por una puerta cimbrada ante la que el centinela paseaba de un lado a otro.

–¿Quién vive? –gritó.

El pequeño grupo se detuvo, el sargento salió de él, avanzó hacia el centinela y le dijo algunas palabras.

–¡A formar! –gritó el centinela.

La veintena de hombres que componían el puesto salieron al punto de un cuerpo de guardia y acudieron presurosos a formar en línea ante la puerta.

–Venid, caballero –le dijo el sargento a Canolles.

Batieron los tambores.

«¿Qué quiere decir esto?», se preguntó el joven. Y avanzó hacia el fuerte sin comprender nada de lo que ocurría, pues todos aquellos preparativos se parecían más a honores militares rendidos a un superior que a precauciones tomadas con un prisionero.

Esto no era todo: Canolles no había observado que, en el momento en que bajaba del coche, se había abierto una ventana de los aposentos del gobernador y un oficial había seguido atentamente los movimientos del barco y la recepción que se había dado al prisionero y a sus dos custodios.

Cuando vio que Canolles acababa de poner el pie en la isla, ese oficial descendió rápidamente y salió a su encuentro.

–¡Ah, ah! –dijo Canolles al verlo–, es el comandante de la plaza que viene a reconocer a su inquilino.

–En efecto –dijo Barrabás–, parece, caballero, que no languideceréis como ciertas personas a las que dejan ocho días enteros en el vestíbulo; seréis encarcelado enseguida.

–Mejor entonces –dijo Canolles.

Mientras tanto, el oficial se acercaba. Canolles adoptó la actitud orgullosa y digna de un hombre perseguido.

A varios pasos de Canolles, el oficial se quitó el sombrero.

–¿Es al señor barón de Canolles a quien tengo el honor de hablar? –preguntó.

–Caballero –respondió el prisionero–, estoy realmente confundido por vuestra cortesía. Sí, soy el barón de Canolles; ahora, tratadme, os ruego, con la cortesía de un oficial hacia otro oficial, y alojadme lo menos mal que podáis.

–Caballero –respondió el oficial–, la morada es muy especial; pero, como para adelantarnos a vuestros deseos, se han hecho todas las mejoras posibles.

–¿Y a quién debo agradecer estas precauciones inusitadas? –preguntó Canolles sonriendo.

–Al rey, caballero, que hace bien todo lo que hace.

–Sin duda, caballero, sin duda. Dios me libre de calumniar a Su Majestad, sobre todo en esta ocasión; sin embargo no me importaría obtener cierta información.

–Si lo ordenáis, caballero, estoy a vuestra disposición; pero me tomaré la libertad de haceros observar que la guarnición os espera para reconocerlos.

«¡Diablos! –murmuró Canolles–, una guarnición entera para reconocer a un prisionero al que encierran: eso sí que son modales, en mi opinión.»

Y prosiguió en voz alta:

–Soy yo quien está a vuestras órdenes, señor, y dispuesto a seguiros adonde queráis llevarme.

–Permitidme entonces –dijo el oficial– que vaya delante para rendiros los honores.

Canolles lo siguió felicitándose para sus adentros por haber caído en manos de

un hombre tan cortés.

–Creo que saldréis del paso con la tortura ordinaria: cuatro barreños únicamente –le susurró Barrabás acercándose a él.

–¡Mejor! –dijo Canolles–, me hincharé sólo la mitad.

Al llegar al patio de la ciudadela Canolles encontró formada una parte de la guarnición. Entonces el oficial que lo guiaba sacó su espada y se inclinó ante él.

«¡Qué modales, Dios mío!», murmuró Canolles.

En ese mismo instante se oyó sonar el tambor bajo una bóveda vecina, Canolles se volvió, y una segunda fila de soldados que salía de esa bóveda fue a colocarse detrás de la primera.

En ese momento el oficial presentó dos llaves a Canolles.

–¿Qué es esto? –preguntó el barón–. ¿Y qué hacéis?

–Cumplimos el ceremonial acostumbrado según las más rigurosas leyes de la etiqueta.

–Pero ¿por quién me tomáis? –preguntó Canolles en el colmo del asombro.

–Pues por quien sois, según creo, por el señor barón de Canolles.

–¿Y después?

–Por el gobernador de la isla Saint-Georges.

Un deslumbramiento estuvo a punto de derribar a Canolles.

–Tendré el honor de entregar dentro de un momento al señor gobernador las provisiones que he recibido esta mañana, acompañadas por una carta que me anuncia vuestra llegada para hoy.

Canolles miró a Barrabás, cuyos ojos abiertos de par en par estaban clavados en él con una expresión de asombro imposible de describir.

–¿O sea –balbució Canolles– que soy gobernador de la isla Saint-Georges?

–Sí, caballero –respondió el oficial–, y Su Majestad nos ha hecho muy felices por tal elección.

–¿Estáis seguro de que no hay ningún error? –preguntó Canolles.

–Caballero –respondió el oficial–, dignaos seguirme a vuestras habitaciones y encontraréis vuestro nombramiento.

Canolles, anonadado ante semejante acontecimiento que estaba muy lejos de parecerse a lo que esperaba, se puso en marcha siguiendo, sin decir una palabra, al oficial que le mostraba el camino, en medio de los tambores que volvían a batir, de los soldados que presentaban armas y de todos los habitantes de la fortaleza que hacían resonar el aire con sus aclamaciones; saludando, pálido y palpitante, a derecha e izquierda, e interrogando a Barrabás con ojos asustados.

Llegó por fin a un salón bastante elegante, desde cuyas ventanas observó ante todo que se podía ver el castillo de Cambes, y leyó su nombramiento, escrito en debida forma, firmado por la reina y contrafirmado por el duque d'Épernon.

Al verlo, las piernas le fallaron a Canolles, que cayó estupefacto en un sillón.

Mientras, después de todas las fanfarrias, las mosqueterías, las ruidosas demostraciones de los homenajes militares, y sobre todo tras la primera sorpresa que tales demostraciones habían provocado en él, Canolles quiso saber a qué atenerse exactamente sobre el puesto que la reina le había confiado y alzó los ojos,

que durante cierto tiempo había tenido clavados en el suelo.

Vio entonces delante de él, no menos estupefacto, a su ex carcelero convertido en su muy humilde servidor.

–¡Ah!, sois vos, maese Barrabás –le dijo.

–Yo mismo, señor alcaide.

–¿Me explicaréis lo que acaba de pasar y que tanto me cuesta no tomar por un sueño?

–Os explicaré, señor, que cuando os hablaba de la tortura extraordinaria, es decir, de los ocho barreños, creía, palabra de Barrabás, doraros la píldora.

–¿Estabais convencido entonces?...

–De que os traía aquí para sufrir la tortura, señor.

–¡Gracias! –dijo Canolles estremeciéndose a pesar suyo–. Ahora ¿tenéis formada alguna opinión sobre lo que me pasa?

–Sí, señor.

–Hacedme el favor entonces de exponérmela.

–Es ésta, señor: la reina habrá comprendido lo difícil que era la misión que os había encargado. En cuanto se pasó su primer momento de cólera, se habrá arrepentido, y, como en conjunto no sois un hombre odiable, Su Graciosa Majestad os habrá recompensado porque os había castigado demasiado.

–Inadmisible –respondió Canolles.

–Inadmisible, ¿eso creéis?

–Inverosímil por lo menos.

–¿Inverosímil?

–Sí.

–En tal caso, señor alcaide, no me queda más que presentaros mis muy humildes respetos. Podéis ser feliz como un rey en la isla Saint-Georges: excelente vino, caza que proporciona el llano, pescado que con cada marea traen las barcas de Burdeos y las mujeres de Saint-Georges. Señor, ¡eso sí que es milagroso!

–Muy bien: trataré de seguir vuestros consejos. Tomad este bono firmado por mí, y pasad por el pagador que os entregará diez pistolas. Yo os las daría de buena gana, pero dado que por prudencia me quitasteis mi dinero...

–E hice bien, señor –exclamó Barrabás–; porque, en fin, si me hubierais corrompido, habríais escapado, y si hubierais escapado, habríais perdido lógicamente la elevada posición a la que habéis llegado, y de eso nunca me habría consolado.

–Muy bien argumentado, maese Barrabás. Ya había observado que estabais fuerte en materia de lógica. Mientras tanto, tomad este bono como homenaje a vuestra elocuencia. Los Antiguos, como sabéis, representaban la Elocuencia con unas cadenas de oro que le salían de los labios¹²⁵.

–Señor –continuó Barrabás–, si me atreviera haceros observar que me parece inútil que vaya a ver al pagador.

–¡Cómo!, ¿os negáis? –exclamó Canolles extrañado.

–¡No, Dios me libre! Gracias al cielo no tengo esos falsos orgullos; pero veo salir de un cofre situado sobre vuestra chimenea ciertos cordones que me parecen

cordones de bolsa.

–Sois todo un experto en materia de cordones, maese Barrabás –dijo Canolles muy sorprendido, porque, en efecto, sobre la chimenea había un cofre de antigua loza incrustada de plata, con esmaltes del Renacimiento–. Veamos si vuestras previsiones son exactas.

Canolles levantó la tapa del cofre y encontró, en efecto, una bolsa, y en esta bolsa mil pistolas con esta breve nota:

Para la caja particular del señor gobernador de la isla SaintGeorges.

–¡Diablos! –dijo Canolles ruborizándose–, la reina hace bien las cosas.

Y a pesar suyo volvieron a su cabeza los recuerdos de Buckingham¹²⁶. ¿Acaso había visto la reina detrás de algún tapiz la victoriosa figura del guapo capitán? ¿Acaso le protegía con un interés muy amoroso? Quizá... recuérdese que Canolles era gascón.

Por desgracia, la reina tenía entonces veinte años más que en la época del señor de Buckingham.

Sea como fuere, y viniera de donde viniese, Canolles sacó de la bolsa diez pistolas, que entregó a Barrabás, quien salió haciendo las reverencias más reiteradas y más respetuosas.

X

Cuando Barrabás hubo salido, Canolles llamó al oficial y le rogó que lo guiase en la revista que quería pasar de sus nuevos estados.

El oficial se puso al punto a sus órdenes.

En la puerta encontró una especie de estado mayor formado por los demás personajes principales de la ciudadela; acompañado por ellos, hablando con ellos, haciéndose explicar todos los recursos de la localidad, vio los bastiones, los glacies, las medialunas, las casamatas, las bodegas y los desvanes. A las once de la mañana volvió por fin tras haber inspeccionado todo. Entonces su escolta desapareció y Canolles se quedó a solas con el primer oficial que había encontrado al principio.

–Ahora –le dijo éste acercándosele con mucho misterio–, al señor gobernador sólo le queda por ver el aposento de una persona.

–¿Cuál?

–El aposento de esa persona está ahí –dijo el oficial extendiendo el dedo hacia una puerta que de hecho Canolles aún no había abierto.

–¡Ah!, ¿está ahí? –dijo Canolles.

–Sí.

–¿Y también la persona?

–Sí.

–Muy bien. Pero, perdón: estoy muy cansado por haber viajado noche y día, y esta mañana no tengo muy despierta la cabeza; explicaos por lo tanto con más claridad, os lo ruego.

–Bueno, señor gobernador –continuó el oficial con su sonrisa más sutil–, el aposento...

–... de la persona –continuó Canolles.

–... que os espera, está ahí. Comprendéis ahora, ¿verdad?

Canolles hizo un movimiento como si volviese del país de las abstracciones.

–Sí, sí, muy bien –dijo–. ¿Y puedo entrar?

–Sin duda, ya que os esperan.

–¡Vamos pues! –dijo Canolles.

Con el corazón latiéndole hasta romperle el pecho, sin ver, sintiendo que sus temores y sus deseos se confundían hasta el punto de enloquecerlo, Canolles empujó una segunda puerta y vio detrás de una cortina a la risueña y vivaracha Nanon, que lanzó un grito como para darle miedo, y fue a arrojar sus dos brazos al cuello del gentilhomme.

Canolles permaneció inerte, con los brazos colgando, la mirada átona.

–¡Vos! –balbució.

–¡Yo! –dijo ella redoblando sus risas y sus besos.

El recuerdo de sus errores cruzó la mente de Canolles que, adivinando enseguida

el nuevo beneficio de aquella fiel amiga, se quedó aplastado bajo el peso del remordimiento y de la gratitud.

–¡Ah! –dijo–, ¡sois vos quien me habéis salvado mientras yo me perdía como un insensato! Veláis por mí, sois mi ángel tutelar.

–No me llaméis vuestro ángel, porque soy un diablo –dijo Nanon–. Pero sólo me aparezco en los buenos momentos; confesadlo.

–Tenéis razón, querida amiga, porque en verdad creo que me salváis del cadalso.

–También yo lo pienso. ¡Ah, barón!, ¿cómo hicisteis, vos, tan clarividente, tan sutil, para dejaros engañar por esas remilgadas princesas?

Canolles se puso rojo hasta el blanco de los ojos; pero Nanon había decidido no ver nada de aquel apuro.

–En verdad –dijo–, no sé; ni yo mismo lo comprendo.

–¡Oh!, es que son astutas. ¡Ah, señores, queréis hacer la guerra a las mujeres! ¿Qué me han contado? En lugar de la joven princesa, os mostraron una dama de honor, una camarera, una estantigua... ¿a quién os enseñaron?

Canolles sentía que la fiebre subía de sus trémulos dedos a su cerebro derretido.

–Me pareció ver a la princesa –dijo–, no la conocía.

–¿Y quién era?

–Una dama de honor, creo.

–¡Ah!, pobre muchacho, la culpa es de ese traidor de Mazarino. Por eso, ¡qué diablos!, cuando se encarga a alguien una misión tan difícil como ésa, se le da un retrato. Si hubierais tenido o visto solamente un retrato de Madame la princesa, claro que la hubierais reconocido. Pero no hablemos de eso. ¿Sabéis que ese horrible Mazarino, so pretexto de que habíais traicionado al rey, pretendía echaros a los sapos?

–Lo sospechaba.

–Pero yo me dije: «Echémoslo a la Nanon». Hice bien, ¿verdad?

Canolles, por más preocupado que estuviese por el recuerdo de la vizcondesa, por más que llevase su recuerdo en el corazón, no pudo resistir ante aquella bondad exquisita, ante aquella inteligencia que brillaba en los más bellos ojos del mundo: bajó la cabeza y apoyó sus labios en la bonita mano que le tendían.

–¿Y habéis venido a esperarme aquí?

–Iba a París para recogeros y traeros aquí. Os traía vuestro nombramiento; la ausencia me parecía larga. Sólo el señor d'Épernon caía con todo su peso sobre mi monótona vida. Me enteré de vuestro desengaño. A propósito, se me había olvidado deciros que sois mi hermano.

–Creí adivinarlo al leer vuestra carta.

–No hay duda de que nos habían traicionado. La carta que os escribí había caído en malas manos. El duque llegó furioso. Dije vuestro nombre, os declaré hermano mío, pobre Canolles, y ahora estamos protegidos por la unión más legítima. Casi estáis casado, pobre amigo.

Canolles se dejó llevar por la increíble atracción de aquella mujer. Después de haber besado sus blancas manos, besó sus ojos negros. La sombra de Mme. de Cambes debió huir velándose lúgubrementemente la cabeza.

–Desde entonces –continuó Nanon– lo he previsto todo, todo lo he planeado: hice del señor d'Épernon vuestro protector, o más bien vuestro amigo; ablandé la cólera de Mazarino; por último, elegí por retiro Saint-Georges porque, como sabéis, querido amigo, siguen queriendo lapidarme. Sois el único en el mundo que me amáis un poco, mi querido Canolles. Vamos, ¡decidme que me amáis!

Y la arrebatadora sirena, lanzando sus dos brazos al cuello de Canolles, hundió su ardiente mirada en los ojos del joven, como para ir a buscar su pensamiento en lo más profundo de su corazón.

Canolles sintió en aquel corazón que Nanon trataba de leer que no podía permanecer insensible a tanto cariño. Un secreto presentimiento le decía que había algo más que amor en Nanon, que había generosidad, que no sólo lo amaba sino que también lo perdonaba.

El joven hizo un movimiento de cabeza que respondía a la pregunta de Nanon, porque con la boca no se hubiera atrevido a decirle que la amaba, aunque en el fondo de su pecho todos sus recuerdos declaraban en su favor.

–Elegí –continuó ella– la isla Saint-Georges para poner a salvo mi dinero, mis piedras preciosas y mi persona. ¿Quién sino el hombre que me ama, me dije, puede defender mi vida? ¿Quién sino mi amo puede conservar para mí mis tesoros? Todo está en vuestras manos, querido amigo, vida y riquezas. ¿Velaréis cuidadosamente sobre todo esto? ¿Seréis fiel amigo y guardián fiel?

En este momento en el patio resonó una trompeta y fue a vibrar en el corazón de Canolles; tenía delante de sí el amor más elocuente que nunca había existido, tenía a cien pasos la amenazadora guerra, la guerra que inflama y embriaga.

–¡Oh, sí, Nanon! –exclamó–, vuestra persona y vuestros bienes están a salvo a mi lado, y moriré, os lo juro, para salvaros del menor peligro.

–Gracias –dijo ella–, mi noble caballero, estoy tan segura de vuestro valor como de vuestra generosidad. ¡Ay! –añadió con una sonrisa–, ¡igual de segura me gustaría estar de vuestro amor!

–¡Oh! –murmuró Canolles–, estad segura...

–Bien, bien –dijo Nanon–, el amor no se prueba con juramentos, sino con obras; por lo que hagáis, caballero, juzgaremos vuestro amor.

Y pasando alrededor del cuello de Canolles los brazos más bellos del mundo, inclinó su cabeza sobre el pecho palpitante del joven.

«Ahora es preciso que olvide... –se dijo–, y olvidará.»

XI

El mismo día en que Canolles fue detenido en Jaulnay ante los ojos de Mme. de Cambes, ésta había partido con Pompée para ir a reunirse con Madame la princesa, que estaba a la vista de Coutras.

La primera tarea del digno escudero fue tratar de demostrar a su ama que, si la banda de Cauvignac no había exigido ningún rescate, ella debía atribuir esa suerte a su resuelta actitud y a su experiencia de la guerra. Ciertamente que Mme. de Cambes, menos fácil de convencer de lo que Pompée había esperado al principio, le hizo observar que, durante casi una hora, había desaparecido por completo; pero Pompée le explicó que, durante ese tiempo, había permanecido escondido en un pasillo donde, con la ayuda de una escalera, había preparado una fuga segura para la vizcondesa. Pero había tenido que enfrentarse a dos soldados frenéticos que le disputaban la posesión de la escalera, cosa que había hecho, como es fácil adivinar, con el indomable valor que se le conocía.

Esta conversación llevó a Pompée de forma natural al elogio de los soldados de su tiempo, feroces contra el enemigo, como lo habían probado en el asedio de Montauban¹²⁷ y en la batalla de Corbie, pero dulces y corteses con sus compatriotas, cualidades que, hay que decirlo, no tenían a gala los soldados contemporáneos.

Lo cierto es que, sin sospecharlo, Pompée acababa de escapar a un peligro inmenso: el de ser reclutado. Como solía caminar con ojos brillantes, el pecho hinchado al estilo militar y el tronco arqueado a lo Nemrod¹²⁸, Cauvignac no había tardado en fijarse en él. Pero, gracias a los acontecimientos que siguieron, y que habían cambiado el curso de las ideas del capitán. Gracias a doscientas pistolas que había recibido de Nanon para ocuparse exclusivamente del barón de Canolles. Gracias a esa reflexión filosófica de que los celos son la más magnífica de las pasiones y que hay que profundizar en los celos cuando se encuentran en el camino, el querido hermano había despreciado a Pompée dejando que Mme. de Cambes continuase su camino hacia Burdeos. En efecto, a ojos de Nanon, Burdeos seguía estando muy cerca de Canolles. Hubiera querido a la vizcondesa en Perú, en las Indias, en Groenlandia.

Por otro lado, cuando Nanon pensaba que, desde ese momento, tendría entre buenas murallas a su querido Canolles, que excelentes fortificaciones, muy poco accesibles para los soldados del rey, encerrarían también a Mme. de Cambes, prisionera en su rebelión, sentía que se henchía con esas alegrías infinitas que sólo los niños y los amantes conocen sobre la tierra.

Ya hemos visto cómo ese sueño se había realizado, y cómo Canolles y Nanon habían vuelto a encontrarse en la isla Saint-Georges.

Por su lado, Mme. de Cambes viajaba triste y temblorosa. A pesar de todas sus fanfarronadas, Pompée estaba lejos de tranquilizarla, y no sin un gran miedo, hacia el atardecer del día en que había salido de Jaulnay, vio venir, siguiendo un camino transversal, a una considerable tropa de jinetes.

Eran aquellos mismos gentilhombres que volvían del famoso entierro del duque de La Rochefoucauld, entierro que, so pretexto de rendir los honores convenientes a su padre, había servido al señor príncipe de Marcillac para sacar de Francia y de Picardía a toda la nobleza, que detestaba a Mazarino más de lo que amaba a los príncipes. Pero una cosa singular sorprendió a Mme. de Cambes y sobre todo a Pompée: que, entre aquellos jinetes, unos llevaban el brazo en cabestrillo, otros dejaban colgar del estribo una pierna envuelta en compresas; varios tenían vendas ensangrentadas en la frente. Había por tanto que mirar muy de cerca para reconocer, en aquellos gentilhombres tan cruelmente aderezados, a aquellos ágiles y pimpantes cazadores que habían perseguido al gamo en el parque de Chantilly.

Pero el miedo tiene ojos penetrantes: Pompée y Mme. de Cambes distinguieron, bajo aquellas vendas ensangrentadas, algunas caras conocidas.

–¡Diablos!, señora –dijo Pompée–, ese entierro se ha hecho por muy malos caminos. Es preciso que la mayoría de esos gentilhombres se hayan caído del caballo: mirad lo despellejados que están.

–Eso es precisamente lo que miraba –dijo Mme. de Cambes.

–Esto me recuerda el regreso de Corbie –dijo Pompée con orgullo–; sólo en esa ocasión no estuve yo entre los valientes que volvían, sino en el número de los valientes a los que traían.

–Pero –preguntó Claire con cierta inquietud sobre una empresa que se presentaba bajo tan tristes auspicios–, pero ¿a estos gentilhombres no los manda alguien? ¿No tienen un jefe? ¿Ha muerto ese jefe, ya que no se le ve? ¡Mirad!

–Señora –respondió Pompée incorporándose orgullosamente en su silla–, nada más fácil de reconocer que un jefe entre los soldados que manda. De ordinario, en el escuadrón, el oficial marcha en el centro con sus suboficiales; en la acción, marcha detrás o en un flanco de su tropa. Dirigid la vista a los diferentes lugares que designo, y vos mismo juzgaréis.

–No veo nada, Pompée; pero me parece que nos siguen, mirad a nuestra espalda...

–¡Hum, hum!, no, señora –dijo Pompée tosiendo, pero sin volverse, por miedo a ver efectivamente a alguien–. No, nadie; pero el jefe ¿no podría ser aquella pluma roja?... No... ¿Aquella espada dorada?... No... ¿Ese caballo pío, parecido al del señor de Turenne?... No. Sí que es extraño; no hay peligro, y el jefe bien podría dejarse ver; aquí no ocurre como en Corbie...

–Os equivocáis, maese Pompée –dijo detrás del pobre escudero, al que a punto estuvo de hacer caer patas arriba, una voz estridente y burlona–; os equivocáis, es peor que en Corbie.

Claire volvió vivamente la cabeza y vio a dos pasos de ella un jinete de talla mediana y de una vestimenta que afectaba sencillez, mirándola con unos ojillos brillantes y hundidos como los del zorro. Con sus espesos cabellos negros, su labio

fruncido y móvil, su palidez biliosa y su frente preocupada, aquel jinete inspiraba tristeza en pleno día; de noche quizá hubiera inspirado espanto.

–¡Señor príncipe de Marcillac! –exclamó Claire muy emocionada–. ¡Ah, sed bienvenido, caballero!

–Decid señor duque de La Rochefoucauld, señora; porque ahora que el duque mi padre ha muerto, he heredado ese nombre bajo el que, buenos o malos, van a inscribirse desde ahora los hechos de mi vida.

–¿Volvéis?... –dijo Claire dudando.

–Volvemos derrotados, señora.

–¡Derrotados! ¡Santo cielo! ¡Vos!

–Digo que volvemos derrotados, señora, porque soy algo fanfarrón por naturaleza, y porque me digo a mí mismo la verdad como se la digo a los demás; de otro modo podría pretender que volvemos vencedores. Pero en realidad hemos sufrido una derrota, porque nuestro propósito sobre Saumur ha fracasado. He llegado demasiado tarde; perdemos esa importante plaza que Jarzay¹²⁹ acababa de rendir. En adelante, suponiendo que Madame la princesa tenga Burdeos, como se le ha prometido, toda la guerra va a concentrarse en Guyena.

–Pero, señor –preguntó Claire–, si, como he creído entender, la capitulación de Saumur ha tenido lugar sin el menor esfuerzo, ¿qué significa lo que vemos y por qué todos estos gentilhombres están tan heridos?

–Porque –dijo La Rochefoucauld con una especie de orgullo que no pudo disimular a pesar de su dominio de sí mismo– nos hemos encontrado con algunas tropas realistas.

–¿Y han luchado? –preguntó vivamente Mme. de Cambes.

–¡Oh!, Dios mío, sí, señora.

–Entonces –murmuró la vizcondesa–, ¡la primera sangre francesa ya ha sido derramada por franceses! ¡Y sois vos, señor duque, quien habéis dado el ejemplo!

–He sido yo, señora.

–¡Vos!, ¡tan tranquilo, tan frío, tan sensato!

–Cuando se defiende a un partido injusto delante de mí, algunas veces, a fuerza de apasionarme por la razón, me vuelvo muy poco razonable.

–Al menos vos no parecéis herido.

–No. Esta vez he tenido más suerte en que Lignes y en París. Entonces creí incluso haber recibido bastante de la guerra civil para no volver a reincidir en ella, pero me equivocaba. ¡Qué queréis! El hombre siempre construye proyectos sin consultar con la razón, el único y verdadero arquitecto de su vida, que viene a reformar su edificio si es que no lo derrumba totalmente.

Madame de Cambes sonrió; recordaba lo que el señor de La Rochefoucauld había dicho: que, por los hermosos ojos de Mme. de Longueville había guerreado contra los reyes, y guerrearía contra los dioses.

Aquella sonrisa no escapó al duque, y, sin dejar tiempo a la vizcondesa para que esa sonrisa fuera seguida por el pensamiento que la había hecho nacer, dijo:

–Pero dejadme, señora, que os presente mis cumplidos, porque en verdad sois un modelo de valentía.

–¿Y eso por qué?

–¿Cómo que por qué? ¡Viajar sola de esta forma, con un solo escudero, como una Clorinda o una Bradamante¹³⁰! ¡Oh!, a propósito, me he enterado de vuestra deliciosa conducta en Chantilly. Me han asegurado que os habéis burlado admirablemente de un pobre diablo de oficial del rey... Victoria fácil, ¿verdad? –añadió el duque con aquella sonrisa y aquella mirada que tantas cosas querían decir en él.

–¿Fácil? –preguntó Claire muy emocionada.

–Digo fácil –continuó el duque– porque el oficial no combatía con armas iguales a las vuestras. Sin embargo, en el relato que me han hecho de la aventura me ha sorprendido una cosa.

Y con más encarnizamiento que nunca, el duque clavó sus ojillos en la vizcondesa.

Madame de Cambes no tenía medio de batirse honorablemente en retirada. Por lo tanto, se preparó para una defensa que decidió hacer lo más vigorosa posible.

–Hablad, señor duque –dijo–, ¿qué es lo que os ha sorprendido?

–Vuestra habilidad extrema, señora, para representar ese pequeño papel cómico. En efecto, según lo que me han dicho, el oficial ya os había visto, tanto a vuestro escudero como a vos misma.

Aunque lanzadas con toda la habilidad de un hombre de tacto, estas últimas palabras no dejaron de impresionar profundamente a Mme. de Cambes.

–¿Decís que me había visto, señor?

–Durante un instante, señora; supongamos que no soy yo quien lo digo, sino ese personaje indefinido que se llama *se* y a cuyo poder los reyes están igual de sometidos que el último de sus súbditos.

–¿Y dónde me vio?

–*Se* dice que en la ruta de Libourne a Chantilly, en una población llamada Jaulnay; sólo que la entrevista no fue larga porque el gentilhombre había recibido la orden del señor d'Épernon de salir en el acto para Mantes.

–Pero si ese gentilhombre me hubiera visto, señor duque, ¿cómo es que no me reconoció?

–¡Ah!, el famoso *se* del que os hablaba hace un momento, y que tiene respuesta para todo, decía que era posible, dado que el encuentro había tenido lugar en las tinieblas.

–Esta vez, señor duque –replicó la vizcondesa muy palpitante–, no sé en verdad a qué os referís.

–Entonces –replicó el duque con fingida bonhomía–, me habrán informado mal; además, bien mirado, ¿qué significa un encuentro de un instante?... Ciertamente, señora –añadió el duque con galantería–, que vuestro aspecto y vuestra cara dejan una profunda impresión, aunque sólo se os haya visto un momento.

–Pero no sería posible –dijo la vizcondesa–, puesto que vos mismo decís que la entrevista tuvo lugar en la oscuridad.

–Es justo, y habláis con mucha habilidad, señora. Soy yo quien se equivoca, a menos que antes de ese encuentro el joven ya os hubiera visto. Entonces la

aventura de Jaulnay no sería exactamente un encuentro...

–¿Y qué sería entonces? –respondió Claire–. Cuidad vuestras palabras, señor duque.

–Por eso, como veis, me detengo: nuestra querida lengua francesa es tan pobre que busco inútilmente una palabra que traduzca mi pensamiento. Sería... un *appuntamento*, como dicen los italianos; una *assignation*, como dicen los ingleses.

–Si no me equivoco, señor duque –dijo Claire–, esas dos palabras se traducen por una *cita*.

–Vamos –replicó el duque–, estoy diciendo una tontería en dos lenguas extranjeras, y ¡voy a dar con una persona que entiende esas dos lenguas! Señora, perdonadme: decididamente parece que el italiano y el inglés son tan pobres como el francés.

Claire oprimió su corazón con su mano izquierda para respirar más libremente: se ahogaba. A la mente le volvía una cosa de la que siempre había dudado: que el señor de La Rochefoucauld le había sido infiel, de pensamiento y de deseo al menos, con Mme. de Longueville, y que si él hablaba así era un sentimiento de celos lo que le hacía hablar. En efecto, dos años antes, el príncipe de Marcillac le había hecho una corte tan asidua como lo permitían el carácter hipócrita, las perpetuas incertidumbres y las eternas timideces que lo convertían en el enemigo más odioso cuando no era el amigo más agradecido. Por eso la vizcondesa prefirió no enfrentarse a un hombre que dirigía de frente los asuntos públicos y los intereses más familiares.

–¿Sabéis, señor duque –dijo ella–, que sois un hombre muy valioso en las circunstancias en que nos encontramos sobre todo, y que el señor de Mazarino, que sin embargo se jacta de ella, no tiene una policía mejor que la vuestra?

–Si yo no supiera nada, señora –replicó el duque de La Rochefoucauld–, me parecería demasiado a ese querido ministro, y entonces no tendría ningún motivo para hacerle la guerra. Por eso trato de estar al corriente de casi todo.

–¿Incluso de los secretos de vuestros aliados, si los tuvieran?

–Acabáis de expresar una idea que sería muy mal interpretada si se oyera: un secreto de mujer. Entonces, ¿ese viaje y ese encuentro eran un secreto?

–Entendámonos, señor duque, porque sólo tenéis razón a medias. El encuentro fue una casualidad. El viaje era un secreto de mujeres, puesto que de hecho sólo yo y Mme. la princesa estábamos al tanto de ese viaje.

El duque sonrió. Aquella buena defensa aguzaba su perspicacia.

–Y Lenet –dijo–, y Richelieu, y Mme. de Tourville, e incluso cierto vizconde de Cambes, al que no conozco, y del que oí hablar por primera vez en esa ocasión... Ciertamente, como éste era hermano vuestro, me diréis que el secreto no salía de la familia.

Claire se echó a reír para no irritar al duque, cuyo ceño veía fruncirse.

–¿Sabéis una cosa, duque? –dijo.

–No, pero contádmela; y si es un secreto, señora, os prometo ser tan discreto como vos y no decírselo más que a mi estado mayor.

–Bien, actuad; no pido otra cosa, aunque así me arriesgo a convertirme en

enemiga de una gran princesa en cuyo odio no conviene incurrir.

El duque se ruborizó imperceptiblemente.

–¡Bueno!, ¿y ese secreto? –dijo.

–En este viaje que me han hecho emprender, ¿sabéis qué compañero me destinaba Madame la princesa?

–No.

–Vos mismo.

–De hecho, recuerdo que Madame la princesa había hecho preguntarme si podía servir de escolta a una persona que volvía de Libourne a París.

–Y os negasteis.

– Estaba retenido en Poitou por asuntos indispensables.

–Sí, teníais que recibir a los correos de Mme. de Longueville.

La Rochefoucauld miró vivamente a la vizcondesa, como para escrutar el fondo de su corazón antes de que hubiera desaparecido el rastro de sus palabras, y, acercándose a ella, dijo:

–¿Me hacéis un reproche?

–No, vuestro corazón está tan bien colocado en ese lugar, señor conde, que en lugar de reproches son cumplidos lo que tenéis derecho a esperar.

–¡Ah! –dijo el duque suspirando a pesar suyo–, ¡ojalá hubiera hecho ese viaje con vos!

–Y eso ¿por qué?

–Porque no habría ido a Saumur –replicó el duque en un tono que significaba que tenía otra respuesta preparada, pero que no se atrevía o no quería darla.

«Habrás sido Richon quien le ha dicho todo», pensó Claire.

–Aunque, por otra parte –continuó el duque–, no me quejo de mi desdicha privada, porque de ella resulta una dicha pública.

–¿Qué queréis decir, señor duque? No os comprendo.

–Quiero decir que, si hubiera estado yo con vos, no os habríais encontrado con ese oficial que ha resultado ser, tan claro como que el cielo protege nuestra causa, el mismo que Mazarino envió a Chantilly.

–¡Ah!, señor duque –dijo Claire con una voz estrangulada por un doloroso y reciente recuerdo–, ¡no os burléis de ese desgraciado oficial!

–¿Por qué? ¿Es una persona sagrada?

–Ahora sí, porque las grandes desgracias tienen para los corazones nobles su consagración, como las altas fortunas. A esta hora quizá ese oficial haya muerto, señor, y habrá pagado su error o su abnegación con su vida.

–¿Muerto de amor? –preguntó el duque.

–Hablemos en serio, caballero; sabéis de sobra que si yo entregase mi corazón a alguien, no sería a gente que una encuentra en el camino real. Os digo que ese desdichado ha sido detenido hoy mismo por orden del señor de Mazarino.

–¡Detenido! –dijo el duque–. ¿Y cómo sabéis eso? ¿También por un encuentro?

–¡Dios mío, sí! Pasaba yo por Jaulnay... ¿conocéis Jaulnay?

–Perfectamente; allí recibí una estocada en el hombro¹³¹. Pasabais pues por Jaulnay; pero ¿no es esa misma población la que según el relato?...

–Dejemos ahí el relato, señor duque –respondió Claire ruborizándose–. Pasaba pues por Jaulnay, como os digo, cuando veo una tropa de gente armada que se detenía y llevaba a un hombre; ese hombre, era él.

–¿Él, decís? ¡Ah!, tened cuidado, señora, ¡habéis dicho él!

–Él, el oficial. ¡Dios mío!, señor duque, qué profundo sois. Dejad vuestras sutilezas, y si no tenéis piedad de ese desdichado...

–¡Piedad yo! –exclamó el duque–. Eh, señora, yo no tengo tiempo para la piedad, ¡sobre todo por gente a la que no conozco!...

Claire miró a hurtadillas el rostro pálido de La Rochefoucauld y sus delgados labios crispados por una sonrisa sin brillo, y se estremeció a pesar suyo.

–Señora –continuó el duque–, querría tener el honor de seguir escoltándoos, pero debo llevar una guarnición a Montrod; excusadme si os dejo. Veinte gentilhombres más afortunados que yo os servirán de guarda hasta que os hayáis reunido con Madame la princesa, a la que os ruego presentéis mis respetos.

–¿No venís a Burdeos? –preguntó Claire.

–Por el momento, no. Voy a Turenne a recoger al señor de Bouillon. Hemos apostado que no será general en esta guerra; pero quiero vencerlo y que siga siendo teniente general.

Y, tras estas palabras, el duque saludó ceremoniosamente a la vizcondesa y siguió con paso lento el camino seguido por su tropa de jinetes.

Claire lo siguió con los ojos murmurando: «¡Su piedad! ¡Y yo invocaba su piedad! No puede haberlo dicho más claro: no tiene tiempo de tenerla».

Vio entonces a un grupo de jinetes que se destacaban hacia ella, al resto de la tropa que se adentraba en el bosque vecino.

Detrás de la tropa seguía avanzando, con las riendas sobre el cuello de su caballo, aquel hombre de mirada falsa y manos blancas que más tarde inscribiría, al frente de sus *Memorias*, esta frase bastante extraña para un filósofo moralista:

Creo que hay que contentarse con atestiguar compasión, pero guardarse mucho de tenerla. Es una pasión que no sirve de nada al interior de un alma bien hecha, que sólo sirve para debilitar el corazón y que debe dejarse para el pueblo, que, como no hace nada de manera racional, necesita pasiones para hacer las cosas¹³².

Dos días después, Mme. de Cambes se había reunido con la princesa.

XII

Madame de Cambes había pensado muchas veces instintivamente en las consecuencias de un odio como el del señor de La Rochefoucauld; pero al verse joven, bella, rica y estimada, no comprendía que ese odio, suponiendo que existiese, pudiera tener nunca una funesta influencia sobre su vida.

Sin embargo, cuando Mme. de Cambes supo con toda certeza que se había preocupado por ella hasta el punto de haberse enterado de lo que sabía, tomó la decisión de adelantarse y hablar con la princesa.

–Madame –le dijo como respuesta a los cumplidos que ella le hacía–, no me felicitéis demasiado sobre la presunta astucia que he desplegado en este asunto, porque ciertas gentes pretenden que el oficial, nuestra víctima, sabía a qué atenerse sobre la verdadera y sobre la falsa princesa de Condé.

Pero como esa suposición privaba a Madame la princesa de la parte de mérito que ella pretendía haber desplegado en la ejecución de aquella estratagema, no quiso como es lógico creer nada.

–Sí, sí, mi querida Claire –respondió–. Sí, comprendo: hoy que nuestro gentilhombre se da cuenta de que lo hemos engañado, querría fingir que nos favoreció; pero se le ha ocurrido cuando ya ha caído en desgracia. A propósito, ¿no me habéis dicho que habíais encontrado al señor de La Rochefoucauld en el camino?

–Sí, señora.

–¿Os ha contado alguna novedad?

–Que se dirigía a Turenne para concertarse con el señor de Bouillon.

–Sí, sé que están enfrentados; fingiendo rechazar el honor de ser generalísimos de nuestros ejércitos, los dos lo pretenden. Cuando hagamos la paz, cuanto más haya sido de temer el rebelde, mayor derecho tendrá a que le paguen caro su retorno. Pero para ponerlos de acuerdo tengo un plan de Mme. de Tourville.

–¡Oh, oh! –dijo la vizcondesa sonriendo al oír este nombre–, entonces, ¿se ha reconciliado Vuestra Alteza con su consejera habitual?

–Ha sido necesario; nos alcanzó en Montrod, trayendo su rollo de papel con una gravedad tal que Lenet y yo nos moríamos de risa. «Aunque Vuestra Alteza –dijo– no haga ningún caso de estas reflexiones, fruto de laboriosas vigiliass, apporto mi tributo a la asociación general...»

–Pero ¿era un discurso de verdad?

–Con tres puntos.

–¿Le respondió Vuestra Alteza?

–No, pasé la palabra a Lenet. «Señora –le dijo–, nunca hemos dudado de vuestro celo, y menos aún de vuestras luces; son para nosotros tan preciosas que Madame la princesa y yo las echaríamos de menos todos los días.» Resumiendo, siguió

diciéndole elogios tan bellos que la sedujo, tanto que terminó por darle su plan.

–¿En qué consiste?

–En no nombrar generalísimo ni al señor de Bouillon ni al señor de La Rochefoucauld, sino al señor de Turenne.

–Bueno –dijo Claire–, creo que la consejera esta vez aconsejaba bastante bien. ¿Qué os parece, señor Lenet?

–Digo que la señora vizcondesa tiene razón y que aporta otra buena voz a nuestras deliberaciones –respondió Lenet, que precisamente entraba en ese momento con un rollo de papel que sostenía con tanta gravedad como habría podido hacerlo Mme. de Tourville–. Por desgracia, el señor de Turenne no puede dejar el ejército del norte, y nuestro plan exige que marche sobre París cuando Mazarino y la reina marchen contra Burdeos.

–Observaréis, querida amiga, que Lenet es el hombre de las imposibilidades. Por eso ni el señor de Bouillon, ni el señor de La Rochefoucauld, ni el señor de Turenne son nuestro generalísimo. Nuestro generalísimo ¡es Lenet! ¿Qué tiene ahí Vuestra Excelencia? ¿Una proclama?

–Sí, señora.

–La de Mme. de Tourville, por supuesto.

–Por supuesto, señora. Le faltan unos toques de redacción. Como sabéis, el estilo de cancillería...

–¡Bueno, bueno! –dijo riendo la princesa–, no nos atengamos a la letra; con que en ese texto haya espíritu, basta.

–Lo hay, señora.

–Y el señor de Bouillon, ¿dónde firmará?

–En la misma línea que el señor de La Rochefoucauld.

–Eso no es decirme dónde firmará el señor de La Rochefoucauld.

–El señor de La Rochefoucauld firmará debajo del señor duque d'Enghien.

–El señor duque d'Enghien no debe firmar un acta como ésa. ¡Es un niño! Pensad en eso, Lenet.

–Lo he pensado, señora. Cuando el rey muere, le sucede el delfín aunque sólo tenga un día... ¿Por qué no había de ser la casa de Condé como la casa de Francia?

–Pero ¿qué dirá el señor de La Rochefoucauld? ¿Qué dirá el señor de Bouillon?

–El primero ha dicho, señora, y se ha marchado después de haber dicho; el segundo se enterará cuando todo esté hecho, y por consiguiente, que diga lo que quiera, nos da igual.

–¿No veis ahí el origen de esa frialdad que el duque os ha testimoniado, Claire?

–Dejadle esa frialdad, señora –dijo Lenet–, se calentará en cuanto oiga los primeros cañonazos que nos dispare el mariscal de La Meilleray. Estos señores quieren hacer la guerra: pues bien, ¡que la hagan!

–Debemos tener cuidado de disgustarlos demasiado, Lenet –dijo la princesa–, son los únicos que tenemos...

–Y ellos sólo tienen vuestro nombre: que traten de luchar por su cuenta, y veréis cuánto tiempo aguantan: toma y daca.

Hacía unos segundos que había entrado Mme. de Tourville, y al aire radiante que

animaba su cara le había sucedido un matiz de inquietud que aumentaron las últimas palabras del consejero, su rival.

Avanzó con energía.

–¿Acaso el plan que he propuesto a Vuestra Alteza tiene la desgracia –dijo– de no conseguir la aprobación del señor Lenet?

–Al contrario, señora –respondió Lenet inclinándose–, y he conservado cuidadosamente la mayor parte de vuestra redacción; pero en lugar de que la proclama sea firmada por el duque de Bouillon o el duque de La Rochefoucauld, será firmada por monseñor el duque d’Enghien: el nombre de esos caballeros irá a continuación del nombre del príncipe.

–Así comprometéis al joven príncipe, señor.

–Es muy justo que quede comprometido, señora, dado que se pelea por él.

–Pero los bordeleses aman al duque de Bouillon y adoran al señor duque de La Rochefoucauld, mientras que al duque d’Enghien ni siquiera lo conocen.

–Estáis en un error –respondió Lenet, sacando, como era su costumbre, un papel de aquel bolso que siempre sorprendía a Madame la princesa por su capacidad–; aquí tengo una carta del señor presidente de Burdeos¹³³ en la que me ruega que haga firmar las proclamas al joven duque.

–¡Eh!, burlaos de los parlamentos, Lenet –exclamó la princesa–; no merece la pena escapar del poder de la reina y del señor de Mazarino para volver a caer en el de los parlamentos.

–¿Quiere entrar Vuestra Alteza en Burdeos? –preguntó Lenet.

–Claro.

–Pues ésta es la condición *sine qua non*; sólo encenderán un fulminante por el señor duque d’Enghien.

Madame de Tourville se mordió los labios.

–O sea –dijo la princesa–, nos habéis hecho huir de Chantilly, nos habéis hecho recorrer ciento cincuenta lenguas, ¿para obligarnos a recibir una afrenta de los bordeleses?

–Lo que vos tomáis por afrenta, señora, es un honor. Pues, ¿qué hay más halagüeño para Madame la princesa de Condé que ver que es a ella a la que reciben, y no a los otros?...

–¿Quiere eso decir que los bordeleses no recibirán siquiera a los dos duques?

–Sólo recibirán a Vuestra Alteza.

–¿Y qué puedo hacer sola?

–¡Dios mío!, entrar; luego, cuando entréis, dejad las puertas abiertas, y los otros entrarán siguiendo vuestros pasos.

–No podemos prescindir de ellos.

–Ésa es mi opinión, y dentro de quince días será la opinión del Parlamento. Burdeos rechaza vuestro ejército porque le tiene miedo, y dentro de quince días lo llamará para defenderse. Entonces tendréis el doble mérito de haber hecho dos veces lo que los bordeleses os han pedido; por eso no os preocupéis, se harán matar por vos, del primero al último.

–Entonces, ¿está Burdeos amenazado? –preguntó Mme. de Tourville.

–Muy amenazado –respondió Lenet–. Por lo tanto es urgente tomar posiciones en la ciudad. Mientras no estemos dentro, Burdeos puede negarse a abrirnos sus puertas sin que su honor quede comprometido; una vez que entremos, Burdeos no puede expulsarnos fuera de sus murallas sin deshonorarse.

–¿Y podéis decirme quién amenaza a Burdeos?

–El rey, la reina, el señor de Mazarino... Las fuerzas realistas están reuniéndose; nuestros enemigos están tomando posiciones. La isla Saint-Georges, que sólo está a tres leguas de la ciudad, acaba de recibir un refuerzo, una ayuda de municiones y un nuevo gobernador. Los bordeleses van a intentar tomar la isla, y como es lógico serán derrotados, dado que tendrán que vérselas con las mejores tropas del rey. Bien y debidamente zurrados, como conviene a unos burgueses que quieren dárselas de soldados, llamarán a grito pelado a los duques de Bouillon y de La Rochefoucauld... Entonces, señora, seréis vos, que tenéis a esos dos duques en vuestras dos manos, quien ponga vuestras condiciones a los parlamentos...

–Pero ¿no sería mejor tratar de ganar para nuestro partido a ese nuevo gobernador antes de que los bordeleses hayan sufrido una derrota que tal vez los desanime?

–Si estáis en Burdeos cuando se produzca esa derrota, no tenéis nada que temer... En cuanto a ganarnos a ese gobernador, es imposible.

–¡Imposible! ¿Por qué?

–Porque ese gobernador es enemigo personal de Vuestra Alteza.

–¿Enemigo personal mío?

–Sí...

–¿Y cuál es la razón de su enemistad?

–Que no perdonará nunca a Vuestra Alteza el engaño de que fue víctima en Chantilly... ¡Oh!, el señor de Mazarino no es un idiota como creéis, señoras mías, aunque yo me empeño en repetiros sin cesar lo contrario; y la prueba es que ha puesto en la isla Saint-Georges, es decir, en el mejor cargo de la comarca, ¿a quién? ¿No lo adivináis?

–Ya os he dicho que ignoro por completo quién podía ser.

–Pues el oficial del que tanto os habéis reído, y que, por una torpeza inconcebible, dejó huir a Vuestra Alteza de Chantilly...

–¡El señor de Canolles! –exclamó Claire.

–Sí.

–¡El señor de Canolles gobernador de la isla Saint-Georges!

–El mismo.

–¡Imposible! He visto cómo lo detenían en mi presencia, ante mis propios ojos...

–Es cierto. Pero sin duda tiene poderosos protectores; y su caída en desgracia ha terminado en favor.

–¡Y vos que lo creíais muerto, mi pobre Claire! –dijo riendo Madame la princesa.

–¿Estáis bien seguro, señor? –preguntó Claire, estupefacta.

Según su costumbre, Lenet llevó su mano al famoso bolsillo y sacó un papel.

–Aquí tenéis la carta de Richon –dijo–, dándome todos los detalles de la instalación del nuevo gobernador, y en la que me expresa su dolor por que Vuestra

Alteza no lo haya colocado a él en la isla Saint-Georges.

–¡Madame la princesa colocar al señor Richon en la isla Saint-Georges! –dijo Mme. de Tourville con una risa triunfante–. ¿Acaso disponemos de nombramientos de gobernadores a los puestos de Su Majestad?

–Disponíamos de uno –respondió Lenet–, era suficiente.

–¿Y cuál era?

Madame de Tourville se estremeció al ver a Lenet llevarse la mano al bolsillo.

–¡El documento firmado en blanco por el señor duque d'Épernon! –exclamó la princesa–. Es verdad, lo había olvidado.

–¡Bah!, ¿eso qué es? –dijo en tono despectivo Mme. de Tourville–. Papel mojado, y nada más.

–Ese papel mojado, señora –dijo Lenet–, es el nombramiento que necesitamos para contrarrestar el que acaba de hacerse. Es el contrapeso a la isla Saint-Georges, es, en fin, nuestra salvación: alguna otra plaza a orillas del Dordoña, como la isla Saint-Georges está a orillas del Garona.

–¿Y estáis seguro –preguntó Claire, que no había escuchado nada de lo que se decía desde hacía cinco minutos, y que se había quedado en la noticia anunciada por Lenet y confirmada por Richon–, y estáis seguro, caballero, de que es el mismo señor de Canolles que fue detenido en Jaulnay quien ahora gobierna la isla Saint-Georges?

–Estoy seguro, señora.

–El señor de Mazarino –continuó ella– tiene una forma singular de llevar sus gobernadores a sus gobernaciones.

–Sí –dijo la princesa–, y seguro que hay algún misterio.

–Desde luego –dijo Lenet–; está Mlle. Nanon de Lartigues.

–¡Nanon de Lartigues! –exclamó la vizcondesa de Cambes, a quien un recuerdo espantoso acababa de morderle el corazón.

–¡Esa mujer! –dijo la princesa en tono despectivo.

–Sí, señora –respondió Lenet–. Esa joven a la que Vuestra Alteza se negó a ver cuando solicitaba el honor de seros presentada, y que la reina, menos severa que vos con las leyes de la etiqueta, había recibido; lo que hizo que respondiese a vuestro chambelán que Madame la princesa de Condé quizá fuera mayor gran dama que Ana de Austria, pero que a buen seguro Ana de Austria tenía más prudencia que la princesa de Condé.

–Os falla la memoria, Lenet, o queréis mirar por mí –exclamó la princesa–. La insolente no se contentó con decir «más prudencia», también dijo «más inteligencia».

–Es posible –dijo Lenet con una sonrisa–. En ese momento yo pasaba a la antecámara y no oí el final de la frase.

–Pero yo, que escuchaba en la puerta –dijo Madame la princesa–, sí la oí entera.

–¡Bien!, como comprendéis, señora –dijo Lenet–, es una mujer que os hará la guerra más encarnizada. La reina os hubiera enviado soldados contra los que luchar; Nanon os enviará enemigos que habrá que abatir.

–De haber estado en el lugar de Su Alteza –dijo en tono agrio Mme. de Tourville a

Lenet-, ¿la hubierais recibido vos con una reverencia?

-No, señora -dijo Lenet-, la habría recibido con una sonrisa y la habría comprado.

-Bueno, si sólo se trata de comprarla, siempre estamos a tiempo.

-Seguro, siempre estamos a tiempo; sólo que, en este momento, probablemente será demasiado cara para nuestra bolsa.

-¿Cuánto vale? -preguntó la princesa.

-Quinientas mil libras antes de la guerra.

-¿Y hoy?

-Un millón.

-¡Por ese precio compro al señor de Mazarino!

-Es posible -dijo Lenet-. Las cosas que ya han sido vendidas y revendidas bajan de precio.

-Pero -dijo Mme. de Tourville, siempre partidaria de los métodos violentos-, ¡si no se la puede comprar hay que colgarla!

-Haríais, señora, un verdadero favor a Su Alteza alcanzando ese objetivo. Pero será difícil lograrlo, porque no sabemos en absoluto dónde está. Dejemos ese asunto, entremos primero en Burdeos y luego entraremos en la isla Saint-Georges.

-¡No, no! -exclamó Claire-, no, ¡entremos antes en la isla Saint-Georges!

Esta exclamación, que había salido del fondo del corazón de la vizcondesa, hizo que las dos mujeres se volvieran hacia ella, mientras Lenet miraba a Claire con tanta atención como hubiera podido hacerlo el señor de La Rochefoucauld, pero con más benevolencia.

-Estás loca -dijo la princesa-, ya has visto que Lenet dice que la plaza es inasequible.

-Es posible -dijo Claire-, pero estoy convencida de que la tomaremos.

-¿Tenéis acaso un plan? -dijo Mme. de Tourville con el gesto de una mujer que teme ver alzarse altar contra altar.

-Quizá -dijo Claire.

-Pero -dijo la princesa riendo-, si la isla Saint-Georges es tan cara de comprar como dice Lenet, quizá no seamos bastante ricos.

-No la compraremos -dijo Claire-, y sin embargo la tendremos.

-Nada de fuerza entonces -dijo Mme. de Tourville-. Mi querida amiga, entráis en mi plan.

-Eso es -dijo la princesa-. Enviaremos a Richon a sitiar Saint-Georges; es de la región, conoce las localidades, y si hay un hombre que pueda apoderarse de esa fortaleza que tan importante os parece, es él.

-Antes de emplear ese medio -dijo Claire-, dejadme intentar la aventura, señora. Y si fracaso, lo haréis a vuestro modo.

-¡Cómo! -dijo la princesa, sorprendida-, ¿irás a la isla Saint-Georges?

-Iré.

-¿Sola?

-Acompañada por Pompée.

-¿Y no temes nada?

–Iré como parlamentaria, si Vuestra Alteza tiene a bien encargarme de sus instrucciones.

–¡Ah, eso sí que es nuevo! –exclamó Mme. de Tourville–. Me parece que los diplomáticos no se improvisan así como así, y hay que estudiar durante mucho tiempo esa ciencia que el señor de Tourville, uno de los mejores diplomáticos de su época, lo mismo que uno de los mayores guerreros, pretendía que era la más difícil de todas.

–Por mucho que me falte, señora –respondió Claire–, lo intentaré si Madame la princesa tiene a bien permitirlo.

–Claro que Madame la princesa os lo permitirá –dijo Lenet lanzando una mirada a Mme. de Condé–, y estoy convencido incluso de que, si hay una persona que puede triunfar en una negociación como ésta, sois vos...

–¿Y qué hará la señora que cualquier otro no pueda hacer?

–Negociará simplemente con el señor de Canolles, cosa que un hombre no intentaría sin hacer que lo tirasen por las ventanas.

–Un hombre, de acuerdo –replicó Mme. de Tourville–, pero una mujer...

–Si es una mujer la que va a la isla Saint-Georges –dijo Lenet–, da igual, y mejor que sea Mme. de Cambes que cualquiera otra, puesto que la idea se le ocurrió a ella.

En este momento entró un mensajero para Madame la princesa. Era portador de una carta del Parlamento de Burdeos.

–¡Ah! –exclamó la princesa–, la respuesta a mi demanda sin duda.

Las dos mujeres se acercaron movidas por un sentimiento de curiosidad e interés. En cuanto a Lenet, permaneció en su sitio con su flema habitual, conociendo sin duda de antemano el contenido de la carta. La princesa leyó con avidez.

–¡Me reclaman, me llaman, me esperan! –exclamó.

–¡Ah! –dijo Mme. de Tourville en tono triunfal.

–¿Pero los duques, señora? –dijo Lenet–. ¿Y el ejército?

–De eso no me hablan.

–Entonces no tenemos nada –dijo Mme. de Tourville.

–No –dijo la duquesa–, porque gracias al documento en blanco del duque d'Épernon, tendré Vayres, desde donde se controla el Dordoña.

–Y yo –dijo Claire–, tendré Saint-Georges, que es la llave del Garona.

–Y yo –dijo Lenet–, tendré los duques y el ejército, siempre que me deis tiempo.

La vizcondesa de Cambes

I

Dos días más tarde llegaron a la vista de Burdeos; se trataba de decidir definitivamente cómo entrar en la ciudad. Los duques y su ejército sólo estaban a unas diez leguas de distancia, y por lo tanto podían entrar pacíficamente o por la fuerza. Lo importante era saber qué convenía más, mandar en Burdeos u obedecer al Parlamento. Madame la princesa reunió su consejo, formado por Mme. de Tourville, por Claire, por sus damas de honor y por Lenet. Madame de Tourville, que conocía a su antagonista, había insistido mucho para que no asistiese al consejo, dado que la guerra era una guerra de mujeres, en la que sólo se utilizaba a los hombres para combatir. Pero Madame la princesa declaró que Lenet le había sido impuesto por su marido el príncipe, y no podía excluirlo de la cámara de deliberaciones, en la que por otra parte su presencia no tendría ninguna importancia dado que estaba convenido de antemano que podría hablar cuanto quisiese, pero que no se le escucharía.

La de Mme. de Tourville no era una precaución inútil: había empleado los dos días de marcha que acababan de transcurrir en orientar la cabeza de Madame la princesa hacia ideas belicosas, a las que ésta ya se hallaba demasiado inclinada, y temía que Lenet viniera a destruir una vez más todo el andamiaje de su trabajo tan laboriosamente levantado.

En efecto, reunido el consejo, Mme. de Tourville expuso su plan: consistía en hacer llegar en secreto a los duques y a su ejército; conseguir, por las buenas o por la fuerza, cierto número de barcos y, río abajo, entrar en Burdeos a los gritos de: «¡A nosotros, bordeleses! ¡Viva Condé! ¡Abajo Mazarino!».

De este modo, la entrada de Madame la princesa se convertía en una verdadera entrada triunfal; y Mme. de Tourville, por un atajo, volvía a su famoso proyecto de apoderarse por la fuerza de Burdeos y amedrentar a la reina con un ejército cuyo primer intento sería un golpe de mano tan brillante.

Lenet aprobó todo con la cabeza, interrumpiendo a Mme. de Tourville con exclamaciones admirativas; luego, cuando ésta hubo acabado de exponer su plan, dijo:

–¡Es magnífico, señora! Ahora si tenéis a bien resumir...

–Es fácil, y lo haré en pocas palabras –dijo la buena dama triunfante y animándose así a dar su propio relato–. En medio de la lluvia de balas, bajo el sonido de las campanas, de los gritos de furia o de amor de las poblaciones, se verá a unas débiles mujeres proseguir intrépidamente su generosa misión; se verá a un niño en brazos de su madre suplicar al Parlamento para conseguir su protección. Este conmovedor espectáculo no dejará de enternecer a las almas más feroces. Así venceremos: a medias por la fuerza, a medias por la justicia de nuestra causa, que es, según creo, Madame, el objetivo de Su Alteza.

El resumen causó más efecto aún que el discurso anterior: Madame la princesa aplaudió. Claire, a quien el deseo de ser nombrada parlamentaria en la isla Saint-Georges excitaba cada vez más, aplaudió. El capitán de los guardias, deseoso de encontrar una oportunidad para grandes estocadas, aplaudió; finalmente, Lenet hizo más que aplaudir: fue a coger la mano de Mme. de Tourville y oprimiéndola con tanto respeto como sensibilidad, exclamó:

–Señora, si no hubiera sabido cuán grande es vuestra prudencia, lo profundamente que conocéis, por instinto o por estudio, eso no lo sé e importa poco, la gran cuestión civil y militar que nos ocupa, en esta hora habría quedado convencido y me prosternaría ante la más útil consejera que Su Alteza pueda nunca encontrar...

–¿Verdad que sí, Lenet? –dijo la princesa–, ¿verdad que está muy bien? También era ésa mi opinión. Deprisa, vamos, Vialart, que pongan al señor duque d’Enghien la espadita que encargué hacerle, así como su casco y su armadura.

–¡Sí!, hacedlo, Vialart. Pero antes una palabra más, por favor, señora –dijo Lenet, mientras Mme. de Tourville, que al principio se había pavoneado de orgullo, comenzaba a ensombrecerse, visto el perfecto conocimiento que tenía de las sutilezas de Lenet para con ella.

–Veamos –dijo la princesa–, ¿qué más?

–Nada, señora, por supuesto; pues nunca se presentó un asunto más en armonía con el carácter de una princesa como vos, y una opinión así sólo podía venir de vuestra casa.

Estas palabras produjeron un nuevo pavoneo de Mme. de Tourville y devolvieron la sonrisa a los labios de Madame la princesa, que empezaba a fruncir el ceño.

–Pero, señora –continuó Lenet, cuya mirada seguía el efecto de ese terrible *pero* en el rostro de su declarada enemiga–, aun adoptando, no diré siquiera que sin repugnancia, sino con entusiasmo, ese plan, el único adecuado, yo propondría una ligera modificación.

Madame de Tourville dio media vuelta sobre sí misma, rígida, seca y presta a la defensa. El ceño de Madame la princesa se frunció.

Lenet se inclinó e hizo un gesto con la mano indicando que pedía permiso para continuar.

–El sonido de las campanas y los gritos de amor de la población –dijo– me colman por anticipado de una alegría que no puedo expresar. Pero no estoy tan seguro de que quiera tener la lluvia de balas de que habla la señora.

Madame de Tourville se irguió adoptando un aire marcial. Lenet se inclinó todavía más, y continuó bajando medio tono la voz.

–Desde luego será hermoso ver a una mujer y a su hijo tranquilos en medio de esa tempestad, que por lo general espanta incluso a los mismos hombres. Pero temería que una de esas balas, hiriendo ciegamente, según la costumbre de las cosas brutales y sin inteligencia, diera la razón contra nosotros al señor de Mazarino, y echase a perder nuestro plan, por otra parte tan magnífico. Comparto también la opinión, como ha dicho con tanta elocuencia Mme. de Tourville, que se

vea al joven príncipe y a su augusta madre abrirse camino hasta el Parlamento, pero por la súplica y no por las armas. Pienso, por último, que será más hermoso enternecer así a las almas más feroces que vencer de otra forma a los corazones más fuertes. Pienso, por último, que uno de estos dos medios ofrece infinitamente más oportunidades que el otro, y que el objetivo de Madame la princesa es, ante todo, entrar en Burdeos. Y digo que no hay nada menos seguro que esa entrada si libramos batalla.

–Vais a ver –dijo en tono agrio Mme. de Tourville– cómo el señor, según su costumbre, va a demoler mi plan piedra a piedra y a proponer muy suavemente su plan para sustituir al mío.

–¡Yo! –exclamó Lenet, mientras la princesa tranquilizaba a Mme. de Tourville con una sonrisa y una mirada–, yo, el más celoso de vuestros admiradores... ¡no, y mil veces no! Pero sé que, procedente de Blaye, ha entrado en la ciudad un oficial de Su Majestad llamado señor d'Alvimar¹³⁴, cuya misión consiste en sublevar a los parlamentarios y al pueblo contra Su Alteza. Y digo que si el señor de Mazarino puede concluir la guerra de un solo golpe, lo hará; por eso temo esa lluvia de balas de que hablaba hace un momento Mme. de Tourville; entre ellas quizá haya todavía más balas inteligentes que balas brutales y sin razón.

Esta última alocución de Lenet pareció hacer meditar a la princesa.

–Vos, señor Lenet, siempre lo sabéis todo –respondió con una voz trémula de cólera Mme. de Tourville.

–Una buena acción en caliente hubiera sido sin embargo bella –dijo levantándose y golpeando con el pie como hubiera hecho en una sala de armas el capitán de los guardias, viejo soldado que confiaba en la idea de la fuerza, y que se hubiera crecido mucho llegado el momento de la acción.

Lenet le pisó el pie mientras lo miraba con la más amable sonrisa.

–Sí, capitán –dijo–. Pero también pensáis, ¿verdad?, que nuestra causa necesita al señor duque d'Enghien, y que, muerto o apresado él, queda apresado o muerto el verdadero generalísimo del ejército de los príncipes.

El capitán de los guardias, que sabía que este pomposo título de generalísimo dado en apariencia a un príncipe de siete años lo convertía a él, en realidad, en primer brigadier del ejército, comprendió la estupidez que acababa de cometer y, renunciando a su propuesta, apoyó cálidamente la opinión de Lenet.

Durante este tiempo, Mme. de Tourville se había acercado a la princesa y le había hablado en voz baja. Lenet vio que iba a tener que sostener de nuevo otro combate. En efecto, volviéndose hacia él, Su Alteza dijo con humor:

–No es menos extraño que se deshaga con tanto encarnizamiento lo que tan bien se había hecho.

–Su Alteza está en un error –dijo Lenet–. Nunca he puesto encarnizamiento en los consejos que he tenido el honor de daros, y si deshago es para rehacer. Si, a pesar de las razones que he tenido el honor de someteros, Vuestra Alteza sigue queriendo hacerse matar junto con su hijo, sois muy dueña de hacerlo, y nosotros nos haremos matar a vuestro lado: ésta es una acción fácil de llevar a la práctica, y el primer criado de vuestro séquito o el último plebeyo hará lo mismo. Pero si

queremos triunfar a pesar de Mazarino, de la reina, de los parlamentos, de Mlle. Nanon de Lartigues, en fin, a pesar de todas las malas oportunidades inseparables de la debilidad a que estamos reducidos, lo que creo que nos queda por hacer...

–Señor –exclamó impetuosamente Mme. de Tourville cogiendo al vuelo la última frase de Lenet–, señor, no hay debilidad donde está el nombre de Condé de un lado, y dos mil soldados de Rocroi, de Nördlingen y de Lens del otro; si, a pesar de esto, hay debilidad, estamos perdidas de todos modos, y no será vuestro plan, por magnífico que sea, el que nos salve.

–He leído, señora –respondió con calma Lenet, saboreando de antemano el efecto que iba a producir en la princesa, atenta a pesar suyo–, he leído que la viuda de uno de los más ilustres romanos de tiempos de Tiberio¹³⁵, la generosa Agripina¹³⁶, a quien la persecución acababa de privar de su marido Germánico, princesa que podía levantar si quería un ejército que vibraba con el recuerdo del general muerto, prefirió entrar en Brindisi sola, atravesar la Apulia y la Campania, vestida de luto y llevando a un hijo de cada mano, y caminar así, pálida, con los ojos rojos de lágrimas, la cabeza baja, mientras los niños sollozaban e imploraban con la mirada... cuando todos los asistentes, y había más de dos millones de Brindisi a Roma, rompieron a llorar, cubrieron de imprecaciones, estallaron en amenazas, hasta el punto de que la causa de esa mujer se ganó no sólo ante Roma, sino ante toda Italia: no sólo ante sus contemporáneos sino ante la posteridad; pues no encontró una sola resistencia a sus lágrimas y gemidos, cuando de otro modo hubiera visto oponerse a las lanzas las picas, y las espadas a las espadas. Creo que hay un gran parecido entre Su Alteza y Agripina, entre Monsieur el príncipe y Germánico; por último, entre Pisón¹³⁷, ministro perseguidor y envenenador, y el señor de Mazarino. Ahora bien, dado que el parecido es idéntico y la situación parecida, pido que la conducta sea la misma; porque, en mi opinión, es imposible que lo que tan buenos resultados dio en una época no triunfe en otra...

Una sonrisa de aprobación distendió los rasgos de la princesa y aseguró a Lenet el triunfo de su arenga. Madame de Tourville fue a refugiarse en el rincón de la sala, velándose como una estatua antigua. Madame de Cambes, que había encontrado un amigo en Lenet, le devolvió el apoyo que éste le había prestado con un gesto de cabeza; el capitán lloraba como un tribuno militar, y el pequeño duque d'Enghien exclamó:

–Mamá, ¿me llevaréis de la mano y me vestiréis de luto?

–Sí, hijo mío –respondió la princesa–. Lenet, vos sabéis que siempre he tenido la intención de presentarme ante los bordeleses vestida de negro...

–Sobre todo –dijo Mme. de Cambes–, porque el negro le sienta de maravilla a Vuestra Alteza.

–¡Chist!, querida –dijo la princesa–, Mme. de Tourville lo gritará en voz alta aunque vos lo dijeseis en voz baja.

Así pues, el programa de la entrada en Burdeos se decidió de acuerdo con la propuesta de Lenet. Las damas de la escolta recibieron la orden de prepararse. El joven príncipe fue vestido con un traje de lona blanca recargada con pasamanería

de negro y plata, y un sombrero cubierto de plumas blancas y negras.

En cuanto a la princesa, afectando la mayor sencillez a fin de parecerse a Agripina, a la que había decidido seguir en todo, se vistió de negro sin ninguna pedrería.

Lenet, organizador de la fiesta, se multiplicaba para que fuera espléndida. La casa que habitaba en un pequeño pueblo situado a dos leguas de Burdeos estaba siempre llena de partidarios de Madame la princesa que, antes de hacerla entrar en Burdeos, querían saber qué forma de entrada le gustaría más. Lenet, como un moderno director de teatro, les aconsejó flores, aclamaciones y campanas; luego, queriendo rendir homenaje a la belicosa Mme. de Tourville, propuso algunas salvas de cañón.

Al día siguiente, 31 de mayo, y tras la invitación del Parlamento, la princesa se puso en marcha. Un tal Lavie¹³⁸, abogado general del Parlamento y partidario frenético del señor de Mazarino, había mandado cerrar las puertas la antevíspera para impedir que la princesa fuera recibida si se presentaba; pero, por otro lado, los partidarios de los Condé habían actuado, y esa misma mañana, el pueblo, excitado por ellos, se había reunido a los gritos de: *¡Viva Madame la princesa! ¡Viva el señor duque d'Enghien!*, y había roto las puertas a hachazos, de suerte que, en última instancia, ya no se oponía nada a esa famosa entrada que de esta forma adquiriría todo el carácter de un triunfo. Además, los observadores podían encontrar en estos dos sucesos la inspiración de los jefes de los dos partidos que dividían la ciudad, pues Lavie recibía directamente los consejos del duque d'Épernon, y el pueblo tenía sus instigadores aconsejados por Lenet.

Nada más traspasar la puerta la princesa, la escena preparada desde hacía mucho tiempo se produjo en proporciones gigantescas. Los navíos que se hallaban en el puerto hicieron el saludo militar y los cañones de la ciudad respondieron. Las flores caían de las ventanas, o cruzaban las calles en forma de guirnalda, hasta el punto de que cubrían el pavimento y perfumaban el aire; treinta mil adictos de toda edad y todo sexo lanzaban aclamaciones y sentían crecer su entusiasmo al ver el interés que inspiraban Madame la princesa y su hijo, y el odio que sentían hacia Mazarino...

Por lo demás, el pequeño duque d'Enghien fue el actor más hábil de toda esa escena. Madame la princesa había renunciado a llevarlo de la mano por miedo a cansarlo, o a que fuera sepultado bajo las rosas; era llevado, pues, por su gentilhombre, de modo que, con las manos libres, enviaba besos a derecha e izquierda, y se quitaba graciosamente su sombrero de plumas.

El pueblo bordelés se embriaga fácilmente, las mujeres llegaron a una adoración frenética por aquel hermoso niño que lloraba con tanto encanto, y los viejos magistrados se emocionaron con las palabras del pequeño orador que decía: «Señores, servidme de padre, puesto que el señor cardenal me ha quitado al mío».

Los partidarios del ministro trataron en vano de mostrar alguna oposición; los puños, las piedras e incluso las alabardas les prescribieron prudencia, y tuvieron que resignarse a dejar el campo libre a los triunfadores.

Mientras tanto, Mme. de Cambes, pálida y grave, caminando detrás de la

princesa, atraía su parte de miradas. No pensaba en tanta gloria sin afligirse interiormente porque el éxito de hoy tal vez haría olvidar la resolución de la víspera. Seguía, pues, aquel camino, golpeada por los adoradores, pisada por el pueblo, inundada de flores y caricias respetuosas; y se estremecía viéndose llevada en triunfo cuando algunos gritos empezaron a amenazar a Madame la princesa, al duque d'Enghien y su séquito; y cuando Lenet, que vio el aprieto en que se hallaba, le tendía la mano para ayudarla a alcanzar una carroza, le dijo, respondiendo a su propio pensamiento:

–¡Ah!, vos sí que sois feliz, señor Lenet, hacéis prevalecer vuestra opinión en todos los asuntos, y son vuestras opiniones las que se siguen. Y es cierto –añadió–, son buenas y parecen que...

–Creo, señora –respondió Lenet–, que no tenéis motivos de queja, y que la única que habéis emitido ha sido adoptada.

–¿Cómo es eso?

–¿No se ha acordado que trataríais de conseguírnos la isla Saint-Georges?

–Sí, pero ¿cuándo se me permitirá ponerme en campaña?

–Mañana mismo, si me prometéis fracasar.

–Estad tranquilo: tengo demasiado miedo de que vuestras intenciones se cumplan.

–Tanto mejor.

–No os comprendo bien.

–Necesitamos la resistencia de la isla Saint-Georges para conseguir que los bordeleses reclamen la presencia de nuestros dos duques y su ejército, que, debo decirlo, aunque mi opinión en este punto se acerque a la de Mme. de Tourville, me parecen eminentemente necesarios en las circunstancias en que estamos.

–Sin duda –respondió Claire–, pero aunque en asuntos de guerra yo no tenga los conocimientos de Mme. de Tourville, me parece que no se ataca una plaza sin antes lanzarle un ultimátum.

–Lo que decís es totalmente justo.

–¿Se mandará entonces un parlamentario a la isla Saint-Georges?

–Por supuesto.

–Bien, entonces pido ser ese parlamentario.

Los ojos de Lenet se dilataron de sorpresa.

–¿Vos? –dijo–, ¿vos? Pero ¿es que todas nuestras damas se han vuelto Amazonas?

–Permitidme este capricho, mi querido señor Lenet.

–Tenéis razón. De hecho, lo peor que puede ocurrirnos es que toméis Saint-Georges.

–¿De acuerdo entonces?

–Sí.

–Pero prometedme una cosa.

–¿Cuál?

–Que nadie sabrá el nombre ni la calidad del parlamentario que hayáis enviado salvo en el caso de que ese parlamentario haya triunfado.

–De acuerdo –dijo Lenet tendiendo la mano a Mme. de Cambes.

–¿Y cuándo saldré?

–Cuando queráis.

–Mañana.

–De acuerdo, mañana.

–Bien. Ahora Madame la princesa va a subir, con su señor hijo, a la terraza del señor presidente de Lalanne. Dejo mi parte de triunfo a Mme. de Tourville. Me excusaré ante Su Alteza so pretexto de indisposición. Hacedme guiar al aposento que han dispuesto para mí; voy a hacer mis preparativos y a pensar en mi misión, que no deja de inquietarme, dado que es la primera de este género que realizo y que en este mundo todo, según dicen, depende del principio.

–¡Diablos! –dijo Lenet–, ya no me asombra que el señor de La Rochefoucauld haya estado a punto de ser infiel con vos a Mme. de Longueville: podéis compararos con ella en algunas cosas y la aventajáis en muchas otras.

–Es posible –dijo Claire–, y no rechazo del todo el cumplido; pero si tenéis algún poder sobre el señor de La Rochefoucauld, mi querido señor Lenet, ¡confirmadle en su primer amor, porque el segundo me da miedo!

–Bien, lo intentaremos –dijo Lenet sonriendo–; esta noche os daré vuestras instrucciones.

–¡Consentís por tanto en que tome para vos Saint-Georges!

–Es necesario, ya que lo deseáis.

–¿Y los dos duques y el ejército?

–Tengo en el bolsillo otro medio para hacer que vengan.

Y Lenet, tras haber dado las señas del alojamiento de Mme. de Cambes al cochero, se despidió de ella con una sonrisa y fue a reunirse con la princesa.

II

Al día siguiente de la entrada de Madame la princesa en Burdeos, había comida de gala en la isla Saint-Georges, porque Canolles había invitado a su mesa a los principales oficiales de la guarnición y a los demás gobernadores de plaza de la provincia.

Así pues, a las dos de la tarde, hora fijada para el inicio de la comida, Canolles se encontraba rodeado por una docena de gentilhombres a los que veía en su mayor parte por primera vez, y que, contando el gran éxito de la víspera, alegrándose por las damas que acompañaban a Madame la princesa, apenas parecían gentes que van a entrar en campaña y a las que están confiados los más serios intereses del reino.

Canolles, radiante, magnífico en su uniforme dorado, animaba esa alegría con su ejemplo. Iban a servir la mesa.

–Caballeros –dijo–, os presento todas mis excusas, pero todavía falta un comensal.

–¿Quién? –preguntaron los jóvenes mirándose.

–El gobernador de Vayres, a quien he escrito, aunque no le conozco, y que, precisamente porque no le conozco, tiene derecho a ciertas consideraciones. Os ruego que me concedáis un aplazamiento de media hora.

–¡El gobernador de Vayres! –dijo un viejo oficial, sin duda acostumbrado a la regularidad militar, al que ese retraso hizo lanzar un suspiro–. ¡El gobernador de Vayres! Entonces esperad; si no me equivoco es el marqués de Bernay, pero él no administra, tiene un lugarteniente.

–Entonces –dijo Canolles–, no vendrá, o vendrá en su lugar su lugarteniente. En cuanto a él, seguro que está en la corte, morada de todos los favores.

–Pero, barón –dijo uno de los asistentes–, me parece que no es preciso estar en la corte para medrar, y conozco a cierto comandante que no tiene motivos de queja. ¡Diablos!, en tres meses ¡capitán, teniente coronel, gobernador de la isla Saint-Georges! Bonito camino, confesadlo.

–Claro que lo confieso –dijo Canolles poniéndose colorado–, y como no sé a qué atribuir semejantes favores, he de admitir en verdad que hay algún genio bueno en mi casa para que prospere así.

–Nosotros conocemos al genio bueno del señor gobernador –dijo inclinándose el lugarteniente.

–No niego el mérito, todo lo contrario –respondió otro oficial–, y yo soy el primero en reconocerlo. Pero a ese mérito debo añadir la recomendación de cierta dama, la más inteligente, la más beneficiosa, la más amable de Francia después de la reina, por supuesto.

–Basta de equívocos, conde –dijo Canolles sonriendo al nuevo interlocutor–, si

conocéis algún secreto, guardáoslo para vos.

–Confieso –dijo un oficial– que cuando he oído hablar de retraso, he creído que iban a pedirnos perdón en favor de alguien que estuviera terminando de arreglarse y ponerse algún vestido resplandeciente. Ahora veo que me equivocaba.

–¿Cenaremos, pues, sin mujeres? –preguntó otro.

–¡Maldita sea!, a menos que invite a Madame la princesa y a su séquito –dijo Canolles–, no sé muy bien a quién podríamos tener. Además, caballeros, no olvidemos que nuestra comida es una comida seria; si queremos hablar de asuntos graves, a menos que sólo nos importunemos nosotros.

–Bien dicho, comandante, aunque en verdad, si no les prestásemos atención, las mujeres harían en este momento una verdadera cruzada contra nuestra autoridad: testigo de lo que decía delante de mí el señor cardenal a don Luis de Haro¹³⁹.

–¿Y qué decía? –preguntó Canolles.

–«¡Los españoles sí que sois felices! Las mujeres españolas sólo se ocupan de dinero, de coquetería y de galanes, mientras que en Francia, en este momento, las mujeres no toman ya un amante sin antes haberlo examinado sobre la cuestión política, hasta el punto –añadía con aire desesperado– que hoy día las citas de amor transcurren hablando seriamente de asuntos de gobierno.»

–Por eso –dijo Canolles–, la guerra que hacemos se llama la Guerra de las Mujeres; lo cual no deja de ser halagüeño para nosotros.

En este momento, como la media hora de tregua pedida por Canolles había transcurrido, se abrió la puerta y un lacayo anunció al señor gobernador que la mesa estaba servida.

Canolles invitó a sus comensales a seguirle; pero cuando se ponían en marcha resonó otro anuncio en la antecámara:

–¡El señor gobernador de Vayres!

–¡Ah, ah! –dijo Canolles–, es muy amable de su parte.

Y dio un paso para salir al encuentro del desconocido colega. Pero de repente, retrocediendo sorprendido, exclamó:

–¡Richon! ¡Richon, gobernador de Vayres!

–Yo mismo, mi querido barón –respondió Richon conservando, a pesar de su afabilidad, el aire grave habitual en él.

–¡Ah!, mejor entonces, ¡mil veces mejor! –dijo Canolles estrechándole cordialmente la mano–. Caballeros –añadió–, no conocéis al señor, pero yo sí, y digo en voz alta que no podía confiarse un puesto de tal importancia a hombre más honrado.

Richon paseó a su alrededor una fiera mirada semejante a la de un águila que escucha y, al no ver en todas las miradas más que una ligera sorpresa templada por mucha benevolencia, dijo:

–Mi querido barón, ahora que habéis respondido tan bien de mí, presentadme por favor a los caballeros aquí presentes que no tengo el honor de conocer.

Y Richon señaló con los ojos a tres o cuatro gentilhombres para quienes efectivamente era un perfecto desconocido.

Tuvo lugar entonces ese intercambio de altas cortesías que daban un carácter

tan noble y tan amistoso a un tiempo a todas las relaciones de esa época. Al cabo de un cuarto de hora Richon era amigo de todos aquellos jóvenes oficiales y podía pedir a cada uno de ellos su espada o su bolsa. Su garantía era su valor de sobra conocido, y su reputación sin tacha y su nobleza estaban escritas en sus ojos.

–¡Qué diablos!, caballeros –dijo el comandante de Branne–, hemos de confesar que, aunque hombre de Iglesia, el señor de Mazarino entiende de hombres de guerra y hace bien las cosas desde hace algún tiempo. Huele la guerra y elige a sus gobernadores: Canolles aquí, Richon en Vayres.

–¿Habrá guerra acaso? –preguntó Richon en tono indiferente.

–¿Que si habrá guerra? –respondió un joven que llegaba directamente de la corte–. ¿Preguntáis si habrá guerra, señor Richon?

–Sí.

–Pues yo os preguntaré en qué estado se encuentran vuestros bastiones.

–Casi nuevos, caballero. Porque en los tres días que he estado en la plaza, he mandado hacer más reparaciones de las que se habían hecho en los tres últimos años.

–¡Bien!, no tardarán en estrenarse –respondió el joven.

–Mejor –dijo Richon–. ¿Qué pueden desear unos hombres de guerra? La guerra.

–¡Bueno! –dijo Canolles–, ahora el rey puede dormir tranquilo, porque tiene embridados a los bordeleses de las dos orillas.

–Lo cierto es que quien me ha puesto ahí, puede contar conmigo –dijo Richon.

–¿Y desde cuándo decís, caballero, que estáis en Vayres?

–Desde hace tres días. Y vos, Canolles, ¿desde hace cuánto tiempo estáis en Saint-Georges?

–Desde hace ocho. ¿No os hicieron un recibimiento como el mío, Richon? Mi entrada fue espléndida, y aún no se la he agradecido lo suficiente a estos caballeros. Tuve campanas, tambores, vítores; sólo faltaba el cañón; pero nos lo prometen para dentro de unos días, y eso me consuela.

–¡Bien! –dijo Richon–, ésa es la diferencia que ha habido entre nosotros dos: mi entrada, mi querido Canolles, ha sido tan modesta como la vuestra magnífica. Tenía orden de introducir en la plaza a cien hombres, cien hombres del regimiento de Turenne, y no sabía cómo iba a conseguirlo cuando me llegó el despacho a Saint-Pierre¹⁴⁰, donde me encontraba, firmado por el señor d'Épernon. Partí al punto, entregué mi carta al lugarteniente y, sin tambor ni trompeta, tomé posesión de la plaza. Y ahora estoy en ella.

Canolles, que al principio reía, sintió, por el acento con que se habían pronunciado estas últimas palabras, que su corazón se encogía bajo el abrazo de un presentimiento siniestro.

–¿Y os encontráis a gusto? –preguntó a Richon.

–Me las arreglo –dijo Richon tranquilamente.

–¿Y cuántos hombres tenéis? –preguntó Canolles.

–En primer lugar, los cien hombres del regimiento de Turenne, viejos soldados de Rocroi, con los que se puede contar; y además, una compañía que estoy formando en la ciudad y que instruyo a medida que vienen a alistarse burgueses,

jóvenes, obreros, en total unos doscientos hombres. Por último, espero un último refuerzo de cien o ciento cincuenta hombres reclutados por un capitán de la región.

–¿El capitán Ramblay? –preguntó uno de los comensales.

–No, el capitán Cauvignac –respondió Richon.

–No lo conozco –dijeron varios.

–Yo sí lo conozco –dijo Canolles.

–¿Es un realista probado?

–No podría asegurarlo. Sin embargo tengo motivos para pensar que el capitán Cauvignac es una criatura del señor d'Épernon y que es muy fiel al duque.

–Entonces la pregunta está contestada; quien es fiel al duque lo es a Su Majestad.

–Es un correo de la vanguardia del rey –dijo el viejo oficial que recuperaba en la mesa el tiempo perdido en la espera–. He oído hablar de él en ese sentido.

–¿Acaso está Su Majestad en camino? –preguntó Richon con su habitual tranquilidad.

–A esta hora –respondió el joven que acababa de llegar de la corte– el rey debe estar por lo menos en Blois.

–¿Estáis seguro?

–Totalmente. El ejército será mandado por el mariscal de La Meilleraye, que debe unirse al ejército del señor duque d'Épernon en estos alrededores.

–¿Tal vez en Saint-Georges? –preguntó Canolles.

–O más bien en Vayres –dijo Richon–. El señor de La Meilleraye llega de Bretaña, y Vayres le coge en el camino.

–Mucho peligrarán los bastiones de quien soporte el choque de los dos ejércitos –dijo el gobernador de Branne–. El señor de La Meilleraye tiene treinta cañones y el señor d'Épernon veinticinco.

–Será un hermoso fuego –dijo Canolles–; por desgracia nosotros no lo veremos.

–¡Ah! –dijo Richon–, a menos que alguno de nosotros se declare partidario de los príncipes.

–Sí, pero Canolles sigue estando seguro de ver algún fuego, el que sea. Si se pone de parte de los príncipes, verá el fuego del señor de La Meilleraye y del señor d'Épernon; si sigue fiel a Su Majestad, verá el fuego de los bordeleses.

–Por lo que se refiere a estos últimos –replicó Canolles–, no los creo muy terribles, y confieso que da cierta vergüenza tener que vérmelas sólo con ellos. Por desgracia, soy fiel en cuerpo y alma a Su Majestad, y tendré que contentarme con una guerra completamente burguesa.

–Estad tranquilo, os la harán –dijo Richon.

–¿Tenéis algunas sospechas sobre este punto? –preguntó Canolles.

–Tengo algo mejor –dijo Richon–, tengo certezas. El consejo de burgueses ha decidido conquistar la isla Saint-Georges por encima de todo.

–Bien –dijo Canolles–, que vengan, los espero.

Estaban en ese punto de la conversación, y acababan de empezar los postres cuando de improviso se oyó el redoble del tambor a las puertas de la fortaleza.

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó Canolles.

–¡Ah!, diablos –exclamó el oficial joven que había dado las noticias de la corte–,

sería curioso que os atacasen en este momento, mi querido Canolles. ¡Qué sobremesa tan deliciosa serían un asalto y una escalada!

–¡Que el diablo me lleve!, eso parece ser –dijo el viejo comandante–; estos miserables burgueses nunca hacen otra cosa que molestarnos a la hora de las comidas. Estaba yo en las avanzadillas de Charenton en los tiempos de la guerra de París¹⁴¹, y nunca podíamos almorzar ni cenar tranquilos.

Canolles llamó: entró el soldado de ordenanza de la antecámara.

–¿Qué ocurre? –preguntó Canolles.

–Todavía no lo sé, señor gobernador. Algún mensajero del rey o de la ciudad, sin duda.

–Informaos y traedme una respuesta –y el soldado salió a todo correr–. Volvamos a la mesa, caballeros –dijo Canolles a sus comensales que, en su mayoría, se habían levantado–. Ya habrá tiempo de dejar la mesa cuando oigamos el cañón.

Todos los comensales volvieron a sentarse riendo. Sólo Richon, por cuyo rostro había pasado una nube, permaneció inquieto y con los ojos fijos en la puerta, esperando la vuelta del soldado. Pero, en lugar del soldado, fue un oficial quien se presentó en la puerta, con la espada desenvainada, diciendo:

–Señor gobernador, un parlamentario.

–¿Un parlamentario? –dijo Canolles–. ¿Y de parte de quién?

–De parte de los príncipes...

–¿De dónde viene?

–De Burdeos.

–¡De Burdeos! –repitieron todos los comensales, salvo Richon.

–¡Ah!, entonces, si envían parlamentarios, la guerra ha sido declarada en serio.

Canolles reflexionó un momento, y durante ese momento su rostro, que dos minutos antes sonreía, asumió toda la gravedad que exigía la circunstancia.

–Caballeros –dijo–, el deber ante todo. Probablemente voy a tener con el enviado de los señores bordeleses un problema de difícil solución. No sé en qué momento podré volver a veros...

–¡No, no! –exclamaron a coro los comensales–. Mejor es que nos despidáis, comandante; lo que os ocurre supone para nosotros la advertencia de que volvamos a nuestros puestos respectivos... Es por tanto de primera importancia que nos separemos ahora mismo.

–No me correspondía a mí proponéroslo, caballeros –dijo Canolles–, pero dado que me lo ofrecéis me veo obligado a confesar que es lo más prudente, y acepto. Los caballos o los carruajes de estos señores –dijo Canolles.

Casi al instante, rápidos en sus movimientos como si ya estuviesen en el campo de batalla, los comensales habían saltado a sus sillas o habían montado en sus carrozas y, seguidos de sus piquetes de escolta, se habían alejado en las direcciones de sus respectivas residencias.

Richon se había quedado el último.

–Barón –le dijo a Canolles–, no he querido dejaros como los otros, dado que nos conocemos desde hace mucho más tiempo del que conocéis a los demás. Así pues,

ahora, adiós. Dadme la mano, ¡y buena suerte!

Canolles dio la mano a Richon.

–Richon –le dijo mirándolo fijamente–, os conozco; algo os ocurre; no me lo decís, porque es probable que no sea un secreto vuestro. Sin embargo estáis conmovido, y cuando un hombre de vuestro temple está conmovido, es por algo importante.

–¿No vamos a dejarnos? –dijo Richon.

–Íbamos a dejarnos también cuando nos despedimos el uno del otro en la posada de Biscarros, y sin embargo estabais tranquilo.

Richon sonrió con tristeza.

–Barón –dijo–, tengo el presentimiento de que no volveremos a vernos.

Canolles se estremeció, tan profunda era la melancolía de aquella voz, por lo general tan firme, del aventurado partidario.

–¡Bien! –dijo–, si no volvemos a vernos, Richon, será porque uno de nosotros dos ha muerto... de la muerte de los valientes. Y en tal caso, quien resulte herido estará seguro al menos, al morir, de sobrevivir en el corazón de su amigo. Démonos un abrazo, Richon. Me habéis deseado buena suerte; yo os deseo buen ánimo.

Los dos hombres se arrojaron uno en brazos del otro y durante un tiempo mantuvieron sus nobles corazones apoyados el uno contra el otro.

Cuando se separaron, Richon enjugó una lágrima, quizá la única que nunca haya oscurecido su orgullosa mirada; luego, como si hubiera temido que Canolles viese aquella lágrima, se precipitó fuera de la habitación, avergonzado sin duda de haber dado a un hombre cuyo valor conocía semejante muestra de debilidad.

III

El comedor se había quedado casi vacío; en él sólo estaban Canolles y el oficial que había anunciado al parlamentario y que permanecía de pie junto a la puerta.

–¿Qué ordena el señor gobernador? –dijo éste tras un instante de silencio.

Canolles, que al principio se había quedado sumido en sus pensamientos, se estremeció al oír aquella voz, alzó la cabeza y saliendo de su preocupación preguntó:

–¿Dónde está el parlamentario?

–En la sala de armas, señor.

–¿Quién lo acompaña?

–Dos guardias de la milicia burguesa de Burdeos.

–¿Quién es?

–Un joven... por lo que se puede juzgar, porque lleva un amplio sombrero y se envuelve en una gran capa.

–¿Y cómo se ha anunciado?

–Como portador de cartas de Madame la princesa y del Parlamento de Burdeos.

–Rogadle que espere un instante –dijo Canolles–. Enseguida estoy con él.

El oficial salió para cumplir su misión y Canolles se disponía a seguirlo cuando se abrió una puerta y apareció Nanon, muy pálida, trémula, pero con su afectuosa sonrisa; cogiendo la mano del joven, dijo:

–Un parlamentario, amigo mío. ¿Qué quiere decir esto?

–¡Quiere decir, querida Nanon, que los bordeleses pretenden asustarme o seducirme!

–¿Y qué habéis decidido?

–Que lo recibiría.

–¿No podéis dejar de hacerlo?

–Imposible. Hay usos a los que uno no puede sustraerse.

–¡Oh, Dios mío!

–¿Qué os pasa, Nanon?

–Tengo miedo...

–¿De qué?

–¿No me habéis dicho que ese parlamentario venía para asustaros o para seduciros?

–Sin duda; un parlamentario sólo sirve para una de esas dos cosas. ¿Tenéis vos miedo porque me asuste?

–¡Oh, no!, pero tal vez os seduzca...

–Me ofendéis, Nanon...

–¡Ay, amigo mío!, digo lo que temo.

–¿Dudáis de mí hasta ese punto?... ¿Por quién me tomáis entonces?

-Por lo que sois, Canolles, es decir, por un corazón generoso, pero tierno.
 -¡Ah!, es eso -dijo Canolles riendo-, pero ¿qué parlamentario me envían? ¿Será Cupido en persona?
 -Quizá.
 -¿Lo habéis visto entonces?
 -No lo he visto, pero he oído su voz. Es muy dulce para ser una voz de parlamentario...
 -¡Nanon, estáis loca! Dejadme cumplir mi tarea. Me habéis hecho gobernador...
 -Para defenderme, amigo mío...
 -¿Me creéis entonces tan cobarde como para traicionaros?... En verdad, Nanon, ¡me insultáis al dudar así de mí!
 -¿Estáis entonces decidido a ver a ese joven?
 -Debo hacerlo, y os agradecería que no os opusierais más al cumplimiento de ese deber.
 -Sois libre, amigo mío -dijo Nanon tristemente-. Una sola palabra más...
 -Decid.
 -¿Dónde lo recibiréis?
 -En mi gabinete.
 -Canolles, un favor...
 -¿Cuál?
 -En lugar de recibirlo en vuestro gabinete, hacedlo en vuestro dormitorio.
 -¿Qué idea se os ha ocurrido?...
 -¿No comprendéis?
 -No.
 -Mi cuarto da a vuestra alcoba...
 -¿Y escucharéis?
 -Detrás de las cortinas, si lo permitís.
 -¡Nanon!
 -Dejadme estar cerca de vos, amigo mío. Tengo fe en mi estrella; os traeré suerte.
 -Pero, sin embargo, Nanon, si ese parlamentario...
 -¿Qué?
 -... viniese para confiarme algún secreto de Estado...
 -¿No podéis confiar un secreto de Estado a quien os ha confiado su vida y su fortuna?...
 -Bien, escuchadnos, Nanon, ya que así lo queréis; pero no me entretengáis más: ese parlamentario está esperando.
 -Id, Canolles, id, pero, antes, ¡bendito seáis por el bien que me hacéis!
 Y la joven mujer quiso besar la mano de su amado.
 -¡Loca! -dijo Canolles acercándola a su pecho y besándola en la frente-. Así que estaréis...
 -Detrás de las cortinas de vuestra cama. Desde allí podré ver y oír.
 -Por lo menos, no os riáis, Nanon; son cosas serias.
 -Estad tranquilo -dijo la joven-, no me reiré.

Canolles dio orden de introducir al mensajero y pasó a su dormitorio, amplia sala amueblada en tiempos de Carlos IX¹⁴² y de aspecto severo. Dos candelabros ardían sobre la chimenea, pero sólo arrojaban un débil resplandor en el inmenso aposento; la alcoba, situada en lo más profundo de la habitación, estaba totalmente en sombra.

–¿Estáis ahí, Nanon? –preguntó Canolles.

Un sí sofocado, jadeante, llegó hasta sus oídos.

En ese momento resonaron pasos: el centinela presentó armas. Entró el mensajero, seguido con la vista por quien lo había introducido hasta que estuvo o creyó estar a solas con Canolles. Entonces alzó su sombrero y echó hacia atrás la capa: tan pronto como unos cabellos rubios se extendieron sobre unos hombros encantadores, el talle fino y arqueado de una mujer apareció bajo el tahalí de oro, y Canolles reconoció, por su mirada dulce y triste, a la vizcondesa de Cambes.

–Os había dicho que volvería a veros, y os cumplo mi palabra –dijo ella–: aquí estoy.

Con un movimiento de estupor y de angustia, Canolles golpeó una contra otra sus manos y se dejó caer en un sillón.

–¡Vos!... ¡Vos!... –murmuró–. ¡Dios mío! ¿Qué venís a hacer, qué venís a pedir aquí?

–Vengo a preguntaros, señor, si todavía os acordáis de mí.

Canolles lanzó un profundo suspiro y se puso las manos delante de los ojos para conjurar aquella aparición maravillosa y fatal a un tiempo.

Entonces todo quedó claro para él: el temor, la palidez, el temblor de Nanon, y sobre todo su deseo de asistir a la entrevista. Con los ojos de los celos Nanon había reconocido a una mujer en el parlamentario.

–Vengo a preguntaros –continuó Claire– si estáis dispuesto a cumplir el compromiso que tomasteis conmigo en aquel cuartito de Jaulnay de entregar vuestra dimisión a la reina y entrar al servicio de los príncipes.

–¡Oh!, ¡silencio, silencio! –exclamó Canolles.

Claire se estremeció al oír el acento de terror que temblaba en la voz del joven, y, mirando con inquietud a su alrededor, preguntó:

–¿No estamos solos?

–Lo estamos, señora –dijo Canolles–. Pero a través de estas murallas ¿no puede oírnos alguien?

–Estimaba las murallas del fuerte Saint-Georges más sólidas que eso –dijo Claire sonriendo.

Canolles no respondió.

–Venía, pues, a preguntaros –continuó Claire– cómo es que después de ocho o diez días que estáis aquí, no he oído hablar de vos. De modo que seguiría sin saber quién manda en la isla Saint-Georges si el azar, o más bien el rumor público, no me hubiera informado de que es el hombre que, apenas hace doce días, me juraba que su desgracia era una suerte, porque le permitía consagrar su brazo, su valor y su vida al partido al que pertenezco.

Nanon no pudo refrenar un impulso que hizo estremecerse a Canolles y volverse

a Mme. de Cambes.

–¿Qué es eso? –dijo ella.

–Nada –respondió Canolles–; uno de los ruidos habituales de esta vieja habitación llena de crujidos lúgubres.

–Si es otra cosa –dijo Claire colocando su mano en el brazo de Canolles–, no me lo ocultéis, barón, porque, desde el momento en que he decidido venir personalmente a vuestro encuentro, podéis comprender la importancia de la entrevista que vamos a tener.

Canolles enjugó el sudor que corría por su frente y tratando de sonreír dijo:

–Hablad.

–Venía, pues, a recordaros esa promesa y a preguntaros si estabais dispuesto a cumplirla.

–¡Ay!, señora –respondió–, se ha vuelto imposible.

–¿Y por qué?

–Porque desde entonces han ocurrido muchos acontecimientos inesperados, y muchos lazos que yo creía rotos han vuelto a atarse. El castigo que creía merecer lo ha sustituido la reina por una recompensa de la que yo era indigno: hoy estoy unido al partido de Su Majestad por... la gratitud.

Un suspiro atravesó el espacio: la pobre Nanon esperaba sin duda una palabra distinta de la que acababa de pronunciarse.

–Decid más bien por la ambición, señor de Canolles, y lo comprendería. Sois noble, de alta cuna, a los veintiocho años se os ha hecho teniente coronel y gobernador de una plaza fuerte; es magnífico, lo sé; pero no es más que la recompensa natural a vuestro mérito, y ese mérito, el señor de Mazarino no es el único que lo aprecia.

–Señora –dijo Canolles–, ni una palabra más, os lo ruego.

–Perdón, señor –dijo Claire–, esta vez ya no es la vizcondesa de Cambes la que os habla, sino la enviada de Madame la princesa que ha sido encargada de una misión ante vos: por lo tanto debo cumplir esa misión.

–Hablad, señora –respondió Canolles con un suspiro que más parecía un gemido.

–¡Bien! Madame la princesa, conociendo los sentimientos que me habíais manifestado en Chantilly primero y en Jaulnay después, preocupada por saber a qué partido pertenecíais definitivamente, había decidido enviaros un parlamentario para hacer una tentativa sobre vuestra plaza. De esa tentativa, que otro parlamentario tal vez hubiera expresado de forma menos conveniente, me he encargado yo pensando que, confidente de vuestros secretos pensamientos sobre este asunto, podría llevarla a cabo mejor que nadie.

–Gracias, señora –dijo Canolles desgarrándose el pecho con la mano, porque durante los breves silencios del diálogo oía la respiración jadeante de Nanon.

–Esto es lo que os propongo, señor, en nombre de Madame la princesa, y me explico; porque si hubiera sido en el mío –prosiguió Claire con su encantadora sonrisa–, habría invertido el orden de las proposiciones.

–Os escucho –dijo Canolles con voz sorda.

–Devolveréis la isla Saint-Georges con una de las tres condiciones que voy a

presentar a vuestra elección. La primera es ésta –no soy yo la que habla, recordadlo–, una suma de doscientas mil libras...

–¡Oh!, señora, no sigáis –dijo Canolles tratando de poner término a la conversación–. He sido encargado por la reina de un mando; ese mando es la isla Saint-Georges, y la defenderé hasta la muerte.

–Recordad el pasado, señor –exclamó en tono triste Claire–. No es eso lo que me decíais durante nuestra última entrevista, cuando me proponíais dejar todo para seguirme, cuando ya teníais preparada la pluma para ofrecer vuestra dimisión a los mismos a los que hoy queréis sacrificar vuestra vida.

–Pude ofreceros eso, señora, cuando era libre para escoger mi camino. Hoy ya no lo soy...

–¡Ya no sois libre! –exclamó Claire palideciendo–. ¿Cómo entendéis eso, señor? ¿Qué queréis decir?

–Quiero decir que estoy atado por el honor.

–¡Bien!, escuchad entonces mi segunda proposición.

–¿De qué serviría? –dijo Canolles–. ¿No os he repetido suficiente, señora, que mi resolución es inquebrantable? No me tentéis, sería inútil.

–Perdón, señor –respondió Claire a su vez–, pero también a mí se me ha encargado una misión y debo cumplirla hasta el final.

–Hacedlo –murmuró Canolles–. Pero en verdad que sois muy cruel.

–Presentad vuestra dimisión, y entonces nosotros actuaremos sobre vuestro suceso con más eficacia que sobre vos. Dentro de un año, de dos, volveréis al servicio del príncipe con el grado de brigadier.

Canolles movió tristemente la cabeza.

–¡Ah!, señora –dijo–, ¿por qué sólo me pedís cosas imposibles?

–Y ¿me respondéis eso a mí? –dijo Claire–. En verdad, señor, que no os comprendo. ¿No estuvisteis a punto de firmar esa dimisión? ¿No decíais a la que entonces estaba a vuestro lado, y que os escuchaba con tanta alegría, que la firmabais libremente y desde el fondo de vuestro corazón? ¿Por qué no haríais aquí cuando os lo pido, cuando os lo suplico, lo que vos mismo os proponíais hacer en Jaulnay?...

Todas estas palabras entraban como puñaladas en el corazón de la pobre Nanon, y Canolles las sentía entrar.

–Lo que en esa época era un acto sin importancia sería hoy una traición, ¡y una traición infame! –dijo Canolles con voz sorda–. ¡Jamás entregaré la isla Saint-Georges! ¡Jamás presentaré mi dimisión!

–Esperad, esperad –dijo Claire con su voz más dulce, pero mirando sin embargo a su alrededor con inquietud, porque aquella resistencia de Canolles, y sobre todo el reparo que parecía sentir el que la hacía, le parecían singulares–. Escuchad ahora la última proposición por la que yo quería empezar, porque sabía, porque había dicho de antemano que rechazaríais las dos primeras: las ventajas materiales, y me siento feliz por haberlo adivinado, no son cosas que tienten a un corazón como el vuestro. Vos necesitáis esperanzas distintas a las de la ambición y la fortuna; los nobles instintos exigen nobles recompensas. Escuchad, pues.

–En nombre del cielo, señora –dijo Canolles–, ¡tened piedad de mí! –e hizo un movimiento para retirarse.

Claire creyó que estaba haciendo mella en él, y, convencida de que lo que iba a decir remataría su victoria, lo retuvo y continuó:

–Si en vez de un vil interés os ofreciesen un interés puro y honorable; si os pagaran vuestra dimisión, esa dimisión que podéis presentar sin vergüenza porque las hostilidades aún no han empezado, esa dimisión no es ni una defección ni una perfidia, sino una elección pura y simple. Si, digo yo, se pagase esa dimisión con una alianza; si una mujer, a la que habéis dicho que amabais, a la que habéis jurado amar siempre, y que, a pesar de esos juramentos, nunca ha respondido abiertamente a vuestra pasión, si esa mujer viniera a deciros: «Señor de Canolles, soy libre, soy rica, os amo, convertíos en mi marido, partamos juntos... vayamos donde queráis, lejos de todas las disensiones civiles, fuera de Francia...». Y bien, decid, señor, ¿aceptaríais entonces?

A pesar del rubor, a pesar de la deliciosa vacilación de Claire, a pesar del recuerdo del bonito y pequeño castillo de Cambes que Canolles habría podido ver desde su ventana si, durante toda la escena que acabamos de contar, no hubiera descendido la oscuridad del cielo, permaneció inmóvil y firme en su resolución; porque de lejos veía, pálida en la sombra, salir de las cortinas góticas la cabeza desgredada de Nanon, trémula de angustias.

–Pero respondedme, ¡en nombre del cielo! –continuó la vizcondesa–, porque ya no comprendo nada en vuestro silencio. ¿Me he equivocado? ¿No sois vos el señor barón de Canolles? ¿No sois vos el mismo hombre que en Chantilly me dijo que me amaba, que me lo repitió en Jaulnay, que me juró que sólo me amabais a mí en el mundo y que estabais dispuesto a sacrificarme cualquier otro amor? ¡Contestad! ¡Contestad! ¡Responded, en nombre del cielo! ¡Responded!

Se dejó oír un gemido, tan inteligible, tan claro esta vez que Mme. de Cambes no pudo dudar ya de que una tercera persona asistía a la entrevista. Sus ojos estupefactos siguieron la dirección de los ojos de Canolles, y éste no pudo apartar tan rápidamente su mirada que, guiada por ella, la vizcondesa no viese aquella pálida cabeza inmóvil, aquella forma semejante a la de un fantasma, que seguía anhelante todas las fases de la conversación.

A través de la oscuridad, las dos mujeres intercambiaron una mirada de fuego y las dos lanzaron un grito.

Nanon desapareció.

En cuanto a Mme. de Cambes, cogió vivamente su sombrero y su capa y se volvió hacia Canolles.

–Señor –dijo–, ahora comprendo qué es lo que vos llamáis el deber y la gratitud. Comprendo cuál es el deber que os negáis a abandonar o a traicionar; comprendo, en fin, que hay afectos inaccesibles a todas las seducciones, y os dejo por completo a esos afectos, a ese poder, a esa gratitud. ¡Adiós, señor, adiós!

Hizo un movimiento para retirarse sin que Canolles tratara de retenerla; pero un doloroso recuerdo le detuvo.

–Os lo repito, señor –dijo ella–, en nombre de una amistad que os debo por el

favor que tuvisteis a bien hacerme, en nombre de la amistad que me debéis por el favor que también yo os hice, en nombre de todos los que os aman y que amáis, y no exceptúo a nadie, no trabéis batalla. Mañana, pasado mañana tal vez, se atacará Saint-Georges; no me causéis el dolor de saberos vencido o muerto.

Ante estas palabras, el joven se estremeció y se despertó.

–Señora –dijo–, os doy las gracias de rodillas por la seguridad que acabáis de darme de esa amistad, más preciosa para mí de lo que puedo deciros. ¡Oh! ¡Que me ataquen! ¡Que me ataquen, Dios mío! Llamo al enemigo con más ardor del que nunca pondrá él en alcanzarme. Tengo necesidad de combatir, tengo necesidad del peligro para levantarme a mis propios ojos: venga el combate, venga el peligro, venga la misma muerte, la muerte será bienvenida, porque sé que moriré rico con vuestra amistad, fuerte con vuestra compasión y honrado con vuestra estima.

–Adiós, señor –dijo Claire dirigiéndose hacia la puerta.

Canolles la siguió. Cuando estaban en la mitad del sombrío corredor, le cogió la mano y, con una voz tan baja que a él mismo le costaba entender las palabras que pronunciaba, le dijo:

–Claire, os amo más de lo que nunca os he amado; pero la desdicha quiere que sólo pueda probaros ese amor muriendo lejos de vos.

Una leve risa irónica fue por el momento la única respuesta de Mme. de Cambes. Pero, en cuanto salió del castillo, un doloroso sollozo le desgarró el pecho, y se retorció los brazos exclamando: «¡Ay!, ¡no me ama, Dios mío! ¡No me ama! Y yo, yo, desdichada de mí, ¡yo sí le amo!».

IV

Tras dejar a Mme. de Cambes, Canolles volvió a su cuarto. Nanon estaba de pie, pálida, inmóvil, en medio del aposento. Canolles se dirigió hacia ella con una sonrisa triste: a medida que avanzaba, Nanon doblaba la rodilla; él le tendió la mano, ella cayó a sus pies.

–¡Perdonadme –dijo–, perdonadme, Canolles! Soy yo la que os traje aquí, soy yo la que hice que os dieran este puesto difícil y peligroso; si resultáis muerto, yo seré la causa de vuestra muerte. Soy una egoísta que sólo he pensado en mi felicidad. ¡Abandonadme, marchaos!

Canolles la levantó dulcemente.

–¿Yo abandonaros? –dijo él–. Nunca, Nanon, nunca, sois sagrada para mí: he jurado protegeros, defenderos, salvaros, y ¡os salvaré o moriré!

–¿Dices eso desde el fondo del corazón, Canolles, sin vacilación, sin pena?

–Sí –respondió Canolles sonriendo.

–Gracias, mi digno, mi noble amigo, gracias. Mira, esa vida que tanto me importaba, hoy te la sacrificaría sin una queja; porque sólo hoy sé lo que has hecho por mí. Te ofrecían dinero, ¿no lo son acaso mis tesoros para ti? Te ofrecían amor, ¿habrá alguna vez en el mundo una mujer que te ame como te amo yo? ¡Te ofrecían un grado militar! Atiende, van a atacarte. Bueno, compremos soldados, amontonemos municiones y armas; doblemos nuestras fuerzas, defendámonos. Yo combatiré por mi amor, tú por tu honor. Tú, mi valiente Canolles, los derrotarás, harás decir a la reina que no tiene capitán más valiente que tú. Luego yo me encargaré de tu graduación; y cuando seas rico y estés cargado de gloria y honores, abandóname si quieres; yo tendré mis recuerdos para consolarme.

Y Nanon miraba a Canolles al decir esto, esperando la respuesta que las mujeres siempre piden a las palabras exageradas, es decir, una respuesta loca y exaltada como las palabras. Pero Canolles bajó tristemente la cabeza.

–Nanon –dijo–, mientras yo viva en la isla Saint-Georges, nunca sufriréis ningún daño, nunca tendréis que soportar ninguna afrenta. Tranquilizaos, porque no tenéis nada que temer.

–Gracias –dijo ella–, aunque no sea eso lo que pido.

Luego, en voz baja: «¡Ay de mí!, estoy perdida –murmuró–, ya no me quiere».

Canolles sorprendió esa mirada de llama que brilla como un relámpago, esa horrible palidez de un segundo que revela tanto dolor. «Seamos generosos hasta el final –se dijo–, porque de otro modo sería infame.»

–Ven, Nanon –dijo–, ven, amiga mía; échate la capa sobre los hombros, coge tu sombrero de hombre, el aire de la noche te sentará bien. Van a atacarme de un momento a otro; voy a hacer mi ronda nocturna.

Nanon, palpitante de alegría, se puso lo que su amado le decía y le siguió.

Canolles era un verdadero capitán. Tras entrar, casi niño, en la milicia, había hecho un estudio real de su oficio. Por eso hacía la inspección no sólo como comandante, sino como ingeniero. Los oficiales que lo habían visto llegar como favorito, y que creían tener enfrente a un gobernador de parada, fueron interrogados uno tras otro por su jefe sobre todos los medios de ataque y de defensa. Tuvieron que reconocer entonces en el frívolo joven a un capitán experimentado; los más viejos le hablaron entonces con respeto. Lo único que podían reprocharle era la dulzura de su voz al dar las órdenes y su extremada cortesía al preguntar; temían que aquella cortesía sólo fuera la máscara de la debilidad. Sin embargo, como cada cual sentía inminente el peligro, las órdenes del gobernador se ejecutaron con una celeridad que dio al jefe una idea de sus soldados igual a la que éstos tenían de él. Durante la jornada había llegado una compañía de zapadores. Canolles ordenó iniciar determinados trabajos en aquel mismo instante. Nanon trató inútilmente de arrastrarlo hacia el fuerte para ahorrarle la fatiga de una noche pasada de aquella manera; pero Canolles continuó su ronda y fue él quien despidió dulcemente a Nanon exigiendo que volviera a su cuarto. Luego, tras enviar a tres o cuatro batidores de estradas que el lugarteniente le había recomendado como los más inteligentes de los que estaban a su servicio, volvió para echarse sobre un bloque de piedra desde donde vigilaba los trabajos.

Pero mientras sus ojos seguían maquinalmente el movimiento de los almocafres y los picos, el espíritu de Canolles, apartado de las cosas materiales que se hacían, se concentraba por completo, no sólo en los sucesos de la jornada, sino también en todas las extrañas aventuras que había protagonizado desde el día en que había visto a Mme. de Cambes. Pero, cosa singular, su mente no iba más allá; le parecía que sólo había empezado a vivir desde ese momento, que hasta entonces había vivido en otro mundo de instintos inferiores, de sensaciones incompletas. A partir de ese instante había en su vida una luz que daba otro aspecto a todo, y en esa nueva luz, Nanon, la pobre Nanon, era despiadadamente sacrificada a otro amor violento desde su nacimiento, como esos amores que se apoderan de toda la vida en la que han entrado.

Por eso, tras dolorosas meditaciones, mezcladas con arrobos celestiales por la idea de que Mme. de Cambes lo amaba, Canolles se confesó que sólo el deber le prescribía ser hombre de honor, y que la amistad que sentía por Nanon no entraba en absoluto en su decisión.

¡Pobre Nanon! Canolles llamaba al sentimiento que tenía por ella amistad. Pero, en el amor, la amistad está muy cerca de la indiferencia.

También Nanon velaba, porque no había podido decidirse a acostarse. De pie en una ventana, envuelta en una capa negra para no ser vista, seguía, no la luna triste y velada deslizándose entre las nubes, no los altos álamos graciosamente movidos por el viento nocturno, no el majestuoso Garona, que parece un vasallo rebelde sublevándose para luchar contra su amo mucho más que un esclavo fiel que lleva su tributo al Océano, sino ese lento y penoso trabajo que iba haciéndose en el pensamiento de su amado contra ella: veía en aquella forma oscura que se esbozaba sobre la piedra, en aquella sombra inmóvil acurrucada ante un farol, el

fantasma viviente de su felicidad pasada. Ella, tan enérgica, tan orgullosa, tan hábil en el pasado, había perdido ahora toda habilidad, todo orgullo, toda energía; se hubiera dicho que, exaltados por el sentimiento de su desgracia, sus sentidos redoblaban su inteligencia y sutileza. Sentía que el amor germinaba en el fondo del corazón de su amado –como Dios, inclinándose sobre la inmensa cúpula del cielo, siente germinar la brizna de hierba en las entrañas de la tierra.

Amaneció, y sólo entonces volvió Canolles a su habitación. Nanon había regresado a la suya; así pues, él no se enteró de que ella había velado toda la noche. Se vistió entonces con cuidado, reunió de nuevo a la guarnición, inspeccionó de día las distintas baterías, y sobre todo las que dominaban la orilla izquierda del Garona, mandó cerrar el puertecito mediante cadenas, montó una especie de chalupas cargadas de halconeros y trabucos, pasó revista a sus hombres, los animó con su palabra tan colorida y tan generosa, y de esta manera no pudo regresar antes de las diez.

Nanon lo esperaba con la sonrisa en los labios; ya no era aquella orgullosa e imperiosa Nanon cuyos caprichos hacían temblar al señor duque d'Épernon mismo; era una amante tímida, una esclava temerosa que ni siquiera exigía que se la amase, sino que pedía únicamente que se le permitiera amar.

La jornada transcurrió sin otros sucesos que las diferentes peripecias del drama interior que se representaba en el alma de cada uno de los dos jóvenes. Los correos enviados por Canolles habían vuelto uno tras otro: ninguno de ellos traía una noticia positiva; sólo que había gran agitación en Burdeos y era evidente que se preparaba algo.

En efecto, Mme. de Cambes, de vuelta en la ciudad, ocultando los detalles de la entrevista en los pliegues más secretos de su corazón, había transmitido el resultado a Lenet. Los bordeleses exigían a gritos tomar la isla Saint-Georges. El pueblo se ofrecía en tropel para formar parte de la expedición. La única razón que los jefes daban para contenerlo era la ausencia de un hombre de guerra que pudiera dirigir la expedición, y de soldados regulares que pudieran sostenerla. Lenet aprovechó ese momento para sugerir el nombre de los dos duques y para ofrecer su ejército; la sugerencia fue acogida con entusiasmo, y los mismos que la víspera habían votado para que se cerrasen las puertas los llamaron a gritos.

Lenet corrió a llevar esta buena nueva a la princesa, que inmediatamente convocó a su consejo.

Claire pretextó fatiga para no participar en ninguna decisión contra Canolles, y se retiró a su habitación para llorar a gusto.

Desde esa habitación oía los gritos y las amenazas del pueblo. Todos aquellos gritos, todas aquellas amenazas iban dirigidas contra Canolles.

No tardó en sonar el tambor: las compañías se reunieron, los representantes hicieron armar al pueblo, que exigía picas y arcabuces. Sacaron el cañón del arsenal, distribuyeron pólvora, y se prepararon doscientos barcos para remontar el Garona con la ayuda de la marea de la noche, mientras tres mil hombres, a pie por la orilla izquierda, atacarían por tierra.

La flotilla debía ser mandada por d'Espagnet¹⁴³, consejero del Parlamento,

hombre valiente y de buen sentido, y el ejército de tierra por el señor de La Rochefoucauld, que a su vez acababa de entrar en la ciudad con unos dos mil gentilhombres. El señor duque de Bouillon no debía llegar hasta dos días después con otros mil. Por eso, el señor de La Rochefoucauld adelantó todo lo posible el ataque para que su colega no participara en él.

V

Dos días después de aquel en que Mme. de Cambes se había presentado vestida de parlamentario en la isla Saint-Georges, cuando hacia las dos de la tarde Canolles hacía su ronda sobre las murallas, le anunciaron que un mensajero con una carta para él solicitaba hablarle.

El mensajero fue introducido al punto, y entregó su despacho a Canolles.

Ese despacho no tenía, evidentemente, nada de oficial; era una breve carta más larga que ancha, escrita con una letra fina y ligeramente trémula, sobre un papel de tinte azulado, satinado y perfumado.

Nada más ver aquel papel, Canolles sintió latir su corazón a pesar suyo.

–¿Quién te ha entregado esa carta? –preguntó.

–Un hombre de cincuenta y cinco a sesenta años.

–¿Bigote y perilla entrecanos?

–Sí.

–¿Talle juncal?

–Sí.

–¿Porte militar?

–Eso es.

Canolles dio un luis al hombre, y le hizo una seña para que se retirara en ese mismo instante.

Luego se alejó y, con el corazón palpitante, se refugió en el ángulo de un bastión para leer a gusto la carta que acababa de recibir.

Se limitaba a estas tres líneas:

Van a atacaros. Si no sois digno de mí, mostraos al menos digno de vos.

La carta no estaba firmada, pero Canolles reconoció a Mme. de Cambes como había reconocido a Pompée. Miró si alguien le veía y, ruborizándose como un niño en su primer amor, se llevó el papel a los labios, lo besó con ardor y lo puso sobre su corazón.

Luego subió al remate del bastión, desde donde podía ver el curso del Garona durante casi una legua y la llanura circundante en toda su extensión.

No se veía nada ni por el río ni en el campo.

«La mañana transcurrirá así –murmuró–, no vendrán a plena luz del día. Habrán descansado en el camino e iniciarán el ataque esta noche.»

Canolles oyó un ligero ruido a su espalda y se volvió: era su lugarteniente.

–Bien, señor de Vibrac –dijo Canolles–, ¿qué se dice?

–Se dice, mi comandante, que la bandera de los príncipes ondeará mañana en la isla Saint-Georges.

–¿Y quién dice eso?

–Dos de nuestros correos que acaban de volver, y que han visto los preparativos que disponen contra nosotros los burgueses de la ciudad.

–¿Y qué habéis respondido a los que os han dicho que la bandera de los señores príncipes flotaría mañana sobre el fuerte de Saint-Georges?

–He respondido, mi comandante, que a mí me daba igual, dado que no lo vería.

–Si es así, me habéis robado mi respuesta, señor –dijo Canolles.

–¡Bravo, comandante! No pedimos otra cosa, y los soldados van a luchar como leones cuando sepan lo que respondéis.

–Que luchen como hombres, es todo lo que les pido. ¿Y qué se dice sobre el tipo de ataque?

–General, nos preparan una sorpresa –dijo Vibrac riendo.

–¡Maldita sea! ¡Una sorpresa! –dijo Canolles–. Es el segundo aviso que sobre ella recibo. ¿Y quién manda a los asaltantes?

–El señor de La Rochefoucauld las tropas de tierra; d’Espagnet, el consejero del Parlamento, las fuerzas de mar.

–¡Bien! –dijo Canolles–, ya le daré yo un consejo.

–¿A quién?

–Al señor consejero del Parlamento.

–¿Qué consejo?

–Reforzar las milicias urbanas con algún buen regimiento, bien disciplinado, que enseñe a esos burgueses cómo se recibe un fuego graneado.

–No ha esperado vuestro consejo, comandante, porque antes de haber sido hombre de justicia fue un poco hombre de guerra, según creo, y para esta expedición se ha asociado el regimiento de Navailles.

–¡Cómo! ¿El regimiento de Navailles?

–Sí.

–¿Mi antiguo regimiento?

–El mismo. Al parecer, se ha pasado con armas y bagajes a los señores príncipes.

–¿Y quién lo manda?

–El barón de Ravailly.

–¿De verdad?

–¿Le conocéis?

–Sí... un muchacho encantador, valiente como su espada... En este caso, será más valiente de lo que pensaba, y vamos a divertirnos.

–¿Qué ordenáis, comandante?

–Que esta noche se doblen los puestos de vigilancia, que los soldados se acuesten vestidos, con sus armas cargadas al alcance de la mano. La mitad velará mientras la otra mitad descansa. La mitad que vele permanecerá escondida detrás de los taludes. Esperad un momento.

–Espero.

–¿Habéis compartido con alguien el informe del mensajero?

–Con nadie en absoluto.

–Está bien: durante cierto tiempo seguid manteniéndolo en secreto. Elegid una docena de vuestros peores soldados; aquí debéis tener cazadores furtivos, pescadores...

–Nos sobran incluso, comandante.

–¡Bien! Como os digo, elegid diez, despedidlos hasta mañana por la mañana. Irán a tirar sus cañas al fondo del Garona; irán a tender sus trampas en la llanura... Esta noche, d'Espagnet y el señor de La Rochefoucauld los detendrán y los interrogarán.

–No comprendo...

–¿No comprendéis que es necesario que los asaltantes crean que estamos tranquilos? Pues bien, esos hombres, que no saben nada, lo jurarán con tal aire de verdad que conseguirán engañarlos, dado que sólo será un juego y dormimos bien despiertos.

–¡Ah, muy bien!

–Dejad que se acerque el enemigo, dejadlo desembarcar, dejad que plante sus escalas.

–Pero, entonces, ¿cuándo dispararemos?

–Cuando yo lo ordene. Si de nuestras filas parte un solo disparo antes de mi orden, palabra de gobernador que mando fusilar al que lo haya disparado.

–¡Ah, diablos!

–La guerra civil es dos veces la guerra. Por tanto lo importante es no hacer la guerra como si fuera una partida de caza. Dejad de reíros, bordeleses, reíos de vosotros si eso os divierte; pero sólo cuando yo diga que hay que reír.

El lugarteniente se marchó a transmitir las órdenes de Canolles a los demás oficiales, que se miraron entre sí sorprendidos. Había dos hombres en el gobernador: el gentilhomme cortés, el comandante implacable.

Canolles volvió a cenar con Nanon; la cena se había adelantado dos horas. Canolles había decidido que no abandonaría la muralla desde el crepúsculo al alba. Encontró a Nanon hojeando una voluminosa correspondencia.

–Podéis ser intrépido en vuestra defensa, querido Canolles –dijo ella–, porque no tardaréis mucho en ser socorrido: viene el rey, el señor de La Meilleraye trae un ejército y el señor duque d'Épernon llega con quince mil hombres.

–Pero para que lleguen faltan ocho días, quizá diez. Nanon –añadió Canolles sonriendo–, la isla Saint-Georges no es inexpugnable.

–Mientras vos mandéis, respondo de todo.

–Sí, pero precisamente porque yo soy el que manda, puedo resultar muerto. ¿Qué haríais en tal caso, Nanon? ¿Lo habéis previsto al menos?

–Sí –respondió Nanon sonriendo a su vez.

–Bien, entonces tened preparados vuestros baúles. Un barquero estará en un puesto concreto; si hay que saltar al agua, tendréis cuatro de mis mejores nadadores que, con orden de no dejaros, os trasportarán a la otra orilla.

–Todas esas precauciones son inútiles, Canolles; si vos morís, ya no tendré necesidad de nada.

Anunciaron que la mesa estaba servida. Durante la cena, Canolles se levantó diez

veces para asomarse a la ventana que daba al río: antes de terminar de cenar, Canolles dejó la mesa. La noche empezaba a caer.

Nanon quiso seguirlo.

–Nanon –dijo Canolles–, volved a vuestro aposento y juradme que no saldréis. Si llegara a saberse que estáis fuera, expuesta, corriendo el peligro que sea, ya no respondería de mí. Nanon, me va en ello mi honor, no juguéis con mi honor.

Nanon ofreció a Canolles sus labios de carmín, más rojos todavía por la palidez de sus mejillas; luego volvió a su aposento diciendo:

–Os obedezco, Canolles; quiero que amigos y enemigos conozcan al hombre que amo. ¡Idos!

Canolles se alejó; no podía dejar de admirar aquella naturaleza, plegada a todos sus deseos, obediente a todas sus voluntades. En cuanto llegó a su puesto, se cernió la noche, terrible y amenazadora, como siempre aparece cuando oculta en sus negros pliegues un secreto sangriento.

Canolles se había situado al final de la explanada, desde donde dominaba el curso del río y sus dos riberas. No había luna: un velo de sombrías nubes se deslizaba pesadamente por el cielo. Imposible ser visto, pero también casi imposible poder ver.

A medianoche, sin embargo, creyó distinguir unas masas sombrías moviéndose en la ribera izquierda, y unas formas gigantescas deslizándose por el río. Por lo demás, ningún ruido, salvo el viento de la noche lamentándose en las hojas de los árboles.

Aquellas masas se detuvieron, aquellas formas se pararon a distancia. Canolles creyó que se había equivocado; sin embargo, redobló la vigilancia; sus ojos ardientes penetraban las tinieblas, su oído, incesantemente tendido, percibía el menor ruido.

Sonaron las tres en el reloj de la fortaleza y su prolongado tintineo se perdió, lento y lúgubre, en la noche; Canolles empezaba a creer que había recibido un falso aviso e iba a retirarse cuando, de pronto, el teniente Vibrac, que estaba a su lado, le puso enérgicamente una mano sobre el hombro extendiendo la otra hacia el río.

–Sí, sí –dijo Canolles–, son ellos: vamos, no hemos perdido el tiempo esperando. Despertad a los hombres que han dormido y que vayan a ocupar su puesto detrás de la muralla. ¿Les habéis dicho que mataré al primero que dispare?

–Sí.

–Bien, repetídselo una vez más.

En efecto, con los primeros resplandores del alba se veía acercarse largas barcas cargadas de hombres que reían y hablaban en voz baja, mientras en la llanura podía vislumbrarse una especie de eminencia que no existía la víspera. Era una batería de seis piezas de cañón que el señor de La Rochefoucauld acababa de colocar durante la noche: los hombres de las barcas habían tardado tanto porque hasta entonces la batería no estaba en condiciones de empezar.

Canolles preguntó si las armas estaban cargadas, y tras la respuesta afirmativa hizo señal de que esperasen su orden.

Las barcas seguían acercándose cada vez más, y con las primeras claridades del

día Canolles no tardó en distinguir los correaes y el sombrero particular de la compañía de Navailles, que, como se sabe, había sido la suya: en la proa de una de las primeras barcas estaba el barón de Ravailly, que lo había reemplazado en el mando de la compañía, y en la popa el lugarteniente, que era su hermano de leche, muy apreciado entre sus camaradas por su alegre humor y sus bromas inagotables.

–Veréis –decía éste– que no se moverán y que tendrá que despertarlos el señor de La Rochefoucauld con el cañón. ¡Diablos! ¡Cómo se duerme en Saint-Georges! ¡Cuando esté enfermo, vendré aquí!

–Ese bueno de Canolles –respondía Ravailly–, hace su papel de gobernador como un padre de familia: teme que sus soldados se constipen si les hace montar guardia de noche.

–Sí –dijo otro–, ni siquiera se ve un centinela.

–¡Eh! –gritó el lugarteniente al tomar tierra–, ¡los de ahí arriba, despiertaos y echadnos una mano para subir!

Tras esta última broma las carcajadas corrieron por toda la línea de asaltantes, y, mientras tres o cuatro barcas avanzaban por el lado del puerto, el resto del ejército de tierra desembarcaba.

–Vamos, vamos –dijo Ravailly–, ya lo entiendo: Canolles quiere fingir que se deja sorprender para no pelearse con la corte. Vamos, caballeros, devolvámosle la cortesía y no matemos a nadie. Una vez dentro de la plaza, misericordia para todos, excepto para las mujeres, que por otra parte quizá no la pidan, ¡por todos los diablos! Hijos míos, no olvidemos que ésta es una guerra de amigos; por eso, al primero que desenvaine lo atravieso con mi espada.

Tras esta recomendación hecha con una alegría muy francesa, volvieron a empezar las risas y los soldados compartieron la hilaridad de los oficiales.

–¡Ah!, amigos –dijo el lugarteniente–, está bien eso de reír, pero no es preciso que las risas impidan nuestro trabajo. A las escalas y a trepar.

Los soldados sacaron entonces de las barcas unas largas escalas y avanzaron hacia la muralla.

Entonces Canolles se levantó y, bastón en mano, el sombrero en la cabeza, como un hombre que toma por placer el fresco matinal, se acercó al parapeto del que sobresalía desde la cintura.

Había suficiente claridad para que lo reconocieran.

–¡Eh! ¡Buenos días, Navailles! –dijo a todo el regimiento–. Buenos días, Ravailly; buenos días, Remonenq.

–¡Mira, es Canolles! –exclamaron los jóvenes–. ¿Por fin te has despertado, barón?

–¡Sí! ¿Qué queréis? Aquí llevamos una vida de rey Yvetot¹⁴⁴, nos acostamos pronto y nos levantamos tarde. Pero vosotros, ¿qué diablos venís a hacer tan temprano?

–¡Diablos! –dijo Ravailly–, creo que puedes verlo: venimos a asediarte, sólo a eso.

–¿Y para qué venís a asediarme?

–Para tomar tu fuerte.

Canolles se echó a reír.

–Veamos –dijo Ravailly–, capitulas, ¿verdad?

–Pero antes tengo que saber a quién me rindo. ¿Cómo es que Navailles sirve contra el rey?

–Porque nos hemos hecho rebeldes, querido. Pensándolo bien, se nos ocurrió que Mazarino era decididamente un cobarde, indigno de ser servido por gentilhombres valientes; nos hemos pasado a los príncipes. ¿Y tú?

–Pero, querido amigo, yo soy epernonista rabioso.

–¡Bah!, deja a tu gente y vente con nosotros.

–Imposible. ¡Eh!, di a los de ahí abajo que dejen en paz las cadenas del puente. Sabéis que esas cosas se miran, pero de lejos, y que tocarlas acarrea la desgracia. Ravailly, diles que no toquen las cadenas –continuó Canolles frunciendo el ceño–, o mando disparar contra ellos... y, te aviso, Ravailly, que tengo excelentes tiradores.

–¡Bah, déjate de bromas! –respondió el oficial–. Déjalos que te cojan, no tienes fuerza suficiente.

–No estoy bromeando... ¡Abajo las escalas! Ravailly, te lo ruego, estás sitiando la casa del rey, ¡ten cuidado!

–¿Saint-Georges la casa del rey?

–¡Pardiez!, mira y verás la bandera en el asta del bastión... Vamos, manda que echen de nuevo al agua tus barcas, y pongan en ellas tus escalas, o disparo. Si quieres hablar, ven solo o con Remonenq, y entonces hablaremos mientras desayunamos. En la isla Saint-Georges tengo un cocinero excelente.

Ravailly se echó a reír, y alentó a sus hombres con la mirada. Mientras tanto, otra compañía se preparaba para desembarcar.

Canolles se dio cuenta entonces de que el momento decisivo había llegado; y, recobrando la actitud firme y el aire grave que convenía a un hombre cargado con una responsabilidad tan pesada como la suya, gritó:

–¡Alto ahí!... ¡Ravailly!... ¡Basta de bromas, Remonenq! Ni una palabra más, ni un paso, ni un gesto, o mando disparar, tan cierto como que la bandera del rey está ahí, y como que vosotros atacáis las flores de lis de Francia.

Y, uniendo la acción a la amenaza, empujó con brazo vigoroso la primera escala que asomaba su cabeza sobre las piedras de la muralla.

Cinco o seis hombres a cual más presuroso habían empezado a escalar: el empujón los derribó. Cayeron, y su caída provocó una inmensa carcajada entre los asaltantes y los asediados: se hubiera dicho un juego de críos.

En ese momento una señal indicó que los asaltantes habían franqueado las cadenas que cerraban el puerto.

Ravailly y Remonenq cogieron al punto una escala y se aprestaron a su vez a descender a los fosos gritando:

–¡Adelante, Navailles! ¡A la escalada! ¡Subamos! ¡Subamos!

–Mi pobre Ravailly –gritó Canolles–, te lo ruego, detente.

Pero, en ese mismo momento, la batería de tierra, callada hasta entonces, estalló en ruido y luz, y una bala vino a levantar la tierra alrededor de Canolles.

–Adelante, ya que es lo que quieren –dijo Canolles extendiendo su bastón–. ¡Fuego!, amigos míos, ¡fuego en toda la línea!

Entonces, sin que se viese a un solo hombre, se vio una hilera de mosquetes apuntar hacia la parte baja del parapeto; un cinturón de llamas envolvió la cima de la muralla, mientras la detonación de dos enormes piezas de artillería respondía a la batería del duque de La Rochefoucauld.

Cayó una decena de hombres; pero su caída, en lugar de desanimar a sus compañeros, les dio un nuevo ardor. La batería de tierra respondía por su parte a la batería de la muralla: una bala abatió la bandera real, una segunda bala aplastó a un lugarteniente de Canolles llamado d'Elboin.

Canolles miró a su alrededor de nuevo y vio que sus hombres ya habían recargado sus armas.

–¡Fuego a discreción! –dijo.

Esta orden fue ejecutada con la misma puntualidad que la primera vez.

Diez minutos más tarde, no quedaba un solo cristal en la isla Saint-Georges. Las piedras temblaban y volaban en pedazos; el cañón agujereaba los muros, las balas se aplastaban contra las anchas losas y un humo espeso oscurecía el aire, lleno de gritos, amenazas y gemidos.

Canolles vio que lo que más daño hacía a su fuerte era la batería del señor de La Rochefoucauld.

–Vibrac –dijo–, encargaos vos de Ravailly, y que no gane una pulgada de terreno en mi ausencia. Yo corro a nuestras baterías.

En efecto, Canolles corrió a las dos piezas que respondían al fuego del señor de La Rochefoucauld y dirigió él mismo la operación convirtiéndose en cargador, apuntador y comandante; desarmó en un instante tres de las seis piezas, y tumbó en la llanura a una cincuentena de hombres. Los otros, que no esperaban aquella resistencia tan dura, empezaron a huir en desbandada.

Cuando los reunía, el señor de La Rochefoucauld fue alcanzado por una esquirla de piedra que le hizo soltar la espada de las manos.

Al ver el resultado, Canolles dejó el resto de la tarea por hacer al jefe de la batería y corrió al asalto que seguía empujando la compañía de Navailles, secundada por los hombres de d'Espagnet.

Vibrac resistía bien, pero acababa de recibir una bala en el hombro.

La presencia de Canolles redobló el valor de sus tropas, y fue acogida con gritos de alegría.

–Perdón –le gritó a Ravailly– si me he visto obligado a dejarte un momento, querido amigo, pero era, como puedes ver, para desarmar los cañones del señor de La Rochefoucauld. Pero tranquilízate, ¡ya estoy de vuelta!

Y como, en ese momento, el capitán de Navailles, demasiado animado para responder a la broma –que además, en medio del espantoso estrépito que hacían la artillería y la mosquetería, quizá no había oído–, dirigía por tercera vez sus hombres al asalto, Canolles sacó una pistola de su cinturón y, tendiendo el brazo hacia su antiguo camarada convertido en su enemigo, disparó.

La bala, dirigida por una mano firme y un ojo seguro, fue a romper el brazo de Ravailly.

–¡Gracias, Canolles! –gritó aquél, que había visto de dónde venía el tiro–. Gracias,

ya te la devolveré.

Pero a pesar del control que sobre sí mismo tenía, el joven capitán se vio obligado a detenerse y la espada se le cayó de las manos. Remonenq acudió y lo sostuvo en sus brazos.

–¿Quieres venir a que te venden en la fortaleza, Ravailly? –gritó Canolles–. Tengo un cirujano que vale tanto como mi cocinero.

–¡Ni hablar!, me vuelvo a Burdeos. Pero espérame en cualquier momento, porque te prometo que volveré. Pero esa vez escogeré el instante.

–¡Retirada! ¡Retirada! –gritó Remonenq–. Escapamos por allí... Hasta la vista, Canolles: habéis ganado la primera manga...

Remonenq estaba en lo cierto: la artillería había causado horribles destrozos en el ejército de tierra, que había perdido un centenar de hombres por lo menos. En cuanto a la flotilla, había perdido casi otros tantos. Sin embargo, la pérdida más fuerte la había sufrido la compañía de Navailles, que, para sostener el honor del uniforme, siempre había querido avanzar al frente de los burgueses de d'Espagnet.

Canolles levantó su pistola descargada.

–¡Alto el fuego! –dijo–. Dejemos que se batan tranquilamente en retirada: no tenemos munición que perder...

En efecto, los tiros disparados no habrían sido más que disparos casi perdidos. Los asaltantes se retiraban apresuradamente, abandonando sus muertos y llevándose a los heridos. Canolles contó los suyos: había dieciséis heridos y cuatro muertos. En cuanto a él, no había recibido ni un rasguño.

–¡Diablos!, querida amiga –dijo al recibir, diez minutos más tarde, las alegres caricias de Nanon–, no han tardado en hacerme ganar mi despacho de gobernador... ¡Qué carnicería más estúpida! Les he matado cincuenta hombres por lo menos y le he roto el brazo a uno de mis mejores amigos para impedir que se hiciera matar del todo.

–Sí –dijo Nanon–. Pero vos estáis sano y salvo, ¿verdad?

–¡A Dios gracias!, y a vos, que sin duda me habéis dado suerte, Nanon. Pero cuidado con la segunda manga. Los bordeleses son cabezotas. Además, Ravailly y Remonenq me han prometido volver.

–Bueno –dijo Nanon–, el hombre que manda en el fuerte Saint-Georges, y los soldados que lo defienden son los mismos. Que vengan, y la segunda vez serán mejor recibidos todavía que la primera; porque de aquí a entonces, tendréis tiempo de seguir aumentando vuestros medios de defensa.

–Querida –le dijo confidencialmente Canolles a Nanon–, no se conoce bien una plaza más que con el uso... La mía no es inexpugnable, lo he descubierto hace poco, y si yo me llamase duque de La Rochefoucauld, ¡mañana por la mañana tendría en mi poder la isla Saint-Georges!... A propósito, d'Elboin no almorzará con nosotros.

–¿Por qué?

–Porque una bala de cañón lo ha partido en dos.

VI

El regreso de los asaltantes a Burdeos ofrecía un triste espectáculo. Los burgueses habían salido de la ciudad triunfantes, contando con su número y con la destreza de sus generales, totalmente tranquilos, por fin, sobre el resultado del acontecimiento gracias a la costumbre, esta segunda fe del hombre en peligro.

En efecto, ¿qué asaltante no había corrido en su juventud por los bosques y las praderas de la isla Saint-Georges, sólo o en dulce compañía? ¿Qué bordelés no había manejado el remo, el mosquetón de caza o las redes de pescador en el cantón que iba a volver a ver vestido de soldado?

Por eso resultó dos veces pesada la derrota para nuestros burgueses: las poblaciones los avergonzaban tanto como el enemigo. Así pues, los vieron volver con la cabeza gacha y oír con resignación el ruido de los lamentos y los gemidos de las mujeres que, al contar los guerreros ausentes a la manera de los salvajes de América, veían sucesivamente las pérdidas sufridas por los vencidos.

Entonces un murmullo general de duelo y confusión invadió la gran ciudad. Los soldados regresaron a sus casas para contar el desastre cada cual a su manera. Los jefes se dirigieron a ver a la princesa, que se alojaba, como hemos dicho, en casa del presidente.

Madame de Condé esperaba en su ventana el regreso de la expedición. Nacida en una familia de guerreros, mujer de uno de los mayores vencedores del mundo, educada en el desprecio de la armadura herrumbrosa y del plumero ridículo de los burgueses, no podía impedir que la invadiese una vaga inquietud pensando que los burgueses, sus partidarios, iban a luchar contra un ejército de soldados veteranos. Pero, sin embargo, la tranquilizaban tres cosas: la primera, que el señor de La Rochefoucauld mandaba la expedición; la segunda, que el regimiento de Navailles iba en cabeza; la tercera, que el nombre de Condé estaba inscrito en las banderas.

Pero, por un contraste fácil de comprender, cuanto era esperanza para la princesa era dolor para Mme. de Cambes, de igual manera que lo que iba a ser dolor para la ilustre dama iba a convertirse en triunfo para la vizcondesa.

Fue el duque de La Rochefoucauld quien se presentó ante ella lleno de polvo y ensangrentado; la manga de su jubón negro estaba abierta, y llevaba la camisa manchada de sangre.

–¿Es cierto lo que me dicen? –exclamó la princesa precipitándose al encuentro del duque.

–¿Y qué os dicen, señora? –preguntó fríamente el duque.

–Que habéis sido rechazado.

–No os dicen bastante, señora. A decir verdad, hemos sido derrotados.

–¡Derrotados! –exclamó la princesa palideciendo–. Derrotados, ¡no es posible!

–Derrotados –murmuró la vizcondesa–, ¡derrotados por el señor de Canolles!...

–¿Y cómo ha podido ser? –preguntó Mme. de Condé en un tono altivo que dejaba al descubierto su profunda indignación.

–Ha sido, señora, como son todos los desastres en el juego, el amor y la guerra: hemos atacado a alguien más inteligente o más fuerte que nosotros.

–Entonces, ¿es valiente ese señor de Canolles? –preguntó la princesa.

El corazón de Mme. de Cambes palpitaba de alegría.

–¡Dios mío! –respondió La Rochefoucauld encogiéndose de hombros–, ¡igual de valiente que todo el mundo!... Sólo que, como tenía soldados frescos, buenas murallas y estaba sobre aviso porque probablemente alguien le ha prevenido, dio buena cuenta de nuestros bordeleses. ¡Ah!, señora, entre paréntesis, ¡qué malos soldados! Huyeron al segundo disparo.

–¿Y Navailles? –exclamó Claire sin darse cuenta de la imprudencia de su exclamación.

–Señora –dijo La Rochefoucauld–, la única diferencia que ha habido entre Navailles y los burgueses, es que los burgueses han huido y que Navailles se ha retirado.

–¡Ahora sólo nos faltaría perder a Vayres!

–No digo que no –respondió fríamente La Rochefoucauld.

–¡Derrotados! –repitió la princesa golpeando con el pie–, ¡derrotados por gentes sin importancia mandadas por un tal señor de Canolles! Es un apellido ridículo.

Claire se puso colorada hasta en el blanco de los ojos.

–A vos, señora, ese apellido os parece ridículo –replicó el duque–, pero al señor de Mazarino le parece sublime. Y casi me atrevería a decir –añadió lanzando una mirada rápida y perspicaz hacia Claire–, que no es el único que mantiene esa opinión. Los apellidos son como los colores, señora –continuó mostrando su sonrisa biliosa–, no se puede discutir sobre ellos.

–¿Creéis, pues, que Richon es hombre capaz de dejarse derrotar?

–¿Por qué no? ¡Yo sí que me he dejado derrotar! Pero no hemos de arredrarnos ante la mala suerte: la guerra es un juego, un día u otro nos tomaremos la revancha.

–Eso no habría ocurrido –dijo Mme. de Tourville– si se hubiera seguido mi plan.

–Es cierto –dijo la princesa–, nunca quieren hacer lo que proponemos so pretexto de que somos mujeres y no entendemos nada de la guerra. Los hombres la dirigen y salen derrotados.

–¡Oh, Dios mío!, señora, eso le ocurre a los mejores generales. Paulo Emilio¹⁴⁵ fue derrotado en Cannas, Pompeyo¹⁴⁶ en Farsalia, y Atila¹⁴⁷ en Châlons. Sólo Alejandro y vos, Mme. de Tourville, nunca habéis sido derrotados. Veamos vuestro plan.

–Mi plan, señor duque –dijo Mme. de Tourville en su tono más seco–, consistía en hacer un asedio en toda regla. No se me ha querido escuchar y se ha preferido un golpe de mano: ya veis el resultado.

–Responded a la señora, señor Lenet –dijo el duque–. Por lo que a mí se refiere, no me siento lo bastante fuerte en estrategia para sostener la pelea.

–Señora –dijo Lenet, cuyos labios sólo se habían abierto hasta entonces en una

sonrisa-, el asedio que proponíais tenía en su contra lo siguiente: que los bordeleses no son soldados, sino burgueses: necesitan comer en su casa y acostarse en el lecho conyugal. Y un asedio en toda regla excluye un montón de comodidades, a lo que no están acostumbrados nuestros valientes habitantes de la ciudad. Han ido a asediar la isla Saint-Georges como aficionados. No los critiquéis por haber fracasado hoy: volverán a caminar las cuatro leguas y empezarán la misma guerra tantas veces como sea necesario.

-¿Creéis que volverán a hacerlo? -preguntó la princesa.

-Sobre eso, señora -dijo Lenet-, estoy totalmente seguro; aman demasiado su isla para dejársela al rey.

-¿Y la tomarán?

-Sin duda, un día u otro...

-Bien, entonces el día que la tomen -exclamó Madame la princesa-, quiero que fusilen a ese insolente señor de Canolles, si no se rinde incondicionalmente.

Claire sintió que un escalofrío mortal recorría sus venas.

-¡Fusilarlo! -dijo el duque de La Rochefoucauld-. ¡Maldita sea! Si es así como entiende Vuestra Alteza la guerra, me felicito con toda sinceridad por encontrarme entre sus amigos.

-Pues que se rinda.

-Me gustaría saber qué diría Vuestra Alteza si Richon se rindiera.

-No estamos hablando de Richon, señor duque; no se trata de Richon. Vamos, que me traigan un burgués, un representante, un consejero, alguien, en fin, a quien pueda hablar y que me asegure que esa vergüenza no dejará de amargar a los que me la han hecho beber.

-Viene justo a tiempo -dijo Lenet-: ahí llega el señor d'Espagnet, que solicita el honor de ser introducido ante Vuestra Alteza.

-Hacedlo entrar -dijo la princesa.

Durante toda esta conversación, el corazón de Claire palpitaba unas veces como para romperle el pecho y otras encogiéndose como en un torno; de hecho, también se decía que los bordeleses harían pagar caro a Canolles su primer triunfo. Pero fue mucho peor cuando d'Espagnet vino a sumarse, con sus protestas, a las seguridades de Lenet.

-Señora -decía d'Espagnet a la princesa-, que Vuestra Alteza se tranquilice. En lugar de cuatro mil hombres enviaremos ocho mil, en lugar de seis piezas de cañón levantaremos doce; en lugar de cien hombres perderemos doscientos, trescientos, cuatrocientos si es necesario, pero conquistaremos Saint-Georges.

-¡Bravo!, señor -exclamó el duque-, ¡eso sí que es hablar bien! Sabéis que soy vuestro hombre, sea como jefe, sea como voluntario, todas las veces que intentéis esa empresa. Pero observad que, a quinientos hombres por vez, suponiendo sólo cuatro expediciones como ésta, nuestro ejército se verá reducido a la quinta parte.

-Señor duque -replicó d'Espagnet-, en Burdeos hay treinta mil hombres en condiciones de llevar armas. Si es preciso, pondremos todos los cañones del arsenal delante de la fortaleza, haremos fuego hasta reducir a polvo una montaña de granito; yo mismo pasaré el río al frente de los zapadores y recuperaremos

Saint-Georges: hace un momento hemos hecho ese solemne juramento.

–Dudo mucho que conquistéis Saint-Georges mientras el señor de Canolles esté vivo –dijo Claire con una voz casi ininteligible.

–Bueno –respondió d’Espagnet–, entonces lo mataremos o lo haremos matar, y conquistaremos Saint-Georges después.

Madame de Cambes ahogó un grito de espanto que estaba a punto de salir de su pecho.

–¿Quieren tomar Saint-Georges?

–¿Cómo? Claro que queremos –exclamó la princesa–. Creo que es lo único que queremos.

–Bueno, entonces –dijo Mme. de Cambes–, que se me deje hacer, y yo entregaré la plaza.

–¡Bah! –respondió la princesa–, ya me habías prometido algo parecido y fracasaste.

–Había prometido a Vuestra Alteza hacer una tentativa ante el señor de Canolles. Esa tentativa fracasó, encontré al señor de Canolles inflexible.

–¿Crees que lo vas a encontrar más blando después de su triunfo?

–No. Pero esta vez no os he dicho que os entregaré al gobernador, os digo que os entregaré la plaza.

–¿Cómo?

–Introduciendo vuestros soldados hasta el patio de la fortaleza.

–¿Sois hada, señora, para encargarnos de una tarea así? –preguntó La Rochefoucauld.

–No, señor, soy propietaria –dijo la vizcondesa.

–La señora bromea –replicó el duque.

–No, no –dijo Lenet–. Vislumbro muchas cosas en las dos palabras que acaba de pronunciar Mme. de Cambes.

–Entonces eso me basta –dijo la vizcondesa–, y la opinión del señor Lenet lo supone todo para mí. Así pues, repito que Saint-Georges está tomada si me dejan decirle cuatro palabras en privado al señor Lenet.

–Señora –interrumpió Mme. de Tourville–, también yo tomaría Saint-Georges si me dejaran hacer.

–Dejad primero que Mme. de Tourville exponga en alta voz su plan –dijo Lenet deteniendo a Mme. de Cambes, que quería llevarlo hasta un rincón–, luego vos me diréis el vuestro en voz baja.

–Hablad, señora –dijo la princesa.

–Salgo de noche con veinte barcas y doscientos mosqueteros. Otra tropa con fuerzas iguales a ésta se desliza por la ribera derecha: otros cuatrocientos o quinientos soldados remontan la ribera izquierda. Mientras, mil o mil doscientos bordeleses...

–Prestad atención, señora –dijo La Rochefoucauld–, ya tenemos a mil o mil doscientos hombres comprometidos.

–Yo tomo Saint-Georges con una sola compañía –dijo Claire–. Que me den Navailles, y respondo de todo.

–Hemos de pensarlo –prosiguió la princesa, mientras el señor de La Rochefoucauld, poniendo su sonrisa más despectiva, miraba compasivo a todas aquellas mujeres que razonaban sobre cosas de guerra que ponían en aprietos a los hombres más audaces y emprendedores.

–Os escucho –dijo Lenet–. Venid, señora.

Y Lenet se llevó a la vizcondesa al vano de una ventana.

Claire le contó su secreto al oído, Lenet dejó escapar un grito de alegría.

–En efecto –dijo volviéndose a la princesa–, esta vez, si tenéis a bien dar carta blanca a Mme. de Cambes, Saint-Georges está tomada.

–¿Y cuándo? –preguntó la princesa.

–Cuando se quiera.

–La señora es un gran capitán –dijo La Rochefoucauld con ironía.

–Vos mismo lo juzgaréis, señor duque –respondió Lenet–, cuando entréis triunfante en Saint-Georges sin haber disparado un solo tiro de fusil.

–Entonces daré mi aprobación.

–Entonces –dijo la princesa–, si la cosa es tan segura como decís, que se prepare todo para mañana.

–Será para el día y la hora que plazca a Su Alteza –respondió Mme. de Cambes–; esperaré sus órdenes en mi aposento.

Y diciendo estas palabras, saludó y se retiró a su cuarto. La princesa, que en un instante acababa de pasar de la cólera a la esperanza, hizo lo mismo. Madame de Tourville la siguió. D’Espagnet, después de haber renovado sus muestras de celo, tiró hacia su lado, y el duque se encontró a solas con Lenet.

VII

–Mi querido señor Lenet –dijo el duque–, dado que las mujeres se han apoderado de la guerra, creo que a los hombres les convendría intrigar un poco. He oído hablar de un tal Cauvignac, a quien habéis encargado reclutar una compañía y del que me han dicho que es un hábil compañero. He preguntado si habría algún medio de verle.

–Monseñor, está aguardando –dijo Lenet.

–Que pase entonces.

Lenet tiró del cordón de una campanilla, entró un criado.

–Introducid al capitán Cauvignac –dijo Lenet.

Un momento después, nuestro antiguo conocido apareció en el umbral de la puerta. Pero, siempre prudente, se detuvo allí.

–Acercaos, capitán –dijo el duque–, soy el señor de La Rochefoucauld.

–Monseñor –respondió Cauvignac–, os conozco perfectamente.

–¡Ah!, mejor entonces. ¿Habéis recibido el encargo de reclutar una compañía?

–Está reclutada.

–¿Cuántos hombres tenéis a vuestra disposición?

–Ciento cincuenta.

–¿Bien equipados, bien armados?

–Bien armados, mal equipados. Me he preocupado en primer lugar de las armas, por ser la cosa más esencial. En cuanto al equipamiento, como soy un joven muy desinteresado y me movía sobre todo el amor a los señores príncipes, me faltó el dinero porque sólo he recibido diez mil libras del señor Lenet.

–¿Y con diez mil libras habéis reclutado ciento cincuenta soldados?

–Sí, monseñor.

–Es maravilloso.

–Monseñor, tengo medios que sólo yo conozco y con cuya ayuda actúo.

–¿Y dónde están esos hombres?

–Están ahí; vais a ver la hermosa compañía, monseñor, desde el punto de vista moral sobre todo: todas gentes de calidad, ni un solo plebeyo de la raza plebeya.

El duque de La Rochefoucauld se acercó a la ventana, y vio efectivamente en la calle ciento cincuenta individuos de toda edad, estatura y condición, mantenidos en dos filas por Ferguzon, Barrabás, Carrotel y sus otros dos compañeros vestidos con sus mejores uniformes. Estos individuos parecían infinitamente más una tropa de bandidos que una compañía de soldados.

Como le había dicho Cauvignac, estaban muy andrajosos, pero admirablemente armados.

–¿Habéis recibido alguna orden respecto a vuestros hombres? –preguntó el duque.

–He recibido la orden de llevarlos a Vayres, y sólo espero la confirmación de esta orden por el señor duque para poner toda mi compañía en manos del señor Richon, que la espera.

–Pero ¿no os quedáis en Vayres con ellos?

–Yo, monseñor, tengo por principio no cometer nunca la tontería de encerrarme entre cuatro murallas cuando puedo batir el campo. Nací para llevar la vida de los patriarcas.

–¡Bien!, quedaos si queréis, pero enviad vuestros hombres a Vayres.

–Entonces, ¿forman parte decididamente de la guarnición de esta plaza?

–Sí.

–¿A las órdenes del señor Richon?

–Sí.

–Pero, monseñor –dijo Cauvignac–, ¿qué van a hacer allí mis hombres, si ya hay trescientos más o menos en la plaza?

–Sois demasiado curioso.

–No es curiosidad monseñor, es temor.

–¿Y qué teméis?

–Temo que los condenen a la inacción, y sería molesto; quien deja que una buena arma se oxide obra mal.

–Tranquilizaos, capitán, no se oxidarán; dentro de ocho días tendrán que luchar.

–Pero entonces me los matarán.

–Es probable; a menos que, además de un medio para reclutar soldados, tengáis también un secreto para volverlos invulnerables.

–Oh, no es eso; es que me gustaría que, antes de que me los maten, les pagasen.

–¿No me habéis dicho que habíais recibido diez mil libras?

–Sí; a cuenta. Preguntad al señor Lenet, que es un hombre de orden, de quien estoy seguro que recuerda nuestros acuerdos.

El duque se volvió hacia Lenet.

–Es cierto, señor duque –dijo el irreprochable consejero–. Hemos dado al señor Cauvignac diez mil libras al contado para los primeros gastos; pero le hemos prometido cien escudos por hombre además de esas diez mil libras.

–Entonces –dijo el duque–, ¿son treinta mil libras lo que debemos al capitán?

–Exacto, monseñor.

–Se os darán.

–¿No podríamos hablar en presente, señor duque?

–No, imposible.

–¿Y eso por qué?

–Porque sois amigo nuestro, y los extranjeros deben ser los primeros. Comprenderéis que sólo cuando se teme a la gente es preciso ablandarla.

–¡Excelente máxima! –dijo Cauvignac–. Sin embargo en todos los tratos suele fijarse un plazo.

–Bien, pongamos ocho días –dijo el duque.

–Pongamos ocho días –replicó Cauvignac.

–¿Y si dentro de ocho días no hemos pagado? –dijo Lenet.

-Entonces -dijo Cauvignac-, vuelvo a ser dueño de mi compañía.
-Es muy justo -dijo el duque.
-Hago con ella lo que quiero.
-Claro, puesto que os pertenece.
-Sin embargo... -dijo Lenet.
-¡Da igual! -dijo el duque-, ya que la tendremos encerrada en Vayres.
-No me gusta este tipo de mercado -respondió Lenet sacudiendo la cabeza.
-Sin embargo son muy habituales en Normandía -dijo Cauvignac-; se llama un pacto de retroventa.
-¿De acuerdo entonces? -preguntó el duque.
-Totalmente de acuerdo -respondió Cauvignac.
-¿Y cuándo partirán vuestros hombres?
-Ahora mismo, si lo ordenáis.
-Entonces lo ordeno.
-En tal caso, monseñor, ya están en marcha.

El capitán bajó, dijo dos palabras al oído de Ferguzon, y la compañía Cauvignac, acompañada por todos los curiosos que su extraño aspecto había reunido a su alrededor, avanzó hacia el puerto, donde la esperaban los tres barcos en los que debía remontar el Dordoña hasta Vayres, mientras su jefe, fiel a los principios de libertad expresados un momento antes al duque de La Rochefoucauld, la miraba alejarse amorosamente.

Mientras tanto, la vizcondesa, retirada en su aposento, sollozaba y rezaba.

«¡Ah! -decía-, no he podido salvar del todo el honor, pero al menos salvaré las apariencias. No es preciso que sea vencido por la fuerza, porque lo conozco, vencido por la fuerza morirá defendiéndose; tiene que parecer vencido por la traición. Entonces, cuando sepa lo que he hecho por él, y sobre todo con qué objetivo lo he hecho, por más vencido que esté seguirá bendiciéndome.»

Y, tranquilizada por esta esperanza, se levantó, escribió unas líneas que ocultó en su pecho y pasó al aposento de Madame la princesa, que acababa de mandar llamarla para llevar con ella socorros a los heridos y consuelo y dinero a las viudas y a los huérfanos.

Madame la princesa reunió a todos los que habían formado parte de la expedición. Exaltó en su nombre y en el del señor duque d'Enghien los hechos y gestas de los que se habían distinguido, habló largo rato con Ravailly, quien, el brazo en cabestrillo, le juró que estaba presto a recomenzar al día siguiente, puso su mano sobre el hombro de d'Espagnet diciéndole que los consideraba, a él y a sus valientes bordeleses, como los sostenes más firmes de su partido, y por último animó tan bien todas las imaginaciones que los más desanimados juraban tomarse la revancha y querían volver a la isla Saint-Georges en ese mismo momento.

-No, ahora mismo no -dijo la duquesa-. Descansad este día y esta noche, y pasado mañana os instalarán allí para siempre.

-Ya ves a qué me he comprometido, Claire -dijo la princesa-; a ti te corresponde cumplir en mi nombre con estos valientes.

-Estad tranquila, señora -respondió la vizcondesa-, cumpliré lo que he

prometido.

Esa misma noche, un mensajero partió a toda prisa para Saint-Georges.

VIII

El subterráneo

Al día siguiente, mientras Canolles hacía su ronda de la mañana, Vibrac se acercó a él y le entregó un billete y una llave que un desconocido había traído durante la noche, y que había dejado al teniente de guardia diciendo que no necesitaba respuesta.

Canolles se estremeció al reconocer la letra de Mme. de Cambes, y no abrió la carta sino temblando.

Contenía lo siguiente:

En mi última nota os prevenía que por la noche el fuerte Saint-Georges sería atacado; en ésta os prevengo que mañana el fuerte Saint-Georges será tomado. Como hombre, como soldado del rey, no corréis más riesgo que ser prisionero; pero Mlle. de Lartigues se encuentra en una situación muy diferente, y el odio que sienten por ella es tan grande que no respondería yo de su vida si llega a caer en manos de los bordeleses. Convenedla para que huya, yo os procuraré los medios.

En la cabecera de vuestro lecho, detrás de un tapiz con las armas de los señores de Cambes, a quienes perteneció antaño la isla Saint-Georges, que formaba parte de su dominio y que el difunto señor vizconde de Cambes, mi marido, donó al rey, encontraréis una puerta cuya llave os envío. Es una de las aberturas de un gran paso subterráneo que pasaba por debajo del río¹⁴⁸ y que lleva a la casa solariega de Cambes. Haced que Mlle. Nanon de Lartigues huya por ese pasaje, y si la amáis, huid con ella.

Respondo de su vida con mi honor.

Adiós. Estamos en paz.

VIZCONDESA DE CAMBES

Canolles leyó y relejó la carta, estremeciéndose de horror con cada línea, palideciendo con cada lectura; sin poder profundizar en aquel misterio, sentía que un extraño poder lo envolvía y disponía de él. Aquel subterráneo, que comunicaba la cabecera de su lecho con el castillo de Cambes, y que debía servirle para salvar a Nanon, ¿no habría podido servir, si fuera conocido el secreto de aquel pasaje, para entregar Saint-Georges al enemigo?

Vibrac seguía en el rostro del gobernador las últimas remociones que en él se reflejaban.

–¿Malas noticias, comandante? –preguntó.

–Sí. Parece que volveremos a ser atacados esta noche.

–¡Qué cabezotas! –dijo Vibrac–. Hubiera creído que tenían suficiente con la paliza que les dimos, y que no volveríamos a hablar de ellos antes de ocho días por lo menos.

–No necesito recomendaros la vigilancia más férrea –dijo Canolles.

–Estad tranquilo, comandante. ¿Tratarán de sorprendernos como la última vez?

–No lo sé, pero estemos dispuestos para todo y tomemos las mismas precauciones que entonces tomamos. Acabad la ronda en mi lugar; he de volver para despachar algunas órdenes.

Vibrac hizo un signo de adhesión y se alejó con esa indiferencia militar que sienten por el peligro los hombres que están expuestos a encontrarlo a cada paso.

En cuanto a Canolles, se retiró a su cuarto tomando todas las precauciones posibles para no ser visto por Nanon; y, tras asegurarse bien de que estaba solo, se encerró con llave.

En la cabecera de su lecho estaban las armas de los señores de Cambes, sobre una labor de tapicería rodeada por una especie de cinta de oro.

Canolles levantó la cinta que, al separarse del tapiz, mostró la juntura de una puerta.

Esa puerta se abrió con la ayuda de la llave que la vizcondesa había hecho llegar al joven junto con la carta, y la abertura de un subterráneo se ofreció a los ojos de Canolles, hundiéndose visiblemente en dirección al castillo de Cambes.

Canolles permaneció mudo un instante, el sudor corría por su frente. Aquel pasaje misterioso, que podía no ser el único, lo aterrorizaba a pesar suyo.

Encendió una vela y se dispuso a inspeccionarlo.

Bajó primero veinte escalones rápidamente; luego, por una pendiente más suave, fue hundiéndose en las profundidades de la tierra.

No tardó en oír un ruido sordo que al principio le asustó, por ignorar su causa; pero, al avanzar, reconoció encima de su cabeza el inmenso murmullo del río que llevaba sus aguas hacia el mar.

En la bóveda se habían practicado varias grietas por las que, en distintas épocas, habían debido filtrarse las aguas; pero las grietas, vistas sin duda a tiempo, habían sido taponadas con una especie de cemento que se había vuelto más duro que la piedra que consolidaba.

Durante casi diez minutos Canolles oyó rodar las aguas encima de su cabeza; luego el ruido fue disminuyendo y pronto se convirtió sólo en un murmullo. Por último, ese murmullo también se apagó, lo reemplazó el silencio, y tras cincuenta pasos dados en medio de ese silencio Canolles llegó a una escalera semejante a la que le había servido para bajar y que cerraba en su último escalón una puerta maciza que diez hombres juntos no habrían podido echar abajo y que una espesa placa de hierro volvía resistente al fuego.

«Ahora comprendo –dijo Canolles–. Esperarán a Nanon en esta puerta y la salvarán.»

Canolles volvió sobre sus pasos bajo el río, encontró su escalera, subió a su habitación, clavó de nuevo la cinta y se dirigió muy pensativo al cuarto de Nanon.

IX

Como de costumbre, Nanon estaba rodeada de mapas, de cartas y de libros. La pobre mujer hacía a su manera la guerra civil para el rey. En cuanto vio a Canolles, le tendió la mano apasionadamente.

–El rey viene –dijo ella–, y dentro de ocho días estaremos fuera de peligro.

–Sigue viniendo –dijo Canolles, sonriendo con tristeza–, por desgracia no llega nunca.

–Esta vez estoy bien informada, querido barón, y antes de ocho días estará aquí.

–Por mucha prisa que se dé, Nanon, llegará demasiado tarde para nosotros.

–¿Qué decís?

–Digo que en lugar de quemaros la sangre sobre esos mapas y esos papeles, mejor haríais en pensar en los medios de huir.

–¿Huir? ¿Y por qué?

–Porque tengo malas noticias, Nanon. Se prepara una nueva expedición; esta vez puedo sucumbir.

–Bueno, amigo mío, ¿no estamos de acuerdo en que vuestro destino es mi destino, en que vuestra suerte es la mía?

–No, no puede ser así; yo sería demasiado débil si tuviera miedo por vos. ¿No quisieron en Agen haceros perecer por el fuego? ¿No quisieron tiraros al río? Nanon, por piedad hacia mí no os empeñéis en quedaros, vuestra presencia me haría cometer alguna cobardía.

–Dios mío, Canolles, me asustáis.

–Nanon, os lo suplico, juradme que si soy atacado haréis lo que ordene.

–¡Dios mío! ¿De qué sirve ese juramento?

–Para darme la fuerza de vivir, Nanon; si no prometéis obedecerme ciegamente, os juro que en la primera ocasión me haré matar.

–¡Oh!, todo lo que queráis, Canolles; todo, lo juro por nuestro amor.

–Gracias, querida Nanon, ya estoy más tranquilo. Recoged vuestras joyas más preciosas. ¿Dónde está vuestro oro?

–En un barril rodeado de hierro.

–Preparadlo todo. Que se pueda llevar todo eso con vos.

–¡Oh, Canolles!, sabéis bien que el verdadero tesoro de mi corazón no son mi oro ni mis joyas. ¡Canolles!, todo esto ¿no es para alejarme de vos?

–Nanon, me creéis un hombre de honor, ¿verdad? Bien, palabra de honor que lo que hago sólo me lo ha inspirado el peligro que corréis.

–¿Y creéis seriamente en ese peligro?

–Creo que mañana la isla Saint-Georges será tomada.

–Pero ¿cómo?

–Eso no lo sé, pero estoy convencido.

–¿Y si consiento en huir?

–Haré lo que sea por vivir, Nanon, os lo juro.

–Vos ordenaréis, amigo mío, y yo obedeceré –dijo Nanon tendiendo la mano a Canolles y olvidando en su ardor por mirarle dos gruesas lágrimas que corrían a lo largo de sus mejillas.

Canolles estrechó la mano de Nanon y salió. Si se hubiera quedado un momento más, habría recogido aquellas dos perlas con sus labios; pero puso la mano sobre la carta de la vizcondesa y, como un talismán, esa carta le dio fuerzas para alejarse.

La jornada fue cruel. Aquella amenaza tan positiva: «Mañana la isla de Saint-Georges será tomada», zumbaba sin cesar en los oídos de Canolles. ¿Cómo? ¿Por qué medio? ¿Qué certeza tenía la vizcondesa para hablarle así? ¿Sería atacado por agua? ¿Sería atacado por tierra? ¿Desde qué punto desconocido se cernía aquella desgracia invisible y sin embargo segura? Era como para volverse loco.

Mientras fue de día, Canolles quemó sus ojos al sol, buscando por todas partes enemigos. Por la noche Canolles utilizó sus ojos para sondar las profundidades del bosque, los horizontes de la llanura, las sinuosidades del río: todo fue inútil, no vio nada.

Y cuando la oscuridad cayó por completo, un ala del castillo de Cambes se iluminó; era la primera vez que Canolles veía luz desde que estaba en la isla Saint-Georges. «¡Ah! –dijo–, son los salvadores de Nanon que están en su puesto.» Y suspiró profundamente.

¡Qué extraño y misterioso enigma el que encierra el corazón humano! Canolles ya no amaba a Nanon, Canolles adoraba a Mme. de Cambes, y sin embargo en el momento de separarse de aquella a la que ya no amaba, sentía romperse su alma; sólo cuando estaba lejos de ella o cuando iba a abandonarla sentía Canolles la verdadera fuerza del singular sentimiento que lo empujaba hacia aquella encantadora persona.

Toda la guarnición estaba en pie y velaba en las murallas. Canolles, harto de mirar, interrogaba el silencio nocturno. Nunca la oscuridad había sido más muda ni había parecido más solitaria. Ningún ruido turbaba aquella calma que parecía la del desierto.

De repente a Canolles se le ocurrió la idea de que el enemigo quizá iba a penetrar en el fuerte por el subterráneo que había inspeccionado. Era poco probable, porque en tal caso no le hubieran avisado; pero, a pesar de todo, decidió guardar ese pasaje. Mandó preparar un barril de pólvora con una mecha, escogió al más valiente de los sargentos, hizo rodar el barril hasta el último escalón del subterráneo, encendió una antorcha y la puso en la mano del sargento. A su lado había dos hombres más.

–Si se presentan más de seis hombres por este subterráneo –dijo al sargento–, conmínalos a retirarse; luego, si se niegan, pega fuego a la mecha y haz rodar el barril; como el pasaje está en pendiente, ira a estallar en medio de ellos.

El sargento cogió la antorcha; los dos soldados permanecieron detrás de él, de pie e inmóviles, alumbrados por su reflejo rojizo, mientras a sus pies estaba el barril que contenía la pólvora.

Canolles volvió a subir tranquilo, al menos por ese lado; pero al volver a su cuarto vio a Nanon que, tras haberle visto bajar de la muralla y volver a su cuarto, lo había seguido para tener alguna noticia. Estaba mirando, asustada, aquella abertura abierta que ella no conocía.

–¡Dios mío! –dijo–, ¿qué es esa puerta?

–La del pasaje por el que vas a huir, querida Nanon.

–Me has prometido que no exigirías que te dejase salvo en caso de ataque.

–Y sigo prometiéndotelo.

–Todo parece muy tranquilo alrededor de la isla, amigo mío.

–Todo parece muy tranquilo dentro también, ¿verdad? Pues bien, sin embargo, a veinte pasos de nosotros hay un barril de pólvora, un hombre y una antorcha. Si el hombre acercase la antorcha al barril de pólvora, en un segundo no quedaría piedra sobre piedra en todo el castillo. ¡Así está todo de tranquilo, Nanon!

La joven palideció.

–¡Me hacéis estremecerme! –exclamó.

–Nanon –dijo Canolles–, llamad a vuestras doncellas, que vengan aquí con vuestros joyeles; vuestro ayuda de cámara, que venga aquí con vuestro dinero. Quizá me engañe, quizá no ocurra nada esta noche; pero no importa, hemos de estar preparados.

–¿Quién vive? –gritó la voz del sargento en el subterráneo.

Otra voz respondió, pero sin ningún acento hostil.

–Mirad –dijo Canolles–, vienen a buscaros.

–Todavía no hay ataque, amigo mío; todo está en calma. Dejadme seguir a vuestro lado, no vendrán.

Cuando Nanon acababa de decir estas palabras el grito de «¡Quién vive!» resonó tres veces en el patio interior, y la tercera vez fue seguido de la detonación de un mosquete.

Canolles se lanzó hacia la ventana, que abrió.

–¡A las armas! –gritó el centinela–, ¡a las armas!

Canolles vio en un ángulo una masa negra que se movía; era el enemigo que salía a oleadas por una puerta baja y cimbrada que daba a una bodega que servía de leñera; sin duda en esa bodega, como a la cabecera de Canolles, había alguna salida ignorada.

–¡Ahí están! –gritó Canolles–. ¡Daos prisa, ya están ahí!

En ese mismo momento, la descarga de una veintena de mosquetes respondió al disparo de fusil del centinela. Dos o tres balas fueron a romper los cristales de la ventana que cerraba Canolles.

Él se volvió, Nanon estaba de rodillas.

Por la puerta interior acudían las mujeres y su lacayo.

–¡No hay un instante que perder, Nanon! –exclamó Canolles–. ¡Venid, venid!

Y se llevó a la joven en sus brazos, como hubiera hecho con una pluma. Y se

hundió en el subterráneo gritando a los criados de Nanon que lo siguieran.

El sargento estaba en su puesto con la antorcha en la mano: los dos soldados, con la mecha encendida, estaban preparados para hacer fuego sobre un grupo en cuyo centro aparecía, pálido y haciendo muchos gestos amistosos, nuestro antiguo conocido, maese Pompée.

–¡Ah!, señor Canolles –exclamó–, decíais que somos la gente que esperabais. ¡Qué diablos!, no se hacen bromas así a los amigos.

–Pompée –dijo Canolles–, os encomiendo a la señora. Alguien que vos conocéis me ha respondido de ella por su honor; vos me responderéis con vuestra cabeza.

–Sí, sí, respondo de todo –dijo Pompée.

–Canolles, Canolles, ¡no os dejo! –exclamó Nanon aferrándose al cuello del joven–. Canolles, habéis prometido seguirme.

–He prometido defender el fuerte Saint-Georges mientras quede una piedra en pie, y voy a cumplir mi promesa.

Y, a pesar de los gritos, llantos y súplicas de Nanon, Canolles la entregó en las manos de Pompée quien, secundado por dos o tres lacayos de Mme. de Cambes y del propio séquito de la fugitiva, la arrastró a las profundidades del subterráneo.

Canolles siguió con los ojos un instante aquel dulce y blanco fantasma que se alejaba con los brazos tendidos hacia él. Pero de pronto recordó que lo esperaban en otra parte y se lanzó hacia la escalera gritando al sargento y a los dos soldados que lo siguieran.

Vibrac estaba en la habitación, sin sombrero, pálido y con la espada en la mano.

–¡Comandante! –exclamó al ver a Canolles–, ¡el enemigo, el enemigo!

–Lo sé.

–¿Qué hay que hacer?

–Pardiez, bonita pregunta: hacernos matar.

Canolles se lanzó hacia el patio. Mientras corría vio un hacha de zapador y se apoderó de ella.

El patio estaba lleno de enemigos; sesenta soldados de la guarnición, agrupados, trataban de defender la puerta de las dependencias de Canolles. Del lado de las murallas venían gritos y disparos anunciando que en todas partes se había entablado el combate.

–¡El comandante! ¡El comandante! –gritaron los soldados al ver a Canolles.

–¡Sí, sí! –respondió éste–, el comandante, que viene a morir con vosotros. ¡Vamos, amigos míos, valor! Os han tomado a traición porque no podían venceros.

–En la guerra todo vale –dijo la voz burlona de Ravailly, que con el brazo en cabestrillo animaba a sus hombres a apoderarse de Canolles–. Ríndete, Canolles, ríndete, y te harán un buen arreglo.

–¡Ah, eres tú, Ravailly! –exclamó Canolles–. Creo sin embargo haberte pagado mi deuda de amistad. ¿No estás contento? Espera...

Y Canolles, saltando cinco o seis pasos hacia delante, lanzó a Ravailly el hacha que tenía en la mano con tanta fuerza que fue a partir en dos, cerca del capitán de Navailles, el casco y la gola de un oficial de los burgueses, que cayó muerto.

–¡Maldita sea! –dijo Ravailly–, ¡vaya forma de responder a las cortesías que se te

hacen! Sin embargo, debería estar acostumbrado a tus modales. Amigos míos, está rabioso, ¡fuego sobre él, fuego!

A esta orden, una vigorosa descarga partió de las filas enemigas, y cinco o seis hombres cayeron al lado de Canolles.

–¡Fuego! –gritó éste a su vez–. ¡Fuego!

Pero apenas si respondieron tres o cuatro disparos de mosquete. Sorprendidos en el momento que menos lo esperaban, turbados por la noche, los soldados de Canolles habían perdido el ánimo.

Canolles vio que no había nada que hacer.

–¡Volved! –dijo a Vibrac–, volved, y haced que entren vuestros hombres. Nos atrincheraremos y no nos rendiremos a menos que nos tomen al asalto.

–¡Fuego! –repitieron dos voces que eran las de d’Espagnet y de La Rochefoucauld–. Acordaos de vuestros camaradas muertos que claman venganza. ¡Fuego!

Y el huracán de hierro silbó de nuevo alrededor de Canolles, sin alcanzarlo, pero diezmándolo por segunda vez su pequeña tropa.

–¡Retirada! –dijo Vibrac–, ¡retirada!

–¡A ellos! ¡A ellos! –gritó Ravailly–. ¡Adelante, amigos míos, adelante!

Los enemigos se lanzaron sobre ellos. Canolles, con una decena de hombres a lo sumo, sostuvo el choque; había recogido el fusil de un soldado muerto y se servía de él como de una maza.

Sus compañeros retrocedieron y él fue el último en entrar con Vibrac.

Entonces los dos se lanzaron contra la puerta, que consiguieron cerrar a pesar de los esfuerzos de los asaltantes, y que atrancaron con una enorme barra de hierro.

Las ventanas estaban enrejadas.

–¡Hachas, palancas, un cañón si es preciso! –gritó la voz del duque de La Rochefoucauld–. Tenemos que cogerlos a todos, muertos o vivos.

Un fuego espantoso siguió a estas palabras; dos o tres balas agujerearon la puerta, una de ellas le partió el muslo a Vibrac.

–A fe, mi comandante, que ya tengo mi merecido –dijo–. Tratad ahora de conseguir el vuestro; a mí esto ya no me incumbe.

Y se dejó caer junto a la muralla, porque ya no podía mantenerse de pie.

Canolles miró a su alrededor: aún había una docena de hombres en condiciones de resistir; el sargento que había puesto de plantón en el subterráneo estaba entre ellos.

–La antorcha –le dijo–. ¿Qué has hecho de la antorcha?

–A fe, comandante, que la tiré junto al barril.

–¿Arde todavía?

–Es probable.

–Bien. Haz salir a todos estos hombres por las puertas, por las ventanas de atrás. Consigue para ellos y para ti el mejor acuerdo al que puedas llegar: el resto me atañe a mí.

–Pero, mi comandante...

–Obedece.

El sargento inclinó la cabeza e hizo seña a sus hombres de seguirlo. Al punto desaparecieron todos por los aposentos interiores; habían comprendido la intención de Canolles y no estaban interesados en saltar con él.

Canolles prestó oído un instante; machacaban la puerta a golpes de hacha, lo cual no impedía que la fusilería siguiera descargando; disparaban al azar contra las ventanas, tras las que se suponía que podían estar emboscados los asediados.

De repente, un gran tumulto anunció que la puerta había cedido, y Canolles oyó el gentío que se lanzaba al interior del castillo con gritos de alegría. «¡Bien, bien! –murmuró–, dentro de cinco minutos esos gritos de alegría serán aullidos de desesperación», y se lanzó hacia la galería subterránea.

Pero encima del barril había un joven sentado, con la antorcha a sus pies y la cabeza apoyada en sus dos manos.

Al ruido, el joven alzó la cabeza, y Canolles reconoció a Mme. de Cambes.

–¡Ah! –exclamó ella levantándose–, ¡por fin estáis aquí!

–¡Claire! –murmuró Canolles–, ¿qué venís a hacer aquí?

–A morir con vos, si vos queréis morir.

–Estoy deshonorado, perdido, tengo que morir.

–Estáis a salvo y sois glorioso, ¡estáis a salvo por mí!

–¡Perdido por vos! ¿Los oís? Ya vienen, están ahí. Huid, Claire, huid por este subterráneo; tenéis cinco minutos, más de los que necesitáis.

–No huyo, me quedo.

–Pero ¿sabéis por qué he bajado aquí? ¿Sabéis lo que iba a hacer?

Madame de Cambes recogió la antorcha y la acercó al barril de pólvora.

–Lo sospecho –dijo.

–¡Claire! –exclamó Canolles asustado–. ¡Claire!

–Repetid una vez más que queréis morir, y moriremos juntos.

La figura pálida de la vizcondesa indicaba tal resolución que Canolles comprendió que estaba a punto de hacer lo que decía; se detuvo.

–Pero, en última instancia, ¿qué queréis? –dijo él.

–Quiero que os rindáis.

–¡Nunca! –dijo Canolles.

–El tiempo es precioso –continuó la vizcondesa–, rendíos. Os ofrezco la vida, os ofrezco el honor, puesto que os doy la excusa de la traición.

–Dejadme huir entonces, iré a poner mi espada a los pies del rey y a pedirle la ocasión de tomarme la revancha.

–No huiréis.

–¿Por qué no?

–Porque yo no puedo vivir así, porque no puedo vivir separada de vos; porque os amo.

–¡Me rindo, me rindo! –exclamó Canolles precipitándose a las rodillas de Mme. de Cambes y arrojando lejos de ella la antorcha que la joven sostenía en la mano¹⁴⁹.

«¡Oh! –murmuró la vizcondesa–, esta vez le tengo y no me lo volverán a quitar.»

Había una cosa extraña, y que sin embargo puede explicarse: el amor obraba de

una forma muy opuesta en aquellas dos mujeres.

Madame de Cambes, contenida, dulce, tímida, se había vuelto decidida, audaz y fuerte.

Nanon, caprichosa y voluntariosa, se había vuelto tímida, dulce y contenida.

Es que Mme. de Cambes se sentía más amada cada vez por Canolles.

Es que Nanon sentía que cada día menguaba el amor de Canolles.

X

Esta segunda entrada del ejército de los príncipes en Burdeos fue muy distinta de la primera. En esta ocasión había laureles para todo el mundo, incluso para los vencidos.

La delicadeza de Mme. de Cambes había reservado buena parte de ellos para Canolles, que tan pronto como franqueó la barrera al lado de su amigo Ravailly, al que había estado a punto de matar dos veces, fue rodeado como un gran capitán y felicitado como un valiente soldado.

Los vencidos de la antevíspera, y sobre todo los que habían recibido alguna herida en el combate, habían conservado cierto rencor hacia su vencedor. Pero Canolles era tan bueno, tan apuesto, tan sencillo, soportaba tan alegre y dignamente al mismo tiempo su nueva posición, había sido rodeado por un cortejo de amigos tan solícito, y los oficiales y soldados del regimiento de Navailles lo elogiaban tanto como capitán y como gobernador de la isla Saint-Georges que los bordeleses olvidaron muy pronto. Además, tenían que pensar en otra cosa muy distinta.

El señor de Bouillon llegaba al día siguiente o dos días más tarde, y las noticias más precisas anunciaban que, dentro de ocho días a más tardar, el rey estaría en Libourne.

Madame de Condé se moría de envidia viendo a Canolles; lo miró pasar escondida tras la cortina de su ventana y le encontró un aspecto totalmente seductor, que respondía de maravilla a la reputación que amigos y enemigos le prestaban.

Madame de Tourville, contrariamente a la opinión de Madame la princesa, pretendió que carecía de distinción. Lenet afirmó que lo consideraba un hombre galante, y el señor de La Rochefoucauld se contentó con decir:

—¡Ah, ah!, ahí tenemos al héroe.

Asignaron un alojamiento a Canolles en la gran fortaleza de la ciudad, en el Château-Trompette. De día, gozaba de total libertad para pasear por la ciudad, acudir a sus asuntos o dejarse llevar por sus placeres. Con la retreta volvía, todo ello bajo palabra de honor de no tratar de escaparse y de no mantener correspondencia con el exterior.

Antes de hacer este último juramento, Canolles había pedido permiso para escribir cuatro líneas, y le fue concedido; había hecho llegar a Nanon la siguiente carta:

Prisionero, pero libre en Burdeos bajo mi palabra de no mantener correspondencia con el exterior, os escribo estas pocas líneas, querida Nanon, para confirmaros mi amistad, de la que podría haceros

dudar mi silencio. Confío en vos para defender mi honor ante el rey y la reina.

BARÓN DE CANOLLES

En estas condiciones, muy dulces como se ve, podía reconocerse la influencia de Mme. de Cambes.

Antes de que Canolles pudiera terminar con todas las comidas, con todas las fiestas que le daban sus amigos, pasaron cinco o seis días; se lo encontraba constantemente con Ravailly, que paseaba con el brazo izquierdo cogido del brazo derecho de Canolles y el brazo derecho en cabestrillo. Cuando el tambor batía y los bordeleses salían para alguna expedición o corrían a algún motín, todos estaban seguros de ver en el camino a Canolles, con Ravailly del brazo, o solo, con las manos a la espalda, lleno de curiosidad, sonriente e inofensivo.

Por lo demás, desde su llegada no había visto a Mme. de Cambes sino raramente, y apenas había hablado con ella; a la vizcondesa parecía bastarle que Canolles hubiera dejado de estar cerca de Nanon, y era feliz teniéndolo, como había dicho, a su lado. Entonces Canolles le había escrito para quejarse dulcemente, y ella había hecho que lo recibieran en una o dos casas de la ciudad con esa protección invisible a los ojos pero palpable al corazón, por así decir, de la mujer que ama sin que quiera que se adivine.

Pero había más: por mediación de Lenet, Canolles había recibido permiso para cortejar a Mme. de Condé, y el apuesto prisionero aparecía por allí algunas veces, zumbando y coqueteando alrededor de las mujeres de Madame la princesa.

Por lo demás, no había hombre que pareciera más desinteresado de los asuntos políticos que Canolles: ver a Mme. de Cambes, cambiar algunas palabras con ella, si no podía conseguir hablarle, recoger su gesto afectuoso, estrecharle la mano cuando ella subía a una carroza, y, por más hugonote que fuera, ofrecerle agua bendita en la iglesia: ése era el gran asunto de los días del prisionero.

Por la noche, él pensaba en el gran asunto del día.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo esa distracción no fue suficiente para Canolles. Y, comprendiendo la exquisita delicadeza de Mme. de Cambes, que temía más aún por el honor del prisionero que por el suyo propio, trató de aumentar el círculo de sus distracciones. En primer lugar, se batió con un oficial de la guarnición y con dos burgueses, cosa que siempre lo mantenía entretenido unas horas. Pero como desarmó a uno de sus adversarios e hirió a los otros dos, no tardó en quedarse sin esa distracción, por falta de gente dispuesta a entretenerlo.

Luego tuvo una o dos conquistas; no era de extrañar; además de que Canolles, como hemos dicho, era un joven muy apuesto, desde que estaba prisionero se había vuelto interesante a más no poder. Durante tres días enteros y toda la mañana del cuarto, se había hablado de su cautiverio; era casi tanto como el del príncipe.

Cierto día que Canolles esperaba ver a Mme. de Cambes en la iglesia, y que Mme. de Cambes, quizá por temor a encontrarse con él, no había ido, Canolles, fiel en su puesto junto a la columna, ofreció el agua bendita a una encantadora dama a la que veía por primera vez. No era culpa de Canolles, sino de Mme. de Cambes; si la

vizcondesa hubiera acudido, sólo habría pensado en ella, no habría visto a nadie más que a ella y sólo a ella le habría ofrecido agua bendita.

Ese mismo día, mientras Canolles se preguntaba quién podía ser aquella encantadora morena, recibió una carta invitándolo a pasar la velada en casa del abogado general Lavie, el mismo que había querido oponerse a la entrada de Madame la princesa, que, en su calidad de sostén de la autoridad real, era casi tan detestado como el señor d'Épernon. Canolles, que sentía cada vez más la necesidad de distraerse, aceptó agradecido la invitación y, a las seis, se dirigió a casa del abogado general.

La hora puede parecer extraña a nuestros modernos leones, pero había dos motivos para que Canolles se dirigiese tan temprano a la invitación del señor abogado general: la primera es que, en esa época, como se almorzaba a mediodía, las veladas empezaban infinitamente menos tarde; la segunda es que, como Canolles volvía regularmente al Château-Trompette¹⁵⁰ a las nueve y media a más tardar, tenía que llegar de los primeros si quería hacer algo más que un simple acto de presencia.

Al entrar en el salón Canolles lanzó un grito de alegría: Mme. Lavie no era sino la encantadora morena a la que tan galantemente había ofrecido agua bendita aquella misma mañana.

Canolles fue acogido en los salones del abogado general como realista que ha pasado las pruebas de aptitud. Nada más hacerse la presentación, fue rodeado de homenajes capaces de aturdir a cualquiera de los Siete Sabios de Grecia¹⁵¹. Se comparó su defensa, durante el primer ataque, con la de Horacio Cocles¹⁵², y su derrota con la toma de Troya, arruinada por los ardides de Ulises.

–Mi querido señor de Canolles –le dijo el abogado general–, sé de buena fuente que se ha hablado de vos en la corte y que vuestra hermosa defensa os ha cubierto de gloria; tanto que la reina ha jurado que os cambiaría en cuanto pudiera, y que el día en que entréis a su servicio será con el grado de maestro de campo o brigadier. Ahora, ¿queréis ser cambiado?

–A fe, señor –respondió Canolles lanzando una mirada mortífera a Mme. Lavie–, os juro que mi mayor deseo es que la reina no tenga prisa; tendría que cambiarme por dinero o por un buen militar. Yo no valgo ese gasto ni merezco ese honor. Esperaré a que Su Majestad haya tomado Burdeos, donde me encuentre de maravilla; entonces, me tendrá por nada.

Madame Lavie sonrió con gracia.

–¡Diablos! –dijo su marido–, habláis con mucha tibieza de vuestra libertad, barón.

–¿Y por qué había de acalorarme? –dijo Canolles–. ¿Creéis que ha de resultarme agradable volver al servicio activo para encontrarme expuesto a matar todos los días a alguno de mis amigos?

–Pero ¿qué vida lleváis aquí? –prosiguió el abogado general–. Una vida indigna de vuestro mérito, extraño a todo consejo, a toda empresa, obligado a ver a los demás sirviendo a la causa a la que pertenecen, mientras que vos os cruzáis de brazos. Inútil, ofendido, así es como estáis; la situación debe de pesaros.

Canolles miró a Mme. Lavie, que miraba hacia él.

–No –replicó–, os equivocáis y no me aburro en absoluto. Vos os ocupáis de política, cosa muy aburrida, yo me dedico al amor, que es algo muy divertido. Vos sois, unos, servidores de la reina, otros, servidores de la princesa. Yo, en cambio, no estoy unido a una soberana en exclusiva, soy el esclavo de todas las mujeres.

Esta respuesta fue apreciada, y la dueña de la casa expresó su opinión sobre ella con una sonrisa.

No tardaron en organizarse las partidas. Canolles se puso a jugar. Madame Lavie entró a medias en su juego contra su marido, que perdió quinientas pistolas.

Al día siguiente, al pueblo, no sé por qué motivo, se le ocurrió organizar un motín. Un partidario de los príncipes, más fanático que los demás, propuso ir a romper a pedradas los cristales de Mme. Lavie. Una vez rotos los cristales, otro propuso pegar fuego a la casa. Corrían ya con las antorchas cuando llegó Canolles con un destacamento del regimiento de Navailles, puso a Mme. Lavie a salvo y arrancó a su marido de las manos de una docena de enloquecidos que, al no poder quemarlo, querían cuando menos ahorcarlo.

–¡Muy bien, señor hombre de acción! –dijo Canolles al abogado general que estaba pálido de miedo–, ¿qué pensáis ahora de mi ocio? ¿No hago mejor quedándome sin hacer nada?

Tras lo cual volvió al Château-Trompette, dado que sonaba la retreta. Al llegar a su cuarto encontró encima de su velador una carta cuya forma hizo palpar su corazón y cuya letra lo hizo estremecerse.

Era la letra de Mme. de Cambes.

Canolles abrió enseguida la carta y leyó:

Mañana estad solo en la iglesia de los Carmelitas¹⁵³ hacia las seis de la tarde, y meteos en el primer confesionario de la derecha, según entráis. Encontraréis su puerta abierta.

«¡Vaya! –pensó Canolles–, sí que es original la idea.»

Había una posdata:

No os jactéis –decía– de ir a donde estuvisteis ayer y hoy: Burdeos no es una ciudad realista, pensadlo, y que el destino que de no ser por vos iba a sufrir el señor abogado general os haga reflexionar.

«¡Bueno! –dijo Canolles–. ¡Está celosa! Hice bien, diga lo que ella diga, de ir ayer y hoy a casa del señor Lavie.»

XI

Hay que decir que, desde su llegada a Burdeos, Canolles había pasado por todos los tormentos del amor desdichado. Había visto a la vizcondesa mimada, rodeada, adulada, sin haber podido mostrarse asiduo con ella, y por todo consuelo se había visto obligado a coger al paso alguna mirada robada por Claire a la investigación de los maledicentes. Tras la escena del subterráneo, tras las ardientes palabras cambiadas entre la vizcondesa y él en aquel momento supremo, aquel estado de cosas ya no le parecía frialdad siquiera, sino hielo. Sin embargo, como en el fondo de aquella frialdad Canolles sentía que era verdadera y profundamente amado, había tomado la decisión de ser el más infortunado de los amantes felices. Después de todo, era fácil. Gracias a la palabra que se le había hecho dar de no mantener correspondencia con el exterior, había relegado a Nanon a ese rincón de la conciencia destinada a los remordimientos enamorados. Pero como no tenía noticia alguna de la joven, y, por consiguiente, se ahorra el hastío que siempre causa el combate, es decir, el recuerdo palpable de la mujer a quien uno es infiel, sus remordimientos no eran demasiado insoportables.

Sin embargo, a veces, en el momento en que la sonrisa más jovial iluminaba el rostro del joven, en el momento en que su voz rebosaba de frases ingeniosas y alegres, una nube pasaba de improviso por su frente y un suspiro escapaba, si no de su corazón, al menos de sus labios. Ese suspiro era por Nanon; esa nube era el recuerdo de los tiempos pasados, que proyectaban su sombra en el presente.

Madame de Cambes había observado esos segundos de tristeza; sus ojos habían sondado todas las profundidades del corazón de Canolles, y había llegado a la conclusión de que no podía dejarlo abandonado a sí mismo de aquel modo. Entre un antiguo amor que no se había extinguido del todo, y una nueva pasión que podía nacer, el excedente de esa ardiente savia, consumida en el pasado por las ocupaciones militares y por la representación de un cargo elevado, podía convertir en elemento contrario aquel amor tan puro que ella trataba de inspirarle. Por otra parte, sólo trataba de ganar tiempo a fin de que el recuerdo de tantas aventuras novelescas se borrara, o casi, después de haber mantenido despierta la curiosidad de todos los cortesanos de la princesa. Quizá Mme. de Cambes se equivocaba; quizá confesando en voz alta su amor habría conseguido que se hubieran ocupado menos de él, o que se hubieran ocupado menos tiempo.

Pero el que de entre todos seguía con más atención y éxito los progresos de aquella misteriosa pasión era Lenet. Durante un tiempo, su observadora mirada había reconocido la existencia del amor sin identificar su objeto. Ciertamente, no había adivinado la concreta situación de aquel amor, ignoraba si era solitario o compartido; sólo que Mme. de Cambes, trémula e indecisa a veces, otras veces firme y decidida, casi siempre indiferente a los placeres que se disfrutaban a su

alrededor, le había parecido herida de veras en el corazón. De repente, aquel ardor que ella había mostrado por la guerra se había apagado, ya no temblaba ni se mostraba firme, indecisa o decidida; estaba pensativa, sonriendo sin motivo, llorando sin causa, como si sus labios y sus ojos respondieran a las variaciones de su pensamiento, a los impulsos opuestos de su mente. Hacía seis o siete días que tal cambio se había operado; hacía seis o siete días que Canolles estaba prisionero. No había duda, Canolles era desde luego el objeto de aquel amor.

Lenet, por lo demás, estaba totalmente dispuesto a favorecer un amor que podía proporcionar un día tan valiente defensor a Madame la princesa.

El señor de La Rochefoucauld quizá había avanzado más que Lenet en la exploración del corazón de Mme. de Cambes. Pero sus gestos, sus ojos, su boca decían con tanta exactitud sólo lo que les permitía decir que nadie habría podido afirmar si sentía amor u odio por Mme. de Cambes. En cuanto a Canolles, no le hablaba, no le miraba, no le tenía en cuenta más que si no hubiera existido, pero guerreaba más que nunca, presentándose como héroe –pretensión en la que era secundado por un valor a toda prueba y por una auténtica pericia militar–, y dando cada día más importancia a su posición de teniente del generalísimo. El señor de Bouillon, por el contrario, frío, misterioso, calculador y admirablemente servido en su política por unos ataques de gota que a veces se presentaban con tal oportunidad que uno sentía la tentación de negar su realidad, seguía negociando, disimulaba lo más posible, por no poder acostumbrarse al abismo que separaba a Mazarino de Richelieu, temiendo siempre por su cabeza que había estado a punto de perder en el mismo cadalso que Cinq-Mars¹⁵⁴, y que sólo había rescatado entregando Sedan, su ciudad, y renunciando, si no de hecho al menos de derecho, a su calidad de príncipe soberano.

En cuanto a la ciudad, se veía arrastrada por el torrente de costumbres galantes que rebosaba por todos lados sobre ella. Entre dos fuegos, entre dos muertes, entre dos ruinas, los bordeleses estaban tan poco seguros del día siguiente que tenían que endulzar como fuese aquella precaria existencia que podía contar el futuro sólo por segundos.

Se acordaban de La Rochelle, devastada antaño por Luis XIII, y la profunda admiración de Ana de Austria por ese hecho de armas; ¿por qué Burdeos no había de ofrecer al odio y a la ambición de aquella princesa una segunda edición de La Rochelle?

Seguían olvidando que quien se alzaba por encima de las cabezas y de las murallas demasiado altas terminaba muerto, y que el cardenal de Mazarino era apenas la sombra del cardenal de Richelieu.

Por lo tanto, todos y cada uno se dejaban llevar, y ese vértigo se apoderaba de Canolles como del resto; es cierto también que a veces empezaba a dudar de todo, y en sus ataques de escepticismo dudaba del amor de Mme. de Cambes lo mismo que del resto de las cosas de este mundo. En esos momentos, Nanon se agrandaba en su corazón, más tierna y más afectuosa por su ausencia misma. En esos momentos, si hubiera aparecido ante sus ojos, Canolles, espíritu inconstante como era, habría caído a los pies de Nanon.

En medio de todas estas incoherencias de pensamiento, que sólo pueden comprender los corazones que se han encontrado entre dos amores, Canolles recibió la carta de la vizcondesa. No hay que decir que cualquier otra idea desapareció en ese mismo instante. Tras haber leído la carta, no comprendía que hubiera podido amar alguna vez a otra que no fuera Mme. de Cambes; después de haberla releído creyó que nunca había amado a nadie más que a ella.

Canolles pasó una de esas noches febriles que queman y sosiegan a la vez, cuando la felicidad hace de contrapeso del insomnio. Aunque apenas había pegado ojo en toda la noche, al amanecer ya estaba levantado.

Es de todos conocida la forma en que los enamorados pasan las horas que preceden a una cita: mirando el reloj, corriendo de acá para allá, y yendo a dar quebraderos de cabeza a sus más queridos amigos, a quienes ni siquiera dan las gracias. Canolles hizo todas las locuras que exigía su estado.

A la hora exacta (entraba por vigésima vez en la iglesia), fue al confesionario, que estaba abierto. A través de las vidrieras sombrías que filtraban los rayos del sol poniente, todo el interior del monumento religioso se iluminaba con esa misteriosa luz tan dulce para quienes rezan y para quienes aman. Canolles hubiera dado un año de su vida por no perder una esperanza en ese momento.

Canolles miró a su alrededor para asegurarse bien de que la iglesia estaba desierta, escrutó con los ojos cada capilla; luego, cuando quedó convencido de que nadie podía verlo, entró en el confesionario, que cerró a su espalda.

XII

Un instante después, Claire, envuelta en una espesa capa, apareció en la puerta y dejó fuera a Pompée de centinela; luego, tras asegurarse a su vez de que no corría peligro de ser vista, fue a arrodillarse en uno de los reclinatorios del confesionario.

–Al fin –dijo Canolles–, ¡sois vos, señora! ¡Por fin os habéis apiadado de mí!

–Era necesario, puesto que os perdíais –respondió Claire, muy turbada por decir, en el tribunal de la verdad, una mentira muy inocente, pero que no dejaba de ser una mentira.

–O sea, señora –dijo Canolles–, que es a un simple sentimiento de conmiseración al que debo el beneficio de vuestra presencia. ¡Oh!, admitiréis que tenía derecho a esperar algo mejor de vos.

–Estamos hablando en serio –dijo Claire tratando inútilmente de reafirmar su voz emocionada–, y como conviene hacerlo en un lugar sagrado; os perdíais, repito, yendo a casa del señor Lavie, enemigo jurado de la princesa. Ayer, Mme. de Condé lo supo por el señor de La Rochefoucauld, que se entera de todo, y dijo estas palabras que me asustaron: «Si hemos de temer también los complots de nuestro prisionero, habrá que poner severidad donde hemos puesto indulgencia. En las situaciones precarias se precisan decisiones vigorosas; y no sólo estamos dispuestos a tomarlas, sino decididos a ejecutarlas».

La vizcondesa pronunció estas palabras con una voz más firme; le parecía que, gracias al pretexto, Dios disculparía la acción. Era una especie de sordina que ponía a su conciencia.

–No soy caballero de Su Alteza, señora –respondió Canolles–, lo soy vuestro, y nada más; a vos me he rendido, sólo a vos; ya conocéis en qué circunstancia y con qué condición.

–No creía que hubiera habido condiciones –dijo Claire.

–De boda, quizá no, pero sí de corazón. ¡Ah!, señora, después de lo que me dijisteis, después de la dicha que me dejasteis vislumbrar, ¡después de las esperanzas que me habíais dado!... ¡Ah!, señora, admitid francamente que habéis sido muy cruel.

–Amigo mío –dijo Claire–, ¿tenéis derecho a reprocharme que haya cuidado de vuestro honor como si fuera el mío? ¿Y no comprendéis, debo confesároslo porque desde luego no lo adivinaríais, no adivináis que yo he sufrido tanto como vos, más que vos puesto que no he tenido la fuerza de soportar ese sufrimiento? Escuchadme pues, y que mis palabras, que salen de lo más profundo de mi corazón, entren en lo más profundo del vuestro. Amigo mío, ya os lo he dicho, he sufrido más que vos, porque me obsesionaba un miedo, miedo a que no pudierais resistir, pues sabéis de sobra que sólo os amo a vos. Permaneciendo aquí, ¿añoráis algo a la que no está, y en los sueños de vuestro futuro tenéis alguna esperanza

que no sea yo?

–Señora –dijo Canolles–, apeláis a mi sinceridad, y voy a hablaros sinceramente: sí, cuando me abandonáis a mis dolorosas reflexiones, cuando me dejáis solo frente al pasado, cuando con vuestra ausencia me condenáis a vagar por los garitos con esos necios emplumados que cortejan a sus pequeñas burguesas, cuando me evitáis con la mirada o me hacéis pagar tan cara una palabra, un gesto, una mirada de la que tal vez soy indigno, sí, me odio por no haber muerto en combate, me reprocho haberme rendido, siento añoranza y tengo remordimientos.

–¿Remordimientos?

–Sí, señora, remordimientos, porque tan cierto como que Dios está en este sagrado altar ante el que os digo que os amo, en esta hora hay una mujer que llora, que gime, que daría su vida por mí, y sin embargo se dice que yo soy un cobarde o un traidor.

–¡Oh, caballero!

–Sin duda, señora: ¿no me había hecho ella todo lo que soy? ¿No tenía mi palabra de salvarla?

–Pero si también la salvasteis, según creo...

–Sí, de los enemigos que hubieran podido torturarla, pero no de la desesperación que desgarró su corazón si esa mujer sabe que me he rendido a vos.

Claire agachó la cabeza y suspiró.

–¡Ah, no me amáis! –dijo.

Canolles suspiró a su vez.

–No quiero tentaros, caballero –prosiguió ella–, no quiero hacer que perdáis una amiga que vale más que yo; sin embargo, como sabéis, también yo os amo. Venía a pedir un amor muy fiel, muy exclusivo; venía a deciros: «Soy libre, aquí tenéis mi mano». Os la ofrezco, porque yo no tengo a nadie que oponeros, porque no conozco a nadie superior a vos.

–¡Ah, señora! –exclamó Canolles–, ¡me embelesáis, me hacéis el más feliz de los hombres!

–¡Oh! –dijo ella en tono triste–, vos, caballero, no me amáis.

–Os amo, os adoro, pero lo que he sufrido por vuestro silencio y vuestra reserva no puede expresarse.

–¡Dios mío!, ¿pero es que los hombres no adivinan nada? –respondió Claire alzando sus bellos ojos al cielo–. ¿No habéis comprendido que no quería hacer que jugarais un papel ridículo, que no quería que pudiera creerse que la rendición de SaintGeorges era algo arreglado entre nosotros? No, quería que, canjeado por la reina o rescatado por mí, me pertenecieseis sin reserva. ¡Ay!, no habéis querido esperar.

–¡Oh!, ahora, señora, esperaré. Una hora como ésta, una promesa de vuestra dulce voz que me diga que me amáis, y esperaré horas, días, años...

–¡Todavía amáis a Mlle. de Lartigues! –replicó Mme. de Cambes sacudiendo la cabeza.

–Señora –respondió Canolles–, si os dijera que sólo siento por ella una amistad agradecida, mentiría; creedme, tomadme con ese sentimiento. Os doy todo el amor

que puedo dar, y es mucho.

–¡Ay! –dijo Claire–, no sé si debo aceptar, porque dais muestras de un corazón muy generoso, pero también muy amante.

–Escuchad –prosiguió Canolles–, moriría por ahorraros una lágrima, y hago llorar sin conmovirme a la que citáis; pobre mujer, ella tiene enemigos, y los que no la conocen la maldicen. En cambio vos, sólo tenéis amigos; quienes no os conocen os respetan, quienes os conocen os aman; juzgad pues la diferencia de esos dos sentimientos, uno está regido por mi conciencia, el otro por mi corazón.

–Gracias, amigo mío. Pero quizá cedéis a un impulso de atracción producido por mi presencia, y del que podríais arrepentiros. Sopesad mis palabras. Os doy hasta mañana para responder. Si queréis mandar decir algo a Mlle. de Lartigues, si queréis reuniros con ella, sois libre, Canolles, os tomaré de la mano y yo misma os guiaré fuera de las puertas de Burdeos.

–Señora –respondió Canolles–, es inútil esperar a mañana, os lo digo con un corazón ardiente, pero con la cabeza fría. Os amo, sólo os amo a vos, nunca amaré a nadie más que a vos.

–¡Ah, gracias, gracias, amigo mío! –exclamó Claire haciendo deslizar la rejilla y pasando su mano por la abertura–. Mi mano es vuestra, vuestro es mi corazón.

Canolles cogió aquella mano que cubrió de besos.

–Pompée me hace seña de que debo salir –dijo Claire–. Sin duda van a cerrar la iglesia. Adiós, amigo mío, o mejor, hasta luego. Mañana sabréis lo que quiero hacer por vos, es decir por nosotros. Mañana vos seréis feliz porque yo seré feliz.

Y, como no podía dominar el sentimiento que la arrastraba hacia el joven, atrajo la mano de Canolles hacia ella, besó la punta de sus dedos y huyó deprisa, dejando a Canolles feliz como los ángeles cuyos celestiales conciertos parecían tener un eco en su corazón.

XIII

Mientras tanto, como Nanon había dicho, el rey, la reina, el cardenal y el señor de La Meilleraye se habían puesto en marcha para castigar a la ciudad rebelde que había osado tomar abiertamente el partido de los príncipes; se acercaban despacio, pero se acercaban.

Al llegar a Libourne, el rey recibió una diputación de bordeleses que iban a asegurarle su respeto y su adhesión; en el estado en que estaban las cosas la seguridad era extraña. Por eso la reina recibió a los embajadores desde la cima de su altura austriaca.

–Caballeros –dijo–, vamos a proseguir nuestro camino por Vayres; por lo tanto pronto podremos juzgar por nosotros mismos si vuestro respeto y vuestra adhesión son tan sinceros como decís.

Ante esa palabra de Vayres, los diputados, informados sin duda de alguna circunstancia ignorada por la reina, se miraron con una especie de inquietud. Ana de Austria, a la que no se le escapaba nada, no dejó de observar aquella mirada.

–Vamos inmediatamente a Vayres –dijo–; la plaza es buena, según nos ha asegurado el señor duque d’Épernon; allí alojaremos al rey –luego, volviéndose hacia su capitán y hacia las personas de su séquito, preguntó–: ¿Quién manda en Vayres?

–Dicen, señora –respondió Guitaut–, que es un nuevo gobernador.

–Un hombre seguro, espero –dijo la reina frunciendo el ceño.

–Un hombre del señor duque d’Épernon.

La frente de la reina se aclaró.

–Si es así, avancemos deprisa –dijo.

–Señora –dijo el duque de La Meilleraye–, Vuestra Majestad hará lo que le parezca bien, pero creo que no habría que avanzar más deprisa que el ejército. Una entrada belicosa en la ciudadela de Vayres sería muy adecuada; conviene que los súbditos del rey conozcan las fuerzas de Su Majestad: eso anima a los fieles y desespera a los pérfidos.

–Creo que el señor de La Meilleraye tiene razón –dijo el cardenal de Mazarino.

–Y yo digo que no la tiene –respondió la reina–. No tenemos nada que temer ante Burdeos; el rey es fuerte por sí mismo y no por sus tropas: su casa bastará.

El señor de La Meilleraye bajó la cabeza en señal de obediencia.

–Que Vuestra Majestad ordene –dijo–, ella es la reina.

La reina llamó a Guitaut, le ordenó reunir los guardias, los mosqueteros y los caballo-ligeros. El rey montó a caballo y se puso en cabeza. La sobrina de Mazarino y las damas de honor montaron en una carroza¹⁵⁵.

Inmediatamente se pusieron en marcha hacia Vayres. Detrás venía el ejército; y como sólo había diez leguas que recorrer, debía llegar tres o cuatro horas después

del rey y acampar en la orilla izquierda del Dordoña.

El rey tenía doce años apenas, y sin embargo ya era un encantador jinete que manejaba su montura con gracia y tenía en toda su persona ese orgullo de raza que luego lo convirtió en el rey más exigente de Europa en materia de etiqueta. Criado ante los ojos de la reina, pero perseguido por las eternas tacañerías del cardenal que lo dejaba carecer de las cosas más necesarias, esperaba con furiosa impaciencia la hora de su mayoría de edad, que debía sonar el 5 de septiembre siguiente, y, a modo de anticipación, dejaba a veces escapar en medio de sus caprichos de niño bromas regias que indicaban lo que llegaría a ser un día. Aquella campaña le había sonreído mucho: era, en cierta forma, un principio, un aprendizaje de la capitania, un ensayo de la realeza. Así pues, avanzaba orgulloso, tanto en la portezuela de la carroza saludando a la reina y mirando dulcemente a Mme. de Frontenac¹⁵⁶, de la que se le decía enamorado, como al frente de su casa, hablando con el señor de La Meilleraye y el viejo Guitaut de las campañas del rey Luis XIII, de las proezas del difunto señor cardenal.

Mientras así hablaban seguían haciendo camino y ya empezaban a divisarse las torres y las galerías del fuerte de Vayres. El tiempo era magnífico, el paisaje pintoresco, el sol lanzaba sus rayos oblicuos sobre el río; por la alegría y el buen humor de la reina se hubiera pensado en un paseo. El rey avanzaba entre el señor de La Meilleraye y Guitaut, mirando codiciosamente la plaza en la que no se dejaba sentir ningún movimiento, aunque fuera más que probable que los centinelas que se divisaban habían descubierto por su parte y señalado aquella brillante vanguardia del ejército del rey.

La carroza de la reina dobló el paso y fue a situarse en la primera línea.

–Hay una cosa que me sorprende, señor mariscal –dijo Mazarino.

–¿Cuál, monseñor?

–Me parece que, por regla general, los buenos gobernadores saben lo que ocurre alrededor de sus fortalezas, y que, cuando un rey se toma la molestia de dirigirse hacia esa fortaleza, deben enviarle por lo menos una diputación.

–¡Ah, bah –dijo la reina soltando una carcajada ruidosa y forzada–, ceremonias! Eso es inútil, yo prefiero la fidelidad.

El señor de La Meilleraye se cubrió el rostro con el pañuelo para ocultar si no una mueca, al menos las ganas de hacerla.

–Pero es que de hecho no se mueve nadie –dijo el joven rey bastante descontento ante semejante olvido de esas normas de etiqueta en las que más tarde debía asentar su grandeza.

–Sire –respondió Ana de Austria–, ahí tenéis al señor de La Meilleraye y a Guitaut que os dirán que el primer deber de un gobernador, sobre todo en país enemigo, es mantenerse quieto y a cubierto detrás de sus murallas por miedo a una sorpresa. ¿No veis vuestra bandera, la bandera de Enrique IV y de Francisco I¹⁵⁷, flotando sobre la ciudadela?

Y señalaba con orgullo aquel emblema significativo que demostraba la razón de su esperanza.

El cortejo prosiguió su ruta y, al avanzar, descubrió una obra muy avanzada que

parecía hecha hacía unos pocos días.

–¡Ah, ah! –dijo el mariscal–, parece que el gobernador es realmente un hombre del oficio. Ese puesto avanzado está bien elegido y aquella trinchera hábilmente trazada.

La reina asomó la cabeza por la portezuela y el rey se levantó sobre sus estribos.

Un solo centinela se paseaba sobre la medialuna; pero, por lo demás, la trinchera parecía tan solitaria y tan muda como la ciudadela.

–No importa –dijo Mazarino–, aunque yo no sea soldado, aunque no conozca los deberes militares de un gobernador, me parece extraña esa forma de actuar ante una majestad.

–Sigamos avanzando –dijo el mariscal–, ya veremos.

Cuando la pequeña tropa estuvo a sólo cien pasos de la trinchera, el centinela, que hasta entonces había caminado de un lado para otro, se detuvo. Luego, tras un instante de examen, gritó:

–¿Quién vive?

–¡El rey! –respondió el señor de La Meilleraye.

Ante esta sola palabra, Ana de Austria esperaba ver correr a los soldados, afanarse a los oficiales, bajarse los puentes, abrirse las puertas, relumbrar las espadas levantadas.

No ocurrió nada de todo eso.

El faccioso golpeó su pierna derecha contra su pierna izquierda, cruzó el mosquete ante los que llegaban y se limitó a decir con voz alta y firme:

–¡Alto ahí!

El rey se puso pálido de cólera, Ana de Austria se mordió los labios hasta hacerse sangre. Mazarino murmuró un juramento italiano que era poco de recibo en Francia, pero del que no había conseguido librarse; el señor mariscal de La Meilleraye sólo tuvo una mirada para Sus Majestades, pero fue elocuente.

–Me gustan las medidas de precaución en mi servicio –dijo la reina tratando de mentirse a sí misma, pues pese a la ficticia seguridad de su cara empezaba a estar inquieta en el fondo del corazón.

–Amo el respeto hacia mi persona –murmuró el joven rey clavando su sombría mirada sobre aquel impasible centinela.

XIV

Sin embargo el grito: «¡El rey! ¡El rey!», pronunciado por el centinela más como un aviso que como una muestra de respeto, fue repetido por dos o tres voces y llegó hasta el cuerpo de la plaza. Entonces se vio aparecer a un hombre en el remate de las murallas y a toda la guarnición situarse en torno a él.

Aquel hombre levantó en el aire su bastón de mando: al punto batieron los tambores, los soldados del fuerte presentaron sus armas y resonó un cañonazo grave y solemne.

–Ya lo veis –dijo la reina–, ahí están, cumpliendo con su deber: más vale tarde que nunca. Adelante.

–Perdón, señora –dijo el mariscal de La Meilleraye–, pero no veo que abran las puertas, y sólo podemos pasar si las puertas están abiertas.

–En medio del asombro y del entusiasmo en que los ha puesto esta augusta visita que no esperaban recibir, se les olvida hacerlo –se aventuró a decir un cortesano.

–Esas cosas no se olvidan, señor –respondió el mariscal; y luego, volviéndose hacia la reina–: ¿Me permiten Sus Majestades darles un consejo? –añadió.

–¿Cuál, mariscal?

–Sus Majestades deberían retirarse a quinientos pasos de aquí con Guitaut y sus guardias, mientras yo voy a reconocer la plaza con los mosqueteros y la caballería ligera.

La reina sólo respondió con una frase:

–¡Adelante! –dijo–, y ya veremos si nos niegan el paso.

El joven rey, encantado, espoleó a su caballo y se encontró veinte pasos por delante.

El mariscal y Guitaut se lanzaron tras él y lo alcanzaron.

–¡No se pasa! –dijo el centinela, que no había abandonado su actitud hostil.

–¡Es el rey! –gritaron los pajes.

–¡Atrás! –gritó el centinela con gesto amenazador.

En ese momento, por encima del parapeto se vieron asomar los sombreros y mosquetes de los soldados que guardaban la primera defensa.

Un largo murmullo acogió aquellas palabras y esa aparición. El señor de La Meilleraye cogió el bocado del caballo del rey y lo hizo volver grupas, ordenando al mismo tiempo al cochero de la reina alejarse. Así pues, las dos majestades insultadas se retiraron a una distancia de mil pasos poco más o menos de las primeras defensas, mientras su séquito se desperdigaba como una bandada de pájaros tras el disparo del cazador.

Entonces el mariscal de La Meilleraye, dueño de la posición, dejó una cincuentena de hombres para guardar al rey y a la reina y, reuniendo al resto de su

tropa, volvió con ella hacia las defensas.

Cuando estuvo a cien pasos de los fosos, el centinela, que había recobrado su paso tranquilo y medido, se detuvo de nuevo.

–Coged una trompeta, poned vuestro pañuelo en la punta de vuestra espada, Guitaut –dijo el mariscal–, e id a conminar a ese impertinente gobernador a rendirse.

Guitaut obedeció, enarboló los signos pacíficos que, en todos los países del mundo, protegen a los heraldos, y avanzó hacia la defensa.

–¿Quién vive? –gritó el centinela.

–Parlamentario –respondió Guitaut agitando su espada y el trapo que la adornaba.

–Dejadlo acercarse –dijo el mismo hombre que ya habíamos visto aparecer sobre la muralla de la plaza, y que sin duda se había dirigido a este puesto avanzado por un camino cubierto.

La puerta se abrió, se bajó un puente.

–¿Qué queréis? –preguntó un oficial que lo esperaba en la puerta.

–Hablar con el gobernador –respondió Guitaut.

–Aquí estoy –dijo el hombre que ya había aparecido dos veces, la primera sobre las murallas de la plaza, la segunda sobre el parapeto de las defensas.

Guitaut observó que aquel hombre estaba muy pálido, pero era tranquilo y educado.

–¿Sois vos el gobernador de Vayres? –preguntó Guitaut.

–Sí, señor.

–¿Y os negáis a abrir la puerta de vuestra fortaleza a Su Majestad el rey y a la reina regente?

–Tengo ese dolor.

–¿Y qué pretendéis?

–La libertad de los príncipes, cuyo cautiverio arruina y aflige al reino.

–Su Majestad no parlamenta con sus súbditos.

–Por desgracia lo sabemos, señor, también nosotros estamos dispuestos a morir sabiendo que morimos al servicio de Su Majestad, aunque parezca que le hacemos la guerra.

–Está bien –dijo Guitaut–, es cuanto queríamos saber.

Y tras haber saludado bastante caballerosamente al gobernador, que le respondió con un saludo muy cortés, se retiró.

Nada se movió sobre el bastión.

Guitaut se reunió con el mariscal y le dio cuenta de su misión.

–Que cincuenta hombres –dijo el mariscal extendiendo la mano hacia el pueblo de Ison– se dirijan al galope a esa aldea y traigan al instante todas las escalas que puedan encontrar.

Cincuenta hombres partieron a galope tendido y, como la población no estaba muy lejos, llegaron en un instante.

–Ahora, caballeros –dijo el mariscal–, echad pie a tierra. La mitad de vosotros, armados de mosquetes, protegerá el asalto; el resto se encargará de escalar.

La propuesta fue acogida con grandes gritos de alegría. Los guardias, los mosqueteros y la caballería ligera descendieron rápidamente y cargaron las armas.

Mientras, los cincuenta forrajeadores volvían con una veintena de escalas.

En el bastión, todo estaba en calma; el centinela paseaba de un lado a otro y, por encima de las almenas, seguían viéndose la punta de los mosquetes y los picos de los sombreros.

La casa del rey se puso en movimiento, mandada por el mariscal en persona; la formaban más o menos cuatrocientos hombres en total, la mitad de los cuales, como había ordenado el mariscal, se disponía a subir al asalto, y la otra mitad a sostener la escalada.

El rey, la reina y su corte seguían de lejos con inquietud los movimientos de la pequeña tropa. La reina misma parecía haber perdido toda su seguridad; para ver mejor, había mandado dar la vuelta a su carroza, que presentaba uno de sus laterales a las fortificaciones.

En cuanto los asaltantes dieron veinte pasos, el centinela se acercó al borde de la muralla y con voz estrepitosa gritó:

–¿Quién vive?

–No respondáis –dijo el señor de La Meilleraye–, y seguid adelante.

–¿Quién vive? –gritó por segunda vez el centinela aprestando su arma–. ¿Quién vive? –repitió por tercera vez, ahora apuntando.

–¡Fuego sobre ese estúpido! –dijo el señor de La Meilleraye.

En ese mismo instante, una andanada de disparos de mosquetes salió de las filas realistas: el centinela, alcanzado, vaciló, dejó escapar su mosquete, que fue a rodar hasta el foso, y cayó gritando:

–¡A las armas!

Un solo cañonazo respondió al inicio de las hostilidades. La bala pasó silbando sobre la primera fila, sobrepasó la segunda y la tercera, derribó a cuatro soldados y, rebotando, fue a destripar uno de los caballos de la carroza de la reina.

Un largo grito de espanto salió del grupo que custodiaba a Sus Majestades. El rey, arrastrado, retrocedió; Ana de Austria estuvo a punto de desmayarse de rabia y Mazarino de miedo. Cortaron los tiros del caballo muerto y de los caballos vivos que, encabritados, amenazaban con partir la carroza. Ocho o diez guardias se engancharon al vehículo y arrastraron a la reina fuera del alcance de las balas.

Mientras, el gobernador ponía al descubierto una batería de seis piezas.

Cuando el señor de La Meilleraye vio aquella batería que amenazaba con destruir en unos segundos sus tres compañías, pensó que era inútil seguir adelante con el ataque, y ordenó la retirada.

Desde el momento en que la casa del rey dio su primer paso hacia atrás, las disposiciones hostiles de la fortaleza desaparecieron.

El mariscal volvió junto a la reina, invitándola a elegir un punto cualquiera de los alrededores como cuartel general. La reina divisó entonces, al otro lado del Dordoña, una casita aislada perdida entre los árboles y que parecía un pequeño castillo.

–Ved –dijo a Guitaut– a quién pertenece esa casa, y pedid en ella hospitalidad

para mí.

Guitaut partió al instante, cruzó el río en la barca del barquero de Ison y volvió diciendo que la casa estaba deshabitada, salvo por una especie de intendente; éste había respondido que, como la casa pertenecía al señor d'Épernon, estaba al servicio de Su Majestad.

–Partamos entonces –dijo la reina–. Pero ¿dónde está el rey?

Llamaron entonces al pequeño Luis XIV, que se había apartado un poco; se volvió y, aunque tratase de ocultar sus lágrimas, se vio que había llorado.

–¿Qué os pasa, sire? –preguntó la reina.

–¡Oh!, nada, señora –respondió el niño–. Salvo que un día seré rey, eso espero, y entonces... ¡ay de los que me hayan ofendido!

–¿Cómo se llama el gobernador? –preguntó la reina.

Nadie pudo responderle. Todos lo ignoraban.

Preguntaron entonces al barquero, quien respondió que se llamaba Richon.

–Está bien –dijo la reina–, recordaré ese nombre.

–Y yo también –dijo el joven rey.

XV

Unos cien hombres de la casa del rey pasaron el Dordoña con Sus Majestades, y el resto permaneció en torno al señor de La Meilleraye, quien, decidido a sitiar Vayres, esperaba al ejército.

En cuanto la reina quedó instalada en la pequeña casa, que gracias al fasto de Nanon encontró infinitamente más habitable de lo que esperaba, Guitaut se presentó ante ella para decirle que un capitán, que aseguraba tener que tratar un asunto importante, le pedía el honor de una audiencia.

–¿Y quién es ese capitán? –preguntó la reina.

–El capitán Cauvignac, señora.

–¿Es de mi ejército?

–No lo creo.

–Informaos, y si no es de mi ejército decidle que no puedo recibirlo.

–Pido perdón a Vuestra Majestad por no compartir vuestra opinión –dijo Mazarino–, pero creo que, precisamente por no ser de vuestro ejército, deberíais recibirlo.

–¿Y eso por qué?

–Porque si es del ejército de Vuestra Majestad y pide una audiencia a la reina, no puede ser más que un súbdito fiel, mientras que, en cambio, si pertenece al ejército enemigo, puede ser un traidor. Y en este momento, señora, los traidores no son de despreciar, dado que pueden ser muy útiles.

–Hacedlo pasar entonces –dijo la reina–, ya que ésa es la opinión del señor cardenal.

El capitán fue introducido al instante, y se presentó con una desenvoltura y una facilidad que sorprendieron a la reina, acostumbrada como estaba a producir sobre cuantos la rodeaban una impresión contraria.

Miró a Cauvignac de pies a cabeza, pero éste soportó perfectamente la mirada real.

–¿Quién sois, caballero? –preguntó la reina.

–El capitán Cauvignac –respondió el recién venido.

–¿Al servicio de quién estáis?

–Al servicio de Vuestra Majestad, si así lo queréis.

–¿Si así lo quiero? Por supuesto; pero ¿acaso hay otro servicio en el reino? ¿Hay dos reinas en Francia?

–Claro que no, señora, en Francia no hay más que una reina, y es la persona a cuyos pies tengo la dicha de depositar en este momento mi humildísimo respeto; pero hay dos opiniones, al menos por lo que me ha parecido hace poco.

–¿Qué queréis decir? –preguntó la reina frunciendo el ceño.

–Quiero decir, señora, que estaba paseando por los alrededores y me encontraba

precisamente en un pequeño cerro que domina toda la comarca admirando el paisaje que, como ha podido observar Vuestra Majestad, es precioso, cuando he creído ver que el señor Richon no os recibía con todo el respeto que le es debido. Esto me ha confirmado una cosa que por otro lado ya sospechaba, y es que en Francia había dos opiniones: la opinión realista y otra, y que el señor Richon pertenecía a esa otra opinión.

La cara de Ana de Austria se ensombrecía cada vez más.

–¡Ah! ¿Habéis creído ver eso? –dijo.

–Sí, señora –respondió Cauvignac con un tono de total ingenuidad–. Hasta me ha parecido ver que un cañonazo cargado con bala había salido de la plaza, y que esa bala había ofendido la carroza de Vuestra Majestad.

–Basta... ¿Sólo me habéis pedido audiencia, caballero, para confiarme vuestras observaciones?

«¡Ah!, eres descortés –se dijo a sí mismo Cauvignac–, y en tal caso lo pagarás caro.»

–No, señora, os he pedido audiencia para deciros que sois una grandísima reina y que mi admiración por vos no tiene igual.

–¿De verdad? –dijo la reina en tono seco.

–Debido a esa grandeza y a esa admiración que es su natural consecuencia, he decidido consagrarme por entero al servicio de Vuestra Majestad.

–Gracias –dijo la reina con ironía; luego, volviéndose a su capitán de guardias, dijo–: Eh, Guitaut, que me echen de aquí a este charlatán.

–Perdón, señora –dijo Cauvignac–, me iré sin que me echen; pero si me voy, no tomaréis Vayres.

Y Cauvignac, saludando a Su Majestad con gracia encantadora, dio una vuelta sobre sus talones.

–Señora –dijo en voz baja Mazarino–, creo que hacéis mal despidiendo a ese hombre.

–¡Eh!, volved y hablad –dijo la reina–; después de todo sois raro y me parecéis divertido.

–Vuestra Majestad es muy buena –respondió Cauvignac inclinándose.

–¿Qué decíais de entrar en Vayres?

–Decía, señora, que si Vuestra Majestad siguiera con la intención que he creído verle manifestar esta mañana de entrar en Vayres, para mí será un deber introducirlos.

–¿Y de qué manera?

–Tengo cincuenta hombres conmigo en Vayres.

–¿Vuestros?

–Sí, míos.

–¿Y bien?

–Cedo esos cincuenta hombres a Vuestra Majestad.

–¿Y después?

–¿Después?

–Sí.

–Después creo que será culpa del diablo si con esos cincuenta porteros Vuestra Majestad no puede conseguir que le abran una puerta.

La reina sonrió. «El granuja tiene gracia», pensó.

Cauvignac adivinó sin duda el cumplido, porque volvió a inclinarse.

–¿Cuánto necesitáis, caballero? –preguntó ella.

–¡Dios mío!, señora, quinientas libras por portero; son los sueldos que doy a los míos.

–Las tendréis.

–¿Y para mí?

–Ah, ¿también pedís algo para vos?

–Estaré orgulloso de obtener un grado de la munificencia de Vuestra Majestad.

–¿Y qué grado pedís?

–Querría ser gobernador de Branne. Siempre he deseado ser gobernador.

–Concedido.

–En tal caso, salvo una pequeña formalidad, el asunto está resuelto.

–¿Y qué formalidad es ésta?

–¿Quiere Vuestra Majestad firmar este papelito, que traía preparado en la esperanza de que mis servicios serían acogidos por mi magnánima soberana?

–¿Y qué papel es éste?

–Leed, señora.

Y haciendo una graciosa cortesía con el brazo y doblando la rodilla con el aire más respetuoso, Cauvignac presentó un papel a la reina.

La reina leyó:

El día en que entre sin dificultad en Vayres, pagaré al señor capitán Cauvignac la suma de setenta y cinco mil libras, y lo nombraré gobernador de Branne.

–O sea que el capitán Cauvignac –dijo la reina con una cólera contenida– no tiene suficiente confianza en nuestra palabra real y exige un documento.

–En los asuntos importantes un documento me parece más apropiado –replicó Cauvignac inclinándose–. *Verba volant*, dice un viejo proverbio: «Las palabras vuelan», y, excusadme, Majestad, pero acabo de ser robado.

–¡Insolente! –exclamó la reina–, ¡por esta vez, salid!...

–Salgo, Majestad –respondió Cauvignac–; pero no tomaréis Vayres.

Y, repitiendo la misma maniobra que ya le había salido bien, el capitán volvió a hacer una pirueta sobre sus talones y avanzó hacia la puerta. Pero, más irritada esta vez que la primera, Ana de Austria no volvió a llamarlo.

Cauvignac salió.

–Que controlen a ese hombre –dijo la reina.

–Perdón, señora –dijo Mazarino–; pero creo que Vuestra Majestad haría mal dejándose llevar por un primer impulso de cólera.

–¿Y eso por qué? –preguntó la reina.

Guitaut hizo un movimiento para obedecer.

–Porque temo que necesitéis a ese hombre más tarde, y entonces, si Vuestra Majestad lo enfada de la forma que sea, quizá se vea forzada a pagarle el doble.

–Está bien –dijo la reina–, se le pagará lo que haga falta; pero, mientras tanto, que no le pierdan de vista.

–¡Ah!, eso es distinto, y soy el primero en aplaudir semejante precaución.

–Guitaut, ved lo que hace –dijo la reina.

Guitaut salió, y volvió al cabo de media hora.

–¿Qué ha hecho? –preguntó Ana de Austria.

–Vuestra Majestad puede estar perfectamente tranquila –respondió Guitaut–, y vuestro hombre no trata de alejarse por nada del mundo. Me he informado: tiene su domicilio a trescientos pasos de aquí, en casa de un posadero llamado Biscarros.

–¿Y se ha retirado a su posada?

–No, señora: ha subido a un cerro y desde allí mira los preparativos que hace el señor de La Meilleraye para forzar las defensas. Ese espectáculo parece interesarle mucho.

–¿Y el resto del ejército?

–Está llegando, señora, y entra en batalla a medida que llega.

–¿O sea que el mariscal va a atacar ahora mismo?

–Creo, señora, que, antes de arriesgar un ataque, más vale dejar una noche de reposo a las tropas.

–¡Una noche de reposo! –exclamó Ana de Austria–. ¡El ejército real se habrá visto detenido un día y una noche ante semejante chabola! Imposible. Guitaut, id a decir al mariscal que hay que atacar ahora mismo. El rey quiere dormir esta noche en Vayres.

–Pero, señora –murmuró Mazarino–, creo que esa precaución del mariscal...

–Yo en cambio creo –dijo Ana de Austria– que cuando la autoridad real ha sido insultada, la venganza nunca llega demasiado pronto. Id, Guitaut, y decid al señor de La Meilleraye que la reina le mira.

Y despidiendo a Guitaut con un gesto majestuoso, la reina tomó a su hijo de la mano, salió a su vez y, sin preocuparse de si era seguida, subió una escalera que llevaba a una terraza.

Esa terraza, en la que con el mayor arte se habían dispuesto puntos de vista, dominaba todos los alrededores.

La reina echó una rápida ojeada sobre el paisaje. Doscientos pasos detrás de ella pasaba la ruta de Libourne, en la que blanqueaba la casa de nuestro amigo Biscarros. A sus pies corría el Dordoña¹⁵⁸, calmo, rápido y majestuoso. A su derecha se alzaba el fuerte de Vayres, silencioso como una ruina; alrededor del fuerte se extendían en círculo las defensas recién levantadas. Varios centinelas paseaban por la galería, cinco cañones asomaban por los huecos su cuello de bronce y sus fauces abiertas; a su izquierda, el señor de La Meilleraye hacía sus disposiciones para acampar. Como le había dicho Guitaut, había llegado todo el ejército, que se apiñaba a su alrededor.

Sobre un cerro, un hombre de pie y atento seguía con la vista todos los

movimientos de los asaltantes y los asaltados; ese hombre era Cauvignac.

Guitaut atravesaba el río en la barca del pescador de Ison.

La reina estaba de pie en la terraza, inmóvil, con el ceño fruncido y cogiendo de la mano al pequeño Luis XIV, que miraba aquel espectáculo con cierta curiosidad y de vez en cuando decía a su madre:

–Señora, permitidme que monte en mi hermoso caballo de batalla y dejadme ir, os lo ruego, con el señor de La Meilleraye, que va a castigar a esos insolentes.

Cerca de la reina estaba Mazarino, cuyo rostro fino y burlón había adoptado para ese momento un carácter de seria reflexión que sólo tenía en las grandes ocasiones; detrás de la reina se hallaban las damas de honor que, imitando el silencio de Ana de Austria, apenas se atrevían a cambiar entre sí algunas palabras apresuradas y en voz baja.

A primera vista, todo aquello tenía la apariencia de la calma y la tranquilidad; pero se comprendía que era la tranquilidad de la mina, que una chispa bastaba para trocar en tempestad y destrucción.

Las miradas seguían a Guitaut sobre todo, porque de él iba a venir la expresión que se esperaba con tantos sentimientos diversos.

Del lado del ejército también la expectativa era grande; porque en cuanto el mensajero llegó a la orilla izquierda del Dordoña y todas las miradas se volvieron hacia él, el señor de La Meilleraye, al verlo, dejó el grupo de oficiales en cuyo centro se encontraba y salió a su encuentro.

Guitaut y el mariscal hablaron unos instantes. Aunque el río era bastante ancho en aquel punto, y aunque la distancia que separaba el grupo realista de los dos oficiales fuese grande, no lo era sin embargo bastante para que no pudiera verse el asombro que se pintó en el rostro del mariscal. Era evidente que la orden recibida le parecía intempestiva; por eso alzó una mirada de duda hacia el grupo en cuyo centro se distinguía a la reina. Pero Ana de Austria, que comprendió el pensamiento del mariscal, hizo a un tiempo con la cabeza y con la mano un gesto tan imperativo que el mariscal, que conocía de larga fecha a su imperiosa soberana, bajó la cabeza en señal, si no de asentimiento, al menos de obediencia.

En el mismo instante, y por orden del mariscal, tres o cuatro capitanes, que hacían a su lado el servicio que hoy hacen nuestros edecanes, saltaron al caballo y se lanzaron al galope hacia tres o cuatro direcciones distintas.

Por donde pasaban, los trabajos del campamento, que acababan de iniciarse, eran interrumpidos al instante, y al redoblar de los tambores y al sonido de las trompetas se veía a los soldados dejar caer, unos la paja que llevaban, otros el martillo con que hundían las estacas de las tiendas. Todos corrían a las armas colocadas en haz, los granaderos cogían sus fusiles, los simples soldados sus picas, los artilleros sus instrumentos. Se produjo un movimiento de inaudita confusión, provocado por el cruce de todos aquellos hombres que corrían en sentido opuesto; luego, poco a poco, las casillas del inmenso tablero se aclararon, el orden sucedió al tumulto y cada cual se encontró en su fila, bajo su bandera; los granaderos en el centro, la casa del rey en el ala derecha, la artillería a la izquierda; trompetas y tambores enmudecieron.

Del otro lado de las defensas respondió un tambor, que también se calló: sobre la llanura planeó un silencio fúnebre.

Entonces resonó una orden clara, precisa y firme. Desde la distancia a la que se encontraba la reina no podía oír las palabras, pero en ese mismo instante vio formarse las tropas en columna; sacó su pañuelo y lo agitó en el aire mientras el joven rey gritaba con voz febril y golpeaba con el pie: «¡Adelante! ¡Adelante!».

El ejército respondió con un solo grito: «¡Viva el rey!». Luego la artillería partió al galope, fue a situarse en un pequeño cerro, y, al son de los tambores que batían la carga, las columnas se pusieron en marcha.

No era un asedio en regla, era una simple escalada. Las defensas, levantadas deprisa por Richon, eran murallas de tierra; por lo tanto, no había trinchera que abrir, sino un asalto que dar. Pero el hábil comandante de Vayres había tomado todas las precauciones, y se veía que había aprovechado con habilidad poco común todos los recursos del terreno.

Desde luego Richon se había impuesto a sí mismo esa ley de no disparar el primero, porque esta vez volvió a esperar la provocación de las tropas reales; sólo se vio, como la primera vez, que apuntaba hacia abajo la terrible hilera de mosquetes cuyo fuego había provocado devastación tan grande en la casa del rey.

Al mismo tiempo, resonó la batería de los seis cañones y se vio volar la tierra de los parapetos y las empalizadas que los coronaban.

La respuesta no se hizo esperar; la artillería de las defensas resonó a su vez, abriendo profundos vacíos en las filas del ejército real. Pero a la voz de los jefes, esos surcos sangrientos desaparecieron; los labios de la herida abiertos un instante volvieron a cerrarse; la columna principal, sacudida un momento, volvió a ponerse en marcha.

Entonces correspondió a los mosquetes el turno de chisporrotear mientras se recargaban los cañones.

Cinco minutos después, las dos andanadas opuestas se respondían al mismo tiempo como dos tormentas que lucharan juntas, como dos truenos que tronaran al mismo tiempo.

Luego, como el tiempo estaba calmado, como ningún soplo agitaba el aire, como el humo se acumulaba encima del campo de batalla, sitiados y sitiadores no tardaron en desaparecer en una nube que desgarraba a intervalos con un ruidoso relámpago de llama el rayo de la artillería.

De vez en cuando, de esa nube se veía, por detrás del ejército real, salir hombres que se arrastraban dolorosamente e iban a caer a diferentes distancias dejando tras ellos un rastro de sangre.

Pronto aumentó el número de los heridos; el ruido de los cañones y de la mosquetería proseguía, aunque el ejército realista sólo disparaba ya al azar y dudando, porque en medio de aquel espeso humo no podía distinguir los amigos de los enemigos.

En cuanto a la artillería de la plaza, como delante de ella sólo tenía enemigos, sus disparos resonaban más terribles y más precipitados que nunca.

Finalmente, la artillería realista cesó por completo el fuego, era evidente que

iniciaban el asalto y que se luchaba cuerpo a cuerpo.

En los espectadores hubo un momento de angustia durante el que el humo, que había dejado de ser alimentado por el fuego de los cañones y los mosquetes, ascendió lentamente. Se vio entonces al ejército realista rechazado en desorden, dejando el pie de las murallas sembrado de muertos. Se habían practicado una especie de brechas y algunas empalizadas arrancadas mostraban una abertura; pero esa abertura estaba erizada de hombres, picas y mosquetes. Y en medio de estos hombres, cubierto de sangre y sin embargo tranquilo y frío como si asistiera en calidad de espectador a la tragedia en la que acababa de representar un papel tan terrible, se alzaba Richon, sosteniendo en la mano un hacha embotada por los golpes que había dado.

Un hechizo parecía proteger a este hombre siempre en medio del fuego, siempre en primera fila, incesantemente de pie y al descubierto; ninguna bala lo había alcanzado, ninguna pica lo había tocado; era invulnerable como era impasible.

Tres veces el mariscal de La Meilleraye llevó en persona a las tropas realistas al asalto; tres veces las tropas realistas fueron rechazadas ante los ojos del rey y de la reina.

Lágrimas silenciosas corrían por las pálidas mejillas del joven rey. Ana de Austria se retorció los puños murmurando: «¡Oh, ese hombre, ese hombre! Si alguna vez cae en mis manos, haré de él un ejemplo terrible».

Por suerte, la noche caía rauda y oscura; era una especie de velo extendido sobre el rubor real. El mariscal de La Meilleraye ordenó tocar retirada.

Cauvignac abandonó su puesto, bajó del cerro al que había subido y con las manos en los bolsillos de sus calzas, se dirigió cruzando el prado hacia la casa de maese Biscarros.

–Señora –dijo Mazarino señalando a Cauvignac con el dedo–, ese hombre os hubiera ahorrado por un poco de oro toda la sangre que acabamos de derramar.

–¡Bah! –dijo la reina–, señor cardenal, ¿es eso un consejo de un hombre ecónomo como vos?

–Señora –dijo el cardenal–, es cierto, conozco el precio del oro pero también el precio de la sangre; y en este momento la sangre es para nosotros más cara que el oro.

–Tranquilizaos –respondió la reina–, la sangre derramada será vengada. ¡Eh, Comminges¹⁵⁹! –añadió dirigiéndose al teniente de sus guardias–, id a buscar al señor de La Meilleraye y traédmelo.

–Y vos, Bernouin, ¿veis a ese hombre? –dijo el cardenal a su ayuda de cámara señalando a Cauvignac, que ya sólo se encontraba a unos pasos de la posada el Becerro de Oro.

–Sí, monseñor.

–¡Bien! Id a buscarlo de mi parte e introducidlo esta noche secretamente en mi cuarto.

Al día siguiente de su entrevista con su amante en la iglesia de los carmelitas, Mme. de Cambes se dirigió a ver a la princesa con la intención de cumplir la promesa que había hecho a Canolles.

Toda la ciudad era un rumor: acababa de anunciarse la llegada del rey ante Vayres, y, al mismo tiempo que esa llegada, la admirable defensa de Richon, que con quinientos hombres había rechazado dos veces al ejército real, formado por doce mil. Madame la princesa había sido una de las primeras en saber la noticia, y, en medio de su entusiasmo, había exclamado batiendo palmas: «¡Oh!, ¡qué pena no tener cien capitanes como mi valiente Richon!».

Madame de Cambes se sumó a la admiración general, doblemente feliz por poder aplaudir en voz alta el comportamiento de un hombre que estimaba, y por encontrar así ocasión de presentar en tiempo oportuno una demanda cuyo éxito hubiera comprometido el anuncio de un revés, mientras que, en cambio, el éxito estaba casi garantizado por el anuncio de una victoria.

Pero en medio de su alegría la princesa tenía, sin embargo, ocupaciones demasiado grandes para que Claire se atreviera a correr riesgos. Se trataba de hacer llegar a Richon la ayuda de hombres cuya necesidad se apreciaba fácilmente, dada la próxima unión del ejército del señor d'Épernon al ejército real. El Consejo estaba organizando esa ayuda. Claire, viendo que los asuntos políticos se imponían por el momento a los asuntos del corazón, volvió a meterse en su personaje de consejera de Estado, y ese día ya no se planteó el problema Canolles.

Una frase muy concisa, pero muy tierna, advirtió al querido prisionero de aquel retraso. Esta nueva demora fue para él menos cruel de lo que podría pensarse: en la expectativa de un acontecimiento feliz hay casi tantas sensaciones dulces como en el acontecimiento mismo. Canolles tenía demasiadas delicadezas amorosas en el corazón para no complacerse en lo que él llamaba la antecámara de la felicidad. Claire le pedía esperar con paciencia: y él esperó casi con alegría.

Al día siguiente la ayuda estaba organizada: a las once de la mañana se puso en marcha remontando el río. Pero como el viento y la corriente eran contrarios, calcularon que, por más diligencia que pusiera, como sólo avanzaba a remos, no podría llegar hasta el día siguiente. El capitán Ravailly, comandante de la expedición, tenía orden de reconocer al mismo tiempo la ciudadela de Branne, que era de la reina y cuyo gobierno se sabía que estaba vacante.

Madame la princesa pasó la mañana vigilando los preparativos y los detalles del embarque. La tarde debía consagrarse al gran consejo, que tenía por objetivo oponerse, si era posible, a la reunión del duque d'Épernon y del mariscal de La Meilleraye, o al menos retrasar esa reunión hasta el momento en que hubiera entrado en la ciudadela la ayuda enviada a Richon.

Por lo tanto, Claire se vio obligada a esperar hasta el día siguiente; pero, hacia las cuatro, tuvo ocasión de hacer a Canolles, que pasaba bajo sus ventanas, una seña tan deliciosa, y esa seña estaba tan llena de pena y de amor, que Canolles se sintió casi feliz de verse forzado a esperar.

Sin embargo, por la noche, para estar segura de que el retraso no se prolongaría más tiempo, y para obligarse a sí misma a hacer a la princesa una confidencia que

no dejaba de causarle cierto apuro, Claire pidió, para el día siguiente, una audiencia privada a Mme. de Condé –audiencia que, como es de suponer, le fue concedida en el acto.

A la hora de la cita, Claire entró en el aposento de la princesa, que la recibió con su sonrisa más encantadora. Estaba sola, como Claire le había pedido.

–Bien, pequeña –le dijo la princesa–, ¿qué hay tan grave como para pedirme una audiencia privada y secreta cuando sabes que estoy a disposición de mis amigos a cualquier hora del día?

–Señora –respondió la vizcondesa–, en medio de una felicidad totalmente debida a Vuestra Alteza, vengo a rogaros que miréis particularmente por vuestra fiel sirvienta, que también necesita un poco de felicidad.

–Lo haré encantada, mi buena Claire, y la felicidad que Dios te envíe nunca igualará a la que yo te deseo. Habla pues... ¿Qué gracias quieres? Y si está en mi poder, cuenta de antemano con ella.

–Viuda, libre, y demasiado libre, pues esa libertad me resulta más pesada de lo que lo sería la esclavitud, querría cambiar mi aislamiento por una situación mejor –respondió Claire.

–Eso es decir que quieres casarte, ¿verdad, pequeña? –preguntó riendo Mme. de Condé.

–Creo que sí –respondió Claire ruborizándose.

–De acuerdo... Eso nos afecta –Claire hizo un movimiento–. Tranquilízate, tendremos cuidado de tu orgullo; necesitas un duque y par, vizcondesa. Te lo buscaré entre nuestros fieles.

–Vuestra Alteza se molesta demasiado –continuó Mme. de Cambes–, y no contaba con darle esa molestia.

–Pero yo quiero asumirla, porque debo devolverte en felicidad lo que tú me has dado en abnegación, pero esperarás al fin de esta guerra, ¿verdad?

–Esperaré lo menos posible, señora –respondió la vizcondesa sonriendo.

–Me hablas como si tu elección ya estuviera hecha, como si tuvieras en tu poder al marido que me pides.

–En efecto, es como Vuestra Alteza dice.

–¿De veras? ¿Y quién es ese feliz mortal? Habla, no temas nada.

–Oh, señora –dijo Claire–, disculpadme, no sé por qué pero estoy temblando.

La princesa sonrió, cogió la mano de Claire y la atrajo hacia ella.

–¡Niña! –le dijo; luego, mirándola con una expresión que aumentó el apuro de la vizcondesa–: ¿Lo conozco? –dijo.

–Creo que Vuestra Alteza lo ha visto varias veces.

–¿Tengo que preguntar si es joven?

–Veintiocho años.

–¿Si es noble?

–Es un buen gentilhomme.

–¿Si es valiente?

–Tiene buena reputación.

–¿Si es rico?

–Yo lo soy.

–Sí, pequeña, sí, no lo hemos olvidado. Eres uno de los señores más opulentos de nuestra parroquia, y recordamos encantados que, en la guerra que hacemos, los luises de oro del señor de Cambes y los gruesos escudos de tus aldeanos nos han sacado más de una vez de un apuro.

–Vuestra Alteza me honra recordándome lo adicta que soy.

–Bien. Lo haremos coronel de nuestro ejército si sólo es capitán, y maestro de campo si sólo es coronel; porque supongo que es fiel.

–Estaba en Lens, señora –respondió Claire con toda la habilidad que había aprendido desde hacía un tiempo en los estudios diplomáticos.

–¡De maravilla! Ahora sólo queda una cosa por saber –añadió la princesa.

–¿Cuál, señora?

–El nombre del afortunado gentilhomme que ya posee el corazón y que no tardará en poseer la persona de la guerrera más bella de mi ejército.

Claire, llevada a sus últimas defensas, reunía todo su valor para pronunciar el nombre del barón de Canolles cuando de repente el galope de un caballo resonó en el patio, seguido por uno de esos sordos rumores que acompañan a las grandes noticias.

La princesa oyó aquel doble ruido y corrió a la ventana. El mensajero, cubierto de sudor y de polvo, saltaba de su caballo y, rodeado por cuatro o cinco personas a las que su entrada había atraído en torno suyo, parecía dar detalles que, a medida que salían de su boca, sumían en la consternación a cuantos lo escuchaban. La princesa no pudo dominar por más tiempo su curiosidad y abriendo la ventana gritó:

–¡Dejadlo subir!

El mensajero levantó la cabeza, reconoció a la princesa y se lanzó a la escalera. Cinco minutos después entraba en el cuarto, todo manchado de barro como estaba, el pelo en desorden y la voz estrangulada.

–Perdón, Alteza –dijo–, por presentarme ante vos en el estado en que me encuentro. Pero traigo una de esas noticias que rompen las puertas nada más pronunciarlas. ¡Vayres ha capitulado!

La princesa dio un salto hacia atrás, Claire dejó caer sus brazos desanimada; Lenet, que había entrado tras el mensajero, palideció.

Otras cinco o seis personas que, olvidando por un momento el respeto debido a la princesa, habían invadido la habitación, se quedaron mudas y estupefactas.

–Señor Ravailly –dijo Lenet, pues el mensajero no era otro que nuestro capitán de Navailles–, repetid lo que acabáis de decir, pues me cuesta creerlos.

–Lo repito, señor: ¡Vayres ha capitulado!

–¡Capitulado! –repitió la princesa–. ¿Y la ayuda que vos llevabais?

–¡Llegamos demasiado tarde, señora! Richon se rendía en el instante mismo en que llegábamos.

–¡Richon se rendía! –exclamó Madame la princesa–. ¡Qué cobarde!

Esta exclamación de la princesa hizo correr un estremecimiento por las venas de todos los presentes; sin embargo todos permanecieron mudos, a excepción de

Lenet.

–Señora –dijo en tono severo y sin ningún miramiento hacia el orgullo de Mme. de Condé–, no olvidéis que el honor de los hombres está en la palabra de los príncipes, igual que su vida está en manos de Dios. No llaméis cobarde al más valiente de vuestros servidores, porque en caso contrario mañana los más fieles os abandonarán viendo cómo tratáis a sus iguales, y os quedaréis sola, maldecida y perdida.

–¡Señor! –dijo la princesa.

–Señora –continuó Lenet–, repito a Vuestra Alteza que Richon no es un cobarde, que respondo por él con mi cabeza, que si ha capitulado es, desde luego, porque no podía actuar de otra forma.

La princesa, pálida de cólera, iba a lanzar a la cara de Lenet alguna de esas extravagancias aristocráticas con las que creía suplir suficientemente la sensatez por el orgullo; pero, a la vista de todos aquellos rostros que se apartaban de ella, de aquellos ojos que huían de los suyos, de Lenet con la frente alta, de Ravailly con la cabeza baja, comprendió que, en efecto, se vería perdida si perseveraba en aquel sistema fatal. Llamó pues en su ayuda a su argumento de costumbre.

–¡Qué desgraciada soy! –dijo–, ¡todo me abandona, la fortuna y los hombres! ¡Ay, hijo mío, mi pobre hijo, estaréis perdido como vuestro padre!

Este grito de debilidad de la mujer, el impulso del dolor maternal, siempre ha tenido eco en los corazones. Esta comedia, que ya le había salido bien a menudo, también produjo su efecto esta vez.

Mientras, Lenet se hacía repetir sobre la capitulación de Vayres todo lo que había podido saber Ravailly.

–¡Ah, ya lo sabía yo! –exclamó al cabo de un instante.

–¿Y qué sabíais? –preguntó la princesa.

–Que Richon no era un cobarde, señora.

–¿Y cómo lo sabéis?

–Porque ha aguantado dos días y dos noches; porque se habría sepultado bajo las ruinas de su fuerte acibillado de balas si una compañía de fuerzas nuevas no se hubiera rebelado al parecer y no le hubiese obligado a capitular.

–Debía morir, señor, antes que rendirse –dijo la princesa.

–¿Muere uno cuando quiere, señora? –dijo Lenet–. Pero al menos –añadió volviéndose hacia Ravailly– espero que sea prisionero con garantía.

–Sin garantía, por eso tengo miedo –respondió Ravailly–. Me han dicho que era con un teniente de la guarnición con quien había hecho el trato, de suerte que bien podría haber alguna traición en todo esto, que en lugar de haber puesto sus condiciones, ¡Richon ha sido entregado!

–Sí, sí –exclamó Lenet–: traicionado, entregado, eso es. Conozco a Richon, y le sé incapaz, no diré de una cobardía, sino de una debilidad. ¡Oh, señora! –continuó Lenet dirigiéndose a la princesa–, traicionado, entregado, ¿oís? Deprisa, deprisa, ocupémonos de él. ¿Un trato hecho por un teniente, señor Ravailly? Alguna gran desgracia pesa sobre la cabeza del pobre Richon. Escribid deprisa, señora, escribid, os lo suplico.

–¿Que yo escriba? –dijo con acritud la princesa–. ¿Y para qué?

–Pues para salvarlo, señora.

–¡Bah! –dijo la princesa–, cuando se rinde una fortaleza hay que tomar precauciones.

–Pero ¿no oís que no la ha rendido, señora? ¿No oís lo que dice, que ha sido traicionado, quizá vendido? ¿Que ha sido un teniente y no él quien ha pactado?

–¿Qué queréis que le hagan a vuestro Richon? –preguntó la princesa.

–¿Que qué le harán? ¿Olvidáis, señora, el subterfugio con que se introdujo en Vayres? ¿Que utilizamos con él un salvoconducto del señor d'Épernon? ¿Que ha luchado frente a un ejército realista mandado por la reina y por el rey en persona? ¿Que Richon fue el primero que levantó el estandarte de la rebelión? ¿Que van a convertirlo en un ejemplo? ¡Ay, señora!, en nombre del cielo, escribid al señor de La Meilleraye; enviad un mensajero, un parlamentario.

–¿Y qué misión encomendamos a ese mensajero, a ese parlamentario?

–La de impedir a cualquier precio la muerte de un bravo capitán, pues si no os dais prisa... ¡Oh!, conozco a la reina, señora, y tal vez vuestro mensaje llegue demasiado tarde.

–Demasiado tarde –dijo la princesa–. ¿Y no tenemos nosotros rehenes? ¿No tenemos presos a Chantilly, a Montrod, y aquí mismo a oficiales del rey?

Claire se levantó asustada.

–¡Ay!, señora, señora –exclamó–, haced lo que os dice el señor Lenet; las represalias no devolverán la libertad al señor Richon.

–No se trata de la libertad, se trata de la vida –dijo Lenet con su sombría perseverancia.

–¡Bien! –dijo la princesa–, lo que ellos hagan lo haremos nosotros: prisión por prisión, cadalso por cadalso.

Claire lanzó un grito y cayó de rodillas.

–¡Ay, señora! –dijo–, el señor Richon es amigo mío. Yo venía a pedir os una gracia, y vos habéis prometido concedérmela. Pues bien, os pido que empleéis todo vuestro crédito para salvar al señor Richon.

Claire estaba de rodillas. La princesa aprovechó esa ocasión para conceder a los ruegos de Claire lo que negaba a los consejos algo rudos de Lenet. Fue a una mesa, cogió una pluma y escribió al señor de La Meilleraye para pedirle el canje de Richon por uno de los oficiales que ella tenía prisioneros, dejando que la reina eligiese. Una vez escrita la carta, buscó con los ojos al mensajero que debía enviar. Entonces, por más doliente que estuviera de su antigua herida, por más agotado que estuviera por su reciente fatiga, Ravailly se ofreció con la sola condición de que le dieran un caballo fresco. La princesa le autorizó a coger en sus cuabras el que le conviniese, y el capitán partió animado por los gritos de la multitud, por las exhortaciones de Lenet y por las súplicas de Claire.

Un instante después se oyeron los rumores del pueblo reunido, al que Ravailly acababa de explicar su misión, y que, en medio de su alegría, gritaba hasta desgañitarse:

–¡Madame la princesa! ¡El señor duque d'Enghien!

Fatigada por aquellas apariciones diarias que se parecían más a órdenes que a ovaciones, la princesa quiso por un instante tratar de negarse a los deseos de aquel populacho; pero como ocurre en circunstancias parecidas, se obstinó, y pronto los gritos degeneraron en aullidos.

–¡Vamos! –dijo Madame la princesa cogiendo a su hijo de la mano–, ¡vamos! ¡Siervos somos, y obedecemos!

Y armando su cara con una graciosa sonrisa, apareció en el balcón y saludó a aquel pueblo del que era a un tiempo esclava y reina.

XVI

En el momento en que la princesa y su hijo se asomaban al balcón en medio de las aclamaciones entusiastas de la multitud, se oyó de pronto retumbar en la distancia un sonido de pífanos y tambores acompañados de un alegre rumor.

En el mismo instante, el tumultuoso gentío que asaltaba la casa del presidente Lalanne para ver a Mme. de Condé, volvió la cabeza hacia el lado donde el ruido se dejaba oír, y, poco preocupada por las leyes de la etiqueta, empezó a desparramarse en dirección al ruido que iba acercándose. Era muy sencillo: ya habían visto diez, veinte, cien veces quizá a Madame la princesa, mientras que aquel ruido les prometía algo desconocido.

–Por lo menos son sinceros –murmuró sonriendo Lenet detrás de la princesa indignada–. Pero ¿qué significan esa música y esos gritos? Confieso a Vuestra Alteza que estoy casi tan ansioso por saberlo como han estado estos malos cortesanos.

–¡Bien! –dijo la princesa–, dejadme también y corred las calles como ellos.

»¡Oh!, buenas noticias –dijo la princesa con una mirada irónica dirigida al magnífico cielo que resplandecía encima de su cabeza–, yo no espero más. No estamos de suerte.

–Señora –dijo Lenet–, sabéis que no me engaño fácilmente; sin embargo, o mucho me equivoco, o todo ese ruido anuncia algún suceso feliz.

En efecto, cuando los murmullos estuvieron más cerca, una multitud que apareció en el extremo de la calle con los brazos levantados al aire y agitando pañuelos, convencieron a la propia princesa de que la noticia era buena. Prestó, pues, oído con una atención que momentáneamente le hizo olvidar la deserción de su corte, y oyó estas palabras:

–¡Branne! ¡El gobernador de Branne! ¡El gobernador apresado!

–¡Ah, ah! –dijo Lenet–, ¡el gobernador de Branne apresado! El mal sólo es a medias; en él tenemos un rehén que responderá por Richon.

–¿No teníamos al gobernador de la isla Saint-Georges? –replicó la princesa.

–Me alegro –dijo Mme. de Tourville– de que el plan que propuse para tomar Branne haya tenido tanto éxito.

–Señora –dijo Lenet–, no nos felicitemos todavía por una victoria tan completa; el azar se ríe de los planes del hombre, e incluso en alguna ocasión de los planes de la mujer.

–Sin embargo, señor –respondió Mme. de Tourville irguiéndose con su acritud acostumbrada–, si el gobernador está prisionero es que la plaza ha sido conquistada.

–Lo que decís, señora, no es de una lógica absoluta; pero tranquilizaos, si os debemos este doble éxito seré como siempre el primero en felicitaros.

–Lo que me sorprende en todo esto –dijo la princesa, que ya buscaba en el feliz acontecimiento que esperaba un lado hiriente para aquel orgullo aristocrático que formaba el fondo de su carácter–, lo que me sorprende es que no me hayan avisado la primera de lo que pasa: es de una inconveniencia imperdonable, y el señor duque de La Rochefoucauld nunca las ha cometido.

–¡Eh!, señora –dijo Lenet–, ¿nos faltan soldados para combatir y vos queríais que los apartásemos de sus puestos para convertirlos en mensajeros? ¡Ay!, no exijamos demasiado, y cuando nos llega una buena noticia tomémosla tal como Dios nos la envía, y no preguntemos cómo nos ha llegado.

Mientras, la multitud iba creciendo porque todos los grupos particulares iban a unirse al grupo principal, como los riachuelos van a desembocar en un río. En medio de ese grupo principal, que tal vez formaba un millar de individuos, aparecía un pequeño núcleo de soldados, treinta hombres poco más o menos, y en medio de esos treinta hombres un prisionero que los soldados parecían defender del furor del pueblo.

–¡Muerte! ¡Muerte! –gritaba el populacho–. ¡Muerte para el gobernador de Branne!

–¡Ah! –dijo la princesa con una sonrisa de triunfo–, decididamente parece que hay un prisionero y que ese prisionero es el gobernador de Branne.

–Sí –dijo Lenet–. Pero ved, señora, parece que el prisionero corre peligro de muerte. ¿Oís esas amenazas? ¿Veis esos gestos furiosos? ¡Eh!, señora, van a romper la barrera de los soldados, van a despedazarlo. ¡Son como tigres! Huelen la carne y querrían beber la sangre.

–¡Que la beban! –dijo la princesa con esa ferocidad peculiar de las mujeres cuando se exaltan sus malas pasiones–. ¡Que la beban! Es la de un enemigo.

–Señora –dijo Lenet–, ese enemigo está bajo la guardia de honor de Condé, pensad en ello, y además, ¿quién os dice que en este momento Richon, nuestro valiente Richon, no corre los mismos riesgos que este desgraciado? ¡Ah, van a romper la barrera de los soldados! Si lo tocan, está perdido. ¡Aquí, veinte hombres! –gritó Lenet volviéndose–, ¡veinte hombres de buena voluntad para ayudar a rechazar a toda esa canalla! Si de la cabeza de ese prisionero cae un solo pelo, me responderéis con la vuestra. En marcha...

Tras estas palabras, veinte mosqueteros de la guardia burguesa, pertenecientes a las mejores familias de la ciudad, se precipitaron como un torrente a las escaleras, atravesaron la multitud a culatazos de sus mosquetes y se sumaron a la escolta. Justo a tiempo: algunas garras, más largas y más aceradas que las otras, ya habían cogido jirones de tela del atuendo azul del gobernador.

–Gracias, caballeros, gracias –dijo el prisionero–, acabáis de impedir que esos caníbales me devoren. ¡Bien hecho! Maldita sea, si comen así a los hombres, el día en que el ejército realista asalte vuestra ciudad, la devorarán cruda.

Y se echó a reír encogiéndose de hombros.

–¡Ah, qué valiente! –exclamó la muchedumbre al ver la calma, quizás algo afectada, del prisionero, repitiendo esa broma que halagaba su amor propio–. ¡Es un auténtico valiente! No tiene miedo. ¡Viva el gobernador de Branne!

–¡Palabra que sí! –gritó el prisionero–. ¡Viva el gobernador de Branne! Me vendría bastante bien que siguiese viviendo.

La furia del pueblo se trocó entonces en admiración, y esa admiración no tardó en expresarse en términos enérgicos. Y fue una verdadera ovación la que sucedió al inminente martirio del gobernador de Branne, es decir, de nuestro amigo Cauvignac.

Porque, como sin duda ya han adivinado nuestros lectores, era Cauvignac quien, bajo el pomposo título de gobernador de Branne, hacía esa triste entrada en la capital de la Guyena.

Mientras, protegido por sus guardias y luego por su presencia de ánimo, el prisionero de guerra fue introducido en casa del presidente Lalanne y conducido, mientras la mitad de su escolta guardaba la verja, ante la princesa por la otra mitad.

Cauvignac entró orgulloso y tranquilo en la morada de Mme. de Condé; pero hay que decir que, bajo aquella apariencia heroica, el corazón le palpitaba con fuerza.

Nada más verle fue reconocido, a pesar del estado en que la prisa de la multitud había puesto su hermoso uniforme azul, sus galones de oro y la pluma de su sombrero.

–¡Señor Cauvignac! –exclamó Lenet.

–Señor Cauvignac, gobernador de Branne –añadió la princesa–. ¡Ah, señor, esto huele a traición!

–¿Qué dice Vuestra Alteza? –preguntó Cauvignac, comprendiendo que, ahora o nunca, debía llamar en su ayuda a toda su sangre fría y de manera especial a todo su ánimo–. Creo que habéis pronunciado la palabra traición.

–Sí, caballero: traición. Porque, ¿con qué título os presentáis ante mí?

–Con el título de gobernador de Branne, señora.

–Traición, ya lo veis. ¿Por quién están firmadas vuestras provisiones?

–Por el señor de Mazarino.

–Traición, doble traición, ya lo decía yo. Sois gobernador de Branne y fue vuestra compañía la que entregó Vayres: el título ha recompensado el hecho.

Ante estas palabras, la sorpresa más profunda se pintó en el rostro de Cauvignac. Miró a su alrededor como buscando a la persona a quien estas extrañas palabras se dirigían y, convencido por la evidencia de que nadie salvo él mismo era el objeto de la acusación de la princesa, dejó caer sus brazos a lo largo de sus caderas con un gesto lleno de desánimo.

–¿Que mi compañía ha entregado Vayres? –dijo–. ¿Y es Vuestra Alteza quien me hace semejante reproche?

–Sí, caballero, yo. Haced como que lo ignoráis, fingid asombro: sí, parece que sois buen comediante. Pero no seré víctima ni de vuestras muecas ni de vuestras palabras, por más armonía que haya entre unas y otras.

–Yo no finjo nada, señora –respondió Cauvignac–; ¿cómo quiere Vuestra Alteza que sepa lo que ha ocurrido en Vayres si nunca he estado allí?

–¡Subterfugio, caballero, subterfugio!

–No tengo nada que responder a semejantes palabras, señora, salvo que Vuestra

Alteza parece descontenta de mí. Perdone Vuestra Alteza a la sinceridad de mi carácter la libertad de mi defensa, pero soy yo quien pensaba que tenía que quejarme de ella.

–¿Quejaros vos de mí? ¿Vos, caballero? –exclamó la princesa asombrada ante semejante impudor.

–Claro, señora –respondió Cauvignac sin desconcertarse–. Sobre vuestra palabra y sobre la del señor Lenet aquí presente, recluto una compañía de valientes, contraigo con ellos compromisos tanto más sagrados cuanto que casi todos eran compromisos de palabra. Y resulta que cuando vengo a pedir a Vuestra Alteza la suma prometida, una miseria, treinta o cuarenta mil libras destinadas, no a mí, fijaos bien, sino a los nuevos defensores que he hecho de los señores príncipes, resulta que Vuestra Alteza me rechaza: ¡sí, me rechaza! ¡Apelo al señor Lenet!

–Es verdad –dijo Lenet–. Cuando el señor se presentó, no teníamos dinero.

–¿Y no podíais esperar algunos días, señor? Vuestra fidelidad y la de vuestros hombres ¿tenía hora?

–Esperé el tiempo que el señor duque de La Rochefoucauld me pidió, señora, es decir, ocho días. Al cabo de esos ocho días me presenté de nuevo; en esa ocasión, rechazo formal. Apelo de nuevo al señor Lenet.

La princesa se volvió hacia su consejero; sus labios estaban cerrados y sus ojos lanzaban chispas bajo su ceño fruncido.

–Desgraciadamente –dijo Lenet– me veo obligado a confesar que lo que dice el caballero es la exacta verdad.

Cauvignac se irguió triunfante.

–Bien, señora –continuó–, ¿en parecida circunstancia qué hubiera hecho un intrigante? Un intrigante hubiera ido a venderse a la reina, él y sus hombres. Pero como me horroriza la intriga, despedí a mi compañía devolviendo a cada hombre su palabra; y solo y aislado en una neutralidad absoluta, hice lo que el sabio manda hacer en la duda: abstenerme.

–¿Y vuestros soldados, señor? ¡Y vuestros soldados! –exclamó furiosa la princesa.

–Señora –respondió Cauvignac–, como no soy ni rey ni príncipe, sino sólo capitán, como no tengo ni súbditos ni vasallos, llamo soldados míos a los soldados que pago; y como a los míos, como ha asegurado el señor Lenet, no se les pagaba, recuperaron su libertad. Fue entonces cuando se volvieron contra su nuevo jefe. ¿Qué hacer? Confieso que no lo sé.

–Pero vos, caballero, que os habéis puesto de parte del rey, ¿qué tenéis que decir? ¿Que vuestra neutralidad os pesaba?

–No, señora, pero mi neutralidad, por más inocente que fuera, se volvió sospechosa a los partidarios de Su Majestad. Una buena mañana fui detenido en el Becerro de Oro, en la ruta de Libourne, y conducido hasta la reina.

–¿Y tratasteis allí con ella?

–Señora –respondió Cauvignac–, un hombre de corazón tiene puntos por donde la delicadeza de una soberana sabe atacarle. Yo tenía el alma ulcerada; me habían expulsado de un partido al que me había lanzado ciegamente con todo el ardor,

con toda la buena fe de la juventud. Aparecí ante la reina entre dos soldados dispuestos a matarme; yo me esperaba reproches, ultrajes, la muerte. Porque en última instancia, con intención o sin ella, había servido a la causa de los príncipes; pero, al revés de lo que esperaba, en lugar de castigarme quitándome la libertad, enviándome a una prisión y haciéndome subir al cadalso, esa gran princesa me dijo: «Valiente gentilhombre extraviado, con una palabra puedo hacer que caiga tu cabeza; pero ya lo ves, en el otro lado han sido ingratos contigo, aquí seremos agradecidos: en el nombre de santa Ana, mi patrona, de ahora en adelante figurarás entre los míos. Caballeros –dijo dirigiéndose a mis guardias–, respetad a este oficial, porque he apreciado sus méritos, y lo hago jefe vuestro. Y a vos –añadió aún volviéndose hacia mí–, os nombro gobernador de Branne: así es como se venga una reina de Francia».

»¿Qué podía responder? –dijo Cauvignac recobrando su voz y sus gestos naturales, después de haber imitado de una forma a medias cómica y a medias sentimental, la voz y el gesto de Ana de Austria–. Nada. Me sentía herido en mis esperanzas más caras; me sentía herido en la adhesión totalmente gratuita que yo había puesto a los pies de Vuestra Alteza, a la que, lo recuerdo con alegría, había tenido la dicha de hacer en Chantilly un pequeño favor. Hice como Coriolano¹⁶⁰, entré bajo la tienda de los volscos.

Este discurso, pronunciado con voz dramática y gesto majestuoso, causó mucho efecto sobre los presentes. Cauvignac se dio cuenta de su triunfo al ver a la princesa palidecer de furia.

–En fin, caballero, ¿a quién sois fiel en este momento? –preguntó ella.

–A los que aprecian la delicadeza de mi conducta –respondió Cauvignac.

–Está bien. Sois mi prisionero.

–Tengo ese honor, señora, pero espero que me tratéis como a gentilhombre. Soy vuestro prisionero, cierto, pero sin haber combatido contra Vuestra Alteza: me dirigía a mi gobierno con mis bagajes cuando he caído en medio de una partida de soldados vuestros que me ha detenido. No he pensado ni un solo instante en ocultar mi rango ni mi opinión. Lo repito y por lo tanto pido ser tratado no sólo como gentilhombre, sino como oficial superior.

–Lo seréis, señor –respondió la princesa–. Tendréis la ciudad por prisión; pero antes juraréis por vuestro honor que no intentaréis salir.

–Juraré, señora, cuanto Vuestra Alteza me pida.

–Está bien. Lenet, dad al caballero la fórmula: vamos a recibir su juramento.

Lenet dictó los términos del juramento que debía hacer prestar a Cauvignac. Cauvignac levantó la mano y juró solemnemente no salir de la ciudad hasta que la princesa no lo hubiera relevado de su juramento.

–Ahora, retiraos –dijo la princesa–: confiamos en vuestra lealtad de gentilhombre y en vuestro honor de soldado.

Cauvignac no se lo hizo repetir dos veces, saludó y salió; pero, al salir, tuvo tiempo de captar un gesto del consejero que significaba: «Señora, él tiene razón y nosotros estamos equivocados; eso es lo que se llama ser cicatero en política».

Lo cierto es que Lenet, capaz de apreciar toda clase de mérito, había reconocido

toda la sutileza del carácter de Cauvignac, y precisamente porque no había sido víctima en ningún punto de las razones especiosas que había dado, admiraba cómo el prisionero había salido de una de las posiciones más falsas en que pueda encontrarse un tráfugo.

En cuanto a Cauvignac, bajaba la escalera muy pensativo, con la mano en la barbilla y diciéndose para sus adentros: «Veamos, ahora se trataría de revenderles por cien mil libras mis cincuenta hombres, y es posible porque el honrado e inteligente Ferguzon ha conseguido plena libertad para él y los suyos. Un día u otro encontraré la ocasión, seguro. Vamos, vamos –continuó Cauvignac muy consolado–, veo que, dejándome arrestar, no he hecho tan mal negocio como al principio había creído».

XVII

Ahora retrocedamos un paso y devolvamos la atención de nuestros lectores sobre los sucesos que habían ocurrido en Vayres, sucesos que aún sólo conocen de manera imperfecta.

Tras varios asaltos tanto más terribles cuanto que el general de las tropas realistas sacrificaba más hombres para perder menos tiempo, habían sido tomadas las defensas; pero los valientes defensores de esas defensas, tras haber disputado el terreno palmo a palmo, tras haber sembrado de muertos el campo de batalla, se habían retirado por el camino cubierto y se habían establecido en Vayres. Pero al señor de La Meilleraye no se le ocultaba que, si había perdido quinientos o seiscientos hombres para hacerse con una mala muralla de tierra rematada por una empalizada, perdería seis veces más para tomar un fuerte rodeado de buenas murallas y defendido por un hombre cuya ciencia estratégica y valor militar había podido apreciar a sus expensas.

Así pues, estaba decidido a abrir una trinchera y a organizar un asedio en regla, cuando avistaron a la vanguardia del ejército del duque d'Épernon que venía a unirse al ejército del señor de La Meilleraye, unión que duplicaba las fuerzas realistas. Esto cambiaba por completo la faz de las cosas. Con ochenta mil hombres uno se atreve a hacer cosas a las que no se atrevería con doce mil. Por lo tanto, se decidió el asalto para el día siguiente.

Por la interrupción de los trabajos de la trinchera, por las nuevas disposiciones que se adoptaban y, sobre todo, al ver el refuerzo recién llegado, Richon comprendió que la intención de los asaltantes era atacar sin tregua; y, adivinando un asalto para el día siguiente, reunió a sus hombres para juzgar sus disposiciones, de las que por otra parte no tenía ninguna razón para dudar, según la forma en que lo habían secundado en la defensa de las primeras trincheras.

Por eso fue extremado su asombro cuando vio la nueva actitud de la guarnición. Sus hombres lanzaban una mirada sombría e inquieta sobre el ejército realista, y sordos rumores salían de las filas.

Richon no entendía de bromas con las armas, y sobre todo de bromas de este tipo.

–¡Hola! ¿Quién murmura? –dijo volviéndose hacia el lado donde el murmullo reprobador había sido más nítido.

–Yo –respondió un soldado, más osado que los otros.

–¡Tú!

–Sí, yo.

–Entonces, ven aquí y responde.

El soldado salió de las filas y se acercó a su jefe.

–¿Por qué te quejas? –dijo Richon cruzándose de brazos y mirando fijamente al

rebelde.

–¿Por qué me quejo?

–Sí, ¿por qué te quejas? ¿Tienes tu ración de pan?

–Sí, comandante.

–¿Tu ración de carne?

–Sí, comandante.

–¿Estás mal alojado?

–No.

–¿Se te debe algún sueldo atrasado?

–No.

–Entonces habla, ¿qué deseas? ¿Qué quieres? ¿Y qué significan esos murmullos?

–Significan que luchamos contra nuestro rey, y que eso es duro para un soldado francés.

–Entonces, ¿echas de menos el servicio de Su Majestad?

–¡Claro, pardiez!

–¿Y deseas reunirse con tu rey?

–Sí –dijo el soldado que, engañado por la calma de Richon, creía que aquel asunto concluiría con la simple exclusión de las filas de Condé.

–¡Está bien! –dijo Richon agarrando al hombre por su tahalí–; pero como he cerrado las puertas, tendrás que tomar el único camino que te queda.

–¿Cuál? –preguntó el soldado asustado.

–Éste –dijo Richon levantándolo con su brazo de Hércules y lanzándolo por encima del parapeto.

El soldado lanzó un grito y fue a caer en el foso, que por suerte para él estaba lleno de agua.

Un sombrío silencio acogió la vigorosa acción. Richon creyó haber aplacado la sedición, y, como un jugador que arriesga el todo por el todo, se volvió hacia sus hombres:

–Ahora –dijo–, si hay aquí más partidarios del rey, que hablen, y les haremos salir como quieran.

Un centenar de hombres exclamaron:

–¡Sí!, ¡sí!, ¡somos partidarios del rey y queremos salir!

–¡Ah! –dijo Richon comprendiendo que no se trataba ya de una opinión parcial, sino de una revuelta general que salía a la luz–. ¡Ah!, esto es otra cosa. Creía que tenía que vérmelas con un rebelde, y veo que tengo enfrente a quinientos cobardes.

Richon se equivocaba acusando a la mayoría: sólo había hablado un centenar de hombres, el resto se había callado; pero el resto, implicado en la acusación de cobardía, también se puso a murmurar.

–Veamos –dijo Richon–, no hablemos todos juntos. Que un oficial, si es que hay un oficial que quiera traicionar su juramento, sea portavoz de todos; juro que ese oficial podrá hablar impunemente.

Ferguson dio un paso y salió de las filas, saludando a su comandante con una cortesía exquisita.

–Comandante –dijo–, ya oís el deseo de la guarnición: combatís a Su Majestad el rey; pero a la mayoría de nosotros nadie nos avisó cuando nos alistaron que era para hacer la guerra a ese enemigo. Uno de los valientes aquí presentes, así forzado en sus opiniones, hubiera podido, en medio del asalto, equivocarse en la dirección de su mosquete y alojaros una bala en la cabeza; pero nosotros somos verdaderos soldados y no cobardes, como habéis cometido el error de decir. Ésta es, pues, la opinión de mis compañeros y la mía, que respetuosamente os exponemos; rendidnos al rey, o nosotros mismos nos rendiremos.

Estas palabras fueron acogidas con un hurra universal: demostraba que la opinión expresada por el teniente era, si no la de toda la guarnición, al menos la de la mayor parte. Richon comprendió que estaba perdido.

–No puedo defenderme solo –dijo–, y no quiero rendirme. Puesto que mis soldados me abandonan, que alguno trate en su nombre como quiera y como ellos quieran, pero ese alguien no seré yo. Que los pocos valientes que siguen siéndome fieles, si los hay, salven la vida, es lo único que deseo. Veamos, ¿quién será el negociador?

–Seré yo, mi comandante, si os parece bien y si mis compañeros me honran con su confianza.

–¡Sí, sí, el teniente Ferguzon! ¡El teniente Ferguzon! –gritaron quinientas voces, en medio de las cuales se distinguían las de Barrabás y Carrotel.

–Seréis vos entonces, señor –dijo Richon–. Sois libre para entrar y salir de Vayres como queráis.

–¿Y no tenéis instrucciones particulares que darme, mi comandante? –preguntó Ferguzon.

–La libertad para mis hombres.

–¿Y para vos?

–Nada.

Aquella abnegación hubiera hecho volver al camino a unos hombres extraviados; pero no sólo estaban extraviados, estaban vendidos.

–¡Sí! ¡Sí! ¡La libertad para nosotros! –gritaron.

–Tranquilizaos, comandante –dijo Ferguzon–, no os olvidaré en la capitulación.

Richon sonrió tristemente, se encogió de hombros, volvió a su casa y se encerró en su cuarto.

Ferguzon pasó inmediatamente al campo de los realistas. Sin embargo el señor de La Meilleraye no quiso hacer nada sin la autorización de la reina; pero la reina había dejado la pequeña casa de Nanon para no asistir, como ella misma había dicho, a la vergüenza del ejército y se había retirado al ayuntamiento de Libourne.

Dejó, pues, a Ferguzon guardado por dos soldados, montó a caballo y corrió a Libourne. Encontró al señor de Mazarino, a quien creyó anunciar una gran noticia; pero a las primeras palabras del mariscal, el ministro lo detuvo con su sonrisa de siempre.

–Sabemos todo eso, señor mariscal –le dijo–, y el asunto se resolvió ayer noche. Conseguid un trato con el teniente Ferguzon, pero en el caso de Richon empeñad sólo la palabra.

–¡Cómo! ¿Sólo la palabra? –dijo el mariscal–. Pero mi palabra empeñada vale tanto como escrita, eso espero.

–Id, id, señor mariscal; he recibido de Su Santidad¹⁶¹ indulgencias especiales que me permiten relevar a la gente de su juramento.

–Es posible –dijo el mariscal–, pero esas indulgencias no afectan a los mariscales de Francia.

Mazarino sonrió y le hizo al mariscal seña de que podía volver al campamento.

El mariscal volvió refunfuñando, dio a Ferguzon una salvaguardia escrita para él y sus hombres, y empeñó su palabra con Richon.

Ferguzon regresó al fuerte, que abandonó con sus compañeros una hora antes del alba, después de haber dado cuenta a Richon de la promesa verbal del mariscal. Dos horas después, cuando Richon divisaba ya desde sus ventanas el refuerzo que le traía Ravailly, entraron en su cuarto y fue detenido en nombre de la reina.

En el primer momento sobre el rostro del valiente comandante se pintó una viva satisfacción. Libre, Mme. de Condé podía sospechar que la había traicionado; cautivo, su cautiverio respondía por él.

Con esta esperanza se había quedado en lugar de salir con los demás.

Pero no se contentaron con quitarle la espada, como al principio había esperado, sino que, una vez desarmado, cuatro hombres que lo aguardaban en la puerta se arrojaron sobre él y le ataron las manos a la espalda.

Richon sólo opuso a ese indigno trato la calma y la resignación de un mártir. Era uno de esos seres bien templados, abuelos de los héroes populares de los siglos XVIII y XIX.

Richon fue conducido a Libourne y llevado ante la reina, que lo miró con desdén arrogante: ante el rey, que lo aplastó con una mirada feroz; ante Mazarino, que le dijo:

–Habéis apostado fuerte, señor Richon.

–Y he perdido, ¿no es eso, monseñor? Ahora queda por saber lo que nos jugamos.

–Mucho me temo que os habéis jugado la cabeza –dijo Mazarino.

–Que avisen al señor duque d'Épernon que el rey quiere verlo –dijo Ana de Austria–. En cuanto a este hombre, que espere aquí su juicio.

Y retirándose con soberbio desdén, salió de la sala dando la mano al rey y seguida por el señor de Mazarino y los cortesanos.

En efecto, el señor duque d'Épernon había llegado hacía una hora; pero, como verdadero viejo enamorado, su primera visita había sido para Nanon. En el fondo de la Guyena se había enterado de la heroica defensa que Canolles había hecho de la isla Saint-Georges; y, como hombre siempre lleno de confianza en su amada, felicitaba a Nanon por la conducta de su adorado hermano, cuya fisonomía, según decía ingenuamente, no anunciaba sin embargo ni tanta nobleza ni tanto valor.

Nanon tenía algo más que hacer que reírse para sus adentros de la prolongación

de la confusión. En ese momento no sólo se trataba de su propia libertad, sino también de la libertad de su amado. Nanon amaba tan locamente a Canolles que no podía creer en ninguna perfidia de su parte, aunque esa idea se hubiera presentado con frecuencia en su mente. En el cuidado que él había puesto en alejarla, ella no había visto más que tierna solicitud; lo creía prisionero a la fuerza, lo lloraba y sólo aspiraba al momento en que, gracias al señor duque d'Épernon, podría liberarlo.

También había intentado acelerar, con diez cartas escritas al querido duque, su regreso.

Por fin éste había llegado, y Nanon le había presentado su súplica por su sedicente hermano, al que quería sacar cuanto antes de las manos de sus enemigos, o mejor dicho, de las manos de Mme. de Cambes: creía que Canolles no corría en realidad otro peligro que enamorarse cada vez más de la vizcondesa.

Pero este peligro era para Nanon un peligro capital. Por eso pedía con las manos juntas al señor duque d'Épernon la libertad de su hermano.

–Esto viene de maravilla –respondió el duque–, acabo de saber hace un momento que el gobernador de Vayres se ha dejado arrestar. Bien, lo cambiaremos por ese valiente Canolles.

–¡Oh! –exclamó Nanon–, ¡es una gracia del cielo, mi querido duque!

–¿Queréis mucho a ese hermano, Nanon?

–Más que a mi vida.

–Qué extraño que nunca me hayáis hablado de él, hasta ese famoso día en que cometí la tontería...

–¿Entonces, señor duque?... –le interrumpió Nanon.

–Entonces devuelvo el gobernador de Vayres a Mme. de Condé, que nos devolverá a Canolles; se hace siempre en guerra, un canje puro y simple.

–Sí, pero ¿no valorará Mme. de Condé al señor de Canolles más que a un simple oficial?

–Bueno, en tal caso, en lugar de un oficial le enviaremos dos, o tres; lo arreglaremos de manera que al final estéis contenta, ¿oís, querida hermosa? Y cuando nuestro valiente comandante de la isla Saint-Georges vuelva a Libourne, le haremos un homenaje.

Nanon no tenía ganas de fiesta: poseer a Canolles era el ardiente sueño de todas sus horas. En cuanto a lo que dijera el señor duque d'Épernon cuando viese quién era de verdad Canolles, sólo le preocupaba a medias. Una vez a salvo Canolles, le diría que era su amante, lo diría en voz alta, ¡lo diría a todo el mundo!

En ese punto estaban las cosas cuando entró el mensajero de la reina.

–Ved –dijo el duque–, todo va sobre ruedas, querida Nanon: voy a ver a Su Majestad y vuelvo con el cartel del canje.

–¿De suerte que mi hermano podrá estar aquí?...

–Quizá mañana –dijo el duque.

–¡Adelante pues! –exclamó Nanon–, y no perdáis un instante. Oh, mañana, mañana –añadió alzando sus dos brazos al cielo con una admirable expresión de súplica–, mañana, ¡Dios lo quiera!

«¡Qué corazón!», murmuró al salir el duque d'Épernon.

Cuando el duque d'Épernon entró en la sala de la reina, Ana de Austria, roja de cólera, se mordía sus gruesos labios que causaban la admiración de los cortesanos, precisamente porque eran el lugar defectuoso de su rostro. Por eso el señor duque d'Épernon, hombre galante y acostumbrado a la sonrisa de las damas, fue recibido como bordelés rebelde.

El duque miró extrañado a la reina: no había respondido a su saludo y, con el ceño fruncido, lo miraba desde la altura de su majestad real.

–¡Ah, ah!, sois vos, señor duque –dijo ella por fin, tras un momento de silencio–. Venid aquí para que os felicite por la forma en que nombráis los cargos de vuestro gobierno.

–¿Qué he hecho, señora? –preguntó el duque atónito–. ¿Y qué pasa?

–Pasa que habéis nombrado gobernador de Vayres a un hombre que dispara el cañón contra el rey; sólo eso.

–¿Yo, señora? –exclamó el duque–. Vuestra Majestad comete algún error, no he sido yo quien ha nombrado al gobernador de Vayres... al menos que yo sepa.

El duque d'Épernon se recobraba de su asombro, porque su conciencia le reprochaba que nunca hacía sólo los nombramientos.

–¡Eso sí que es nuevo! –respondió la reina–; el señor Richon no ha sido nombrado por vos, *quizá*?

Y subrayó con profunda maldad la última palabra.

El duque, que conocía el talento de Nanon para nombrar a los hombres en los cargos, se tranquilizó enseguida.

–No recuerdo haber nombrado al señor Richon –dijo–; pero si lo he nombrado, el señor Richon debe ser un buen servidor del rey.

–¡Lo que faltaba! –dijo la reina–, ¡el señor Richon es, según decís, un buen servidor del rey! ¡Diablos! ¡Vaya un servidor, que en menos de tres días nos mata quinientos hombres!

–Señora –dijo el duque inquieto–, si es así, debo admitir que me he equivocado. Pero antes de ser condenado permitidme conseguir la prueba de que he sido yo quien le ha nombrado. Voy a buscar esa prueba.

La reina hizo un movimiento para retener al duque, pero cambió de opinión.

–Id –dijo–, y cuando hayáis aportado vuestra prueba, os daré la mía.

El señor duque d'Épernon salió corriendo y fue sin parar hasta el aposento de Nanon.

–¡Bien! –le dijo ella–, ¿traéis el cartel de canje, mi querido duque?

–¡Ah!, pues sí, de eso se trata –respondió el duque–: la reina está furiosa.

–¿Y qué motivos tiene Su Majestad?

–De que vos o yo hemos nombrado al señor Richon gobernador de Vayres, y de que ese gobernador, que se ha defendido al parecer como un león, acaba de matarnos quinientos hombres.

–¡El señor Richon! –repitió Nanon–, no sé quién es.

–¡Que el diablo me lleve si yo le conozco!

–En tal caso, decid a la reina que se equivoca.

–Pero ¿no os estáis equivocando vos?

–Aguardad, no quiero tener nada que reprocharme, y voy a decíroslo.

Y Nanon pasó a su gabinete, consultó su libro de asuntos por la letra R: ningún despacho se había dado a Richon.

–Podéis ir a ver a la reina –dijo entrando– y anunciarle valientemente que ella está en el error.

El señor duque d'Épernon no dio más que un salto de la casa de Nanon al ayuntamiento.

–Señora –dijo entrando orgullosamente en la sala de la reina–, soy inocente del crimen que se me imputa: el nombramiento del señor Richon procede de los ministros de Vuestra Majestad.

–Entonces mis ministros firman duque d'Épernon –replicó con acritud la reina.

–¿Cómo es eso?

–Es la firma que figura al pie del despacho del señor Richon.

–Imposible, señora –respondió el duque con el tono cada vez menos seguro de un hombre que empieza a dudar de sí mismo.

La reina se encogió de hombros.

–¡Imposible! –dijo ésta–. Pues bien, leed –y cogió un despacho puesto sobre la mesa del lado de la escritura, y que sujetaba con la mano.

El señor duque d'Épernon cogió el despacho, lo recorrió con avidez, examinando cada pliegue del papel, cada palabra, cada letra, y quedó consternado: un recuerdo terrible pasaba por su mente.

–¿Puedo ver a ese tal señor Richon? –preguntó.

–Nada más fácil –respondió la reina–, he mandado mantenerlo en la sala de al lado para que os dé esa satisfacción –y volviéndose hacia los guardias que esperaban sus órdenes en la puerta, dijo–: Que traigan a ese miserable.

Salieron los guardias y un momento después Richon era traído con las manos atadas y la cabeza cubierta. El duque avanzó hacia él y fijó sobre el prisionero una mirada que éste sostuvo con su dignidad habitual. Como tenía su sombrero sobre la cabeza, uno de los guardias se lo tiró al suelo de un revés de la mano.

Este insulto no provocó el menor movimiento en el gobernador de Vayres.

–Ponedle una capa sobre los hombros, una máscara en la cara –dijo el duque– y dadme una vela encendida.

Enseguida obedecieron las dos primeras órdenes. La reina miraba extrañada aquellos singulares preparativos. El duque daba vueltas alrededor de Richon enmascarado, mirándolo con la mayor atención, tratando de recordar y dando la impresión de que todavía dudaba.

–Traedme la vela que he pedido –dijo–, esa prueba aclarará mis dudas.

Trajeron la vela. El duque acercó el despacho a la luz, y al calor de la llama sobre el papel apareció una cruz doble, trazada debajo de la firma con tinta simpática.

Al verla, la frente del duque se aclaró, y exclamó:

–Señora, este despacho está firmado por mí, es cierto, pero no lo fue ni para el señor Richon ni para ningún otro: me fue extorsionado por este hombre en una especie de emboscada; pero antes de entregar este documento firmado en blanco, hice en el papel la marca que Vuestra Majestad puede ver, y sirve de prueba

abrumadora contra el culpable. Mirad.

La reina cogió ávidamente el papel y miró, mientras el duque le mostraba el signo con la punta del dedo.

–No comprendo ni una palabra de la acusación que acabáis de lanzar contra mí – se limitó a decir Richon.

–¿Cómo? –exclamó el duque–, ¿no erais vos el hombre enmascarado al que entregué este papel en el Dordoña?

–Nunca he hablado con Vuestra Señoría antes de hoy; nunca he estado enmascarado en el Dordoña –respondió fríamente Richon.

–Si no erais vos, fue un hombre enviado por vos el que os substituyó.

–No me serviría de nada ocultar la verdad –dijo Richon siempre con la misma calma–. El despacho que tenéis en vuestras manos, señor duque, lo recibí de Madame la princesa de Condé, de las propias manos del señor duque de La Rochefoucauld; lo rellenó con mi nombre y mi apellido el señor Lenet, cuya escritura tal vez reconozcáis. ¿Cómo cayó ese despacho en manos de Madame la princesa? ¿Cómo el señor duque de La Rochefoucauld lo tenía en su poder? ¿En qué lugar mi nombre y mi apellido fueron escritos por el señor Lenet sobre ese papel? Eso sí que no lo sé, y me importa poco, no me afecta.

–¡Ah!, ¿creéis eso? –dijo el duque en tono burlón.

Y, acercándose a la reina, le contó en voz baja una historia bastante larga que la reina escuchó con mucha atención: era la delación de Cauvignac y la aventura del Dordoña; pero como la reina era mujer, comprendió perfectamente el impulso celoso del duque.

Luego, cuando éste hubo acabado, la reina dijo:

–Es una infamia que sumar a una alta traición. Quien no ha dudado en disparar contra su rey, bien podía vender el secreto de una mujer.

«¡Qué diablos dicen!», murmuró Richon frunciendo el ceño, porque, sin entender lo suficiente para comprender la conversación, oía bastante para adivinar que su honor quedaba comprometido. Además, los ojos relucientes del duque y de la reina no le auguraban nada bueno, y, por valiente que fuese el comandante de Vayres, aquella doble amenaza no dejaba de inquietarle, aunque hubiera sido imposible adivinar por su rostro, armado de una calma despectiva, lo que pasaba en su corazón.

–Hay que juzgarlo –dijo la reina–. Reunamos un consejo de guerra; vos, señor duque d'Épernon, lo presidiréis, elegid pues a vuestros asesores y démonos prisa.

–Señora –dijo Richon–, no hay consejo que reunir ni juicio que hacer. Soy prisionero bajo palabra del señor mariscal de La Meilleraye; soy prisionero voluntario, y la prueba es que podía haber salido de Vayres con mis soldados, que podía haber huido antes o después de su salida, y que no lo he hecho.

–No entiendo nada de eso –dijo la reina levantándose para pasar a una sala contigua–. Si tenéis buenas razones, las haréis valer ante vuestros jueces. ¿Os parece bien esta sala para el juicio, señor duque?

–Sí, señora –respondió éste.

Y al instante, tras escoger a doce oficiales en la antecámara, constituyó el

tribunal.

Richon empezaba a comprender; los improvisados jueces ocuparon sus sitios; luego el ponente le preguntó su apellido, su nombre y su condición.

Richon respondió a esas tres preguntas.

–Estáis acusado de alta traición por haber disparado el cañón contra los soldados del rey –dijo el ponente–. ¿Confesáis ser culpable de ese delito?

–Negarlo sería negar la evidencia: sí, señor, disparé el cañón contra los soldados del rey.

–¿En virtud de qué derecho?

–En virtud del derecho de guerra, en virtud del mismo derecho que en parecida circunstancia invocaron el señor de Conti, el señor de Beaufort, el señor d’Elbeuf y tantos otros.

–Ese derecho no existe, señor, porque ese derecho no es otra cosa que rebelión.

–Sin embargo, en virtud de ese derecho ha capitulado mi teniente. Me acojo a esa capitulación.

–¡Capitulación! –exclamó el duque d’Épernon con ironía, pues sabía que la reina estaba escuchando, y su sombra le dictaba esa palabra injuriosa–. ¡Capitulación! ¿Vos, tratar con un mariscal de Francia?

–¿Por qué no? –respondió Richon–, si ese mariscal de Francia trataba conmigo.

–Mostrad entonces esa capitulación y nosotros juzgaremos su valor.

–Fue un acuerdo verbal.

–Presentad vuestro testigo.

–Sólo tengo uno que pueda presentarse.

–¿Cuál?

–El propio mariscal.

–Que llamen al mariscal –dijo el duque.

–Inútil –dijo la reina abriendo la puerta tras la que escuchaba–; hace dos horas que el señor mariscal se marchó; avanza hacia Burdeos con nuestra vanguardia –y cerró la puerta.

Aquella aparición heló todos los corazones, porque imponía a los jueces la obligación de condenar a Richon.

El prisionero sonrió amargamente.

–¡Ah! –dijo–, ¡ya veo el honor que el señor de La Meilleraye hace a su palabra! Teníais razón, señor –dijo volviéndose hacia el duque d’Épernon–, he hecho mal en tratar con un mariscal de Francia.

Desde ese momento Richon se encerró en el silencio y el desdén, y dejó por completo de responder a todas las preguntas que se le hicieron.

Esto simplificaba mucho el procedimiento; el resto de las formalidades duró apenas una hora. Se escribió poco y se habló menos todavía. El ponente pidió la pena de muerte, y tras una seña del duque d’Épernon los jueces votaron la muerte por unanimidad.

Richon escuchó la sentencia como si hubiera sido un simple espectador; y siempre impasible y mudo fue entregado en el acto al preboste del ejército.

Mientras, el duque d’Épernon fue a ver a la reina, a la que encontró de un humor

delicioso y que le invitó a comer. El duque, que se creía caído en desgracia, aceptó y pasó a ver a Nanon para informarle de la suerte que tenía de seguir gozando de los favores de su soberana.

La encontró sentada en una *chaise longue*, junto a una ventana que daba a la plaza pública de Libourne.

–¡Bien! –le dijo ella–, ¿habéis descubierto algo?

–Lo he descubierto todo, querida –dijo el duque.

–¡Bah! –dijo Nanon inquieta.

–¡Ah, Dios mío, sí! ¿Os acordáis de aquella delación en la que cometí la tontería de creer, de aquella delación sobre vuestros amores con vuestro hermano?

–Sí, ¿y qué?

–¿Os acordáis del documento en blanco que se me pedía?

–Sí, ¿y qué?

–El delator está en nuestras manos, querida, pillado en las líneas de su documento, como un zorro en la trampa.

–¿De veras? –dijo Nanon asustada, pues sabía que el delator era Cauvignac, y aunque no sintiera un profundo cariño por su verdadero hermano, no habría querido que le ocurriese una desgracia; además, para salir con bien del asunto ese hermano podía decir un montón de cosas que Nanon prefería que permanecieran secretas.

–El mismo, querida –continuó el duque d'Épernon–. ¿Qué decís de la aventura? Con la ayuda del documento, el muy granuja se había nombrado con su autoridad privada gobernador de Vayres; pero Vayres ha sido tomado y el culpable está en nuestras manos.

Todos estos detalles cuadraban tan bien con las habilidosas combinaciones de Cauvignac, que Nanon sentía aumentar su terror.

–Y ese hombre –dijo con voz turbada–, ¿qué habéis hecho con ese hombre?

–¡Ah!, palabra que vais a ver vos misma lo que hemos hecho con él –respondió el duque–. Sí –añadió levantándose–, esto viene de perlas: descorred la cortina, o mejor, abrid la ventana de par en par: palabra, es un enemigo del rey y se le podrá ver colgar.

–¡Colgar! –exclamó Nanon–. ¿Qué decís, señor duque? ¿Colgar al hombre del documento en blanco?

–Sí, querida. ¿Veis ahí, bajo el mercado, en aquella viga, esa cuerda que se balancea, esa multitud que corre? Mirad, mirad, ¿veis a los guardias con fusil trayendo al hombre, allí, a la izquierda? ¡Eh!, ved, el rey se asoma a su ventana.

El corazón de Nanon le palpitaba en el pecho y parecía subírsele a la garganta: sin embargo, una rápida ojeada le había permitido ver que el hombre al que traían no era Cauvignac.

–Vamos, vamos –dijo el duque–, el señor Richon va a ser colgado alto y corto; eso le enseñará a no calumniar a las mujeres.

–Pero si ese pobre desdichado no es culpable –exclamó Nanon cogiendo la mano del duque y reuniendo todas sus fuerzas–; quizá se trate de un soldado valiente, de un hombre honrado... ¡quizá vais a asesinar a un inocente!

–No, no, os equivocáis, querida; es un falsario y un calumniador. Además, aunque sólo sea gobernador de Vayres, sería reo de alta traición, y me parece que, aunque sólo fuera culpable de ese crimen, ya sería suficiente.

–Pero ¿no tenía la palabra del señor de La Meilleraye?

–Eso ha dicho, pero no lo creo.

–¿Por qué no ha aclarado el mariscal ante los jueces un punto tan importante?

–Se había marchado dos horas antes de que el acusado compareciera ante sus jueces.

–¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío, señor! Algo me dice que ese hombre es inocente – exclamó Nanon–, y que su muerte nos acarreará a todos la desgracia. ¡Ay, señor!, en nombre del cielo, vos que sois poderoso, vos que decís que no tenéis nada que negarme, ¡concededme el indulto de ese hombre!

–Imposible, querida, ha sido la reina misma la que lo ha condenado, y allí donde ella está ya no hay ningún poder.

Nanon lanzó un suspiro que se parecía a un gemido.

En ese momento Richon había llegado bajo el mercado. Lo condujeron, siempre tranquilo y silencioso, hasta la viga de donde colgaba la cuerda: habían preparado de antemano una escalera que aguardaba: Richon subió a esa escalera con paso firme, dominando desde su noble cabeza todo aquel gentío sobre el que extendía su mirada armada de frío desdén. Entonces el preboste pasó el nudo al cuello y el pregonero proclamó en voz alta que el rey hacía justicia del señor Étienne Richon, falsario, traidor y villano¹⁶².

–Hemos llegado a unos tiempos –dijo Richon– en que más vale ser villano como soy yo que mariscal de Francia.

Nada más pronunciar estas palabras, la escalera desaparecía bajo sus pies, y su cuerpo todo palpitante se balanceaba de la viga fatal.

Un movimiento generalizado de horror dispersó a la muchedumbre sin que se dejara oír un grito de: «¡Viva el rey!», aunque todos pudieron ver todavía a las dos majestades en su ventana. Nanon escondía su cabeza entre sus dos manos y se había refugiado en el rincón más apartado del cuarto.

–Y bien –dijo el duque–, penséis lo que penséis, querida Nanon, creo que esa ejecución servirá de ejemplo; cuando en Burdeos vean que se cuelga a sus gobernadores, siento curiosidad por saber lo que harán.

Ante la idea de lo que podrían hacer Nanon abrió la boca para responder, pero sólo pudo lanzar un terrible grito, levantando las dos manos al cielo como suplicándole que permitiese que la muerte de Richon no fuera vengada; luego, como si dentro de ella se hubieran roto todos los resortes de la vida, se derrumbó en el suelo.

–¡Bien, bien! –exclamó el duque–, ¿qué os ocurre, Nanon, qué os pasa? ¿Es posible que os ocurra esto por haber visto colgar a un villano? Vamos, querida Nanon, levantaos, volved en vos. Dios me perdone, ¡se ha desmayado! ¿Y esos ageneses que dicen que es insensible? ¡Hola! ¡Que venga alguien! ¡Sales, ayuda! ¡Agua fría!

Y el duque, viendo que nadie acudía a sus gritos, salió corriendo para ir a buscar

en persona lo que inútilmente pedía a sus criados, que sin duda no podían oírle, ocupados como estaban aún por el espectáculo que la generosidad real acababa de regalarles gratis.

XVIII

En el mismo momento en que en Libourne caía el telón sobre el terrible drama que acabamos de contar, Mme. de Cambes, sentada ante una mesa de roble de pies retorcidos, mientras Pompée hacía delante de ella una especie de inventario de su fortuna, escribía a Canolles la siguiente carta:

Una demora más, amigo mío. En el momento en que iba a pronunciar vuestro nombre a Madame la princesa y pedir su consentimiento a nuestra unión, ha llegado la noticia de la toma de Vayres, que me ha helado las palabras en los labios, pero sé lo que debéis sufrir, y no tengo fuerzas para soportar al mismo tiempo vuestro dolor y el mío. Los éxitos o los reveses de esta fatal guerra pueden llevarnos demasiado lejos si no nos decidimos a forzar las circunstancias. Mañana, amigo mío, mañana a las siete de la tarde haré vuestra fortuna.

El plan de conducta que os ruego que adoptéis, y del que no debéis apartaros un ápice, es el siguiente:

Pasaréis la sobremesa en casa de Mme. de Lalanne, que desde que os he presentado a ella, hace mucho caso de vos, lo mismo que su hermana. Se jugará: jugad como los demás, pero no apalabréis ninguna partida para la cena; haced más: al llegar la noche, alejad a vuestros amigos si están junto a vos. Entonces, cuando estéis solo, veréis entrar a un mensajero, todavía no sé cuál, que os llamará por vuestro nombre, como si un asunto os reclamase. Sea quien fuera, seguidle confiado, porque irá de mi parte, y su misión será conducirnos a la capilla, donde os estaré esperando.

Querría que fuera en la iglesia de los carmelitas, que tiene para mí tan dulces recuerdos; pero no me atrevo a esperarlo todavía. Será sin embargo así, si consienten en cerrar la iglesia para nosotros.

Haced con mi carta, mientras aguardáis ese momento, lo que hacéis con mi mano cuando olvido retirárosela. Hoy os digo mañana, ¡y mañana os diré siempre!

Canolles se encontraba en uno de sus momentos de misantropía cuando recibió esta carta; durante toda la jornada de la víspera y toda la mañana de ese día no había vislumbrado siquiera a Mme. de Cambes, aunque en las últimas veinticuatro horas había pasado diez veces bajo sus ventanas. Entonces en el alma del enamorado joven se operaba la habitual reacción: acusaba a la vizcondesa de coquetería, dudaba de su amor; se remitía, a pesar suyo, a sus recuerdos de Nanon, tan bondadosa, tan abnegada, tan ardiente, glorificando casi aquel amor del que Claire parecía avergonzarse, y su pobre corazón, cogido entre aquel amor satisfecho que no podía apagarse y aquel amor deseoso que no podía satisfacerse, suspiraba: la carta de la vizcondesa le hizo decidirse a favor suyo.

Canolles leyó y releyó la carta: como Claire había previsto, la besó veinte veces como hubiera hecho con su mano. Pensando en ello, Canolles no podía ocultarse desde cualquier punto de vista que su amor por la vizcondesa era y había sido el asunto más serio de su vida. Con las demás mujeres, ese sentimiento siempre había adoptado otra actitud y, sobre todo, otro desarrollo. Canolles había interpretado su papel de hombre afortunado en aventuras femeninas, se había manifestado como vencedor y casi se había reservado el derecho a ser infiel. Con

Mme. de Cambes, en cambio, era él quien se sentía sometido a un poder superior contra el que ni siquiera trataba de reaccionar, porque notaba que esa esclavitud de hoy era más dulce para él que su poder de antaño. Y en esos momentos de desánimo en que concebía dudas sobre la realidad del cariño de Claire, en esas horas en que el corazón dolorido se repliega sobre sí mismo y ahonda sus dolores con el pensamiento, se confesaba, sin ruborizarse siquiera por esa debilidad que un año antes hubiera considerado indigna de una gran dama, que perder a Mme. de Cambes sería para él una calamidad insoportable.

Pero amarla, ser amado por ella, poseer su corazón, su alma, su persona; poseerla en toda la independencia de su futuro, puesto que la vizcondesa ni siquiera le exigía que sacrificara sus opiniones al partido de Madame la princesa y sólo le pedía su amor... El futuro más feliz, el oficial más rico del ejército del rey, porque, en última instancia, ¿por qué olvidar la riqueza? La riqueza no impedía seguir estando al servicio de Su Majestad si Su Majestad recompensaba dignamente la lealtad; dejarla, si según las costumbres de las leyes era ingrato. ¿No era ésa realmente una felicidad más grande, más soberbia, si puede decirse, que aquella felicidad a la que, en sus sueños más dulces, hubiera osado nunca aspirar?

Pero ¿y Nanon?

¡Ah! Nanon. Nanon era ese remordimiento sordo y lancinante que siempre permanece en el fondo de las almas nobles. Sólo en los corazones vulgares no tiene eco el dolor que los remordimientos causan. ¡Nanon, pobre Nanon! ¿Qué haría, qué diría, qué sería de ella cuando supiese la terrible noticia de que su amado era el marido de otra? ¡Ay!, no se vengaría ni siquiera aunque tuviese en sus manos todos los medios para vengarse, y ésa era la idea que más obsesionaba a Canolles... ¡Ay!, si al menos Nanon tratara de vengarse, aunque se vengase de una forma cualquiera, entonces el infiel sólo vería en ella una enemiga, y por lo menos se habría librado de sus remordimientos.

Sin embargo, Nanon no le había contestado a la carta en la que le había dicho que no volviera a escribirle... ¿Cómo es que había seguido tan escrupulosamente sus instrucciones? Ciertamente, si Nanon lo hubiera querido, habría encontrado la forma de hacerle pasar diez cartas: por lo tanto Nanon no había intentado mantener correspondencia con él. ¡Ay, si Nanon pudiera no amarle!

Y la frente de Canolles se ensombreció ante la idea de que era posible que Nanon dejara de amarle; ¡qué cosa tan cruel encontrar de esta manera el egoísmo del orgullo hasta en el corazón más noble!

Por suerte, Canolles tenía un medio para olvidar todo: leer y releer la carta de Mme. de Cambes; la leyó y relejó, y el medio produjo su efecto. De esta forma nuestro enamorado consiguió dejar a un lado todo lo que no era su propia felicidad. Y para obedecer cuanto antes a su amada, que le ordenaba dirigirse a casa de Mme. de Lalanne, se puso guapo, cosa fácil para su juventud, su gracia y su buen gusto, y acto seguido se dirigió hacia la casa de la presidenta en el momento en que daban las dos.

Estaba tan preocupado Canolles por su felicidad que, al pasar por el muelle, no había visto a su amigo Ravailly, que le hacía mil señales desde una barca a remos

que avanzaba deprisa. Los enamorados, en sus momentos de felicidad, caminan con paso tan ligero que parecen no tocar la tierra. Canolles estaba ya lejos cuando Ravailly desembarcó.

En cuanto estuvo en tierra, este último dio con voz breve varias órdenes a los hombres de la barca y se lanzó rápidamente hacia el alojamiento de Mme. de Condé.

La princesa estaba a la mesa cuando oyó ruidos en la antecámara; preguntó el motivo del alboroto y le respondieron que era el barón de Ravailly, a quien ella había enviado al señor de La Meilleraye y que llegaba en ese mismo instante.

–Señora –dijo Lenet–, me parece conveniente que Vuestra Alteza lo reciba ahora mismo; sean cuales sean las noticias que traiga, son importantes.

La princesa hizo una señal, y Ravailly entró, pero estaba tan pálido y su cara se hallaba tan alterada que, nada más verle, Mme. de Condé sospechó que tenía ante sus ojos a un mensajero de desgracias.

–¿Qué hay, capitán? –preguntó–. ¿Qué ha ocurrido de nuevo?

–Disculpadme, señora, por presentarme así ante Vuestra Alteza, pero he pensado que la noticia que traía no debe demorarse.

–Decid, ¿habéis visto al mariscal?

–El mariscal, señora, se ha negado a recibirme.

–¿Que el mariscal se ha negado a recibir a mi enviado! –exclamó la princesa.

–¡Oh!, señora, eso no es todo.

–¿Qué más hay? Hablad, hablad. Escucho.

–Ese pobre Richon...

–Ya lo sé: prisionero... Os había enviado para negociar su rescate.

–Por más diligencia que puse, llegué demasiado tarde.

–¡Cómo! ¡Demasiado tarde! –exclamó Lenet–. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

–¡Ha muerto!

–¡Muerto! –repitió la princesa.

–Lo han juzgado por traidor, y ha sido condenado y ejecutado.

–¡Condenado! ¡Ejecutado! ¡Ah!, ¿oís, señora? –dijo Lenet consternado–. ¡Ya os lo decía yo!

–¿Y quién lo ha condenado? ¿Quién ha tenido esa audacia?

–Un tribunal presidido por el duque d'Épernon, o mejor dicho por la reina misma; y no se han contentado con la muerte, han querido que esa muerte fuera infamante.

–¡Cómo! ¡Richon!...

–¡Colgado, señora! ¡Colgado como un miserable, como un ladrón, como un asesino! Vi su cuerpo en el mercado de Libourne.

La princesa se levantó de su asiento como si un resorte invisible la impulsase. Lenet lanzó un grito de dolor. Madame de Cambes, que se había levantado, volvió a caer en su silla llevándose la mano al corazón, como se hace cuando se recibe una herida profunda: se había desmayado.

–Levantad a la vizcondesa –dijo el duque de La Rochefoucauld–, en este momento no tenemos tiempo para pensar en los desmayos de las damas.

Dos mujeres se llevaron a la vizcondesa.

–¡Bonita declaración de guerra! –dijo el duque impasible.

–¡Es infame! –dijo la princesa.

–¡Es feroz! –dijo Lenet.

–¡Qué poco político! –soltó el duque.

–Tenemos que vengarnos –exclamó la princesa–. ¡Y cruelmente!

–¡Tengo mi plan! –exclamó Mme. de Tourville, que aún no había dicho nada–. ¡Represalias, Alteza, represalias!

–Un momento, señora –dijo Lenet–. ¡Diablos, qué rápido vais! El asunto es bastante grave para que pensemos en él.

–No, caballero, al contrario, ¡ahora mismo! –respondió Mme. de Tourville–. Cuanto más deprisa ha golpeado el rey, más debemos apresurarnos en responderle dándole enseguida el mismo golpe.

–¡Eh!, señora –exclamó Lenet–, en verdad que habláis de derramar sangre como si fueseis reina de Francia. Para dar vuestra opinión, aguardad al menos a que Su Alteza os la pida.

–La señora tiene razón –dijo el capitán de los guardias–. Represalias: es la ley de la guerra.

–Veamos –dijo el duque de La Rochefoucauld, siempre tranquilo e impasible–, no perdamos el tiempo como hacemos con las palabras. La noticia correrá por la ciudad, y dentro de una hora ya no seremos dueños ni de los acontecimientos, ni de las pasiones, ni de los hombres. El primer cuidado de Vuestra Alteza debe ser adoptar una actitud lo bastante firme para que se la juzgue inquebrantable.

–¡Bien! –dijo la princesa–, dejo ese cuidado en vuestras manos, señor duque, y me remito por completo a vos para que venguéis mi honor y vuestros sentimientos; porque, antes de entrar a mi servicio, Richon había estado al vuestro, lo recibí de vos y vos me lo disteis más como uno de vuestros amigos que como uno de vuestros criados.

–Tranquilizaos, señora –respondió el duque inclinándose–, recordaré lo que debo, a vos, a mí y a ese pobre muerto.

Y se acercó al capitán de los guardias y le habló largo rato en voz baja mientras la princesa salía acompañada por Mme. de Tourville y seguida de Lenet, que se golpeaba la frente con dolor.

La vizcondesa estaba en la puerta. Al recobrar el sentido, su primera idea había sido volver con Mme. de Condé. La encontró en su camino, pero con un rostro tan severo que no se atrevió a preguntarle personalmente.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué se va a hacer? –exclamó tímidamente la vizcondesa uniendo sus manos suplicantes.

–¡Vamos a vengarnos! –respondió Mme. de Tourville en tono majestuoso.

–¡Vengarnos! ¿Y cómo? –preguntó Claire.

–Señora –respondió Lenet–, si tenéis alguna influencia sobre la princesa, utilizadla para que, bajo el nombre de represalias, no se cometa algún horrible asesinato.

Y siguió su marcha, dejando a Claire espantada.

En efecto, por una de esas intuiciones singulares que hacen creer en los presentimientos, el recuerdo de Canolles se había presentado de pronto dolorosamente en la mente de la joven. Oyó en su corazón una especie de voz triste que le hablaba de aquel amigo ausente, y tras subir a su cuarto con furiosa precipitación empezó a vestirse para acudir a la cita, y entonces se dio cuenta de que la cita no debía tener lugar hasta dentro de tres o cuatro horas.

Mientras tanto, Canolles se había presentado en casa de Mme. de Lalanne como la vizcondesa le había recomendado. Era el cumpleaños del presidente, y le daban una especie de fiesta. Como estaban en los mejores días del año, todos los invitados se hallaban en el jardín, donde se había organizado un juego de anillo¹⁶³ sobre un amplio prado. Canolles, de habilidad extremada y gracia perfecta, había aceptado enseguida varios desafíos, y, gracias a su habilidad, hizo caer siempre la victoria de su lado.

Las damas se reían de las torpezas de los rivales de Canolles y admiraban la habilidad de éste; a cada nuevo golpe que daba se producían prolongadas ovaciones, los pañuelos flotaban en el aire y poco faltaba para que los ramos de flores no escaparan de sus manos para ir a caer a sus pies.

Este triunfo no bastaba para apartar la mente de Canolles del gran pensamiento que lo preocupaba, pero le hacía tener paciencia. Por urgente que sea llegar al final, siempre se muestra paciencia con los retrasos de la marcha cuando esos retrasos son ovaciones.

Mientras tanto, a medida que avanzaba la esperada hora, las miradas del joven se volvían con mayor frecuencia hacia la verja por la que entraban o salían los invitados, y por la que como es lógico debía aparecer el enviado prometido.

De repente, y cuando Canolles se felicitaba de que sólo le quedase, según todas las probabilidades, muy poco tiempo de espera, un rumor singular se deslizó entre aquel alegre gentío. Canolles observaba que aquí y allá se formaban grupos, hablaban en voz baja y lo miraban con un interés extraño y que parecía tener algo de doloroso; al principio atribuyó ese interés a su persona, a su habilidad, y se sintió honrado por este sentimiento cuya verdadera causa estaba lejos de sospechar.

Mientras, había empezado a observar, como hemos dicho, que había algo doloroso en la atención de que era objeto; se acercó, sonriendo, a uno de los grupos. Las personas que lo formaban trataban de sonreír, pero su actitud era visiblemente embarazosa: los que no hablaban con Canolles se alejaron.

Canolles se volvió: vio que poco a poco todos iban desapareciendo. Se hubiera dicho que una noticia fatal, y que había helado de terror a todo el mundo, se había difundido de repente por la reunión. Detrás de él pasaba una y otra vez el presidente Lalanne, quien, con una mano en la barbilla, otra en su pecho, paseaba con aire lúgubre. La presidenta, que cogía del brazo a su hermana, aprovechó un momento en que nadie podía verla, dio un paso hacia Canolles y, sin dirigir la

palabra a nadie, dijo en un tono que turbó el alma del joven:

–Si yo fuera prisionero de guerra, aunque fuese bajo palabra, por miedo a que no me cumplieran la palabra dada saltaría sobre un buen caballo, ganaría el río, daría diez, veinte, cien luises a un barquero, si fuera preciso, pero ganaría a pie...

Canolles miró a las dos mujeres sorprendido, y las dos mujeres hicieron al mismo tiempo un gesto de terror que le resultó incomprensible. Se adelantó, tratando de saber de las dos mujeres la explicación de las palabras que acababan de pronunciar, pero ellas huyeron como fantasmas, una poniéndose un dedo en la boca para indicarle silencio, la otra levantando el brazo para hacerle la señal de huida.

En ese momento el nombre de Canolles sonó en la verja.

Todo el cuerpo del joven se estremeció; aquel nombre había sido pronunciado por el mensajero de Mme. de Cambes. Se precipitó hacia la verja.

–¿Está aquí el barón de Canolles? –preguntaba una voz fuerte.

–Sí –exclamó Canolles, olvidándolo todo para no recordar más que la promesa de Claire–. Sí, aquí estoy.

–¿Sois el señor de Canolles? –dijo entonces una especie de sargento franqueando el umbral de la verja tras el que hasta entonces había permanecido.

–Sí, señor.

–¿El gobernador de la isla Saint-Georges?

–Sí.

–¿El ex capitán del regimiento de Navailles?

–Sí.

El sargento se volvió, hizo un gesto, y cuatro soldados, ocultos por una carroza, avanzaron al instante; la carroza misma se acercó hasta el punto en que su estribo tocaba el umbral de la verja. El sargento invitó a Canolles a subir.

El joven miró a su alrededor: estaba absolutamente solo. Únicamente a lo lejos, entre los árboles, vio, semejantes a dos sombras, a Mme. de Lalanne y a su hermana que, apoyadas la una en la otra, parecían mirarlo compasivamente.

«¡Pardiez! –se dijo sin comprender nada de lo que ocurría–. ¡Qué singular escolta ha ido a escoger Mme. de Cambes! Pero –añadió sonriendo ante su propia idea–, ¡no nos pongamos delicados con la elección de los medios!»

–Os estamos esperando, comandante –dijo el sargento.

–Perdón, caballeros –respondió Canolles–, aquí estoy.

Y subió a la carroza. El sargento y dos soldados subieron con él; los otros dos montaron en sus puestos, uno al lado del cochero, otro detrás, y la pesada máquina partió tan veloz como podían arrastrarla dos vigorosos caballos.

Todo aquello era raro, y empezaba a preocupar a Canolles; por eso, volviéndose hacia el sargento, dijo:

–Señor, ahora que estamos entre nosotros, ¿podéis decirme adónde me lleváis?

–Pues primero a la cárcel, señor comandante –respondió éste a la pregunta que se le había dirigido.

Canolles miró a aquel hombre con ojos atónitos.

–¿Cómo? ¡A la cárcel! –dijo–. ¿No venís de parte de una mujer?

–Por supuesto.

–¿Y esa mujer no es la señora vizcondesa de Cambes?

–No, señor, esa mujer es Madame la princesa de Condé.

–¡Madame la princesa de Condé! –exclamó Canolles.

–¡Pobre joven! –murmuró una mujer que pasaba; y se santiguó.

Canolles sintió un escalofrío agudo pasar por sus venas.

Más adelante, un hombre que corría con una pica en la mano se detuvo al ver la carroza y los soldados. Canolles sacó la cabeza fuera de la portezuela, y sin duda el hombre lo reconoció, pues le mostró el puño con una expresión amenazadora y furiosa.

–¡Vaya!, en vuestra ciudad hay muchos locos –dijo Canolles tratando de sonreír–. Desde hace una hora me he convertido en objeto de piedad o de odio para unos que me compadecen y para otros que me amenazan.

–Bueno, caballero –respondió el sargento–, quienes os compadecen no se equivocan y quienes os amenazan bien podrían tener razón.

–En fin, si por lo menos lo entendiese –dijo Canolles.

–Enseguida lo entenderéis todo, caballero –respondió el sargento.

Llegaron a la puerta de la cárcel e hicieron apearse a Canolles en medio de la muchedumbre que empezaba a reunirse. Sólo que, en lugar de conducirlo a su habitación habitual, lo hicieron bajar a un calabozo lleno de guardias.

«¡Bien!, debo saber a qué atenerme», se dijo Canolles; y sacando dos luisas del bolsillo, se acercó a un soldado y se los puso en la mano.

El soldado dudó en recibirlos.

–Cógelos, amigo –le dijo Canolles–, porque la pregunta que voy a hacerte no puede comprometerte en nada.

–Entonces hablad, mi comandante –respondió el soldado guardándose previamente los dos luisas en el bolsillo.

–Me gustaría saber la causa de mi súbita detención.

–Ignoráis, al parecer –respondió el soldado–, la muerte del pobre señor Richon.

–¡Richon muerto! –exclamó Canolles con un grito de profundo dolor, porque se recordará la amistad que los unía–. ¿Habrá sido asesinado, Dios mío?

–No, mi comandante, ha sido ahorcado.

–¡Ahorcado! –murmuró Canolles palideciendo y juntando las manos, y mirando el siniestro aparato que lo rodeaba y el aspecto feroz de sus guardianes–. ¡Ahorcado! ¡Diablos! ¡Bien puedo aplazar indefinidamente mi boda!

XIX

Madame de Cambes había terminado de arreglarse y el resultado era sencillo y encantador; entonces se echó una especie de capa sobre los hombros e hizo a Pompée señal de precederla. Sin embargo era casi de noche, y, pensando que se fijarían menos en ella a pie que en carroza, había ordenado a su coche esperarla en la salida de la iglesia de los carmelitas, junto a una capilla en la que había conseguido que celebraran su boda. Pompée descendió la escalera, y la vizcondesa lo siguió. Estas funciones de batidor recordaban al viejo soldado la famosa patrulla que habían hecho la víspera de la batalla de Corbie.

Al pie de la escalera, y cuando la vizcondesa bordeaba el salón donde se producía un gran tumulto, encontró a Mme. de Tourville, que arrastraba al duque de La Rochefoucauld hacia el gabinete de la princesa mientras discutía con él.

–¡Por favor, señora, una palabra! –dijo ella–. ¿Qué se ha decidido?

–¡Se ha adoptado mi plan! –exclamó Mme. de Tourville triunfante.

–¿Y cuál era vuestro plan, señora? No lo conozco.

–¡Represalias, querida, represalias!

–Perdón, señora, pero tengo la desgracia de no estar tan familiarizada como vos con los términos de guerra. ¿Qué entendéis por represalias?

–Nada más sencillo, querida niña.

–Explicaos de una vez.

–Ellos han ahorcado a un oficial del ejército de los señores príncipes, ¿no es cierto?

–Sí, ¿y qué?

–Pues busquemos en Burdeos un oficial del ejército realista, y colguémoslo.

–¡Dios mío! –exclamó Claire asustada–, ¿qué decís, señora?

–Señor duque –continuó la viuda sin que pareciese advertir el terror de la vizcondesa–, ¿han detenido ya al gobernador que mandaba en Saint-Georges?

–Sí, señora –respondió el duque.

–¡El señor de Canolles detenido! –exclamó Claire.

–Sí, señora –dijo fríamente el duque–, el señor de Canolles está detenido o va a estarlo. La orden fue dada en mi presencia, y he visto partir a los hombres encargados de hacerlo.

–Pero ¿se sabía dónde estaba? –preguntó Claire con una última esperanza.

–Estaba en la *petite maison* de nuestro huésped, el señor de Lalanne, donde, según me han dicho, conseguía muchos éxitos en el juego del anillo.

Claire lanzó un grito; Mme. de Tourville se volvió extrañada, el duque miró a la joven con una sonrisa imperceptible.

–¡El señor de Canolles detenido! –repitió la vizcondesa–. Pero ¿qué ha hecho, Dios mío? ¿Y qué tiene que ver él con el horrible suceso que nos aflige?

–¿Qué tiene que ver? Todo, querida. ¿No es un gobernador como Richon?

Claire quiso hablar, pero su corazón se encogió tanto que la palabra se heló en sus labios. Sin embargo, aferrándose al brazo del duque y mirándolo aterrorizada, consiguió murmurar estas palabras:

–Es un amago, ¿verdad, señor duque? Una manifestación y nada más. A un prisionero bajo palabra no se le puede hacer nada, al menos eso creo.

–También, señora, Richon estaba prisionero bajo palabra.

–Señor duque, os suplico...

–Ahorraos las súplicas, señora, son inútiles. No puedo hacer nada en este asunto: sólo el consejo decidirá.

Claire abandonó el brazo del señor duque de La Rochefoucauld y corrió directamente al gabinete de Mme. de Condé. Lenet, pálido y agitado, paseaba a zancadas; Mme. de Condé hablaba con el duque de Bouillon.

Madame de Cambes se deslizó hasta la princesa ligera y pálida como una sombra.

–Señora –dijo–, en nombre del cielo, un momento de entrevista, os lo suplico.

–¡Ah, eres tú, pequeña! –respondió la princesa–. En este momento no tengo tiempo, pero después del consejo soy toda tuya.

–Señora, señora, es que tengo que hablaros precisamente antes del consejo.

La princesa estaba a punto de ceder cuando una puerta situada enfrente de la que había utilizado la vizcondesa para entrar se abrió, y apareció el señor de La Rochefoucauld.

–Señora –dijo–, el consejo está reunido y espera impaciente a Vuestra Alteza.

–Ya lo ves, pequeña –dijo Mme. de Condé–, es imposible escucharte en este momento. Pero ven con nosotros al consejo, y cuando haya terminado saldremos juntas y hablaremos.

No había manera de insistir. Deslumbrada, fascinada por la espantosa rapidez con que se sucedían los acontecimientos, la pobre mujer empezaba a tener vértigo; interrogaba a todos los ojos, interpretaba todos los gestos sin ver nada, sin que su razón le hiciera comprender de qué se trataba, sin que su energía pudiera sacarla de aquel sueño espantoso.

La princesa avanzó hacia el salón. Claire la siguió maquinalmente sin darse cuenta de que Lenet había cogido en las suyas su mano helada, que ella dejaba colgar como la de un cadáver.

Entraron en la sala del consejo: eran poco más o menos las ocho.

Era un amplio salón oscuro por sí mismo, pero oscurecido todavía más por grandes cortinones. Se había levantado una especie de estrado entre las dos puertas situadas frente a las dos ventanas por las que penetraban los últimos resplandores del día moribundo. Sobre el estrado había dos sillones preparados, uno para Mme. de Condé, el otro para el señor duque d'Enghien. A ambos lados de los sillones arrancaba una línea de taburetes destinados a las mujeres que formaban el consejo privado de Su Alteza. El resto de los jueces debía sentarse en bancos dispuestos al efecto. Apoyado en el sillón de Madame la princesa estaba el duque de Bouillon; apoyado en el sillón del pequeño príncipe estaba el señor

duque de La Rochefoucauld.

Lenet se había situado frente al escribano; cerca de él estaba Claire, extraviada, de pie, trémula.

Entraron seis oficiales del ejército realista, seis oficiales de la municipalidad y seis jurados de la ciudad.

Ocuparon sus sitios en los bancos.

Sólo dos candelabros, con seis velas encendidas en cada uno, daban luz a la improvisada asamblea; colocados sobre una mesa situada ante Madame la princesa, iluminaban el grupo principal, mientras el resto de los presentes iba confundiéndose uno tras otro en la sombra a medida que se alejaban de aquel foco de luz.

Soldados del ejército de Madame la princesa guardaban las puertas, con las alabardas en la mano.

De fuera llegaba el zumbido de la multitud mugiente. El escribano dijo los nombres, todos fueron levantándose por turno y respondieron.

Luego el relator expuso el caso: contó la toma de Vayres, la palabra violada del señor de La Meilleraye, la muerte infamante para Richon.

En ese momento, un oficial apostado expresamente y que había recibido la consigna de antemano, abrió una ventana y se oyó entrar una bocanada de voces, que gritaban: «¡Venganza para el valiente Richon! ¡Muerte a los mazarinos!» –así era como llamaban a los realistas.

–Estáis oyendo lo que la gran voz del pueblo exige –dijo el señor duque de La Rochefoucauld–. Pero en estas dos horas, o el pueblo habrá despreciado nuestro poder y habrá hecho justicia él mismo, o las represalias ya no serán oportunas. Juzguemos, pues, caballeros, y sin tardanza.

La princesa se levantó.

–¿Y por qué juzgar? –preguntó–. ¿Para qué se necesita un juicio? El juicio acabáis de oírlo, y ya ha pronunciado su sentencia el pueblo de Burdeos.

–En efecto –dijo Mme. de Tourville–, y no hay nada más sencillo que esta situación. Es la ley del talión, y nada más. Este tipo de cosas deberían hacerse por inspiración, por así decir, y de oficial por oficial simple y llanamente.

Lenet no pudo oír más; desde el sitio que ocupaba se lanzó al centro del círculo.

–¡Ni una palabra más, señora, os lo suplico! –exclamó–, porque si prevaleciera una opinión como ésa, sería demasiado fatal. Olvidáis que la propia autoridad real castigando a su manera, es decir, de una manera infame, ha conservado por lo menos el respeto a las formas jurídicas, y ha hecho confirmar el castigo, justo o no, por la sentencia de unos jueces. ¿Creéis tener derecho a hacer lo que ni el rey ha osado hacer?

–¡Oh! –dijo Mme. de Tourville–, basta que yo emita una opinión para que el señor Lenet sea de la opinión contraria. Por desgracia, esta vez, mi opinión coincide con la de Su Alteza...

–Sí, por desgracia –dijo Lenet.

–¡Caballero! –exclamó la princesa.

–Señora –dijo Lenet–, guardad al menos las apariencias. ¿Acaso no sois siempre

libre de condenar?

–El señor Lenet tiene razón –dijo el duque de La Rochefoucauld rehaciéndose-. Y la muerte de un hombre es una cosa demasiado grave, sobre todo en semejante circunstancia, para que dejemos que la responsabilidad pese sobre una sola cabeza, aunque esa cabeza sea una cabeza principesca –luego, inclinándose al oído de la princesa para que sólo el grupo de los íntimos pudiera oírle-: Señora –dijo-, recabad la opinión de todos y, para pronunciar la sentencia, quedaos únicamente con aquellos de los que estéis segura. Así no tendremos que temer que nuestra venganza se nos escape.

–Un momento, un momento –interrumpió el señor de Bouillon apoyándose en su bastón y levantando su pierna gotosa-. Habláis de alejar la responsabilidad de la cabeza de la princesa, y no lo repruebo, pero quiero que los demás la compartan conmigo. Sólo pido seguir siendo rebelde, pero en compañía de Madame la princesa de un lado y del pueblo del otro. ¡Diablos! No quiero que me dejen solo. Perdí mi soberanía de Sedan por una broma de este tipo. Entonces yo contaba con una ciudad y con una cabeza. El cardenal de Richelieu tomó mi ciudad; hoy sólo me queda una cabeza, y no quiero que el cardenal Mazarino me la quite. Por lo tanto, pido por asesores a los notables de Burdeos.

–¡Unas firmas como éstas junto a las nuestras! –murmuró la princesa-. ¡Ni hablar!

–La clavija sostiene la viga, señora –respondió el duque de Bouillon, a quien la conspiración de Cinq-Mars había vuelto prudente para el resto de su vida.

–¿Compartís esta opinión, caballeros?

–Sí –dijo el duque de La Rochefoucauld.

–¿Y vos, Lenet?

–Señora –respondió Lenet-, por suerte no soy ni príncipe, ni duque, ni oficial ni jurado. Tengo pues el derecho de abstenerme, y me abstengo.

Entonces la princesa se levantó, invitando a la asamblea que había reunido a responder, mediante un acto enérgico, a la provocación realista. Acabado su discurso, volvió a abrirse la ventana y por segunda vez penetraron en la sala del tribunal las mil voces del pueblo gritando al unísono:

–¡Viva Madame la princesa! ¡Venganza para Richon! ¡Muerte a los epernonistas y a los mazarinos!

Madame de Cambes cogió el brazo de Lenet.

–Señor Lenet –dijo-, ¡me muero!

–La señora vizcondesa de Cambes pide a Su Alteza permiso para retirarse –dijo éste.

–No, no –dijo Claire-, quiero...

–Vuestro sitio no está aquí, señora –la interrumpió Lenet-. No podéis hacer nada por él, yo os tendré al corriente de todo, y ya veremos la manera de tratar de salvarlo.

–La vizcondesa puede retirarse –dijo la princesa-. Las damas que no quieran asistir a esta sesión son libres de seguirla. Aquí sólo queremos hombres.

Ninguna de las mujeres se movió: una de las aspiraciones eternas de la mitad del género humano destinada a seducir es ambicionar el ejercicio de los derechos de la

parte destinada a mandar. Aquellas damas encontraban, como había dicho la princesa, una ocasión para hacerse hombres por un momento: era una circunstancia demasiado feliz para no aprovecharla.

Madame de Cambes salió, sostenida por Lenet. En la escalera, encontró a Pompée, a quien había enviado a informarse.

–¿Y bien? –le preguntó ella.

–Está detenido –respondió Pompée.

–Señor Lenet –dijo Claire–, ¡ya sólo tengo confianza en vos y esperanza en Dios!

Y enloquecida se metió en su cuarto.

–¿Qué preguntas voy a hacer al acusado? –le decía la princesa a Lenet en el momento en que éste ocupaba de nuevo su puesto junto al escribano–. ¿Y en quién recaerá la suerte?

–Nada más sencillo, señora –respondió el duque–. Quizá tengamos trescientos prisioneros, diez o doce de ellos oficiales. Interroguémoslos por sus nombres y sus grados en el ejército realista; el primero que reconozcamos por comandante de plaza como era mi pobre Richon, pues bien, ése habrá sido el designado por la suerte.

–Es inútil perder el tiempo interrogando a diez o doce oficiales distintos, caballeros –dijo la princesa–. Vos, señor escribano, tenéis el registro: buscad y decid los nombres de los prisioneros que tengan el mismo grado del señor Richon.

–Sólo hay dos, señora –respondió el escribano–: el gobernador de la isla Saint-Georges y el gobernador de Branne.

–¡Tenemos dos, cierto! –exclamó la princesa–. El sorteo, como veis, nos favorece. ¿Están detenidos, Labussière?

–Por supuesto, señora –respondió el capitán de los guardias–, los dos esperan en la fortaleza la orden de comparecer.

–Que comparezcan –dijo Mme. de Condé.

–¿A cuál hay que traer? –preguntó Labussière.

–Traed a los dos –respondió la princesa–, pero empecemos por el primero cronológicamente, por el señor gobernador de Saint-Georges.

XX

Un silencio terrorífico, sólo turbado por el ruido de los pasos del capitán de los guardias que se alejaba y por el murmullo sin cesar renaciente de la multitud, siguió a esa orden que iba a encaminar a la rebelión de los príncipes por una vía terrible y más peligrosa aún que aquella por la que habían avanzado hasta ahora. Suponía, con un solo acto, poner a la princesa y a sus consejeros, al ejército y a la ciudad, fuera de la ley en cierto modo; suponía hacer a una población entera responsable de los intereses y, sobre todo, de las pasiones de algunos; suponía hacer en pequeño lo que la Comuna de París hizo el 2 de septiembre¹⁶⁴. Pero, como se sabe, la Comuna de París obraba a lo grande.

Ni un soplo se oía en la sala; todos los ojos estaban clavados en la puerta por la que se esperaba al prisionero. La princesa, para interpretar bien su papel de presidenta, fingía hojear unos libros de registro. El señor duque de La Rochefoucauld había adoptado una actitud pensativa, el señor de Bouillon hablaba con Mme. de Tourville de su gota, que le hacía sufrir mucho.

Lenet se acercó a la princesa para intentar un último esfuerzo; no tenía ninguna esperanza, pero era uno de esos hombres austeros que cumplen un deber porque para ellos es una obligación cumplirlo.

–Pensad, señora –dijo–, que os jugáis en una tirada de dados el futuro de vuestra casa.

–No hay mérito en ello –dijo secamente la princesa–. Estoy segura de ganar.

–Señor duque –dijo Lenet volviéndose hacia La Rochefoucauld–, vos que sois tan superior a las inteligencias vulgares y a las pasiones humanas, aconsejaréis moderación, ¿verdad?

–Caballero –respondió hipócritamente el duque–, en este momento estoy discutiéndolo con mi razón.

–Discutidlo con vuestra conciencia, señor duque –respondió Lenet–, ¡será mejor!

En este momento se dejó oír un ruido sordo. Era la verja que se cerraba. Ese ruido resonó en todos los corazones, porque anunciaba la llegada de uno de los dos prisioneros. Pronto resonaron pasos en la escalera, las alabardas sonaron sobre las losas, se abrió de nuevo la puerta y apareció Canolles.

Nunca había parecido tan elegante, jamás había estado tan apuesto; su rostro, lleno de serenidad, había conservado la flor púrpura de la alegría y la ingenuidad. Avanzó con paso fácil y sin afectación, como hubiera hecho en casa del abogado Lavie o del presidente Lalanne, y saludó respetuosamente a la princesa y a los duques.

Hasta la princesa se asombró de aquella perfecta desenvoltura; por eso estuvo contemplando durante un instante al joven.

Por fin la princesa rompió el silencio.

–Acercaos, señor –dijo; Canolles obedeció y saludó una vez más–. ¿Quién sois?

–Soy el barón Louis de Canolles, señora.

–¿Qué grado ocupabais en el ejército realista?

–Era teniente coronel.

–¿No erais gobernador de la isla Saint-Georges?

–Tenía ese honor.

–¿Habéis dicho la verdad?

–En todo, señora.

–¿Habéis escrito las preguntas y las respuestas, escribano?

El escribano hizo, con una reverencia, un gesto afirmativo.

–Entonces firmad, señor –dijo la princesa.

Canolles cogió la pluma como hombre que no comprende con qué objetivo se le da una orden, pero que obedece por deferencia al rango de la persona que la expresa, y luego firmó sonriendo.

–Está bien, señor –dijo la princesa–, y ahora podéis retiraros.

Canolles saludó de nuevo a sus nobles jueces y se retiró con la misma libertad y la misma gracia, sin manifestar ni curiosidad ni asombro.

En cuanto traspasó la puerta y esta puerta se hubo cerrado a su espalda, la princesa se levantó.

–¿Y bien, caballeros? –dijo.

–Bien, señora, votemos –dijo el duque de La Rochefoucauld.

–Votemos –repitió el duque de Bouillon, que añadió volviéndose hacia los miembros del jurado–. ¿Quieren estos caballeros dar su opinión?

–Después de vos, monseñor –respondió uno de los burgueses.

–No, antes vosotros –exclamó una voz estrepitosa.

Aquella voz tenía tal acento de firmeza que asombró a todo el mundo.

–¿Qué quiere decir esto? –preguntó la princesa tratando de identificar el rostro del que acababa de hablar.

–Esto quiere decir –exclamó un hombre levantándose para que no hubiera duda sobre quién había hablado–, que yo, André Lavie, abogado del rey, consejero en el Parlamento, exijo en nombre del rey, y sobre todo en nombre de la humanidad, privilegio y seguridad para los prisioneros retenidos bajo palabra en Burdeos. Por lo tanto, saco mis conclusiones...

–¡Oh, oh, señor abogado! –dijo la princesa frunciendo el ceño–, nada de jerga legal delante de mí, os lo ruego, porque no la comprendo. Lo que juzgamos es un caso de sentimiento, y no un proceso mezquino y de picapleitos; supongo que cada uno de los miembros que componen este tribunal comprende qué es lo más conveniente.

–¡Sí, sí! –respondieron a coro los miembros del jurado y los oficiales–, ¡votemos, señores, votemos!

–Lo he dicho y lo repito –replicó Lavie sin desconcertarse por el apóstrofe de la princesa–, exijo privilegio y seguridad para los prisioneros retenidos bajo palabra. Y esto no es jerga legal, sino derecho de gentes.

–Y yo añado –exclamó Lenet– que Richon fue oído antes de ser tan cruelmente

golpeado, y que es muy justo que nosotros también oigamos a los acusados.

–Y yo –dijo d’Espagnet, el jefe de burgueses que había atacado Saint-Georges junto con el señor duque de La Rochefoucauld–, yo declaro que si se emplea la clemencia, la ciudad se rebelará.

Un murmullo de fuera pareció responder a esta declaración y confirmarla.

–Démonos prisa –dijo la princesa–. ¿A qué condenamos al acusado?

–Los acusados, señora –dijeron algunas voces–, porque hay dos.

–¿No os basta uno solo? –dijo Lenet sonriendo con desprecio ante aquel sangrante servilismo.

–¿Cuál de los dos? ¿Cuál? –repetieron las mismas voces.

–¡El más gordo, caníbales! –exclamó Lavie–. ¡Os quejáis de una injusticia, decís que es sacrilegio y queréis responder a un asesinato con dos crímenes! ¡Bonita reunión de filósofos y de soldados convertidos en degolladores!

Los ojos ardientes de la mayoría de los jueces parecían dispuestos a fulminar al valeroso abogado del rey. Madame de Condé se había levantado, y, apoyada en sus dos muñecas, parecía interrogar con la vista a los asistentes para estar segura de que las palabras que había oído habían sido pronunciadas, y de si existía en el mundo un hombre lo bastante audaz para decir cosas semejantes ante ella.

Lavie comprendió que su presencia envenenaría todo y que su forma de defender a los acusados, en lugar de salvarlos, los perdería. Así pues, decidió retirarse, pero retirarse como juez al que se rechaza y no como soldado que huye.

–En el nombre de Dios –dijo–, protesto contra lo que queréis hacer; en nombre del rey, os lo prohíbo.

Y, derribando su sillón con un gesto majestuoso de cólera, salió de la sala con la frente alta y el paso seguro, como un hombre empeñado en cumplir un deber y poco preocupado por las desgracias que pueden resultar de un deber cumplido.

–¡Insolente! –murmuró la princesa.

–¡Bueno, bueno! Dejémoslo –dijeron algunas voces–. A maese Lavie ya le tocará el turno.

–Votemos –respondieron los jueces de manera casi unánime.

–Pero ¿por qué votar sin haber oído a los dos acusados? –dijo Lenet–. Quizá uno de los dos os parezca más culpable que el otro. Quizá reunáis en una sola cabeza la venganza que queréis hacer sobre dos.

En ese momento se oyó crujir la verja por segunda vez.

–Pues bien, así sea –dijo la princesa–, votaremos sobre los dos a la vez.

El tribunal, que ya se había levantado tumultuosamente, volvió a sentarse. De nuevo se oyeron pasos y el estruendo de las alabardas, la puerta volvió a abrirse y apareció Cauvignac.

El recién llegado contrastaba en todo con Canolles: sus ropas, aún mal repuestas de los ultrajes del populacho, habían conservado, por más cuidado que se hubiera puesto en borrarlas, huellas del desorden. Sus ojos se dirigieron rápidamente hacia los miembros del jurado, los oficiales, los duques y la princesa, abarcando todo el tribunal con una mirada circular; luego, con el aire de un zorro que engaña avanzó, sondeando por así decir el terreno con cada paso que daba, el oído atento, pálido y

visiblemente inquieto.

–¿Vuestra Alteza me ha hecho el honor de llamarme a su presencia? –dijo sin que le preguntasen.

–Sí, caballero –respondió la princesa–: he querido que vos mismo me informéis de algunos puntos relativos a vos y que nos plantean problemas.

–En tal caso –respondió Cauvignac con una reverencia–, aquí me tenéis, señora, dispuesto a responder al favor que Vuestra Alteza me hace –y se inclinó con el aire más gracioso que pudo adoptar, pero era evidente que a ese aire le faltaba soltura y naturalidad.

–Estará bien hecho –respondió la princesa–, sobre todo si respondéis de una forma tan positiva lo que preguntemos.

–Haré observar a Vuestra Alteza –dijo Cauvignac– que como la pregunta siempre está preparada de antemano y la respuesta nunca lo está, es más difícil responder que preguntar.

–¡Oh!, nuestras preguntas serán tan claras y concretas –dijo la princesa– que os ahorraremos cualquier reflexión. ¿Cómo os llamáis?

–Lo que os decía, señora, para empezar ya tenemos una pregunta embarazosa.

–¿Cómo es eso?

–Sí, porque a veces uno tiene dos nombres, el nombre que ha recibido de su familia, el que ha recibido de sí mismo. Yo, por ejemplo, creí tener algún motivo para abandonar mi primer nombre y adoptar otro menos conocido. ¿Cuál de esos dos nombres exigís que confiese?

–El nombre con el que os habéis presentado en Chantilly, el nombre con el que os comprometisteis a reclutar para mí una compañía, el nombre con el que la reclutasteis, y por último el nombre bajo el que os habéis vendido al señor Mazarino.

–Perdón, señora –dijo Cauvignac–, pero creo que ya he tenido el honor de responder con éxito a todas esas preguntas durante la audiencia que Vuestra Alteza me hizo la gracia de concederme esta mañana.

–Por eso, en este momento, sólo os hago una pregunta –dijo la princesa, que empezaba a impacientarse–, sólo os pido vuestro nombre.

–Ya os he dicho que la respuesta es embarazosa.

–Escribid: «Barón de Cauvignac» –dijo la princesa.

El acusado no hizo ninguna reclamación, y el escribano escribió.

–Caballero, ¿cuál es vuestro grado? –preguntó la princesa–. Espero que no tengáis ninguna dificultad para responder a esta pregunta.

–Al contrario, señora, ésa es precisamente una pregunta que me parece de las más embarazosas. Si me habláis de mi grado como hombre culto, soy bachiller en letras, licenciado en derecho, doctor en teología, y respondo, como Vuestra Alteza ve, sin vacilar.

–No, caballero, hablamos de vuestro grado militar.

–Pues en ese punto me resulta imposible responder a Vuestra Alteza.

–¿Y cómo es eso?

–Porque nunca he sabido bien lo que yo mismo era.

–Tratad de centraros en este punto, caballero, porque deseo saberlo.

–Bien, al principio me hice, por mi autoridad privada, teniente; pero como no estaba encargado de firmarme un despacho y nunca tuve más que seis hombres a mis órdenes durante todo el tiempo que llevé ese título, creo que no tengo derecho a valerme de él.

–Pero yo os hice capitán –dijo la princesa–, por lo tanto sois capitán.

–¡Ay!, precisamente en este punto mi embarazo aumenta y mi conciencia grita. Desde entonces he tenido la convicción de que todo grado militar en el Estado debe emanar de la voluntad real para tener un valor. Vuestra Alteza tenía, eso es innegable, el deseo de hacerme capitán, pero creo que no tenía derecho a hacerlo. Por lo tanto, en este caso no habré sido capitán más de lo que fui teniente.

–De acuerdo, caballero; admitamos que no habéis sido teniente nombrado por vos mismo, que no habéis sido capitán nombrado por mí, dado que ni vos ni yo tenemos poder para firmar un despacho, pero al menos sois gobernador de Branne. Y como esta vez fue el rey el que firmó vuestros despachos, no negaréis el valor de ese acto.

–Ése es precisamente, señora –respondió Cauvignac–, el más discutible de los tres.

–¿Y cómo es eso? –exclamó la princesa.

–Fui nombrado, de acuerdo, pero no he entrado en funciones. ¿Qué es lo que constituye el título? No es la posesión de ese título en sí mismo, sino el cumplimiento de las funciones unidas a ese título. Pero yo no he cumplido ninguna de las funciones del título al que había sido elevado, ni he puesto el pie en mi gobernación; no ha habido, por mi parte, inicio de cumplimiento, por lo tanto, no soy gobernador de Branne más de lo que era capitán antes de ser gobernador, y teniente antes de ser capitán.

–Sin embargo, caballero, os han encontrado en la ruta de Branne.

–Desde luego, pero a cien pasos del lugar en que fui detenido, la carretera se bifurca; uno de los caminos va a Branne, pero el otro va a Ison. ¿Quién dice que yo no iba a Ison tanto como a Branne?

–Está bien –dijo la princesa–: el tribunal apreciará vuestra defensa. Escribano, escribid: «Gobernador de Branne».

–No puedo oponerme –dijo Cauvignac–, que Vuestra Alteza mande escribir lo que le convenga.

–Está hecho, señora –dijo el escribano.

–Bien. Y ahora, caballero –dijo la princesa a Cauvignac–, firmad vuestro interrogatorio.

–Lo haría con mucho gusto, señora –dijo Cauvignac–, y estaría encantado de hacer algo que fuera agradable a Vuestra Alteza; pero en la lucha que he tenido que sostener esta mañana contra el populacho de Burdeos, lucha de la que Vuestra Alteza me ha sacado tan generosamente con la intervención de sus mosqueteros, he tenido la desgracia de haberme magullado la muñeca derecha, y con la mano izquierda siempre me ha resultado imposible escribir.

–Dejad constancia de la negativa del acusado, señor –dijo la princesa al

escribano.

–La imposibilidad, señor; escribid: «la imposibilidad» –dijo Cauvignac–. Dios me guarde de negar algo a una princesa tan grande como es Vuestra Alteza, si hacerlo estuviera en mi poder.

Y Cauvignac, saludando con el más profundo respeto, salió acompañado por sus dos guardias.

–Creo que teníais razón, señor Lenet –dijo el duque de La Rochefoucauld–, que hicimos mal al no conseguir que este hombre se sumara a nuestras filas.

Lenet estaba demasiado preocupado para responder. Esta vez su perspicacia ordinaria le había servido mal: esperaba que Cauvignac atrajera sobre sí únicamente la cólera del tribunal; pero con sus eternos subterfugios, Cauvignac había divertido a los jueces más de lo que les había irritado. Sólo que su interrogatorio había destruido todo el efecto producido por el de Canolles, si es que lo había producido, y la nobleza, la sinceridad, la lealtad del primer prisionero habían desaparecido, si puede decirse así, bajo las argucias del segundo. Cauvignac había borrado a Canolles.

Por eso cuando hubo que votar, la unanimidad de los votos fue por la muerte.

La princesa ordenó contar los votos y, levantándose, pronunció solemnemente la sentencia que acababa de darse.

Luego todos, por turno, firmaron en el registro de deliberaciones. En cabeza el duque d'Enghien, pobre niño que no sabía lo que firmaba, y cuya primera firma iba a costar la vida de un hombre; después la princesa, luego los duques, luego las damas del consejo, luego los oficiales, luego los miembros del jurado; así todo el mundo había participado en las represalias. Nobleza y burguesía, ejército y parlamento, habría que castigar a todo el mundo. Todos sabían que, cuando hay que castigar a todo el mundo en general, no se castiga a nadie.

Entonces, cuando todo el mundo hubo firmado, la princesa, que por fin saboreaba su venganza y cuyo orgullo quedaba satisfecho por esa venganza, fue a abrir personalmente la ventana, ya abierta dos veces, y cediendo a la necesidad de popularidad que la devoraba, dijo en voz alta:

–Señores bordeleses, Richon será vengado, y dignamente, dejadlo en nuestras manos.

Un hurra parecido al ruido del trueno acogió esta declaración, y el pueblo se desparramó por las calles, feliz por anticipado del espectáculo que le prometía la palabra de la princesa.

Pero en cuanto Mme. de Condé estuvo de vuelta en su cuarto con Lenet, que la seguía tristemente, todavía con la esperanza de cambiar la resolución, se abrió la puerta y Mme. de Cambes, pálida, llorosa, fue a echarse a sus rodillas.

–¡Oh!, señora, en nombre del cielo ¡escuchadme! ¡En nombre del cielo, no me rechacéis!

–¿Qué pasa, hija mía? –preguntó la princesa–. ¿Y por qué lloras así?

–Lloro, señora, porque he sabido que se había votado la muerte y que vos habéis confirmado ese voto; y sin embargo, señora, no podéis hacer matar al señor de Canolles.

–Y eso, ¿por qué, querida? Bien mataron ellos a Richon.

–Pero señora, porque fue ese mismo señor de Canolles el que salvó a Vuestra Alteza en Chantilly.

–¿Debo agradecerle que haya sido víctima de nuestra estratagema?

–Ahí está el error, señora, porque el señor de Canolles nunca fue víctima de la sustitución. Me reconoció nada más verme.

–¿A ti, Claire?

–Sí, señora. Habíamos hecho una parte de la ruta juntos; el señor de Canolles me conocía; en fin, el señor de Canolles estaba enamorado de mí. Y en esta circunstancia..., bien, señora..., quizá ha cometido un error, pero no os corresponde a vos reprochárselo; en esa circunstancia sacrificó su deber a su amor.

–Entonces el que tú amas...

–Sí –dijo la vizcondesa.

–Por el que vinisteis a pedirme permiso para casaros...

–Sí.

–Era...

–Era el mismo señor de Canolles –exclamó la vizcondesa–. El señor de Canolles que se rindió a mí en Saint-Georges, y que de no ser por mí hubiera hecho saltar consigo a vuestros soldados. En fin, el señor de Canolles, que podía huir y que me entregó su espada para no separarse de mí. Como comprenderéis, si muere, también yo he de morir, señora, ¡porque seré yo quien le habrá matado!

–Mi querida niña –dijo la princesa con cierta emoción–, piensa que lo que me pides es algo imposible. Richon está muerto, Richon tiene que ser vengado. Hemos deliberado, y el resultado de esa deliberación ha de ejecutarse: aunque mi propio esposo me pidiera lo que tú me pides, se lo negaría.

–¡Oh, desdichada, desdichada! –exclamó Mme. de Cambes, echándose hacia atrás y estallando en sollozos–, he sido yo quien ha perdido a mi amado.

Entonces Lenet, que aún no había hablado, se acercó a la princesa.

–Señora –le dijo–, ¿no tenéis suficiente con una víctima y necesitáis dos para pagar la del señor Richon?

–¡Ah, ah! –dijo la princesa–, señor severo, eso quiere decir que me pedís la vida del uno y la muerte del otro. Decidme, ¿es muy justo eso?

–Señora, es justo, cuando dos hombres deben morir, primero que sólo muera uno, a ser posible, suponiendo incluso que una boca tenga derecho a soplar la llama encendida por la mano de Dios. Luego, es justo, si hay que hacer algo, que el hombre honrado se salve con preferencia al intrigante. Hay que ser judío para poner a Barrabás en libertad para crucificar a Jesús.

–¡Oh, señor Lenet, señor Lenet! –exclamó Claire–, hablad por mí, ¡os lo ruego!, porque sois hombre y tal vez os escuche. Y vos, señora –continuó volviéndose hacia la princesa–, recordad únicamente que he pasado mi vida al servicio de vuestra casa.

–Y yo también –dijo Lenet–. Y sin embargo, en mis treinta años de fidelidad no he pedido nada a Vuestra Alteza; pero en esta ocasión, si Vuestra Alteza no se compadece, le pediré, a cambio de esos treinta años de fidelidad, un solo favor.

–¿Cuál?

–El de despedirme, señora, para que pueda ir a postrarme a los pies del rey, al que consagraré el resto de la existencia que había consagrado al honor de vuestra casa.

–¡Bien! –exclamó la princesa vencida por aquella comunidad de plegarias–, no amenazas, viejo amigo mío; no llores más, mi dulce Claire, tranquilizaos los dos: puesto que lo queréis, sólo uno morirá. Pero que no venga nadie a pedirme el indulto para el que esté destinado a morir.

Claire cogió la mano de la princesa y la devoró a besos.

–¡Gracias, gracias, señora! –dijo–. Desde este momento mi vida y la suya son vuestras.

–Obrando así, señora –dijo Lenet–, seréis justa y misericordiosa al mismo tiempo, lo cual, hasta ahora, sólo había sido privilegio de Dios.

–¡Señora, señora! –exclamó Claire impaciente–. ¿Puedo verlo? ¿Puedo liberarlo?

–En este momento, una demostración como ésta es imposible –dijo la princesa–. Nos perdería. Dejemos a los prisioneros en prisión; los haremos salir al mismo tiempo, uno para la libertad, otro para la muerte.

–Pero ¿puedo verlo, tranquilizarlo, consolarlo al menos? –preguntó Claire.

–¡Tranquilizarlo! Querida amiga –dijo la princesa–, no creo que tengáis ese derecho; se sabría la sentencia, se comentaría el favor. No, imposible: contentaos con saberlo salvado. Yo anunciaré a los dos duques mi decisión.

–Entonces me resigno. ¡Gracias, gracias, señora! –exclamó Claire.

Y Madame de Cambes se marchó corriendo para llorar en libertad y para dar gracias a Dios desde el fondo de su corazón, que rebosaba de alegría y gratitud.

XXI

Los dos prisioneros de guerra ocupaban dos habitaciones en la misma fortaleza. Esas dos habitaciones eran contiguas y estaban situadas en la planta baja; pero las plantas bajas de una prisión pueden pasar por un tercer piso. Las cárceles no empiezan, como las casas, a ras de tierra, por lo general tienen dos pisos de calabozos.

Cada puerta de la cárcel estaba vigilada por un piquete de hombres escogidos entre los guardias de la princesa; pero la multitud, a la vista de estos preparativos que satisfacían su deseo de venganza, había ido abandonando poco a poco las inmediaciones de la cárcel, donde se había congregado al saber que Canolles y Cauvignac acababan de ser llevados. Entonces los piquetes, estacionados en el corredor interior más para guardar a los prisioneros del furor popular que por temor a que se escapasen, habían abandonado su puesto y se habían contentado con un refuerzo de centinelas.

En efecto, el pueblo, como donde estaba ya no había nada que ver, se había dirigido naturalmente hacia el lugar donde se celebraban las ejecuciones, es decir, hacia la Explanada¹⁶⁵. Las palabras lanzadas desde lo alto de la sala del consejo a la multitud se habían desparramado por la ciudad; cada cual las había comentado a su manera. Pero lo más claro que ofrecían es que esa misma noche, o a más tardar el día siguiente, habría algún espectáculo terrible: era un placer más para el populacho no saber a qué atenerse exactamente sobre ese espectáculo, porque seguía teniendo el atractivo de lo inesperado.

Así pues, artesanos, burgueses, mujeres y niños corrían a las murallas y, como era noche cerrada y la luna no debía subir hasta medianoche, muchos corrían con una antorcha en la mano. En otras zonas, casi todas las ventanas estaban cerradas, y muchas habían colocado sobre los entablamentos antorchas o lamparillas, como se hace los días de fiesta. Mientras tanto, por el murmullo de la muchedumbre, por la mirada asustada de los curiosos, por las patrullas a pie y a caballo que se sucedían, se comprendía que no era una fiesta ordinaria la que anunciaban preparativos tan lúgubres.

De vez en cuando, gritos furiosos salían de los grupos que se formaban y se desvanecían con una rapidez que sólo pertenece a la influencia de ciertos acontecimientos. Estos gritos eran siempre los mismos que los que, en dos o tres ocasiones distintas, habían penetrado en el interior del tribunal: «¡Muerte a los prisioneros! ¡Venganza para Richon!».

Aquellos gritos, aquellas luces, aquel ruido de caballos habían sacado a Mme. de Cambes de su oración; se había asomado a la ventana y examinaba con horror a todos aquellos hombres y a todas aquellas mujeres de ojos alterados, de gritos salvajes, que parecían bestias feroces soltadas en un circo que exigían con sus

rugidos las víctimas humanas que debían devorar; se preguntaba cómo era posible que tantas criaturas a las que los dos prisioneros nunca habían hecho nada exigiesen con semejante encarnizamiento la muerte de dos de sus semejantes, y la pobre mujer no sabía qué respuesta darse: ella no conocía otras pasiones humanas que las que ablandan el corazón.

Desde la ventana en que estaba, Mme. de Cambes veía asomar, por encima de casas y jardines, la punta de las altas y sombrías torres de la fortaleza. Allí era donde estaba Canolles, y era allí adonde se dirigía sobre todo su mirada.

Sin embargo, no podía hacer que no fuera de vez en cuando a la calle, y entonces veía aquellos rostros amenazadores, oía aquellos gritos de venganza, y unos escalofríos helados como los de la muerte recorrían sus venas.

«¡Oh! –decía–, ¡por más que me impidan verlo, tengo que ir hasta él! Estos gritos pueden haber llegado hasta su oído; puede creer que me he olvidado de él, puede acusarme, puede maldecirme. ¡Cada momento que pasa sin que yo busque un modo de tranquilizarlo me parece una traición! No puedo seguir en esta inacción, cuando quizá esté llamándome en su ayuda. ¡Tengo que verlo! Sí, ¿pero cómo verlo, Dios mío? ¿Quién me guiará hasta esa cárcel? ¿Qué poder me abrirá sus puertas? Madame la princesa me ha negado un salvoconducto, y acababa de decirme que tenía derecho a hacerlo. Hay guardias, hay enemigos alrededor de esta fortaleza, una población entera que ruge, que huele la sangre y no quiere que le arranquen su presa; van a creer que quiero llevármelo, salvarlo. ¡Oh, sí!, lo salvaría si no estuviera a salvo bajo la salvaguardia de la palabra de Su Alteza; decirle que sólo quiero verlo, no me creerán, me rechazarán. Además, una tentativa así, contra la voluntad de Madame la princesa, ¿no es arriesgarme a comprometer el favor adquirido? ¿No es exponerme a que retire la palabra que me ha dado? Y sin embargo, dejarle pasar así, en medio de la angustia y la tortura, las largas horas de la noche... lo siento, por él, y sobre todo por mí, ¡es imposible! Recemos, y tal vez Dios me inspire.»

Y entonces Mme. de Cambes fue de nuevo a arrodillarse ante su crucifijo y se puso a rezar con un fervor que hubiera conmovido a la princesa misma, si Madame la princesa hubiera podido oírla.

«¡Oh!, no iré, no iré –decía–, porque comprendo perfectamente que es imposible ir. Quizá me acuse durante toda la noche... Pero mañana, mañana, ¿verdad, Dios mío?, mañana seré absuelta ante él.»

Sin embargo, aquel ruido, aquella exaltación de la multitud que iban en aumento, aquellos reflejos de luz siniestra que como relámpagos penetraban hasta ella e iluminaban por instantes su cuarto que permanecía a oscuras, le provocaban tal espanto que se tapó los oídos con las manos y apoyó sus ojos cerrados en el cojín de su reclinatorio.

Entonces se abrió la puerta y, sin que ella lo oyese, entró un hombre que se detuvo un instante en el umbral fijando en ella una mirada de afectuosa compasión, y que, viendo levantarse tan dolorosamente los hombros de la joven agitados por sus sollozos, se acercó con un suspiro y le puso la mano sobre el brazo.

Claire se incorporó asustada.

–¡Señor Lenet! –dijo–. Señor Lenet, ah, ¿entonces no me habéis abandonado?

–No –respondió él–. Había pensado que no estabais suficientemente tranquila y me he aventurado a venir hasta vos para preguntaros sin os podía ser útil en algo.

–Querido señor Lenet –exclamó la vizcondesa–, ¡qué bueno sois y cuánto os lo agradezco!

–Parece que no me había equivocado –dijo Lenet–. Qué poco nos equivocamos, ¡Dios mío!, cuando pensamos que las criaturas sufren –añadió con una sonrisa melancólica.

–¡Sí, caballero! –exclamó Claire–, sí, es cierto lo que decís: ¡estoy sufriendo!

–¿No habéis obtenido todo lo que deseabais, señora, y más incluso de lo que confieso que yo mismo esperaba?

–Sí, claro, pero...

–... pero comprendo: os habéis asustado al ver la alegría de ese populacho sediento de sangre, y os compadecéis por el destino de ese otro desdichado que va a morir en lugar de vuestro amado, ¿verdad?

Claire se levantó y permaneció inmóvil un instante, pálida y con los ojos fijos en Lenet; luego se llevó su mano helada a su frente cubierta de sudor.

–¡Ah!, perdonadme, o mejor, ¡maldecidme! –dijo ella–. Porque, egoísta de mí, ni siquiera había pensado en él. No, Lenet, no, os lo confieso con toda la humildad de mi corazón: estos temores, estas lágrimas, estas oraciones son por el que debe vivir; porque, absorbida como estoy por mi amor, ¡había olvidado al que va a morir!

Lenet sonrió con tristeza.

–Sí –respondió–, así debe ser, porque así es la naturaleza humana; quizá sea el egoísmo de los individuos lo que hace la salud de las masas. Cada uno traza alrededor de sí y de los suyos un círculo con una espada. Vamos, vamos, señora –continuó–, llevad la confesión hasta el final, confesad francamente que estáis impaciente porque el desdichado sufra su destino, ¡porque con su muerte el desdichado asegura la vida de vuestro prometido!

–¡Oh!, aún no había pensado en eso, Lenet, os lo juro. Pero no obliguéis a mi mente a detenerse ahí, porque lo amo tanto que no sé lo que soy capaz de desear en la locura de mi amor.

–¡Pobre niña! –dijo Lenet con un tono de profunda piedad–. ¿Por qué no habéis dicho todo eso antes?

–¡Oh, Dios mío!, me asustáis. ¿Es demasiado tarde y aún no está totalmente salvado?

–Lo está –replicó Lenet– porque Madame la princesa ha dado su palabra, pero...

–¿Pero qué?

–¡Ay!, ¿está uno seguro de algo en este mundo? Y vos, que como yo le creéis a salvo, ¿no lloráis en lugar de alegraros?

–Lloro porque no puedo visitarlo, amigo mío –respondió Claire–. Pensad que debe de oír esos ruidos horribles y creer cercano su peligro; pensad que puede acusarme de tibieza, de olvido, de traición. ¡Oh, Lenet, Lenet, qué suplicio! En

verdad que si la princesa supiese lo que sufro se compadecería de mí.

–Bien, vizcondesa –dijo Lenet–, tenemos que verlo.

–¿Verlo? ¡Imposible! Sabéis que he pedido ese permiso a Su Alteza y que Su Alteza me lo ha negado.

–Lo sé, lo apruebo en el fondo del corazón, y sin embargo...

–Y sin embargo me exhortáis a la desobediencia –exclamó Claire sorprendida y mirando fijamente a Lenet, que, cohibido por aquella mirada, bajó los ojos.

–Soy viejo, querida vizcondesa –dijo–, y desconfiado precisamente por viejo; no en esta ocasión, porque la palabra de la princesa es sagrada: sólo morirá uno de los prisioneros, lo ha dicho ella. Pero habituado durante el curso de una larga vida a ver volverse todas las posibilidades contra el que se cree más favorecido, tengo por principio que hay que aprovechar en todo momento la ocasión que se presenta. Ved a vuestro prometido, vizcondesa; vedlo, hacedme caso.

–¡Oh, Lenet! –exclamó Claire–, os juro que me asustáis.

–No es ésa mi intención. Además, ¿preferiríais que os aconsejara no verlo? No, ¿verdad? Y me reñiríais mucho más si hubiera venido a deciros lo contrario de lo que os digo.

–¡Oh!, sí, lo confieso. Pero me habláis de verlo: era mi solo, mi único deseo, era la plegaria que dirigía a Dios cuando habéis llegado. Pero ¿no es algo imposible?

–¿Hay algo imposible para la mujer que ha tomado la isla Saint-Georges? –dijo Lenet con una sonrisa.

–¡Ay de mí! –dijo Claire–, desde hace dos horas busco una forma de penetrar en la fortaleza, todavía no la he encontrado.

–Y si os la ofrezco –dijo Lenet–, ¿qué me daríais?

–Os daré... Oh, ved, os daré la mano el día que camine hacia el altar con él.

–Gracias, hija mía –dijo Lenet–, tenéis razón, sí, os amo como un padre; gracias.

–¡La manera de entrar! ¡La manera de entrar! –dijo Claire.

–Es la siguiente. Yo había pedido a Madame la princesa un salvoconducto para hablar con los prisioneros, porque si hubiera habido manera de salvar al capitán Cauvignac, habría querido ganar a ese hombre para nuestro partido; pero ahora ese salvoconducto es inútil, porque acabáis de condenarlo a muerte con vuestras plegarias en favor del señor de Canolles.

Claire se estremeció sin querer.

–Tomad pues este papel –continuó Lenet–; como veis, no hay nombre.

El carcelero de la fortaleza dejará comunicarse al portador de la presente con aquel de los dos prisioneros de guerra que quiera hablar, y durante media hora.

CLAIRE-CLÉMENCE DE CONDÉ

–Tenéis ropas de hombre –dijo Lenet–, ponéoslas. Tenéis el salvoconducto, utilizadlo.

–¡Pobre oficial! –murmuró Claire sin poder expulsar de su pensamiento la idea de Cauvignac–, ejecutado en lugar de Canolles.

–Sufre la ley común –respondió Lenet–. Débil, es devorado por el fuerte; sin apoyos, paga por aquel al que protegen. Lo lamentaré, es un muchacho inteligente.

Mientras tanto, Claire daba vueltas al papel en sus manos.

–¿Sabéis –dijo– que me tentáis de una forma cruel con este salvoconducto? ¿Sabéis que en cuanto tenga a mi pobre amigo entre mis brazos soy capaz de llevarlo al fin del mundo?

–Si fuera posible, señora, es lo que os aconsejaría; pero ese salvoconducto no es una carta blanca, y sólo podéis darle el destino que tiene.

–Es verdad –dijo Claire releýéndolo–. Y sin embargo me otorga el poder de ver al señor de Canolles: ¡es mío!, ¡ya no me lo pueden arrebatar!

–Nadie piensa en hacerlo. Vamos, vamos, señora, no perdáis tiempo, poneos vuestras ropas de hombre y partid. Este salvoconducto os concede media hora; y después de esa media hora vendrá la vida entera. Sois joven, la vida será larga; ¡que Dios os la haga feliz!

Claire cogió a Lenet de la mano, lo atrajo hacia sí y lo besó en la frente como hubiera hecho con el padre más cariñoso.

–Id, id –dijo Lenet empujándola suavemente–, no perdáis tiempo; el que ama de verdad no se resigna –luego, mirándola pasar a otra habitación en la que Pompée, llamado por ella, la esperaba para ayudarla a cambiarse de ropas murmuró–: ¡Ah!, ¿quién sabe?

XXII

En efecto, los gritos, los alaridos, las amenazas y la agitación de la multitud no se le habían escapado a Canolles. Por los barrotes de su ventana había podido gozar también del cuadro inestable y animado que se desarrollaba ante sus ojos, y que era el mismo de una punta a otra de la ciudad conmocionada.

«¡Pardiez! –decía–, qué contratiempo tan importuno. Esa muerte de Richon... Pobre Richon, era un valiente. Esa muerte de Richon va a aumentar los rigores de nuestro cautiverio, ya no me dejarán andar por la ciudad como antes; ni citas ni siquiera matrimonio si Claire no se contenta con la capilla de la cárcel. Tendrá que contentarse. Uno se casa igual en una capilla que en otra. Sin embargo ¡qué augurio tan triste!... ¿Por qué diablos no han recibido la noticia mañana en lugar de recibirla hoy? –luego, acercándose a la ventana e inclinándose para mirar–: ¡Qué vigilancia! –continuó–. ¡Dos guardias! Y cuando pienso que dentro de ocho días, de quince quizá, voy a seguir confinado hasta que ocurra algún acontecimiento que haga olvidar éste. Por suerte, los acontecimientos se suceden rápidamente en los tiempos que corren, y los bordeleses tienen la cabeza ligera; aunque, mientras tanto, no habré dejado de pasar momentos muy desagradables. ¡Pobre Claire!, debe de estar desesperada... Por suerte sabe que estoy detenido. Sí, lo sabe, y por lo tanto la culpa no es mía. ¡Ah, vaya!, pero ¿adónde diablos va toda esa gente? Se diría que hacia la Explanada. Sin embargo no hay desfile ni ejecución a esta hora; y todos van hacia el mismo sitio. Se diría en verdad que saben que estoy aquí como un oso detrás de los barrotes...»

Canolles dio algunos pasos por su cuarto con los brazos cruzados; los muros de una verdadera cárcel lo habían devuelto momentáneamente a las ideas filosóficas, que por lo general solían preocuparle poco.

«¡Qué cosa más idiota es la guerra! –murmuró–. Ese pobre Richon, con el que yo cenaba hace apenas un mes, muerto. Tan intrépido que se habrá dejado matar sobre sus cañones, como yo habría debido hacer; como habría hecho si cualquier otro, menos la vizcondesa, me hubiera sitiado. Esta guerra de mujeres es la más de temer de todas las guerras. Al menos no he contribuido en nada a la muerte de un amigo. A Dios gracias, no he sacado la espada contra un hermano, y esto me consuela. Vamos, también esto se lo debo a mi buen genio femenino; bien pensado todo, le debo muchas cosas.»

En este momento entró un oficial e interrumpió el soliloquio de Canolles.

–¿Necesitáis cenar, señor? –le dijo–. En tal caso, estoy a vuestras órdenes; al carcelero se le ha dicho que os prepare la cena que queráis.

«Vamos, vamos –se dijo Canolles–, por lo menos parece que piensan tratarme honorablemente todo el tiempo que permanezca aquí. Por un instante había temido lo contrario, al ver el ceño fruncido de la princesa y la cara ingrata de todos

sus asesores...»

–Estoy esperando –repitió el oficial haciendo una inclinación.

–¡Ah!, es cierto, perdón. La extremada cortesía de vuestra petición me ha llevado a ciertas reflexiones. Volvamos al asunto: sí, señor, cenaré, porque tengo mucha hambre; pero soy por lo general sobrio, y una cena de soldado me bastará.

–Y ahora –prosiguió el oficial acercándose a él con interés–, ¿no tenéis ningún mensaje que dar... para fuera?... ¿No esperáis nada? Habéis dicho que erais soldado, también yo lo soy: comportaos conmigo como con un camarada.

Canolles miró al oficial sorprendido.

–No, señor –dijo–, no, no tengo ningún mensaje que dar; no, no espero nada, salvo a una persona cuyo nombre no puedo decir. En cuanto a portarme con vos como con un camarada, os agradezco el ofrecimiento. Aquí tenéis mi mano, caballero; y más tarde, si necesito algo, me acordaré.

Esta vez fue el oficial el que miró a Canolles sorprendido.

–Bien, caballero –dijo–, os servirán la cena ahora mismo.

Y se retiró.

Un instante después entraron dos soldados con una cena totalmente servida; era más exquisita de lo que Canolles había esperado. Se sentó ante la mesa y comió con apetito.

Los soldados lo miraban a su vez con asombro. Canolles tomó ese asombro por codicia, y como el vino de Guyena era excelente dijo:

–Amigos míos, pedid dos vasos.

Uno de los soldados salió para volver con los dos vasos pedidos. Canolles los llenó, luego echó unas gotas de vino en el suyo.

–A vuestra salud, amigos míos –dijo.

Los dos soldados cogieron sus vasos y los chocaron maquinalmente con el de Canolles, y bebieron sin devolverle su brindis.

«No son muy corteses –pensó Canolles–, pero beben bien; no se puede tener todo.»

Y siguió con su cena, que llevó triunfalmente hasta el final.

Cuando hubo terminado, se levantó, y los soldados retiraron la mesa. El oficial entró de nuevo.

–¡Ah!, pardiez, señor –le dijo Canolles–, habríais debido cenar conmigo; la cena era excelente.

–No habría podido tener ese honor, caballero, porque me voy a cenar ahora mismo... Y vuelvo.

–¿Para hacerme compañía? –dijo Canolles–. Si es así, os felicito, señor, es muy amable de vuestra parte.

–No, caballero, mi misión es menos agradable. Vengo para advertiros que no hay ministro en la prisión, que el capellán es católico; sé que sois protestante, y esa diferencia de culto tal vez os moleste...

–¿A mí, señor? ¿Para hacer qué? –preguntó ingenuamente Canolles.

–Pues –dijo el oficial, perplejo–, para rezar vuestras oraciones.

–¡Mis oraciones!... ¡Bueno! –dijo Canolles riéndose–, mañana pensaré en eso...

Sólo hago mis oraciones por la mañana.

El oficial miró a Canolles con un estupor que poco a poco se convirtió en profunda conmiseración. Saludó y salió.

«¡Ah, eso! –dijo Canolles–, pero si el mundo se hunde... Desde la muerte de ese pobre Richon, todas las personas que encuentro parecen idiotas o furiosos... ¡Diablos!, ¿por qué no veré alguna cara algo razonable?...»

Acababa de decirse esto cuando la puerta de Canolles volvió a abrirse y, antes de que pudiera reconocerla, una persona fue a arrojarle entre sus brazos y, echándole las dos manos al cuello, inundó su rostro de lágrimas.

–¡Vamos! –exclamó el prisionero liberándose del abrazo–, ¡un loco más! ¿Acaso estoy en las Petites-Maisons¹⁶⁶?

Pero el gesto que Canolles hizo al retroceder, tiró al suelo el sombrero del desconocido, y los bellos cabellos rubios de Mme. de Cambes cayeron sobre sus hombros.

–¡Vos aquí! –exclamó Canolles corriendo hacia ella para cogerla en sus brazos–. ¡Vos! ¡Ah!, perdonadme por no haberos reconocido, o mejor por no haberos adivinado...

–¡Silencio! –dijo ella recogiendo el sombrero y poniéndoselo de nuevo en la cabeza–. ¡Silencio!, porque si supieran que soy yo, quizá me privarían de mi dicha. En fin, todavía me está permitido veros. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío, qué feliz soy!

Y Claire, sintiendo que su pecho se dilataba, estalló en ruidosos sollozos.

–¡*Todavía!* –dijo Canolles–. ¿Decís que *todavía* os está permitido verme? Y me lo decís con lágrimas. ¡Ah!, ¿es que no debéis verme más? –continuó riendo.

–¡Oh, no os riáis!, amigo mío –dijo Claire–, vuestra alegría me hace daño... ¡No os riáis, os lo suplico! Me ha costado tanto venir a vuestro lado... si supierais... ¡Y ha faltado tan poco para que no viniese!... De no ser por Lenet, ese hombre excelente... Pero volvamos a vos, pobre amigo mío. ¡Dios mío!... ¿Estáis aquí... vuelvo a veros? ¿Puedo estrecharos todavía contra mi corazón?

–Claro que soy yo, soy yo –dijo Canolles sonriendo.

–¡Oh!, veréis –dijo Claire–, es inútil, no finjáis esa actitud jovial... Lo sé todo... No se sabía que yo os amaba, no se hubieran escondido de mí...

–Pero ¿qué sabéis? –dijo Canolles.

–¿No es cierto –continuó la vizcondesa–, no es cierto que me esperabais? ¿No estabais contrariado por mi silencio? ¿No es cierto que ya me acusabais?

–¿Yo? Atormentado y contrariado, ¡sin duda! Pero no os acusaba... Sospechaba que alguna circunstancia más fuerte que vuestra voluntad os alejaba de mí; y en todo esto, mi mayor desgracia es que nuestra boda se aplazaba, se retrasaba ocho días, quince días tal vez...

Claire miró a Canolles a su vez con el mismo estupor que había manifestado el oficial unos momentos antes.

–¡Cómo! –dijo ella–. ¿Habláis en serio o de hecho vuestros miedos no pasan de ahí?

–¿Mis miedos decís? –dijo Canolles–. ¿Miedos a qué?... ¿Acaso corro algún peligro que desconozco? –dijo riendo.

–¡Oh, pobre! –exclamó ella–. No sabía nada.

Luego, con miedo sin duda a revelar sin preparación previa toda la verdad a quien esa verdad amenazaba de forma tan cruel, detuvo, con un violento esfuerzo sobre sí misma, las palabras que habían saltado de su corazón a sus labios.

–No, no sé nada –dijo en tono grave Canolles–. Pero vos vais a decírmelo todo, ¿verdad? Soy un hombre; hablad, Claire, hablad.

–¿Sabéis que Richon ha muerto? –dijo.

–Sí –respondió Canolles–, lo sé.

–Pero ¿sabéis cómo murió?

–No, pero lo supongo... Murió en su puesto, ¿verdad? En la brecha de Vayres.

Claire guardó un momento de silencio; luego, grave como el bronce que toca a muerto, dijo:

–Fue ahorcado en el mercado de Libourne.

Canolles dio un salto hacia atrás.

–¡Colgado! –exclamó–. ¡Richon, un soldado! –luego, palideciendo de pronto y pasándose por la frente su mano temblorosa–. ¡Ah!, ahora lo comprendo todo –dijo–. Comprendo mi arresto, comprendo mi interrogatorio, comprendo las palabras del oficial, el silencio de los soldados... comprendo lo que habéis hecho, vuestras lágrimas al verme tan alegre... comprendo, por fin, esa multitud, esos gritos, esas amenazas... ¡Richon ha sido asesinado! ¡Y vengarán a Richon sobre mi cabeza!

–¡No, no, amado mío! ¡No, pobre amigo de mi corazón! –exclamó Claire radiante de alegría, cogiendo las dos manos de Canolles y hundiendo sus ojos en los de él–. ¡Oh, no es a ti a quien van a sacrificar, querido prisionero! No te habías engañado: ¡sí, tú eras el designado, sí, tú estabas condenado! ¡Sí, ibas a morir! ¡Sí, has visto la muerte muy de cerca, mi querido esposo!... Pero tranquilízate, ¡puedes hablar de felicidad y de futuro! La que va a consagrarte toda su vida ha salvado la tuya... Sé feliz, pero muy bajito; porque quizá despiertes a tu desgraciado compañero, sobre el que va a caer la tormenta, el que debe morir en tu lugar.

–¡Oh!, callaos, callaos, querida amiga. Me heláis de horror –dijo Canolles sin reponerse del terrible golpe que acababan de darle, a pesar de las ardientes caricias de Claire–. ¡Yo tan tranquilo, tan confiado, tan estúpidamente alegre, corría peligro de muerte! ¿Y cuándo? ¿En qué momento?... ¡Justo cielo!... ¡En el momento de convertirme en vuestro esposo!... ¡Oh, por mi alma que hubiera sido un doble asesinato!

–Llaman a eso represalias –dijo Claire.

–Sí, sí... es cierto, tienen razón.

–Vamos, ahora os habéis puesto sombrío y pensativo.

–¡Oh! –exclamó Canolles–, no es la muerte lo que temo; pero la muerte me separa de vos...

–Si murieseis, amado mío, también yo moriría... Pero en lugar de entristeceros así, alegraos conmigo. Veamos, esta noche... tal vez dentro de una hora... vais a salir de prisión. ¡Bien!, yo misma vendría a buscaros, os esperaría a la salida. Entonces, sin perder un minuto, sin perder un segundo, huiremos. ¡Oh,

inmediatamente! No quiero esperar: esta ciudad maldita me espanta. Hoy he conseguido salvaros, pero mañana, ¡quizá mañana otra desgracia inesperada os arrebate de mi lado!

–¡Oh! –dijo Canolles–, lo sabéis, querida Claire, me dais demasiada felicidad de una sola vez... ¡Oh, sí!, de verdad, demasiada felicidad. Me moriré...

–Entonces –dijo Claire–, recobrad vuestra despreocupación... recobrad vuestra alegría...

–Y vos misma... recobrad la vuestra.

–Ya lo veis, estoy riendo.

–¿Y ese suspiro?

–¡Ese suspiro, amigo mío, es por el infortunado que paga con su vida nuestra alegría!

–Sí, sí... tenéis razón... ¿Por qué no podéis llevarme ahora mismo?... Vamos, angel mío, ¡abre tus alas y llévame!

–Paciencia, paciencia, mi querido esposo. Mañana os llevaré. ¿Adónde? No lo sé... al paraíso de nuestro amor. Mientras tanto, aquí estoy.

Canolles la cogió en sus brazos, la atrajo hacia su pecho. Ella pasó las manos alrededor del cuello del joven y se dejó caer toda jadeante sobre aquel corazón que, oprimido por tantos sentimientos diversos, apenas palpitaba.

De repente, y por segunda vez, un doloroso sollozo subió de su pecho a sus labios, y por más feliz que Claire se sintiese, inundó de lágrimas el rostro de Canolles, que se había inclinado sobre el suyo.

–¡Bien! –dijo–, ¡ésa es vuestra alegría, pobre ángel!

–Es lo que queda de mi dolor.

En ese momento se abrió la puerta, y el oficial que ya había venido antes anunció que la media hora prevista en el salvoconducto había expirado.

–¡Adiós! –murmuró Canolles–, o mejor, ¡escóndeme en un pliegue de tu capa y llévame contigo!

–¡Pobre amigo mío! –replicó ella en voz baja–, calla porque me rompes el corazón. ¿No ves que me muero de ganas? ¡Ten paciencia contigo, ten paciencia sobre todo conmigo! Dentro de unas horas, nos reuniremos para no separarnos jamás.

–Tengo paciencia –dijo en tono jovial Canolles, completamente tranquilo con aquella promesa–, pero no es necesario dejarnos. ¡Valor!, digamos las palabras de la despedida: ¡Adiós, Claire, adiós!

–¡Adiós! –dijo ella tratando de sonreír–, ad...

Pero no pudo acabar esa palabra cruel. Por tercera vez los sollozos ahogaron su voz.

–¡Adiós! ¡Adiós! –exclamó Canolles agarrando de nuevo a la vizcondesa y cubriendo su frente de ardientes besos–. ¡Adiós!

«¡Diablos! –murmuró el oficial–, suerte que sé que el pobre muchacho no tiene gran cosa que temer... de no ser así, ¡esta escena me rompería el corazón!»

El oficial acompañó a Claire hasta la puerta y volvió.

–Ahora, caballero –le dijo a Canolles, que se había dejado caer en una silla, aún

sumido en sus emociones-, ahora no basta con ser feliz, hay que ser además compasivo. Vuestro vecino, vuestro desdichado compañero, el que va a morir está solo; a él nadie le protege, nadie le consuela. Pide veros. He decidido concederle lo que pide, pero antes es preciso que aceptéis.

-¡Claro que acepto! -exclamó Canolles-, oh, lo creo... ¡Pobre desdichado! ¡Lo espero, le abro los brazos!... Yo no lo conozco, pero da igual.

-Sin embargo él parece conoceros.

-¿Sabe el destino que le está reservado?

-No, no creo. Como comprenderéis, hay que dejar que lo ignore.

-¡Oh!, estad tranquilo.

-Escuchad, pues: van a dar las once, voy a volver a mi puesto; a partir de las once son los carceleros los que reinan como amos y señores en el interior de la cárcel. El vuestro está advertido, sabe que vuestro vecino estará con vos, vendrá a recogerlo en el momento en que deba volver a su calabozo. Si el prisionero no sabe nada, no le anunciéis nada; si sabe algo, decidle de nuestra parte que nosotros los soldados lo compadecemos desde el fondo del alma. Porque en última instancia, morir no es nada, pero, ¡diablos!, que a uno le cuelguen es morir dos veces.

-¿Está decidido que ha de morir?...

-De la misma muerte que Richon. Son represalias completas. Pero charlamos, y sin duda espera vuestra respuesta con ansiedad.

-Id a buscarlo, señor, y sabed que os quedo agradecido por él o por mí.

El oficial salió, fue a abrir la puerta del calabozo vecino y Cauvignac, algo pálido, pero con paso desenvuelto y la frente alta, entró en el calabozo de Canolles, que avanzó hacia él.

El oficial hizo entonces a Canolles un último gesto de despedida, miró a Cauvignac con compasión y salió, llevándose consigo a sus soldados, cuyos pesados pasos fueron a perderse poco tiempo después bajo las bóvedas.

No tardó el carcelero en hacer su ronda. Se oyeron sus llaves resonar en el corredor.

Cauvignac no estaba abatido, porque en aquel hombre había una inalterable confianza en sí mismo, una inagotable esperanza en el futuro. Sin embargo, bajo su apariencia tranquila y su máscara casi alegre, un profundo dolor se había deslizado y como una serpiente mordía su corazón. Aquella alma escéptica, que siempre había dudado de todo, por fin dudaba de la duda misma.

Desde la muerte de Richon, Cauvignac no comía, no dormía. Acostumbrado a burlarse de la desgracia de los otros al tomarse la suya alegremente, a nuestro filósofo no se le había ocurrido la idea de reírse del suceso que condujo a este terrible resultado; a pesar suyo, en todos aquellos hilos misteriosos que lo hacían responsable de la muerte de Richon, vislumbraba la mano impasible de la Providencia, que empezaba a ofrecer, si no la remuneración de las acciones buenas, al menos el castigo de las malas.

Y se resignaba y soñaba; pero aunque se resignaba, como hemos dicho, no comía ni dormía.

Y, singular misterio de esa alma personal aunque no egoísta, lo que le sorprendía

más aún que su propia muerte, prevista de antemano, era la muerte de aquel compañero al que sabía a dos pasos de él, esperando bien la sentencia fatal, bien la ejecución sin sentencia. Con todo esto, a su cabeza volvía Richon, su espectro vengador, la doble catástrofe resultante de lo que le había parecido una travesura deliciosa.

Su primera idea había sido evadirse; porque, aunque prisionero bajo palabra, ya que habían incumplido los compromisos contraídos con él llevándolo a prisión, creía a su vez, y sin escrúpulo alguno, que podía incumplir los suyos. Pero, a pesar de la perspicacia de su inteligencia y de lo ingenioso de sus medios, había reconocido que era imposible. Fue entonces cuando se convenció con más fuerza todavía de que estaba sometido a la presión de una fatalidad inexorable. Desde entonces, sólo pidió una cosa, hablar un rato con su compañero, cuyo nombre daba la impresión de haber despertado en él una triste sorpresa, y reconciliarse en su persona con esa humanidad entera a la que tan cruelmente había ultrajado.

No afirmaremos que todas estas ideas fueran remordimientos, no. Cauvignac era demasiado filósofo para tenerlos, pero, por lo menos, era lo que más se les parecía, es decir, un violento despecho por haber hecho el mal por nada. Con el tiempo y una idea que mantuviese a Cauvignac en esa disposición de ánimo, ese sentimiento tal vez hubiera producido el mismo efecto que el remordimiento; pero le faltaba tiempo.

Cauvignac, al entrar en la celda de Canolles, esperó, con su prudencia habitual, a que el oficial que le había introducido se retirase; luego, viendo la puerta herméticamente cerrada, igual que el portillo, fue hacia Canolles, que como hemos dicho había dado algunos pasos hacia él, y le estrechó afectuosamente la mano.

A pesar de la gravedad de la situación, Cauvignac no pudo dejar de sonreír al reconocer al elegante y apuesto joven, de espíritu aventurero y humor jovial, al que ya había sorprendido dos veces en situaciones muy distintas de aquella en que se encontraba, una para enviarlo con una misión a Mantes, otra para llevarlo a Saint-Georges. Además, recordaba la usurpación momentánea de su nombre, y el logrado engaño que había sido su continuación para el duque. Y por lúgubre que fuese la prisión, el recuerdo era tan alegre que durante un segundo el pasado prevaleció sobre el presente.

Canolles, por su parte, lo reconoció nada más verlo por haber estado en contacto con él en las dos circunstancias que hemos dicho, y, como en conjunto, en esas dos circunstancias, Cauvignac había sido para él un mensajero de buenas nuevas, su compasión por la suerte reservada al desdichado aumentó, sobre todo porque sabía que era su salvación lo que provocaba la pérdida irrevocable de Cauvignac; y, en un alma tan delicada como la suya, un pensamiento así causaba muchos más remordimientos de los que hubiera causado un crimen auténtico en la de su compañero.

Así pues, lo acogió con una benevolencia total.

–Bien, barón –le dijo Cauvignac–, ¿qué decís de la situación en que estamos? En mi opinión es bastante precaria.

–Sí, aquí estamos, prisioneros, y sólo Dios sabe cuándo saldremos –respondió

Canolles, poniendo buena cara para tratar de suavizar al menos con la esperanza la agonía de su compañero.

–¡Cuándo saldremos! –replicó Cauvignac–. Que Dios, al que invocáis, se digne en su misericordia decidir que sea lo más tarde posible. Pero no creo que esté dispuesto a darnos mucho tiempo. Desde mi calabozo he visto, como habéis podido verlo desde el vuestro, correr a una multitud ardiente hacia cierto lugar que, si no me equivoco, debe de ser la Explanada. ¿Conocéis la Explanada, mi querido barón, y sabéis para qué sirve?

–¡Oh!, bah, exageráis la posición, creo yo. Sí, el pueblo corría hacia la Explanada, pero para asistir a alguna corrección militar, sin duda. Hacernos pagar a nosotros la muerte de Richon sería horrible; porque, en fin, ¡tanto uno como otro somos inocentes de esa muerte!

Cauvignac se estremeció y clavó en Canolles una mirada que de sombría fue pasando a compasiva. «Entonces –se dijo a sí mismo–, sigue habiendo uno que se engaña sobre su situación. Sin embargo, tengo que decirle lo que pasa; porque ¿para qué engañarlo y que el golpe sea luego más penoso?, mientras que, al menos cuando uno tiene tiempo de prepararse, la pendiente siempre parece un poco más fácil.»

Entonces, tras un nuevo instante de silencio y examen, dijo a Canolles, cogiéndole las dos manos y siguiendo con los ojos fijos una mirada que lo azoraba mucho:

–Caballero, mi querido caballero, pidamos si queréis una botella o dos de ese buen vino de Branne que conocéis. ¡Ay!, habría bebido muy a gusto si hubiera sido gobernador más tiempo, y debo confesaros incluso que ha sido mi predilección por ese excelente vino el que me hizo pedir ese gobierno. Dios me castiga por mi glotonería.

–Acepto encantado –dijo Canolles.

–Sí, os contaré todo esto bebiendo, y si la noticia es mala, como por lo menos el vino será bueno, éste hará pasar aquélla.

Canolles golpeó entonces la puerta, pero no le respondieron; repitió los golpes, y al cabo de un instante un niño que jugaba en el corredor se acercó al prisionero.

–¿Qué queréis? –preguntó el niño.

–Vino –dijo Canolles–. Dile a tu papá que traiga dos botellas.

El niño se alejó y volvió al cabo de un instante.

–En este momento –dijo– papá está ocupado hablando con un señor. Vendrá enseguida.

–Perdón –dijo Cauvignac–, ¿queréis permitirme que le haga una pregunta?

–Hacedla.

–Amiguito –dijo con su voz más insinuante–, ¿con qué señor está hablando tu papá?

–Con un gran señor.

–Este niño es encantador –dijo Cauvignac–. Esperad, que vamos a saber algo. ¿Y cómo va vestido ese señor?

–Todo de negro.

–¡Ah, diablos! ¿Oís?, todo de negro. ¿Y cómo se llama ese señor todo de negro? Por casualidad, ¿no lo sabes, amiguito?

–Le llaman señor Lavie.

–¡Ah, ah! –dijo Cauvignac–, el abogado del rey; creo que por ese lado no debemos esperar mucho daño. Aprovechemos que están hablando para hablar también – deslizando una moneda bajo la puerta–: toma, amiguito –dijo Cauvignac–, para que te compres canicas. Conviene hacer amigos en todas partes –continuó, levantándose.

El niño, muy contento, cogió la moneda dando las gracias a los dos prisioneros.

–Bueno, caballero –dijo Canolles–, estabais diciendo...

–¡Ah!, sí... –respondió Cauvignac–. Bien, decía que en mi opinión estabais muy equivocado sobre el destino que nos espera al salir de esta prisión; habláis de Explanada, de corrección militar, de fustigación para extranjeros; yo, en cambio, estaría tentado a creer que se trata de nosotros, y de algo mejor.

–¡Vamos! –dijo Canolles.

–¡Eh!, estáis viendo las cosas bajo una luz menos sombría de lo que me parecen; quizá porque no tenéis las mismas razones para temer que yo. Pero no os vanagloriéis demasiado de vuestro asunto; tampoco es magnífico. Sin embargo, el vuestro no tiene nada que ver con el mío, y el mío, debo decirlo porque así lo creo, el mío está endiabladamente embrollado. ¿Sabéis quién soy, caballero?

–Vaya pregunta tan singular. Sois el capitán Cauvignac, gobernador de Branne, parece.

–Por el momento, sí; pero no siempre he llevado ese nombre y no siempre he ocupado ese puesto. He cambiado a menudo de nombre, e intentado distintos grados; por ejemplo, un día me llamé barón de Canolles, exactamente igual que vos –Canolles miró a Cauvignac a la cara–. Sí –continuó éste–, comprendo; os preguntáis si estoy loco, ¿verdad? Pues tranquilizaos, gozo de todas mis facultades mentales y nunca he estado tan completamente cuerdo.

–Explicaos entonces –dijo Canolles.

–Nada más fácil. El señor duque d'Épernon... ¿conocéis al señor duque d'Épernon, verdad?

–De nombre, pues nunca lo he visto.

–Por suerte para mí. El señor duque d'Épernon, digo, me encontró en cierta ocasión en casa de una dama donde yo sabía que vos no erais mal recibido, y me tomé la libertad de tomaros prestado el nombre.

–¡Qué queréis decir!

–¡Calma, calma! ¡No seáis tan egoísta como para tener celos de una mujer en el momento de casaros con otra! Además, si los tuvieseis, cosa que entra dentro de la naturaleza del hombre, que decididamente es un animal miserable, me perdonaréis enseguida. Os pertenezco demasiado para que nos peleemos.

–No comprendo una palabra de lo que me decís, caballero.

–Digo que tengo derecho a que me tratéis como a hermano, o al menos como a cuñado.

–Habláis mediante enigmas y sigo sin comprender.

–Bueno, vais a comprender en cuanto os diga una sola palabra. Mi verdadero nombre es Roland de Lartigues, y Nanon es mi hermana.

Canolles pasó de la desconfianza a una expansión repentina.

–¡Vos hermano de Nanon! –exclamó–. ¡Ay, pobre muchacho!

–Pues sí, «pobre muchacho» –prosiguió Cauvignac–. Habéis dicho la palabra justa, porque habéis puesto el dedo en la llaga; pues, además del montón de disgustos derivados de la instrucción del pequeño proceso que aquí me han hecho, tengo el de llamarme Roland de Lartigues y ser el hermano de Nanon. Como sabéis, mi querida hermana no está en olor de santidad entre los señores bordeleses. Si llega a saberse que soy hermano de Nanon, estoy perdido; y aquí hay un La Rochefoucauld y un Lenet que lo saben todo.

–¡Ah! –dijo Canolles, devuelto por las palabras de Cauvignac a antiguos recuerdos–, ¡ah!, ahora comprendo por qué en una carta la pobre Nanon me llamó un día hermano suyo. ¡Excelente amiga!...

–¡Ah, sí! –dijo Cauvignac–, era una buena persona y me arrepiento mucho de no haber seguido sus consejos al pie de la letra; pero ¿qué queréis? Si se pudiera adivinar el porvenir, no se necesitaría a Dios.

–¿Y qué ha sido de ella? –preguntó Canolles.

–¿Quién puede decirlo? Pobre mujer, sin duda se desespera, no por mí, cuyo arresto sin duda ignora, sino por vos, cuyo destino tal vez desconoce.

–Tranquilizaos –dijo Canolles–. Lenet no dirá que sois hermano de Nanon. El señor duque de La Rochefoucauld, por su parte, no tiene ningún motivo para odiaros. Por lo tanto, no se sabrá nada de todo esto.

–Si no se sabe nada de todo esto, creedme, siempre se sabrá otra cosa: se sabrá que fui yo, por ejemplo, quien dio cierto documento firmado en blanco, y que ese documento.... Pero, bah, olvidemos a ser posible. ¡Qué desgracia que no llegue el vino! –continuó volviéndose hacia la puerta–. No hay nada como el vino para hacer olvidar.

–¡Vamos, vamos! –dijo Canolles–, ¡valor!

–¡Diablos! ¿Creéis que no lo tengo? Ya me veréis en su momento, cuando vayamos a dar una vuelta por la Explanada. Aunque me inquieta una cosa: ¿seremos fusilados, decapitados o ahorcados?

–¡Ahorcados! –exclamó Canolles–. ¡Vive Dios!, somos gentilhombres y no se puede hacer un ultraje así a la nobleza.

–Bueno, veréis que todavía son capaces de discutirme la genealogía... Además...

–¿Qué?

–¿Quién será el primero, vos o yo?

–¡Por Dios, querido amigo! –dijo Canolles–, no os preocupéis por esas cosas... No hay nada menos seguro que esa muerte por la que os preocupáis de antemano: no se juzga, no se condena y no se ejecuta así, todo en una noche.

–Escuchadme –respondió Cauvignac–, yo estaba allí cuando procesaron al pobre Richon, Dios tenga su alma. Pues bien, proceso, juicio y ahorcamiento: todo eso duró tres o cuatro horas a lo sumo. Sería deseable que hubiera un poco menos de actividad, porque la señora Ana de Austria es reina de Francia y Mme. de Condé

sólo princesa de sangre, y eso nos da cuatro o cinco horas a nosotros. Y como hace tres horas que nos han arrestado, como hace dos que hemos comparecido ante nuestros jueces, haciendo la cuenta esto nos da todavía una hora o dos de vida: es poco.

–En cualquier caso –dijo Canolles–, esperarán al alba para ejecutarnos.

–¡Ah!, eso sí que no es nada seguro: una ejecución con antorchas es algo muy bello. Cuesta más caro, cierto, pero como Madame la princesa tiene mucha necesidad de los bordeleses en este momento, bien podría decidirse a hacer ese gasto.

–¡Chist! –dijo Canolles–, oigo pasos.

–¡Diablos! –dijo Cauvignac palideciendo un poco.

–Sin duda nos suben el vino –dijo Canolles.

–¡Ah, sí! –dijo Cauvignac concentrando en la puerta una mirada más que atenta–, pasa algo: si el carcelero entra con las botellas, todo va bien; si por el contrario...

Se abrió la puerta y entró el carcelero sin botellas.

Cauvignac y Canolles cambiaron una expresiva mirada, pero el carcelero no le prestó atención... Parecía tan acuciado, el tiempo era tan breve, estaba tan oscuro el calabozo...

Volvió a cerrar la puerta y siguió. Luego, acercándose a los prisioneros y sacando un papel del bolsillo, dijo:

–¿Cuál de los dos es el barón de Canolles?

–¡Diablos! –dijeron al mismo tiempo los dos hombres, cambiando una nueva mirada.

Sin embargo, Canolles dudó antes de responder y Cauvignac hizo otro tanto: el primero había llevado ese nombre demasiado tiempo para dudar de que la apelación se dirigía a él; pero el otro lo había llevado suficiente para temer que se lo recordasen.

Sin embargo, Canolles comprendió que había que responder.

–Soy yo –dijo.

El carcelero se acercó a él.

–¿Vos erais gobernador de plaza?

–Sí.

–Pero también yo lo era, también yo me he llamado Canolles –dijo Cauvignac–. Vamos, expliquémonos bien y nada de equivocaciones. Ya es suficiente con lo que me ocurrió con ese pobre Richon para que ahora provoque la muerte de otro.

–¿Así que ahora vos os llamáis Canolles? –preguntó el carcelero.

–Sí –respondió Canolles.

–¿Así que vos os llamasteis en el pasado Canolles? –volvió a decir el carcelero a Cauvignac.

–Sí –respondió éste–, en el pasado, sólo un día, y empiezo a creer que ese día tuve una idea idiota.

–¿Los dos fuisteis gobernadores de plaza?

–Sí –respondieron a la vez Canolles y Cauvignac.

–Ahora, una última pregunta que aclarará todo –los dos prisioneros guardaron el

más profundo silencio-. ¿Cuál de los dos -dijo el carcelero- es hermano de Mme. Nanon de Lartigues?

Entonces Cauvignac hizo una mueca que en un momento menos solemne hubiera sido cómica.

-Ya os lo decía yo -dijo dirigiéndose a Canolles-, ya os decía, querido amigo, que me atraparían por ahí -y luego, volviéndose al carcelero-: Y si yo fuera -dijo- hermano de Mme. Nanon de Lartigues, ¿qué me diríais, amigo?

-Os diría que me siguieseis ahora mismo.

-¡Diablos! -dijo Cauvignac.

-Pero también ella me llamó hermano -dijo Canolles, tratando de dispersar un poco la tormenta que se formaba visiblemente sobre la cabeza de su desdichado compañero.

-¡Un momento, un momento! -dijo Cauvignac pasando por delante del carcelero y llevándose aparte a Canolles-. Un momento, gentilhomme, en una circunstancia como ésta no es justo que vos seáis hermano de Nanon. Hasta ahora, he hecho pagar a los otros por mí, es justo que ahora pague yo.

-¿Qué queréis decir? -preguntó Canolles.

-Sería demasiado largo de explicar; además, como podéis ver, nuestro carcelero se impacienta y golpea con el pie. Está bien, amigo, está bien; tranquilo, ahora os sigo. Adiós, pues, querido compañero -continuó Cauvignac-, ya veis, por lo menos una de mis dudas queda resuelta, y es que yo voy primero. Ojalá no me sigáis demasiado pronto. Ahora queda por saber la clase de muerte. ¡Diablos!, con tal de que no me ahorquen... ¡Vamos allá, vamos! Parece que tenéis mucha prisa, buen hombre. Vamos pues, mi querido hermano, mi querido cuñado, mi querido compañero, mi querido amigo... ¡Un último adiós, y buenas noches!

Cauvignac dio entonces un paso hacia Canolles tendiéndole la mano; Canolles cogió aquella mano entre las suyas y la estrechó afectuosamente.

Mientras tanto, Cauvignac lo miraba con una singular expresión.

-¿Qué queréis? -dijo Canolles-. ¿Tenéis algo que pedirme?

-Sí -dijo Cauvignac.

-Entonces, hacedlo.

-¿Rezáis alguna vez? -dijo Cauvignac.

-Sí -respondió Canolles.

-Pues bien, cuando recéis... decid una palabra por mí -y volviéndose hacia el carcelero, que cada vez parecía impacientarse más-: Yo soy el hermano de Mme. Nanon de Lartigues -le dijo-. Vamos, amigo.

El carcelero no se lo hizo repetir dos veces y se llevó deprisa a Cauvignac, quien, desde el umbral, hizo una última seña a Canolles.

Luego se cerró la puerta, sus pasos se alejaron por el corredor y todo volvió a caer en un silencio parecido al silencio de la muerte.

Canolles permaneció profundamente absorto en una tristeza que se parecía al terror. Aquella manera de llevarse a un hombre, con nocturnidad, sin ruido, sin aparato, sin guardias, era más espantosa que los preparativos del suplicio hechos a la luz del sol. Sin embargo, todo el terror de Canolles era para su compañero,

porque su confianza en Mme. de Cambes era tan grande que desde que la había visto, a pesar de la fatal noticia que le había anunciado, ya no temía por sí mismo.

Por eso, lo único que en aquel momento le preocupaba realmente era la suerte reservada al compañero que se habían llevado. Recordó entonces el último consejo de Cauvignac. Se arrodilló y rezó.

Pocos instantes después se levantó, consolado y fortalecido, y con la esperanza fija en una sola cosa: la llegada de la ayuda prometida por Mme. de Cambes o su presencia.

Mientras tanto, Cauvignac seguía al carcelero por el sombrío corredor, sin pronunciar una sola palabra y reflexionando con la mayor seriedad posible.

Al final del corredor, el carcelero cerró cuidadosamente la puerta, igual que había hecho con la del calabozo de Canolles, y, tras prestar oído a algunos ruidos vagos que subían del piso inferior, dijo volviéndose bruscamente hacia Cauvignac:

–¡Vamos, caballero, en marcha!

–Estoy dispuesto –respondió Cauvignac en tono bastante majestuoso.

–No habléis tan alto –dijo el carcelero–, y caminad más deprisa.

Y tomó una escalera que descendía a las mazmorras subterráneas.

«Oh –pensó Cauvignac–, ¿querrán degollarme entre dos muros, o echarme en alguna fosa? He oído decir que a veces se contentaban con exponer los cuatro miembros en la plaza pública, como hizo César Borgia¹⁶⁷ con don Ramiro del Orco¹⁶⁸. Veamos, este carcelero está solo, tiene las llaves en el cinto. Esas llaves deben abrir cualquier puerta. Él es pequeño, yo soy grande, él es débil, yo fuerte; él va delante, yo detrás; si quisiera no me costaría mucho estrangularlo. Pero ¿quiero?»

Y Cauvignac, que se había respondido que sí quería, alargaba ya sus dos manos huesudas para ejecutar el plan que acababa de decidir, cuando de pronto el carcelero se volvió aterrado.

–¡Chist! –dijo–, ¿no oís nada?

«Decididamente –continuó Cauvignac siempre para sus adentros–, en todo esto hay algo oscuro; y tantas precauciones, si no me tranquilizan, deben inquietarme mucho.»

Por eso, deteniéndose de pronto, dijo:

–¡Eh!, ¿adónde me lleváis?

–¿No lo veis? –dijo el carcelero–. A la bodega.

–¡Vaya! –dijo Cauvignac–, ¿van a enterrarme vivo?

El carcelero se encogió de hombros y enfiló un dédalo de corredores; llegado a una pequeña puerta baja, cimbrada y rezumante, tras la que se oía un ruido extraño, la abrió:

–¡El río! –exclamó Cauvignac, asustado al ver el agua que fluía, sombría y negra como la del Aqueronte¹⁶⁹.

–¡Sí, el río! ¿Sabéis nadar?

–Sí... no... sí... Es decir... ¿por qué diablos me lo preguntáis?

–Es que si no sabéis nadar, tendremos que esperar a una barca estacionada allá abajo, y es un cuarto de hora perdido, sin contar que podría oírse la señal que voy

a hacer y, por lo tanto, terminar atrapados.

–¡Atrapados! –exclamó Cauvignac–. ¡Ah!, querido amigo, pero ¿entonces nos escapamos?

–¡Pardiez! ¡Claro que nos escapamos!

–¿Adónde?

–A donde queramos.

–¿O sea que estoy libre?

–Libre como el aire.

–¡Dios mío! –exclamó Cauvignac.

Y sin añadir una sola palabra a esa elocuente exclamación, sin mirar a su alrededor, sin preocuparse de si su compañero lo seguía, se lanzó al río y se zambulló más rápidamente de lo que hubiera podido hacerlo una nutria perseguida. El carcelero lo imitó, y ambos, tras un cuarto de hora de silenciosos esfuerzos para romper la corriente, se encontraron a la vista de la barca. Entonces el carcelero silbó tres veces sin dejar de nadar; al reconocer la señal convenida los remeros fueron a su encuentro, los subieron enseguida a la barca y, sin decir una sola palabra, remaron con fuerza; cinco minutos después dejaban a ambos en la orilla opuesta.

–¡Uf! –dijo Cauvignac, que, desde el momento en que se había lanzado con tanta decisión al río, no había pronunciado una sola palabra–. ¡Uf!, estoy a salvo. Querido carcelero de mi corazón, Dios os lo recompensará.

–Mientras aguardo la recompensa de Dios –dijo el carcelero–, ya he cobrado cuarenta mil libras que me ayudarán a tener paciencia.

–¡Cuarenta mil libras! –exclamó Cauvignac estupefacto–. ¿Quién diablos puede haber gastado cuarenta mil libras por mí?

La abadía de Pessac

I

Una explicación necesaria, y luego volveremos a coger el hilo de nuestra historia.

Además, ya es hora de volver a Nanon de Lartigues, quien, a la vista del desdichado Richon expirando bajo la lonja del mercado de Libourne, había lanzado un grito y se había desmayado.

Pero Nanon, como ya se ha debido ver, no era una mujer de complexión frágil; a pesar de la delicadeza de su cuerpo y la escasez de sus proporciones, había sufrido largos dolores, soportado fatigas, arrostrado largos peligros. Y esa alma a la vez amante y vigorosa, dotada de un temple poco común, sabía plegarse según las circunstancias y reponerse con más energía a cada tregua que le daba el destino.

El duque d'Épernon, que la conocía –o más bien, creía conocerla–, pudo por lo tanto extrañarse al verla tan abatida por la visión de un dolor físico. Ella que en el incendio de su palacio de Agen, había estado a punto de arder viva sin lanzar un grito por miedo a complacer a sus enemigos jadeantes tras este suplicio que uno de ellos, más alterado que los otros, habría preparado a la favorita del detestado gobernador... Ella, Nanon, que en medio de ese tumulto había visto morir a dos de sus doncellas, asesinadas por ellos y en su lugar, y que ni siquiera había pestañado...

El desvanecimiento de Nanon duró cerca de dos horas y concluyó con horribles ataques de nervios, durante los que en vez de hablar tan sólo pudo lanzar gritos inarticulados. Hasta el punto de que la misma reina, tras haber enviado varios mensajes a la enferma, fue a visitarla en persona, y el señor Mazarino, que acababa de llegar, quiso estar a la cabecera de su lecho para hacer medicina, que era su gran pretensión: medicina en aquel cuerpo amenazado, teología en aquella alma en peligro.

Pero Nanon no recobró el sentido hasta bien avanzada la noche. Entonces todavía estuvo cierto tiempo reuniendo sus ideas; por último, cogiéndose la cabeza entre las manos exclamó con un acento desgarrador: «¡Estoy perdida! ¡Ellos me lo han matado!».

Por suerte estas palabras eran lo bastante extrañas para que los presentes las atribuyesen al delirio, y eso fue lo que ocurrió.

Sin embargo, esas palabras permanecieron en la mente de los allí reunidos, y cuando por la mañana el duque d'Épernon regresó de una expedición que lo había mantenido lejos de Libourne desde la víspera, pensando en el desvanecimiento de Nanon, se enteró de lo que había dicho al volver en sí. El duque conocía toda la efervescencia de aquella alma encendida. Comprendió que en esas palabras había algo más que delirio: por eso se apresuró a ver a Nanon y, aprovechando el primer momento de soledad que le dejaron los visitantes, le dijo:

–Querida amiga, he sabido todo lo que habéis sufrido por la muerte de Richon, al

que de manera imprudente fueron a arrestar bajo vuestras ventanas.

–¡Oh, sí! –exclamó Nanon–, ¡es horrible! ¡Es infame!...

–Tranquilizaos, os lo repito –dijo el duque–, ahora que sé el efecto que ha producido en vos, haré colgar a los rebeldes en la Place du Cours, y no en la Place du Marché. Pero ¿a qué os referíais cuando dijisteis que os lo habían matado? Supongo que no podíais referiros al pobre Richon, que nunca fue nada para vos, ni siquiera una simple amistad.

–¡Ah!, ¿sois vos, señor duque? –dijo Nanon incorporándose sobre los codos y cogiéndolo del brazo.

–Sí, soy yo; y me alegra que me reconozcáis, eso prueba que vais mejor. Pero ¿a quién os referíais?

–¡A él, señor duque, a él! –dijo Nanon con un resto de delirio–. Vos lo habéis matado. ¡Oh, desdichado!

–Querida amiga, me asustáis. ¿Qué decís?

–Digo que lo habéis matado. ¿No comprendéis, señor duque?

–No, querida amiga –prosiguió el señor duque d'Épernon, que trataba de hacer hablar a Nanon entrando en las ideas que le sugería su delirio–. ¿Cómo puedo haberlo matado si no lo conozco?

–¿No sabéis que es prisionero de guerra, que era capitán, que era gobernador, que tenía los mismos títulos y el mismo grado que ese pobre Richon, y que los bordeleses van a vengar en él la muerte de aquel al que hicisteis asesinar? Porque por más que queráis guardar las apariencias de la justicia, ¡es un verdadero asesinato, señor duque!

El duque, desarmado por ese apóstrofe, por el ardor de aquellas miradas resplandecientes, por la acción febril de ese gesto enérgico, retrocedió palideciendo.

–¡Oh, es cierto, es cierto! –exclamó golpeándose la frente–. ¡Ese pobre Canolles, se me había olvidado!

–¡Mi hermano! ¡Mi pobre hermano! –exclamó a su vez Nanon, feliz de poder estallar, y dando a su amante el título con el que lo conocía el señor duque d'Épernon.

–¡Tenéis razón, diablos! –dijo el duque–, y soy yo el descerebrado. ¿Cómo diablos he olvidado a nuestro pobre amigo? Pero no se ha perdido el tiempo: a esta hora, apenas si se sabe la noticia en Burdeos. El tiempo de reunirse, de juzgar. Además, dudarán.

–¿La reina ha dudado? –dijo Nanon.

–Pero la reina es la reina: tiene derecho de vida y muerte. Mientras que ellos son rebeldes.

–¡Ay! –dijo Nanon–, ¡razón de más para que no tengan la menor consideración! Pero, venga, decid, ¿qué vais a hacer?

–Todavía no lo sé, pero confiad en mí.

–¡Oh! –dijo Nanon tratando de levantarse–, aunque tenga que ir en persona a Burdeos a entregarme en su lugar, no morirá.

–Tranquilizaos, querida amiga, es cosa mía. He hecho el mal, lo repararé, palabra

de gentilhomme. La reina todavía tiene amigos en la ciudad, no os preocupéis.

El duque hacía esta promesa desde el fondo de su corazón. Nanon leyó en sus ojos la determinación, la sinceridad y sobre todo la voluntad. Se sintió presa entonces de tal alegría que, cogiendo las manos del duque, le dijo, besándolas con sus labios ardientes:

–¡Oh!, monseñor, si conseguís triunfar, ¡cómo os amaré!

El duque se enterneció hasta las lágrimas: era la primera vez que Nanon le hablaba con aquella efusión y le hacía una promesa como aquélla.

Salió inmediatamente de la habitación tras asegurar de nuevo a Nanon que no tenía nada que temer; luego, haciendo venir a uno de sus servidores cuya habilidad y fidelidad le eran de sobra conocidas, le ordenó dirigirse a Burdeos, entrar en la ciudad aunque tuviera que escalar las murallas y entregar al abogado Lavie la siguiente nota, escrita por entero de su puño y letra:

Impedir que le ocurra algo desafortunado al señor de Canolles, capitán comandante de la plaza al servicio de Su Majestad.

Si ese oficial está detenido, como se presume, liberarlo por todos los medios imaginables; seducir a los guardianes ofreciéndoles todo el oro que pidan, un millón si es preciso, y comprometer la palabra del señor duque d'Épernon para la dirección de un castillo real.

Si la corrupción fracasa, intentar la fuerza; no detenerse ante nada: la violencia, el incendio, el crimen serán disculpados.

Descripción: Estatura alta, ojos oscuros, nariz curva. En caso de duda preguntar: «¿Sois el hermano de Nanon?».

Rapidez: no hay un minuto que perder.

El mensajero partió, y tres horas después estaba en Burdeos. Entró en una granja, cambió sus ropas por un blusón de tela de un aldeano y entró en la ciudad guiando una carreta llena de harina.

Lavie recibió la carta un cuarto de hora después de la decisión del consejo de guerra. Se hizo abrir la puerta de la fortaleza, habló con el jefe de los carceleros, le ofreció veinte mil libras que éste rechazó, luego treinta mil que volvió a rechazar, y por último cuarenta mil que aceptó.

Ya sabemos cómo, engañado por esa apelación que según el duque d'Épernon debía prever cualquier error: «¿Sois el hermano de Nanon?», Cauvignac, en el único impulso de generosidad que quizá había tenido en toda su vida, había respondido: «Sí», y, ocupando el lugar de Canolles, se había encontrado libre, para gran asombro suyo.

Cauvignac fue llevado por un veloz caballo hacia la aldea de Saint-Loubès, que pertenecía a los partidarios del duque d'Épernon. Allí encontró a un mensajero del duque que se había adelantado al fugitivo montado en el caballo del propio duque, yegua española de un valor inestimable.

–¿Está salvado? –exclamó dirigiéndose al jefe de la escolta que llevaba a Cauvignac.

–Sí –respondió éste–, y nosotros lo llevamos.

Eso era todo lo que le interesaba al mensajero; hizo dar media vuelta a su

caballo y se lanzó raudamente como un meteoro en dirección a Libourne. Hora y media después, el caballo, extenuado, caía a las puertas de la ciudad y enviaba rodando a su jinete a los pies del señor d'Épernon, que palpitaba de impaciencia esperando la palabra: «Sí». El mensajero, medio muerto, aún tuvo fuerzas para pronunciar esa palabra: «Sí», que tan caro costaba, y el duque se precipitó, sin perder un segundo, hacia el alojamiento de Nanon, que, tumbada en la cama, extraviada, con ojos inexpresivos, clavaba su mirada insensata en la puerta atestada de servidores.

–¡Sí! –exclamó el duque d'Épernon–. Sí, está a salvo, querida amiga, ahora viene, enseguida lo veréis.

Nanon dio un salto de alegría en su cama, aquellas pocas palabras liberaban su pecho del peso que la ahogaba; tendió sus dos manos hacia el cielo y, luego, bañada en lágrimas que esa inesperada felicidad sacaba de sus ojos agostados por la desesperación, exclamó con un acento indescriptible:

–¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Gracias!

Luego, bajando los ojos del cielo a la tierra, vio a su lado al duque d'Épernon, tan contento ante su felicidad que se hubiera dicho que su interés por el querido prisionero igualaba al de su hermana. Sólo entonces se presentó en su mente este pensamiento: «¿Cómo será recompensado el duque por su bondad, por su solicitud, cuando vea al forastero en el lugar del hermano, el enredo de un amor casi adúltero sustituido por el sentimiento tan puro de la amistad fraterna?».

La respuesta de Nanon fue breve y enérgica: «¡Bien!, no importa –pensó este corazón sublime a la vez de abnegación y devoción–, no le engañaré más, se lo diré todo; me echará, me maldecirá; entonces me postraré a sus pies para agradecerle todo lo que ha hecho por mí durante los tres últimos años. Luego, pobre, humillada, pero feliz, saldré de aquí rica de mi amor y dichosa ante la vida nueva que nos espera».

Fue en medio de este sueño de abnegación, que sacrificaba la ambición al amor, cuando la hilera de criados se abrió y un hombre se precipitó en el cuarto en que Nanon estaba acostada exclamando:

–¡Hermana mía! ¡Mi buena hermana!

Nanon se incorporó, abrió de par en par unos ojos de espanto, se puso más blanca que la almohada bordada que tenía detrás de su cabeza, y por segunda vez cayó fulminada murmurando:

–¡Cauvignac! ¡Dios mío! ¡Cauvignac!

–¡Cauvignac! –repitió el duque paseando a su alrededor una mirada sorprendida que evidentemente buscaba a la persona a la que dirigía su interpelación–: ¡Cauvignac! –dijo–. ¿Quién se llama aquí Cauvignac?

Cauvignac no se preocupó de responder, no se sentía suficientemente a salvo para permitirse una sinceridad que por otra parte, incluso en las circunstancias habituales de la vida, no entraba en su carácter; comprendía que, respondiendo, perdía a su hermana, y al perder a su hermana se arruinaba infaliblemente a sí mismo. Por inventivo que fuese, se quedó parado, dejando hablar a Nanon, encargada por él de corregir sus palabras.

–¿Y el señor de Canolles? –exclamó ésta en tono de furibundo reproche,

lanzando sobre Cauvignac el doble relámpago de sus ojos.

El duque fruncía el ceño y empezaba a morderse el bigote. Los presentes, salvo Finette¹⁷⁰, que estaba muy pálida, y Cauvignac, que hacía cuanto podía para no palidecer, ignoraban lo que significaba aquella cólera inesperada y se miraron asombrados.

–¡Pobre hermana! –murmuró Cauvignac al oído del duque–, tiene tanto miedo por mí que delira, no me reconoce.

–¡Es a mí a quien hay que responder, miserable! –exclamó Nanon–, es a mí. ¿Dónde está el señor de Canolles? ¿Qué ha sido de él? Responde, respóndeme.

Cauvignac tomó una resolución desesperada: tenía que jugarse el todo por el todo y afirmarse en su falta de pudor; porque tratar de salvarse con una confesión, dar a conocer al duque d'Épernon el doble personaje de aquel falso Canolles al que había favorecido, y de aquel verdadero Cauvignac que había reclutado tropas contra la reina y vendido a la reina esos mismos soldados, era querer ir a reunirse con Richon en la viga del mercado. Se acercó, pues, al señor duque d'Épernon y, con lágrimas en los ojos, dijo:

–¡Oh, señor!, es la locura; el dolor, como veis, le ha hecho perder la cabeza hasta el punto de no conocer a sus allegados. Si alguien puede devolverle la razón perdida, soy yo, como podéis comprender: os ruego que hagáis alejarse a todos estos servidores, menos a Finette, que debe quedarse para prodigarle los cuidados que necesite; porque, igual que a mí, os molestaría ver reírse a gentes indiferentes a expensas de esta pobre hermana.

El duque quizá no se habría rendido fácilmente a este recurso ideado por Cauvignac, quien, por crédulo que fuese, empezaba a inspirarle cierta desconfianza, si un mensajero no hubiera venido a decirle de parte de la reina que le esperaban en palacio, pues el señor de Mazarino había convocado un consejo extraordinario.

Mientras el enviado cumplía su misión, Cauvignac se inclinó hacia Nanon y le dijo rápidamente:

–¡En nombre del cielo, calmaos, hermana mía! Si podemos hablar a solas, todo quedará resuelto.

Nanon volvió a dejarse caer en la cama, si no calmada, al menos dueña de sí misma, porque la esperanza, por más pequeña que sea la dosis, es un bálsamo que alivia los sufrimientos del corazón.

En cuanto al duque, decidido a interpretar hasta el final los papeles de Orgón y de Geronte¹⁷¹, se volvió hacia Nanon y, besándole la mano, le dijo:

–Vamos, querida amiga, ya ha pasado la crisis, eso espero; recobraos, os dejo con este hermano al que tanto amáis porque la reina me ha mandado llamar. Creed que sólo una orden de Su Majestad puede conseguir que os abandone en un momento como éste.

Nanon sintió que iba a fallarle el corazón. No tuvo fuerzas para responder al duque, se limitó a mirar a Cauvignac y le apretó la mano como para decirle: «¿No me habéis engañado, hermano mío, y puedo tener esperanzas?».

Cauvignac respondió al apretón de aquella mano con otro parecido de la suya, y, volviéndose al señor duque d'Épernon, dijo:

–Sí, señor duque, por lo menos la crisis más fuerte ha pasado, y mi hermana va a recobrar la certeza de que tiene a su lado un amigo fiel y un corazón devoto, dispuesto a emprender cualquier cosa para devolverle la libertad y la dicha.

Nanon no pudo aguantar más: estalló en sollozos, ella, la mujer de ojos secos, la incrédula; pero le habían destrozado tantas cosas que ya sólo era una mujer normal, es decir, una mujer débil que necesitaba las lágrimas. El duque d'Épernon salió sacudiendo la cabeza y recomendando con los ojos a Cauvignac el cuidado de Nanon. Apenas salió por la puerta Nanon exclamó:

–¡Oh, cuánto me ha hecho sufrir ese hombre! Si se hubiera quedado un instante más, creo que me habría muerto.

Cauvignac hizo con la mano un gesto que recomendaba silencio; luego fue a pegar su oído a la puerta para asegurarse de que el duque se alejaba realmente.

–¡Oh! –exclamó Nanon–. ¿Qué me importa que escuche o que no? Me habéis dicho en voz baja dos palabras para tranquilizarme: decid... ¿qué pensáis, qué esperáis?

–Hermana mía –replicó Cauvignac asumiendo un aire grave que no era nada habitual en él–, no os diré que estoy seguro de conseguirlo, pero os repetiré lo que ya os he dicho, haré todo lo posible para lograrlo.

–Lograr ¿qué? –preguntó Nanon–. ¿Nos entendemos bien esta vez, o sigue habiendo entre nosotros alguna terrible confusión?

–Salvar al infortunado Canolles.

Nanon lo miró con una fijeza espantosa.

–¡Está perdido!, ¿no es así?

–¡Ay! –respondió Cauvignac–, si me pedís mi opinión sincera y completa, confieso que su posición me parece mala.

–¡Qué fácil es decir eso! –exclamó Nanon–. Pero ¿sabes, infeliz, lo que es para mí ese hombre?

–Sé que es un hombre que preferís a vuestro hermano, al que salvabais antes que a mí, y que, cuando me habéis visto, me habéis recibido maldiciéndome –Nanon hizo un gesto de impaciencia–. ¡Diablos!, hacéis bien –prosiguió Cauvignac–, no os lo digo como reproche, sino como simple observación; porque ved, con la mano en el corazón, no me atrevo a decir en conciencia por miedo a mentir, si aún estuviésemos los dos en el calabozo del Château-Trompette, que, sabiendo lo que sé, le diría al señor de Canolles: «Caballero, habéis sido llamado por Nanon hermano suyo, preguntan por vos, no por mí», y él habría venido en mi lugar, y yo habría muerto en el suyo.

–¡Entonces morirá! –exclamó Nanon con una explosión de dolor que demuestra que, en las mentes mejor organizadas, el sentimiento de la muerte nunca entra más que en el estado de temor y no en el estado de certeza, porque el golpe de la afirmación es demasiado violento–. ¡Entonces morirá!

–Hermana –respondió Cauvignac–, todo lo que puedo deciros, y sobre lo que hay que basar lo que vamos a hacer, es lo siguiente: son las nueve de la noche; durante las dos horas que he estado corriendo han podido pasar muchas cosas. ¡No os aflijáis, pardiez!, porque también puede ser que no haya sucedido absolutamente

nada. Se me ocurre una idea.

–Decidla enseguida.

–A una legua de Burdeos tengo cien hombres y a mi lugarteniente.

–¿Es un hombre seguro?

–Ferguzon.

–¿Y qué?

–Pues que, diga lo que diga el señor de Bouillon, haga lo que haga el señor duque de La Rochefoucauld, piense lo que piense Madame la princesa, se me ocurre que con cien hombres, aunque tenga que sacrificar a la mitad, llegaré hasta el señor de Canolles.

–¡Oh!, os equivocáis, hermano mío. ¡No llegaréis! ¡No llegaréis!

–Llegaré, pardiez, o haré que me maten.

–¡Ah!, vuestra muerte me demostrará vuestra buena voluntad, pero no lo salvará. ¡Está perdido! ¡Está perdido!

–¡Y yo os digo que no, aunque tenga que entregarme en su lugar! –exclamó Cauvignac con un arrebato casi generoso que le sorprendió a él mismo.

–¿Entregaros vos?

–Sí, desde luego. Porque nadie tiene motivo para odiar a ese buen señor de Canolles, al contrario, todo el mundo lo quiere, mientras que a mí me detestan.

–¿A vos? ¿Y por qué os detestan?

–Pues es muy sencillo, porque tengo el honor de perteneceros por los vínculos más estrechos de la sangre. Perdón, querida hermana, pero es muy halagador para un buen realista lo que os digo.

–Un momento –dijo lentamente Nanon poniéndose un dedo en los labios.

–Escucho.

–¿Decís que soy muy detestada por los bordeleses?

–Sí, os odian.

–¡Ah!, ¿de veras? –dijo Nanon con una sonrisa a medias pensativa y a medias jovial.

–No creía deciros una cosa que os agradase tanto.

–Pues lo habéis hecho –dijo Nanon–. Si no es agradable, al menos es algo sensato. Tenéis razón –continuó hablando más para sí que para su hermano–, no es al señor de Canolles a quien odian, y tampoco es a vos. Esperad, esperad...

Se levantó, envolvió su cuello suave y ardiente en una manteleta de seda y, sentándose a la mesa, escribió de prisa y corriendo unas pocas líneas que Cauvignac juzgó, por el rubor de su frente y la palpitación de su pecho, muy importantes.

–Tomad esto –dijo Nanon sellando su carta–. Id corriendo, solo, sin soldados ni escolta, a Burdeos; en la cuadra hay un caballo árabe que puede hacer el trayecto en una hora. Llegad tan pronto como los medios humanos permitan llegar, presentad esta carta a Madame la princesa, y el señor de Canolles estará a salvo.

Cauvignac miró sorprendido a su hermana, pero como conocía la precisión de aquel carácter enérgico, no perdió el tiempo comentando sus frases: se precipitó hacia la cuadra, saltó sobre el caballo designado y al cabo de media hora ya había

recorrido más de la mitad del camino. En cuanto a Nanon, nada más verlo partir desde su ventana, se arrodilló, ella, la atea, rezó una breve oración, guardó su oro, sus joyas y diamantes en un cofre, ordenó preparar una carroza y, ayudada por Finette, se puso su vestido más elegante.

II

La noche caía sobre Burdeos, y dejando a un lado el barrio de la Explanada hacia el que todo el mundo se apresuraba, la ciudad parecía desierta. En las calles alejadas de ese privilegiado lugar, no se oía más ruido que el de los pasos de las patrullas, ni otra voz que la de alguna vieja que volvía a casa cerrando asustada su puerta.

Pero por la parte de la Explanada, a lo lejos, en la bruma de la noche, se oía un rumor sordo y continuo como el murmullo de una marea que se retira.

Madame la princesa acababa de terminar su correspondencia y había mandado decir al señor duque de La Rochefoucauld que podía recibirlo.

A los pies de la princesa, humildemente encogida sobre la alfombra, estudiando con la ansiedad más viva su rostro y su humor, Mme. de Cambes parecía esperar el momento de hablar sin ser importuna; pero esa paciencia forzada y esa dulzura estudiada quedaban desmentidas por las crispaciones de sus manos, que arrugaban y destrozaban un pañuelo.

–¡Setenta y siete firmas! –exclamó la princesa–. Ya veis que no todo es placer, Claire, jugar a ser reina.

–Por supuesto, señora –respondió la vizcondesa–, porque al ocupar el sitio de la reina os habéis arrogado su más bello privilegio, el de indultar.

–Y el de castigar, Claire –replicó en tono orgulloso la princesa de Condé–. Porque una de estas setenta y siete firmas aparece al pie de una condena a muerte.

–Y la setenta y ocho va a serlo al pie de una carta de indulto, ¿verdad, señora? –respondió Claire en tono suplicante.

–¿Qué dices, pequeña?

–Digo, señora, que creo que ya es hora de que vaya a liberar a mi prisionero. ¿No queréis que le ahorre ese horrible espectáculo de ver llevar a su compañero a la muerte? Ah, señora, ya que queréis indultarlo, hacedlo por completo.

–¡A fe que tienes razón, pequeña! –dijo Madame la princesa–; pero lo cierto es que había olvidado mi promesa en medio de estas graves ocupaciones, y has hecho bien en recordármela.

–Entonces... –exclamó Claire muy contenta.

–Entonces, haz lo que quieras.

–Otra firma más, señora –dijo Claire con una sonrisa que hubiera enternecido el corazón más duro, sonrisa que ninguna pintura podría transcribir, porque sólo pertenece a la mujer que ama, es decir, a la vida en su esencia más divina.

Y empujó un papel sobre la mesa de Madame la princesa, y con la punta del dedo le señaló el lugar en que su mano debía posarse.

Madame de Condé escribió:

Orden al señor gobernador del Château-Trompette de dejar entrar a la señora vizcondesa de Cambes hasta el señor barón de Canolles, al que devolvemos la libertad plena y entera.

–¿Es esto? –preguntó la princesa.

–Sí, señora –exclamó Mme. de Cambes.

–¿Y tengo que firmar?

–Desde luego.

–Vamos, pequeña –dijo Mme. de Condé con su sonrisa más encantadora–, hay que hacer todo lo que quieres.

Y firmó.

Claire cayó sobre el papel como un águila sobre su presa. Apenas si se tomó tiempo para dar las gracias a Su Alteza y apretando el papel contra su corazón salió corriendo de la sala.

En la escalera encontró al señor de La Rochefoucauld, al que siempre seguía un séquito bastante numeroso de capitanes y de pueblo en sus excursiones por la ciudad. Claire le dirigió un pequeño saludo satisfecho: el señor de La Rochefoucauld, sorprendido, se detuvo un instante en el descansillo, y antes de entrar en la sala de Mme. de Condé la siguió con la vista hasta los últimos escalones. Luego, al llegar ante Su Alteza, dijo:

–Señora, todo está dispuesto.

–¿Dónde?

–Ahí abajo.

La duquesa buscó en su memoria.

–En la Explanada –continuó el duque.

–¡Ah!, muy bien –respondió la princesa fingiendo mucha calma, porque se daba cuenta de que la miraban y de que, a pesar de que su naturaleza de mujer la ordenaba estremecerse, escuchaba a su dignidad de jefe de partido que la ordenaba no mostrar debilidad–. ¡Bien!, si todo está dispuesto, id, señor duque.

El duque vaciló.

–¿Creéis acaso conveniente que yo asista? –preguntó la princesa con un temblor en la voz que, a pesar del dominio sobre sí misma, no pudo reprimir por completo.

–Como gustéis, señora –respondió el duque, que en ese momento tal vez hacía uno de sus estudios fisiológicos.

–Ya veremos, duque, ya veremos; sabéis que he indultado a muchos condenados.

–Sí, señora.

–¿Y qué decís de la medida?

–Digo que todo lo que Vuestra Alteza hace está bien hecho.

–Sí –replicó la princesa–, prefiero eso. Será más digno mostrar a los partidarios del duque d'Épernon que no tememos utilizar represalias y tratar de poder a poder con Su Majestad, pero que confiando en nuestra fuerza, devolvemos el mal sin furor ni exageración.

–Es muy política.

–¿Verdad que sí, duque? –dijo la princesa, que trataba de captar, por el acento de

La Rochefoucauld, su verdadera intención.

–Pero –continuó el duque– vuestro parecer sigue siendo que uno de los dos expíe la muerte de Richon; porque esa muerte, si queda sin venganza, haría creer que Vuestra Alteza estima muy poco a los valientes que se consagran a su servicio.

–¡Oh!, claro, y uno de los dos morirá, palabra de princesa, estad tranquilo.

–¿Puedo saber a cuál de los dos se ha dignado indultar Vuestra Alteza?

–Al señor de Canolles.

–¡Ah!

Este *¡ah!* fue pronunciado de un modo singular.

–¿Tenéis algo particular contra ese gentilhombre, señor duque? –preguntó la princesa.

–Pero, señora, ¿tengo alguna vez algo a favor o en contra de alguien? Clasifico a los hombres en dos categorías: los obstáculos y los apoyos. Hay que acabar con unos y apoyar a los otros... mientras nos apoyen; ésa es mi política, señora, y casi diría que mi moral.

«¿Qué diablos de enredo trama y adónde quiere llegar? –se preguntó en voz baja Lenet–. Parecía detestar al pobre Canolles.»

–Bien –prosiguió el duque–, si Vuestra Alteza no tiene más órdenes que darme...

–No, señor duque.

–Me despido de Vuestra Alteza.

–Entonces, ¿esta misma noche? –preguntó Mme. de Condé.

–Dentro de un cuarto de hora.

Lenet se dispuso a seguir al duque.

–¿Iréis a verlo, Lenet? –preguntó la princesa.

–No, señora –dijo Lenet–. Ya sabéis que no me van las emociones violentas; me limitaré a hacer la mitad del camino, es decir, iré hasta la prisión para ver el conmovedor cuadro de la puesta en libertad del pobre Canolles por la mujer que ama.

El duque hizo una mueca de filósofo, Lenet se encogió de hombros y el fúnebre cortejo salió del palacio para dirigirse a la prisión.

Madame de Cambes sólo había tardado cinco minutos en franquear ese espacio; llegó, mostró la orden al centinela del puente levadizo, luego al portero del castillo e hizo llamar al alcaide.

Éste examinó la orden con esa mirada sin brillo del alcaide de una prisión que no se anima nunca, ni ante las condenas a muerte ni ante las cartas de indulto, reconoció el sello y la firma de Mme. de Condé, saludó a la mensajera y, volviéndose hacia la puerta, dijo:

–Llamad al teniente.

Luego hizo seña de sentarse a Mme. de Cambes; pero Mme. de Cambes estaba demasiado agitada para no combatir su impaciencia moviéndose; se quedó de pie. El alcaide se creyó obligado a hablar con ella.

–¿Conocéis al señor de Canolles? –dijo con la misma voz con que hubiera preguntado qué tiempo hacía.

–¡Oh, sí, señor! –respondió la vizcondesa.

–¿Es acaso vuestro hermano, señora?

–No, señor.

–¿Vuestro amigo?

–Es... mi prometido –dijo Mme. de Cambes, con la esperanza de que, tras esta confesión, el alcaide se diera un poco más de prisa para liberar al prisionero.

–¡Ah! –replicó el alcaide en el mismo tono que había adoptado hasta entonces–. Os felicito, señora.

Y como no tenía más preguntas que hacerle, el alcaide volvió a su inmovilidad y a su silencio.

Entró el teniente.

–Señor d’Outremont –dijo el alcaide–, llamad al llavero jefe y poned al señor de Canolles en libertad: aquí está su orden de salida.

El teniente se inclinó y recogió el papel.

–¿Queréis esperar aquí? –preguntó el alcaide.

–¿Está prohibido seguir al señor?

–No, señora.

–Entonces voy con él. Como comprenderéis, quiero ser la primera en decirle que está a salvo.

–Id entonces, señora, y recibid la seguridad de mis respetos.

Madame de Cambes hizo una rápida inclinación al alcaide y siguió al teniente. Éste era precisamente el joven que ya había hablado con Canolles y con Cauvignac, y ponía toda la solicitud de la simpatía.

Madame de Cambes y él tardaron un instante en llegar al patio.

–¡El llavero jefe! –gritó el teniente; luego, volviéndose hacia Mme. de Cambes–: Tranquilizaos, señora –dijo–, dentro de un momento estará aquí.

El segundo carcelero llegó.

–Señor teniente –dijo–, el llavero jefe ha desaparecido; lo han llamado y no responde.

–¡Oh!, señor –exclamó Mme. de Cambes–, ¿eso va a retrasarnos mucho?

–No, señora, la orden es formal; tranquilizaos.

Madame de Cambes le dio las gracias con una de esas miradas que sólo pertenecen a la mujer y al ángel.

–¿Tenéis dobles llaves de todos los calabozos? –preguntó el señor d’Outremont.

–Sí, señor –respondió el carcelero.

–Abrid la celda del señor de Canolles.

–¿El señor de Canolles, la número dos?

–Esa misma, la número dos. Abrid deprisa.

–Además –prosiguió el carcelero–, creo que los dos están juntos; elegirán al bueno.

Los carceleros han sido de siempre bromistas. Pero Mme. de Cambes se sentía demasiado feliz para molestarse por la atroz broma. Al contrario, sonrió, y habría dado un beso a aquel hombre si hubiera sido necesario para que se diera prisa y poder ver a Canolles un segundo antes.

Por fin se abre la puerta. Canolles, que ha oído pasos en el corredor, que ha

reconocido la voz de la vizcondesa, se arroja en sus brazos, y ella, sublime de impudor, olvidando que no es ni su marido ni su amante, lo abraza con todas sus fuerzas. El peligro que ha corrido, aquella separación eterna que les ha parecido un abismo lo purifican todo.

–Bien, amigo mío –dijo ella radiante de alegría y de orgullo–, como veis cumplo mi palabra: he conseguido vuestro indulto, como os había prometido, vengo a buscaros y nos vamos.

Y mientras hablaba, arrastraba a Canolles hacia el corredor.

–Caballero –dijo el teniente–, podéis dedicar toda vuestra vida a la señora, porque desde luego es a la señora a quien se la debéis.

Canolles no respondió nada; pero sus ojos miraron tiernamente al ángel liberador, y su mano apretó la mano de la mujer.

–¡Oh!, no corráis tanto –dijo el teniente con una sonrisa–, ya se acabó, estáis libre, tomaos la molestia de abrir vuestras alas.

Pero Mme. de Cambes, sin tener en cuenta esas palabras tranquilizadoras, seguía arrastrando a Canolles por los corredores. Canolles se dejaba llevar, cambiando gestos con el teniente. Llegaron a la escalera; la escalera fue franqueada como si los dos amantes hubieran tenido las alas de las que el teniente hablaba hacía un momento. Por fin llegaron al patio: una puerta más y la atmósfera de la prisión no volvería a pesar sobre sus dos pobres corazones.

Por fin se abrió aquella última puerta. Pero al otro lado, una tropa de gentilhombres, guardias y arqueros atestaba el puente levadizo: era el señor de La Rochefoucauld con sus acólitos.

Sin saber por qué, Mme. de Cambes se estremeció. Cada vez que se había encontrado con aquel hombre siempre había sufrido una desgracia.

En cuanto a Canolles, si sintió alguna emoción, permaneció en el fondo de su alma y no se dejó ver en su rostro.

El duque saludó a Mme. de Cambes y a Canolles, y se detuvo incluso para hacerles algunos cumplidos. Luego hizo una seña a la fila de gentilhombres y guardias que lo seguían, y la fila se abrió.

De pronto, una voz se dejó oír desde el fondo del patio saliendo de los corredores, y resonaron estas palabras:

–¡Eh!, ¡la número uno está vacía! El otro prisionero no está en su celda desde hace cinco minutos; lo busco por todas partes y es inútil, no lo encuentro.

Estas palabras hicieron correr un largo escalofrío entre todos los que las oyeron: el duque de La Rochefoucauld tembló, y, sin poder reprimir un primer impulso, extendió la mano hacia Canolles como para detenerle.

Claire vio ese impulso y palideció.

–Venid, venid –dijo al joven–, démonos prisa.

–Perdón, señora –dijo el duque–, pero reclamaré de vos un momento de paciencia; dejemos que se aclare este error, os lo ruego; será cosa de un minuto, os lo aseguro.

Y a otro gesto del duque, la fila que se había abierto volvió a cerrarse.

Canolles miró a Claire, al duque, a la escalera de donde procedía la voz y

palideció a su vez.

–Pero, caballero –preguntó Claire–, ¿para qué sirve que yo espere? Madame la princesa de Condé ha firmado la libertad del señor de Canolles; aquí está la orden, es nominativa: ved, mirad.

–Sí, desde luego, señora, y mi intención no es negar la validez de esa orden, será tan buena dentro de un instante como ahora; así pues, tened paciencia, acabo de enviar a alguien que no puede tardar en volver.

–Pero ¿en qué nos afecta a nosotros? –preguntó Claire–. ¿Y qué tiene en común el señor de Canolles con el prisionero número uno?

–Señor duque –dijo el capitán de los guardias enviados por el señor de La Rochefoucauld–, hemos buscado y todo ha sido inútil: el otro prisionero no aparece, el carcelero jefe ha desaparecido también, y el hijo de este último, al que se ha interrogado, dice que su padre y el prisionero han salido por la puerta secreta que da al río.

–¡Oh, oh! –exclamó el duque–. ¿Sabéis vos algo de esto, señor de Canolles? ¡Una evasión!

A estas palabras, Canolles comprende y adivina todo. Comprende que es Nanon la que velaba por él; comprende que es a él a quien han venido a buscar, que es él a quien han designado bajo el nombre de hermano de Mlle. de Lartigues, que sin saberlo Cauvignac ha tomado su puesto y ha encontrado la libertad donde creía encontrar la muerte. Todas estas ideas penetran a la vez en su cabeza, se lleva las dos manos a la frente, palidece y vacila, y sólo se recobra al ver que la vizcondesa tiembla y jadea en su brazo. Ninguno de esos signos de terror involuntario ha escapado a los ojos del duque.

–¡Cerrad las puertas! –grita éste–. Señor de Canolles, tened la bondad de quedaros; como comprenderéis, hay que aclarar todo esto.

–Pero, señor duque –exclamó la joven–, espero que no tengáis la pretensión de ir contra una orden de Madame la princesa.

–No, señora –dijo el duque–. Pero creo que es importante que sea informada de lo que ocurre. No os diré: «Voy a ir yo mismo», porque podríais creer que intento influir en nuestra augusta soberana, pero os diré: «Id vos, señora», porque mejor que nadie sabréis solicitar clemencia de Mme. de Condé.

Lenet hizo un gesto imperceptible a Claire.

–¡No, no le dejo! –exclamó estrechando de manera convulsa el brazo del joven la vizcondesa de Cambes.

–¡Y yo corro a ver a Su Alteza! –dijo Lenet–. Venid conmigo, capitán, o vos mismo, señor duque.

–De acuerdo, os acompaño. El señor capitán se quedará aquí y seguirá con las pesquisas en nuestra ausencia; quizá encuentre al otro prisionero.

Y como para subrayar la última parte de su frase, el duque de La Rochefoucauld dijo algunas palabras al oído del oficial y salió con Lenet. En ese instante los dos jóvenes fueron impelidos hacia el patio por aquella ola de jinetes que acompañaban al señor de La Rochefoucauld, y tras la cual se cerró la puerta.

Desde hacía diez minutos la escena había tomado un carácter tan grave y tan

sombrío que los presentes, pálidos y mudos, se miran entre sí y buscan en los ojos de Canolles y de Claire cuál de los dos sufre más. Canolles comprende que toda la fuerza ha de proceder de él; está serio y afectuoso con su amiga que, lívida, con los ojos rojos y las rodillas doblándosele, se agarra a su brazo, lo abraza, lo atrae hacia ella, le sonríe con un aire de cariño espantoso, y tras pasear sus ojos asustados por todos aquellos hombres, entre los que en vano busca un amigo, se tambalea.

El capitán que ha recibido las órdenes del duque de La Rochefoucauld habla a su vez en voz baja con sus oficiales. Canolles, cuyos ojos y oídos perciben las menores palabras que puedan cambiar sus dudas en certezas, le oye, a pesar de la precaución que el capitán toma de hablar lo más bajo posible, pronunciar estas palabras:

–Sin embargo, habría que encontrar alguna forma de alejar a esta pobre mujer.

Trata entonces de separar su brazo del cariñoso abrazo que lo retiene. Claire se da cuenta de su intención, y se aferra a él con todas sus fuerzas.

–Hay que seguir buscando –exclama la joven–; quizá han buscado mal y encuentren a ese hombre. Busquemos, busquemos todos, es imposible que se haya escapado. ¿Por qué no se ha escapado el señor de Canolles igual que él? Veamos, señor capitán, os lo ruego, ordenad que lo busquen.

–Ya han buscado, señora –responde éste–, y en este mismo momento siguen haciéndolo. El carcelero sabe que si no presenta a su prisionero se gana la pena de muerte; como comprenderéis, es el más interesado en buscar por todas partes.

–¡Dios mío! –murmura Claire–. ¡Y el señor Lenet que no vuelve!

–Paciencia, querida amiga, paciencia –dice Canolles con ese tono de dulzura que se emplea para hablar a los niños–; el señor Lenet acaba de irse ahora mismo, apenas ha tenido tiempo de llegar ante Madame la princesa. Dejadle tiempo para exponer el caso y volver luego a traernos la respuesta.

Y, diciendo estas palabras, aprieta dulcemente la mano de la vizcondesa. Luego, viendo la fijeza de la mirada y la impaciencia del oficial que manda en lugar del señor de La Rochefoucauld, añade:

–Capitán, ¿queréis hablarme?

–Desde luego, caballero –replica éste, a quien la vigilancia de la vizcondesa atormentaba.

–Señor –exclama Mme. de Cambes–, llevadnos a presencia de Madame la princesa, os lo suplico. ¿Qué puede importaros? Da lo mismo llevarnos a su presencia que quedarnos aquí en la incertidumbre; ella lo verá, señor, ella me verá a mí, yo le hablaré y me reiterará su promesa.

–Es una gran idea –dice el oficial aprovechando con vivo interés la idea emitida por la vizcondesa–: id vos misma; tenéis todas las probabilidades de tener éxito.

–¿Qué decís vos, barón? –preguntó la vizcondesa–. ¿Creéis que estará bien? No me engañéis: ¿qué debo hacer?

–Id, señora –dijo Canolles, haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo.

La vizcondesa soltó su brazo, trató de dar unos pasos, luego, volviendo hacia su amante, dijo:

–¡Eh, no, no!, no le dejaré –y, oyendo la puerta que volvía a abrirse, exclamó–:

¡Oh! ¡Alabado sea Dios! ¡Ahí vuelven el señor Lenet y el señor duque!

En efecto, detrás del duque de La Rochefoucauld, que reaparecía con su rostro impasible, venía Lenet, con la cara alterada y las manos temblorosas. A la primera mirada que el pobre consejero cambió con él, Canolles comprendió que no había esperanza y que estaba condenado.

–¿Y bien? –preguntó la joven haciendo un movimiento tan impulsivo hacia Lenet que arrastró a Canolles con ella.

–Pues Madame la princesa está perpleja –balbució Lenet.

–¡Perpleja! –exclamó Claire–. ¿Qué significa eso?

–Eso significa que os llama –respondió el duque–, que quiere hablaros.

–¿Es cierto, señor Lenet? –preguntó Claire, sin darse cuenta de lo que había de insultante para el duque en su pregunta.

–Sí, señora –balbució Lenet.

–Pero ¿y él? –preguntó.

–¿Quién?

–El señor de Canolles.

–Pues el señor de Canolles volverá a su prisión, y vos le traeréis la respuesta de la princesa –dijo el duque.

–¿Os quedaréis con él, señor Lenet? –preguntó Claire.

–Señora...

–¿Os quedaréis con él? –repitió ella.

–No lo dejaré.

–No lo dejaréis, ¿me lo juráis?

«¡Dios mío! –murmura Lenet mirando al joven que espera su decisión, y a la mujer a quien va a matar una palabra suya–. ¡Dios mío!, ya que uno de los dos está condenado, dame al menos la fuerza de salvar al otro.»

–¡No lo juráis, señor Lenet!

–Os lo juro –prosiguió el consejero, llevando con esfuerzo la mano a su corazón, a punto de romperse.

–Gracias, señor –dijo muy bajo Canolles–, os comprendo –luego, volviéndose hacia la vizcondesa añadió–: Id, señora, ya veis que no corro ningún peligro entre el señor Lenet y el señor duque.

–No la dejéis partir sin abrazarla –dijo Lenet.

Un sudor frío subió a la frente de Canolles; sintió como si una neblina pasara delante de sus ojos. Retuvo a Claire que se iba y, fingiendo tener que decirle algunas palabras en voz baja, la atrajo hacia su pecho y agachándose hasta su oído, dijo:

–Suplicad sin bajeza. Quiero vivir para vos; pero debéis querer que viva con honor.

–Suplicaré hasta que te salve –replicó ella–. ¿No eres mi esposo ante Dios?

Y Canolles, retirándose, encontró la manera de rozar su cuello con sus labios, pero con tanta circunspección que ella ni siquiera lo sintió, y la pobre insensata se alejó sin darle su último beso. Sin embargo, en el momento de salir del patio, se vuelve; pero entre ella y el prisionero se ha formado una hilera de soldados.

-Amigo -dice-, ¿dónde estás? Ya no puedo verte. Una palabra, una palabra más, que me aleje con el sonido de tu voz.

-Id, Claire -dijo Canolles-, ¡os espero!

-Id, id, señora -dijo un oficial compasivo-, cuanto antes os vayáis, antes estaréis de vuelta.

-Señor Lenet, querido señor Lenet -grita la voz de Claire a lo lejos-, confío en vos, vos me responderéis por él.

Y la puerta se cerró a su espalda.

-Enhorabuena -murmuró el duque filósofo-, ha costado lo suyo pero por fin volvemos a la realidad.

III

Tan pronto como la condesa hubo desaparecido, tan pronto como su voz fue apagándose a lo lejos y la puerta se cerró a su espalda, el círculo de oficiales se redujo alrededor de Canolles, y se vio aparecer, saliendo de no se sabía dónde, dos hombres de siniestra catadura que, acercándose al duque, le pidieron humildemente sus órdenes.

Por toda respuesta, el duque se limitó a señalar al prisionero. Luego, acercándose, y saludándolo con aquella cortesía gélida habitual en él, le dijo a Canolles:

–Caballero, sin duda habéis comprendido que la fuga de vuestro compañero de infortunio deja recaer sobre vos el destino al que se le destinaba.

–Sí, señor –respondió Canolles–, no tengo la menor duda; pero de lo que estoy seguro también es de que Madame la princesa ha indultado nominativamente a mi persona. He visto, y vos mismo habéis podido ver hace un momento, mi orden de libertad en manos de la señora vizcondesa de Cambes.

–Cierto, caballero –dijo el duque–; pero Madame la princesa no podía prever lo que ocurre.

–Entonces –replicó Canolles–, ¿Madame la princesa retira su firma?

–Sí –respondió el duque.

–¡Una princesa de sangre falta a su palabra!

El duque permaneció impasible. Canolles miró a su alrededor.

–¿Ha llegado el momento? –dijo.

–Sí, caballero.

–Creía que se esperaba el regreso de la señora vizcondesa de Cambes; se le había prometido que no se haría nada en su ausencia. Entonces, ¿hoy todo el mundo falta a su palabra?

Y el prisionero clavó su mirada llena de reproches no en el duque de La Rochefoucauld sino en Lenet.

–¡Ay!, caballero –exclamó éste con lágrimas en los ojos–. Perdonadnos. Madame la princesa ha rechazado vuestro indulto; y sin embargo se lo he pedido insistentemente; el señor duque es mi testigo y Dios también. Pero eran precisas represalias por la muerte del pobre Richon, y la princesa ha sido de piedra. Ahora, juzgadme vos mismo, señor barón; en lugar de hacer pesar la terrible situación en que estáis a medias sobre vos y a medias sobre la vizcondesa, he osado, perdonadme, porque siento gran necesidad de vuestro perdón, he osado hacerla pesar sobre vos toda entera, sobre vos que sois un soldado, sobre vos que sois un gentilhomme.

–Entonces –balbució Canolles, cuya voz estrangulaba la emoción–, ¿entonces no volveré a verla! Cuando me decíais que la abrazara, ¿era por última vez!

Un sollozo más fuerte que el estoicismo, la razón y el orgullo rompió el pecho de Lenet; se retiró hacia atrás y lloró amargamente. Canolles paseó entonces su mirada penetrante sobre todos aquellos hombres que lo rodeaban, y no vio más que rostros endurecidos por la cruel muerte de Richon que espiaban su actitud; si uno no flojeaba, otro flojearía; o, a su lado, gente tímida que tensaba sus músculos para disimular las emociones y tragarse las lágrimas y los suspiros.

«¡Oh!, es horrible pensarlo –murmuró el joven en un instante de lucidez sobrehumana que muestra al alma horizontes infinitos sobre todo lo que se llama la vida, es decir, sobre unos pocos y breves instantes de felicidad arrojados como islas en medio de un océano de lágrimas y sufrimientos-. ¡Es horrible! ¡Estaba junto a una mujer adorada que, por primera vez, acababa de decirme que me amaba! ¡Un largo y dulce futuro! ¡El cumplimiento del sueño de toda mi vida! Y resulta que en un instante, en un segundo, la muerte sustituye a todo eso...»

Su corazón se encogió y sintió picores en los ojos, como si fuera a llorar; pero entonces recordó que, como le había dicho Lenet, era un hombre, un soldado. «Orgullo –pensó–, único y exclusivo valor que realmente existe, ¡ven en mi ayuda! Llorar por una cosa tan fútil como la vida... Cuánto se reirían si se pudiera decir: “¡Al saber que iba a morir, Canolles lloró!”. ¿Qué hice el día en que vinieron a sitiarme a Saint-Georges, en que los bordeleses querían matarme como hoy? Luché, bromeé, me reí... Pues bien, por el cielo que me oye y quizá se ha equivocado conmigo, por el diablo que en este momento lucha con mi ángel bueno, hoy me comportaré como me comporté ese día, y si ya no lucho, al menos seguiré bromeando, al menos seguiré riéndome.»

Al punto su rostro se calmó como si de su corazón hubiera desaparecido toda emoción; se mesó su hermosa cabellera negra y, acercándose con paso firme y la sonrisa en los labios al señor de La Rochefoucauld y a Lenet, dijo:

–Caballeros, como sabéis, en este mundo tan lleno de lances diversos, extraños, inesperados, uno ha de acostumbrarse a todo; me he tomado, y he hecho mal por no habérselo pedido, un minuto para acostumbrarme a la muerte; si ha sido excesivo, os presento mis excusas por haberos hecho esperar.

Un asombro profundo recorrió los grupos, el propio prisionero se dio cuenta de que del asombro se pasaba a la admiración; este sentimiento tan glorioso para él aumentó y redobló sus fuerzas.

–Cuando queráis, caballero –dijo–, os estoy esperando.

El duque, sobrecogido de estupor un instante, recuperó su flema habitual e hizo una seña.

A esta seña, volvieron a abrirse las puertas y el cortejo se dispuso a marchar de nuevo.

–¡Un momento! –exclamó Lenet para ganar tiempo–, ¡un momento, señor duque! Llevamos al señor de Canolles a la muerte, ¿no es cierto?

El duque hizo un gesto de sorpresa, y Canolles miró asombrado a Lenet.

–Claro –dijo el duque.

–¡Bien! –prosiguió Lenet–, si es así, este digno gentilhomme no puede prescindir de un confesor.

–Perdón, perdón, señor –replicó Canolles–, al contrario, puedo prescindir perfectamente.

–¿Y cómo es eso? –preguntó Lenet haciendo al prisionero señas que éste no quería comprender.

–Porque soy hugonote –contestó Canolles–, y hugonote convencido, os lo advierto. Si queréis hacerme un último favor, dejadme morir tal como soy.

Y, mientras la rechazaba, un gesto de agradecimiento demostró a Lenet que el joven había comprendido perfectamente su idea.

–Entonces, si ya no nos detiene nada, adelante –dijo el duque.

–¡Que se confiese! ¡Que se confiese! –gritaron algunos furiosos.

Canolles se puso de puntillas, miró a su alrededor tranquilo y seguro, y, dirigiéndose al duque, dijo en tono severo.

–¿Vamos a hacer cobardías, caballero? Me parece que si hay alguien aquí que tiene derecho a hacer su voluntad, soy yo, que soy el héroe de la fiesta. Por lo tanto, rechazo un confesor y exijo el cadalso, y cuanto antes; también yo estoy cansado de esperar.

–¡Silencio ahí! –gritó el duque volviéndose hacia los grupos; y luego, cuando bajo el poder de su voz y su mirada volvió a hacerse el silencio, le dijo a Canolles–: Señor, haced lo que os plazca.

–Gracias, caballero. Entonces, en marcha y aceleremos el paso. ¿Queréis?

Lenet cogió el brazo de Canolles.

–Al contrario, caminad despacio –le dijo–. ¿Quién sabe? Todavía son posibles un aplazamiento, una reflexión, algo que ocurra. Caminad despacio, os lo ordeno en nombre de la que os ama y que llorará mucho si vamos demasiado deprisa.

–¡Oh! –replicó Canolles–, no me habléis de ella, os lo suplico; todo mi valor embarranca contra la idea de que me van a separar de ella para siempre. Pero ¿qué digo?... Al contrario, señor Lenet, habladme de ella, repetidme que me ama, que me amará siempre, y, sobre todo, que me llorará.

–¡Vamos!, querido y desventurado muchacho –dijo Lenet–, no os ablandéis, pensad que nos miran y que ignoran de lo que hablamos.

Canolles levantó orgulloso la cabeza, y sus hermosos cabellos, con un movimiento lleno de elegancia, se desparramaron en rizos negros sobre su cuello. Habían llegado a la calle, numerosas antorchas iluminaban su paso, de modo que podía verse su rostro tranquilo y sonriente. Oyó a algunas mujeres llorar y a otras decir:

–¡Pobre barón, tan joven y tan guapo!

Prosiguieron en silencio su camino; luego de repente, Canolles dijo:

–¡Oh!, señor Lenet, ¡cómo querría volver a verla una vez más!

–¿Queréis que vaya a buscarla? ¿Queréis que os la traiga? –preguntó Lenet, que ya no tenía voluntad.

–¡Oh!, sí –murmuró Canolles.

–Pues corro a por ella; pero la mataréis.

«¡Mejor! –susurró el egoísmo en el corazón del joven–. Si la matas, no la poseerá nadie.»

Luego, de repente, superando esa última debilidad, Canolles dijo reteniendo a Lenet por la mano:

–No, no, le habéis prometido quedaros a mi lado; quedaos.

–¿Qué dice? –preguntó el duque al capitán de los guardias.

Canolles oyó la pregunta.

–Digo, señor duque –respondió–, que no creía que estuviera tan lejos la prisión de la Explanada.

–¡Ay! –añadió Lenet–, no os quejéis, pobre joven, porque ya hemos llegado.

En efecto, las antorchas que iluminaban la marcha y la vanguardia que precedía a la escolta desaparecían en ese momento al doblar una calle.

Lenet apretó la mano del joven y, queriendo, antes de llegar al lugar de la ejecución, intentar un último esfuerzo, se acercó al duque:

–Señor –le dijo muy bajo–, ¡una vez más os suplico el indulto! Perjudicáis nuestra causa haciendo ejecutar al señor de Canolles.

–Al contrario –replicó el duque–, demostramos que la consideramos justa, pues no tememos emplear represalias.

–Las represalias se hacen entre iguales, señor duque, y, por más que digáis, la reina siempre será reina, y nosotros sus súbditos.

–No discutamos estas cosas delante del señor de Canolles –respondió en voz alta el duque–, ya veis que no es apropiado.

–No habléis de indulto ante el señor duque –dijo Canolles–, ya veis que está a punto de dar su golpe de Estado; no lo perturbemos por tan poca cosa...

El duque no replicó, pero en sus labios apretados, en su mirada irónica, se vio que el dardo le había llegado. Mientras, habían seguido caminando, y Canolles se encontraba ya en la entrada de la Explanada. A lo lejos, es decir, en el otro extremo de la plaza se veía la multitud apretada en un vasto círculo formado por los cañones relucientes de los mosquetes; en el centro se alzaba una cosa negra e informe que Canolles no consiguió distinguir en la oscuridad; creía que era un cadalso ordinario. Pero de repente las antorchas, al llegar al centro de la plaza, iluminaron aquel objeto negro, al principio irreconocible, y esbozaron la horrible silueta de una horca.

–¡Una horca! –exclamó Canolles deteniéndose y extendiendo la mano hacia la máquina–. ¿No es una horca lo que allí veo, señor duque?

–En efecto, y no os equivocáis –respondió éste fríamente.

La indignación coloreó de rojo la frente del joven, apartó a los dos soldados que caminaban a su lado y de un salto se plantó frente al señor de La Rochefoucauld.

–Señor –exclamó–, ¿olvidáis que soy gentilhomme? Todo el mundo lo sabe, y el verdugo mismo no ignora que un gentilhomme tiene derecho a que le corten la cabeza.

–Caballero, hay circunstancias...

–Caballero –le interrumpió Canolles–, no os hablo en mi nombre, sino en nombre de toda la nobleza en la que ocupáis tan alto rango, vos que habéis sido príncipe y sois duque. Será un deshonor, no para mí que soy inocente, sino para toda la nobleza, que uno de los suyos haya muerto en la horca.

–Caballero, ¡el rey hizo colgar a Richon!

–Caballero, Richon era un valiente soldado, tan noble de corazón como no hay otro ejemplo en este mundo, pero no era noble de nacimiento; y yo lo soy.

–Olvidáis –dijo el duque– que aquí se trata de represalias: aunque fuerais príncipe de sangre, os colgarían.

Con un movimiento impulsivo Canolles buscó la espada en su costado; pero, al no encontrarla, su situación se impuso a él en toda su fuerza: desapareció su cólera y comprendió que su superioridad estaba en su debilidad misma.

–Señor filósofo –dijo–, ¡ay de los que utilizan represalias, y ay de los que, utilizándolas, no tienen en cuenta la humanidad! No pido gracia, pedía justicia. Hay gentes que me aman, señor, y recalco esa palabra porque vos ignoráis, lo sé, que se pueda amar. Pues bien, en el corazón de esa gente vais a imprimir para siempre, con el recuerdo de mi muerte, la innoble imagen de la horca. Una estocada, por favor; una bala de mosquete. Dejadme vuestro puñal para que yo mismo me hiera, y luego colgad mi cadáver si eso os complace.

–Richon fue colgado vivo, caballero –respondió fríamente el duque.

–Está bien. Ahora, escuchadme: un día os golpeará una desgracia terrible; un día recordaréis que esa desgracia es un castigo del cielo¹⁷². En cuanto a mí, muero con la convicción de que mi muerte es obra vuestra.

Y Canolles, trémulo, pálido, pero lleno de exaltación y de valor, se acercó a la horca y se plantó altivo y desdeñoso ante el populacho, con el pie en el primer peldaño de la escalera.

–Y ahora, señores verdugos –dijo–, haced vuestro oficio.

–¡No hay más que uno! –exclamó la multitud sorprendida–. ¡El otro! ¿Dónde está el otro? ¡Nos habían prometido dos!

–Eso me consuela –dijo Canolles sonriendo–, ¡este excelente populacho no se contenta siquiera con lo que hacéis por él! ¿Lo oís, señor duque?

–¡A muerte! ¡A muerte! ¡Venganza para Richon! –aullaron diez mil voces.

«Si los irritase... –pensó Canolles– son capaces de destrozarme, entonces no me ahorcarían y el señor duque rabiaría.»

–¡Sois unos cobardes! –gritó–. Reconozco entre vosotros a los que atacaron el fuerte Saint-Georges, y que vi huir. Os vengáis hoy de mí porque os derroté.

Le respondió un aullido.

–¡Sois unos cobardes! –continuó–. ¡Unos rebeldes, unos miserables!

Mil cuchillos brillaron, y al pie del patíbulo cayeron piedras.

«Enhorabuena», murmuró Canolles; y luego, en voz alta:

–El rey hizo colgar a Richon, e hizo bien; cuando tome Burdeos, colgará a muchos más...

A estas palabras la multitud se precipitó como un torrente hacia la Explanada, arrolló a los guardias, rompió las empalizadas y se lanzó rugiendo hacia el prisionero.

Sin embargo, a un gesto del duque, uno de los verdugos había levantado a Canolles por debajo de los brazos, mientras otro le pasaba un lazo al cuello.

Canolles sintió la presión de la cuerda y redobló las injurias; si quería morir a

tiempo, no había un minuto que perder. En ese momento supremo miró a su alrededor; por todas partes no vio más que ojos relucientes y armas amenazadoras.

Sólo un hombre, un soldado a caballo, le mostró su mosquete.

–¡Cauvignac! ¡Es Cauvignac! –exclamó Canolles agarrándose a la escala con sus dos manos, que no habían atado.

Cauvignac hizo con su arma una seña a aquel que no había podido salvar, y apuntó.

–¡Sí, sí! –gritó con un movimiento de cabeza.

Digamos ahora cómo es que Cauvignac se encontraba allí.

IV

Hemos visto a Cauvignac salir de Libourne y sabemos con qué fin salía.

Al llegar junto a sus soldados mandados por Ferguzon se había detenido un instante, no para retomar aliento sino para ejecutar el plan que una marcha tan rápida había permitido a su inventiva mente concebir en media hora.

Al principio se había dicho, y con mucha razón, que si se presentaba ante Madame la princesa después de lo que había ocurrido, Madame la princesa, que hacía colgar a Canolles contra el que no tenía nada, no dejaría de mandar colgarle a él, a quien tenía alguna cosa que reprochar, y su misión, cumplida porque Canolles quizá se había salvado, fallaba porque él terminaba en la horca. Se apresuró pues a cambiarse la ropa con uno de sus soldados, hizo ponerse a Barrabás, a quien Madame la princesa conocía menos que a él, sus mejores galas y, llevándolo consigo, volvió a todo galope a la ruta de Burdeos. Pero había una cosa que le preocupaba, y era el contenido de aquella carta de que era portador y que su hermana había escrito con una confianza tan grande que, según ella, bastaba entregarla a Madame la princesa para que Canolles se salvara. Y esa inquietud creció hasta tal punto que decidió, pura y simplemente, leer el contenido de la carta, haciéndose a sí mismo la observación de que un buen negociador no podría tener éxito en su negociación si no conocía a fondo el asunto del que se había hecho cargo. Y además, hay que decirlo, Cauvignac no pecaba de excesiva confianza en el prójimo, y Nanon, por muy hermana que fuera y precisamente porque era su hermana, bien podía guardar rencor a su hermano, primero por la aventura de Jaulnay, luego por la evasión inesperada del Château-Trompette, e, interpretando el papel del azar, volver a poner todo en su sitio, cosa que no era más que una simple tradición de familia.

Así pues, Cauvignac abrió fácilmente el pliego que sólo estaba cerrado por un simple sello de cera, y sintió una impresión extraña y muy dolorosa al leer la carta.

Esto era lo que Nanon escribía:

Madame la princesa, se necesita una víctima expiatoria para el desdichado Richon; no elijáis a un inocente, elegid al verdadero culpable; no quiero que el señor de Canolles muera, porque matar al señor de Canolles sería vengar un asesinato con un crimen. En el momento en que leáis esta carta, sólo me faltará una legua para llegar a Burdeos con todo lo que poseo; me entregaréis al pueblo que me odia, puesto que ya ha querido degollarme en dos ocasiones, y guardaréis para vos mis riquezas, que ascienden a dos millones. ¡Oh!, señora, de rodillas os pido esta gracia: yo soy en parte causa de esta guerra; muerta yo, la provincia queda pacificada y Vuestra Alteza triunfa. Señora, ¡un cuarto de hora de aplazamiento! No soltéis a Canolles hasta que me tengáis; pero entonces, por vuestra alma, lo soltaréis, ¿verdad?

Y yo seré vuestra respetuosa y agradecida

NANON DE LARTIGUES

Tras esta lectura, Cauvignac se quedó atónito al encontrar su corazón henchido y sus ojos húmedos. Se quedó inmóvil y mudo como si no pudiera creer lo que acababa de leer. Luego, de repente, se dijo: «¡Así pues, es cierto que en el mundo hay corazones generosos por el placer de serlo! Pues bien, ¡se verá que yo soy tan capaz como cualquiera de ser generoso cuando es preciso!».

Y como estaba a las puertas de la ciudad, entregó la carta a Barrabás dándole estas únicas instrucciones:

–A todo lo que te digan responde solamente: «¡De parte del rey!». Y entrega esta carta en propia mano a Mme. de Condé.

Y mientras Barrabás se lanzaba hacia el palacio habitado por Madame la princesa, Cauvignac tomaba por su parte el camino del Château-Trompette.

Barrabás no encontró ningún impedimento: las calles estaban desiertas, la ciudad parecía vacía, toda la población se había dirigido hacia la Explanada.

En la puerta del palacio los centinelas quisieron impedirle el paso; pero, de acuerdo con la recomendación hecha por Cauvignac, agitó su carta gritando: «¡De parte del rey!... ¡De parte del rey!...».

Los centinelas lo tomaron por un mensajero de la corte y levantaron sus alabardas. Así pues, Barrabás penetró en el palacio como había penetrado en la ciudad.

Ahora bien, como se recordará, no era la primera vez que el digno lugarteniente de maese Cauvignac tenía el honor de penetrar en la morada de Mme. de Condé. Saltó, pues, del caballo y, como conocía su camino, se lanzó rápidamente a la escalera; a través de los afanosos criados, penetró hasta el fondo de los aposentos. Allí se detuvo porque se encontró frente a una mujer en la que reconoció a Madame la princesa, a cuyas rodillas había otra mujer.

–¡Oh!, señora, ¡gracia, en nombre del cielo! –decía ésta.

–Claire –respondía la princesa–, déjame, sé razonable; piensa que hemos abdicado de nuestra condición de mujeres como hemos abdicado de las ropas; somos los lugartenientes del señor príncipe, y manda la razón de Estado.

–¡Oh, señora, para mí no hay razón de Estado! –exclamó Claire–. Para mí no hay partido político, no hay opinión, sólo él en este mundo que va a dejar, y cuando lo haya dejado para mí ya no habrá otra cosa que la muerte.

–Claire, hija mía, ya te he dicho que era imposible –replicó la princesa–. Nos mataron a Richon; si no les respondemos quedamos deshonorados.

–Señora, nunca queda uno deshonorado por conceder un indulto, nunca queda uno deshonorado por haber utilizado un privilegio reservado al rey del cielo y a los reyes de la tierra. Una palabra, señora, una sola: ¡el desdichado espera!

–Pero, Claire, ¡estás loca! Lo que dices es imposible.

–Pero yo le he dicho que estaba a salvo. Yo le he mostrado el indulto firmado por vuestra propia mano; ¡yo le he dicho que iba a volver con la confirmación de ese indulto!

–Te lo había dado con la condición de que el otro pagase por él. ¿Por qué dejaron escapar al otro?

–Él nada tiene que ver en esa evasión, ¡os lo juro! Además, el otro quizá no se haya escapado, quizá lo encuentren...

«¡Ah, sí, sigue esperando!», dijo Barrabás, que llegaba justo en ese momento.

–Señora, van a llevárselo. Señora, el tiempo pasa, van a cansarse de esperar.

–Tienes razón, Claire –dijo la princesa–, porque he ordenado que todo haya acabado a las once, y están dando las once; todo debe de haber acabado.

La vizcondesa lanzó un grito y se levantó; al levantarse, se encontró frente a frente con Barrabás.

–¿Quién sois? ¿Qué queréis? –exclamó ella–. ¿Ya venís a anunciarnos su muerte?

–No, señora –respondió Barrabás adoptando su aire más amable–, vengo, al contrario, para salvarlo.

–¿Cómo? –exclamó la vizcondesa–. ¡Deprisa, hablad!

–Entregando esta carta a Madame la princesa.

Madame de Cambes alargó el brazo, arrancó la carta de manos del mensajero y, presentándola a la princesa, dijo:

–No sé lo que dice esa carta, pero, en nombre del cielo, leedla.

La princesa abrió la carta y la leyó en voz alta, mientras Mme. de Cambes, palideciendo con cada línea, devoraba las palabras a medida que caían de labios de la princesa.

–¡De Nanon! –exclamó la princesa tras haberla leído–. ¡Nanon está ahí! ¡Nanon se entrega! ¿Dónde está Lenet? ¿Dónde está el duque? ¡Alguien, alguien!

–Aquí estoy yo –dijo Barrabás–, dispuesto a correr a donde Vuestra Alteza quiera.

–Corred a la Explanada, corred al lugar de la ejecución, decid que se suspenda... Pero no, no os creerían.

La princesa, saltando sobre una pluma, escribió al pie de la nota: «¡Suspended!». Y entregó el papel abierto a Barrabás, que se precipitó fuera del aposento.

«¡Oh! –murmuró la vizcondesa–, ella lo quiere más que yo; desdichada de mí, le deberá la vida a ella.»

Y esa idea la derriba fulminada en un sillón, a ella, que ha recibido de pie todos los golpes de esa terrible jornada.

Mientras tanto, Barrabás no había perdido un segundo: había bajado la escalera como si tuviera alas, luego había saltado sobre su caballo y a todo galope había tomado el camino de la Explanada.

Mientras Barrabás se dirigía al palacio, Cauvignac había ido directamente al Château-Trompette. Una vez allí, protegido por la oscuridad, irreconocible por el ancho sombrero calado hasta los ojos, había interrogado y se había enterado de su propia evasión en todos sus detalles, y cómo Canolles iba a pagar por él. Entonces, instintivamente, sin saber lo que iba a hacer, se lanza hacia la Explanada, espoleando con furia a su caballo, hendiendo la multitud, magullando, arrollando, aplastando todo lo que encontraba a su paso. Llegado a la Explanada, ve la horca y lanza un grito, que se pierde entre los alaridos de aquel populacho al que Canolles excita y provoca a fin de ser destrozado por él.

Es entonces cuando Canolles lo ve, cuando adivina la intención de Cauvignac, y

cuando le hace una señal de cabeza dándole la bienvenida.

Cauvignac se yergue sobre sus estribos, mira alrededor por si ve venir a Barrabás o a algún mensajero de la princesa, escucha por si oye sonar la palabra: «¡Indulto!», pero no ve nada, no oye nada más que a Canolles, a quien el verdugo va a separar de la escala y lanzar al vacío, y que con una mano le señala su corazón.

Es entonces cuando Cauvignac orienta el mosquete en dirección al joven, se lo echa a la cara, apunta y dispara.

–Gracias –dice Canolles abriendo los brazos–. Por lo menos muero como un soldado.

La bala le había atravesado el pecho.

El verdugo empujó el cuerpo que quedó colgado al final de la infame cuerda; pero no era más que un cadáver.

La detonación fue como una señal; otros mil disparos de mosquete partieron al mismo tiempo. Una voz grita: «¡Alto! ¡Alto! ¡Cortad la cuerda!».

Pero la voz se pierde entre los alaridos de la multitud. Por otra parte, la cuerda es cortada por una bala, la guardia resiste inútilmente y queda anegada por las oleadas del pueblo; el cadalso es destrozado, arrancado, arrasado. Los verdugos huyen, la muchedumbre se desparrama como una sombra, se apodera del cadáver, lo arranca, lo desgarrar y lo arrastra en jirones por la ciudad.

La multitud, estúpida en su odio, creía colaborar en el suplicio del gentilhomme cuando lo salvaba de la infamia que él tanto temía.

Durante todo este movimiento Barrabás había alcanzado al duque, y, aunque hubiera visto que llegaba demasiado tarde, le había entregado el despacho de que era portador.

El duque se había limitado, en medio de los disparos de fusil, a retirarse un poco, porque era frío y tranquilo en su valor como en todo lo que hacía: abrió la carta y la leyó.

–Es una lástima –dijo volviéndose hacia sus oficiales–, lo que proponía esa Nanon hubiera sido mejor, pero lo hecho, hecho está –luego, tras un momento de reflexión, añadió–: A propósito, dado que espera nuestra respuesta en el otro lado del río, quizá habría manera de retomar este asunto.

Y sin volver a ocuparse del mensajero, picando a su caballo, volvió hacia la princesa con su escolta.

En el mismo instante, la tormenta, que desde hace un tiempo amenazaba, estalló sobre Burdeos, y una lluvia acompañada de relámpagos cayó sobre la plaza de la Explanada como para lavar la sangre inocente.

V

Mientras ocurrían estos hechos en Burdeos, mientras el populacho arrastraba por las calles el cuerpo del infortunado Canolles, mientras el duque de La Rochefoucauld volvía a halagar el orgullo de Madame la princesa diciéndole que para hacer el mal era tan poderosa como una reina, mientras Cauvignac ganaba las puertas de la ciudad acompañado por Barrabás y considerando que era inútil llevar más lejos su misión, una carroza, tirada por cuatro caballos jadeantes y chorreando espuma, acababa de detenerse en la orilla del Gironde opuesta a Burdeos, entre las poblaciones de Belcroix y La Bastide.

Acababan de sonar las once.

Un correo, que venía detrás a caballo, saltó precipitadamente a tierra tan pronto como vio inmóvil la carroza, y abrió la portezuela.

Una mujer se bajó deprisa, interrogó al cielo totalmente enrojecido por un reflejo sangriento, y escuchó los rumores y los ruidos lejanos.

–¿Estáis segura –preguntó a su doncella que venía detrás– de que no nos ha seguido nadie?

–No, señora –respondió aquélla.

Los dos piqueros que se habían quedado detrás por orden de la señora acaban de alcanzar la carroza y no han visto ni oído nada.

–¿Y no oís vos nada del lado de la ciudad?

–Me parece que oigo ruidos lejanos.

–¿No veis algo?

–Veo una especie de resplandor de incendio.

–Son antorchas.

–Sí, señora, sí, porque gritan y corren como fuegos fatuos. ¿Oís, señora? El ruido aumenta y los gritos casi se pueden entender...

–¡Dios mío! –balbució la joven cayendo de rodillas sobre el húmedo suelo–. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Era su única plegaria. Sólo dos palabras se presentaban a su mente, las únicas que sabían articular sus labios: el nombre del único que podía hacer un milagro en su favor.

La doncella no se había engañado: en efecto, las antorchas se agitaban, los gritos parecían acercarse. Se oyó un disparo de fusil seguido por cincuenta más, después un gran tumulto; luego las antorchas se apagaron y los gritos se alejaron. Empezó a caer la lluvia, una tormenta gruñía en el cielo, pero qué le importaba a la joven: no era el rayo lo que temía...

Seguía con los ojos clavados en dirección al lugar donde había oído un tumulto tan grande. No veía nada más, no oía nada más, y, a la luz de los relámpagos, le parecía que la plaza estaba vacía.

–¡Oh! –exclamó–, no tengo fuerzas para seguir esperando. ¡A Burdeos! ¡Que me lleven a Burdeos!

De pronto se dejó oír un ruido de caballos acercándose.

–¡Ah! –exclamó–, por fin llegan. Ahí están. Adiós, Finette, retírate, tengo que ir sola. Llévala a la grupa, Lombard, y dejad en la carroza todo lo que he traído.

–Pero ¿qué vais a hacer, señora? –gritó la doncella muy asustada.

–¡Adiós, Finette, adiós!

–Pero ¿por qué adiós, señora? ¿Adónde vais?

–Voy a Burdeos.

–¡No hagáis eso, señora, en nombre del cielo! Os matarán.

–¡Estupendo!, ¿por qué crees que quiero ir?

–¡Oh, señora! ¡Lombard, ayudadme! ¡Ayudadme, impidamos a la señora!

–¡Chist!, retírate, Finette. Me he acordado de ti, tranquila; retírate, no quiero que te ocurra nada malo ¡Se acercan!... ¡Ahí están!

En efecto, llegó un jinete seguido a cierta distancia por otro; se oyó rugir, más que respirar, a su caballo.

–¡Hermana! ¡Hermana! –grita–. ¡Ah, llego a tiempo!

–Cauvignac –exclama Nanon–. ¿Es lo convenido? ¿Me espera? ¿Partimos?

Pero en lugar de responder, Cauvignac se lanza al pie de su caballo, coge en sus brazos a Nanon, que se deja hacer con la inmóvil rigidez de los espectros y los locos. Cauvignac la deposita en la carroza, hace subir a Finette y a Lombard a su lado, cierra la portezuela y salta sobre su caballo. Es inútil que la pobre Nanon, vuelta en sí, grite y luche por desasirse.

–No la soltéis –dice Cauvignac–, por nada del mundo, ¡no la soltéis! Barrabás, guarda la otra portezuela, y tú, cochero, si dejas de galopar te salto la tapa de los sesos.

Estas órdenes son tan rápidas que no hay un momento de duda; la carroza es lenta en moverse, los criados tiemblan, los caballos dudan en arrancar.

–¡Por todos los diablos, daos prisa! –vocifera Cauvignac–. ¡Que vienen! ¡Que vienen!

En efecto, a lo lejos empezaba a oírse el zumbido de pasos de caballos resonando como el zumbido de un trueno que va acercándose rápido y amenazador.

El miedo es contagioso. A la voz de Cauvignac, el cochero comprende que amenaza un peligro y coge las riendas de sus caballos.

–¿Adónde vamos? –balbucea.

–¡A Burdeos! ¡A Burdeos! –grita Nanon desde el interior del coche

–¡A Libourne, por mil demonios! –grita Cauvignac.

–Señor, los caballos reventarán antes de recorrer dos leguas.

–¡No les pido que hagan tanto! –grita Cauvignac golpeándolos con su espada–. Lo único que pido es que lleguen al puesto de Ferguzon.

Y la pesada máquina se estremece, arranca y rueda con una velocidad espantosa. Hombres y caballos sudorosos, jadeando y sangrando, se animan unos a otros, unos con gritos, otros con relinchos.

Nanon trata de reaccionar, de luchar, de tirarse del coche; pero la lucha ha

agotado sus fuerzas: cae hacia atrás extenuada y exánime, ya no oye ni ve. Cuando busca a Cauvignac en aquella confusión de sombras fugaces, se ve dominada por el vértigo; cierra los ojos, lanza un grito y queda fría en brazos de su doncella.

Cauvignac ha sobrepasado la portezuela de la carroza y ha llegado hasta la cabeza de los caballos. El suyo deja un reguero de fuego en el pavimento del camino.

–¡A mí, Ferguzon! ¡A mí! –grita; y oye una especie de hurra a lo lejos–. ¡Infierno! –exclama Cauvignac–, juegas contra mí, pero creo que hoy vas a perder. ¡Ferguzon, a mí! ¡Ferguzon!

Dos o tres disparos suenan por detrás, por delante les responde una descarga general. El coche se detiene: dos caballos han caído de fatiga, y un tercero herido por una bala.

Ferguzon y sus hombres caen sobre las tropas del señor de La Rochefoucauld: como los triplican en número, los bordeleses, incapaces de resistir, vuelven grupas, y vencedores y vencidos, perseguidores y perseguidos, desaparecen en la oscuridad como una nube que arrastra el viento.

Cauvignac se queda solo con los criados y con Finette cerca de Nanon, insensible.

Por suerte sólo estaban a cien pasos del pueblo de CarbonBlanc¹⁷³. Cauvignac tomó a Nanon en sus brazos hasta la primera casa de la aldea; allí, tras haber ordenado llevar el coche, depositó a su hermana en una cama y, sacando de su pecho un objeto que Finette no pudo distinguir, lo deslizó en la mano crispada de la pobre mujer.

Al día siguiente, al salir de lo que ella tomaba por una horrible pesadilla, Nanon se llevó esa mano a la cara, y algo sedoso y perfumado acarició sus pálidos labios.

Era un rizo del cabello de Canolles, lo único que Cauvignac había conquistado heroicamente con peligro de su vida de los tigres bordeleses.

VI

Ocho días y ocho noches pasó Mme. de Cambes delirando y helada en la cama adonde la habían llevado desmayada, después de haber sabido la horrible nueva.

Sus doncellas velaban a su alrededor, pero era Pompée quien guardaba la puerta; sólo el viejo servidor, arrodillándose ante la cama de su desventurada ama, podía despertar en ella un destello de razón.

Numerosas visitas asediaban aquella puerta; pero el fiel escudero, severo en su consigna como un viejo soldado, defendía valientemente la entrada, primero por la convicción en que estaba de que cualquier visita molestaría a su ama; en segundo lugar, por orden del médico, que temía una emoción demasiado fuerte para Mme. de Cambes.

Lenet se presentaba todas las mañanas a la puerta de la pobre joven, pero tampoco Lenet era recibido. La propia Madame la princesa apareció también con un gran séquito un día que acababa de visitar a la madre del pobre Richon, que vivía en un suburbio de la ciudad. El objetivo de Mme. de Condé, además del interés que sentía por la vizcondesa, era exhibir una total imparcialidad.

Así pues, se presentó haciendo el papel de soberana; pero Pompée le hizo observar respetuosamente que tenía una consigna de la que no podía apartarse, que todos los hombres, incluidos duques y generales, y todas las mujeres, incluidas las princesas, estaban sometidos a esa consigna –y Mme. de Condé más que nadie, dado que, tras lo ocurrido, su visita podría provocar una crisis terrible en la enferma.

La princesa, que saldaba o creía saldar un deber y que sólo pedía retirarse, no se lo hizo repetir dos veces, y se marchó con su séquito.

Al noveno día, Claire había recobrado el conocimiento; habían observado que, durante su delirio, que había durado ocho veces veinticuatro horas, no había cesado de llorar. Aunque por lo general la fiebre seca las lágrimas, las suyas habían excavado, por así decir, un surco bajo su párpado creando una ojera de color rojo y azul pálido, como el de la sublime Virgen de Rubens¹⁷⁴.

Al noveno día, como hemos dicho, en el momento en que menos lo esperaban, y cuando empezaban a desesperarse, la razón volvió de golpe, como por encantamiento; sus lágrimas se secaron, sus ojos miraron a su alrededor y se detuvieron con una sonrisa triste en sus doncellas, que tan bien la habían servido, y en Pompée, que tan bien la había guardado. Entonces permaneció varias horas muda, apoyada en su codo, persiguiendo con ojos áridos el mismo pensamiento que renacía una y otra vez en su inteligencia regenerada.

Luego, de repente, sin preocuparse de si sus fuerzas respondían a su resolución, dijo:

–Que me vistan.

Las doncellas se acercaron estupefactas y quisieron darle algún consejo. Pompée avanzó tres pasos en el cuarto y unió a ellos sus palabras como para implorarlo. Sin embargo, la vizcondesa repitió suavemente, pero con firmeza:

–He dicho que me vistan, vestidme.

Las doncellas se dispusieron a obedecer. Pompée se inclinó y salió retrocediendo.

¡Ay!, las mejillas rosas y carnosas habían dejado paso a la palidez y a la delgadez de los moribundos; su mano, siempre bella y de una forma deliciosa, se elevó diáfana y de un blanco mate como el del marfil sobre su pecho, borrando la blancura de la batista en que estaba envuelta; bajo la piel corrían aquellas venas violáceas, síntoma del agotamiento causado por un largo sufrimiento. Las ropas que se había quitado por así decir la víspera, y que habían perfilado su elegante cintura, caían a su alrededor en largos y anchos pliegues. La vistieron, como deseaba, pero el arreglo fue largo, porque estaba tan débil que tres veces estuvo a punto de desmayarse; una vez vestida, se acercó a una ventana. Pero de pronto, retrocediendo, como si la vista del cielo y del pueblo la hubieran asustado, volvió a sentarse a una mesa, pidió tinta y pluma, y escribió a Madame la princesa para pedirle el favor de una audiencia. Diez minutos después de haber enviado por Pompée esta carta a Madame la princesa, se oyó el ruido de una carroza que se detenía ante el palacio, y casi al punto Mme. de Tourville fue anunciada.

–¿Sois vos –preguntó a Mme. la vizcondesa de Cambes– quien habéis escrito a Madame la princesa para pedirle una audiencia?

–Sí, señora –respondió Claire–. ¿Me la negará?

–Todo lo contrario, querida niña; porque vengo a deciros de su parte que sabéis que no necesitáis audiencia y que podéis entrar a cualquier hora del día y de la noche en el aposento de Su Alteza.

–Gracias, señora –dijo la vizcondesa–, voy a aprovechar el permiso.

–¿Cómo? –exclamó Mme. de Tourville–. ¿Vais a salir en el estado en que os halláis?

–Tranquilizaos, señora –respondió la vizcondesa–, me encuentro perfectamente bien.

–¿Y vais a ir?

–Dentro de un momento.

–Voy a avisar a Su Alteza de vuestra llegada.

Y Mme. de Tourville salió como había entrado, tras hacer a la vizcondesa una ceremoniosa reverencia. La nueva de esta inesperada visita produjo, como es fácil comprender, un gran efecto en aquella pequeña corte: la situación de la vizcondesa había inspirado un interés tan vivo como unánime, pues no todo el mundo aprobaba la conducta de Madame la princesa en los últimos sucesos. La curiosidad estaba, pues, en su colmo: oficiales, damas de honor y cortesanos llenaban el gabinete de Mme. de Condé sin poder creer en la visita prometida, porque, todavía la víspera, se había presentado el estado de Claire como casi desesperado.

De pronto anunciaron a la señora vizcondesa de Cambes.

Apareció Claire.

Al ver aquella figura pálida como la cera, fría e inmóvil como el mármol, y cuyos ojos hundidos y de color bistre sólo tenían una chispa, último reflejo de las lágrimas que había derramado, un murmullo doloroso se elevó alrededor de la princesa.

Claire no pareció darse cuenta.

Lenet avanzó muy emocionado a su encuentro y le tendió tímidamente la mano. Pero Claire, sin darle la suya, hizo un saludo lleno de nobleza a Mme. de Condé y fue hacia ella, cruzando la sala en toda su longitud con firme caminar, aunque estuviese tan pálida que a cada paso hubiera podido creerse que se iba a caer.

La princesa, muy agitada y muy pálida, vio avanzar a Claire con un sentimiento que se parecía al del terror, y no tuvo fuerza bastante para ocultar ese sentimiento, que se pintaba en su rostro a pesar suyo.

–Señora –dijo la vizcondesa con voz grave–, he solicitado de Vuestra Alteza una audiencia que ha tenido a bien concederme para preguntarle delante de todos si, desde que tengo el honor de servirla, ha quedado satisfecha de mi fidelidad y mi devoción.

La princesa se llevó el pañuelo a los labios y respondió balbuciendo:

–Sin duda, querida vizcondesa, en todo momento me he felicitado por vos, y más de una vez he expresado mi gratitud.

–Ese testimonio es precioso para mí, señora –respondió la vizcondesa–, porque me autoriza a solicitar de Vuestra Alteza el favor de un despido.

–¡Cómo! –exclamó la princesa–. ¿Me dejáis, Claire?

Claire saludó respetuosamente y se calló.

En todos los rostros se veía la vergüenza, el remordimiento o el dolor. Un silencio fúnebre planeaba sobre la asamblea.

–¿Pero por qué me dejáis? –preguntó la princesa.

–Me quedan pocos días por vivir, señora –replicó la vizcondesa–. Y esos pocos días querría dedicarlos a la obra de mi salvación.

–¡Claire, querida Claire! –exclamó la princesa–, reflexionad...

–Señora –interrumpió la vizcondesa–, tengo dos gracias que pedir: ¿puedo esperar que me las concedáis?

–¡Hablad, hablad! –exclamó Mme. de Condé–, estaré encantada de hacer algo por vos.

–Podéis hacerlo, señora.

–¿Y cuáles son?

–La primera es la concesión de la abadía de Sainte-Radegonde¹⁷⁵, vacante desde la muerte de Mme. de Montivy.

–¡Una abadía para vos, querida niña! No lo pensáis.

–La segunda, señora –continuó Claire con un ligero temblor en la voz–, que se me permita inhumar en mis tierras de Cambes el cuerpo de mi prometido, el barón Raoul de Canolles¹⁷⁶, asesinado por los habitantes de Burdeos.

La princesa se volvió apretándose el corazón con una mano desfalleciente. El duque de La Rochefoucauld palideció y perdió la compostura. Lenet abrió la puerta de la sala y se marchó.

–¿No responde Vuestra Alteza? –dijo Claire–. ¿Me las negáis? Quizá he pedido demasiado.

Madame de Condé sólo tuvo fuerzas para hacer un gesto de cabeza en señal de asentimiento, y cayó desvanecida en su sillón.

Claire se volvió como hubiera hecho una estatua, y cuando todos abrieron ante ella un ancho camino pasó recta e impasible ante aquellas frentes inclinadas; y sólo cuando hubo abandonado la sala se dieron cuenta de que nadie había pensado en ayudar a Mme. de Condé.

Cinco minutos después una carroza rodaba lentamente por el patio: era la vizcondesa, que se marchaba de Burdeos.

–¿Qué decide Vuestra Alteza? –preguntó la marquesa de Tourville a Mme. de Condé cuando ésta volvió en sí.

–Que se obedezca a la señora vizcondesa de Cambes, para que se cumplan los dos deseos que acaba de formular, y que le supliquen que nos perdone.

La abadesa de Sainte-Radegonde de Pessac

Epílogo

Un mes había pasado desde estos acontecimientos.

Un domingo por la noche, después del oficio de la salvación, la abadesa del convento de Sainte-Radegonde de Pessac volvía la última de la iglesia, situada al final del jardín del convento, apartando a veces sus ojos enrojecidos por las lágrimas hacia un sombrío abrigo de tilos y abetos, y eso con tal expresión de dolor que se hubiera dicho que su corazón se había quedado en aquel lugar, del que no podía alejarse.

Ante ella, y siguiendo por una sola y larga línea el camino de la casa, las monjas, mudas y veladas, parecían una procesión de fantasmas volviendo a su tumba, de la que se apartaba otro fantasma añorando la tierra.

Poco a poco, y una tras otra, las monjas desaparecieron bajo las sombrías arcadas del claustro; la superiora las siguió con los ojos hasta la última, luego se dejó caer sobre un capitel de columna gótica, a medias sepultado en la hierba, con una indecible expresión de desesperación.

«¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! –dijo para sí apoyando una mano sobre su corazón–, vos sois testigo de que no puedo soportar esta vida que no conocía; es la soledad y la oscuridad lo que buscaba en el claustro, y no todas esas miradas clavadas en mí.»

Entonces se levantó y dio un paso hacia el bosquecillo de abetos.

«Después de todo –se dijo–, ¿qué me importa el mundo si he renegado de él? Ese mundo sólo me ha hecho daño; esa sociedad ha sido cruel conmigo. ¿Por qué voy a inquietarme entonces por sus juicios, yo, que me he refugiado junto a Dios y que sólo dependo de él? Pero quizá Dios proscriba este amor que vive en mi corazón y lo devora. Bien, entonces, que lo arranque de mi alma, o que arranque mi alma de mi cuerpo.»

Pero la pobre desesperada acababa de pronunciar estas palabras cuando, mirando el vestido con que iba cubierta, sintió horror ante aquella blasfemia tan poco en armonía con la santa ropa que llevaba; enjugó con su mano blanca y enflaquecida las lágrimas que bordeaban sus párpados y alzando los ojos al cielo le ofreció en una sola mirada el holocausto de sus eternos sufrimientos.

En ese momento, una voz sonó en su oído. La abadesa se volvió: era la voz de la hermana tornera.

–Señora –dijo–, hay una mujer en el locutorio que querría hablaros.

–¿Cómo se llama?

–Sólo a vos quiere decir su nombre.

–¿A qué condición parece pertenecer?

–A una condición distinguida.

–El mundo de nuevo –murmuró la abadesa.

–¿Qué debo responder? –preguntó la tornera.

–Que la espero.

–¿Dónde, señora?

–Traedla aquí, la escucharé en este jardín, sentada en este banco. Me falta el aire, me ahogo cuando no estoy a cielo abierto.

Se retiró la tornera y un instante después reapareció seguida de una mujer, en la que por sus ropas, ricas hasta en su sombría sencillez, se reconocía a una mujer distinguida. Era de pequeña estatura; quizás a su paso rápido le faltaba algo de nobleza, pero respiraba un encanto indecible. Llevaba bajo el brazo un pequeño cofre de marfil, cuya blancura mate contrastaba con el raso negro de su vestido adornado de jade.

–Señora –dijo la tornera–, aquí tenéis a la madre superiora.

La abadesa bajó su velo y se volvió hacia la extraña.

Ésta bajó los ojos; la superiora, al verla pálida y trémula de emoción, la miró con dulzura y le dijo:

–Habéis querido hablar conmigo, y aquí estoy dispuesta a oírlos, hermana mía.

–Señora –respondió la desconocida–, he sido feliz hasta el punto de que mi orgullo quizá creyó que ni el propio Dios podía destruir mi felicidad. Hoy Dios ha soplado encima: necesito llorar, necesito arrepentirme. Vengo a pedirlos asilo para que mis llantos sean sofocados por los espesos muros de vuestra morada, para que mis lágrimas, que trazan un surco sobre mis mejillas, no sirvan de burla al mundo; para que Dios, que quizá me busque alegre en medio de las fiestas, me encuentre afligida en un santo retiro y rezando al pie de sus altares.

–Vuestra alma está profundamente herida, lo veo, porque también yo sé lo que es sufrir –respondió la joven superiora–; y en su turbación no sabe distinguir qué es lo que realmente desea. Si necesitáis silencio, si necesitáis maceraciones, si necesitáis penitencia, hermana mía, entrad aquí y sufrid con nosotras; pero si buscáis un sitio en el que se pueda dilatar el corazón con sollozos libres, en el que se puedan lanzar todos los gritos de su desesperación, donde ninguna mirada se detenga sobre vos, triste víctima, ¡oh, señora, señora! –dijo sacudiendo la cabeza–, alejaos, encerraos en vuestra morada, el mundo os verá mucho menos de lo que aquí seréis vista y los tapices de vuestro oratorio absorberán mucho mejor vuestros sollozos que las tablas de nuestras celdas. En cuanto a Dios, a menos que pecados demasiado grandes lo hayan obligado a apartar de vos su mirada, os verá en todas partes.

La desconocida alzó la cabeza y miró a su vez con asombro a la joven abadesa que así le hablaba.

–Señora –dijo–, todos los que sufren, ¿no deben acudir al Señor, y no es vuestra casa una santa estación en el camino del cielo?

–Sólo hay una forma de ir a Dios, hermana mía –respondió la religiosa arrastrada por su desesperación–. ¿Qué lamentáis? ¿Qué lloráis? ¿Qué pedís? El mundo os ha ofendido, la amistad os ha traicionado, el oro os ha fallado, un dolor pasajero os ha hecho creer en un dolor eterno, ¿verdad?, sufrís en este momento y creéis que

siempre sufriréis así, como cuando uno ve una herida abierta cree que no se cerrará nunca. Os equivocáis, toda herida que no es mortal cicatriza. Sufrid, pues, y dejad que el sufrimiento siga su curso; os curaréis, y entonces, si estáis encadenada a nosotras, empezará otro sufrimiento, pero éste será realmente eterno, implacable, inaudito; a través de una barrera de bronce volveréis a ver el mundo al que no podréis regresar; entonces maldeciréis el día en que la reja de esta santa posada que vos tomáis por una estación del cielo se haya cerrado a vuestra espalda. Lo que os digo quizá no esté en nuestras reglas, no soy abadesa hace mucho para conocerlas bien, pero sí lo que dice mi corazón, lo que veo a cada instante, no en mí, gracias a Dios, sino a mi alrededor.

–¡Oh, no, no! –exclamó la forastera–, el mundo ha germinado para mí, ha perdido todo lo que me hacía amarlo. No, tranquilizaos, señora, no lo echaré de menos jamás. ¡Oh, estoy muy segura!... ¡Jamás!

–Entonces, ¿os quejáis de algo muy grave? En lugar de una ilusión, ¿habéis perdido una realidad? ¿Estáis separada para siempre de un esposo, de un hijo... de un amigo? Oh, entonces os compadezco de verdad, señora, porque si vuestro corazón está atravesado de parte a parte, vuestro mal es incurable. En tal caso venid a nosotras, señora, el Señor os consolará, reemplazará por nosotros, que formamos una gran familia, un rebaño cuyo pastor es él, a los amigos o parientes que habéis perdido, y –añadió la religiosa en voz baja–, si no os consuela, cosa que también es posible, os quedará ese último consuelo de llorar conmigo, que vine aquí para buscar como vos consuelo, y que aún no lo he encontrado.

–¡Ay! –exclamó la desconocida–, ¿son estas palabras las que debía oír? ¿Así es como se apoya a los desdichados?

–Señora –dijo la superiora extendiendo la mano hacia la joven como para apartar el reproche que acababa de hacerle–, no habléis de desgracia delante de mí. No sé quién sois, no sé lo que os ha ocurrido, pero vos no conocéis la desgracia.

–¡Oh! –exclamó la desconocida con un acento tan doloroso que hizo estremecerse a la superiora–, no me conocéis, señora, porque si me conocieseis no me hablaríais así; además, vos no sois juez del grado de mi sufrimiento, porque para eso sería preciso que hubierais sufrido lo que yo sufro. Mientras tanto, acogedme, recibidme, abridme las puertas de la casa de Dios; y por mis lágrimas, por mis gritos, por mis agonías de cada día, veréis si soy realmente desdichada.

–Sí –dijo la superiora–, comprendo por vuestro acento, comprendo por vuestras quejas que habéis perdido al hombre que amabais, ¿verdad?

La desconocida lanzó un sollozo y se retorció los brazos.

–¡Oh, sí, sí! –dijo.

–Bien, ya que es lo que queréis –continuó la superiora–, entrad aquí. Pero os anuncio, en caso de que sufráis tanto como yo sufro, lo que tendréis en este claustro: dos muros eternos, despiadados, que en lugar de guiar nuestros pensamientos al cielo, adonde deberían elevarse, irán a la tierra, de la que estaréis separada. Porque nada se apaga donde circula la sangre, late el pulso y ama el corazón; porque, por más aisladas que estemos y por más escondidas que creamos estar, los muertos nos llaman desde el fondo de sus sepulturas. ¿Por qué dejáis la

sepultura de vuestros muertos?

–Porque todo lo que he amado en el mundo está aquí –respondió con una voz estrangulada la desconocida, postrándose de rodillas ante la superiora, que la miraba atónita–. Ahora conocéis mi secreto, hermana mía; ahora podéis apreciar mi dolor, madre mía. Os suplico de rodillas, veis mis lágrimas: aceptad el sacrificio que hago a Dios, o mejor dicho, acoged la gracia que os pido. Está enterrado en la iglesia de Pessac, dejadme llorar sobre su tumba, que está aquí.

–¿Quién está aquí? ¿Qué tumba? ¿De quién habláis? ¿Qué queréis decir? –exclamó la superiora retrocediendo ante aquella mujer arrodillada a la que miraba casi con terror.

–Cuando yo era feliz –continuó la penitente con una voz tan baja que era cubierta por el ruido del viento que pasaba entre las ramas–, y lo fui mucho, me llamaban Nanon de Lartigues. ¿Me reconocéis ahora y sabéis lo que imploro?

La superiora se levantó como si un resorte la hubiera hecho moverse, y con los ojos al cielo y las manos juntas permaneció un instante muda y pálida.

–¡Oh!, señora –dijo por fin con una voz en apariencia bastante tranquila y en la que sin embargo se oía temblar una última emoción–, ¡oh!, señora, ¿no me conocéis, vos que pedís venir aquí a llorar sobre una tumba? ¿No sabéis que pagué con mi libertad, con mi felicidad en este mundo, con todas las lágrimas de mi corazón, la triste alegría cuya mitad venís a reclamar? Vos sois Nanon de Lartigues; yo, cuando tenía un nombre, me llamaba vizcondesa de Cambes.

Nanon lanzó un grito, se acercó a la superiora, y levantando la capucha bajo la que se escondían los ojos apagados de la religiosa, reconoció a su rival.

–¡Ella! –murmuró Nanon–. ¡Ella, que era tan hermosa cuando fue a Saint-Georges! ¡Ay, pobre mujer!

Y dio un paso hacia atrás, con los ojos siempre fijos en la antigua Mme. de Cambes y moviendo la cabeza.

–¡Oh! –exclamó a su vez la vizcondesa, llevada por esa satisfacción del orgullo que quiere que sepamos sufrir más y mejor que los otros–. ¡Ah!, venís a decirme una palabra buena que me hace bien. ¡Oh!, sí, he sufrido cruelmente, he cambiado muy cruelmente y por eso he llorado mucho; por eso soy más desgraciada que vos, porque vos todavía sois bella.

Y la vizcondesa alzó al cielo, como para buscar en él a Canolles, sus ojos, que resplandecieron con el primer rayo de alegría que había brillado en ellos desde hacía un mes.

Nanon, siempre de rodillas, escondió la cara entre sus manos y rompió a llorar.

–¡Ay!, señora –dijo–, ignoraba a quién me dirigía porque desde hace un mes ignoro todo lo que ha pasado y lo que me ha conservado bella; sin duda me dejé dominar por la locura. Ahora estoy aquí. No quiero volveros celosa hasta la muerte; pido entrar aquí como la más humilde de vuestras religiosas; haréis de mí lo que os plaza, tendréis contra mí la disciplina, la mazmorra, el *in pace*¹⁷⁷ si os desobedezco. Pero, por lo menos de vez en cuando –añadió con voz trémula– me dejaréis ver, ¿no es cierto?, el lugar donde reposa ese hombre al que tanto hemos amado.

Y cayó jadeante y sin fuerzas sobre la hierba.

La vizcondesa no respondió; reclinada en el tronco de un sicomoro al que había pedido apoyo, parecía a punto de expirar.

–¡Oh, señora, señora! –exclamó Nanon–, ¡no me respondéis, me rechazáis! Bien, sólo me queda un tesoro; quizá no tengáis nada de él, quizá... Pues yo sí tengo algo: este tesoro, concededme lo que os pido y es vuestro.

Y separando de su cuello un ancho medallón sostenido por una cadena de oro y que estaba sepultado en su pecho, se lo ofreció a Mme. de Cambes. El medallón permanecía abierto en la mano de Nanon de Lartigues.

Claire lanzó un grito y se precipitó sobre aquella reliquia, besando con un arrebató tan vehemente aquellos cabellos fríos y reseco que le pareció que su alma subía hasta sus labios para participar de aquel beso.

–Bien –continuó Nanon, siempre de rodillas y sofocada a sus pies–, ¿creéis alguna vez haber sufrido lo que yo sufro en este momento?

–¡Oh!, vos lo lleváis, señora –respondió la vizcondesa de Cambes levantándola y atrayéndola a sus brazos–. Venid, venid, hermana mía, porque ahora os amo más que a todo el mundo, a vos que habéis compartido conmigo este tesoro.

E inclinándose hacia Nanon, a la que levantó dulcemente, la vizcondesa rozó con sus labios la mejilla de la que había sido su rival.

–¡Oh!, seréis mi hermana y mi amiga –dijo–; sí, viviremos y moriremos juntas hablando de él, rezando por él. Venid, tenéis razón; duerme cerca de aquí, en nuestra iglesia; es el único favor que pude obtener de aquella a la que había consagrado mi vida. ¡Dios la perdone!

Tras estas palabras Claire cogió a Nanon de Lartigues de la mano y, paso a paso, tan ligeramente que apenas si rozaban la hierba, llegaron bajo el macizo de tilos y abetos tras el que se escondía la iglesia.

La vizcondesa llevó a Nanon a una capilla en medio de la que se elevaba, a la altura de cuatro pulgadas, una sencilla piedra: sobre esa piedra había grabada una cruz.

Sin decir una sola palabra, Mme. de Cambes se contentó con extender la mano hacia la piedra.

Nanon se arrodilló y besó el mármol. Madame de Cambes se apoyó en el altar besando los cabellos. Una trataba de acostumbrarse a la muerte, la otra trataba de soñar una última vez la vida.

Un cuarto de hora después las dos mujeres llegaron a la casa. Excepto para hablarle a Dios, no habían interrumpido en ningún instante su lúgubre silencio.

–Señora –dijo la vizcondesa–, a partir de ahora tenéis vuestra celda en este convento. ¿Queréis que esté junto a la mía? Estaremos menos separadas...

–Os agradezco muy humildemente, señora –dijo Nanon de Lartigues–, la oferta que me hacéis y que acepto agradecida. Pero antes de dejar el mundo para siempre, dejadme decir un último adiós a mi hermano, que me espera en la puerta, y que también está muy afligido de dolor.

–¡Ay! –dijo Mme. de Cambes, recordando a pesar suyo que la salvación de Cauvignac había costado la vida a su compañero de cautiverio–. Id, hermana mía.

Nanon salió.

El hermano y la hermana

Era cierto lo que Nanon había dicho: Cauvignac la esperaba, sentado sobre una piedra, a dos pasos de su caballo, al que miraba con tristeza, mientras el caballo mismo, pastando la hierba seca tanto como le permitía la longitud de su rienda y alzando de vez en cuando la cabeza, miraba inteligentemente a su amo.

Delante del aventurero pasaba la ruta polvorienta que, desapareciendo a una legua de allí entre los olmos de una pequeña montaña, parecía partir de aquel monasterio para perderse en la inmensidad.

Se hubiera podido decir, y quizá, por poco dada que su mente fuera a los pensamientos filosóficos, nuestro aventurero lo pensó, que allá lejos estaba el mundo, y que sus ruidos venían a expirar humildemente ante aquella reja de hierro rematada por una cruz.

En efecto, Cauvignac había alcanzado tal grado de sensibilidad que podemos suponer que pensaba en cosas semejantes.

Pero, con un carácter como el suyo, se había perdido hacía mucho en aquella ensoñación sentimental. Apeló pues al sentimiento de su dignidad de hombre y, arrepintiéndose de haber sido tan débil, dijo:

–¡Cómo!, yo, que soy superior a todos esos cortesanos por la inteligencia, ¿no he de ser su igual por el corazón, o mejor dicho, por la falta de corazón? ¡Qué diablos! Richon está muerto, cierto; Canolles está muerto, también cierto. Pero yo vivo, y por lo que a mí se refiere me parece que eso es lo principal.

»Sí, pero precisamente porque vivo, pienso, y al pensar recuerdo, y al recordar me siento triste. ¡Pobre Richon! ¡Un capitán tan valiente! ¡Pobre Canolles! ¡Un gentilhomme tan apuesto! Los dos colgados, y eso, ¡por todos los diablos!, por mi culpa, por culpa de Roland Cauvignac. ¡Uf!, es triste, me ahogo.

»Sin contar que mi hermana, que no siempre ha podido estar orgullosa de mí, no tiene ningún motivo para perdonarme, porque Canolles está muerto y ella ha cometido la tontería de pelearse con el señor d'Épernon, sin contar que debe de odiarme a muerte, y en cuanto tenga un momento va a aprovecharlo para desheredarme en vida.

»Ahí está desde luego el verdadero infortunio y no en esos diablos de recuerdos que me persiguen. Canolles, Richon, Richon, Canolles... Bien, ¿no he visto morir a centenares de hombres? ¿Y eran otra cosa que hombres? ¡Oh!, da lo mismo. Palabra de honor que hay momentos en que creo que lamento no haber sido ahorcado con él, al menos habría muerto en buena compañía, mientras que quién sabe en compañía de quién moriré.

En este momento la campana del monasterio dio siete campanadas. Ese ruido devolvió a Cauvignac a sí mismo; recordó que su hermana le había dicho que

esperara hasta las siete, que ese timbre le anunciaba que Nanon iba a reaparecer, y que debía jugar hasta el final su papel de consolador.

En efecto, la puerta volvió a abrirse y reapareció Nanon, que cruzó el pequeño patio donde Cauvignac habría podido esperarla si hubiera querido, porque los extraños tenían derecho a entrar en aquel pequeño patio que, sin ser del todo un lugar profano, aún no era sagrado.

Pero el aventurero no había querido penetrar hasta allí, diciendo que la vecindad de los conventos, y sobre todo de los conventos de mujeres, siempre le daba malos pensamientos, y se había quedado, como hemos dicho, en el camino y fuera de la reja.

–¡Ah! –dijo con un enorme suspiro–, estáis ahí, hermanita. Cuando veo una de esas desdichadas rejas cerrarse tras una pobre mujer, siempre me parece estar viendo que la piedra del sepulcro vuelve a caer sobre una muerta, y ya sólo espero a la una con su hábito de novicia, y a la otra con su sudario de difunta.

Nanon sonrió con tristeza.

–¡Bueno! –dijo Cauvignac–, ya no lloráis, y eso es algo.

–Es cierto –dijo Nanon–, ya no puedo llorar.

–Pero todavía podéis sonreír, que es mejor; con vuestro permiso, nos marchamos, ¿verdad? No sé cómo, pero este lugar me inspira toda clase de pensamientos.

–¿Pensamientos saludables? –preguntó Nanon.

–¡Saludables! ¿Eso creéis? Bueno, no vamos a discutirlo, y estoy encantado de que encontréis esos pensamientos tal como decís; habréis hecho buena provisión de ellos, eso espero, querida hermana, y no tendréis necesidad de venir a buscarlos hasta dentro de mucho.

Nanon no respondió, estaba pensando.

–En nombre de esos pensamientos saludables –dijo Cauvignac aventurándose a hacer una pregunta–, ¿habéis olvidado las injurias?

–He sacado si no el olvido, al menos el perdón.

–Preferiría el olvido, pero da igual; no hay que mostrarse demasiado difícil cuando uno ha hecho mal. ¿Me perdonaréis entonces mis injurias contra vos, hermanita?

–Estáis perdonado –respondió Nanon.

–¡Ah!, me encantáis –dijo Cauvignac–; eso quiere decir que en adelante me veréis sin repugnancia.

–No sólo sin repugnancia, sino incluso con placer.

–¿Con placer?

–Sí, amigo mío.

–¡Amigo vuestro! ¡Bien, Nanon, ese título me agrada, porque no estáis obligada a dármelo, mientras que sí os veis forzada a llamarme hermano!; o sea que me soportaréis a vuestro lado.

–No he dicho eso –respondió Nanon–; hay cosas imposibles, Roland, y los dos las respetaremos.

–Comprendo –dijo Cauvignac con un suspiro más profundo que el primero–.

¡Desterrado! ¿Me desterraréis, verdad? No volveré a veros. Bien, aunque me produzca mucha pena no volver a veros, palabra de honor, Nanon, sé que lo merezco, y que yo mismo me he condenado. Además, ¿qué haría en Francia, ahora que se ha firmado la paz, ahora que la Guyena está pacificada, ahora que la reina y Mme. de Condé van a ser de nuevo las mejores amigas del mundo? No me engaño hasta el punto de creer que una u otra de las dos princesas me dan su favor. Por lo tanto, lo mejor que puedo hacer es irme al destierro como decís; así pues, hermanita, despedíos del eterno viajero. Hay guerra en África; el señor de Beaufort va a combatir a los infieles, iré con él. A decir verdad, no es que no crea que los Infieles tienen mil cien veces más razón que los Fieles, pero ¿qué más da?, eso es cosa de reyes y no nuestra. Allí se puede morir, y es lo que necesito. Iré: cuando me sepáis muerto me odiaréis menos.

Nanon, que había escuchado aquel flujo de palabras con la cabeza gacha, levantó sus grandes ojos hacia Cauvignac.

–¿Es verdad? –preguntó.

–¿Qué?

–Lo que pensáis hacer, hermano mío.

Cauvignac se había dejado arrastrar por su discurso como un hombre habituado, por falta de sensibilidad real, a animarse a sí mismo con el sonido de sus palabras: la pregunta de Nanon lo devolvió a la realidad: la interrogó para ver si debía caer desde aquel énfasis a algún cálculo algo más vulgar.

–Pues sí –dijo–, hermanita, lo juro. ¿Por qué? No lo sé. Veamos, juro, palabra de Cauvignac, que estoy realmente triste y me siento desgraciado desde la muerte de Richon sobre todo... En fin, mirad, hace un momento, sentado en esa piedra, me hacía numerosos razonamientos para endurecer mi corazón, del que hasta ahora nunca había oído hablar, y que ahora no se contenta ya con latir, sino que habla, que grita, que llora. Decidme, Nanon, ¿tendré eso que se llama remordimientos?

Este grito fue tan natural y tan doloroso, a pesar de su burlesco salvajismo, que Nanon reconoció que veía lo más profundo del corazón.

–Sí –dijo–, es remordimiento, y sois mejor de lo que yo creía.

–Bien –dijo Cauvignac–, si se trata de remordimientos, vayámonos de campaña a Gigery¹⁷⁸. Me daréis alguna cosilla para mis gastos de viaje y mis equipamientos, ¿verdad, hermanita? ¡Y ojalá me lleve yo vuestras penas con las mías!

–No os marcharéis, amigo mío –dijo Nanon–, desde ahora vais a vivir con toda la prosperidad de que puede haceros gozar un destino favorable. Desde hace diez años lucháis contra la miseria –no hablo de los peligros que habéis corrido, son los de un soldado–; esta vez habéis ganado la vida donde otro la ha perdido; era la voluntad de Dios que vivieseis, y mi deseo, de acuerdo con esa voluntad, es que a partir de hoy viváis feliz.

–Veamos, hermanita, ¿qué estáis diciendo? –respondió Cauvignac–. ¿Y qué queréis decir con vuestras palabras?

–Quiero decir que vayáis a mi casa de Libourne antes de que la saqueen; en ella encontraréis, en el armario secreto que hay detrás de mi espejo de Venecia...

–¿En el armario secreto? –dijo Cauvignac.

–Sí, lo conocéis ¿verdad? –dijo Nanon con una débil sonrisa–. ¿No fue en ese armario donde el mes pasado cogisteis doscientas pistolas?

–Nanon, sed justa conmigo y admitid que habría podido coger más si hubiera querido, porque ese armario estaba lleno de oro, y sólo cogí la cantidad que necesitaba.

–Eso es cierto –dijo Nanon–, y si eso puede disculparos a vuestros propios ojos, me apresuro a reconocerlo –Cauvignac se sonrojó y bajó la vista–. ¡Eh! –dijo Nanon–, no pensemos en ello, sabéis que os perdono.

–¿La prueba? –preguntó Cauvignac.

–La prueba es la siguiente: iréis a Libourne, abriréis ese armario, encontraréis allí todo lo que he podido recoger de mi fortuna: veinte mil escudos en oro.

–¿Qué haré con ellos?

–Cogerlos.

–Pero ¿a quién destináis esos veinte mil escudos?

–A vos, hermano mío; es todo el dinero del que puedo disponer, porque sabéis que, como no pedí nada para mí al dejar al señor d'Épernon, mis casas y mis tierras han sido confiscadas.

–¿Qué decís, hermana? –exclamó Cauvignac muy asustado–. ¿Y qué idea se os pasa por la cabeza?

–La que os digo, Roland: cogeréis para vos esos veinte mil escudos.

–¿Para mí? ¿Y vos entonces?

–Yo no necesito ese dinero.

–Ya comprendo, tenéis más, mejor. Pero esa suma es enorme, hermanita, pensáoslo, es demasiado para mí, por lo menos de una vez.

–No tengo más dinero, sólo me quedo con mis piedras preciosas. Querría dáros las también, pero es mi dote para entrar en este convento.

Cauvignac dio un salto de sorpresa.

–¡En este convento! –exclamó–. ¿Vos, hermana, queréis entrar en un convento?

–Sí, amigo mío.

–¡Por el cielo, hermanita, no hagáis eso! ¡El convento!, no sabéis lo aburrido que es. Puedo decíroslo porque estuve en el seminario. ¡El convento! Nanon, no lo hagáis, os moriréis.

–Eso espero –dijo Nanon.

–Hermana, a ese precio no quiero vuestro dinero, ¿oís? ¡Por todos los diablos!, me quemaría.

–Roland –prosiguió Nanon–, si entro aquí no es para haceros rico, sino para ser yo feliz.

–¡Es una locura! –dijo Cauvignac–. Soy vuestro hermano, Nanon, y no lo toleraré.

–Mi corazón ya está aquí, Roland, ¿qué haría mi cuerpo en otra parte?

–Es horrible pensarlo –dijo Cauvignac–. ¡Hermana mía, mi buena Nanon, por piedad!

–Ni una palabra más, Roland. ¿Me habéis oído? El dinero es vuestro, utilizadlo bien porque vuestra pobre Nanon ya no estará ahí para daros más, por la fuerza o por propia voluntad.

–Pero, mi pobre hermana, para ser tan buena conmigo, ¿qué bien habéis recibido de mí?

–El único que podía esperar, el único que ambiciono, el mayor de todos, el que me trajisteis de Burdeos la noche en que él murió y en que yo no pude morir.

–¡Ah, sí! –dijo Cauvignac–, ya me acuerdo, el rizo de pelo...

El aventurero bajó la cabeza; sentía en sus ojos una sensación desconocida.

Se llevó la mano a ellos.

–Otro lloraría –dijo–: yo no sé llorar, pero lo cierto es que sufro lo mismo, si no más.

–Adiós, hermano –añadió Nanon tendiendo la mano al joven.

–¡No, no, no! –dijo Cauvignac–, nunca os diré adiós por mi propia voluntad. ¿Es el temor lo que os hace entrar en el convento? Bien, dejaremos la Guyena, recorreremos juntos el mundo. También yo tengo en el corazón una flecha que arrastraré conmigo por todas partes, y cuyo dolor me volverá sensible a vuestro dolor. Vos me hablaréis de ella, yo os hablaré de Richon; vos lloraréis, y quizá también yo consiga llorar, me hará bien. ¿Queréis que nos retiremos a un desierto? Yo os serviré, y respetuosamente, porque sois una santa. ¿Queréis que me haga monje? No, no podría, lo confieso. Pero no entréis en el convento, no me digáis adiós.

–Adiós, hermano mío.

–¿Queréis seguir en Guyena a pesar de los bordeleses, a pesar de los gascones, a pesar de todo el mundo? Ya no tengo mi compañía, aunque Ferguzon, Barrabás y Carrotel siguen estando ahí. Nosotros cuatro podemos hacer muchas cosas. Os defenderemos, y a la reina igual que a vos. Y si llegan hasta vos, si tocan un solo pelo de vuestra cabeza, podréis decir: «Han muerto los cuatro», *Requiescant in pace*¹⁷⁹.

–Adiós –dijo ella.

Cauvignac iba a responder con alguna nueva súplica cuando se oyó el ruido de una carroza que venía por el camino.

Delante de la carroza galopaba un correo con la librea de la reina.

–¿Qué es eso? –preguntó Cauvignac volviéndose hacia aquella parte del camino, pero sin dejar la mano de su hermana, que apretaba a través de la reja.

Aquella carroza, con la forma de la época, con los escudos macizos y los paneles abiertos, era tirada por seis caballos y contenía ocho personas con todo un mundo de lacayos y pajes.

Detrás de la carroza venían guardias y cortesanos a caballo.

–¡Paso! ¡Paso! –gritó el correo lanzando un latigazo al caballo de Cauvignac, que sin embargo se mantenía con una reserva llena de modestia al otro lado del camino.

El caballo, muy asustado, dio un brinco.

–¡Eh, amigo! –gritó Cauvignac soltando la mano de su hermana–, tened cuidado con lo que hacéis, por favor.

–¡Paso a la reina! –dijo el correo siguiendo su camino.

–¡La reina! ¡Diablos! –dijo Cauvignac–, a ver si todavía vamos a tener un mal

lance por ese lado.

Y se pegó cuanto pudo a la muralla, sujetando a su caballo de la brida.

En ese momento un tiro del coche se rompió y el cochero, con vigorosa sacudida, obligó a los seis caballos a doblar las rodillas.

–¿Qué pasa? –dijo una voz notable por su acento italiano–. ¿Y por qué os detenéis?

–Se ha roto un tiro, monseñor –dijo el cochero.

–¡Abrid, abrid! –gritó la misma voz.

Dos lacayos se precipitaron a abrir la portezuela; pero antes de que hubieran bajado el estribo, el hombre de acento italiano ya estaba en tierra.

–¡Ah, ah! *Il signor Mazarini* –dijo Cauvignac–. No se ha hecho rogar para bajar el primero, al parecer.

Detrás de él descendió la reina.

Después de la reina, el señor de La Rochefoucauld.

Cauvignac se frotó los ojos.

Después del señor de La Rochefoucauld, el señor d'Épernon.

–¡Ah, ah! –dijo el aventurero–, ¿por qué no habrá sido este cuñado el ahorcado en lugar del otro?

Después del señor d'Épernon, el señor de La Meilleraye.

Después del señor de La Meilleraye, el duque de Bouillon.

Luego dos damas de honor.

–Ya sabía yo que habían dejado de luchar –dijo Cauvignac–, pero lo que ignoraba es que hubieran hecho las paces hasta este punto.

–Caballeros –dijo la reina–, en lugar de esperar aquí a que arreglen ese tiro, como hace buen tiempo y el aire de la tarde es fresco, ¿queréis pasear un poco?

–A las órdenes de Vuestra Majestad –dijo el señor de La Rochefoucauld inclinándose.

–Venid junto a mí, duque, y me diréis algunas de vuestras bellas máximas; habéis debido de escribir muchas desde que no nos hemos visto.

–Dadme el brazo, duque –dijo Mazarino al señor de Bouillon–, sé que sufrís de gota.

El señor d'Épernon y el señor de La Meilleraye cerraron la marcha hablando con las dos damas de honor.

Todo este mundo reía y desbordaba de alegría bajo los cálidos colores de un sol poniente, como un grupo de amigos reunidos para una fiesta¹⁸⁰.

–¿Todavía estamos lejos de Bourg? –preguntó la reina–. Vos, señor de La Rochefoucauld, que habéis estudiado la región podéis decírmelo.

–Tres leguas, señora; llegaremos antes de las nueve.

–Está bien, y mañana partiréis muy temprano para decir a nuestra querida prima, Mme. de Condé, que nos hará muy feliz verla.

–Majestad –dijo el señor d'Épernon–, ¿veis a ese apuesto caballero que vuelve la cabeza hacia el muro, y a la bella dama que ha desaparecido al ver que nos apeábamos de la carroza?

–Sí –dijo la reina–, lo he visto; parece que en el convento de Sainte-Radegonde de

Pessac se divierten.

En este momento, la carroza, arreglada, pasó al trote largo para recoger a los ilustres paseantes que, cuando los alcanzó, habían rebasado el convento una veintena de pasos.

–Vamos –dijo la reina–, no nos cansemos, caballeros, ya sabéis que el rey nos ofrece los violines esta noche.

Y todos volvieron a subir en la carroza entre grandes carcajadas que pronto se perdieron ahogadas por el ruido de las ruedas del vehículo.

Cauvignac, absorbido por el horrible contraste entre aquella alegría que pasaba ruidosa por el camino y aquel dolor mudo encerrado en el convento, los miró alejarse; luego, cuando los hubo perdido de vista, dijo:

–Da igual, estoy contento porque sé una cosa: que, por malvado que yo sea, hay mucha gente que vale menos que yo. Y, ¡por la muerte de María!, voy a intentar que nadie valga menos que yo: ahora soy rico, será fácil.

Y se volvió para despedirse de su hermana; pero, como hemos dicho, Nanon había desaparecido.

Entonces, suspirando, volvió a montar en su caballo, lanzó una última mirada sobre el convento, tomó al galope el camino de Libourne y desapareció por el ángulo opuesto de la ruta por la que acababa de desaparecer la carroza que llevaba a los ilustres personajes que han jugado el papel principal de esta historia.

Quizá volvamos a encontrarlos un día; porque esa presunta paz, mal cimentada por la sangre de Richon y de Canolles, no era más que una tregua, y la Guerra de las Mujeres aún no había terminado.

Título original: *La guerre des femmes*

Edición en formato digital: junio de 2011

© De la edición , prólogo y traducción, Mauro Armiño, 2009
© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2011
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-699-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

* Las ejecuciones públicas eran, en esos siglos, pretexto para la diversión popular; Casanova, por ejemplo, alquilará el 28 de marzo de 1757 una ventana frente por frente del cadalso levantado en la plaza de la Grève donde Damiens fue salvajemente muerto y descuartizado; cierto que no para él, que lo califica de «horrible espectáculo», sino a petición de tres damas que ocuparon el antepecho de la ventana; en segunda fila Casanova, que no puede ver el espectáculo, cubre a su amigo Tiretta, que se dedica a otros menesteres más placenteros sobre una de las damas (Casanova, *Histoire de ma vie*, vol. 5, cap. III). Poco más tarde, Victor Hugo hablará de esa «fiesta» que eran las ejecuciones: «Enfrente, un poco antes de la torre cuadrada que hace esquina con el Palacio, hay tabernas cuyos entresuelos estaban llenos de espectadores felices por los buenos sitios que habían conseguido. Sobre todo mujeres. La jornada debe de ser buena para los taberneros. Se alquilaban mesas, sillas, andamios, carretas. Todo rebosaba de espectadores. Mercaderes de sangre humana chillaban a voz en grito: -¿Quién quiere un sitio?» (*El último día de un condenado*, cap. XLVIII).

1 Para este nombre, Dumas puede haberse fijado en otra población también a orillas del Dordoña, Matifaut.

2 Bernard de Nogaret de La Valette, duque d'Épernon (1592-1661), heredó el ducado de su padre, Jean-Louis (1554-1642). Militar desde su juventud, se negó a dirigir el asalto de Fuenterrabía en 1638, siendo sustituido por Sourdis, que resultó derrotado; Richelieu lo acusó de traición y fue condenado a muerte por un tribunal presidido por el propio Luis XIII; pero ya había huido a Inglaterra, de donde volvió una vez muerto el rey para heredar de su padre la gobernación de Guyena hasta su muerte; también fue gobernador de la Borgoña (1654-1660). Como su padre, destacó por su rapacidad, su brutalidad y sus vicios: envenenó a su primera mujer (1627), una hija legitimada de Enrique IV; amargó la vida de la segunda, Marie du Cambout, sobrina del cardenal de Richelieu, y se enamoró ya en su vejez de una burguesa de Agen, Nanon de Lartigues, que lo dominó de forma absoluta y a la que dio enormes cantidades de dinero.

3 Giulio Mazarini –o Mazarino– (1602-1661), cardenal de origen italiano, primer ministro y amante de la reina regente Ana de Austria tras la muerte de Luis XIII.

4 Alusión a Paul de Gondi (1613-1679), abate y luego cardenal de Retz, coadjutor de su tío el arzobispo de París. Intervino en la Fronda como promotor de los motines que siguieron al arresto del consejero Broussel; luego desempeñó un papel de primera importancia en la vida política. Dejó unas *Memorias* (1671), vasto cuadro histórico que vale sobre todo por su estilo literario, el de un gran escritor con sutiles dotes psicológicas, buen conocedor de los hombres, de sus pasiones y de sus caracteres.

5 François de Bourbon, duque de Beaufort (1616-1669), nieto de Enrique IV y de Gabrielle d'Estrées; prisionero en la Bastilla, logró huir (Dumas narra su fuga en *Veinte años después*). Terminó ofreciendo sus servicios a Luis XIV (1653), que lo

nombró jefe de una flota, con la que navegó por las costas de Argel. Cuando ayudaba a los venecianos atacados por los turcos, murió en acción de combate en la isla de Candía (Creta).

[6](#) Marie de Bretagne (1610/1612-1657), casada a los dieciséis años con el duque de Montbazou, que tenía sesenta, tuvo por amante, además de a Chevreuse, a su hijastro, el conde de Soissons.

[7](#) François VI, príncipe de Marcillac y luego duque de La Rochefoucauld (1613-1680). Brillante militar desde su juventud, conspiró contra Richelieu, con el que se reconcilió tras brillantes hechos de armas; entró en la conspiración de Cinq-Mars, luego en la de Condé; enemigo de Mazarino y del cardenal de Retz, participó en mil empresas quiméricas hasta 1653, momento en que, decepcionado de la vida política, abandona las armas para comenzar una vida nueva en los salones. Fue autor de una de las obras claves del moralismo francés, sus *Maximes* (1664), impregnadas de pesimismo. Dejó también unas interesantes *Memorias*.

[8](#) Anne Geneviève de Bourbon-Condé, duquesa de Longueville (1619-1679), hermana del Gran Condé, jugó un importante papel en la Fronda. Impulsó a Turenne a negociar con los españoles y, tras la derrota frente a Mazarino, se retiró a un convento carmelita. Dumas la utilizará también como personaje de *Veinte años después*.

[9](#) Gaston d'Orléans (1608-1660), hijo de Enrique IV y de María de Médicis, de quien fue el hijo preferido. Conspiró contra su hermano Luis XIII con el marqués de Cinq-Mars; perdonado en 1625 tras vender a este último, volvería a participar en una conspiración cinco años más tarde. Hubo de dejar el reino y refugiarse en la corte del duque Carlos IV de Lorraine; se casó con la hermana del duque, y Luis XIII invadió Lorena en 1632 para romper ese matrimonio. A la muerte de Richelieu se reconcilió con su hermano; cuando éste murió, fue uno de los principales conspiradores de la Fronda entre 1645 y 1654. Luis XIV le perdonó en 1657.

[10](#) Anne Marie de Campet, nacida en 1618, era hija de una dama de honor de la duquesa d'Orléans. Entró en un convento carmelita para escapar de la persecución enamorada de Gaston d'Orléans, que consiguió sacarla de ese centro religioso.

[11](#) Louis II de Bourbon, príncipe de Condé (1621-1686), conocido como el Gran Condé, hizo toda su carrera militar a expensas de los españoles, a los que derrotó

una y otra vez. Durante la Fronda, se pasó a los españoles hasta que se sometió a Luis XIV tras la firma de la paz de los Pirineos.

[12](#) Personaje de la obra de teatro *Enrique IV*, de William Shakespeare: es un viejo caballero, obeso, juerguista y bebedor; su gracia de granuja desaparecerá cuando Shakespeare lo haga intervenir en *Las alegres comadres de Windsor*. Más adelante, Dumas le atribuye una idea que no se ha encontrado en las obras del dramaturgo inglés, que en la fecha de la acción narrativa era desconocido en Francia.

[13](#) «Recordadlo bien: / una cena recalentada nunca valió nada», Boileau, *Le Lutrin*, 1. Nicolas Boileau-Despréaux (1630-1711), crítico, filósofo y poeta, autor sobre todo de un *Art poétique* que dictó las normas de la literatura clasicista de finales del siglo XVII y todo el XVIII.

[14](#) Jean Richon (1650), a quien Dumas llama Étienne, fue gobernador del castillo de Vayres, y resistió el asedio de las tropas realistas de La Meilleraye, ante quien hubo de rendirse. Como Dumas cuenta, fue ahorcado sin tenerse en cuenta la palabra de honor que se le había dado de salvar la vida a cambio de la rendición. En represalia, el caballero de Canolles fue ahorcado por la princesa de Condé, que mantuvo el cadáver en la horca tanto tiempo como el de Richon estuvo expuesto en Libourne.

[15](#) Edipo, según la mitología griega, era hijo de Layo, rey de Tebas, a quien el oráculo predijo que Edipo lo mataría y se casaría con su madre Yocasta, por lo que Layo entregó a Edipo recién nacido a un siervo para que lo expusiera en el monte Citerón. Años más tarde, Tebas estaba aterrorizada por la Esfinge, monstruo que mataba a todos los que no acertaban su enigma: Edipo adivinó el significado y pudo seguir su camino hacia Tebas, donde se cumpliría su destino. A este último episodio alude el pasaje.

[16](#) Este apellido no existe en la genealogía de la región de Burdeos; no existió ni señorío ni castillo; lleva ese nombre una parroquia bordelesa, situada en la orilla derecha del Garona, frente a la isla Saint-Georges. Dumas da a su personaje narrativo, la vizcondesa, un marido del que es viuda cuando se inicia la acción.

[17](#) El apellido familiar, Canolles o Knolles, procede de un capitán inglés, Robert Knolles, de la guerra de los Cien Años. El protagonista de la novela es el barón Louis o Raoul de Canolles, gentilhomme hugonote, comandante de la isla

Saint-Georges ejecutado en Burdeos el 6 de agosto de 1650 tras la toma de la isla por los duques de Bouillon y de La Rochefoucauld.

El regimiento del duque de Navailles, Philippe de Montault de Bénac (1619-1684), mariscal de Francia, participó con él durante las campañas de la guerra de los Treinta Años.

[18](#) Rey de Pilos, a quien, según la cultura griega, los dioses concedieron vivir tres generaciones de hombres. Encarnó la sensatez durante la guerra de Troya.

[19](#) Los caballeros de la Orden de Malta hacían los tres votos monásticos de pobreza, abstinencia y castidad.

[20](#) Jean Louis de Nogaret de La Valette, duque d'Épernon (1554-1642), fue uno de los principales personajes de la nobleza francesa durante tres reinados. Luchó en su juventud en las guerras civiles y, tras una etapa como favorito durante la primera parte del reinado de Enrique III, cayó en desgracia en 1588. Aunque no fue muy apreciado por Enrique IV, estaba a su lado cuando éste fue apuñalado por Ravillac en 1610: d'Épernon toma inmediatamente el control de la capital y asegura la transmisión del poder a María de Médicis; de este modo entregaba la autoridad legítima a los católicos cercanos a España. Sustituido en el favor real por el amante de la reina, Concini, Luis XIII le encargará más tarde la represión de las revueltas hugonotes; una disputa de prelación con el arzobispo Henri de Sourdis, volverá a desterrarlo de la corte; temido por el cardenal Richelieu, se vengó de los desprecios del nuevo poder colaborando en la fuga de María de Médicis, arrestada por su hijo, y haciendo que fuera reintroducida en la corte.

[21](#) Henri de Bourbon (1553-1610), rey de Francia desde 1589 como Enrique IV hasta su asesinato por Ravillac; su familia descendía del rey Luis IX y, gracias a la ley sálica, se convirtió en heredero de Enrique III, de la casa de Anjou. Este fundador de la dinastía Bourbon (Borbón) renegó del protestantismo para acceder al trono de Francia. Pese a su accidentado final, logró, en medio de guerras y tensiones sociales, dar una estabilidad a la monarquía, que de hecho le debe su restauración.

[22](#) François Ravillac (1578-1610), fanático católico que había profesado en la orden franciscana y quizá estaba al servicio de los círculos favorables a España; en 1610 mató de dos puñaladas al rey Enrique IV por la protección que éste dispensaba a los protestantes.

[23](#) A la reina María de Médicis (1573-1642), esposa de Enrique IV y regente a su muerte, se la acusó de estar implicada en el asesinato de Ravillac. Colmó de honores a su favorito, Concino Concini (1575-1617), mariscal d'Ancre, que fue asesinado por orden del nuevo rey, Luis XIII; éste desterró además a Blois a su madre, que se evadió (1619) y levantó tropas para recuperar el poder. Derrotada y perdonada, volvió a la corte, e impuso a su hijo a Richelieu en 1624; pero el cardenal, indócil a sus intrigas, consiguió que fuera de nuevo desterrada; ya no volvería a la corte.

[24](#) En origen recibió el nombre de pistola el escudo español de la época de Carlos V; luego ese nombre se dio a las monedas de título y peso equivalentes; en 1652 se fijó su valor en diez libras tornesas.

[25](#) Agen se encuentra en la confluencia del río Garona con uno de sus afluentes, el Masse.

[26](#) Armand de Bourbon, príncipe de Conti (1629-1666), de salud precaria desde su infancia, se educó en el colegio de los jesuitas de Clermont, donde tuvo por condiscípulo a Molière. Destinado al estado eclesiástico, en 1649 apostó por la Fronda, de la que fue comandante en jefe; derrotado en Charenton por su hermano el príncipe de Condé, que en ese momento prestaba a la corona una fidelidad que abandonaría tras la paz de Rueil. Los dos hermanos, Condé y Conti, así como su cuñado el duque de Longueville, fueron detenidos en el Palacio Real el 15 de enero de 1650 y encerrados en diversos castillos. Conti fue liberado en febrero de 1651; se sometió entonces al rey, se reconcilió con Mazarino, con cuya sobrina Anne-Marie Martinozzi (1639-1672) se casó. Tomó el mando del ejército francés que invadió Cataluña (1654-1656), y en la primavera de 1657 asumió el mando de las fuerzas francesas en España y en Italia. Comandante en jefe de Languedoc, se instaló en el castillo de la Grange-des-Près y se dedicó al estudio y al misticismo hasta su muerte.

[27](#) Henri II d'Orléans, duque de Longueville (1595-1663), perteneciente a la casa real de Francia, fue gobernador de Picardía y de Normandía; conspiró contra Richelieu, y, una vez perdonado, luchó en la guerra de los Treinta Años en Italia y España. Vinculado a la familia de Bourbon-Condé por su matrimonio con Anne, hermana del Gran Condé, se sumó a la Fronda; tras ser encarcelado junto con sus cuñados Condé y Conti, se retiró a su gobernación de Normandía.

[28](#) Savinien de Cyrano de Bergerac (1619-1655) participó en las campañas de Champagne y de Picardía (1640); en esta última recibió un disparo de mosquete, y durante el sitio de Arrás fue herido por una espada en el pecho. Abandonó entonces la carrera militar, pero no sus habilidades de gran espadachín, que lo hicieron célebre. Durante la Fronda, Cyrano pasó de una postura inicial contra Mazarino a ser protegido por el cardenal. Como escritor se le deben, además de un volumen de cartas satíricas y amorosas, varias obras teatrales, entre las que sobresale *Le Pédant joué*, que inspiraría a Molière para *Los enredos de Scapin*; también es autor de una ficción de imaginativa anticipadora: *L'Autre Monde. L'Histoire comique des États et des Empires de la Lune*, continuada por la *Histoire comique des États et Empires du Soleil*, que aparecerán póstumas en 1657 y 1662.

[29](#) Trozos de piel perfumados con sustancias odoríferas.

[30](#) Charles de La Porte (1602-1664), teniente general en Bretaña (1632) y gobernador de Nantes, fue promovido a los más altos cargos por su primo, el cardenal de Richelieu. Participó en todas las campañas de la época con fama de ser el general más experto en asedios de ciudades. Durante la Fronda fue fiel a la monarquía, venciendo en diversos encuentros y apoderándose de Burdeos. Fue nombrado duque y par por Luis XIV.

[31](#) Claire Clémence de Maillé-Brézé, princesa de Condé (1628-1694), sobrina del cardenal Richelieu, quien la casó con cinco años con el duque d'Enghien; el matrimonio se consumó cuando la niña tenía trece años; de nada sirvieron las protestas del duque, que la despreció desde el primer momento; pese a ello tuvieron un hijo. Durante la Fronda, al ser arrestado su marido, mostró un comportamiento enérgico y prosiguió la lucha emprendida por su esposo; reunió a su alrededor a partidarios de su familia, y a enemigos de la regente Ana de Austria, y resistió en Montrod un asedio en toda regla; se sometió en 1651 y se reunió con su esposo en Flandes. No volvieron a Francia hasta 1669. En 1671, por la relación que mantenía con un paje, el príncipe de Condé mandó encerrarla en Châteauroux, donde murió.

[32](#) Charlotte Margueritte de Montmorency, princesa de Condé (1594-1650), fue casada en 1609 con Enrique II de Bourbon, príncipe de Condé (1588-1646). Perseguida por su belleza por Enrique IV, su esposo la envió a Bruselas y, cuando el rey la reclamó amenazando al archiduque Alberto, la princesa huyó a Milán. Fue madre de Mme. de Longueville, del Gran Condé y del príncipe de Conti.

[33](#) Frédéric Maurice de La Tour d'Auvergne, duque de Bouillon (1605-1652), hermano de Turenne y sobrino del príncipe de Orange, entró al servicio de Francia en 1635; se enfrentó a Richelieu y obtuvo sobre él la victoria de Marfée, pero, abandonado por los españoles, hizo la paz con el rey, que lo nombró teniente general en 1642; mandó el ejército francés en Italia, pero implicado en la conspiración de Cinq-Mars, fue detenido; salvó la cabeza gracias a su hermano Turenne, pero hubo de entregar su propiedad de Sedan al rey; en 1644 abandonó Francia, y renegó del protestantismo para mandar las tropas del papa de Roma. De nuevo en Francia, intervino en la Fronda junto con su hermano, pero terminó reconciliándose con Mazarino en 1651.

[34](#) Henri de La Tour d'Auvergne-Bouillon, vizconde de Turenne (1611-1675), uno de los mejores generales de Luis XIII y Luis XIV, participó en todas las guerras de su tiempo; con Condé intervino en la guerra de los Treinta Años; tras enfrentarse a Mazarino, se puso de su lado durante la Fronda y asumió el mando de los ejércitos reales. Con Luis XIV, que también le entregó la jefatura de sus ejércitos, derrotó una y otra vez a los españoles y a los imperiales hasta que una bala de cañón lo mató en la batalla de Salzbach.

[35](#) Marie Aimée de Rohan, duquesa de Chevreuse (1600-1679), casada en 1617 con el condestable de Luynes (1578-1621) y en segundas nupcias con Claude de Lorraine, duque de Chevreuse; intrigante y aventurera, intervino en todas las conspiraciones de la corte contra Richelieu y contra Mazarino, lo que le valió varios destierros.

[36](#) Henri-Jules de Bourbon, duque d'Enghien (1643-1709), con apenas siete años de edad, más que un personaje de *La guerra de las mujeres*, es el estandarte que blandió la rebelión de la Fronda cuando su padre, el Gran Condé, fue arrestado por las tropas realistas. Siguió la carrera militar sin tener nunca mando real de los ejércitos: Luis XIV sabía de su valentía, pero no confiaba en su talento estratégico. A la muerte de su padre se retiró a Chantilly; educado en el ambiente literario del Gran Condé, era, por un lado, muy instruido, por otro, «hijo desnaturalizado, padre cruel, marido terrible, amante detestable», e incapaz de tener amigos, según el mejor cronista de la época, Saint-Simon. Sufrió de licantropía.

[37](#) Luis XIII (1601-1643) subió al trono a los nueve años, tras el asesinato de su padre, Enrique IV; fue su madre María de Médicis quien se hizo cargo de la regencia y quien lo casó en 1615 con una infanta española, Ana de Austria; en 1617 accede al poder mediante un golpe de fuerza: ordena la muerte del favorito de su madre, a la que encerró en el castillo de Blois y a la que tuvo que derrotar en la

guerra civil que la reina viuda desencadenó. Será su madre quien, ya restituida a la corte, le insinúe el nombre de Richelieu. Con éste por mentor, Francia recorta los poderes de la nobleza feudal, racionaliza el sistema administrativo, impulsa el arraigo católico, lucha contra la casa Habsburgo y declara la guerra abierta a España, aumentando considerablemente las fronteras del reino a expensas de los españoles. Dumas lo convirtió en personaje de fondo de *Los tres mosqueteros*.

[38](#) Montlieu-la-Garde, a treinta y dos kilómetros de Saint-André-de-Cubzac.

[39](#) Se calificó de *raffinés* a finales del siglo ^{XVI} a los caballeros de mucho pundonor que enseguida echaban mano a la espada.

[40](#) Tras tomar los españoles Corbie en agosto de 1636, Richelieu y Luis XIII sitiaron la ciudad, que se rindió en noviembre.

[41](#) Perteneciente a la estirpe real de Troya y descendiente de Dárdano, el adolescente Gánimedes guardaba los rebaños de su padre cuando fue raptado por Zeus encarnado en un águila, y llevado al Olimpo, donde «el más hermoso de los mortales» escanciaba el néctar y la ambrosía, que impedían el envejecimiento, en la copa de los dioses.

[42](#) «Sólo por el fuego podemos morir.» G. Brunet, traductor de la *Correspondance* de Madame, editada en París en 1863, anotó de la forma siguiente el texto: «Una canción de la época, en latín macarrónico, contendría una especie de confesión [...] El duque d'Enghien, descendiendo por el Ródano en 1643 con Amaury Goyon, marqués de La Moussaye, fue sorprendido por una violenta tormenta e hizo, según dicen, esta coplilla: *Carus amicus, Mussæus*... “Querido amigo La Moussaye, / ah, buen Dios, ¡qué tempestad! / Landerirette, / por la lluvia vamos a morir. / – Nuestras vidas están a salvo, / porque somos sodomitas, / y sólo por el fuego podemos morir, / Landeriri”». Dumas sitúa la canción en el paso del Rhin. Marcel Proust recordará también la escena al hablar de la homosexualidad entre la aristocracia (*A la busca del tiempo perdido*, III, Valdemar, págs. 256-257).

[43](#) Hijo de Mirra y del rey de Asiria Tías –o del rey de Chipre Ciniras–, cuyo amor se repartían Perséfone y Afrodita; apasionado por la caza, murió corneado por un jabalí que, para unas tradiciones, era encarnación de Ares, y para otras de Apolo. Adonis fue la encarnación de la belleza masculina.

[44](#) En la época (1648), juego de naipes donde el banquero hace dos líneas de tres cartas cuyos puntos, reunidos, no deben ser ni inferiores a 31 ni superiores a 40.

[45](#) Tafetán engomado, conseguido a partir de gasa de seda y revestido mediante pincel de una capa adhesiva a base de letargo sobre aceite de lino.

[46](#) El nombre real del duque d'Épernon era Bernard.

[47](#) Crispín y Mascarilla son nombres de dos criados del teatro italiano: el primero echó raíces en España, mientras que el segundo fue popularizado en el teatro francés por Molière.

[48](#) Protagonista de *La Astrea*, novela de Honoré d'Urfé (1568-1625); el autor, oculto bajo el disfraz del pastor Celadón, narra las peripecias que lo llevaron a casarse con la bella Astrée, salpicadas de numerosos episodios que abandonan la intriga principal para dar cabida a numerosos hechos contemporáneos en sus cinco mil páginas. Celadón encarna al amante sentimental que expresa su pasión en lenguaje precioso.

[49](#) De origen español (1601-1666), se casó con Luis XIII, a cuya muerte se hizo cargo de la Regencia ayudada por el cardenal Mazarino, su amante y, quizá, marido secreto. Centraliza la trama de *Los tres mosqueteros*, de Dumas.

[50](#) En el *Anfitrión*, de Plauto (véase más abajo la nota 59), el protagonista se ve sustituido por el propio Júpiter, que utiliza sus rasgos para seducir a la esposa de aquél, mientras Mercurio adopta los de Sosias, el esclavo de Anfitrión. Molière había rehecho la misma trama en su *Amphitryon*.

[51](#) Jan Huss (1369/70-1415), capellán de la corte de Bohemia y reformador religioso; influido por el reformador inglés John Wycliff, atacó los abusos del clero; los prelados denunciados consiguieron que fuera excomulgado (1410); apoyado por el rey y el pueblo pudo seguir viviendo en Praga; uno de los tres papas entonces reinantes, Juan XXIII, desencadenó una guerra contra el rey Ladislao de Hungría; tuvo entonces que huir a Bohemia del Sur, donde concluyó una traducción de la Biblia y redactó el tratado *De la Iglesia*, donde negaba la

preeminencia del papa. Detenido por las tropas de la Iglesia, fue quemado vivo.

[52](#) Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), humanista y sabio; heredero de una fortuna considerable, se dedicó a viajar y a estudiar. Fue el primero en dar la espalda al pensamiento escolástico, en tratar de sintetizar las teorías aristotélicas y platónicas y en forjar el proyecto de una cultura general y enciclopédica. Declarado hereje por Inocencio VIII, retiró las propuestas condenadas sin dejar de considerarlas válidas, por lo que hubo de huir a Francia; la protección de Lorenzo el Magnífico le permitió volver a Florencia, donde fue envenenado, probablemente por encargo de Piero de Médicis.

Erasmus de Rotterdam (1669-1536), humanista y teólogo holandés, reconocido en su propia época como una de las personalidades más representativas del Renacimiento, criticó el comportamiento del clero y del papado, se relacionó con los principales sabios de Europa y escribió una obra de profunda influencia, el *Elogio de la locura*. Tachado de protestante, aunque afirmó siempre no serlo, sus libros fueron quemados públicamente en Milán en 1643, junto con los de Lutero.

René Descartes (1596-1650), filósofo francés que rompió con la escolástica en su *Discurso del método* (1637), obra capital que funda el racionalismo en la historia de la filosofía. Matemático y físico, estudió distintos fenómenos que le permitieron utilizar un sistema que aplicó al pensamiento y a la religión. Vivió sobre todo en Holanda, y en 1650 aceptó la invitación de la reina Cristina de Suecia para establecerse en ese país; murió sin embargo nada más llegar, el 11 de febrero de ese año.

[53](#) El duque de Longueville había declarado a Mazarino «enemigo del rey y del Estado» en una sesión del Parlamento de París el 10 de enero de 1649; de vuelta en Rouen quince días más tarde, forzó al Parlamento de Normandía a ponerse de parte de la Fronda.

[54](#) Armand Jean Le Bouthillier de Rancé (1626-1700), salido de la alta nobleza, era, a los once años, canónigo de Notre Dame y abad de cinco monasterios, entre ellos el de Trappe. En 1650 su amante, la duquesa de Montbazou, catorce años mayor que él, lo introduce en el gran mundo. Sacerdote y doctor por la Sorbona, vivió en la corte hasta 1657, fecha en que la muerte de su amante le hace abandonar la vida mundana, repartir sus bienes, reconstruir el monasterio de Trappe tanto por fuera como por dentro; despidió a los monjes, trajo otros nuevos y se embarcó en la reforma de su orden, tratando de recobrar el espíritu primitivo de la regla de san Benito; creó así la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, o trapenses, reconocida en 1678 por Roma. Chateaubriand escribió su biografía.

[55](#) Rancé no creó la Trapa hasta después de la muerte de su amante, la duquesa de Montbazon, en 1657.

[56](#) Jean, conde de Dunois (1402-1468), capitán de la guerra de los Treinta Años, era hijo ilegítimo de Louis d'Orléans y de Mariette d'Enghien, por lo que también era conocido como el «Bastardo de d'Orléans»; compañero de armas de Juana de Arco, tras la desaparición de ésta recuperó París de los ingleses; al acabar la guerra, formó parte de una conspiración y una revuelta contra Carlos VII, pero terminó siendo perdonado por el monarca, que lo nombró su lugarteniente general: en 1450 expulsó a los ingleses de Normandía y de la Guyena; más tarde se enfrentó a Luis XI, pero también volvió a ser perdonado.

[57](#) Bertrand Duguesclin (1320-1380), condestable del rey Carlos V (1370), siguió la carrera de las armas; notable por su gran fuerza, aunque rechazado en su juventud por sus aficiones belicosas, luchó en Francia contra los ingleses (que lo apresaron) y en la guerra civil de Castilla que enfrentó a Enrique de Trastámara y Pedro el Cruel; resultó hecho prisionero en la batalla de Nájera, y su rescate fue pagado por el rey francés; luego siguió luchando hasta imponer al Trastámara en el trono de Castilla.

Pierre Terrail, señor de Bayard (1476-1524), ha pasado a la historia como el «caballero sin miedo ni tacha». Este noble delfinés se cubrió de gloria durante las guerras de Italia dirigidas por Carlos VIII, Luis XII y Francisco I. Murió cubriendo la retirada del ejército francés perseguido por el condestable de Bourbon, que se había vuelto contra el rey de Francia. Su vida, narrada por Jacques de Mailles, uno de sus compañeros de armas, es el origen de su leyenda, la del perfecto caballero que defiende a los oprimidos, se opone al saqueo de las ciudades vencidas y combate con talento; en su caballeresco personaje quedaron simbolizados los valores de la caballería francesa de finales de la Edad Media.

[58](#) Francesco Sforza (1401-1466), condotiero nacido en Toscana, duque de Milán; marcó su época, primero con sus campañas militares hasta la conquista de Milán, luego con su política de pacificación con Florencia, Venecia y la Liga Itálica, hasta el punto de ser considerado como el hombre más poderoso de Italia; durante su gobierno potenció artes y letras e hizo de Milán uno de los focos del Renacimiento.

[59](#) No pertenece a Plauto, sino a otro comediógrafo latino, Terencio (ca. 193-159 antes de nuestra era), esta expresión que figura en su obra *Heauton timoroumenos* (*El atormentador de sí mismo*, I, 1, 25). Tito Maccio Plauto (ca. 250-184 antes de nuestra era) escribió unas 130 comedias, de las que sólo han sobrevivido veinte,

todas ellas adaptaciones de la Comedia Nueva Griega y casi en su totalidad perdidas; Plauto las recreó abreviando la trama, aclarando el desarrollo y adaptando el lenguaje a un auditorio inculto como el que tuvo; entre sus comedias sentimentales, domésticas, románticas, bufas, etc. más representadas siguen figurando *Anfitrión*, *Aulularia*, *El soldado fanfarrón*, *Los cautivos*, *Asinaria*, etc.

[60](#) Charles II de Lorraine, príncipe d'Harcourt, duque d'Elbeuf (1596-1657), se casó con una hija natural de Enrique IV y de Gabrielle d'Estrées; fiel partidario de Luis XIII, lo apoyó en su lucha contra la reina madre María de Médicis; fue gobernador de Normandía y de Picardía y participó en la Fronda como lugarteniente del príncipe de Conti. En 1652 estuvo al mando del ejército de Flandes.

[61](#) Charlotte Marie de Chevreuse (1627-1652), hija de la duquesa del mismo título ya citada, fue amante del obispo coadjutor Jean-François Paul Gondi, el futuro cardenal de Retz, que la describe en sus memorias como «tonta hasta decir basta». Fue prometida al príncipe de Conti como prenda de reconciliación en la guerra de la Fronda, pero el Gran Condé, hermano del novio, impidió el matrimonio; con ese mismo valor de prenda de reconciliación fue casada con Paolo Manzini, sobrino de Mazarino.

[62](#) Los acontecimientos en los que Cauvignac dice haber participado proceden sobre todo de su imaginación: el duque d'Elbeuf era, desde el 11 de enero de 1649, generalísimo de las tropas de la Fronda, gracias a Gondi, que no fue amante de Mlle. de Chevreuse hasta el mes de mayo. Broussel, consejero del Parlamento y jefe de la oposición parlamentaria el 13 de julio de 1648, había exigido examinar los arrendamientos de la gabela el 20 de agosto; cinco días más tarde se decretaba su arresto, que provocó revueltas y dio inicio a la Fronda Parlamentaria; el 28, ante el avance de la insurrección, la reina ordenó la liberación del consejero.

[63](#) Pierre Séguier, duque de Villemor (1588-1672), alcanzó el cargo de canciller de Francia en 1635 después de haber sido ministro de Finanzas con Richelieu; de él dependió toda la administración del reino, y jugó un importante papel en la política francesa, aunque personalidades tan fuertes como Richelieu y Mazarino le hacen sombra. Ministro de Estado con este último, dudó durante la Fronda; en primera instancia se unió al príncipe de Condé, pero no tardó en volver a las filas del rey; la aparición de Colbert en la alta política supondrá para él un lento alejamiento del poder.

[64](#) François de Beaumont, barón des Adrets (1506-1587), luchó, con el falso título de teniente general del rey del Delfinado, en Italia desde 1527 a 1558; tras las derrotas de los ejércitos protestantes, se puso al frente de un ejército que contó unas veces con ocho mil hombres y otras con cuatro mil, y asoló el Lionesado y el Delfinado con ataques fulgurantes contra posiciones católicas; su forma de hacer la guerra a sangre y fuego, con saqueos y pillajes, desagradaba a Calvino, que le retiró el mando de las tropas; siguió al frente de partidas de hombres que saquearon varias ciudades; hecho prisionero, tras la pacificación de Amboise (1563) se pasó al bando católico, con el que consiguió alternativamente derrotas y victorias.

[65](#) Para ir de Saint-Genès a Marsas no es necesario cruzar el río Saye.

[66](#) Durante el reinado de Tulio Hostilio (siglo VII antes de nuestra era), según la leyenda, se decidió acabar la guerra entre Roma y Alba Longa mediante combates individuales y al mismo tiempo de tres hermanos romanos, los Horacios, contra otros tres hermanos latinos, los Curiacios; dos de los tres Horacios perecieron, pero el tercero echó a correr, distanció a sus enemigos y fue matándolos uno a uno.

[67](#) La villa y el castillo de Stenay fueron recuperados de las manos del vizconde de Turenne por el duque de Lorraine, que en 1641 los cedió a Francia. En enero de 1650 la ciudad fue atacada por tres mil hombres que consiguieron tomarla el 6 de agosto de 1654, con un Luis XIV que hizo sus primeras armas en ese asedio.

[68](#) En la actualidad, Jaunay-Clan.

[69](#) Alusión a la leyenda de Ariadna, que mediante un hilo guió a Teseo por el laberinto donde estaba encerrado el Minotauro.

[70](#) Orfeo cierra los brazos en el aire y «abrazo en vano las sombras» (*Geórgicas*, IV, vv. 500-501). Publio Virgilio Marón (70-19 antes de nuestra era), poeta latino, que estudió filosofía y retórica en Roma; protegido por Mecenas, escribió tres títulos fundamentales, las *Églogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*, gran poema épico sobre el origen de Roma y la grandeza del Imperio romano. Tras su muerte, su fama lo convirtió en objeto de culto y en el mayor poeta latino junto a Horacio.

[71](#) La corte volvió a París el 3 de mayo tras el asedio y capitulación de Seurre, que habían controlado los frondistas.

[72](#) Gautier de Coste, señor de La Calprenède (1610-1663), figura clave del preciosismo, fue autor de largas novelas de gran éxito en ese ambiente, como *Cassandre* (10 vols., 1642-1650), *Cléopâtre* (12 vols., 1647-1658) y *Faramond* (inacabada, 12 vols., 1661-1670); son narraciones de marco pseudohistórico y moral corneilliana; antes había intentado sin éxito los escenarios con tragedias y tragicomedias.

[73](#) *L'Astrée*, de Honoré d'Urfé (1568-1625), se convirtió en el modelo de novela pastoril que analiza sutilmente el amor, hasta el punto de fijar el ideal moral del mundano siglo XVII francés. Sus cinco mil páginas (1610-1619, y 1627 la continuación escrita por Baro, secretario de d'Urfé), que expresaban el ideal platónico del amor, no le impidieron conseguir un éxito inmenso durante más de cien años; luego fue ridiculizada y su preciosismo condenado en nombre de los Modernos y del nuevo gusto.

[74](#) Madeleine de Scudéry (1607-1701) gozó de un éxito inmenso durante cincuenta años en toda Europa; sus novelas galantes y pseudohistóricas en clave retrataban personajes del momento, como Condé, Mme. de Longueville, etc.; un marco histórico vago sirve para el desarrollo de intrigas abundantes y para una psicología que refleja la época. El ensayo *La Carte du Tendre* es un buen análisis de esa psicología. Entre sus novelas figuran, además de la novela más larga de la literatura francesa, *Artamène ou le Grand Cyrus* (13.095 págs., 1649-1653), *Clélie* (7.316 págs., 1654-1660), *Almahide ou l'Esclave reine* (6.553 págs., 1660), etc. También escribió una continuación de *La Astrea* de d'Urfé.

[75](#) Condé rechazó a los españoles en Rocroi (19 de mayo de 1643), que éstos asediaban; derrotó junto con Turenne a los bávaros de Mercy en Nördlingen (agosto de 1645), y aplastó al resto de la infantería española en Lens (agosto de 1648).

[76](#) Guido Bentivoglio (1579-1644), cardenal, historiador y político italiano, que gozó del favor de varios papas y desempeñó cargos diplomáticos. Siendo nuncio apostólico en París (1618-1621), Luis XIII le encargó la defensa de los intereses franceses en Roma; en esta ciudad presentó a Mazarino al cardenal ministro Francisco Barberini.

[77](#) Temístocles (ca. 524-459 antes de nuestra era) participó como estratega

contra la invasión persa y desarrolló toda su energía personal para convencer a los atenienses de que debían reforzar su flota; gracias a ello obtuvo la victoria de Salamina sobre el invasor persa. Su influencia se debilitó con el empuje del partido aristocrático, que lo desterró y condenó incluso a muerte. Huyó entonces a Asia. Artajerjes, hijo del Jerjes derrotado en Salamina, lo nombró gobernador de Magnesia cuando asumió la corona de Persia en el 464.

[78](#) Milcíades (ca. 550-489 antes de nuestra era) fue vasallo del rey persa Darío; en el 493 regresó a Atenas, donde se convirtió en político influyente. Como estratega, fue el artífice de la gran victoria de Maratón sobre los persas. Posteriormente decidió capturar Paros (489) con setenta barcos, pero fue derrotado; encarcelado tras ser acusado de traición por la derrota, murió en la cárcel a causa de las heridas recibidas durante el combate.

[79](#) Esposa de César de Costentin, o Cotentin, marqués de Tourville (muerto en 1647), primer gentilhomme de la cámara del príncipe de Condé (1640) y consejero de Estado. En 1640 fue enviado a Normandía para contactar con la nobleza, y dos años más tarde se encargó de la defensa de Borgoña. En la novela, su esposa lo convierte en guerrero que lucha herido en La Rochelle y muere en la batalla en Friburgo, combates que tuvieron lugar en agosto de 1644. En la realidad histórica su mujer fue Lucie de La Rochefoucauld-Montendre; casada en segundas nupcias con Tourville, sirvió de dama de honor a la princesa de Condé; con Tourville tuvo dos hijos, el célebre almirante de ese apellido y la marquesa de Gourville. Murió en 1671.

[80](#) François Honorat de Beauvilliers, duque de Saint-Aignan (1607-1687), militar y administrador francés; por su fidelidad a la corona durante la Fronda, Luis XIV le nombró duque y par, consejero real y gobernador de varias provincias. Miembro de la Academia Francesa en 1663, publicó algunos poemas, protegió las artes y las letras y entre sus contemporáneos gozó de gran fama por sus modales caballerescos, su delicadeza y su benevolencia.

[81](#) Pierre Lenet (1600-1671), procurador general del Parlamento de Dijon, vinculado a la casa de Condé, de la que se alejará cuando éstos rompan con el rey (1649), aunque tras el arresto de los príncipes se sintió obligado a prestarles apoyo. En 1651 negoció el tratado de los príncipes con España. Dos años después, durante la pacificación, hubo de huir de Francia, adonde volvió en 1661. Dejó unas *Memorias* en las que describe el período anterior a la Fronda.

[82](#) Jean Herault, señor de Gourville (1625-1703), secretario de La Rochefoucauld y hombre de confianza del duque y del príncipe de Condé durante la Fronda; trató de liberarlos de su prisión y luego negoció la reconciliación del duque con la corte. Intendente de víveres del ejército de Cataluña, sus actividades como financiero apoyado por Fouquet lo arrastraron en la caída de éste, y fue condenado a ser colgado en efigie. Tuvo que huir, sin por ello dejar de prestar servicios a la corona, sobre todo en España; hasta 1681 no volvió a la corte francesa, donde pasó retirado sus últimos años en compañía de sus amigos Boileau, Mme. de Sévigné, los Condé, Coulanges, etc. Escribió unas *Memorias* (1702).

[83](#) Lugar donde fue enterrado el duque de La Rochefoucauld; su hijo invitó a toda la nobleza del país a reunirse con él alrededor de su tumba.

[84](#) El 1 de septiembre de 1616, Henri II de Bourbon, príncipe de Condé, fue arrestado y conducido a la Bastilla y a Vincennes; no recuperó la libertad hasta el 20 de octubre de 1619.

[85](#) «Su fama lo perjudica.»

[86](#) Alexandre de Vendôme (1598-1629) era hijo natural de Enrique IV y de Gabrielle d'Estrées; gran prior de Francia y general de las galeras de Malta, fue arrestado, junto con su hermano César, tras la conspiración del conde de Chalais contra Richelieu; fue encerrado en la fortaleza de Vincennes, donde murió.

[87](#) Jean Baptiste d'Ornano, conde de Montlaur (1583-1626), ayo de Gaston d'Orléans; participó en la primera conspiración de éste contra Richelieu; pese a ser mariscal de Francia, fue arrestado y encerrado en la fortaleza de Vincennes, en uno de cuyos insalubres calabozos murió víctima de una enfermedad.

[88](#) Antoine de l'Age (o Laage), duque de Puylaurens (1602-1635), gentilhomme ordinario de cámara de Gaston d'Orléans, a quien orientó en sus intrigas contra Richelieu; cuando Gaston tuvo que huir, se encargó de reconciliar a su señor con su hermano Luis XIII; por estas negociaciones obtuvo la mano de Mlle. de Pontchâteau, sobrina de Richelieu; este matrimonio no impidió que fuera detenido por su nuevo tío en 1635, y encerrado en la fortaleza de Vincennes, donde murió a poco de entrar.

[89](#) Catherine de Vivonne, marquesa de Rambouillet (1588-1665), fue la primera mujer que abrió en el siglo XVII parisino un salón en su palacio; como su mala salud le impedía seguir el ritmo de la corte, decidió atraer a su palacio a la mejor sociedad y rodearse de escritores y artistas como François de Malherbe, Pierre Corneille, Mme. de Sévigné, la duquesa de Longueville, etc. Si Molière se burló en *Las preciosas ridículas* del ambiente que la duquesa creó en torno suyo, no es menos cierto que ese salón y otros creados a su imitación ejercieron gran influencia sobre la renovación del vocabulario francés. Tallemant des Réaux refiere la agudeza de Mme. de Rambouillet en sus *Historiettes*.

[90](#) Pierre Michon, conocido como abad Bourdelot (1610-1685), médico y anatomista francés que estuvo vinculado a François de Noailles primero y luego a la familia de los Condé, a la que abandonó en 1651 tras la Fronda, calificándola de «familia ingrata», para ir a Suecia, llamado por la reina Cristina. Vuelto a Francia y a la familia Condé (1659), se hizo célebre curando a gotosos y restaurando la Academia de los Condé. Desde 1640 hasta 1684, organizó un círculo de científicos, filósofos y escritores, muy activo durante ese período –salvo las interrupciones debidas a las guerras civiles.

[91](#) Isla del río Garona, río arriba de Burdeos, que en el siglo XI perteneció a la familia que construyó una torre sobre el montículo de tierra. Siempre perteneció a poderosas familias debido a su situación estratégica. En manos de los frondistas, el duque d'Épernon la tomó para bloquear el avituallamiento de Burdeos. Entregó el mando al señor de Canolles, quien no pudo evitar que los frondistas la recuperaran; las tropas realistas la tomaron el 4 de agosto, arrasando la fortaleza.

[92](#) Según las *Memorias* de Lenet, el artilugio era «un pequeño aparato que se había hecho para el joven duque, y que se colocaba en el arzón de la silla de su escudero, que así lo llevaba muy cómodamente entre sus brazos».

[93](#) Furioso porque Agamenón se había apoderado de su cautiva, Briseida, Aquiles se retiró a su tienda (*Ilíada*, I).

[94](#) La noche de Reyes de 1649, Condé protegió, al frente de tropas realistas, la marcha de París a Saint-Germain-en-Laye de Ana de Austria, sus dos hijos, Gaston d'Orléans y Mazarino; el abandono de París por parte de la familia real suponía una declaración de guerra al Parlamento.

[95](#) Anne de Montmorency (1492-1567), compañero de juegos y educación del futuro Francisco I, se distinguió desde su juventud en varias campañas militares; prisionero en Pavía (1525), negoció el tratado de Madrid que puso fin a la primera guerra entre Francisco I y Carlos V, frente a quien más tarde defenderá la Provenza (1536); caerá sin embargo en desgracia hasta la llegada de Enrique II. Posteriormente siguió luchando contra Carlos V y Felipe II hasta la derrota de San Quintín (1577). Gran negociador, intervino en la paz que puso fin a esas guerras, así como a las guerras de religión que concluyeron con la paz de Amboise (1562). Duque y par, fue uno de los señores más poderosos de Francia.

[96](#) Por el teatro del Hôtel de Bourgogne, inaugurado en 1548, pasaron todos los grandes de la escena francesa: desde actores como Gros-Guillaume, Turlupin y Gautier-Garguille a autores como Corneille y Racine, que estrenaron sus obras en él.

[97](#) «Los amantes de discursos pueden encontrar completo éste en las memorias de Pierre Lenet. En cuanto a nosotros, somos de la opinión de Enrique IV: pretendía que debía sus canas a los largos discursos que se había visto obligado a oír.» (*Nota de A. Dumas.*)

[98](#) El nombre viene recogido en las memorias de Lenet.

[99](#) Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon (1675-1755), se inició en la carrera militar, que fue abandonando a partir de 1697; centró su interés en la historia y en la vida de la corte, donde su título de par de Francia le acarreó numerosos enfrentamientos por su carácter puntilloso a la hora de la prelación de los rangos. A la muerte de Luis XIV, la Regencia supone para Saint-Simon un acceso al poder, pero, poco apto para la intriga, no vio coronados sus sueños; se retiró entonces a su castillo de La Ferté, donde remató sus *Mémoires* sobre la vida de la corte francesa de 1691 a 1723; sus más de diez mil páginas lo convierten en el memorialista por excelencia y en gran maestro de la prosa francesa que influirá en grandes escritores, desde Stendhal a Marcel Proust; éste se basó en él para su evocación de los salones aristocráticos de principios del siglo ^{xx} en *A la busca del tiempo perdido*.

[100](#) Antiguo escudero de Henri II, príncipe de Condé, y primer gentilhomme de la cámara del duque de Conti.

[101](#) El blasón de los Bourbon-Condé: de azur con tres flores de lis de oro con bastón de gules en banda.

[102](#) Es evidente la alusión a Napoleón.

[103](#) De un metro noventa y cuatro centímetros a dos metros; un pie equivale a 0,324 metros.

[104](#) Personaje de bufón de gran señor en la comedia *Don Japhet d'Arménie*, de Paul Scarron; no fue estrenada hasta 1652.

[105](#) Charles, marqués d'Albert y duque de Luynes (1578-1621), era favorito del joven Luis XIII por su común pasión por la caza; participó en la ejecución de Concino Concini, parte de cuyos bienes le regala el rey; acumula a partir de ese momento títulos y propiedades; trató de reconciliar a Luis XIII con la reina madre, contra la que tuvo finalmente que combatir sin ningún éxito; no pudo cumplir la orden del rey de tomar Montauban y en su retirada murió de fiebres, probablemente de la escarlatina, cuando asediaba una plaza fuerte protestante. Estuvo casado con Marie de Rohan, más tarde duquesa de Chevreuse.

[106](#) François, conde de Comminges (1581-1663), capitán de los guardias de la reina Ana de Austria (1643) y hombre de confianza para sus misiones delicadas. Se encargó de arrestar al duque de Beaufort (1643) y a los príncipes (1650), y terminó su carrera como gobernador de Saumur.

[107](#) César Phébus d'Albret, conde de Miossens (1614-1676), fiel partidario de Ana de Austria y de Mazarino durante la Fronda. Antes había luchado contra los españoles y participó en el sitio de Corbie (1636). Se encargó de llevar a Conti, Condé y Longueville, arrestados, a la fortaleza de Vincennes. Mazarino le prometió por su fidelidad el grado de mariscal, que no consiguió sino gracias a las intrigas de su prima Mme. de Montespan, que no tardaría en convertirse en amante del joven rey. Gobernador de Guyena, reprimió con dureza un motín popular de bordeleses. También destacó por sus conquistas amorosas con mujeres históricas como Ninon de Lenclos, Mme. de Maintenon, Marion Delorme, etc.

[108](#) Fritz Karl Watel, conocido como François Vatel (1631-1671), de origen suizo, fue el gran cocinero del reinado de Luis XIV; estuvo al servicio del

superintendente de finanzas y de Louis II de Bourbon-Condé y se encargó de los festejos y festines del castillo de Vaux-le-Vicomte y luego de los de Chantilly. En 1671, y en su programa de reconciliación estratégica con el rey tras la Fronda, Condé organizó una recepción para Luis XIV y la corte en su palacio de Chantilly; Vatel, encargado de preparar todos los festejos, sintió perdido su honor por no haberle llegado el pescado y el marisco que le mandaban de Boulogne-sur-Mer, a 200 kilómetros, y se suicidó. En la fecha de la acción narrativa, 1650, sólo tenía diecinueve años.

[109](#) Claude Bouthillier, señor de Fouilleteurte, conde de Chavigny (1581-1652), abogado, consejero del Parlamento de París, consejero de Estado y secretario de la reina madre María de Médicis. Richelieu le encargó negociar la entrada de Francia en la guerra de los Treinta Años; su tacto y habilidad, tanto en las finanzas como en su gestión del Ministerio de Asuntos Extranjeros, le permitieron estar por encima de las intrigas de la corte y lo convirtieron en el hombre más poderoso después de Richelieu; nombrado por Luis XIII miembro del consejo de regencia que había de gobernar tras su muerte, fue obligado a retirarse por la reina viuda, Ana de Austria, que asumió el control de todo el poder.

[110](#) Flavio Anticio Justiniano (482-565), emperador de Oriente desde 527 hasta su muerte, combatió contra vándalos, ostrogodos y persas, conquistó África e Italia y organizó su imperio, en un intento, el último de la vieja era romana, por reconstruir la unidad del Imperio romano; patrocinó la recopilación (*pandecta* en latín) de todas las disposiciones legales en un código que se conoce con su nombre: el Código de Justiniano (529).

[111](#) Equivalentes a dos mil libras tornesas; una libra tornesa valía 0,38 gramos de oro.

[112](#) El *santo de los santos*, nombre que los judíos daban a la parte más secreta del templo de Jerusalén.

[113](#) Según la fábula, el basilisco, que nacía de un huevo de gallo roto por un sapo, tenía la facultad de matar con la mirada.

[114](#) El suplicio de los borceguíes consistía en un artilugio en forma de caja hecha con cuatro tablas; la caja se cerraba mediante cuerdas o cuñas sobre los pies de la víctima, frotando los ligamentos y los maléolos hasta partirlos.

[115](#) Algo más de un metro sesenta y siete. La iglesia Saint-Sauveur, entre las calles Pariste y Sainte-Croix, no existe en la actualidad.

[116](#) En la biografía de Camilo que Plutarco refiere en las *Vidas paralelas*, la toma de Faleris se llevó a cabo gracias a la traición de un maestro de escuela que, mediante una estratagema, llevó hasta el campamento romano a sus alumnos como rehenes para que Camilo consiguiera la rendición de la ciudad; éste lo devolvió a ella con las manos atadas a la espalda y latigado por sus alumnos, negándose a tomar una ciudad mediante una traición como aquélla.

[117](#) Metro treinta aproximadamente.

[118](#) Tras la muerte en el cadalso de su padre, el rey inglés Carlos II tuvo que refugiarse en Holanda hasta ser coronado en Escocia; pero esa coronación sólo tuvo lugar en 1651. En septiembre sus tropas fueron derrotadas en Worcester por Cromwell.

[119](#) Es Courtauvaux, y no Cauvignac, quien lleva la orden a Canolles (Primera parte, cap. xi).

[120](#) En abril de 1650 La Rochefoucauld se dirigió hacia Saumur, sitiada por las tropas realistas, que la tomaron el 20 de ese mes.

[121](#) Exactamente *Nimium ne crede colori* («No te fíes demasiado del color»), Virgilio, *Bucólicas*, II, 17.

[122](#) «Y huye hacia los sauces», Virgilio, *Bucólicas*, III, 31-32: *Malo me Galatea petit, lasciva puella, / Et figit ad salices, et se cupit ante videri*: «Galatea me apunta con una manzana, traviesa niña, / y huye hacia los sauces, pero antes desea que la vean».

[123](#) El francés, a diferencia del español, distingue fonéticamente la *b*: oclusiva bilabial sonora, de la *v*: fricativa labiodental sonora.

[124](#) En Mateo 27, 15-26; Marcos 15, 6-15; Lucas 23, 18-24; y Juan 18, 39-40.

[125](#) Las cadenas de oro ataban a los labios de la Elocuencia las orejas de los oyentes cautivados.

[126](#) Georges Villiers, duque de Buckingham (1592-1628), favorito de los reyes Jacobo I y Carlos I, ocupó los más altos cargos de Inglaterra, en los que se enriqueció desmesuradamente, y arrastró a su país a guerras desastrosas; murió asesinado por el fanático John Felton, que creía servir a su patria con esa muerte. Durante una embajada a Francia para negociar el matrimonio de Carlos I y una hermana de Luis XIII, cortejó a Ana de Austria, según atestiguan las memorias de la época; sobre este amor tejó Dumas la trama de *Los tres mosqueteros*.

[127](#) Montauban, ciudad protestante, resistió con encarnizamiento el asedio de Luis XIII; el 17 de agosto de 1621, el monarca ordenó disparar a la vez cuatrocientos cañonazos; pero no consiguió doblegar la resistencia de los sitiados, y el 6 de noviembre levantaba el asedio.

[128](#) Nieto de Cham, fundador del Imperio babilónico; según el Génesis (10, 8-10) fue «robusto cazador ante el Eterno» y el primer tirano sobre otros hombres.

[129](#) René du Plessis de La Roche-Pichemer, marqués de Jarzay, muerto en 1672. Fue ferviente mazarinista.

[130](#) Clorinda es, en la *Jerusalén libertada* del Tasso, una bella guerrera sarracena de la que Tancredo se enamora; durante un combate nocturno, la mata sin reconocerla. Bradamante, hermana de Reinaldo de Montauban, derriba a todos los que toca con la lanza de Argail.

[131](#) La Rochefoucauld recibió tres disparos de mosquete en el hombro en Mardyck, en 1646.

[132](#) La Rochefoucauld inscribe exactamente al frente de sus *Memorias*: «Pero también afirmo que hay que contentarse con atestiguar [compasión], y guardarse cuidadosamente de tenerla; es una pasión que no es buena».

[133](#) El presidente Lalanne, del que se hablará más adelante.

[134](#) Pierre d'Alvimar, capitán del regimiento de Normandía (1620-1650) y oficial de la casa del mariscal du Plessis, fue enviado por Mazarino a Burdeos a pacificar la región en nombre del rey; tuvo que ser protegido de la furia del pueblo por la princesa de Condé. Mariscal de campo en 1650, murió en diciembre de ese año durante la batalla de Rethel.

[135](#) Tiberio Claudio (16 antes de nuestra era-37 de la era común), emperador romano que gobernó desde el año 14 hasta su muerte; casado con la hija de Augusto, una serie de muertes lo convirtieron en heredero del Imperio romano; gran general, reorganizó el ejército y se mostró buen administrador; en sus últimos años, tras la muerte de su hijo Julio César Druso, gobernó mediante el terror; se autoexilió de Roma dejando la administración en manos de sus dos prefectos y adoptó a su nieto Calígula, que le sucedería en el trono imperial.

[136](#) Agripina la Mayor (*ca.* 14 antes de nuestra era-33 de la era común), nieta de Augusto y esposa del emperador Germánico. Estaba al lado de su marido cuando murió y acusó a Tiberio de haberlo asesinado; fue arrestada el 29 y desterrada a la isla Mandataria. Se dejó morir de inanición. Uno de sus nueve hijos fue el emperador Calígula.

[137](#) Cneo Calpurnio Pisón (*ca.* 44 antes de nuestra era-20 de nuestra era), político romano que fue cónsul y legado en España (año 7 antes de nuestra era), y gobernador de Siria con Tiberio, que le ordenó vigilar a Germánico; muerto éste por envenenamiento y abandonado por el emperador, se convirtió en el principal sospechoso; acusado de conspiración, se suicidó.

[138](#) Thibaud Lavie (*ca.* 1608-1684), oriundo del Bearn, fue magistrado como toda su familia; consejero de Estado en 1644, sucedió a su padre como primer presidente del Parlamento de Burdeos; tuvo que huir de la ciudad cuando la princesa de Condé entró en ella. Recompensado luego por sus servicios al rey, terminó su carrera en el Parlamento de la Navarra francesa. Se casó con su prima Margueritte de Maillard, que aportó noventa mil francos de dote al matrimonio.

[139](#) Luis Menéndez de Haro y Sotomayor (1598-1661) sustituyó como valido a su tío el conde duque de Olivares cuando éste fue despedido por Felipe IV (1643).

Principal negociador español en el tratado de los Pirineos cuyo resultado fue negativo para España, tuvo por contrincante en las negociaciones a Mazarino (1659). Consiguió recuperar Barcelona en 1652 pero fracasó en la batalla de Elvas durante la guerra de Restauración portuguesa (1659).

[140](#) Quizá Saint-Pierre-de-Bat, a diecinueve kilómetros de Branne.

[141](#) Puestos avanzados de Charenton, donde el 19 de febrero se produjo un sangriento combate entre las tropas realistas mandadas por Condé y destacamentos de frondistas reclutados de prisa y corriendo en París. Dumas refiere este combate en *Veinte años después*.

[142](#) Carlos IX (1550-1574), hijo de Enrique II y de Catalina de Médicis, fue coronado rey de Francia en 1560, a los diez años de edad, tras la prematura muerte de su hermano mayor, Francisco II; su madre gobernará hasta su mayoría, tratando de impedir las guerras de religión que desgarraban Francia. Cuando Carlos IX se hizo cargo del poder, aconsejado por su madre trató de cortar de raíz las revueltas protestantes ordenando la eliminación de todos sus jefes en la jornada conocida como la matanza de San Bartolomé (24 de agosto de 1572), que causó millares de muertos en París y las mayores ciudades del reino. Su enfermiza salud fue agravándose con la situación política del reino y murió con veinticuatro años.

[143](#) Étienne d'Espagnet era hijo de un consejero del Parlamento y alquimista, al que sucedió en el Parlamento de Aix (1624) antes de serlo de Burdeos; jugó un papel importante durante la Fronda.

[144](#) Comuna francesa en el actual departamento de Seine-Maritime; en el siglo ^{XI}, esa comuna recibió privilegios y su señor tomó el título de príncipe. Nació entonces el mito: en el año 539 Clotario I habría fundado un reino cuya soberanía no admitió el rey de Francia. El texto alude a una canción del poeta Béranger: «Había un rey de Ivetot / poco conocido en la historia, / que se levantaba tarde y se acostaba pronto, / y dormía muy bien sin gloria».

[145](#) Paulo Emilio (¿?-216 antes de nuestra era), general y estadista romano, fue cónsul en los años 219 –cuando derrotó a los ilirios– y 216 antes de la era común; partidario de lanzar una ofensiva contra Aníbal, murió durante la desastrosa batalla de Cannas.

[146](#) Cneo Pompeyo Magno (106-48 antes de nuestra era) se formó como militar en el ejército de su padre, durante la Guerra Social, ganándose entre los soldados el apodo de «adolescente carnicero» por su crueldad en el campo de batalla; intervino luego en todas las guerras internas y externas de Roma desde su juventud hasta su muerte; cónsul y triunviro, fue después de Julio César la figura más importante de la segunda guerra civil; cuando Pompeyo fue nombrado cónsul único, Julio César se enfrentó a él, pasó el Rubicón e hizo huir a Pompeyo a Oriente; derrotado en Farsalia (48 antes de nuestra era), tuvo que seguir huyendo para tratar de refugiarse en Egipto; en ese trance fue asesinado y su cabeza enviada a Roma por los egipcios en señal de amistad.

[147](#) Rey del Imperio huno –tribus que se extendían desde Turquía y Europa del Este hasta las estepas de Asia Central– en el año 445, Atila (406-453) asoló con sus tropas (el pueblo huno y, sobre todo, varios pueblos germánicos) Occidente, después de haber llevado una política de alianzas militares con el Imperio romano de Oriente; llegó a penetrar hasta París y Orléans, pero fue derrotado en los Campos Cataláunicos (451), batalla librada probablemente a poco más de siete kilómetros de la ciudad francesa de Troyes o cerca de Châlons en Campagne (el antiguo Catalaunum). En 452 ataca Italia y se presenta casi a las puertas de Roma, antes de morir en su campamento de Panonia en el año 453. La visión que el Occidente cristiano tuvo de él, la de «azote de Dios», bárbaro, cruel y sanguinario, es en su mayor parte inexacta.

[148](#) El Garona.

[149](#) La isla Saint-Georges fue tomada por trescientos hombres el 27 de junio, ante un número igual de defensores que fueron sorprendidos en una iglesia y un molino. Entre los prisioneros, el señor «Canole, teniente coronel del regimiento de Navailles», según una crónica de lo ocurrido.

[150](#) Fortaleza construida en 1453 a orillas del Garona para defender la ciudad de Burdeos de agresores que vinieran desde el Atlántico, y también para vigilar a los bordeleses, no siempre obedientes al rey de Francia. Esas temidas revueltas se produjeron en 1649; tras nuevas protestas en 1675, fue reconstruida por Vauban. Inútil en el siglo XVIII, simbolizó la arbitrariedad del poder real hasta que finalmente fue destruida en 1815.

[151](#) Según la tradición griega, siete hombres antiguos, políticos, legisladores o filósofos presocráticos, conocidos por su sabiduría y sus máximas; quiere esa misma tradición que se reunieron en Delfos para ofrecer sus divisas al dios Apolo. La lista más antigua la proporciona Platón, pero tanto el número como la atribución de las sentencias varían, llegando incluso a dieciséis en Plutarco.

[152](#) Publio Horacio Cocles, de la misma familia de los Horacios que se enfrentaron a los Curiacios, fue un legendario héroe romano que, con dos compañeros, frenó a todo el ejército etrusco mandado por Porsena en un puente que cruzaba el Tíber y daba acceso a Roma; ordenando destruir el puente a su espalda y retroceder a sus dos compañeros, en el momento de desplomarse siguió defendiendo la posición hasta que saltó al río y ganó a nado la ciudad.

[153](#) No se sabe la fecha de instalación de los carmelitas en Burdeos; en el siglo XIII su convento se hallaba en el actual Cours Victor-Hugo. Meta de peregrinaciones, fue destruido durante la Revolución.

[154](#) Henri Coiffier de Ruzé d'Effiat, marqués de Cinq-Mars (1620-1642), criado a la muerte de su padre con Richelieu, fue favorito de Luis XIII. Conspiró con François-Auguste de Thou y Gaston d'Orléans a favor de España, con la que pretendían firmar la paz tras haber despedido o asesinado a Richelieu. Descubierta su correspondencia con los españoles, y traicionado por Gaston d'Orléans, fue juzgado y decapitado en Lyon.

[155](#) Las sobrinas de Mazarino, llamadas por éste a la corte francesa para casarlas, llegaron en 1647. Aquí sólo puede aludirse a la mayor, Laure Victoire Mancini (1636-1657), casada en 1649 con Luis II de Vendôme, duque de Mercœur; o a la segunda, Olympe (1637-1708), que casó con Eugène Maurice de Savoie-Carignan, conde de Soissons.

[156](#) Anne de La Grange (1632-1707), casada contra la voluntad de su padre, que la desheredó, con Louis de Buade, conde de Frontenac, en 1648. De gran belleza, y apodada la «Divina», formó parte durante la Fronda del entorno de la Grand Mademoiselle; cuando su marido fue nombrado gobernador general de la Nueva Francia (Canadá) en 1672, ella siguió viviendo en París.

[157](#) Francisco I (1494-1547), rey de Francia desde 1515; aunque cosechó varias derrotas en el campo militar frente a Carlos V, impidió a éste cumplir un sueño de

imperio que afectaba a las fronteras francesas; llegó a ser hecho prisionero en la batalla de Pavía por las tropas del Emperador. Reformó la administración del poder, decretó el francés como la lengua oficial y exclusiva para la administración y el derecho, y favoreció el desarrollo de las artes en medio de la expansión del Renacimiento italiano, en especial de la arquitectura, con la construcción de varios castillos: el de Blois, el de Chambord, el de Madrid y el de Fontainebleau, que se convirtió en su lugar favorito de residencia; puso en marcha además los trabajos de un nuevo Louvre.

[158](#) Lapsus de Dumas, que escribe «Gironde».

[159](#) Gaston Jean-Baptiste, conde de Comminges (1613-1670), capitán de los guardias de la reina; Dumas volverá a convertirlo en personaje de *Veinte años después*, encargado de enfrentarse al motín del día de las Barricadas (24 de agosto de 1648), cuando el pueblo de París se levantó dando inicio a la Fronda.

[160](#) Cneo Marcio Coriolano, héroe legendario de Roma, que capturó en el año 493 antes de nuestra era una ciudad de los volscos, Corioli, de donde le vino el nombre. Desterrado de Roma bajo la acusación de aspirar a la tiranía, se instaló en el país de sus antiguos enemigos volscos, cuyas tropas acaudilló y llevó hasta ocho kilómetros de la ciudad. Las súplicas de su madre y de su mujer le indujeron a retirar el ejército, por lo que fue condenado a muerte por los volscos.

[161](#) El papa Inocencio X.

[162](#) Históricamente el nombre de Richon fue Jean.

[163](#) El jinete tenía que ensartar en una lanza, con su cabalgadura al trote, un anillo que pendía de un palo.

[164](#) El 2 de septiembre de 1792 se inició una serie de ejecuciones sumarias tanto en París como en otras ciudades francesas; en París, causó en tres días alrededor de mil trescientas víctimas. Fueron desencadenadas por los rumores de un complot realista y la amenaza contrarrevolucionaria en un momento en que las tropas prusianas invadían el territorio de Francia.

[165](#) La ejecución tuvo lugar en la plaza del barrio de Chartrons, al norte de la ciudad. La Explanada (en la actualidad plaza Quinconces) aún no existía: llevó ese nombre la plaza que a partir de 1815-1820 se construyó en el emplazamiento de la antigua fortaleza del Château-Trompette.

[166](#) Hospicio para enfermos mentales de París, construido sobre el emplazamiento de la leprosería de Saint-Germain-des-Près; creado en 1557, este asilo recibió ese nombre por las pequeñas casas bajas, o celdas, que rodeaban el eje central del establecimiento, donde se alojaban más de 400 enfermos.

[167](#) César Borgia (1475-1507) era el hijo preferido del papa Alejandro VI y el hermano de Lucrecia Borgia. Gonfaloniero del ejército papal, logró hacerse con un reino en Italia central apoderándose de pequeños principados; pero toda su obra se deshizo rápidamente tras la muerte de su padre y el ascenso al papado de Julio II, que desune los territorios de Borgia y entrega al rey de España a éste (1504); consigue evadirse de su prisión de Medina del Campo y entra al servicio de su cuñado Juan III de Navarra, pero morirá asediando Viana el 10 de marzo de 1507. Maquiavelo, que, como secretario de la cancillería de Florencia, estuvo a su lado de octubre de 1502 a enero de 1503, lo convirtió en su fuente de inspiración para *El príncipe*, donde lo retrata como el nuevo hombre de Estado y también como modelo de tirano.

[168](#) Remiro dell'Orco, o Ramiro d'Orco (muerto en 1515) fue presidente de la Romaña en nombre de César Borgia; para satisfacer a la población de Cesena, éste lo ofreció como cabeza de turco y fue despedazado; en *El príncipe* (cap. VII) Maquiavelo refiere su desastre y lo tacha de hombre de crueldad excesiva.

[169](#) Río de los Infiernos en la mitología griega que las sombras pasaban sin esperanza de retorno.

[170](#) Debe suponerse diminutivo de Francinette, nombre que en la primera parte de la novela lleva la camarera de Nanon de Lartigues.

[171](#) Orgón y Geronte son dos tipos del teatro clásico; si el primero es en *El Tartufo* el padre de familia estúpido al que engaña el beaturrón hipócrita, el segundo, Geronte, es tradicionalmente un anciano como indica su etimología griega; representó la vejez, para luego convertirse en hazmerreír de los jóvenes protagonistas de las tramas; se encuentra desde Corneille (*Le Menteur*) a Molière

(*Las Fourberies de Scapin, Le Médecin malgré lui*), Rotrou (*La Sœur*), Regnard...

[172](#) Esta frase parece anunciar a La Rochefoucauld la muerte, durante el paso del Rin en junio de 1672, de su cuarto hijo, Jean Baptiste, caballero de Malta, y del joven duque de Longueville, con mucha verosimilitud también hijo suyo.

[173](#) Aldea de la parroquia de Bassens, comuna a partir de la Revolución con el nombre de Bassens-Carbon-Blanc, en la región de Aquitania. Debe su nombre a una leprosería (*charbon blanc* = lepra) instalada en la Edad Media.

[174](#) Pedro Pablo Rubens (1577-1640), uno de los mayores pintores del barroco, a quien Dumas califica de «Shakespeare de la pintura» en su libro *Galería de Florencia*. Uno de sus procedimientos consistía en subrayar el contorno del ojo con una ligera línea azul que destaca el rojo de los párpados.

[175](#) No existía en los límites de Burdeos abadía de ese nombre; pero sí un priorato de Sainte-Radegonde, en la Gironde, dependiente de la parroquia de Pessac. Según las crónicas, era un pequeño monasterio fundado por monjes de Poitiers en la época merovingia y desaparecido sin dejar rastro.

[176](#) Anteriormente Canolles ha recibido el nombre de Louis.

[177](#) «En paz.» Derivado de la expresión *Vade in pace* que se decía al volver a encerrar en su calabozo al prisionero.

[178](#) Ciudad de la Pequeña Kabilia, en el litoral, cuyo nombre transcribe Dumas exactamente de *El vizconde de Bragelonne*: Djidjelli.

[179](#) «¡Descansen en paz!»

[180](#) El rey y el Parlamento de Burdeos firmaron la paz el 1 de octubre de 1650.